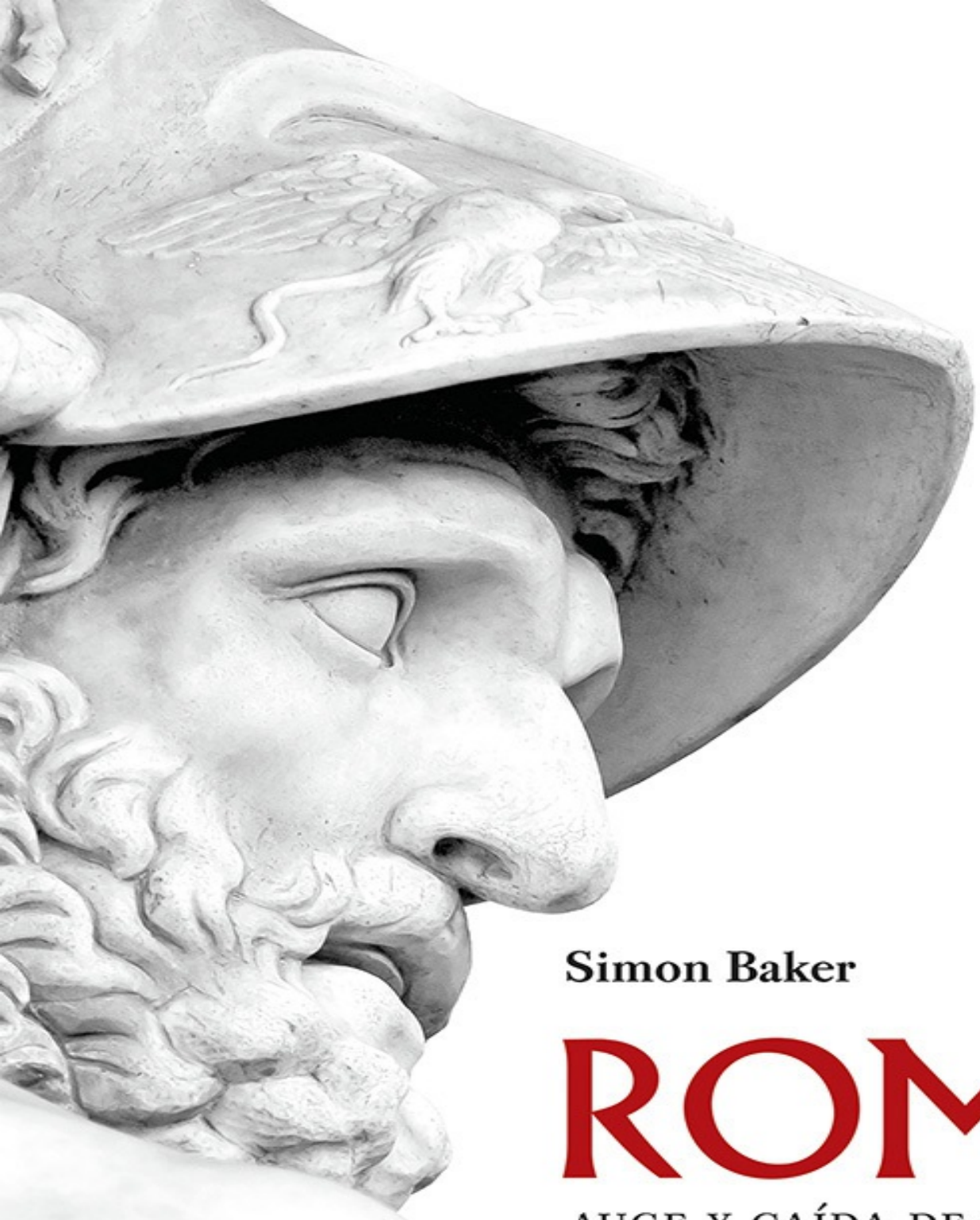


Prefacio de
MARY BEARD

Simon Baker

ROMA

AUGE Y CAÍDA DE UN IMPERIO

Ariel

Índice

Portada
Dedicatoria
Citas
Prefacio, por Mary Beard
Las siete colinas de Roma
    I. Revolución
    II. César
Augusto
    III. Nerón
    IV. Rebelión
Adriano
    V. Constantino
    VI. Caída
Lecturas recomendadas
Agradecimientos
Notas
Créditos

Roma
Simon Baker

Se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin restricciones.

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com

Título original: *Ancient Rome. The Rise and Fall of an Empire*
Publicado originalmente por Woodlands Books Ltd

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada: Markus Gann / Shutterstock, The Roman sculpture of Menelaus supporting the body of Patroclus

© 2006, 2017, Simon Baker

© Editorial Planeta, S. A., 2007, 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-344-2551-4 (epub)

Para Patsy, James y toda mi familia

Tú, oh romano, atiende a gobernar a los pueblos; ésas serán tus artes, y también imponer condiciones de paz, perdonar a los vencidos, derribar a los soberbios.

VIRGILIO, *Eneida*, VI, 850-852

El poder y la codicia desencadenaron disturbios, lo contagiaron y saquearon todo y nada tuvieron por sagrado ni por digno de respeto hasta que [los romanos] causaron su propia destrucción.

SALUSTIO, *La guerra de Yugurta*

Prefacio

Roma se fundó con un homicidio. En el año 753 a.C., los gemelos Rómulo y Remo, al frente de un pequeño grupo de expatriados y descontentos, levantaron las defensas de la diminuta villa que sería la capital de un imperio que se extendería desde Escocia hasta más allá del Sáhara. Pero la emoción pronto se convirtió en tragedia. Los hermanos discutieron y Rómulo mató a Remo.

No tardaría en haber más problemas. Rómulo sólo tenía un puñado de partidarios, así que ¿quiénes eran los ciudadanos destinados a habitar la nueva ciudad? La respuesta fue: todos los que quisieran serlo. Rómulo declaró «refugio» a su ciudad y acogió a todos los expatriados, perseguidos, esclavos fugitivos y delincuentes que quisieron instalarse allí. Roma fue una ciudad habitada totalmente por necesitados de asilo, en el sentido antiguo de la expresión (que no difiere mucho del actual).

Esto solucionó el asunto de los varones. Pero ¿dónde estaban las mujeres que tenían que ser las esposas y madres del nuevo estado? Aquí Rómulo recurrió a un vulgar engaño. Invitó a algunas poblaciones vecinas a una celebración religiosa y, a una señal suya, sus compañeros huyeron con las invitadas jóvenes. Este episodio, llamado «rapto de las sabinas», ha inflamado la imaginación de escritores y artistas que desde siempre lo han presentado como una historia de violencia, lujuria y oportunismo político.

En realidad no sabemos hasta qué punto es cierta esta escandalosa historia. La fecha exacta que se da tradicionalmente, el año 753, es fruto de un cálculo complejo y francamente poco fiable que llevaron a cabo más de

quinientos años después los estudiosos romanos, que estaban tan interesados como sus colegas modernos por saber cuándo empezó exactamente Roma; aunque coincide más o menos con los testimonios encontrados por los arqueólogos sobre las etapas más antiguas de la ciudad. El propio Rómulo no fue ni más ni menos histórico que el rey Arturo de Britania.

Pero con exactitud o sin ella, así es como contaron los romanos la historia de los orígenes de Roma durante el resto de su milenaria andadura. En esa historia vieron concentrados muchos de los problemas que luego dominaron toda su vida política y que, para el caso, todavía dominan la nuestra. Tales son los fascinantes temas que subyacen en este libro. ¿Cómo debería gobernarse un estado? ¿Puede justificarse la violencia en política? ¿Quién tiene derecho a la ciudadanía y a beneficiarse de sus privilegios?

Cuando los romanos reflexionaban sobre las guerras civiles que a veces desgarraban su vida política se remitían al enfrentamiento de Rómulo y Remo, y entendían que su ciudad estaba destinada desde el principio mismo a sufrir la forma más vil de conflicto intestino. También la muerte de Rómulo estimuló su intelecto. No acababan de ponerse de acuerdo sobre si al final los agradecidos dioses se lo habían llevado a los cielos o si unos ciudadanos enfurecidos lo habían matado a cuchilladas. Este asunto se debatió con más intensidad aún tras la muerte de Julio César (véase capítulo II) en 44 d.C.: apuñalado por sus enemigos en nombre de la libertad por ser un autócrata, pero convertido en dios por sus partidarios y honrado con un templo propio en el corazón de la ciudad.

Este libro gira alrededor de seis momentos fundamentales de la historia de Roma, desde el siglo II a.C. hasta el V d.C., una época de cambios espectaculares, en ocasiones revolucionarios. Durante este período Roma llegó a dominar en todo el Mediterráneo y mucho más allá, tierra adentro (se han encontrado restos de la presencia de comerciantes romanos incluso en la península indostánica). Si era una república más o menos democrática, pasó a ser un imperio autocrático. Y quizá lo más espectacular de todo, que Roma, ciudad pagana, se convirtió en cristiana. Aunque no fue bautizado formalmente hasta hallarse en su lecho de muerte, en 337, Constantino (véase capítulo V) fue el primer emperador romano que apoyó públicamente el

cristianismo. Además, fue el fundador de algunas de las iglesias y catedrales que aún definen el paisaje religioso de Roma en nuestros días, entre ellas el primer San Pedro.

Los momentos fundamentales mencionados se refieren a grandes cambios políticos y a grandes conflictos. La historia de Tiberio Graco (véase capítulo I), por ejemplo, y de sus polémicos intentos de repartir la tierra entre los campesinos pobres pone sobre el tapete el tema del abismo que separa a ricos y pobres y el de quién debería beneficiarse de las ventajas de la sociedad de la abundancia. La historia de Nerón (véase capítulo III) analiza las consecuencias de la autocracia patológica. Pero estos momentos en particular han sido elegidos también por otra razón, porque nos permiten ver a algunos de los personajes clave de la historia romana. Nos permiten acercarnos a personajes individuales, a sus motivos humanos, a sus dilemas políticos y a sus esfuerzos por cambiar el mundo en que vivían.

Los historiadores profesionales modernos tienden a subrayar que sabemos muy poco del mundo romano. Cierto, estamos casi completamente a oscuras en cuanto a cómo era la vida para los habitantes de los barrios más pobres (¡aunque lo podemos imaginar con bastante precisión!) o para los campesinos que se afanaban por sobrevivir en el medio rural. Y no estamos mejor informados en lo que se refiere a los sentimientos de las mujeres y de los esclavos, o sobre cómo funcionaba realmente la balanza de pagos del imperio, ni para el caso sobre lo que llevaban los romanos bajo la toga ni sobre cómo se deshacían de sus aguas residuales (me temo que se han exagerado mucho los milagros del alcantarillado romano). Pero en términos generales es probable que estemos mejor informados sobre Roma que sobre cualquier otra sociedad anterior al siglo XV. Tenemos acceso directo a los escritos, pensamientos y sentimientos de políticos, poetas, filósofos, críticos y comentaristas romanos.

Tomemos por ejemplo a Julio César y su decisión de entrar en Roma, hecho que desencadenó la guerra civil que terminó en realidad con la democracia e introdujo el gobierno personal de los emperadores (véase capítulo II). Su versión de estos sucesos se encuentra en un escrito autobiográfico, *De la guerra civil*. Este texto contiene alguna extrañeza; por

ejemplo, César habla de sí mismo en tercera persona: no «Yo decidí», sino «César decidió...». Por otra parte es una historia de lectura apasionante y una justificación inteligente de sus actos.

Pero no es sólo eso. Disponemos de cartas privadas de uno de los estadistas más decisivos de Roma (o eso le gustaba pensar a él) que son contemporáneas del período prebélico, del estallido de la guerra y del conflicto propiamente dicho. Se trataba de Marco Tulio Cicerón, filósofo y orador notable, además de partidario de Pompeyo, el rival de César. Cómo se conservaron y publicaron estas cartas sigue siendo un misterio, pero desde luego nos dan un extraordinario retrato interior de un hombre que lucha con sus dudas e indecisiones sobre a quién apoyar y cómo sacar el mayor provecho cuando se ve en el bando perdedor, todo mezclado con problemas cotidianos relativos a esclavos desleales, divorcios, la muerte de una hija y oscuras transacciones inmobiliarias.

Al final, César fue generoso con Cicerón; fuera o no despiadado políticamente, «clemencia» era uno de sus lemas. Pero tras el asesinato de César, su veterano secuaz Marco Antonio (famoso por aquello de «Amigos, romanos, compatriotas») lo «destituyó» de manera fulminante. Cuenta la leyenda que, tras la muerte de Cicerón, sus manos y su lengua (sus armas políticas más poderosas) se expusieron en el Foro, y que la mujer de Antonio se entretuvo pinchándolas con sus horquillas. Es una leyenda que informa tanto de la opinión romana sobre las mujeres como del odio de Antonio y su esposa hacia Cicerón.

Por supuesto, ninguna de estas versiones es tan sencilla como parece. Ni los *Comentarios* de César ni la correspondencia de Cicerón son más fiables que los escritos afines de los políticos modernos. No podemos creer en ellos a pies juntillas. Pero nos llevan directamente al corazón de la historia y la política romanas. Y no son los únicos. Tenemos la información más detallada y vívida de la fracasada revuelta judía contra los romanos (véase capítulo IV), que terminó con la destrucción del Templo de Jerusalén en 70 d.C., en la historia que escribió uno de los participantes (Flavio Josefo), un judío rebelde y después famoso chaquetero que terminó viviendo confortablemente en Roma protegido por el emperador Vespasiano. Casi todas las historias de

rebeliones fracasadas están escritas por los vencedores. De hecho, la suya es la historia más detallada que haya escrito un rebelde contra un poder imperial antes de la época moderna.

Y aunque no ha llegado hasta nosotros nada significativo surgido de la boca o la pluma del emperador Nerón, quedan textos extraordinarios de miembros de su círculo cortesano y de personajes clave de la política de aquel infame reinado. Tenemos, por ejemplo, un tratado filosófico dirigido a Nerón por su preceptor, Séneca, dando consejos claros y sensatos sobre cómo ser emperador. La clemencia suele funcionar mejor que la crueldad, era el mensaje general, siguiendo el ejemplo de Julio César. Como veremos, Nerón no fue clemente con Séneca; de hecho lo condenó a sufrir una muerte lenta y dolorosa.

Algunos creen que Séneca, mientras aún disfrutaba del favor de Nerón, escribió también una divertida sátira sobre la divinización del emperador Claudio, antecesor de Nerón. Claudio era aparentemente un candidato a la inmortalidad poco prometedor, según las convenciones de Roma (cojeaba, tartamudeaba y creían que era idiota). Esta sátira, *Apocolocynthosis*, título que podría traducirse por «La calabacización», se burla con crueldad pero con gracia de él en particular y, más generalmente, de toda la tradición romana de convertir a los «buenos» (y no tan «buenos») emperadores en dioses. Uno de los personajes de la sátira es el primer emperador, Augusto, el modelo dorado con el que se comparaba a todos los futuros emperadores. Fue deificado a su muerte, en 14 d.C., pero han pasado varios decenios, dice Séneca, y todavía no se ha animado a pronunciar su primer discurso en el Senado celestial, hasta tal punto le asustan los dioses propiamente dichos. Es una de las pocas obras antiguas del género cómico que todavía hacen reír a carcajadas. El humor viaja mal entre culturas, pero *La calabacización* lo consigue, al menos en mi opinión.

Además de esta riqueza y variedad de testimonios sobre algunos personajes predominantes contamos con información detallada de historiadores romanos posteriores sobre los hechos comentados en este libro. En primer lugar está el escéptico análisis de los primeros años del imperio que plasmó Tácito, senador romano de finales del siglo I y principios del II

d.C., en sus dos obras principales, los *Anales* y las *Historias*. Estas obras son tanto una meditación sobre la corrupción y los abusos de poder como una narración histórica. Contienen, por ejemplo, la escalofriante descripción del asesinato de la madre de Nerón, Agripina, a manos de su propio hijo, cosa que veremos en el capítulo III. Tras un intento fracasado de librarse de ella enviándola por mar en un barco que tenía que hundirse, Nerón recurrió a varios sicarios. El matricidio fue peor que el fratricidio que caracterizó el principio mismo de Roma.

Pero Tácito sólo es una fuente entre otras de la antigua tradición histórica. Más o menos del mismo período que Tácito tenemos las animadas *Vidas de los césares* de Suetonio, que trabajó durante un tiempo en la burocracia de palacio y al parecer tuvo acceso a los archivos imperiales. Luego están las biografías moralizantes de Plutarco, un griego del imperio que escribió la vida de una serie de romanos famosos, desde Rómulo hasta su presente, que se comparaban con una figura equivalente del mundo griego. Julio César, por ejemplo, se convertía agudamente en el doble biográfico de Alejandro Magno, el conquistador más grande que el mundo había conocido, con un final trágico similar y, aunque sin demostrar, con sospechas de haber sido asesinado.

En conjunto, tenemos mucho que agradecer a aquellos monjes medievales que copiaron concienzudamente estos textos antiguos, de acuerdo con una tradición vigente desde la antigüedad, y así los mantuvieron vivos, y fueron redescubiertos en el Renacimiento y más tarde interpretados y reinterpretados por nosotros.

Son estos preciosos supervivientes del mundo romano los que han hecho posible que la BBC produzca una serie que recrea de forma fascinante y dramatizada algunos de los puntos de inflexión de la historia de Roma. Por supuesto, nunca sabremos exactamente cómo era estar allí, ni seremos capaces de reconstruir todas las complicadas motivaciones y aspiraciones de los personajes implicados. Y hemos de reconocer que los antiguos historiadores de los que dependemos en parte también recurrían a veces a la imaginación y las suposiciones; después de todo, ¿cómo podía saber Tácito lo que realmente sucedió en el asesinato de la madre de Nerón, que se cometió

en secreto? En cambio, tenemos suficientes testimonios para empezar a adentrarnos en las mentes romanas, y para entender los problemas, dilemas y conflictos desde su punto de vista. Además, da para contar una excelente historia.

Este libro complementa la serie de televisión, además de ser de agradable lectura por méritos propios. Centrándose en los mismos momentos fundamentales, Simon Baker los ha situado en un contexto más amplio. Ha rellenado el entorno histórico de cada uno y expuesto algunos de los problemas planteados por los testimonios en que se ha basado la reconstrucción dramática. Unas veces nos enfrentamos con versiones conflictivas del mismo suceso. ¿Cómo elegimos una? Otras resulta que el testimonio es insuficiente. Así que, como Tácito y otros historiadores, estamos obligados a hacer suposiciones y a poner en marcha la imaginación. El resultado es una historia de Roma que combina el drama vívido y la trama apasionante con un agudo conocimiento de las grandes cuestiones históricas y con el reto de sacar un hilo narrativo claro de los antiguos testimonios, evocadores, complicados y diversos.

Los occidentales, incluso en tiempos antiguos, contaban y recontaban la historia de Roma, recreándola con fines propios en obras narrativas, pictóricas y operísticas, y últimamente en cine y televisión. Desde siempre ha habido buenas y malas versiones, tanto clichés rancios como imágenes y relatos con fuerza y atractivo. La figura de Julio César ha sido un sugerente catalizador de estas reconstrucciones. Durante siglos ha impulsado algunos de los análisis más perspicaces de la naturaleza de la autocracia y la libertad, y planteado una pregunta que sigue abierta: ¿puede justificarse el asesinato político?

El *Julio César* de William Shakespeare, basado libremente en la *Vida de César* de Plutarco, es sólo una entre muchas otras reflexiones sobre lo lícito e ilícito de esta cuestión. El interés del público se divide entre César, asesinado hacia la mitad de la obra, y la suerte de sus asesinos, que ocupa la segunda parte. ¿Estamos de parte de César, un gobernante legítimo condenado ilegalmente? ¿O nuestro héroe es el asesino Bruto, por estar dispuesto a matar incluso a un amigo en defensa de la libertad popular? ¿Hasta dónde exigen el

patriotismo y los principios políticos que a veces infrinjamos la ley y pasemos por encima de las amistades y lealtades personales?

Como era de esperar, en el siglo de la Revolución Francesa hubo multitud de respuestas a estas adivinanzas históricas y literarias. Voltaire, por ejemplo, presentó una dramática versión de los hechos, que claramente tenía el ojo puesto en la ejecución de la familia real francesa, acontecimiento que inequívocamente volvía honorable el acto de los magnicidas. Pero los políticos del siglo XX también descubrieron un buen tema de meditación en los dilemas suscitados por los sucesos de los idus de marzo de 44 a.C. La primera producción de Orson Welles para el famoso Mercury Theatre de Nueva York, en 1937, fue una representación de *Julio César*; fue un experimento con vestuario moderno en el que los partidarios de César parecían matones fascistas de Mussolini.

No todos los personajes comentados en este libro han tenido una memoria tan rica. Tiberio Graco, por ejemplo, no es precisamente un nombre conocido. En realidad, descontando la historia académica, la posterioridad se ha ocupado más de su madre, Cornelia, que de él. Modelo de progenitora devota (y ambiciosa), parece que miró con desdén las ricas joyas que le enseñaba una amiga mientras señalaba a sus hijos para dar a entender dónde estaban las suyas. En este adorable papel maternal protagonizó series enteras de pinturas del siglo XVIII, en las que se retrataba habitualmente con un par de niños a su lado (algo repipis para nuestro gusto) y con cara de despreciar las ristras de perlas y otras joyas que ponían ante ella. No deja de ser sorprendente que, de nuevo en su papel materno, aparezca con otros héroes occidentales, desde el trágico Sófocles hasta el emperador Carlomagno y Cristóbal Colón, en la famosa vidriera conmemorativa de la Universidad de Harvard. Pero incluso Tiberio ha disfrutado recientemente de cierta celebridad, al ser utilizado como término de comparación de ocasionales políticos modernos (como Hugo Chávez de Venezuela), que se hacen famosos por ser reformistas radicales o revolucionarios.

El emperador Nerón, sin embargo, ha tenido en la cultura occidental una posteridad casi tan fecunda como César. Una de las primeras y principales óperas italianas, *La coronación de Popea* (1642) de Monteverdi, analiza la

intensa relación entre el emperador y su amante Popea. Modelo de manipulación patológica, así como de amor pasional desbocado, Popea se deshace cínicamente de todos los obstáculos que impiden su planeada boda con el emperador, incluyendo la oposición del moralizante y virtuoso Séneca. La ópera termina con Popea gloriosamente coronada emperatriz de Roma. Pero el público bien informado sabe que esta victoria será corta, ya que Popea está destinada a morir pronto a manos del mismo Nerón (una escena eficazmente dramatizada en la serie de la BBC). Es una exploración de la pasión, la crueldad y la inmoralidad, no por repetida menos escalofriante.

Nerón, sin embargo, ha encontrado más a menudo un papel decididamente sensacional en la cultura popular moderna, especialmente en el cine. Ejemplo clásico de amante del lujo y gobernante decadente, ha sido retratado con frecuencia consumiendo platos inverosímiles (lirones y jilgueros, como mandaría el cliché de la dieta romana), hartándose de vino, farfullando sus planes megalómanos para reconstruir Roma tras el gran incendio de 64 d.C. y «tocando la lira mientras Roma ardía».

Casi todo esto es fruto de la fantasía moderna y tiene mucho de proyección de nuestros estereotipos sobre el lujo romano y sobre el personaje de Nerón. Pero lo de «tocar la lira» se remonta a una antigua leyenda, según la cual, mientras Roma estaba en llamas, el emperador subió a una torre para ver bien el incendio y recitó unos versos sobre la destrucción de la legendaria Troya. Verdadera o no, sin duda se proponía retratar al emperador como a un artista obsesionado que había perdido totalmente el contacto con la realidad. La verdad es que, como se cuenta en el capítulo III, y al margen de sus ambiciones artísticas, Nerón debió tomar medidas importantes para hacer frente a las consecuencias del incendio.

También circuló la especie de que buscó cabezas de turco para responsabilizarles del incendio y se fijó en la comunidad cristiana de la ciudad, cuya visión de que el fin del mundo estaba próximo bien podría haber hecho las acusaciones más plausibles. Para escarmentar a los cristianos, cuenta Tácito, los crucificó o los quemó vivos (utilizándolos, según se dijo, como lámparas para iluminar la noche). Fue la primera «persecución» cristiana y cabe la posibilidad de que san Pedro fuera una de las víctimas.

Estos hechos han aportado otro tema a los modernos retratos de Nerón. El cine y la ficción se han permitido fantasías muy poco convincentes sobre el heroísmo cristiano frente a la tiranía neroniana, animando a menudo el conjunto con una guapa y joven cristiana que convierte al novio pagano y lo arrastra a una noble aunque sangrienta muerte (a menudo con leones en el programa). Muchas de estas historias son versiones de la novela *Quo vadis*, del polaco Henryk Sienkiewicz, que fue publicada en el siglo XIX y rápidamente traducida a casi todos los idiomas europeos (el título, que significa «¿Adónde vas?», procede de unas palabras dirigidas por Jesús a Pedro).

La película más famosa basada en esta novela es de 1951, con Peter Ustinov en el malvado Nerón, con acento de inglés de clase alta (el bueno, Robert Taylor, era americano). Pero, como siempre, aunque malo, Nerón también tenía cierto encanto. De hecho, la productora, la MGM, promovió la película lanzando una serie de productos «afines». Entre ellos había unos shorts y pijamas chillones que se anunciaron con el lema «¡Sea como Nerón!». Puede que persiguiera a los cristianos, pero –o al menos eso daba a entender el mensaje– seguía siendo divertido sentirse gobernante del mundo con la marca Nerón en la ropa interior.

Algunas reconstrucciones de la historia de Roma, unas más recientes que otras, pueden parecer, vistas retrospectivamente, extrañas, poco atractivas o francamente ridículas. Cuesta entender que los actores de Shakespeare, pavoneándose en el escenario con la indumentaria de la época isabelina, resultaran alguna vez creíbles como romanos, aunque sospecho que simpatizamos con la caracterización fascista (por incongruente que sea) de la producción de Orson Welles. Es igualmente difícil tomarse en serio a aquellos dechados de virtudes de tantas películas hollywoodienses, todos con sábana blanca y rezando con expresión iluminada, como si hubieran salido directamente de la Cámara de los Comunes del siglo XIX o de un manual de latín para colegiales.

Pero seguimos sintiendo cierta debilidad por las fastuosas imágenes de la decadencia y crueldad romanas, en los baños de lujo, en las celebraciones, en el anfiteatro. *Gladiator* de Ridley Scott, por ejemplo, tiene algunas escenas

realmente convincentes de matanzas y masas apiñadas en el Coliseo; aunque hay que señalar que se basan en gran parte, no en las ruinas conservadas, sino en pinturas del siglo XIX (que a Scott le parecieron más convincentes e impresionantes que la realidad). También tenemos recreaciones ficticias de la vida cotidiana de los romanos, como en el musical clásico *A Funny Thing Happened on the Way to the Forum* (que se estrenó en Broadway en 1962, se transformó en película en 1966 [en España se tituló *Golfus de Roma*] y resucitó en el National Theatre de Londres en 2004). Se basa en las tradiciones cómicas de la antigua Roma, pero debe mucho de su atractivo a la imagen que ofrece de lo que debía de suceder bajo la brillante capa de mármol de la ciudad.

Parte del motivo por el que algunas de estas antiguas versiones de Roma nos parecen hoy tan inverosímiles es que nuestro conocimiento de la historia y la cultura romanas ha cambiado mientras tanto. Sigue descubriéndose nueva información al respecto. Por ejemplo, nuestra idea de la vida en un cuartel del ejército romano se ha enriquecido estos últimos años gracias a las cartas privadas y otros documentos (entre ellos la famosa invitación a la fiesta de cumpleaños que envía la mujer de un oficial a otra) que se han encontrado en la plaza fuerte de Vindolanda, al norte de Inglaterra. Uno de los acontecimientos arqueológicos más impresionantes del siglo XX se produjo en Italia y fue el hallazgo de una gran villa en Oplontis, cerca de Pompeya, que al parecer perteneció a la familia de la mujer de Nerón, Popea, lo cual nos permite reconstruir su biografía con mucho mayor precisión. Y hasta mediados del siglo XIX no tuvimos un texto completo y fiable de la autobiografía del emperador Augusto, que se halló escrita en la pared de un templo romano (dedicado al «dios» Augusto) en Ankara.

No menos significativas son las cambiantes interpretaciones de los testimonios antiguos. Un tema que se debate especialmente, y que afecta a lo que vamos a leer sobre Tiberio Graco y Julio César, se refiere a las motivaciones subyacentes de los políticos romanos, sobre todo de los cien años anteriores a la llegada de Julio César al poder. Durante la mayor parte del siglo pasado se pensaba que había muy poca diferencia ideológica entre los líderes de la oposición política. Lo que se jugaba era el poder personal en

bruto. Si un Graco o un César preferían el apoyo del pueblo al del aristocrático Senado era simplemente porque así esperaban llegar antes al puesto de poder que ansiaban. Las últimas generaciones piensan (como nuestros predecesores de los siglos XVIII y XIX) que esto es una forma inadecuada de ver las disputas y luchas políticas de aquella época. Es difícil entender los violentos choques que se producían alrededor de Tiberio Graco si no llegamos a la conclusión de que estaba en juego un conflicto importante sobre la distribución de la riqueza. Y es este nuevo enfoque el que han seguido la serie de televisión y el presente libro.

En muchos aspectos, que haya diferentes imágenes de Roma se debe a que cada generación busca algo diferente en la historia romana. Es cierto que algunas cosas permanecen constantes. Por ejemplo, parece poco probable que desaparezca la idea de que Roma fundó una cultura por encima de toda comparación, para bien o para mal. La sola extensión de su imperio y el tamaño de sus monumentos, como el Coliseo, contribuyen a su perpetuación. Pero los historiadores recientes han tendido a concentrarse en aspectos que sus predecesores apenas abordaron.

Por ejemplo, han preferido mirar más allá del centro monumental de la ciudad. La verdad es que desde el período de Augusto el centro de Roma estuvo atestado de templos, teatros y edificios públicos de todo tipo, construidos no sólo con mármol blanco, sino con preciosos mármoles multicolores con inscripciones en oro y en alguna ocasión con joyas engastadas. Debía de ser un espectáculo asombroso para el visitante de provincias más «bárbaras», como Britania o Germania. Pero siempre había una parte más sórdida. No se trataba sólo del miserable mundo de los suburbios que *Golfus de Roma* trataba de mostrar, sino de que, antes de la época de Augusto (que presumía de haber transformado la Roma de ladrillo en urbe de mármol), la ciudad entera era mucho menos reluciente y grande, y ciertamente contenía pocos espacios proyectados urbanísticamente, pocos paseos y pórticos que atrajeran al pueblo. Exceptuando un par de barrios, probablemente se parecería más a Kabul que a Nueva York. Y era más o menos igual de violenta.

Una consecuencia de estos cambios de enfoque es la creciente tendencia a

cuestionar la idea de que los antiguos romanos eran muy parecidos a nosotros (o quizá más a los ciudadanos de los imperialismos decimonónicos), y que sólo se diferenciaban en que llevaban toga y comían recostados, una costumbre pintoresca pero sin duda incómoda. Los historiadores tienden hoy a descubrir que su fascinación por los romanos se debe tanto al hecho de que son otros como al hecho de que hay cierto parentesco con ellos. Sus normas en conducta sexual, diferencia de géneros y cuestiones raciales eran bastante distintas de las nuestras. Vivían en un mundo (como dijo recientemente un historiador) «lleno de dioses», y la minoría dominante tenía ejércitos de esclavos, una población totalmente subordinada que vivía al margen de los derechos y privilegios de la humanidad. La versión que se ofrece en este libro y en la reconstrucción televisiva trata de encontrar sentido a esa diferencia entre ellos y nosotros.

Por supuesto, todas las reconstrucciones son inevitablemente provisionales. Y el resultado de estos cambios de actitud hacia la cultura romana (que están condenados a seguir existiendo) es que nuestra propia versión de Roma, por muy cimentada históricamente que esté, puede parecer dentro de cien años tan obsoleta como ahora nos parecen a nosotros las reconstrucciones del siglo XIX.

Pero ¿por qué molestarse hablando de los romanos? En parte es porque, al menos en Europa, siguen estando con nosotros. Sus preciosos tesoros, sus obras de arte, sus chucherías y ornamentos llenan nuestros museos. Los monumentos erigidos por algunos protagonistas de este libro aún se ven en Roma: los grandes arcos de Tito y Constantino son los más conocidos; el Coliseo, construido con los beneficios de la guerra judía, recibe millones de turistas cada año; la costosa y subterránea Domus Aurea (Casa Dorada) de Nerón aún puede visitarse. Las huellas de su actividad adornan el paisaje mucho más lejos, en todo el imperio: redes viarias, plantas de ciudades y topónimos (es casi seguro que todas las poblaciones británicas cuyo nombre termina en «chester» se han levantado directamente encima de un campamento romano, *castrum* en latín, castro en castellano). Y, por supuesto, la literatura que se ha conservado, desde la elegante poesía amorosa hasta la rugiente épica, desde la historia veraz hasta las memorias para quedar bien, es

tan impresionante, perspicaz y sugerente como cualquier otra del mundo, y merece toda la atención que podamos prestarle.

Los romanos también tienen mucho que enseñarnos. No quiero decir que su pertinencia sea directa o que sean viables las comparaciones. Aunque es una comparación fascinante, el presidente venezolano Hugo Chávez tiene menos afinidades con Tiberio Graco que puntos de discrepancia. Pero compartimos con los romanos muchos problemas políticos fundamentales y puede ser útil verlos buscar soluciones. Después de todo, fueron casi los primeros en plantearse la aplicación de modelos de ciudadanía, de derechos y obligaciones políticos, a vastas comunidades que rebasaban con creces los límites de una pequeña ciudad donde todo el mundo se conocía. Hacia el siglo I a.C., la población de la ciudad de Roma rondaba el millón de habitantes.

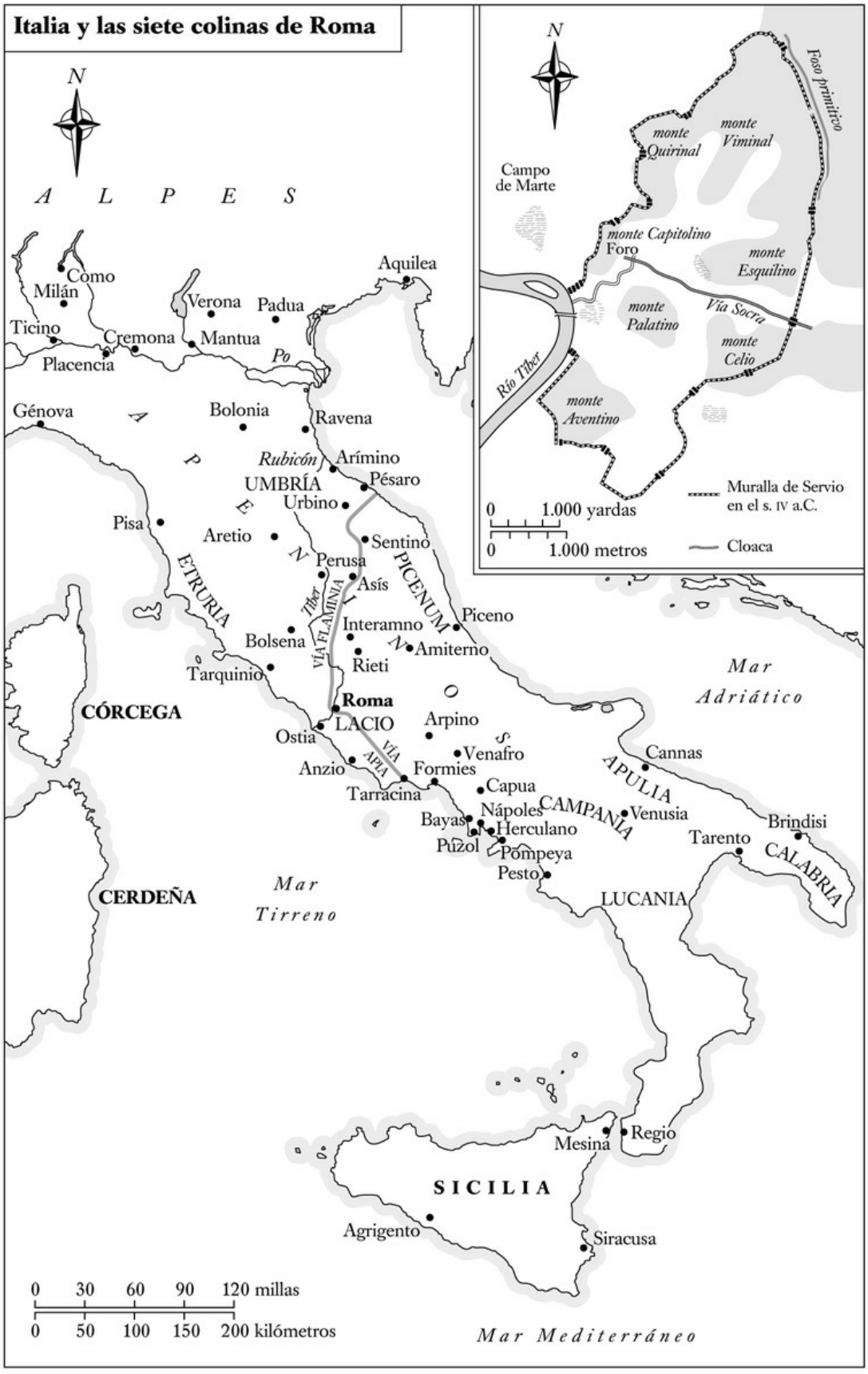
El gobierno unipersonal, en forma de emperadores buenos o malos, sólo fue una de sus muchas soluciones, aunque la más conocida y la menos agradable para nosotros. Fue de crucial importancia que se replantearan el concepto de ciudadanía en lo más parecido a un estado universal que conocería el mundo antiguo. A diferencia del exclusivismo practicado, por ejemplo, en la antigua Atenas, que limitaba la ciudadanía a los nacidos y educados en Atenas, Roma llegó a unificar su inmenso imperio compartiendo derechos políticos. Los esclavos liberados por sus amos, que fueron muchos, pasaban a ser ciudadanos con derechos. La ciudadanía se fue ampliando gradualmente por todo el imperio, hasta que en 212 el emperador Caracalla concedió la ciudadanía a todos los individuos libres que vivían dentro de las fronteras del imperio romano. En otras palabras, Roma fue el primer megaestado multicultural.

Asimismo, inspiró a hombres y mujeres más directamente relacionados con la forma política del mundo actual. Los padres fundadores de los Estados Unidos de América vieron un modelo en la política republicana de Roma anterior al advenimiento del gobierno unipersonal. De ahí sus «senadores» y su «Capitolio» (nombre que procede del templo de Júpiter del monte Capitolino). El movimiento laborista de Gran Bretaña vio ecos de sus propios conflictos con la aristocracia terrateniente e industrial en la lucha del pueblo

romano contra el conservadurismo aristocrático. De ahí el periódico izquierdista *Tribune* (Tiberio Graco y otros políticos radicales fueron «tribunos de la plebe»), y el «Tribune Group», o grupo de los tribunos, los parlamentarios laboristas. Para entender nuestro mundo necesitamos entender cómo está enraizado en Roma.

En muchos aspectos seguimos viviendo con la herencia del asesinato de Remo a manos de Rómulo.

MARY BEARD
Junio de 2006


Italia y las siete colinas de Roma
N
A L P E S
Como
Milán
Ticino
Cremona
Mantua
Verona
Padua
Aquilea
Placencia
Po
Génova
Bolonia
Ravena
A P E N I N O
Rubicón
Arímino
Pésaro
UMBRÍA
Urbino
Pisa
Aretio
Sentino
Perusa
Asís
ETRURIA
Tiber
VÍA FLAMINIA
PICENUM
Piceno
Interamno
Amiterno
Bolsena
Rieti
Tarquinio
Roma
LACIO
Arpino
CÓRCEGA
Ostia
Venafro
Cannas
Anzio
Formies
VÍA APIA
APULIA
Tarracina
Capua
CAMPANIA
Nápoles
Venusia
Bayas
Herculano
Brindisi
Tarento
Puzol
Pompeya
CALABRIA
Pesto
CERDEÑA
Mar Tirreno
LUCANIA
Mar Adriático
Regio
Mesina
SICILIA
Agrigento
Siracusa
0 30 60 90 120 millas
0 50 100 150 200 kilómetros
Mar Mediterráneo
N
Foso primitivo
monte Quirinal
monte Viminal
Campo de Marte
monte Capitolino
Foro
monte Esquilino
Vía Sacra
monte Palatino
monte Celio
Río Tíber
monte Aventino
0 1.000 yardas
0 1.000 metros
Muralla de Servio en el s. IV a.C.
Cloaca

Las siete colinas de Roma

Alrededor de 350 a.C. los romanos tejieron una leyenda sobre la fundación de su antigua ciudad, una leyenda que trataba de remontarse hasta su verdadero origen en un remoto pasado que iba incluso más allá de la época de Rómulo y Remo. Por entonces los romanos eran habitantes de una poderosa ciudad-Estado de Italia, pero también estaban empezando a entrometerse en el escenario internacional del Mediterráneo. Había una civilización en particular con la que cada vez tenían más contacto, la de los griegos. Era un mundo más antiguo y atractivo, abundante en mitos, historia, refinamientos, riqueza e influencia. Un mundo con el que los romanos querían conectar, en el que querían integrarse y con el que querían compararse. Una de sus formas de conseguirlo fue adoptar una leyenda fundacional que pudieran compartir con aquella civilización más antigua, cada vez que griegos y romanos se encontraran. Fue la leyenda del troyano Eneas. Más tarde, en el apogeo del imperio romano, algunos pensaron que había sido el momento en que el antiguo mundo griego había comenzado a transformarse en el nuevo orden romano.

Eneas era un héroe de la guerra de Troya que combatió contra los griegos y huyó de su desolada e incendiada ciudad (que estaba en la costa noroeste de la actual Turquía). Pero no se fue solo. Llevaba a cuestas a su achacoso padre y de la mano a su hijo, y le acompañaba un grupo de supervivientes troyanos. Una noche, tras pasar años recorriendo las aguas del Mediterráneo, Eneas despertó con un sobresalto. El dios Mercurio estaba ante él y le transmitió un mensaje del dios Júpiter. El destino de Eneas, dijo, era fundar la ciudad que

sería Roma. Destruida la vieja patria, Eneas se dedicó a fundar otra. Nada menos que el cielo le había encargado aquella misión. Viajando sin parar con sus seguidores, llegaron por fin a Italia. Remontaron el río, con la grasienta quilla de pino patinando suavemente sobre el agua, y avistaron el futuro emplazamiento de la ciudad. Allí encontraron una idílica tierra llamada Lacio, cuyos tranquilos y verdes bosques contrastaban con los brillantes colores de las naves y el brillo de las corazas. Pero en esta tierra paradisíaca no tardaron en ser desbordados por los acontecimientos. Los colonos troyanos que llegaron en paz y armonía pronto se convirtieron en invasores, comenzaron una sangrienta guerra y acabaron matando a los lugareños.

Aunque esta leyenda es un mito anclado en el pasado más remoto, su tema se hunde en el corazón de la primitiva historia romana: conflicto y campo italiano. No sería la primera ni la única vez que la guerra y la «tranquila tierra» de Italia se destrozaran entre sí. Además, en 350 a.C., época de la creación del mito, aquellas dos esferas de la vida romana pronto se unieron en un tejido único. Los antiguos ciudadanos romanos eran a la vez agricultores y soldados a tiempo parcial. Tanto en la guerra como en la agricultura, los romanos, humilde y piadosamente, recurrían a los dioses tradicionales para que aprobaran su conducta y llevaran el éxito a ellos y a sus familias. Los ciclos del año agrícola y la temporada de las campañas militares coincidían: marzo (el mes de Marte, dios de la guerra) anunciaba el período de mayor actividad. Cuando llegaba octubre, las herramientas del agricultor y las armas del soldado se guardaban hasta que pasaba el invierno.

Pero por encima de todo estaban las características del soldado y el campesino que se habían fusionado en el romano. Las virtudes que hacían al buen agricultor también hacían al buen combatiente. El patriotismo, la generosidad, la industriosidad y la capacidad para perseverar ante las adversidades no se limitaban a hacer productiva una granja o una parcela cultivable. Eran las virtudes que acabarían construyendo el mayor imperio del mundo antiguo. Así, al menos, es como a los romanos les gustaba verse a sí mismos. Era una imagen confortable. El poeta Virgilio, que escribió la epopeya de la fundación de Roma por Eneas, sintetizó limpiamente esta idea. Los campesinos-soldados romanos, dijo, eran como las abejas. No eran

individuos, sino una comunidad bien organizada que luchaba unida. Como Eneas, estos «pequeños romanos» trabajaban con denuedo, eran voluntariosos y reprimían patrióticamente sus deseos privados por el bien del grupo. Sí, algunos murieron agotados por el camino, pero la estirpe en general prosperó. ¿Y la brillante y exquisita miel que producían? Era oro puro, fruto de una edad de oro, de las riquezas de todo un imperio.[1]

Sin embargo, como en la leyenda de la esforzada fundación de Roma por Eneas, el ideal rural de las abejas estaba en conflicto con la realidad. Lejos de la colmena, observó Virgilio, las abejas también sabían atacar a los foráneos. Pero los extranjeros no eran los únicos enemigos. Con las alas destellando, el aguijón afilado y las patas listas para la batalla, reservaban sus incursiones más incisivas para el interior de la colmena, para las guerras intestinas.[2] Acechando tras las rústicas virtudes del curtido campesino, tras su honor y su tenacidad, decía Virgilio, había algo muy diferente: el caos de la pasión, la irracionalidad de la guerra y, peor aún, la obscena brutalidad de la guerra civil. Éste fue el auténtico tema de la fundación de Roma; resonaría durante toda la historia del imperio que la ciudad-Estado acabaría creando. Caracterizaría tanto la caída final de Roma como su temprana fundación y su increíble ascenso.

El emplazamiento de la ciudad donde el mítico Eneas puso por primera vez los ojos estaba a 24 kilómetros de la playa, a orillas de un río, el Tíber. Compuesta por siete cumbres compactas, hoy nos parece un lugar pequeño y poco atractivo para ser la capital del imperio que gobernaría el mundo conocido. No había cerca ningún puerto que diera acceso a las rutas comerciales marítimas, y los pantanos situados al pie de las colinas y que dependían de las crecidas del Tíber tenían que secarse antes de fundar allí un poblado. A pesar de todo, en el monte Palatino, futura residencia de los emperadores, se levantaron unas chozas de piedra y madera y así surgió el primer poblado a principios de la Edad del Hierro, en 1000 a.C., y desde entonces estaría habitado continuamente. Hacia el siglo VII a.C., la comunidad del Palatino se unió a otras comunidades del Quirinal, el Aventino y el Celio. Pronto deforestaron y nivelaron el Esquilino y el Viminal y construyeron terrazas donde levantaron casas para más

colonizadores. El Capitolino, que era el monte más cercano al río, se convirtió en la ciudadela de la población y en sede del templo de la principal deidad de los pastores, Júpiter. La zona situada al pie de estas colinas, en otro tiempo el lugar donde los pastores cuidaban sus rebaños, fue desecada y poblada, y la plaza del Foro Romano pronto pasó a ser epicentro de la ciudad.

Pero aunque el emplazamiento de la capital del futuro imperio romano era quizá poco convincente, tenía ventajas naturales para expandirse por el interior de Italia. Las colinas, por ejemplo, formaban una defensa natural contra los invasores y el valle del Tíber se abría a la rica llanura del Lacio. El lugar también formaba un puente natural entre el Lacio (y las colonias griegas del sur de Italia) y otra región, situada al norte y llamada Etruria. Estar encajonado entre estas dos civilizaciones se reflejó en el lenguaje que utilizaban los romanos: hablaban un dialecto del idioma de los latinos, pero fueron los etruscos, a su vez influidos por los griegos, quienes dieron a Roma su alfabeto. Sin embargo, los etruscos dieron a los romanos mucho más que la escritura: también les dieron sus primeros gobernantes.

Entre 753 y 510 a.C., Roma estuvo gobernada por reyes, y los tres últimos fueron etruscos. El primero, según la leyenda, fue Rómulo, y su historia está en consonancia con el desarraigado y beligerante tema de su antepasado Eneas. Rómulo y su hermano Remo eran hijos de Marte, el dios de la guerra. Abandonados por su celoso tío abuelo y a merced de las selvas del Lacio, se salvaron gracias a una loba, un antiguo símbolo de la ferocidad, que los amamantó. Más tarde, los hermanos fueron cuidados y criados por pastores. Fue un comienzo en la vida que curtió a los gemelos duros y los volvió implacables. Cuando crecieron, los hermanos discutieron sobre quién debía ser el fundador de la ciudad que habían decidido establecer. Durante la discusión, Rómulo mató a Remo y se convirtió en el primer rey. Aunque los romanos creían que después de Rómulo había habido otros seis reyes, es posible que sólo los tres últimos (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio) fueran personajes históricos reales. Bajo el gobierno de estos reyes etruscos se establecieron los rasgos clave del sistema político de la antigua Roma, que seguirían vigentes durante toda la historia de la ciudad.

De un conflicto de lealtades entre los principales aristócratas surgió un

principio político; creían que debían ser leales, no al Estado ni al conjunto de la comunidad, sino a su clan. Los nobles eran conocidos por pasear por los alrededores de la ciudad con sus asociados, parientes y criados, y sus familias tenían un antepasado común. Estas personas a su cargo eran conocidas con el nombre de «clientes» y la red informal de la que formaban parte se convirtió en un centro clave de poder político, categoría social e influencia en el Estado. Esto se refleja en los nombres de los romanos de entonces y de los siglos siguientes.[3] Apio Claudio, por ejemplo, era un prominente político en la Roma de 130 a.C. Gracias a su apellido podía remontar su árbol genealógico hasta Atto Clauso, el fundador del clan. Los Claudios no sólo fueron pilares del Estado durante toda la república romana, sino que además originaron la rama de la primera dinastía de emperadores, la Julia-Claudia.

Pero lo que resonaría a través de los siglos siguientes no fueron sólo los antiguos nombres y el prestigio asociado que comenzó con los reyes etruscos. La autoridad con que se investía a los reyes fue su herencia más importante. Sería la piedra angular de la mentalidad imperial romana. La autoridad ejecutiva de los reyes recibía el nombre de *imperium*, que significaba derecho a dar órdenes a la plebe y a esperar que se obedecieran. El *imperium* les permitía castigar e incluso ejecutar a otros por desobedecer. Algo de crucial importancia era que también daba potestad para reclutar ciudadanos y lanzarlos a la guerra contra los extranjeros que cuestionaban esta autoridad. Quien ostentaba el *imperium* llevaba el símbolo de su poder, que también era de origen etrusco. Los *fasces* eran haces de varas de olmo o de abedul, de metro y medio de longitud; estaban atados con correas rojas de cuero y entre las varas había un hacha. El autoritarismo simbolizado por los haces aún sobrevive en la palabra «fascismo».

La autoridad del *imperium* se conservaría hasta mucho después de que desaparecieran los reyes etruscos. A los ojos de los romanos, legitimaba y justificaba la conquista. Ya fuera la anexión de la Galia por Julio César o la invasión de Dacia por Trajano, el *imperium* comportaba la honorable apariencia de la justicia. El primer emperador romano, Augusto, también fue el primero en utilizar regularmente el título de *imperator*, del que procede la palabra emperador, el hombre al que está ligada la autoridad. La realidad del

imperium, sin embargo, sería mucho más interesada. El resultado sería la matanza y el derramamiento de sangre, no sólo en Italia, sino en todo el mundo Mediterráneo. Cómo llegaron al *imperium* los romanos no etruscos es el eje de la primera gran revolución de la historia romana: la fundación de la república alrededor de 509 a.C.

LA FORJA DE LA REPÚBLICA

La gran revolución que amplió el poder político de Roma se cuenta en una leyenda famosa. Sexto, hijo del rey Tarquino el Soberbio, hizo proposiciones sexuales a Lucrecia, la mujer de un patricio. Como ella se resistiera, Sexto amenazó con matarla a ella y a un esclavo suyo, y afirmar luego que la había sorprendido cometiendo adulterio con él. Lucrecia cedió. Pero incapaz de vivir con la deshonra, se suicidó al poco tiempo. La tragedia personal creció hasta convertirse en una revolución pública. Un patricio llamado Lucio Junio Bruto, furioso por la muerte que acababa de presenciar, fue incitado a enfrentarse a los Tarquinos. Con un puñado de aristócratas, expulsó de Roma a Tarquinio el Soberbio y a Sexto. Aunque los detalles de la leyenda encajarían mejor en la ficción romántica, el caso es que los nobles romanos, en la última década del siglo VI a.C., dieron un golpe de Estado contra el último rey etrusco y de este modo iniciaron un cambio político crucial. Fue el principal punto de inflexión de la historia romana antigua. Gracias a él apareció otra piedra angular clave de la mentalidad romana: el deseo de libertad política y el odio al poder unipersonal.

La solución que idearon los romanos para salir de la monarquía fue la república. República no equivale a democracia (aunque tuvo elementos democráticos), pero significa literalmente «cosa pública», en el sentido de «bien público» o «comunidad de bienes». Fue un sistema de gobierno que evolucionó lentamente durante un largo período y fue objeto de continuas sacudidas y mejoras mientras aumentaban la influencia y el poder de Roma en Italia y el mundo mediterráneo. Además, en la república no eran los reyes

quienes tenían y ejercían el *imperium*, sino dos funcionarios, los cónsules, que se elegían anualmente. Dirigidos por los cónsules y sus poderosas redes de clientes, la pequeña ciudad-Estado de la república romana construiría un imperio.

A pesar de todos sus intentos por alejarse decisivamente de la monarquía, los nobles patricios que fundaron la república no abandonaron totalmente el gobierno unipersonal. Para tiempos de emergencia crearon el empleo de dictador, para que restaurara el orden en el estado; eran los cónsules quienes nombraban al titular. Una vez que la república quedaba a salvo y en orden, los cónsules elegidos continuaban con el cargo. Además, según fueron aumentando las responsabilidades de los cónsules durante los siglos V y IV a.C., los altos funcionarios trataron de compartir las obligaciones de los cónsules creando cargos subordinados con tareas más específicas. Los orígenes de estos oficios son oscuros, pero acabarían formando una jerarquía claramente definida.

Uno de estos cargos era el de pretor. Este puesto fue creado, quizá, para aligerar las responsabilidades de los cónsules en las audiencias de casos legales privados, al principio dentro de Roma, pero más tarde en juicios celebrados en todas partes, en Italia y fuera de ella. El hecho de que los pretores fueran también con un séquito de ayudantes (aunque sólo seis), que ostentaran *imperium* y que tuvieran el privilegio de consultar a los dioses da a entender que eran como cónsules de menor categoría. Cuando se fundó el imperio, los pretores serían mandos militares y gobernadores de provincias ultramarinas.

Había otros cargos de importancia para el buen funcionamiento de la república. El cuestor tenía al principio la responsabilidad de ayudar al cónsul en la dirección y fallo de los juicios (el cuestor era el que «cuestionaba»). Luego adquirió un carácter diferente: acabaría asociado a las gestiones económicas y, como resultado, los cuestores vinieron a ser como los ministros de Hacienda de los estados modernos. El edil, por otra parte, era el magistrado que supervisaba los mercados de la ciudad. Su equivalente moderno podría ser el ministro de Industria y Comercio.

Finalmente, el censor, que estaba encargado de hacer el censo cada cinco

años. Este cargo, aproximadamente una versión antigua del Registro Civil, era mucho más importante de lo que sugiere su labor, sobre todo en un contexto militar. El ejército romano en aquella época no era un cuerpo profesional, sino que estaba compuesto por simples ciudadanos de la república. Sin embargo, como los soldados tenían que comprarse el armamento, las riquezas y propiedades que declaraban los ciudadanos registrados por el censor determinaban sus obligaciones militares con el estado. Los más ricos tenían más influencia dentro de la república porque llevaban más riqueza y prestigio al ejército. Con todos los que ostentaban estos cargos se formó un cuerpo clave de la república: el Senado. Como institución era una cámara de debates y la voz colectiva de la minoría dirigente, y estaba presidido por los cónsules del año. Sin embargo, no era un parlamento que se reuniera diariamente, como el Senado de EE.UU., ni estaba formado por representantes de los ciudadanos; por el contrario, estaba compuesto simplemente por antiguos funcionarios. Además, los senadores no aprobaban leyes ni tenían poder para dictarlas. Como veremos, la soberanía no pertenecía al Senado, sino a los ciudadanos varones adultos que votaban en las asambleas populares para elegir cargos y aprobar leyes.

El Senado era más bien un cuerpo asesor que proponía decisiones que orientaban a los magistrados en funciones, aunque esto no disminuía la importancia y autoridad del cuerpo. Tanto los funcionarios como los ex funcionarios seguían la opinión de sus colegas de la aristocracia para tener influencia política y éxito en las elecciones. Si tenemos en cuenta que los funcionarios procedían a menudo del Senado, y volvían a él cuando terminaba el ejercicio del cargo, los magistrados que desoían los deseos de los senadores ponían en peligro su futuro político.

Tal era básicamente la estructura política de la república romana. El historiador griego Polibio nos ha dejado un sagaz análisis de este sistema, del que se informó mientras fue rehén en Roma a mediados del siglo II a.C. En lenguaje político griego, poseía elementos de la democracia (elecciones y sanción de leyes en asambleas populares), de la oligarquía (el Senado) y de la monarquía (los cónsules). La armonía entre estos tres elementos era la base de la gran virtud de la república, su fuerza y dinamismo inigualables. Cuando

los tres elementos funcionaban en consonancia, no había nada que Roma no pudiera conseguir ni emergencia que no pudiera vencer. Pero quedaban sin resolver dos importantes problemas: ¿quiénes debían ser candidatos a los altos cargos: los jefes de las dinastías aristocráticas que controlaban Roma o los ciudadanos de a pie? ¿Y cómo los votaban los romanos? Responder a estas preguntas sería la causa de la siguiente gran revolución de la historia de la república.

CONFLICTO: PATRICIOS Y PLEBEYOS

En el primer período de la república, los aristócratas de las viejas dinastías romanas acaparaban todos los cargos. Estos hombres se llamaban a sí mismos «patricios» y había un argumento típico con el que justificaban su monopolio del poder. Desde los tiempos de los reyes etruscos, explicaban, habían sido titulares de todos los cargos sacerdotales. Su conocimiento de los dioses los distinguía como mejor preparados para tomar las decisiones que requería el cargo político; sólo con este conocimiento podía garantizarse en el futuro el favor de los dioses. Se creía que el éxito del Estado dependía de la buena voluntad de los dioses, lo que quiere decir que la religión tenía gran importancia, tanto entonces como a lo largo de toda la historia romana. Sin embargo, en la república primitiva, según los patricios, eran ellos los únicos guardianes de los dioses y los únicos que debían ostentar el poder.

Los plebeyos ricos e importantes (es decir, los ciudadanos no patricios) disentían ruidosamente de esta reivindicación. A mediados del siglo V a.C. organizaron una revuelta para pedir reformas. Aunque defendían un plan de medidas que aliviara los problemas económicos de los plebeyos más pobres, en realidad también querían sujetar las riendas del poder. En 366 a.C. se apuntaron una victoria crucial: un consulado quedó al alcance de los candidatos de la plebe, y en 172 a.C. hubo dos cónsules plebeyos. Sin embargo, no fue ni mucho menos la radical y meritocrática reforma que podría parecer.

La riqueza era la clave para tener un cargo. Para asegurarse una magistratura, formar alianzas políticas y obtener apoyo en la plebe y la aristocracia, los futuros candidatos necesitaban montones de dinero. En consecuencia, sólo el dos por ciento de los romanos más ricos llegaba al consulado. Esta situación empeoraba con el derecho de voto de los plebeyos ricos, que rápidamente cerraron filas con los patricios y formaron una nueva nobleza, la admisión en la cual era cuidadosamente investigada. Esto al menos es lo que les gustaba creer a los nobles romanos. Más recientemente, los expertos han demostrado que la nueva minoría era en realidad más abierta de lo que creían los romanos; la reforma de los requisitos para poder ser elegido cónsul ayudó a conseguirlo. Permitir a los plebeyos ser cónsules y funcionarios trajo otra consecuencia que no fue identificada inmediatamente por los romanos, pero se encontraba en su futuro. En la historia posterior de la república, cuando Roma construyó su imperio en Italia y en el mundo mediterráneo, las minorías privilegiadas de Italia y las provincias pudieron presentar candidatos para los cargos políticos más elevados. Más tarde saldrían incluso emperadores de estas minorías provincianas.

Los plebeyos ricos habían tardado casi un siglo en encontrar la forma de compartir con los patricios los cargos más importantes del Estado. La lucha de la plebe corriente por tener portavoces políticos también comenzó en el siglo V a.C. Para frenar el poder de la minoría patricia, utilizaron el único recurso que tenían: la huelga a la antigua. En 494 a.C., cuando la seguridad de Roma estaba amenazada por fuerzas invasoras, los ciudadanos depusieron las armas, se apostaron en el Aventino y se negaron a luchar. Esta retirada de la plebe trajo como consecuencia la formación de un estado dentro del estado. En lugar de pedir a la nobleza rica que les proporcionara un cargo político para defender sus intereses, los ciudadanos, refugiados en su colina para protestar, lo nombraron por su cuenta. Así surgieron los «tribunos de la plebe». El conflicto, conocido como «lucha de clases», no cesó hasta que el cargo fue reconocido formalmente por los patricios.

El cargo de tribuno sería crucial en la historia de la república. Cambiaría radicalmente el equilibrio de poder entre la minoría senatorial y el pueblo. La plebe acabó eligiendo diez tribunos al año, cuya misión era protegerla de los

abusos de poder de los demás funcionarios, en particular de los cónsules y los pretores con *imperium*. Si era necesario, el tribuno intervenía físicamente para defender al ciudadano castigado u oprimido injustamente, y para ayudarlo. Sin embargo, es importante señalar que así como en los estados modernos las funciones administrativas están muy estratificadas y repartidas en especialidades, en la antigua Roma se concentraban en una sola persona. Un cónsul era al mismo tiempo jefe militar, jefe de Gobierno y obispo, mientras que un tribuno venía a ser una combinación de parlamentario o senador, abogado, policía y delegado sindical. Aunque el nuevo cargo fue de orientación radical-popular al principio, con el tiempo acabó en manos de los lacayos de la minoría noble. A pesar de todo, los plebeyos dispusieron de portavoces en las estructuras del Estado desde mediados del siglo IV a.C. En lo sucesivo también se tendrían en cuenta sus rugidos.

La segunda consecuencia crucial de la huelga general de los plebeyos fue la consolidación de sus asambleas tribales. Antes de la retirada al Aventino, la principal asamblea del pueblo era la Asamblea de las Centurias, pero no era muy democrática. Estaba organizada en unidades militares llamadas «centurias», y como las obligaciones militares de cada ciudadano venían determinadas por su riqueza, la asamblea estaba dominada por los ricos. Un puñado de ciudadanos de la casta militar más alta controlaba más de la mitad de las 193 centurias, mientras que la masa de ciudadanos más pobres sólo tenía una. Considerando que cada centuria tenía un solo voto, la voz política de los ciudadanos más pobres no daba más que para un susurro.

Tras el período de las luchas de clases, las asambleas tribales adquirieron más poder. Estaban organizadas por distritos regionales llamados «tribus». En todas las tribus había ricos y pobres. Gracias al sistema electoral de «una tribu, un voto», estas asambleas fueron más representativas. Conforme Roma ampliaba su territorio en Italia, las cuatro tribus primitivas pasaron a ser treinta y cinco. Se instituyó una nueva asamblea, la Asamblea de las Tribus, que era convocada por un alto magistrado de la minoría gobernante (un cónsul, por ejemplo); a ella podían asistir tanto patricios como plebeyos. La Asamblea de la Plebe, sin embargo, era convocada por un tribuno y a ella sólo asistían plebeyos. Acabó siendo el lugar por excelencia para aprobar

leyes. Al principio, las votaciones de estas asambleas populares tenían la misma función que los plebiscitos, era una manera de que la minoría gobernante conociera la opinión de la mayoría ciudadana. En 287 a.C., las decisiones de ambas asambleas tribales, expresadas tanto en elecciones como en la aprobación de leyes, tenían ya fuerza de ley y eran vinculantes para toda la población.

Tanto el tribunado como las asambleas populares recién fortalecidas contribuyeron a crear la gran paradoja de la república de «dos cabezas»: la del Senado (voz colectiva de la aristocrática y adinerada minoría política) y la del pueblo. Hoy resultaría algo desconcertante un sistema en que coexistieran una minoría aristocrática y el principio fundamental de que el poder también está en manos del pueblo. Sin embargo, en la antigüedad estuvieron provechosamente asociados. Era la idea expresada por las iniciales SPQR (*Senatus Populusque Romanus*, el Senado y el pueblo de Roma), el emblema que decoraba los estandartes militares romanos y el lema que con el tiempo legitimaría la invasión de los dominios del futuro imperio. Esta invasión había comenzado antes del período de las luchas de clases, en el siglo V a.C. Fue el comienzo de un período de expansión de gran agresividad. Uno de los mayores problemas de la historiografía es explicar exactamente por qué ocurrió.

LA CONQUISTA DE ITALIA

Lo que está claro es hacia dónde se dirigía la expansión. Entre 500 y 275 a.C., de manera poco sistemática y mediante una combinación de guerra y diplomacia, los ejércitos civiles de la república sometieron primero el Lacio y después el resto de la península italiana. Quizá la principal razón de la guerra fuese la tierra. Al tener los ciudadanos posesiones rurales demasiado pequeñas para mantener a una gran familia, los romanos de la república primitiva se pusieron a buscar nuevos territorios. Pero las primeras campañas militares estuvieron destinadas más a la defensa de la tierra que a su

adquisición. En 493 a.C., Roma estableció una alianza de comunidades conocida como Liga Latina, para defender la región del Lacio, que estaba siendo invadida por las tribus montañesas de Italia central: los volscos, los sabinos y los ecuos. Esta guerra, provocada por la agresión exterior, regalaría a la república una excusa muy oportuna y útil para todas las guerras futuras, dentro y fuera de Italia. Para asegurarse el favor de los dioses en sus campañas militares, los romanos buscarían casos que legitimaran la intervención en «defensa propia». La mitología que legitimaba la «guerra justa» era potenciada por las complicadas ceremonias religiosas con que los romanos declaraban las hostilidades. Estas excéntricas demostraciones de adhesión a la justicia eran rituales con que los vecinos italianos de Roma acabarían familiarizándose.

Una vez reprimidos los ataques de las tribus montañesas, Roma y sus aliados latinos volvieron la vista al norte, hacia Etruria. Quizá porque los árboles genealógicos de los jefes romanos tenían raíces etruscas, no faltaban viejas amistades y enemistades con las que justificar tanto alianzas como declaraciones de guerra. Unas ciudades etruscas no tardaron en pactar con Roma; otras fueron derrotadas en el campo de batalla y anexionadas. Acusada de arrogancia por sus aliados por afirmar que se había encargado de la peor parte de la lucha, Roma se volvió también contra ellos. La ciudad-Estado, cada vez más poderosa, entró en guerra con la Liga Latina en 340 a.C., la derrotó y dos años después la desmanteló. Los siguientes fueron los samnitas. Quizá los mayores adversarios de Roma, los samnitas eran una organización poderosa del sur del Lacio. Demostraron ser tan duros que más tarde se llamaría «samnita» a uno de los cuatro tipos de gladiadores de los coliseos romanos. En el curso de tres guerras que duraron hasta 290 a.C. y en las que Roma obtuvo victorias relativas, ésta se apoderó de grandes extensiones de territorio samnita. La ciudad-Estado, antes diminuta, llegaba ahora hasta las colonias griegas del sur de Italia.

El fruto de todas estas guerras de conquista fue variado. Unas veces, el territorio conquistado se convertía en colonia: la tierra era anexionada, dividida y repartida entre ciudadanos romanos. Otras, Roma llegaba a una alianza con las comunidades italianas autónomas, basada en la ayuda militar.

Otras, Roma confería la ciudadanía (con o sin derecho a voto), y en este caso, aunque estas comunidades tuvieran dos ciudadanías al mismo tiempo, quedaban integradas en la esfera de influencia romana. De esta manera, el idioma, costumbres y cultura de los romanos se expandió lentamente por toda Italia.

Todas estas formas de conquista exigían una sola cosa: lealtad a Roma. Esta lealtad sería el principal activo de Roma a la hora de construir un imperio más allá de Italia: un suministro interminable de ciudadanos y aliados y, por lo tanto, un suministro interminable de personal militar. Al comparar el poder superior de la milicia ciudadana romana con otros ejércitos del Mediterráneo, el historiador griego Polibio escribió: «... aunque los romanos hubieran sufrido una derrota al principio, reanudaban la guerra con más empeño... Como los romanos luchan por la patria y los hijos, es imposible que disminuya la furia de su esfuerzo; resisten con obstinada resolución hasta que han vencido a sus enemigos».[4]

En el fragor de estas guerras de conquista se forjó el modo de pensar y la cultura militar del resistente soldado-campesino romano. Los cónsules romanos que ejercían el *imperium* y conducían las campañas iban en pos de la gloria, querían honrar los antiguos apellidos familiares de sus más humildes antepasados, los pastores y granjeros de Etruria y el Lacio. Por encima de todo, el carácter del campesino duro y firme, en cuyo trabajo no había lugar para la comodidad y el ocio, se reflejaba en la actitud de los romanos en estas guerras. Tal como a ellos les gustaba creer, los conflictos se emprendían con piadoso respeto por los dioses, con integridad, honor y, sobre todo, justicia.

La guerra que completó el control romano de Italia por el sur estalló en 280 a.C. La ciudad griega de Tarento, en el tacón de la bota de Italia, había enviado mensajes de desafío a Roma. Además, temiendo que Roma se expandiera en su territorio, los griegos de Tarento habían pedido ayuda militar a sus paisanos de ultramar, y Pirro, el rey griego de Epiro (norte de Grecia), había accedido a ayudarle. Ambicionaba tener un imperio griego propio.

Furiosa por esta impertinente falta de respeto por parte de Tarento, Roma

exigió una reparación por la ofensa que suponía. Era otra oportunidad de obrar en «defensa propia» y de cumplir con lo que Roma consideraba su deber. En el horizonte despuntaba otra guerra de Troya, pero más real. En esta ocasión no era entre el mítico héroe troyano Eneas y los legendarios reyes griegos Agamenón y Menelao. Esta vez enfrentaba a sus descendientes, los romanos «troyanos» contra el ejército griego del rey Pirro.

Tarento estaba demasiado lejos de Roma para llevar a cabo los meticulosos rituales con que los sacerdotes romanos acostumbraban iniciar las hostilidades por entonces. Por ejemplo, no había tiempo para que un sacerdote-heraldo se desplazara a la frontera enemiga. Una vez allí, este hombre debía cubrirse la cabeza con un paño de lana, invocar a Júpiter como testigo de que llegaba legítima y piadosamente, y anunciar que el bando «culpable» tenía treinta y tres días para rendirse.[5] Tampoco había tiempo para asegurarse el favor de los dioses arrojando una lanza al territorio enemigo. Pero los romanos encontraron una solución práctica al problema. Obligaron a un prisionero del ejército de Pirro a comprar una pequeña parcela de suelo romano y los sacerdotes clavaron allí su simbólica lanza.

Pirro invadió Italia al principio de la temporada militar, en 280 a.C. Consiguió derrotar a los romanos en dos batallas brutales y sangrientas. Pero se dice que el rey griego, al ver cuántos de los suyos habían muerto para conseguir la victoria, comentó: «Con otra victoria como ésta, estaremos acabados» (de ahí la expresión moderna «victoria pírrica»). Sin embargo, los romanos dieron la vuelta a la tortilla en 275 a.C. Derrotaron a Pirro en Benevento, cerca de Nápoles, expulsaron al ejército invasor y se apoderaron del resto del sur de Italia.

Pero tras la derrota del ambicioso Pirro, el mundo mediterráneo no tuvo más remedio que espabilar y tomar nota. Había otro competidor en la región. Tras romper la barrera de las siete colinas, las oleadas de romanos de Eneas se acercaban ahora a las costas extranjeras. Había llegado la hora de Roma.

I

REVOLUCIÓN

En 154 a.C. se celebraron las honras fúnebres de Tiberio Sempronio Graco, un héroe de la república. Su cadáver fue transportado al Foro con la indumentaria de un general triunfador: la toga púrpura estaba cubierta de estrellas plateadas y al lado estaban los haces y hachas del cargo del excepcional difunto. Los nobles del cortejo, sin afeitar como muestra de respeto, vestían de negro y llevaban la cabeza cubierta; las mujeres se golpeaban el pecho, se tiraban de los cabellos y se arañaban las mejillas en señal de duelo. También asistieron plañideras profesionales, así como bailarines y mimos que imitaban al hombre muerto con ademanes exagerados. Pero el rasgo más inquietante de la mayoría de los asistentes era la mascarilla funeraria que llevaban, moldeada en cera y con un espeluznante parecido con Graco y sus antepasados, todas muy fieles en el color y la forma. De esta manera, los hombres que la llevaban tenían un sorprendente parecido familiar con el muerto, que en aquel momento yacía en la tribuna de los oradores del Foro, ante los espectadores, ricos y pobres.

Mientras los representantes de la familia permanecían sentados en los bancos de marfil de la tribuna, uno recitaba una oración que ensalzaba los méritos conquistados en vida por el muerto. Había mucho que conmemorar. Graco había conseguido dos veces el cargo de cónsul, el más alto de la república, además del distinguido e influyente cargo de todos los ex cónsules, el de censor. Como jefe militar había dirigido campañas victoriosas en Hispania y Cerdeña. En ambas había sido recompensado con un triunfo,

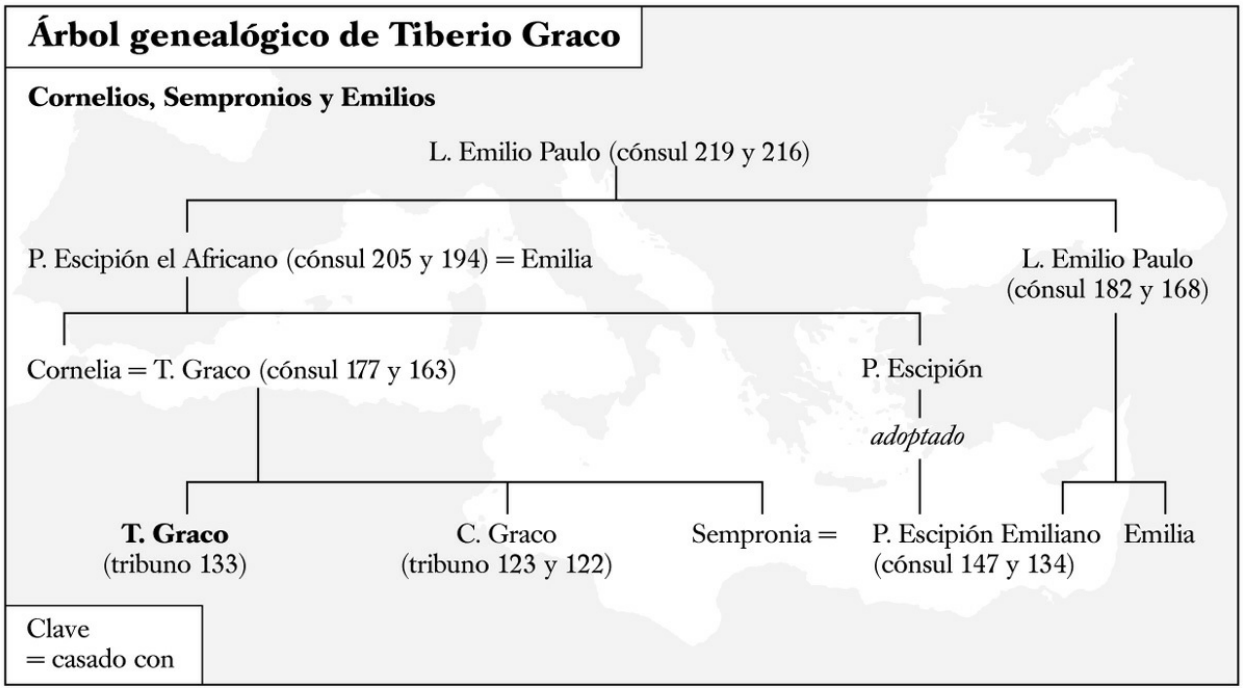
nombre que se daba al desfile en el que el general vencedor cruzaba los sagrados límites de la ciudad y volvía a la vida civil de Roma. Pero a pesar de las proezas que habían cubierto de gloria su nombre, Graco no tenía fama de hombre que buscara el éxito personal. Su funeral fue la celebración pública de una virtud sobre todo. A los romanos les gustaba creer que había puesto el servicio a la república por encima de sus ambiciones y había hecho del bienestar del pueblo romano su guía primordial. El discurso fúnebre tuvo que tener por tanto el mismo efecto que las mascarillas de cera. Recordaba a los espectadores que «el glorioso recuerdo de los valientes no se extingue nunca; la fama de quienes han llevado a cabo un hecho noble no muere; y el reconocimiento de quienes han prestado un buen servicio a la patria es de obligatorio conocimiento público y parte de la herencia de la posteridad».[1]

Pero la rememoración de las hazañas de Graco, mediante las máscaras familiares y el discurso en su honor, tenía una función más específica. Servía como recordatorio para sus hijos, nietos y descendientes posteriores, para que vivieran de acuerdo con sus virtudes. El deseo de honrar al padre emulando sus glorias al servicio a la república, en la guerra, en la construcción de edificios o en política, era una de las motivaciones más importantes de la minoría aristocrática romana. Es fácil imaginar que en ninguna parte ardería con más fuerza este deseo que en el corazón de un muchacho de nueve años, el hijo de Graco, también llamado Tiberio Sempronio Graco.

Probablemente, el muchacho estuvo con su madre y los principales senadores ante la pira en llamas, en las afueras de Roma; fue allí donde se incineró al padre, tras las honras fúnebres. Conforme finalizaba la ceremonia, el chico se iría convenciendo de que estaba dispuesto a soportarlo todo, incluso la muerte, para merecer un panegírico como el que habían pronunciado en honor de su padre. Ahora tenía la obligación de conservar el apellido paterno y la gloria. Era una carga sólo superada por la obligación de mantener el prestigio de otra familia: la de su madre, Cornelia.

El joven Tiberio Sempronio Graco estaba emparentado por línea paterna y materna con tres grandes dinastías aristocráticas de la república. En menos de ciento cincuenta años estas familias habían conseguido que una república dueña de Italia fuese dueña de todo el Mediterráneo. En la época del funeral

de Graco el Viejo, los romanos lo llamaban *mare nostrum*, por el indiscutible dominio que ejercían en él y en las tierras que lo rodeaban.



A pesar de todo, el futuro de este muchacho sería radicalmente distinto del modelo establecido en su familia. El joven Tiberio no tendría un gran funeral como su padre: veintidós años más tarde su mutilado cadáver sería arrojado sin ceremonias al Tíber. No lo matarían enemigos extranjeros en el campo de batalla, sino los mismos senadores aristócratas que habían estado tras él, observando la pira funeraria de su padre. Pues la corta y controvertida vida de Tiberio se cruzó con una coyuntura crítica, una crisis de la historia de la república. Esta crisis estaba centrada en un problema: ¿quién debería beneficiarse del imperio que Roma había adquirido tan rápidamente? ¿Los ricos o los pobres? ¿Los aristocráticos planificadores del imperio o los soldados-ciudadanos que lo habían construido? Fue un problema que obligó a reflexionar en profundidad sobre la naturaleza del imperio y lo que el proceso de adquirirlo había causado en el carácter moral y en los valores de los romanos. Lo extraordinario fue que en esta crisis el joven Tiberio no se inclinó por el bando de su familia y la minoría aristocrática, sino por el de los

pobres.

Acabado el funeral, las mascarillas de cera de Graco el Viejo y sus antepasados fueron depositadas en un santuario de la casa familiar. Servirían de «espectáculo inspirador para un joven de ambiciones nobles y aspiraciones virtuosas. ¿Quién no se habría conmovido al ver las efigies de tantos hombres honrados, todos, por así decirlo, aún vivos y respirando? ¿Qué espectáculo podía ser más glorioso?».[2] Aunque en 154 a.C. nadie habría imaginado la actitud revolucionaria que adoptaría el joven Tiberio para imitar el ejemplo representado por aquellas máscaras, ni que Roma iba a cambiar para siempre.

La gran convulsión de la historia romana que simboliza la vida de Tiberio es un apólogo moral. Al convertirse en superpotencia, Roma había abandonado los auténticos valores con los que había conseguido la supremacía; o eso se decía al menos. En el apogeo de su gloria, las virtudes que habían dado las victorias a la república decayeron y se perdieron para siempre. Pero para entender el significado de este punto de inflexión hay que contar cómo se llegó a él.

LA CONQUISTA DEL MEDITERRÁNEO

El historiador griego Polibio, retenido como prisionero en Roma entre 163 y 150 a.C., escribió una obra historiográfica con la intención de ayudar a los romanos a averiguar cómo consiguió Roma la supremacía en el Mediterráneo en sólo cincuenta y dos años (219-167 a.C.).[3] La obra de Polibio explotó los mitos y leyendas romanos sobre este período, pero no por eso habría que menospreciar la extraordinaria hazaña de Roma. El dominio de Roma en el Mediterráneo era tan completo que hacia 167 a.C. el Senado pudo abolir los impuestos directos en Italia, reemplazándolos por los que se recibían de las provincias extranjeras.

Los dirigentes políticos que habían conseguido esto eran unas cuantas familias aristocráticas. Aunque el ingreso en estas familias, por ejemplo mediante la adopción, era más accesible de lo que a los romanos les habría gustado creer, las tres cuartas partes de los cónsules habidos entre 509 y 133

a.C. procedían exclusivamente, según se dijo, de veintiséis familias. La mitad procedía de diez familias. El joven Tiberio Sempronio Graco estaba emparentado con tres familias interrelacionadas que habían destacado durante el mayor período de expansión: los Sempronios por parte de padre, y los Cornelios y los Emilios por parte de madre (véase el árbol genealógico de la pág. 47). Recorriendo por encima la historia de la conquista romana del Mediterráneo, vemos que los parientes del joven Tiberio fueron puntales decisivos de la expansión, que comenzó en el norte de África, por los problemas planteados por un rival.

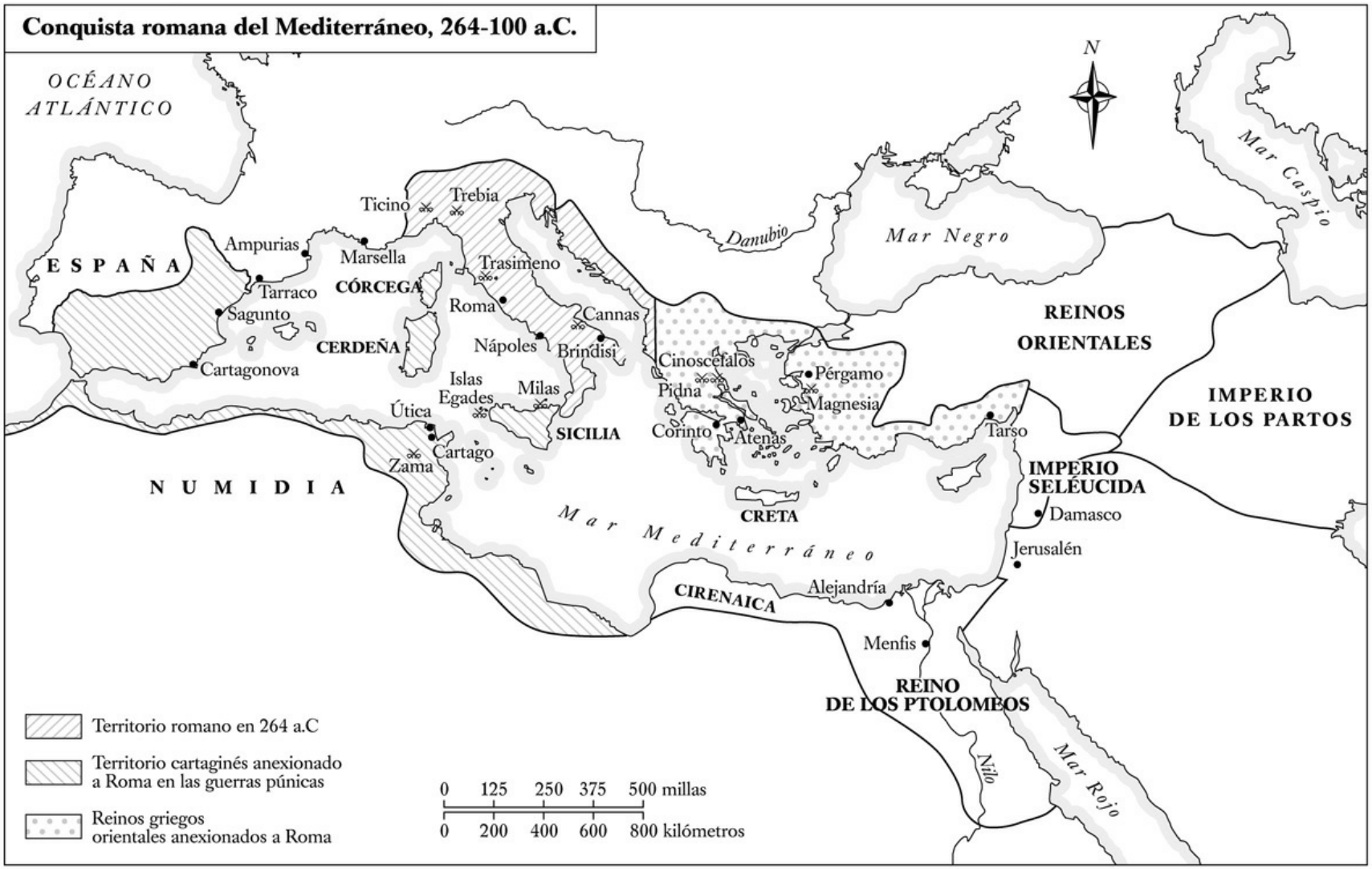
En 265 a.C., la potencia más importante del Mediterráneo era la antigua ciudad de Cartago. Fue fundada por los fenicios (procedentes de lo que hoy es el Líbano) alrededor de 800 a.C. Los fenicios eran expertos marineros y estaban tan decididos a conseguir el control de las rutas comerciales del Mediterráneo occidental que, hacia 265 a.C., habían hecho de Cartago la ciudad más rica y culturalmente avanzada de la zona. Sus puestos comerciales se extendían desde las costas de Hispania y Francia hasta Sicilia y Cerdeña, y por todo el norte de África. Aunque Cartago había tenido conflictos con otros pueblos marineros, sobre todo los griegos, en el proceso de establecer rutas comerciales, sus relaciones con la ciudad-Estado de Roma y los pueblos marineros de Italia habían sido amistosas: en 509 a.C. y 348 a.C. habían firmado tratados con Roma para tener a salvo sus rutas marítimas. Sin embargo, todo esto iba a cambiar en 265 a.C., aunque nadie lo supo al comienzo.

La primera gran guerra de Roma contra Cartago, conocida como Primera Guerra Púnica (púnico significaba fenicio en latín), comenzó en 264 a.C., cuando se pidió a Roma que ayudara a resolver una pequeña disputa en la isla de Sicilia, que era provincia cartaginesa (véase el mapa de la página siguiente). La ciudad de Mesina, gobernada por mercenarios de la Campania, estaba siendo atacada por soldados de Siracusa. Roma se puso de parte de Mesina; Cartago se puso de parte de Siracusa. La guerra por poderes acabó en confrontación directa entre Roma y Cartago cuando el cónsul a cargo del ejército romano no sólo liberó Mesina sino que consiguió que Siracusa aceptara sus generosas condiciones, se separara de Cartago y se convirtiera en

aliada de Roma. Deseosa de proteger su provincia, Cartago intervino en la contienda y envió un gran ejército a la isla en 262 a.C. Así comenzó una guerra que duraría más de veinte años. Lo que estaba en juego era el control de Sicilia.

Con la escalada del conflicto, aumentaron los objetivos de Roma, que se dio cuenta de que para ganar la guerra necesitaba expulsar a Cartago de la isla; para conseguirlo tenía que reducir el poder de Cartago en las aguas que rodeaban Sicilia.

No era ninguna bagatela, pues requería crear un arma que Roma no había probado aún y mucho menos construido: una marina de guerra. Según Polibio, los romanos se pusieron a construir la primera armada de su historia cuando un barco cartaginés que hostigaba a las tropas romanas que cruzaban el estrecho de Mesina encalló en aquellas costas.[4] Lo apresaron, copiaron su diseño y en menos de un año tenían cien naves de guerra. Incluso aprovecharon la oportunidad para mejorar los barcos con un arma secreta: un puente de mando móvil y provisto de púas. Armados de esta guisa, los romanos, con el almirante Cayo Dulio al frente, ganaron su primera batalla naval en Milazzo, en 260 a.C.


Conquista romana del Mediterráneo, 264-100 a.C.
OCÉANO ATLÁNTICO
N
Mar Caspio
Danubio
Mar Negro
ESPAÑA
Ampurias
Marsella
Ticino
Trebia
Trasimeno
CÓRCEGA
Tarraco
Sagunto
Roma
Cannas
CERDEÑA
Nápoles
Brindisi
Cartagonova
Islas Egades
Milas
Útica
SICILIA
Cartago
Zama
NUMIDIA
Mar Mediterráneo
CRETA
Cinoscéfalos
Pérgamo
Pidna
Magnesia
Corinto
Atenas
Tarso
REINOS ORIENTALES
IMPERIO DE LOS PARTOS
IMPERIO SELÉUCIDA
Damasco
Jerusalén
CIRENAICA
Alejandría
Menfis
REINO DE LOS PTOLOMEOS
Nilo
Mar Rojo
Territorio romano en 264 a.C
Territorio cartaginés anexionado a Roma en las guerras púnicas
Reinos griegos orientales anexionados a Roma
0 125 250 375 500 millas
0 200 400 600 800 kilómetros

A pesar de algunos reveses serios, como una invasión de África mal aconsejada, la destrucción de la flota por tormentas no menos de tres veces, y la ruina financiera casi total, los romanos respondieron a la adversidad como era su costumbre: reconstruyeron los barcos. Fue crucial que tuvieran un buen respiro en 247 a.C., cuando los cartagineses, en vez de concentrarse en derrotar a los romanos, se dedicaron a recuperar la lealtad de los númidas y los libios, que se estaban inclinando hacia los romanos. El 10 de marzo de 241 a.C. Roma consiguió una victoria decisiva sobre la flota cartaginesa en las islas Egades, y con ella la supremacía en el mar. En aquel momento, el general cartaginés Amílcar estaba en Sicilia, llevando a cabo con buenos resultados una guerra de guerrillas contra el ejército romano. Aunque él no había sido derrotado, los dirigentes políticos de Cartago le ordenaron que llegara a un acuerdo.

El sometimiento del invicto general a los romanos simbolizó el indeciso final de la primera guerra. Si romper el tratado de paz les dolió a los jefes cartagineses, habría más píldoras amargas que tragar. Nada más acabar la guerra, Cartago evacuó Sicilia y, con la excepción del reino de Siracusa, que siguió siendo aliado, la isla se convirtió en la primera provincia romana de ultramar. Se impusieron duras condiciones, sobre todo la indemnización que Cartago tuvo que entregar a Roma: 3.200 talentos de plata, es decir, 82 toneladas, pagaderos en 10 años. Roma aprovechó entonces la debilidad de Cartago para expulsar por las bravas a los cartagineses de Cerdeña y Córcega. En el espacio de unos años, Roma, sin solución de continuidad, había pasado de «defender» a sus aliados en la región, expulsando a los cartagineses de aguas «italianas», a explotar las riquezas de las tres islas en beneficio propio. El trigo y otros productos isleños fluyeron a Roma. Y a pesar de esta cruda prueba de imperialismo, la pregunta de quién controlaba el Mediterráneo seguía sin respuesta.

La región que se disputaron a continuación el consolidado imperio cartaginés y el reciente imperio romano ultramarino fue la península ibérica. El general Amílcar se puso al frente de una expedición en 238 a.C. con el objetivo manifiesto de fundar colonias que compensaran la pérdida de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Las minas de Hispania eran ricas en oro y plata, y podía

formar un ejército en el terreno con las tribus locales; y el cereal del país podía compensar la pérdida del de Cerdeña. Combinando campañas, tratados y alianzas, Amílcar y sus hijos se hicieron fuertes en Hispania, mientras seguían llegando de Cartago mandos militares, elefantes y colonos para poblar las ciudades que se estaban construyendo. Preocupada por la creciente base que Cartago estaba construyendo en Hispania, Roma envió delegados en 226 a.C. a Cartagonova (hoy Cartagena), para exigir a los cartagineses que limitaran su expansión hasta el río Ebro (véase el mapa de la pág. 51). Los cartagineses accedieron, pero la paz duró poco, porque Roma estableció entonces estratégicamente una alianza con la ciudad independiente de Sagunto, en la costa mediterránea, al norte de Cartagonova. Al aliarse con una ciudad de la periferia del imperio de Cartago en Hispania, Roma podría justificar una guerra alegando que iba en defensa de Sagunto. Fue como colocar una bomba de relojería para una guerra futura.

El hombre preparado para enfrentarse a Roma por segunda vez y tratar de dar la vuelta al resultado de la primera guerra fue Aníbal, el hijo menor de Amílcar. En 221 a.C. tenía ya el mando de las fuerzas cartaginesas en Hispania. Con nueve años, según una famosa anécdota, su padre le había sumergido la mano en la sangre de un animal sacrificado y le había hecho jurar odio eterno a Roma. Ahora el general de veintisiete años tenía una excusa para dar rienda suelta a su cólera. La ciudad de Sagunto, que había empezado a hostigar a las ciudades cartaginesas vecinas, era una amenaza para él, un obstáculo para el control de Hispania y para la seguridad de la parte occidental del imperio. Así pues, con autorización de los jefes de Cartago, Aníbal atacó la ciudad y cruzó el Ebro. Se había declarado la guerra.

Los romanos esperaban que la Segunda Guerra Púnica se librara en Hispania. Estaban muy equivocados. El conflicto, que duró de 218 a 201 a.C. y fue el mayor entre los dos imperios, ha pasado a la leyenda por la extraordinaria decisión de Aníbal: invadir Italia y avanzar sobre Roma. En la primavera de 218 a.C. emprendió una marcha de 1.600 kilómetros por territorio hostil con 12.000 jinetes, 90.000 infantes y treinta y siete elefantes de guerra. Semejante hazaña requería coraje y resolución. Al llegar al río Ródano, un río de 500 metros de anchura y demasiado profundo para

vadearlo, transportaron en balsas a los elefantes, con los guías incluidos. Se engañó a los animales cubriendo de tierra las balsas, para que parecieran suelo firme. Primero cruzaron dos hembras; los demás, al verlas, a pesar de que sufrieron algunas bajas, vencieron el pánico y las siguieron. Sin embargo, el principal obstáculo con que tropezó Aníbal no fue un río, sino las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre emboscadas, desprendimientos de rocas, tramos muy inclinados y resbaladizos, comida escasa y temperaturas bajo cero, Aníbal condujo a su ejército a través de estrechos desfiladeros con ingenioso e inspirado sentido de la jefatura. Cuando sus hombres tenían frío, pasaba la noche al raso con ellos; cuando un camino estaba bloqueado por un corrimiento de tierras, los reunía para calentar vino agrio, que luego vertía sobre las rocas que obstruían el camino y las deshacía; cuando las tropas flaqueaban de agotamiento, las animaba recordándoles las oportunidades de gloria y botín que les esperaban: «¡Estáis atravesando la barrera protectora de Italia, mucho más, estáis atravesando las mismas murallas de Roma!».[5] Tras invertir cuatro semanas en cruzar la cordillera alpina, Aníbal entró en Italia con (estimando a la baja) 20.000 infantes, 6.000 jinetes y menos de la mitad de los elefantes. Es posible que hubiera el doble de infantes. Descansaron durante dos semanas antes de lanzarse a igualar con otra gran hazaña la de haber llegado a Italia: destruir a todas las fuerzas romanas que se encontraran.

Entre el invierno de 218 a.C. y el verano de 216 a.C., en las batallas de Tesino, Trebia y Trasimeno (véase el mapa de la pág. 51), el joven general Aníbal superó a los romanos en talento militar, estrategia y osadía, y derrotó sistemáticamente a ejércitos mucho mayores que el suyo. Pero el apogeo de su campaña italiana fue la batalla de Cannas, un lugar que para los romanos se convirtió en sinónimo de tragedia. En este enfrentamiento, que tuvo lugar en la región de Apulia, consiguió derrotar a un ejército dos veces más numeroso que el suyo, con los flancos de su superior caballería africana. Cuando los aliados de Cartago cerraron el cerco, comenzó la matanza: murieron 45.500 romanos e infantes aliados y 2.700 jinetes. La batalla redujo considerablemente el cuerpo de funcionarios de la aristocracia: no menos de ochenta senadores murieron allí. Ha llegado a decirse que ningún ejército

occidental ha sufrido tantas bajas en un solo día de lucha. La derrota tuvo repercusiones en el sur de Italia, donde muchos aliados y colonias de Roma se pasaron a Cartago. Éste había sido desde el principio el plan de Aníbal, y estaba funcionando. Todo parecía indicar que el novato y precoz imperio de Roma tenía los días contados.

No obstante, durante las secuelas de la batalla apareció un hombre decidido a todo con el que Roma daría la vuelta a los acontecimientos. Se llamaba Publio Cornelio Escipión y sería el abuelo de Tiberio Sempronio Graco. Aunque el entonces magistrado de diecinueve años acababa de ver morir a su suegro en el campo de batalla, reunió a los mandos supervivientes. La energía de Escipión y su autoridad frenaron el miedo de los soldados que trataban de huir. Temerosos ahora de Escipión, no tardaron en recuperar el ánimo y juraron lealtad a la república. El mismo espíritu indomable bullía también en las puertas de Roma. Aquí, el victorioso Aníbal envió una delegación para buscar un acuerdo de paz, confiando en que el enemigo capitularía. Los romanos respondieron impidiéndole la entrada en la ciudad. Cuando el propio Aníbal llegó con su ejército ante las murallas, prosigue la leyenda, la tierra en que acamparon estaba casualmente en venta. Era tal la confianza de los romanos que apareció un comprador antes de que se fueran Aníbal y los suyos.[6] El mensaje era claro: los romanos estaban dispuestos a seguir luchando y a vencer.

El hombre que dirigiría la reacción romana entre 216 y 202 a.C. fue Escipión. La clave de su triunfo para dar la vuelta a las conquistas de Aníbal fue su capacidad, típicamente romana, para atraer a masas de combatientes de gran calidad y al parecer interminables. Aunque los aliados de la Italia meridional se habían pasado al bando de Aníbal, muchos otros seguían siendo leales, y gracias a estas y otras comunidades organizó Roma nuevos ejércitos. Con ellos a su disposición, los romanos adoptaron una táctica totalmente diferente. Dejaron que Aníbal formara una nueva coalición de fuerzas en el sur de Italia y partieron a combatir a los cartagineses de Hispania. El plan era impedir otra invasión y cortar la ayuda extranjera que tanto necesitaba Aníbal. A la edad de veintiséis años, Escipión conquistó Cartagonova, se granjeó el apoyo de muchas tribus hispanas y expulsó a los

cartagineses de la península. Fue tal su popularidad que, a pesar de la oposición del Senado, el joven y carismático general, altamente motivado, organizó otro ejército de voluntarios y se preparó para una operación que los romanos no habían conseguido durante la Primera Guerra Púnica: la invasión del norte de África.

Con Aníbal y su ejército en Cartago para defender el territorio, Escipión se enfrentó finalmente con el gran general cartaginés en Zama, a unos 120 kilómetros de Cartago, en 202 a.C. En una reunión previa con su adversario, Aníbal intentó negociar la paz. Escipión se negó. El romano sabía que la ventaja estaba de su parte. Mientras se alineaban para la batalla, su ejército y él sabían ya lo que iban a hacer los cartagineses. Cuando, por ejemplo, Aníbal lanzó a los elefantes, los romanos, cumpliendo órdenes de Escipión, se mantuvieron firmes y les permitieron cruzar la formación por pasillos previamente estudiados. Luego, cuando los dos bandos se lanzaron a la batalla, se utilizó la táctica de la maniobra envolvente, pero esta vez fueron Aníbal y el ejército cartaginés los que quedaron atrapados. Con unos 20.000 cartagineses muertos y sólo 1.500 bajas romanas, la batalla de Zama supuso una sorprendente victoria romana y finalizó la Segunda Guerra Púnica superando todas las expectativas. La extraordinaria recuperación de Roma culminó en las condiciones de la paz. A Cartago se le permitió conservar el territorio africano que le pertenecía antes de la guerra, pero se quedó sin imperio de ultramar para siempre. Tuvo que entregar su flota y sus elefantes para pagar 10.000 talentos (250 toneladas) de plata en concepto de indemnizaciones, y algo de crucial importancia, como en un tratado actual de no proliferación nuclear, fue que accedió a no volver a rearmarse ni a declarar una guerra sin permiso de Roma.

Zama señaló un punto de inflexión. Mientras Cartago perdía un imperio en el Mediterráneo occidental, Roma, dueña ahora de las dos provincias de Hispania y única potencia de la zona, ganaba otro. Por su inspirado sentido del mando y su brillante estrategia, Publio Cornelio Escipión fue honrado con el sobrenombre de «el Africano». No sería el único que se bañaría en gloria. Por su papel decisivo en la conquista del rincón occidental, la antigua y aristocrática familia de los Cornelios consiguió un lugar destacado entre la

oligarquía de Roma. Pero sería otro antepasado de Tiberio Sempronio Graco el que acabaría emulando la conquista del Mediterráneo occidental. Y lo haría concluyendo la conquista de Grecia.

La estrategia que utilizó Roma para dominar el este entre los años 197 y 168 a.C. fue diferente de la utilizada en el oeste. Después de las guerras púnicas fue fácil advertir los signos imperialistas. Había guarniciones romanas y ejércitos invasores en Sicilia, Cerdeña, Córcega e Hispania; en todas estas provincias se recaudaban impuestos; y los funcionarios romanos a los que se les asignaba gobernar esas provincias se ponían a explotar inmediatamente su riqueza mineral en beneficio de Roma. En lo referente al este, por el contrario, el Senado eligió un camino ligeramente más sutil, gradual y diplomático para imponer la supremacía romana.

La cuenca del Mediterráneo oriental de la época estaba compuesta por una serie de reinos, llamados «diádocos» o «sucesores» de Alejandro Magno, porque las dinastías que los gobernaban habían sido fundadas por los generales griegos de Alejandro cuando el gran conquistador murió y se desmembró su vasto pero breve imperio. Uno de estos reyes, Filipo V de Macedonia, había provocado la ira de Roma. Se había aprovechado de la debilidad de la república tras la batalla de Cannas y se había aliado con Cartago. En 197 a.C., con Cartago sometida, Roma estaba en situación de declarar a Filipo una guerra en condiciones. La excusa que puso era ya conocida: defender a sus amigos griegos, tiranizados por él. Antes de que pasara un año, Filipo había sido derrotado en la batalla de Cinoscéfalos y Roma tenía derecho a disponer de su reino como le pareciera. Pero en lugar de convertir el reino de Macedonia en provincia de la república, el gobernador militar de la región asistió a los Juegos Ístmicos de Corinto, recibió la calurosa bienvenida que normalmente se deparaba a los reyes griegos y, con gran inteligencia, declaró que Grecia era «libre». Y retiró a su ejército.

No tardaría en presentarse otra oportunidad de ser generosos. Cuando el rey griego Antíoco de Siria expandió su reino seléucida con incursiones en Asia Menor (la actual Turquía) y el norte de Grecia, el ejército romano regresó a la zona de nuevo con el firme propósito de ayudar a las ciudades

griegas amenazadas. Antíoco fue derrotado en la batalla de Magnesia, en 190 a.C., su reino volvió a sus antiguos límites y los territorios griegos que había invadido fueron entregados a leales aliados de Roma en aquella guerra. Las tropas romanas fueron evacuadas de nuevo. Aunque estas dos breves guerras dieron la impresión de que la libertad y la autonomía se quedaban en las ciudades griegas del este, la realidad era otra. Las consecuencias de la intervención romana fueron que las ciudades griegas estaban ahora ligadas a Roma por una obligación tácita. A cambio de su «libertad», las ciudades griegas debían ser leales a Roma.[7]

Sin embargo, por culpa de un rey Roma acabó quitándose la careta de potencia benevolente en el este. Cuando subió al trono Perseo, hijo de Filipo V, quiso restablecer el prestigio y la autoridad del reino macedonio en la región. Mediante intervenciones en las guerras locales de Grecia, ganó influencia y gran apoyo popular entre las ciudades-Estado. El aumento de su influencia fue a costa de la romana, y a los ojos del Senado romano esto era sencillamente inaceptable. Ya había otra excusa para otra «guerra justa» y se rompieron las hostilidades en 171 a.C.

Al principio, la falange macedonia de Perseo llevó la mejor parte. Pero en junio de 168 a.C., la cerrada formación de infantes que había conquistado el mundo conocido bajo las órdenes de Alejandro Magno libró su última batalla. En Pidna, en la costa noreste de Grecia, las legiones romanas de Lucio Emilio Paulo obtuvieron una victoria decisiva; murieron 20.000 macedonios y 11.000 fueron hechos prisioneros. El reino griego, antaño poderoso, fue dividido en cuatro repúblicas leales a Roma; sólo era cuestión de tiempo que Macedonia pasara a ser provincia romana. El rey Perseo, último descendiente real de Alejandro, fue capturado y conducido a Roma. Allí fue exhibido como trofeo del dominio de Roma en el Mediterráneo oriental. El prisionero fue en el desfile triunfal del general Lucio Emilio Paulo, futuro tío abuelo de Tiberio Sempronio Graco el Joven.

Por la gloriosa participación que tuvieron en la conquista del Mediterráneo, por las guerras ganadas y por el número de enemigos muertos, la familia de los Emilios pasó a estar con los Cornelios, en el pináculo de la minoría dominante. Tiberio Sempronio Graco el Viejo se había asegurado de

que también los Sempronios estuvieran a la misma altura en gloria y prestigio. Su propio padre había sido cónsul y un héroe de la guerra contra Aníbal. Ahora también él aportaba gloria a la familia. En 180 a.C., Graco el Viejo sometió el norte de Hispania y tres años más tarde aplastó en Cerdeña a un ejército rebelde de 80.000 hombres. A causa de estas hazañas se consideró a Graco merecedor de Cornelia, la mujer más cotizada de Roma. Era hija de Escipión el Africano y sobrina de Lucio Emilio Paulo. En Cornelia se unieron las tres ilustres familias. Eran las tres ramas de los antepasados del hijo de Cornelia, Tiberio Sempronio Graco el Joven, y asistieron juntas a su funeral en 154 a.C. Pero a pesar del extraordinario triunfo de las familias en la conquista del Mediterráneo, un signo de interrogación pendía sobre sus hazañas.

Este signo reflejaba la incertidumbre de lo que significaba para Roma el imperio que habían construido. ¿Eran las guerras que habían librado realmente defensivas y justas, como muchos aseguraban, o eran sencillamente crudas expresiones del ánimo de lucro? ¿Quién se había beneficiado realmente? ¿La república en conjunto o sólo unos cuantos aristócratas que se habían aprovechado mientras eran funcionarios? Y sobre todo, ¿qué efecto había tenido construir un imperio en el carácter moral de Roma? ¿Alentaba la virtud en los soldados y líderes, o sólo la avaricia y la corrupción? ¿Estaban ya la ambición personal y de gloria por encima de los intereses de la república y del pueblo? Tal era el gran debate que la conquista del Mediterráneo había encendido. En 146 a.C. un único acontecimiento avivaría las llamas y se declararía un incendio devastador.

OTRO PUNTO DE NO RETORNO: EL SAQUEO DE CARTAGO

A finales de 148 a.C. la Tercera Guerra Púnica iba mal para los romanos. Los cónsules que dirigían el ataque contra Cartago y los territorios vecinos habían iniciado ataques precipitados que terminaron en fracasos y derrotas, mientras que los soldados se volvían cada vez más vagos, avariciosos y egoístas.[8] De las tres guerras contra Cartago, la tercera fue la más polémica

y, para muchos habitantes de la metrópoli, los romanos estaban pagando el precio ahora. El historiador Polibio, que fue testigo de las últimas fases de esta guerra, escribió sobre la naturaleza de la controversia. La opinión en el mundo mediterráneo, dijo, estaba dividida por la decisión romana de guerrear contra su viejo rival por tercera vez:

> Unos aprobaron la acción de los romanos, diciendo que para defender su imperio habían tomado medidas sabias y propias de estadista. Pues destruir esta fuente de perpetua amenaza [Cartago] [...] era de hombres inteligentes y previsores. Otros adoptaron el punto de vista opuesto, alegando que en vez de mantener los principios con los que habían conseguido la supremacía, estaban abandonándolos poco a poco por ansia de poder.[9]

La guerra había sido un tema de polémica desde el principio mismo. Antes de tomar la decisión de declararla, el Senado estaba dividido y discutía acaloradamente. Por una parte estaban las palomas: defendían con vehemencia que no había que destruir Cartago, que Roma la necesitaba para que fuese freno y contrapeso en el reparto de poder del Mediterráneo. Así, según esta facción, Cartago salvaría a Roma de ser demasiado poderosa e impediría que la «avaricia» destruyera el «honor, la integridad y las demás virtudes».[10] Los halcones rebatían esta línea de pensamiento removiendo viejos temores romanos. Cartago, decían, estaba resurgiendo y enriqueciéndose, y supondría una amenaza hasta que fuera destruida totalmente. Este bando, con Catón el Viejo a la cabeza, adornaba sus argumentos con brillantes pinceladas retóricas. Los cartagineses eran desleales, degenerados y afeminados inmoladores de niños. Venían a decir que eran subhumanos y debían ser tratados como tales. Manteniendo incansablemente el tema como primer punto del orden del día, Catón finalizaba todos los discursos que pronunciaba en el Senado, fuera cual fuese el tema, con la petición: *Delenda est Carthago* (Hay que destruir Cartago).[11] Así fue convenciendo a la oposición hasta que los halcones consiguieron inclinar a la mayoría del Senado en favor de la guerra. Lo único que necesitaban ya los senadores era una justificación. Establecerla recrudeció la polémica.

Pronto encontraron un pretexto. Tras una inspección de Cartago y los alrededores, una comisión romana informó al Senado de que había visto «abundancia de materiales para construir barcos» y alegaba que los cartagineses habían construido una flota más numerosa de lo que establecía el tratado de paz de la Segunda Guerra Púnica.[12] Sin embargo, los testimonios arqueológicos e históricos de la presunta construcción de estas antiguas armas de destrucción masiva no son concluyentes ni siquiera en nuestros días. Incluso cuando los cartagineses violaron finalmente el tratado de manera innegable (yendo a la guerra con su vecina Numidia sin el permiso de Roma), la culpabilidad de Cartago estaba lejos de ser convincente. Había una única razón: Roma, actuando bajo cuerda, había fomentado la agresión númida contra Cartago. El cinismo de Roma acabó afectando también a su diplomacia. La polémica sobre ir o no a la guerra no hizo más que intensificarse. Los senadores estaban a punto de violar una de las virtudes más antiguas y divinas de la república: *fides*, la buena fe, la capacidad de cumplir la palabra dada en asuntos políticos.

Mientras la maquinaria de guerra romana se preparaba para entrar en acción, los barcos iban y venían entre Italia y el norte de África y el número de soldados de infantería y caballería desplegados llegaba a 80.000; los cartagineses enviaron al menos tres embajadas a los romanos en 149 a.C. Todas ofrecían la rendición, todas eran un intento desesperado de evitar la guerra. La primera vez, el cónsul romano accedió a la paz y a dar a Cartago la libertad bajo protección romana. Pero había una condición: que los cartagineses entregaran 300 rehenes, específicamente los hijos de las familias más nobles. Los cartagineses accedieron de buena fe. Y cuando se hubo hecho, y la flor y nata de su oligarquía iba camino de Roma, el cónsul romano en África, Lucio Marcio Censorino, estipuló otra condición: la entrega de 200.000 corazas y 2.000 catapultas. Consternados, los embajadores volvieron a Cartago y supervisaron la carga de las armas y su transporte al campamento romano. Sin embargo, el astuto Censorino guardaba otro as en la manga.

Se estipuló una última condición antes de acceder a la paz: Cartago debía trasladarse a 16 kilómetros de la costa. La excusa de Censorino para proponer

este cambio era de una extraordinaria hipocresía. El mar, dijo, con sus expectativas comerciales, había corrompido Cartago. Le había dado un «carácter codicioso». Cartago necesitaba parecerse más a Roma: «la vida del interior –afirmó–, con las alegrías de la agricultura y el silencio, es mucho más serena».[13] Estupefactos, los embajadores rompieron a llorar de ira y de dolor. Era imposible cumplir esta condición sin destruir la ciudad por completo y para siempre. Entonces se dieron cuenta de que los romanos nunca habían tratado sinceramente de firmar la paz. Se habían limitado a adquirir ventaja en una guerra que en aquel momento –y desde siempre– era inevitable.

Dos años después, muchos argüían que la traición cometida al principio de la guerra había sido la causa de que los romanos no hubieran conseguido nada hasta entonces. El pueblo daba gran importancia a la justicia de las guerras que engrandecían el imperio. «Cuando el inicio de la guerra es justo –decía la lógica–, la victoria es mayor y los malos resultados menos peligrosos, mientras que si se cree que es deshonrosa e injusta, tiene el efecto contrario.»[14] Es exactamente lo que parecía a finales de 148 a.C. Pero todo cambió con la llegada a África de otro general simbólico en la primavera del año siguiente.

Para resolver el lamentable punto muerto en que se encontraban en Cartago, el pueblo y el Senado de Roma recurrieron a un joven aristócrata. Los merecimientos de Publio Cornelio Escipión Emiliano eran impecables. Procedía de una familia patricia, los Cornelios; era nieto del cónsul que cayó en la batalla de Cannas; nieto adoptivo de Escipión el Africano, el vencedor de la Segunda Guerra Púnica; e hijo de Lucio Emilio Paulo, el vencedor de Perseo en la guerra contra Macedonia (véase el árbol genealógico de la pág. 47). Emiliano había demostrado sus habilidades en las primeras fases de la guerra contra Cartago. Al frente de la cuarta legión, era el único oficial que había conseguido alguna victoria significativa. Ahora, aunque tenía treinta y siete años, cinco menos de los imprescindibles para ser cónsul, el pueblo romano lo vitoreaba con tanta vehemencia que el Senado accedió finalmente a hacer una excepción y le permitió presentarse. Una vez en el consulado, su deber era sencillo: hacerse cargo de la guerra de Cartago y ganarla.

Pensando en este objetivo, Emiliano regresó al norte de África, restauró la disciplina en el ejército y adoptó una nueva estrategia en la guerra. Ordenó que se abandonaran las campañas romanas en el interior. Todas las unidades tenían que concentrarse en la toma de la ciudad, primero sitiándola y luego tomándola por asalto. Durante el verano de 147 a.C. levantó un cerco inexpugnable alrededor de Cartago para impedir que entraran en la ciudad refuerzos y provisiones. Para bloquear los accesos terrestres consiguió que en sólo 20 días se construyera un doble muro de tierra a lo largo del istmo. Por el lado del puerto no fue menos ambicioso. Para bloquear la entrada al puerto, creó una barrera depositando 15.000 metros cúbicos de piedra y rocas. Encima de la parte que sobresalía del mar instalaron máquinas de guerra. A pesar de la valiente resistencia y los ataques cartagineses, la ciudad quedó completamente aislada en el invierno. Emiliano pasó los meses siguientes eliminando bolsas de resistencia en el país, y cuando llegó la primavera de 146 a.C., él y su ejército estaban preparados para tomar la ciudad. Para ayudarles, llegaron nuevos reclutas de Italia. Uno de aquellos soldados novatos era el primo de Emiliano, Tiberio Sempronio Graco, de diecisiete años.

Como pariente cercano que era, Tiberio compartió la tienda y la mesa de Emiliano. Después de todo, el muchacho, además de primo de Emiliano, era su cuñado; Emiliano se había casado con su hermana mayor, Sempronia. Pero los dos hombres tenían en común algo más que la familia. La guerra les regalaba la oportunidad única de demostrar su valía. La anualidad del consulado daba a Emiliano un tiempo limitado para silenciar a sus críticos. De joven había evitado el procedimiento habitual para triunfar en política y en una ocasión había confiado al historiador Polibio, su amigo y preceptor: «Todo el mundo me ve como una persona tranquila y perezosa que no posee el carácter enérgico de un romano porque no me dediqué a presentar casos en los tribunales. Dicen que la familia no necesita que la represente un sujeto como yo, sino alguien totalmente opuesto. Eso es lo que más me duele».[15] El año que fue cónsul y general al frente de la guerra en Cartago fue su única baza, su única oportunidad en la vida de demostrar que era valioso para su familia, de renovar la fama de los Cornelios. La gloria estaba allí para ser

alcanzada, siempre que el peso de las expectativas no le aplastara antes a él.

También se esperaba mucho de su primo. Desde la muerte de su padre, Tiberio, había sido educado, junto con su hermana y su hermano pequeño, por su famosa madre, Cornelia, la hija de Escipión el Africano. Ella se había encargado de que Tiberio recibiera la mejor instrucción en retórica y filosofía griegas; iba con la naturaleza inteligente, generosa e idealista del joven. Pero también le había inculcado la ambición de gloria y el deseo de destacar en las virtudes romanas de disciplina y valor. En consecuencia, aunque hombre amable, considerado y de ningún modo un guerrero por naturaleza, como su primo Emiliano, Tiberio era un joven de gran determinación.[16] Esta última cualidad sería una ventaja durante el verano que pasó en Cartago.

Tiberio se integró en el estado mayor de Emiliano para aprender el arte de la guerra, estudiar sus actos y seguir su ejemplo. Pero esta guerra también le dio la oportunidad de poner el pie en la escala política denominada *cursus honorum*, la competición electoralista por los honores que se celebraba todos los años. Como las profesiones política y militar no estaban en la antigua Roma separadas como lo están habitualmente hoy, sino que eran una sola, los jóvenes ambiciosos necesitaban haber estado en varias campañas para poder aspirar incluso a los puestos más bajos del funcionariado. Pero para construir una carrera política se necesitaba algo más que participar en una campaña tras otra. Como solía decir el mismo Emiliano, el poder empezaba en Roma adquiriendo integridad. De aquí partía una antigua norma aristocrática: «La dignidad de rango –decía Emiliano– procede de la integridad, el honor del funcionario procede de la dignidad, la suprema autoridad viene de ostentar un cargo público, y la libertad viene de la suprema autoridad».[17] La libertad para hacer lo que uno quisiera era un valor muy apreciado por los aristócratas romanos. Era la misma esencia de la república libre. Pero ¿cómo iniciar una andadura política tan sobrecogedora? ¿Cómo se forjaba un carácter así? ¿Cómo emular a los propios antepasados? Tiberio lo descubrió mientras Emiliano y sus subordinados hacían los últimos preparativos para tomar Cartago.

No hay testimonios de lo que Emiliano dijo a sus oficiales antes de la batalla, pero es fácil imaginar que se centró en un viejo tema. La batalla que

les esperaba era para que la libertad y la justicia predominaran sobre la tiranía. Era para que los decentes valores romanos eclipsaran la traición y falsedad de los cartagineses. En resumen, era para que la civilización venciera a la decadencia y la corrupción. Con la toma de Cartago iban a acabar 120 años de guerra, odio y suspicacias. Los interrogantes sobre quién controlaba el mundo y cómo iba a ser gobernado tuvieron finalmente una respuesta inequívoca. Como incentivo para que sus oficiales demostraran valor en un conflicto de tales proporciones, quizá Emiliano recordara también a sus seguidores las condecoraciones que suelen darse en estos casos. Los antiguos romanos no solían premiar los actos de valentía con medallas, sino con coronas, brazaletes, collares y flechas en miniatura. Según la magnitud de la hazaña, las coronas tenían diferentes nombres y formas. Unas eran de hierba, otras de hojas de roble, otras de oro. Pero sólo una se debió a aquella memorable ocasión. Se premiaría con la «corona mural» a la primera persona que escalara las murallas de la ciudad.

Quizá pensando en esto, Tiberio y su unidad esperaron a que amaneciera para soplar los cuernos. Con la sed de gloria compitiendo con el terror, Tiberio estaba a punto de probar la guerra por primera vez. Entonces llegó la señal. Los romanos salieron al descubierto, rápidamente colocaron maderos, andamios y máquinas de guerra contra las murallas de la ciudad y cargaron contra los 30.000 defensores cartagineses. Sorteando la lluvia de flechas, lanzas y pesadas redes que caían sobre los escaladores romanos, la unidad de Tiberio comenzó la larga escalada de la muralla, que tenía unos 9 metros de anchura y 18 de altura. A pesar de los muchos romanos que se estrellaban en el suelo, a su alrededor, Tiberio consiguió lo que quizá había parecido imposible: fue el primero en coronar las murallas. Pero tan pronto estuvieron arriba él y sus hombres, debieron de darse cuenta de que la lucha acababa de comenzar. Ahora se enfrentaban al enemigo cuerpo a cuerpo en un combate duro y mecánico. En el momento de su triunfo Tiberio se sintió en el mismo infierno.

El terrible conflicto duró seis días con sus noches. Una vez dentro de la ciudad, los batallones de la muerte avanzaron casa por casa, callejón por callejón. Se abrieron camino por tres calles, apuñalando y matando desde el

Foro, obligando al enemigo a retroceder hasta Birsa, la ciudadela. Cuando los decididos cartagineses, que luchaban por su supervivencia, comenzaron a atacar a los romanos arrojándoles piedras desde los tejados de las prietas casas, los romanos capturaron los primeros edificios, mataron a sus ocupantes y subieron a los tejados también. Saltando sobre las estrechas callejas con pasarelas de madera, continuaron librando la batalla de tejado en tejado, dejando a su paso un reguero de cadáveres mutilados o tirándolos a las calles. Entonces, en medio de los llantos, los gritos y los gruñidos animales, Emiliano intensificó el ataque y ordenó que incendiaran las calles. El ruido aumentó la confusión. Las casas empezaron a hundirse y los ancianos, los heridos, las mujeres y los niños tuvieron que salir de sus escondites.[18]

Las cuadrillas romanas de «limpieza» intentaron poner orden en aquel escenario de frenética actividad. Recogieron los cuerpos de los muertos y heridos juntos, los mezclaron con los escombros y los arrojaron a los hoyos excavados en la tierra. Había que limpiar las calles para que las cohortes de la infantería y la caballería pudieran cargar a continuación. Los caballos pisoteaban los brazos, piernas y cabezas seccionados que encontraban en su camino. Aquella forma de hacer la guerra estaba muy lejos de los sangrientos enfrentamientos de Aníbal en el campo y de las batallas navales de la Primera Guerra Púnica. Se había ido un grado más allá del horror. Pero había que mantener la disciplina romana a toda costa. Aunque las tropas se alternaban para que no mermase la ferocidad del ataque, Emiliano, comiendo lo que pillaba y durmiendo cuando podía, trabajó día y noche.[19]

El séptimo día se vio el resultado del esfuerzo de los romanos y 50.000 cartagineses agotados y famélicos se acercaron a Emiliano con guirnaldas del dios de la medicina, Esculapio, una señal de que se rendían a cambio de conservar la vida. Emiliano accedió. Acabada la tregua, el ejército romano se concentró en el templo de Eshmún, que estaba situado en lo más alto de la ciudadela y era el refugio fortificado al que se habían retirado Asdrúbal, el general cartaginés, y un ejército desafiante de novecientos defensores. Los romanos lo rodearon y durante un tiempo fueron incapaces de atravesar las defensas naturales del templo. El desgaste de la guerra (fatiga, hambre y miedo) obligó finalmente a los cartagineses a salir al tejado. No había más

lugares donde refugiarse. Cuando Asdrúbal, dándose cuenta de que estaban vencidos, desertó en secreto, Emiliano se apresuró a aprovechar la ventaja. Se dirigió a los rebeldes y les describió la abyecta y cobarde rendición de su jefe. Tras este desmoralizador espectáculo sólo era cuestión de tiempo que los rebeldes, incluida la mujer y los hijos de Asdrúbal, perdieran toda esperanza y murieran arrojándose a los fosos que rodeaban el templo.[20]

Los romanos habían sentenciado la victoria. Pero lo más sorprendente del final del cruel saqueo de Cartago fue la reacción de Emiliano. El momento no fue motivo de una celebración irreflexiva e impulsiva, sino de pesimismo, dudas e incluso culpabilidad. Polibio, testigo de los sucesos, lo contó por escrito. Emiliano lo llevó consigo, subió a un punto desde donde podía verse la espectacular devastación que había abajo y rompió a llorar. Incluso citó unos versos de la *Ilíada*:

> habrá un día en que seguramente perezcan la sagrada Ilión y Príamo, y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno.[21]

Cuando Polibio le preguntó qué quería decir, Emiliano respondió que un día Roma correría la misma suerte que Troya y su rey Príamo. La antigua ciudad de Cartago, después de todo, había sido el centro de un imperio que había durado setecientos años. Había «gobernado tantas tierras, islas y mares, y fue en tiempos tan abundante en armas y flotas, elefantes y dinero como los imperios más poderosos».[22] Y ahora yacía en ruinas. Es sorprendente que un general romano pudiera comportarse de una manera tan diferente de sus antepasados. No reflexionó sobre la gloria de Roma ni sobre el triunfo de la república justa y libre, sino sobre su futuro y su inevitable desaparición. El recuerdo del poema homérico era doloroso por otra razón. El saqueo de Troya había ocasionado la huida de Eneas. Aquella huida había tenido como resultado la legendaria fundación de Roma. Los romanos «troyanos», dijo Emiliano, irían por el mismo camino, el de los cartagineses y también el de sus lejanos antepasados.

Durante los días siguientes Emiliano retuvo para el estado romano gran parte del oro, la plata y los objetos sagrados de la ciudad. También se aseguró

de que ninguno de sus amigos ni asociados se llevara demasiado botín, para que ni él ni ellos pudieran ser acusados por sus rivales políticos de Roma de haberse aprovechado de la guerra en beneficio propio. Semejante conducta equivalía al deshonor, el gran defecto de poner los intereses propios por encima de los de la república. Sólo después de haber guardado la tajada más grande para Roma permitió Emiliano que los soldados pusieran sus codiciosas manos en lo que quedaba de la ciudad.

Llegaron diez comisionados de Roma con una petición final para el gran conquistador. No debía quedar nada de Cartago, dijeron. Así que incendiaron la ciudad, que estuvo ardiendo durante diez días, la demolieron piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, y el ejército completó la erradicación más absoluta y concienzuda de una ciudad y su cultura que se conoce en la historia antigua. En la actualidad tenemos testimonios arqueológicos del incendio y la demolición. Los 50.000 supervivientes de una ciudad de cerca de un millón de habitantes fueron vendidos como esclavos. Los pueblos que habían apoyado a la ciudad fueron también destruidos, mientras que los que habían apoyado a Roma fueron recompensados. Así se fundó la nueva provincia romana del norte de África. Pero cada vez era más difícil ver dónde estaban aquellas ancestrales virtudes de piedad, justicia y honor y qué papel habían desempeñado, si es que habían desempeñado alguno.

El mismo año que Cartago fue arrasada hasta los cimientos, la rica ciudad griega de Corinto fue también metódicamente saqueada por los romanos. De nuevo fue un castigo por desafiar su poder en la zona. Los dos sucesos tuvieron lugar en el plazo de pocos meses y por esta razón el año 146 a.C. sería decisivo en la historia romana. A lo largo y ancho del mar Mediterráneo, desde la costa atlántica de Hispania hasta la frontera de Grecia con Asia Menor, Roma era el amo supremo. Podía hacer cualquier cosa que quisiera a quien quisiera y podía hacerlo sin temor a las represalias. Ni siquiera tenía que cumplir su palabra. En la guerra con Cartago, la antigua virtud de la *fides* había sido violada y, a pesar de eso, Roma había salido victoriosa. Los dioses romanos aún parecían estar de su parte y garantizar el triunfo.

Antes de abandonar el norte de África, Emiliano cumplió con un último

deber. Tiberio había sido popular y se había ganado el afecto de los soldados. El triunfo bélico del joven fue recompensado cuando Emiliano concedió a su primo la corona mural por su valor al ser el primero en saltar las murallas de Cartago.[23] Pero en los años siguientes, las consecuencias de destruir Cartago perseguirían a los que lo habían hecho, tanto al dubitativo general como al condecorado soldado de diecisiete años. En realidad, el coste de esta atrocidad romana separaría a los dos primos andando el tiempo.

CRISIS EN ROMA

Cuando Tiberio volvió a Roma, entró en la gloria. Ceñido con la corona mural de oro, el joven idealista se paseó por las principales calles de la ciudad en el centro de un gran desfile. Todos los templos estaban abiertos y llenos de guirnaldas e incienso. De las azoteas caían a raudales pétalos de rosa y los ayudantes de los funcionarios hacían lo que podían para controlar la marea humana. El pueblo romano abarrotaba las calles, vitoreaba, reía y todos se abrazaban.[24] Toda esta emoción y celebración era en honor de un magnífico acontecimiento: el triunfo de Emiliano, el ilustre premio con que el Senado recompensaba y honraba la victoria del general en Cartago.

Los trompetas abrían camino, tocando la misma música marcial con la que anteriormente habían animado a los soldados a entrar en combate. También había bueyes, con los cuernos dorados y guirnaldas. Algunos soldados, con su mejor coraza, portaban maquetas, planos y pinturas que describían la ciudad que habían conquistado y escenas críticas de la guerra. Tras ellos avanzaba un bosque de carteles con los nombres de lugares extranjeros ya sometidos. Tras el desfile de cautivos cartagineses, el botín de la ciudad y las corazas amontonadas, iba Emiliano en su carro. Llevaba la toga púrpura con estrellas de plata bordadas, y el rostro embadurnado de pintura roja. De esta guisa, era la personificación de Júpiter, el mayor de los dioses que protegía Roma, aunque no se cuestionaba la naturaleza casi divina del conquistador. El esclavo del Estado que iba tras él probablemente sostenía encima de la cabeza de Emiliano una pesada corona de pan de oro,

pero cada vez que la multitud vitoreaba, murmuraba al general: «Recuerda que sólo eres un hombre».

El desfile terminó con una ceremonia en el Capitolio, es decir, el templo de Júpiter del monte Capitolino, el lugar desde el que Emiliano se había puesto en camino el año anterior. Los principales cautivos de Cartago fueron conducidos a la prisión que había al pie de la colina y ejecutados. Cuando sus muertes se hubieron confirmado, Emiliano presidió el sacrificio. Subió los escalones del templo, vertió vino sobre la frente de un buey, le espolvoreó el lomo con harina y luego le recorrió el espinazo con un cuchillo. Acto seguido, como si fuera una señal dirigida a los esclavos que esperaban para degollar al animal, se puso un pico de la toga sobre la cabeza, a la manera de los sacerdotes, y el animal fue debidamente sacrificado. Puede que el sacrificio fuera una manera de dar gracias a Júpiter por el triunfo de Emiliano en África, algo que éste había prometido hacer antes de salir de Roma. Con la promesa cumplida, el desfile triunfal concluyó con la celebración de banquetes y festines.

El heroico hijo estaba otra vez en Roma y Cornelia debió de animarle para que la acompañase a cenas y reuniones sociales organizadas por la oligarquía. Para promoverse políticamente, el joven necesitaba establecer contactos con urgencia, adquirir más experiencia militar con grandes generales como su primo Emiliano, y utilizar como llave maestra la corona mural que había ganado en Cartago. Las «profesiones» políticas de la Roma del siglo II a.C. no tenían nada que ver con los políticos modernos. El cargo no tenía asignado ningún sueldo. No había un horario de nueve a cinco ni semana de cinco días. Las posibilidades de éxito en la vida política de un aristócrata romano dependían de una estrecha ventana de oportunidades: ganar las elecciones anuales para ser funcionario.

Si se cumplían bien las obligaciones del cargo, las recompensas llovían generosamente sobre el titular: fama, gloria, prestigio y la posibilidad de obtener grandes riquezas. En consecuencia, la competición era muy reñida y se intensificaba más si cabe porque los cargos de la pirámide burocrática se reducían conforme se acercaban a la cima, donde estaban los más difíciles de conseguir. Emiliano había llegado a la cima. Ahora le tocaba el turno a

Tiberio. Si a ello vamos, se decía que Cornelia reprochaba a sus dos hijos que aún la llamaran suegra de Escipión Emiliano y no madre de los Gracos.[25] Pero aunque sus contactos y su incipiente carrera política hubieran estado en las intenciones de la madre, había un debate en la alta sociedad de Roma que habría interesado mucho más al joven Tiberio. Se refería a las riquezas que todos habían visto llegar a Roma hacía muy poco.

El botín de las ciudades de Cartago y Corinto, el tributo de las nuevas provincias de Sicilia y Cerdeña y la recaudación de las minas de Hispania representaron una entrada masiva de dinero en la ciudad. Roma estaba prosperando. La ciudad se convirtió en un hervidero de industria e inversiones: se construyeron embarcaderos y mercados, se duplicó el suministro de agua y se planificaron grandes obras públicas. A pesar de esta prosperidad, no todos los sectores de la población tenían acceso a la riqueza. La ciudad que Tiberio encontró al volver a Roma reflejaba la creciente división entre ricos y pobres.

Roma no era aún la gloriosa ciudad de mármol del apogeo del imperio, con espacios públicos organizados y sombreadas columnatas. Era una ciudad de contrastes y contradicciones. En cuanto Tiberio se alejaba del Foro, los templos y las zonas públicas de reunión, y dejaba atrás las grandes arterias de la Vía Sacra y la Vía Nueva, podría haberse perdido fácilmente en el laberinto de callejas caóticas y claustrofóbicas. Eran tan estrechas que las casas con balcones y varios pisos casi se tocaban por la fachada; la gente arrojaba la basura y las aguas fecales desde las ventanas. En los barrios más pobres, como el Esquilino, las casas de adobe y cañas estaban tan ruinosas que a menudo se tenían en pie porque se apoyaban unas en otras. En consecuencia, se derrumbaban a menudo o ardían en cuanto se declaraba un incendio cerca. No era infrecuente ver una casa quemada al lado de un templo hermosamente restaurado por un aristócrata rico.

A pesar de su mala calidad, las casas estaban divididas en viviendas, para que los inquilinos pudieran apiñarse en áticos, sótanos e incluso en chozas construidas en azoteas. Los romanos anunciaban las viviendas vacías poniendo el rótulo de «Se alquila» en el exterior del edificio y los alquileres que cobraban eran cada vez más exorbitantes. Los que no se los podían

permitir buscaban refugio en los escondrijos y rincones de los edificios públicos, bajo escaleras o incluso en las tumbas grandes. Como no había cocinas en los alojamientos baratos, la actividad de los ciudadanos pobres y de los esclavos alborotaba las calles, y las abundantes tabernas y restaurantes bullían de gente. Y toda esta actividad tenía lugar entre incesantes ruidos de carros, carretas, literas y caballos. A finales del siglo II a.C. Roma era literalmente una ciudad que no dormía.

La mayoría de la población romana, casi un millón de habitantes, vivía apretujada en la palpitante metrópoli. Pero la aristocrática minoría en cuyos círculos se movía Tiberio tenía una experiencia muy diferente de la ciudad. El aire que era sofocante en las calles atestadas y caóticas era fresco y limpio en el monte Palatino. Era una de esas colinas exclusivistas adonde los ricos y aspirantes a serlo, transportados en literas, se retiraban a sus lujosas villas y jardines con columnas. El estilo de estas nuevas residencias era sorprendentemente innovador. La empresa imperial no sólo había cubierto de dinero a la oligarquía, sino que la había hecho sensible a las influencias extranjeras. El estilo griego era el que tenía más caché, pues los aristócratas romanos admiraban la civilización antigua, sofisticada y estetizante de Grecia.

Como correspondía a la posición de Roma en el corazón del nuevo imperio, la ciudad se convirtió también en el centro a través del cual el arte y la influencia griega circulaban y adquirían valor. Los aristócratas embellecieron no sólo la ciudad sino también sus casas, con monumentos, templos y pórticos de influencia griega. No ser menos que los Fabios o los Claudios o cualquier otra familiar aristócrata era un prestigio que se conseguía exhibiendo aparatosamente un mural exótico de inspiración helenística o el último grito en estatuaria griega de mármol. La madre de Tiberio causó sensación cuando heredó de su tío Lucio Emilio Paulo, el conquistador de Macedonia, la mayor biblioteca romana de manuscritos griegos.

Estas ostentosas exhibiciones de prosperidad y éxito producían un efecto peligroso. No sólo eran una muestra del prestigio y la posición política de un noble, sino también un acicate para otros. Por ejemplo, cuando un aristócrata

como Emiliano volvía de guerrear por el extranjero, podía invertir su riqueza recién adquirida en un gran monumento, en una lujosa obra de arte, o en ganar influencia entre sus asociados políticos y atraerse al pueblo romano. Así se establecía una nueva cota. Desde ese momento, los demás aristócratas tenían que moverse para estar a su altura y no bajar de categoría. La única manera que tenían de conseguirlo era presentarse a las elecciones y conseguir un cargo mayor. Una pretura podía dar al candidato ganador la oportunidad de sacar provecho personal de la administración de una provincia. Por supuesto, ganar un consulado era llevarse el gordo, pues permitía estar al frente de los ejércitos de la república y beneficiarse de las conquistas. Sólo ostentando este cargo podía un aristócrata igualar el triunfo de un rival; sólo así podía tener la esperanza de elevar la posición de su familia a la misma altura que la del otro. Si los Cornelios, los Emilios o los Sempronios tomaban un camino, sus rivales tenían que ir detrás.[26] Pero en 140 a.C. esta forma tan interesada de competencia estaba corrompiendo la república, o eso se decía.

Conforme aumentaban las recompensas del imperio, la oligarquía competía con intensidad creciente por los cargos y el prestigio. Cuanto más se concentraban en sus ambiciones, más ciegos se volvían a la creciente pobreza de Roma. La división entre ricos y pobres aumentaba cada vez más debido a que los botines se repartían de forma desigual. Algunos temían que la oligarquía se volviera aún más egoísta y avariciosa, y que las masas de Roma se rebelaran, frustradas por sus carencias e indignadas por la codicia de los ricos.[27] En otras palabras, la grande y noble república «libre» estaba al borde del precipicio, a punto de desmembrarse. ¿Cómo había llegado a esta situación?

El principal motivo por el que crecía la división entre ricos y pobres era la tierra. En el siglo II a.C. el ejército romano no era, como los modernos, un ejército profesional pagado por el Estado. Era una milicia temporal de ciudadanos romanos y aliados procedentes de comunidades de toda la península italiana. Formar parte del ejército era una obligación inexcusable para ser ciudadano romano, y mientras Roma conquistaba Italia, también impuso esta obligación en los habitantes de fuera de la ciudad. Para ser

admitido en el ejército, un ciudadano tenía que tener al menos una parcela de tierra, aunque fuera pequeña. La lógica que yacía tras este requisito era que ser propietario equivalía a tener una participación en la república, y como ciudadano nacido libre, tenía el deber de proteger esa participación en el ejército. En consecuencia, el ejército estaba compuesto principalmente por minifundistas.

Mientras Roma libró campañas cortas y locales en Italia, el sistema de soldados-ciudadanos funcionó bien, ya que permitía que los hombres volvieran a sus casas a intervalos regulares. Pero con la conquista del Mediterráneo, los ejércitos romanos se vieron obligados a permanecer durante largos períodos en Hispania, África y los territorios orientales. Los mandos militares empeoraban el problema al elegir continuamente a los soldados más experimentados. En consecuencia, estos soldados permanecían en el ejército año tras año y, aunque algunos volvían finalmente a su tierra, muchos otros no. Inevitablemente, las casas de labor se resintieron: cayeron en la desidia y el abandono, y los miembros de la familia que aún vivían allí tenían que afrontar las deudas crecientes y el hambre. Para aliviar la presión, los pequeños terratenientes o sus familias vendían o abandonaban las tierras.

El descalabro de los minifundistas benefició a los aristócratas. En la república romana, la inversión más segura era la tierra. Conforme la oligarquía se enriquecía con los botines de las conquistas y la inherente construcción del imperio (contratas del Estado para construir carreteras, alcantarillado, edificios y acueductos, fabricación de armas, aprovisionamiento del ejército y la armada, concesiones de minas y canteras), utilizaba su riqueza para sacar provecho de la desesperación de los pequeños propietarios y adquirir su tierra «con un poco de dinero, otro poco de persuasión y otro de fuerza, para tener grandes fincas en lugar de casas de labor individuales».[28] La acentuación de este problema fue otra cruda realidad acarreada por la construcción imperial: a la oligarquía le pareció rentable que las labores del pastoreo y la agricultura las realizaran esclavos importados de todos los rincones del Mediterráneo. La consecuencia fue que ni siquiera los pequeños propietarios pudieron trabajar por cuenta ajena en las grandes fincas.

Desarraigados y desposeídos, algunos campesinos aguantaron en parcelas de poca monta, malviviendo con lo que podían producir y con algún trabajo ocasional como la siega. Pero otros, atraídos por la perspectiva de trabajar en la fabricación de armas, en la construcción o en los astilleros, acudieron en creciente número adonde creían que las calles estaban pavimentadas de oro: Roma. Pronto se darían cuenta de su error. Las industrias no eran lo bastante grandes para absorber las oleadas de campesinos y otras vías potenciales de empleo también estaban al límite: los trabajos especializados en alfarería, el sector textil y la artesanía se confiaban por tradición a los esclavos procedentes de las sociedades de Oriente, más hábiles y refinadas, y que abastecían a Roma, a bajo precio, de objetos caprichosos y de moda en el mercado de consumo. Por estas razones, la masa de parados empezó a aumentar. El problema real, como Tiberio descubriría rápidamente durante su estancia en Roma, era que la minoría aristocrática estaba profundamente dividida sobre la forma de solucionar la creciente crisis.

Tomemos por ejemplo a Publio Cornelio Escipión Nasica, primo de Emiliano y de Tiberio. Engreído, arrogante y político experto, era cincuentón y un influyente senador en aquel momento. Era además uno de los mayores latifundistas de la oligarquía y estaba interesado en mantener el statu quo. Su punto de vista estaba claro. Las clases inferiores recibían los beneficios materiales como siempre, gracias a la buena voluntad y a la generosa ayuda de la minoría dominante. El sistema tradicional funcionaba perfectamente. [29] Los mecenas de la aristocracia, aducían, entregaban a las clases inferiores grandes sumas de dinero para edificios públicos, planes de alimentación y entretenimiento, como las luchas de gladiadores y las carreras de carros. ¿Qué más querían?

Otros adoptaron la postura contraria. Lo que se necesitaba para resolver el problema, decían, no era la despreocupación de los conservadores del Senado, sino una reforma activa y nuevas leyes. Uno de los defensores de esta postura era el senador Apio Claudio Pulcher, político veterano, apasionado, filósofo y ambicioso, además de miembro de una de las más antiguas familias patricias de Roma. Decía que la república dependía de la armonía entre las clases, entre el Senado y el pueblo. La crisis de la tierra

estaba destruyendo esta armonía y era necesario pasar a la acción urgentemente. En 140 a.C. las dos facciones se enfrentaron a golpes. Un senador llamado Cayo Lelio fue nombrado cónsul aquel año y al entrar en funciones propuso una reforma agraria para tratar de arreglar la injusticia que suponía el creciente número de campesinos sin tierras. Cuando la presentó ante el Senado, fue recibida con tal indignación por la mayoría, cuyos intereses estaban amenazados, que Lelio la retiró. Por esta decisión fue recompensado con el sobrenombre de Lelio el Prudente.

En 138 a.C. la facción conservadora de Nasica se imponía a los reformistas de Pulcher y había señales claras de que la crisis de la tierra no se solucionaba, sino que estaba empeorando. Con 200.000 esclavos sublevados inesperadamente en Sicilia y el ejército romano desplegado por todas partes, Roma sufrió escasez de grano. Aquel mismo año desertaron en masa multitud de soldados de los campamentos de Hispania, hartos de un servicio tan largo y lejos de sus tierras. Muchos fueron capturados y castigados por el mismo Nasica: los azotaron en público y los vendieron como esclavos por un humillante sestercio.[30] Pero no pasaría mucho tiempo sin que otro hombre fuera testigo de la crisis. Tiberio vería en persona a qué extremos había llegado la situación.

Aunque 138 a.C. fuera un año de revueltas políticas para Roma, para Tiberio fue el año en que despegó su carrera política. En verano fue elegido para su primer cargo, el de cuestor, relacionado principalmente con actividades financieras del Estado. Pero sus obligaciones no le anclaron a la metrópoli y volvió a la guerra, esta vez en Hispania. En el noreste de la provincia se venía luchando desde hacía años para acabar con la resistencia de las tribus medio independientes de Numancia. Los hispanos habían mostrado una sorprendente resistencia física y una feroz determinación. Además, la geografía del terreno era un laberinto impenetrable; se combatía únicamente en desfiladeros, barrancos peligrosos y difíciles pasos de montaña. Una serie de oficiales romanos había intentado terminar esta guerra fastidiosa y obstinada, sin conseguirlo. Al frente de la última expedición iba Cayo Hostilio Mancino, el cónsul de 137 a.C., y estaba dispuesto a aplastar a los rebeldes de una vez para siempre. Para gestionar los asuntos económicos

se llevó con él al cuestor Tiberio, que entonces contaba veinticinco años.

Con los libros de contabilidad en la mano y los pies apoyados firmemente en la escala política, Tiberio honraba el recuerdo de la gloriosa carrera de su padre. Pero camino de la guerra vio algo que sería su auténtico despertar político. También sería de crucial importancia para la leyenda de Tiberio. Mientras su destacamento atravesaba Etruria, la región situada al norte de Roma, se dio cuenta de que la construcción del imperio lo había empeorado todo. No vio activas granjas unifamiliares de ciudadanos romanos, sino grandes fincas trabajadas por esclavos extranjeros.[31] Es posible que también encontrara por el camino a familias campesinas obligadas a abandonar sus tierras tras la muerte de los varones, o cuyas granjas sencillamente se habían vuelto improductivas a causa del abandono y la falta de ayuda. Las fuentes antiguas dejan muy claro que la experiencia de Tiberio en Etruria inspiró el dramático rumbo que imprimió a su vida cuando regresó a Roma. Aunque los sucesos de Hispania serían el detonante.

CAÍDA EN DESGRACIA

La expedición de Mancino tuvo malos presagios desde el principio. Los pollos que iban a ser sacrificados a los dioses escaparon de la jaula; luego, al embarcar para Hispania oyó que gritaban: «*Mane Mancine*» (Quédate, Mancino); tras cambiar de barco y escoger otro puerto para hacerse a la mar, el desafortunado general retrocedió de nuevo al ver a bordo una serpiente que huyó sin que pudieran capturarla.

La expedición continuó como había comenzado. En Hispania, Mancino perdió un enfrentamiento tras otro con los numantinos. La única nota de esperanza se debió a su joven cuestor. «En medio de las sucesivas desgracias y reveses militares que caracterizaron la campaña, el valor y la inteligencia de Tiberio brillaron con toda su fuerza.»[32] El joven aristócrata demostró la fortaleza de su carácter guardando siempre «respeto» por su superior y «honrándole», a pesar de los lamentables progresos del general. Pero un desastre en particular puso a prueba a los dos.

Una noche, Mancino oyó un rumor falso según el cual importantes refuerzos de tribus vecinas estaban a punto de unirse a los numantinos. Presa del pánico, el general romano decidió levantar el campamento en la oscuridad y trasladar el ejército a un terreno más ventajoso. Mientras se extinguían las hogueras y la silenciosa retirada comenzaba, los numantinos se enteraron del plan y respondieron con gran celeridad: ocuparon el campamento romano y luego atacaron el ejército que huía. La infantería de retaguardia sufrió la mayor parte de las bajas, pero lo peor llegó después. Los 20.000 soldados del ejército romano se encontraron rápidamente atrapados en un terreno abrupto y rodeados por una fuerza enemiga casi cinco veces inferior. No había forma de escapar.

A Mancino no le quedó más remedio que mandar delegados a los numantinos para buscar un acuerdo de paz. El enemigo hispano declaró que sólo negociaría con Tiberio. Respetaban tanto las cualidades personales de su padre y le tenían en alta estima que sólo le aceptarían a él. El motivo de esta actitud se remontaba a 178 a.C., año en que el padre de Tiberio había formado una paz con los numantinos: se había responsabilizado de ellos, se había convertido en el protector de sus intereses en Roma y había apostado su propio nombre y honor en la empresa de mantener la paz. Y por encima de todo, el viejo Graco «siempre había procurado que el pueblo romano mantuviera el tratado de paz con estricta justicia». Así pues, tomando como base el prestigio de su familia, el joven Tiberio negoció con los jefes numantinos y finalmente, tras ceder en unos puntos y sacar concesiones en otros, acordaron un tratado que establecía la «igualdad de numantinos y romanos».[33] La paz fue declarada solemnemente con un juramento.

Con esta acción Tiberio salvó la vida de 20.000 soldados romanos, así como la de muchos esclavos y avitualladores del campamento. El ejército quedó libre y se puso en marcha hacia Roma, pero no sin que los numantinos se quedaran con sus armas y pertenencias, y exigieran a Mancino que también hiciese un juramento de honor y paz. Pero cuando el ejército romano hubo partido, Tiberio demostró ser concienzudo en el cumplimiento de sus obligaciones como cuestor. Fue solo a Numancia y pidió que le devolvieran los libros de contabilidad, que habían sido confiscados. Los jefes numantinos,

contentos de verlo de nuevo, le pidieron que entrara en la ciudad y dejaron claro que podía confiar en su amistad. Después de cenar con ellos, Tiberio también partió para Roma con sus libros de contabilidad. Dado su éxito, puede que imaginara una recepción de héroe. La realidad no pudo ser más diferente.

El tratado romano con los numantinos fue acogido en el Senado con virulento desdén, provocando un encendido debate. Nasica, el primo de Tiberio y Emiliano, expresó el parecer de los halcones dominantes: aquello no era paz, sino una desdichada e ignominiosa rendición. Los numantinos no eran sus «iguales»; ni siquiera eran un enemigo que mereciera un tratado de paz. Más bien eran rebeldes de una provincia romana y debían ser aplastados a toda costa. Mancino fue llamado a juicio y se defendió lo mejor que pudo: ¿y las vidas salvadas? Aunque el tratado no fuera un triunfo en términos absolutos, sí que lo era dadas las circunstancias. Tiberio, al lado de Mancino, empleó en el debate toda su habilidad retórica y su educación para defender a su superior. Pero no hubo forma de que el Senado se apeara de su creencia en la invencibilidad romana. Desde la destrucción de Cartago, Roma era la única potencia, la dueña del Mediterráneo. Podía hacer lo que quisiera y a quien quisiera. ¡Si el precio de derrotar a los rebeldes numantinos era la gloriosa muerte de 20.000 soldados al servicio de la república, que así fuera!

Mancino respondió suplicando al Senado que tuviera en cuenta la baja calidad de los soldados que tenía a su disposición en Hispania. La leva había dado un ejército inexperto, mal disciplinado y peor provisto que no había sido capaz de mejorar el anterior general en Hispania, Quinto Pompeyo. Pero de nuevo su defensa no fue suficiente para ayudarle. Una de las razones era el prestigio. Pompeyo tenía poderosos amigos dentro del Senado, mientras que la familia de Mancino tenía mucha menos influencia política. Se nombró una comisión encabezada por Emiliano y sus amigos para dirigir una concienzuda investigación. El Senado, ante el horror de Mancino y Tiberio, rompió el tratado de paz.

No fue un gesto estrictamente ilegal, ya que todos los tratados firmados en el campo de batalla tenían que ser ratificados por el Senado. Pero el problema era sobre todo moral: rechazar el tratado era hundir la reputación de

la *fides* republicana. Una violación semejante tenía que incurrir en la ira de los dioses. Para reparar este error, la comisión presentó dos propuestas para que las votara el pueblo: o Mancino, como general responsable en Hispania, era entregado a los numantinos, o en su lugar se entregaba a su estado mayor. Entonces entró Emiliano en el terreno de juego. Utilizó su poderosa influencia entre los senadores para ayudar a su primo y el Senado acabó respaldando la primera propuesta, que fue ratificada por el pueblo. Se decretó que Mancino fuera el único castigado. Siguiendo una vieja costumbre militar, el ex cónsul fue desnudado, cargado de cadenas y conducido a Hispania con una escolta militar para ser entregado a los numantinos. Los hispanos se negaron a aceptarlo y Mancino regresó a Roma lleno de vergüenza.

Tiberio se había salvado de la condena, pero esto no le sirvió de consuelo. La vida del joven estaba en ruinas. El primer golpe era una herida personal. Su propio primo, su cuñado, el hombre que había sido su modelo en Cartago había sido incapaz de salvar a Mancino, y además había sido el que había dado el voto decisivo contra el tratado de Tiberio. Los lazos de amistad y parentesco entre los dos primos quedaron rotos para siempre. Ya sólo quedaban ira y reproche.

El segundo golpe fue aún más doloroso. El rechazo del tratado por parte del Senado había destruido definitivamente la carrera de Tiberio. Había puesto en juego su integridad y dignidad personales y las de su difunto progenitor. Lo cierto es que la lealtad del pueblo numantino había sido traicionada. Pero las consecuencias de este hecho fueron más profundas y personales. Con el rechazo del tratado de paz, Tiberio había dañado irrevocablemente la reputación de su familia, de su padre y la suya propia. El prestigio siempre había sido el ingrediente principal de una carrera política en la república romana, la clave para llegar a lo más alto. Las familias aristocráticas lo habían acumulado durante cientos de años, estimulando a los hijos a igualar los logros de sus padres. A Tiberio le había sido arrebatada para siempre la posibilidad de ganarse el respeto y la lealtad de aliados y asociados y del pueblo romano. O eso parecía.

La suerte de Tiberio Sempronio Graco el Joven habría podido ser sólo una nota a pie de página en el libro de la historia. Seguramente hubo docenas

de Tiberios, brillantes jóvenes aristócratas que no explotaron todo su potencial y de los que no sabemos nada. Pero un sencillo hecho alteró espectacularmente el curso de la vida de este Tiberio: su tragedia personal se cruzó con la crisis que atenazaba a Roma. Esta coincidencia desencadenó la mayor convulsión que había conocido la república hasta entonces. Ella sola puso a Tiberio contra el Senado, contra los amigos y aliados de su familia y sus antepasados, y grabó su nombre en los libros de historia. Ya no podía seguir una carrera ilustre y honorable a la manera de sus antepasados; ese camino a la fama estaba cerrado. Pero le aguardaba otro diferente.

Cuando Tiberio abandonó la Cámara del Senado en desgracia, el pueblo lo recibió de otro modo. Las esposas, madres, padres, hijos y abuelos de los 20.000 ciudadanos romanos cuyas vidas había salvado en Hispania acudieron en masa al Foro, gritaron su nombre y lo aclamaron como a un héroe. Casi inadvertidamente se había ganado el amor y el respeto de la plebe. Quizá en aquel momento se sembrara la semilla de una idea. El futuro de Tiberio, su oportunidad para encauzar su inteligencia, su idealismo y su habilidad política, su oportunidad para ser digno de las hazañas de su padre no se encontraban ya en el Senado, sino en «la causa del pueblo llano».[34] La ambición del aristócrata había encontrado otra salida.

Entre el verano de 136 a.C. y el de 133 los acontecimientos se precipitaron. Saltándose la tradición constitucional, Emiliano fue elegido cónsul por segunda vez para que dirigiera la campaña de Hispania. El pueblo creía fervientemente que sólo él podía poner fin a aquella guerra bochornosa. En consecuencia, el Senado, bajo la masiva presión popular, volvió a saltarse los obstáculos constitucionales y Emiliano fue nombrado cónsul por segunda vez. Partió hacia Hispania en 134 a.C. Haciendo gala del mismo genio militar, disciplina y determinación que había revelado en Cartago, en 133 a.C., Emiliano consiguió someter Numancia tras otro salvaje asedio. Duró once meses, quedó apenas un puñado de numantinos vivos (muchos habían preferido suicidarse a rendirse) y también concluyó con la destrucción de la ciudad.

Mientras tanto, en Roma, la vida de su primo seguía un sendero radicalmente diferente. La primera señal manifiesta del cambio de dirección

de Tiberio fue su boda con la hija de Pulcher, lo que indicaba que estaba rompiendo claramente con la facción de sus primos Emiliano y Nasica, que se oponían implacablemente a Pulcher, y que se aliaba con la facción reformista del Senado. En este grupo había un eminente abogado y un venerable jefe de colegio sacerdotal: Publio Mucio Escévola y Publio Licinio Craso. Tiberio estaba contento de haberse asociado con estos poderosos personajes. Encajaban en su visión política y en la crisis en la que concentraba su ambición. Lo que había visto camino de Hispania había sido su despertar político. Ahora, catalizada por su humillación política, aquella conciencia floreció. Según Plutarco, lo que por encima de todo impulsó a Tiberio a unir sus fuerzas con las de Pulcher fue la difícil situación de las masas sin tierra. Ellas fueron las que «activaron las energías y ambiciones de Tiberio garabateando consignas y peticiones» en paredes, pórticos y monumentos de la ciudad.[35] Pero la cuestión a la que se enfrentaban los reformistas era cómo mejorar su suerte.

El plan de reforma era sencillo: Tiberio se presentaría a las elecciones para tribuno de la plebe, figura que desde los primeros días de la república había estado dedicada a proteger los intereses de la plebe y que, crucialmente, tenía autoridad para proponer leyes ante la Asamblea Popular, el cuerpo soberano en el que votaba la plebe. La estrategia que seguiría a estas ansiadas elecciones también era clara: los reformistas propondrían una ley por la que una comisión se encargaría de investigar qué terrenos públicos habían sido ilegalmente ocupados por terratenientes, excediendo el límite permitido de 125 hectáreas; además, deberían concederles autoridad para redistribuir estos terrenos públicos entre los ciudadanos sin tierras. La justicia de la propuesta radicaba en el hecho de que no hacía más que resucitar una vieja ley que especificaba el mismo límite, pero que había sido descuidada durante siglos. Para que el plan funcionara, lo único que necesitaba Tiberio era ganar las elecciones. Tras hacer una vigorosa y apasionada campaña, fue elegido para el cargo. Durante 133 a.C. Tiberio fue uno de los diez tribunos de la plebe.

Los miembros conservadores del Senado vieron pronto el peligro. Muchos poseían grandes extensiones de terreno público que sobrepasaban el límite legal. Y el hombre que más tenía que perder con el proyecto de

reforma agraria de Tiberio era el propio Nasica. Presididos por él, los conservadores del Senado se reunieron y se prepararon para contraatacar. Incluso en las elecciones para el tribunado propusieron a un candidato que representara sus intereses en la Asamblea Popular. Marco Octavio, amigo de Tiberio desde la infancia, había declinado al principio apoyar a la facción de Nasica y presentarse a las elecciones. Pero se habría necesitado un alma dura y firme para resistir el fuerte acoso de una camarilla de aristócratas. Puede que bastara con decirle que no tendría carrera política en Roma a menos que hiciera lo que se le decía. Lo que es seguro es que Octavio se presentó a las elecciones al tribunado y también ganó.

Cuando los dos hombres aceptaron el cargo a principios de 133 a.C., Roma estaba a punto de ser testigo de la mayor confrontación política de la historia de la república. Por primera vez habría puñales en el Foro.

ASESINATO EN ROMA

El glorioso tesoro obtenido con la derrota de Cartago, trece años antes, debía de parecer cosa de otra época a principios de 133 a.C. Los proyectos monumentales para conmemorar las victorias aristocráticas en la guerra se habían interrumpido; el precio del grano se había duplicado y se volvió a duplicar; y la costosa guerra de Hispania, todavía sin resolver, había dejado vacías las arcas del Estado. Mientras, con los desposeídos engrosando las cifras, el desempleo en la ciudad era mayor que nunca.

En este año febril y tenso, el proyecto de ley de Tiberio Sempronio Graco, tribuno de la plebe, se escribió en una tabla blanqueada y se colgó en el Foro. Se señaló el día de las elecciones, en el cual tendrían que votar las treinta y cinco tribus (o colegios electorales) de la plebe. Cuatro tribus representaban a la plebe urbana, siete a los arrabales y veinticuatro al campo. Como la minoría senatorial podía ejercer cierta influencia sobre la plebe urbana gracias a su rango, su dinero y sus conexiones, Tiberio necesitaba que llegaran a la ciudad todos los votantes posibles para asegurarse de que el proyecto de ley se aprobaría.

El derecho de voto se podía ejercer de palabra, comunicándolo a un funcionario, o escribiéndolo en una tablilla de madera cubierta de cera y que se presentaba al magistrado que presidía en una tribuna elevada, para impedir que los votantes fueran intimidados por nadie. La Asamblea Popular estaba en la ladera del norte del Foro. Era una serie de gradas concéntricas de piedra que estaba al pie del Senado. Los senadores podían ver y aplaudir o abuchear desde arriba todos los asuntos plebeyos que se ventilaban.

No tardó en aparecer una ocasión para tal actitud. Antes del día señalado para la votación, Tiberio había convocado una serie de reuniones públicas para explicar la ley de reforma agraria y permitir que los espectadores se expresaran. Cuando subió a la columna rostral, la naturaleza incendiaria del proyecto de ley quedó patente en lo primero que hizo: volvió la espalda al Senado y dirigió la propuesta directamente a la plebe. Esta actitud contravenía la tradición de la república. Era una costumbre consultar al Senado y buscar su aprobación en todos los asuntos legislativos antes de ser propuestos. Aun así, el desacato de Tiberio a la costumbre no se reflejó en su conducta, de una serenidad ejemplar. Se quedó inmóvil, eligió cuidadosamente las palabras y habló con voz convincente y amable:

> Las fieras que vagan por los bosques de Italia tienen guaridas y agujeros para esconderse, pero los hombres que luchan y mueren por Italia sólo poseen el aire y la luz, y ninguna otra cosa, pues sin casa y sin techo andan errantes con sus mujeres e hijos. Y mienten y se burlan nuestros generales cuando exhortan a los soldados antes de la batalla a defender del enemigo las tumbas de sus antepasados y sus templos, pues son muchos los romanos que no poseen ni altar ni sepulcro de sus mayores. La verdad es que combaten y mueren para proteger la riqueza y el lujo de otros. Y aunque se dice que son señores de la tierra, ni siquiera un terrón es verdaderamente suyo.[36]

El discurso de Tiberio fue un *tour de force* que aumentó con dramática lentitud. Planteaba un solo problema: ¿Quién debía beneficiarse del imperio? «¿No es justo –preguntaba– que lo que pertenece a todos lo compartan todos? ¿No merece un ciudadano siempre más que un esclavo? ¿No es el hombre que ha sido soldado más útil que el que no lo ha sido? ¿No es más leal a los intereses comunes de la patria el hombre que tiene una participación en ella?»[37] El estruendo de los aplausos y vítores de la plebe ahogó el abucheo

de los espectadores conservadores del Senado. Tiberio había detonado una bomba de relojería política.

Para los minifundistas de la asamblea, el beneficio de la propuesta de Tiberio estaba claro: al redistribuir los terrenos públicos, la tierra no sólo haría que la riqueza estuviera mejor repartida, sino que además daría derecho de voto a la plebe, que volvería a ser apta para el servicio militar e inyectaría nueva savia en el ejército romano. ¿Y qué precio tenían que pagar por esto los ricos latifundistas? La entrega, no de sus tierras privadas, sino de los terrenos públicos, propiedad del Estado, que hubieran adquirido durante los últimos siglos y sobrepasaran el límite de 125 hectáreas. Pero el coro de los latifundistas no quería ni oír hablar del tema, y protestó a voz en cuello.

Aquel insolente revolucionario de espíritu revanchista, se decían unos a otros, estaba socavando los cimientos de la república. Echarles de las tierras que tanto tiempo habían ocupado y arrebatarles su riqueza privaría al Estado de sus principales defensores, de sus jefes en la guerra. Otros argüían que ellos y sus antepasados eran los que más habían invertido en los terrenos públicos. Alegaban que casi toda esta tierra había sido saqueada durante la Segunda Guerra Púnica y si ahora volvía a ser productiva era gracias a su esfuerzo, su constancia y su aplicación, por no hablar de su dinero. Las casas de sus antepasados se habían construido allí y allí descansaban sus nobles padres.[38] Pero la cruda verdad a la que se enfrentaban los senadores era que el pueblo tenía la autoridad. Sólo él podía aprobar leyes en la asamblea. Y ahora tenía un magistrado que estaba dispuesto a romper con la acostumbrada cooperación entre el Senado y el pueblo, a desafiar a los aristócratas y a anteponer los intereses de la plebe. Los ofendidos senadores no podían hacer nada al respecto. ¿O sí?

El día de la votación, los senadores desplegaron su arma secreta: Marco Octavio. Antes del amanecer, el magistrado presidente consultó los auspicios para asegurarse de que los dioses eran favorables al proceso. Luego los heraldos recorrieron las calles tocando las tubas, hasta las murallas de la ciudad, para convocar a las multitudes de votantes que habían llegado a la capital a millares. Finalmente, los tribunos subieron a la columna rostral y, en medio de una gran expectación, el magistrado presidente ordenó que la

votación comenzara. Pero cuando se anunció la ley de tierras, Octavio se puso en pie y gritó: «Veto». La multitud expresó su disconformidad con gruñidos. Tiberio sabía muy bien que la forma más efectiva de impedir la aprobación de la ley era que los tribunos de la plebe la vetaran. Pero nunca imaginó que un tribuno pudiera vetar algo que iba claramente a favor de los intereses del mismo pueblo que le había elegido como representante. A pesar de todo, Octavio se mantuvo firme y la votación se suspendió temporalmente.

Así comenzó un pulso entre dos viejos amigos transformados ahora en adversarios. Día tras día se convocaba la asamblea y Tiberio intentaba derrotar a su oponente, pero bajo la mirada amenazadora de los conservadores del Senado, Octavio siguió bloqueando el proyecto de ley. Los senadores habían elegido bien a su hombre. Octavio tenía casi treinta años, procedía de una oscura familia deseosa de hacerse un nombre en el Senado y era propietario de una gran extensión de terreno público. Así que, aunque discreto y de buen carácter, Octavio estaba alerta porque no sólo perdería su tierra si cedía, sino también la posibilidad de medrar entre la aristocracia a la que recientemente se había unido.

El momento culminante del enfrentamiento llegó cuando Tiberio propuso indemnizar a Octavio por la tierra que pudiera perder. Para deleite de la multitud, dijo que el dinero saldría de su propio bolsillo. En otra ocasión, Tiberio enseñó el palo en vez de la zanahoria y suspendió todos los asuntos de Estado hasta que se aprobara la ley. La ciudad se paralizó. Se prohibieron los juicios, se cerraron los mercados y las arcas del Estado. Los encolerizados partidarios de Tiberio estaban más que dispuestos a recurrir a las amenazas y la intimidación para que nadie boicoteara la suspensión. Pero la situación siguió en punto muerto; las masas estaban cada vez más agitadas y furiosas y Tiberio más desesperado y resuelto. Finalmente se le ocurrió aplicar al problema del veto de Octavio una solución que no haría sino caldear más aún los ánimos.

Cuando las irritadas masas se reunieron de nuevo y Octavio volvió a emitir el veto, Tiberio hizo un movimiento que nadie había intentado nunca. Subió a la columna rostral y pidió al pueblo con toda tranquilidad que votara inmediatamente sobre si Octavio debía ser destituido por no estar cumpliendo

con sus obligaciones de tribuno de la plebe. La multitud, sedienta de sangre, lanzó un grito de alegría y comenzó a votar. Una por una, las tribus se manifestaron a favor de destituir a Octavio. El magistrado presidente decía en voz alta: «La tribu del Palatino vota contra Octavio. La tribu Fabia vota contra Octavio», y así sucesivamente. Tiberio se dio cuenta de que, tras varias semanas de creciente tensión, la multitud estaba a punto de estallar. Un poco más de calor y habría una revuelta.

Tiberio pidió que se interrumpiera la votación y habló con su viejo amigo. Abrazándole y besándole, le rogó que cediera y permitiera que el pueblo tuviera lo que por derecho le correspondía. El joven tribuno, «con los ojos arrasados de lágrimas, no pronunció palabra durante un rato».[39] Pero cuando vio a Nasica y a los suyos observándole desde las escaleras del Senado, el miedo a perder su respeto pudo más que nada, Octavio siguió en sus trece y la votación continuó. Inmediatamente antes del último voto, Tiberio, consciente de lo que se avecinaba, dijo a sus partidarios más cercanos que se llevaran a Octavio de la columna rostral y lo protegieran. Saltaba a la vista que cuando terminara la votación y Octavio fuera destituido, la multitud se lanzaría como un solo hombre sobre el ex tribuno. Sus aliados no consiguieron contener a las masas, pero Octavio escapó con vida gracias a su guardaespaldas. El criado tuvo menos suerte: le sacaron los ojos.

Aquel mismo día, el proyecto de reforma agraria pasó a ser ley por aplastante mayoría. La ley estipulaba el nombramiento inmediato de tres comisarios encargados de supervisar, recuperar y adjudicar terreno público. Estos tres comisarios fueron Tiberio, su hermano pequeño Cayo y su suegro, Apio Claudio Pulcher. Pero tras la euforia que siguió a la aprobación de la ley, los reformistas encontraron obstáculos desde el principio. El enfrentamiento con Octavio sólo había servido para que la facción aristocrática se radicalizara y afianzara más. Cada vez que los comisarios solicitaban fondos para llevar a cabo su trabajo, el Senado saboteaba cualquier progreso negándose a financiarlo. Es posible que incluso los aliados de Tiberio creyeran que habían ido demasiado lejos explotando el poder del tribunado.

El descontento del Senado se extendió por las calles de Roma, convirtiéndose en campaña de desprestigio: Tiberio no estaba interesado por el pueblo, sino por el poder; estaba utilizando a la plebe para satisfacer su ambición personal y su dominio sobre el aparato de la república. No tardaría en ser un tirano, decían los rumores, que traería la monarquía. Haber despojado violentamente a Octavio del sacrosanto cargo de tribuno lo demostraba.[40] Mientras los rumores crecían, Tiberio, en la cresta de una ola de aclamación popular y embriagado por la acción directa, hizo exactamente lo que sus oponentes esperaban. A principios de 133 a.C. llegó la noticia de que había muerto Atalo, rey de Pérgamo, una rica ciudad griega de Asia Menor, leal a Roma. En su testamento nombraba heredero al pueblo romano. Roma adquiría de golpe una economía rica y madura. Pero no fue así como recibió la noticia Tiberio. La vio como un regalo del cielo, la inyección de dinero que su comisión de tierras necesitaba con tanta urgencia. Inmediatamente presentó ante la Asamblea Popular otro proyecto de ley proponiendo utilizar el dinero real para financiar la reforma de la tierra. Como el pueblo romano había sido nombrado heredero de Atalo, decía el argumento de Tiberio, debía de permitírsele disponer del dinero como quisiera.

El proyecto enfureció a Nasica y a los conservadores del Senado. Los asuntos extranjeros y económicos siempre habían sido competencia del Senado y sólo del Senado. Los enemigos de Tiberio no tardaron en presentar esta acción como una prueba más de su ansia de poder absoluto. En el Senado, uno de los conservadores de la facción de Nasica, Pompeyo, se levantó y echó más leña al fuego. Como vecino de Tiberio, dijo, había visto llegar a casa del tribuno embajadores de Pérgamo con una corona y una túnica púrpura del tesoro real, «porque se esperaba que pronto sería rey de Roma».[41] Los senadores estallaron en cólera. Pero había otra razón por la que el polémico proyecto de ley de Tiberio había hecho el caldo gordo a sus enemigos: daba pie a una acción judicial. Aunque no se podía juzgar a ningún funcionario mientras estuviera en el cargo, el de Tiberio estaba llegando a su fin. Por fin, pensaron los senadores, tenían a su hombre.

Dado que temía por su vida, Tiberio iba con un séquito a todas partes. Las

amenazas de muerte y los rumores de conjuras magnicidas le habían puesto tan nervioso que sus asociados y partidarios vigilaban su casa por fuera de día y de noche. Tiberio, en el interior, seguía sus consejos. La única manera de evitar un juicio, decían, era seguir en el cargo: ¿por qué no se presentaba para tribuno el año siguiente? Ostentar el mismo cargo dos años seguidos era inconstitucional, pero el voto de la Asamblea Popular podía instituir un nuevo precedente. Alentado por esta idea y por los ánimos de su círculo más inmediato, Tiberio meditó algunas grandes ideas para su programa electoral, más propuestas para reducir aún más el poder del Senado.[42] Los rumores y calumnias contra Tiberio y sus motivos empezaban a parecer verdades. ¿No sería todo aquello una búsqueda de poder personal, una venganza contra los mismos hombres que le habían humillado, una búsqueda que, a la postre, no coincidía con lo que quería el pueblo?

Lo cierto es que había indicios de que su propia facción del Senado se estaba distanciando de él, pues las fuentes antiguas empiezan por entonces a silenciar el papel de los políticos eminentes que le habían respaldado hasta entonces. Además, los votantes rurales cuyo apoyo había sido tan importante para aprobar la ley agraria habían vuelto al campo para la siega y no podía contarse con que volvieran a la ciudad para ayudar a la reelección de Tiberio. A pesar de todo, el joven siguió adelante con su cruzada y con la apuesta más importante de su vida. Esta decisión le llevaría a enfrentarse directa y definitivamente con el Senado.

Al amanecer del día de las elecciones, se consultaron los auspicios. No presagiaban nada bueno. Los pájaros no querían salir de la jaula ni atrayéndolos con comida. Hubo más malos presagios. Cuando Tiberio salió de casa, se golpeó el pie con tanta fuerza en el umbral que se le rompió la uña del dedo gordo. Luego un cuervo desgajó una piedra de la azotea de una casa ante la que pasaban camino del Foro, y la piedra aterrizó a sus pies. Las señales le hicieron dudar tanto que pensó en retirarse de las elecciones. Pero uno de sus preceptores griegos, que había influido en la formación de su pensamiento político desde que era pequeño, le dijo que «sería una vergüenza y una desgracia insoportable que Tiberio, hijo de Graco, nieto de Escipión el Africano y un defensor del pueblo romano, no atendiera la petición de ayuda

de sus conciudadanos porque le había asustado un cuervo».[43]

Cuando Tiberio llegó al Foro y subió la cuesta del Capitolino, aquello era un caos. En medio de los vítores y aplausos en su honor, los partidarios del tribuno de la plebe y los de la minoría aristocrática andaban ya a empujones. Mientras se desarrollaba la votación, un senador leal a Tiberio se abrió paso entre la multitud y se acercó él para transmitirle una advertencia: el Senado estaba reunido y Nasica y su facción estaban congregando en aquel mismo momento a sus colegas para matar a Tiberio. Alarmado, Tiberio se lo dijo a los partidarios que tenía más cerca, que se prepararon para la lucha. Pero algunos, atrapados en el hervidero de gente, no le oyeron bien. Tiberio se llevó la mano a la cabeza para indicarles que su vida estaba en peligro. Sus enemigos interpretaron el gesto de otro modo. Subieron los escalones que llevaban al Senado y anunciaron: ¡Tiberio está pidiendo la corona![44]

Nasica utilizó esta noticia en el Senado para llevar el agua a su molino. Gritó al cónsul que salvara la república y matara al tirano. Pero el cónsul se mantuvo firme y defendió el principio de justicia sobre el que la república se había fundado: no autorizaría ni el uso de la violencia en política ni la ejecución de un hombre sin juicio previo. Nasica, contrariado y furioso, se puso en pie y declaró el Estado de excepción: «¡Ya que el cónsul ha traicionado al estado, que me sigan todos los que respeten las leyes!». Y a la manera de un sacerdote antes del sacrificio, Nasica se puso la toga sobre la cabeza y salió del Senado.[45]

Acompañados por los esclavos y asociados que habían llegado armados con porras, los cientos de senadores que siguieron a Nasica se ciñeron la toga alrededor de la cintura, para tener las piernas libres, se armaron por el camino con lo que encontraron, palos o patas de banco, y marcharon hacia el Capitolio. La multitud se apartaba por respeto a su rango y jerarquía, y muchos sintieron miedo al ver a tantos hombres nobles tan resueltos a utilizar la violencia. Otros, incluso algunos partidarios de Tiberio, se asustaron y tropezaron entre sí al alejarse. En medio del caos y la confusión, Tiberio también intentó escapar. Al principio lo cogieron por la toga y se desprendió de ella. Vestido sólo con la túnica, trató de escapar de nuevo, pero tropezó con algunos cuerpos, cayó y no tardaron en matarlo a bastonazos.

No menos de trescientas personas murieron del mismo modo: no honorablemente y por la espada, sino innoble y brutalmente, a bastonazos, palos y pedradas. Cuando todo terminó, el hermano menor de Tiberio, Cayo, solicitó que le devolvieran el cadáver de su hermano. Pero los senadores negaron a Tiberio la dignidad de un entierro adecuado y tiraron su destrozado cuerpo al Tíber aquella misma noche, junto con los de sus partidarios y amigos. Era la primera vez en la historia de la república que un conflicto político terminaba en asesinato.

EPÍLOGO

La minoría aristocrática de Roma había dado victorias a la república a lo largo y ancho del Mediterráneo en guerras, campañas y batallas libradas en el extranjero en los ciento cincuenta años que discurrieron entre 275 a.C. y 132. Había generado riquezas impresionantes tanto para ella como para Roma; en el proceso se construyó un imperio y Roma fue una gran potencia. Pero el precio que pagaron los romanos, como habría dicho un conservador de la época, fue la pérdida de los auténticos principios de justicia, decencia y honor que habían utilizado para justificar sus conquistas y que habían sido los que más habían ayudado a dar tanto poder a la república.

Tras la destrucción de Cartago, la búsqueda de excelencia militar, riquezas y prestigio por parte de los nobles sólo sirvió para intensificar la rivalidad política entre las grandes familias y la competencia por los cargos. En consecuencia, se encerraron en sí mismos y, por codicia y egoísmo, olvidaron los problemas de desarrollo social y económico que la construcción del imperio trajo consigo. El resultado fue que marginaron a muchos sectores de la sociedad, sectores que en 130 a.C. formaron una base que Tiberio y sus asociados utilizaron en sus intentos de reforma.

Aunque Tiberio escogió un camino político polémico al abanderar la causa del pueblo contra los intereses de la minoría aristocrática a la que él mismo pertenecía, su objetivo era básicamente conservador: salvar la república aliviando los problemas de los necesitados. Constitucionalmente,

Tiberio había ejercido de manera legítima su derecho de tribuno al proponer la reforma agraria sin la aprobación del Senado y al destituir a Octavio. Pero al poner al pueblo contra el Senado en una confrontación tan directa, Tiberio estaba haciendo añicos el acostumbrado respeto que, según la propia minoría, consolidaba las relaciones entre el Senado y el pueblo romano soberano. A los ojos de los nobles, su comportamiento fue indigno. Desde la erradicación de la monarquía, la concordia y cooperación entre las clases políticas era la piedra angular de la república, su sola fuente de fuerza, poder y dinamismo. Sólo por esta razón pudieron fácilmente los enemigos como Nasica presentar a Tiberio como a un revolucionario, apelar a la sensibilidad y al temor de los romanos a la dominación unipersonal, y sugerir que estaba aprovechándose de la gente para sus fines.

Pero la realidad era que Tiberio sólo quería con su reforma agraria que las cosas volvieran a ser como antes de que Roma hubiera ganado las riquezas de su imperio ultramarino. Este objetivo siguió vigente tras la muerte de Tiberio. La comisión agraria siguió con su trabajo durante tres años más. Seis años después, en 123 a.C., su orgulloso hermano menor Cayo tomó el relevo, fue también elegido tribuno e introdujo un programa de reformas aún más ambicioso y general. También él fue señalado por los conservadores del Senado como enemigo de la república y asesinado. Desdeñaban sus ideales, como habían desdeñado los de su hermano. Para la masa del pueblo, sin embargo, Tiberio y Cayo eran héroes. Al menos a sus ojos, los dos hijos de Tiberio Sempronio Graco y Cornelia habían honrado las mascarillas funerarias de su padre y de sus antepasados de la aristocracia. Aquellas fantasmagóricas efigies se exhibían en estuches en el atrio de la casa familiar. La gloriosa memoria de los hombres que representaban seguía viva.

Qué motivó realmente a Tiberio y Cayo, una ideología o la simple ambición, siempre será un asunto discutible. Pero lo que está claro es que, tras la proliferación de la calumnia y el derramamiento de sangre en política, había un principio genuino en juego: el asunto crucial de quién se beneficiaba del imperio, los ricos o los pobres, un asunto que Tiberio trató del modo más espectacular y explosivo. Nadie antes de él (nadie que supuestamente fuera «uno de los nuestros») se había enfrentado tan radicalmente a la oligarquía y

denunciado su hipocresía con tanto valor. Con ello hizo mucho más que tensar hasta el límite la constitución de la república. También desató el potencial de una fuerza política sin explotar y altamente inflamable: las masas. El gigante dormido de la república había despertado.

Pero como el carácter de Tiberio era unas veces idealista y amable, otras obstinado y ambicioso, se necesitaba una persona mucho más minuciosa, fría e implacable para canalizar la fuerza del pueblo y llevarla a su conclusión lógica. Una mente así no sólo utilizaría al pueblo para oponerse a los conservadores del Senado, sino también para llegar al poder totalmente al margen del aparato legal de la república; no lo utilizaría para emprender reformas agrarias, sino para convertirse en el único dueño del mundo romano. Esa mente fue la de Julio César.

II

CÉSAR

En 46 a.C., dos años antes de morir asesinado, el Senado de la república acordó que Julio César recibiera honores extraordinarios. Se decretó que fuera llamado Libertador y que se construyera un Templo de la Libertad en su honor.[1] Y el hombre que había liberado al pueblo romano era ahora su dictador. El hombre que había liberado a los romanos era en parte responsable de miles de muertes en la guerra civil. Además, César, el gran héroe del pueblo, se había convertido en un autócrata y estaba a punto de ser venerado como un dios. Dos años después de concederle el Senado los honores fue asesinado en nombre de la libertad. ¿Cómo había llegado a darse aquel estado de cosas? ¿Qué le había sucedido a la gloriosa república? ¿Qué había sido de sus queridas libertades?

Durante los cien años anteriores a Cristo, la idea de libertad se convirtió en Roma en un motivo de feroz debate en el que chocaban continuamente dos concepciones de la libertad: la de la minoría aristocrática y la del pueblo. Las dos ideas de libertad se convirtieron en dos versiones diferentes de cómo debía ser la república. Este choque de ideas sería el motivo de que la vida de Julio César se cruzara con la de Pompeyo el Grande y de que el mundo romano temblara hasta los cimientos.

Resolver la cuestión de qué libertad era superior llevaría a una sangrienta guerra civil. El antiguo sistema de votación pública, las elecciones populares, la anualidad de los cargos, el gobierno compartido entre el Senado y el pueblo, todo dejó de funcionar para ser reemplazado finalmente por la

dictadura de un solo hombre. Las elecciones sí que continuaron bajo César, pero ya no eran libres: el dictador influía en ellas y tenía el voto definitivo. Fue uno de los puntos de inflexión más decisivos de toda la historia romana.

Pero la destrucción de la república no se debió a un simple choque de ideas. Lo que convirtió el debate ideológico sobre la libertad en una revolución sangrienta, violenta y caótica fue una cualidad básicamente personal, que afectaba al mismo corazón de los valores aristocráticos romanos: la dignidad. El sentido del prestigio, el honor y la posición política de un noble romano era primordial para los aristócratas, que lo apreciaban más que ninguna otra cosa. Irónicamente, sería la misma cualidad que llevaría a Julio César a librar una guerra civil y a destruir a la camarilla de aristócratas corruptos que tanto la apreciaban; la misma que alimentaría las titánicas luchas por el poder en los últimos años de la república; la misma que se encontraría en el núcleo de la disolución total de la república.

POLÍTICA POPULAR

El asesinato de los tribunos Tiberio Graco y Cayo Graco creó una división inevitable en la política de finales de la república. Su madre, Cornelia, declaró terreno sagrado el Foro de Roma, donde ambos hombres habían sucumbido a manos de la facción conservadora de la minoría aristocrática. Así, el mismo centro de la ciudad fue el túmulo de ambos, abierto y público, y a su alrededor creció un culto al popular político. Desde entonces, durante los cien años siguientes, los jóvenes ambiciosos y ávidos de medro se enfrentaron a una disyuntiva: utilizar el cargo político conseguido para proteger los intereses de los conservadores o seguir el ejemplo de los Graco y defender leyes que aumentaran el poder del pueblo. Un camino permitía a los senadores nobles quedarse con la tradicional ración de riqueza pública y de influencia política, mientras que el otro procuraba nivelar el desequilibro del poder y la riqueza en favor del pueblo.

Varrón, un autor contemporáneo, llamaba a estas facciones las «dos cabezas» de la república. La imagen es apropiada, pues en la guerra de

desgaste que caracterizó las últimas décadas de la república había sorprendentes similitudes entre los dos bandos. Por ejemplo, ambos aseguraban estar defendiendo la república. Por otra parte, disentían profundamente en qué había que defender. Los constitucionalistas conservadores decían que estaban defendiendo la república de los revolucionarios y destructores del Estado, mientras que los populistas decían que la defendían de la corrupción de una minoría aristocrática que sólo servía a sus intereses.

El eslogan político de ambos bandos también era el mismo: «Libertad». Pero como era de esperar, entendían esta palabra de modo muy distinto. Los constitucionalistas luchaban por su tradicional derecho a cultivar su sentido de la dignidad equitativamente y sin que otros se interpusiesen en su gloriosa carrera; a quienes temían era a los tiranos, a los aspirantes a reyes y a los individuos poderosos que ponían sus intereses por encima de los de la república. Por su parte, los populistas luchaban porque el pueblo se liberara del yugo de la oligarquía y tuviera autoridad para dictar sus propias leyes. Entre estos dos grupos políticos, y sus posiciones cada vez más radicales, oscilaría el péndulo, dramática y violentamente.

El campo de batalla de esta lucha fue la Asamblea Popular; el arma elegida por ambos bandos, el voto popular. Era el legado de Tiberio y Cayo Graco, dar a la asamblea del pueblo un papel nuevo y de más autoridad, a expensas del Senado. Pero aunque la Asamblea Popular había conseguido más poder, también era más sensible a la explotación. Casi todos los ciudadanos que formaban parte de las treinta y una tribus del campo y los arrabales vivían lejos del centro, y votar era para ellos impracticable y muy costoso. En consecuencia, la mayoría nunca votaba. Quienes podían permitirse el abandono de sus haciendas solían ser los grandes propietarios, cuyas simpatías estaban con la minoría conservadora y no con los necesitados. Sólo se podía contar con las masas urbanas para determinar la victoria y éstas eran fáciles de manejar: los pobres podían mejorar con un benefactor rico con dinero de sobra; los pequeños comerciantes, con generosos clientes de la aristocracia; los libertos, siendo leales a sus antiguos amos. De una manera u otra se podía sobornar a los votantes. Y con el dinero

del imperio que entraba en Roma a raudales, el soborno se convirtió en algo cotidiano. Puede que los Graco descubrieran el potencial del pueblo como arma política, pero en las últimas décadas de la república, el arma fue utilizada por ambos bandos.[2]

Armados de esta suerte, los populistas y los conservadores del Senado entraron en batalla. Los populistas estaban ávidos de lucha desde el asesinato de los Graco y descargaron los primeros golpes. En 110 a.C. se aprobaron leyes contra la corrupción para reducir los excesos de los gobernadores provinciales. Hubo senadores juzgados y apartados de la vida pública. Al mismo tiempo, los dos bandos chocaron en otro punto importante: ¿quién debía nombrar los cargos militares, el Senado o el pueblo? Como los generales de la aristocracia resultaron ser un desastre en las guerras del norte de África y las Galias, los senadores responsables fueron juzgados por el pueblo por incompetencia. Pronto fueron reemplazados por hombres que no venían de alta cuna pero eran de probada capacidad, y con el visto bueno del pueblo, no del Senado. Sobre esta base, el general Cayo Mario ganó una serie sin precedentes de consulados entre 108 y 90 a.C., aunque no tenía antepasados senadores.

La causa populista llegó incluso a la guerra abierta. Entre 90 y 89 a.C. los ejércitos de la república se enfrentaron con sus descontentos aliados italianos. Aquella sangrienta y violenta guerra, conocida como Guerra Social, llegó a su fin cuando el Senado accedió a conceder la ciudadanía romana a todas las comunidades italianas al sur del río Po. La ciudadanía romana era una protección contra las arbitrariedades de los funcionarios aristocráticos. Fue otro triunfo de pueblo que conseguían los defensores de la libertad.

El contragolpe se produjo en los años ochenta. Cuando Roma se enfrentó con el rey Mitrídates del Ponto, un rival en la pugna por las provincias del este, el Senado, en 88 a.C., nombró cónsul de la guerra al archiconservador Lucio Cornelio Sila. La campaña prometía mucho botín tanto para el cónsul como para los soldados. Pero el nombramiento duró poco. Un tribuno del pueblo vetó a Sila y propuso en su lugar que rescataran del retiro al gran general Mario y se le volviera a dar el mando. Los generales conservadores obligados a dejar el cargo habrían acatado normalmente la voluntad soberana

del pueblo, por muy ultrajante que fuera. Pero Sila no. Su respuesta fue eficaz y devastadora. Primero se ganó la lealtad del ejército bajo su mando. Aseguraba que si Mario obtenía el nombramiento, los elegidos para explotar la victoria en el este serían los veteranos de sus anteriores campañas, no ellos. La alusión a los intereses económicos de los soldados funcionó. Con la lealtad del ejército asegurada, Sila marchó hacia Roma, mató al tribuno responsable del veto, se apoderó de la república en un fulminante golpe de Estado y se nombró a sí mismo dictador. Este puesto derivaba de un antiguo cargo republicano que daba a un hombre poderes excepcionales durante un corto período. Pero Sila decidió utilizar el cargo para un fin concreto: destruir a sus enemigos políticos.

Tras derrotar definitivamente a Mitrídates en 83 a.C. y despojar de riquezas las provincias del este, Sila volvió a Roma, derrotó a sus oponentes en una batalla que se libró a las puertas de la ciudad y luego llevó a cabo una brutal y violenta venganza contra los populistas. En el Foro se colgaron listas de proscritos y los soldados y partidarios de Sila tenían la misión de abatir a sus enemigos. Muchos fueron asesinados en la ciudad y otros obligados a huir tras confiscarse sus propiedades.

La legislación de Sila, pensada para neutralizar el poder de los populistas y reforzar el del Senado, era igualmente reaccionaria.

Entre las nuevas leyes había un decreto que ordenaba que los cargos políticos tenían que obtenerse siguiendo puntillosamente la jerarquía de los magistrados. De esta forma, resultaba imposible para los populistas advenedizos alcanzar directamente el consulado con el voto del pueblo. Además, el Senado pasó de trescientos a seiscientos miembros, casi todos partidarios de Sila. Pero las leyes más incisivas se referían al cargo de tribuno de la plebe. Esta magistratura se convirtió en una sombra de lo que era. Ahora ningún tribuno, una vez elegido, podía presentarse para ningún otro cargo (de esta manera el cargo no tenía ningún atractivo para los ambiciosos); todos los proyectos de ley tenían que contar con el apoyo previo del Senado; y además, el cargo fue despojado de su derecho de veto. El péndulo de la reacción conservadora se había alejado ostensiblemente de los populistas.

Una vez realizada su calculada y sanguinaria labor, Sila devolvió la

república al Senado y se retiró a Puzol y a los placeres de la vida privada en 79 a.C. Se tardó casi toda la década siguiente en restaurar las antiguas facultades de los tribunos y desatar las manos de las asambleas populares. El cónsul que en 70 a.C. mereció todas las alabanzas del pueblo por devolver la autoridad a los tribunos pilló por sorpresa a mucha gente. Era el general más victorioso de la época, y lo había demostrado consiguiendo dos triunfos antes de cumplir los cuarenta años. Pero su reputación había germinado en una época más sangrienta y oscura: había sido en tiempos un despiadado esbirro de Sila. Además, como general que, para beneficiar a los conservadores del Senado, había pasado gran parte de los años ochenta guerreando contra los dirigentes populistas, se había ganado el sobrenombre de «Carnicero Adolescente». Su nombre real era Gneo Pompeyo el Grande.[3]

Aunque hijo de un cónsul y heredero de la mayor finca privada de Italia, Pompeyo no debería tomarse por un rancio aristócrata del sistema establecido. Era un joven con iniciativa, sin ataduras ni compromisos sentimentales con las tradiciones políticas del pasado republicano. Y por encima de todo era un extraordinario militar. Ambicioso, osado y famoso por su rubia cabellera, sus propios soldados le llamaban el Grande o el Magno, por Alejandro Magno, el héroe de su infancia. Había hecho justicia al apodo cuando, con veintiséis años, había dirigido con brillantez la campaña de África de 80 a.C. Pero su mayor don era su habilidad para encontrar medios de realzar su gloria. Siendo cónsul en 70 a.C., cambió de bando y se pasó a los populistas. No sólo restauró la autoridad de los tribunos, sino que reformó los tribunales para que dejaran de favorecer a los senadores. Además, se encargó de que sesenta y cuatro senadores mediocres, todos nombrados por Sila, fueran tachados del censo. El pueblo se enamoró de él. Aunque muchos senadores se le oponían, el gran general tenía el respaldo del joven senador Cayo Julio César.

Con la entrada de Pompeyo y César en el círculo de la política, el péndulo de la política popular estaba a punto de volver al lado de los populistas, pero esta vez de una manera espectacular. Había una razón muy sencilla. Aprendiendo del implacable ejemplo de Sila, Pompeyo y César, durante las dos décadas siguientes, acumularon más poder e influencia personal en Roma

que ningún político anterior a ellos. Aunque, al contrario que Sila, no buscaron incrementar el poder del Senado, sino el de los populistas. No fue casualidad que restauraran la autoridad de los tribunos, porque para conseguir ese poder los necesitaban.

POMPEYO, CÉSAR Y CATÓN

Pompeyo señaló un camino nuevo. En 67 a.C., un tribuno propuso a la Asamblea Popular que el héroe del pueblo, aunque no tenía ningún cargo en aquel momento, fuera recompensado con una autoridad especial para limpiar el Mediterráneo de piratas, que se estaban beneficiando del descontrol que las guerras romanas dejaban a su paso. La situación había llegado a un punto crítico, ya que con el Mediterráneo controlado por los piratas, se había interrumpido el suministro de grano que recibía Roma. No era pequeña hazaña derrotar a las flotas piratas en un marco geográfico tan vasto. Para llevarla a cabo Pompeyo necesitaba más barcos, más soldados y más tiempo en el mando del que se había concedido a un general hasta entonces.

En el Senado sonó la alarma. El poder que Pompeyo tendría a su disposición –500 barcos, 120.000 soldados y la jefatura durante tres años– echaría por tierra la igualdad de los miembros de la oligarquía. Concedérselo sería como nombrar un rey en todos los sentidos menos en el nombre. A pesar de todo, el pueblo ratificó el proyecto y Pompeyo puso manos a la obra. Su triunfo dejó atónito al mundo. No sólo venció a los piratas, sino que lo hizo en sólo tres meses. Luego dedicó el resto de su mandato a sacar partido de la victoria y a apoderarse en solitario del mayor terreno que se había conquistado en el este. Fue una hazaña que rivalizó con la gran conquista de Grecia en el siglo II a.C. En la cima del éxito, el general fue recompensado con otro encargo. Una vez más, un tribuno propuso al pueblo una ley que concedía a Pompeyo el mando de la guerra para aplastar al rey Mitrídates en Asia.

Pompeyo no fue menos ambicioso en esta misión y sus resultados fueron

incluso más sorprendentes. En el curso de tres años no sólo venció a Mitrídates, sino que creó y organizó, mediante una combinación de diplomacia y guerra, dos nuevas provincias romanas: Siria y Judea. Como resultado de las dos campañas, Pompeyo pudo presumir de que había capturado mil plazas fuertes, novecientas ciudades y ochocientos barcos piratas. Había fundado treinta y nueve ciudades y, además de los 20.000 talentos que habían engrosado el erario público, los tributos de Oriente casi se habían duplicado, y todo gracias a Pompeyo. Los senadores de Roma oscilaban entre el deleite, el pasmo y el horror. Nombraba a un rey aquí, firmaba un tratado de paz allí, tomaba una ciudad extranjera allá: de verdad parecía un nuevo y todopoderoso Alejandro. El temor de los senadores persistió: ¿se harían él y su ejército con el poder absoluto cuando regresara a Roma?

Pero cuando Pompeyo volvió a Roma, dispersó sus tropas y se puso a las órdenes del Senado. Fue una forma de decir que, a pesar de encontrarse en la cima de la popularidad y el poder, no tenía intención de utilizar estas armas contra la república. Aunque puso condiciones: que sus soldados pudieran instalarse en fincas de suelo italiano en reconocimiento de sus servicios y que se ratificaran los tratados que había firmado en Oriente. Este punto seguía preocupando a los conservadores del Senado. Acceder a estas condiciones era reconocer la preeminencia de Pompeyo en la república. Confirmaría que había ganado la lealtad personal tanto del ejército romano como de los reyes, potentados y pueblos del este. Los conservadores del Senado acabaron concediendo al héroe del pueblo el tercer desfile triunfal, algo sin precedentes, pero no concretaron el momento. Lo fueron posponiendo y dejaron al general con un palmo de narices. Pompeyo el Grande languidecía, sin más compañía que su creciente resentimiento.

También Cayo Julio César, seis años más joven que Pompeyo, se estaba construyendo un poder personal en los años sesenta a.C. Al contrario que Pompeyo, César procedía de una antigua familia patricia que aseguraba descender del troyano Eneas, el legendario fundador de Roma. Se creía que Eneas había sido hijo de Venus, por tanto César podía asegurar que descendía de los dioses. Lo sacaba a relucir siempre que podía; gracias a ese factor, su

sangre era la más azul de Roma. En el grandioso y aristocrático funeral común de su tía y su primera esposa tendió los principales puentes de su carrera política con la economía y eficacia de una empresa de relaciones públicas. Elogió a los antepasados divinos de su tía (y por implicación los suyos) y dio a entender por dónde iban sus simpatías políticas, no con palabras, sino con hechos. Como su tía había estado casada con el gran general Mario, se aseguró de que las plañideras desfilaran con las mascarillas de cera del difunto militar. De esta manera César indicaba que la causa de los populistas era la suya. Su indumentaria hacía juego con su actitud. César tenía fama de elegante: se peinaba con raya y se ceñía la toga con un vistoso cinturón holgado.[4] Estas exhibiciones ofendían a los conservadores del Senado. Pocos se dieron cuenta de que les esperaba algo mucho peor.

A principios de los años setenta a.C., César puso al descubierto sus simpatías políticas cuando se encargó de acusar a dos aristocráticos y corruptos gobernadores de las provincias de Macedonia y Grecia. Aunque perdió los juicios, obtuvo gran popularidad entre la plebe. Con su elocuencia, su encanto y sus buenos modales, puso de manifiesto la facilidad con que podía ganarse al pueblo.[5] Pero también se dio cuenta de que, para que el pueblo le permitiera alcanzar los cargos más altos de la república, necesitaba un revuelo mucho mayor. Con esta idea en la cabeza, César explotó hasta donde pudo todos los cargos que consiguió.

El edil curul, por ejemplo, era responsable de organizar los juegos públicos en las fiestas estatales. Elegido para este cargo en 65 a.C., César lo aprovechó como es debido para dar al pueblo los juegos de gladiadores más espectaculares que había visto la ciudad. No menos de 320 parejas de gladiadores con coraza de plata bruñida se prepararon para competir por la gloria y el deleite del público. Los prolegómenos del acontecimiento causaron tal sensación en el pueblo que los conservadores del Senado propusieron inmediatamente una ley para reducir el número de gladiadores que un individuo podía tener en la ciudad.[6] De esta manera trataban de impedir que el político se ganara tan desvergonzadamente el favor popular. Cuando llegó el momento, el pueblo tuvo que conformarse con un espectáculo más modesto, pero el impacto ya había calado.

Semejantes espectáculos necesitaban dinero y mucho. Para librarse de sus muchas deudas, quiso administrar una provincia, para despojarla de sus riquezas y pagar a sus acreedores a la vuelta. Es lo que hizo cuando, después de ser pretor, fue nombrado gobernador de Hispania Ulterior en 61 a.C. Apartándose de sus obligaciones corrientes como gobernador, se dedicó a guerrear contra las tribus independientes del norte de Portugal y demostró ser tan buen combatiente y general en el extranjero como político cordial y desenvuelto en la patria. Obtuvo tantos éxitos que se propuso solicitar un desfile triunfal, el trampolín perfecto, pensaba el joven general, para ganar las elecciones al máximo cargo de la república: el consulado. Pero cuando regresó a Roma, no todo transcurrió de acuerdo con sus planes.

El hombre resuelto a destruir el glorioso camino de César al consulado era el archiconstitucionalista del momento, Marco Porcio Catón. Inflexible, serio y más cascarrabias de lo normal a los treinta y cinco años, Catón quería que su vida encarnara el ideal de la austera y antigua virtud romana. Llevaba el pelo revuelto, a la manera de los campesinos, la barba sin arreglar y, para protestar por la moda aristocrática de la púrpura ligera y lujosa, Catón vestía de negro. Su contemporáneo Cicerón decía que se paseaba por Roma como si viviera «en la república ideal de Platón, no en la cloaca de Rómulo».[7] Las cenas en casa de Catón no eran de las que tentaban a un senador que se respetase. Además, cuando César regresó a Roma, Catón dio a entender que la constitución era él y que estaba dispuesto a utilizarla para impedir que los populistas alcanzaran el poder.

Fuera de las murallas, César envió un mensaje al Senado solicitando formalmente que distinguieran sus conquistas en Hispania con un desfile triunfal. También afirmaba que deseaba presentarse al consulado en las inminentes elecciones de julio. La respuesta de Catón fue que, según la ley, no podía aspirar a ambas cosas. César quedó atrapado en un dilema. Para celebrar el triunfo tenía que esperar fuera de Roma hasta el día del desfile. Pero para aspirar al consulado tenía que entrar en la ciudad inmediatamente y presentar la candidatura en persona. César, decía Catón, tenía que decidir entre una de dos: la gloria de un gran desfile popular o ser candidato al empleo más importante de la república.[8]

César prefirió presentarse para cónsul. Como veremos, fue una decisión que cambiaría para siempre la historia de Roma. Pero el resultado de las elecciones no estaba garantizado y, para asegurarse el cargo de cónsul y recuperar el favor popular que había perdido al renunciar al desfile, César necesitaba urgentemente dinero e influencia. El único hombre de la república con ganas y capacidad de procurarle estas cosas era el resentido Pompeyo el Grande. Los dos grandes populistas del momento hicieron un pacto. Pompeyo le daría a César apoyo económico y popular para ganar las elecciones al consulado y César, una vez elegido cónsul, le daría a Pompeyo lo que más quería. En nombre de Pompeyo, propondría las mismas leyes que los temerosos senadores conservadores llevaban tanto tiempo rechazando: el establecimiento de los veteranos de Pompeyo y la ratificación de sus tratados en Oriente.

La alianza de los dos hombres era potencialmente tan poderosa y amenazadora que en las elecciones al consulado, en verano de 60 a.C., los conservadores, encabezados por Catón, no repararon en medios para impedir que César y Pompeyo se salieran con la suya. Los dos bandos, constitucionalistas y reformistas, conservadores y populistas, se enfrentaron una vez más.

Durante el desarrollo de las elecciones de julio, los hinchados bolsillos de Pompeyo y su rico aliado Marco Licinio Craso hicieron que los sobornos fluyeran por el Campo de Marte, el lugar donde la gente votaba en los comicios consulares. Incluso Catón, el puritano de la ley, recurrió al soborno para promover a un candidato conservador, su yerno Marco Bíbulo.[9] Catón y sus aliados conservadores estaban tan deseosos de que al menos uno de los cónsules parase los pies a César que estaban dispuestos a jugar tan sucio como el bloque populista liderado por César, Pompeyo y Craso. Ganó César por amplia mayoría, pero Catón no salió derrotado. Bíbulo también fue elegido cónsul, aunque por los pelos. Pero la batalla sólo acababa de comenzar.

El año de consulado de César representa la conclusión lógica de la larga lucha entre populistas y constitucionalistas. Sobre todo pone de manifiesto que los populistas tenían la sartén por el mango, pues la novedad más

sorprendente del año 59 a.C. fue que el principal populista del momento, el hombre dispuesto a oponerse a la tradición y a los deseos del Senado ya no era un tribuno de la plebe. Era titular de una de las mayores fuentes de poder de la república, el consulado. Las tácticas radicales de los tribunos se aplicaban ahora desde este cargo. Por ejemplo, cuando César propuso la reforma agraria de Pompeyo para instalar a sus tropas, chocó con un muro de absoluta oposición levantado por Catón, así que en lugar de inclinarse ante la voluntad colectiva de los senadores, como era costumbre en los cónsules, se limitó a salir del Senado, presentó la reforma directamente a la Asamblea Popular y la hizo aprobar allí. Pero César estaba dispuesto a llegar a extremos aún más radicales. En otra ocasión en que se estaba votando el programa de César y Pompeyo, el cónsul Bíbulo trató repetidamente de obstaculizar el procedimiento alegando que los augurios no eran favorables: César no le hizo el menor caso y siguió adelante. ¿Estaba César saltándose la ley? Catón creía que sí.

En la febril tensión de 59 a.C., César y Pompeyo agravaron sus jugadas «ilegales». Introdujeron de nuevo un elemento siniestro utilizado por ambos bandos en la guerra de la política popular: la fuerza bruta. Cuando Catón trataba de obstaculizar una discusión sobre la reforma agraria en el Senado, César ordenaba a sus lictores que detuvieran al vociferante senador y lo encerraran en prisión. Era un pequeño anticipo de lo que llegaría a continuación. La amenaza que suponían los veteranos de Pompeyo, miles de ex soldados leales a un solo hombre, se cernió sobre Roma. Para asegurarse de que el voto sobre la reforma agraria seguía el curso deseado, los partidarios de Pompeyo entraron en el Foro el día de la votación y lo limpiaron de enemigos de la reforma. Durante un encontronazo, expulsaron a Catón y a Bíbulo, dieron una paliza a su círculo de funcionarios y rompieron el cetro de mando del cónsul. Para colmo de humillaciones, vaciaron sobre la cabeza de éste un cubo de excrementos.

Al día siguiente, Bíbulo convocó una reunión en el Senado y se quejó por haber sido tratado tan violenta e ilegalmente. Los senadores que simpatizaban con él no supieron qué responder. Durante el resto del año, Bíbulo estuvo encerrado en su casa, temiendo constantemente por su vida. El enérgico

César, mientras tanto, boicoteaba al Senado y los procedimientos habituales en política, y sacó adelante toda su legislación populista sin problemas, consultando directamente a la asamblea del pueblo. Fue un año extraordinario. Y todavía no había terminado.

La costumbre de todo cónsul, una vez finalizado el año de mandato, era gobernar como procónsul una provincia elegida por el Senado. En un desesperado intento por frenar al ambicioso y calculador César, Catón y los conservadores decidieron enviarle a los tranquilos prados de Italia. Allí no habría guerras que librar, ni grandes botines que saquear, ni oportunidad de ganarse la lealtad de un ejército. En poco tiempo sería el prematuro final de la brillante y espectacular carrera de César. Pero éste tenía otras ideas. Instigó a un leal tribuno de la plebe para que presentara un proyecto de ley en la asamblea que le concediera otras provincias más prometedoras: la Galia Cisalpina (la Galia «de esta parte de los Alpes», véase el mapa de la pág. 117), además de Iliria (en la costa de Dalmacia), durante cinco años. Pero debido a un extraordinario golpe de suerte, el gobernador de la Galia Transalpina («del otro lado de los Alpes») murió la primavera de 59 a.C., dejando también aquella provincia necesitada urgentemente de gobierno. Aquella región de la Galia era la puerta de entrada a tierras ajenas al control romano. Ofrecía una apetitosa perspectiva de guerra, conquistas y riquezas.

En el Senado, Pompeyo propuso que César fuera recompensado con el gobierno de Iliria y las provincias galas. Los tristes y abatidos restos de la minoría aristocrática que aún tenían ganas de presentarse en las reuniones del Senado se lo concedieron debidamente. Si se lo hubieran negado, la asamblea del pueblo se lo habría concedido igualmente; entregándole el mando a César ellos mismos, al menos salvaban la cara y daban la impresión de retener cierto poder sobre la asamblea del pueblo.[10]

Pero incluso en medio de su tristeza, los tradicionalistas encontraron algo que mereció una débil ovación. Cuando César partió hacia la Galia, se había distanciado no sólo del Senado, sino también de algunos miembros de la plebe. Sus leyes no habían beneficiado a todos los sectores populares y algunos se preguntaban si sus métodos no eran tan corruptos como los de los desacreditados aristócratas de los que decía que estaba librando a Roma. «La

verdad es –escribía el senador Cicerón– que el actual régimen es el más infame, vergonzoso y odioso que hayan conocido los hombres, sea cual fuere su clase, edad y condición [...] Esos "populistas" han enseñado a abuchear incluso a los más callados.»[11] Pero por encima de todo, César se había ganado la enemistad eterna de un rival decidido: Catón.

El adusto y tenaz senador seguía dispuesto a impedir a toda costa que César siguiera acumulando poder y en aquel momento creía tener el arma que necesitaba. Catón aseguró a sus aliados que tenía causa suficiente para juzgar a César en los tribunales por las ilegalidades cometidas durante su consulado. Lo cierto era que mientras César fuese funcionario, Catón no podía hacer nada contra él. Pero en cuanto terminase su mandato en la Galia y regresara a Roma, César sería llevado ante un tribunal como un delincuente común.

Pero los planes revanchistas de Catón se referían a un futuro lejano. Cuando César partió hacia la Galia en la primavera de 58 a.C., él y su aliado Pompeyo parecían intocables. Los cónsules y tribunos elegidos aquel año eran amigos leales, lo que permitía confiar en que no se revocaría toda la legislación que habían aprobado. Los dos hombres también habían sellado su alianza al viejo estilo aristocrático. César había ofrecido a Pompeyo en matrimonio a su única hija, Julia, y en la primavera de 59 a.C. el anciano general desposó formalmente a su encantadora y joven novia.

Pero la alianza entre los dos hombres estaba a punto de sufrir una dura prueba. Pues mientras Pompeyo permanecía en Roma rodeado de enemigos que ansiaban su muerte, César iba a conquistar una gloria inimaginable. Y con esa gloria llegaría un poder inimaginable.

EL EQUILIBRIO DE PODER

Entenderemos un poco la condición de la Galia Transalpina, una pequeña provincia que abarcaba lo que hoy es el sur de Francia, si sabemos que actualmente se llama Provenza. Los romanos llamaban «Galia peluda» al territorio que quedaba al norte, debido a los horribles y desaseados bárbaros que al parecer vivían allí. El hecho era que aunque el Senado romano había

declarado oficialmente «Amigos del Pueblo Romano» a algunos jefes de las tribus más poderosas, y aunque algunos osados mercaderes romanos habían viajado por el Ródano y el Garona para abrir nuevos mercados vinateros, los fríos y húmedos bosques del norte eran como una amenaza desconocida para la mayoría de los romanos civilizados. Peor aún, según muchos era la región más peligrosa para los intereses de Roma.[12]

¿Qué producía aquel temor? En 390 a.C., las hordas de los salvajes galos habían conseguido lo que no había llegado a hacer ni siquiera el gran Aníbal. Arrasando Italia a su paso, habían llegado a saquear la ciudad de Roma. El viejo temor romano se había revivido dolorosamente en 102 y 101 a.C., cuando las entrenadas y bien organizadas legiones de Mario habían defendido Italia con todas sus fuerzas de otra feroz invasión de tribus galas y germanas. Pero durante el gobierno de Julio César iba a terminar el legendario temor a la Galia.

Cuando César llegó a la Galia, no tenía instrucciones ni autoridad legal para declarar la guerra. Además, el año anterior habían aprobado una ley para frenar las acciones arbitrarias de los gobernadores provinciales. César debía de conocerla bien, pues era él quien la había ideado y propuesto, siendo cónsul. Sin embargo, aun respetando sus propias leyes populistas, César calculaba concienzudamente el momento de saltárselas. En 58 a.C., la tribu de los helvecios abandonó la tierra que ocupaba en la actual Suiza y pasó cerca de la provincia de César. En respuesta, el procónsul apostó deliberadamente a su ejército dieciséis kilómetros más allá de los límites de su provincia, obstaculizando el camino de la tribu itinerante. Los helvecios mordieron el anzuelo y atacaron a los romanos. Para el caudillo romano fue un regalo. César aprovechó inmediatamente una laguna jurídica consagrada por la tradición: dijo que estaba defendiendo la república de una agresión y reparando la ofensa cometida contra su dignidad.[13]

César reunió a sus tres legiones apostadas en Aquilea, al norte de Italia, y a dos legiones más de la Galia Cisalpina, y rápidamente dio una dura lección de guerra a los helvecios. En el Senado hubo revuelo, siendo Catón el que más gritaba. César, dijo, estaba obrando a su antojo: instigando ilegalmente guerras con tribus independientes que no eran súbditas de Roma; reclutando

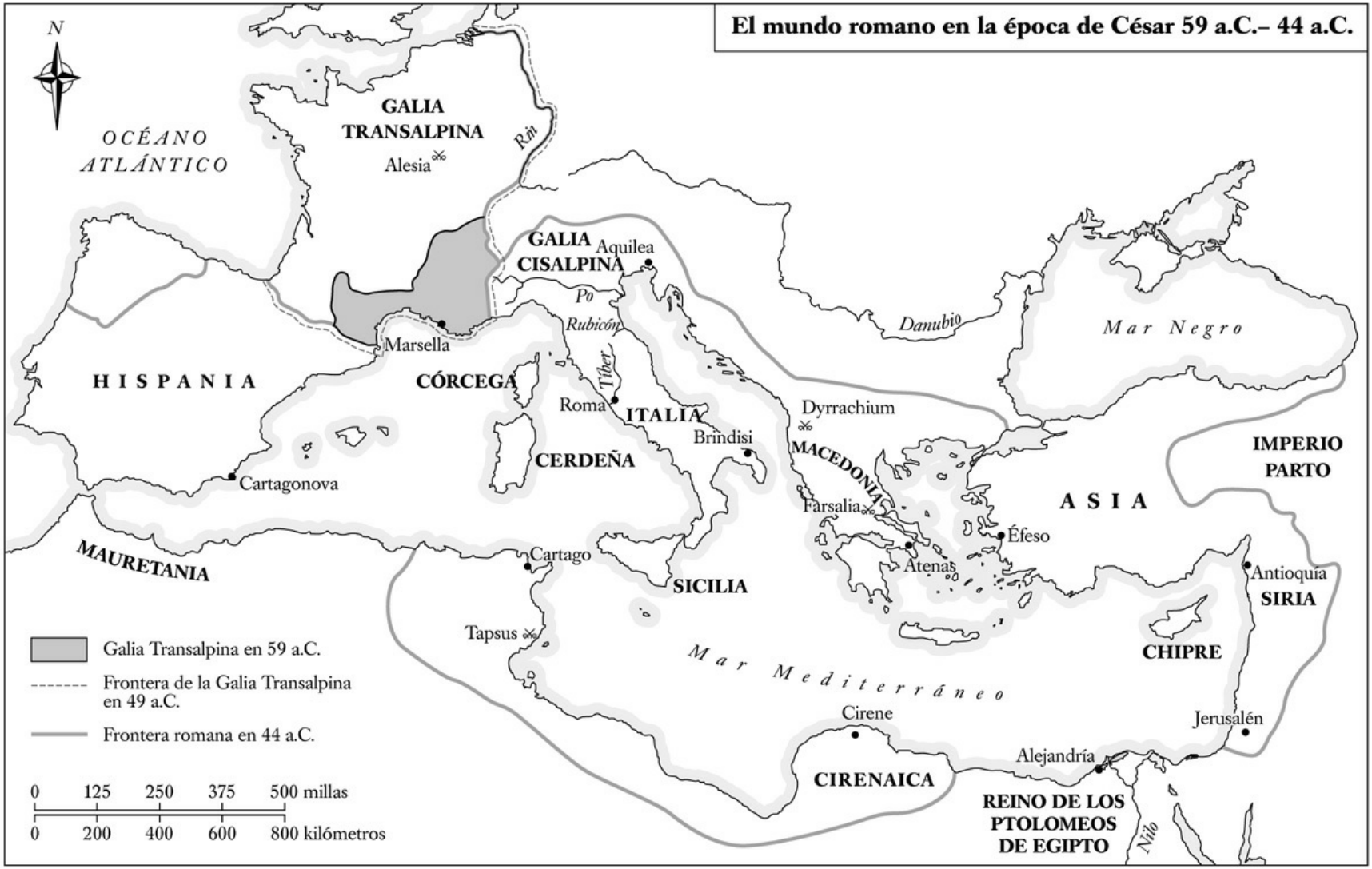
ilegalmente tropas y llenando sus legiones de soldados que no eran ciudadanos de Roma; y concediéndoles ilegalmente la ciudadanía. Se estaba convirtiendo en su propio juez y jurado, amontonando delito tras delito contra la república.

La realidad era que, con la guerra contra los helvecios, César había expresado claramente cuál iba a ser su proceder como gobernador de la Galia. Por cualquier motivo, por cualquier pretexto, por exiguo que fuera, declararía la guerra a las tribus galas situadas más allá de su provincia, hasta que toda la Galia, toda aquella tierra septentrional, desconocida, oscura y siniestra, estuviese completamente pacificada y sometida al dominio romano. En el transcurso de los ocho años siguientes, César se dedicó a cumplir este cometido con confianza y ambición sin límite.

En 57 a.C. demostró a los galos el extraordinario poder de sus legiones derrotando a la tribu de los belgas. Se creía que habían sido los galos más duros y valientes, porque vivían en el norte, «muy lejos de la cultura y la civilización de la Provincia».[14] Cuando dos tribus germánicas, los usipetos y los tencteros, cruzaron el Ródano en 55 a.C. y atacaron a los romanos, César no se limitó a dirigir a su ejército en la batalla y a hacer pedazos a un contingente enemigo de 400.000 hombres, sino que aprovechó la retirada de los supervivientes hacia Germania para poner en marcha quizá la acción más arriesgada de su mandato.

César ordenó a los ingenieros de su ejército que construyeran un puente que atravesara el Rin, que tenía 350 metros de anchura. Nunca se había pensado siquiera en una hazaña de ingeniería semejante, y mucho menos intentado. Pero cuando los romanos comenzaron a arrastrar troncos hasta el lecho del río para sobrepasarlo, fue como si pudieran controlar a la misma Madre Naturaleza. Terminado el puente, César cruzó el río con su ejército e invadió el país extranjero. Las tribus germánicas de los suevos y los sicambros, que nunca habían visto un puente, estaban tan atemorizadas por aquella hazaña descabellada que se escondieron en la profundidad de los bosques. César incendió y saqueó las tierras de los alrededores y dijo a los supervivientes que transmitieran a las tribus germanas un mensaje muy claro: que nunca volvieran a ser hostiles a Roma. Luego, tan rápidamente como

habían llegado, su ejército y él desaparecieron y volvieron a la Galia, desmantelando el puente por el camino. La proeza había durado veintiocho días.


El mundo romano en la época de César 59 a.C.– 44 a.C.
N
OCÉANO ATLÁNTICO
GALIA TRANSALPINA
Alesia
Rin
GALIA CISALPINA
Aquilea
Po
Rubicón
Tiber
Roma
ITALIA
Brindisi
Marsella
HISPANIA
CÓRCEGA
CERDEÑA
Cartagonova
MAURETANIA
Cartago
SICILIA
Tapsus
Danubio
Mar Negro
Dyrrachium
MACEDONIA
Farsalia
Éfeso
Atenas
ASIA
IMPERIO PARTO
Antioquía
SIRIA
CHIPRE
Mar Mediterráneo
Cirene
CIRENAICA
Alejandría
Jerusalén
REINO DE LOS PTOLOMEOS DE EGIPTO
Nilo
Galia Transalpina en 59 a.C.
Frontera de la Galia Transalpina en 49 a.C.
Frontera romana en 44 a.C.
0 125 250 375 500 millas
0 200 400 600 800 kilómetros

Sabemos lo que hizo César por su propia descripción de los hechos en sus célebres *Comentarios a la guerra de las Galias*. Construyó un puente porque consideraba que cruzar el río en barca estaba por debajo de «su dignidad». [15] La *dignitas* era la principal y primera cualidad de un político romano patricio, y estaba enraizada en un sentido histórico del valor, el rango y el prestigio. Cuanto más antigua y aristocrática era una familia romana, mayor era la dignidad acumulada y más alto tenía que estar el punto al que ese sentido del valor estaba sujeto. El agudo sentido de la dignidad que tenía César había sido fundamental para medrar en el funcionariado, había motivado sus acciones como cónsul y ahora le estaba conduciendo a hazañas y gloria aún mayores en la Galia. Y para coronar estos logros en el extranjero, en 55-54 a.C. preparó una flota, atravesó el canal de la Mancha y lanzó una invasión sobre Britania, una tierra que muchos romanos ni siquiera creían que existiese. Durante el segundo intento se quedó en Britania durante el verano, llegando hasta el río Támesis y consiguiendo el tributo de varias tribus britanas. Aunque no se estableció ninguna base romana, César había vuelto a expresar espectacularmente por dónde iban sus ambiciones.

El resultado fue que César se construyó una plataforma de poder sin precedentes tanto en el interior como en el extranjero. En Roma, las noticias de sus hazañas emocionaban y deleitaban al pueblo: con ellas se confeccionaban cuentos maravillosos, historias de aventuras y las típicas fábulas con que los padres romanos tratarían de aleccionar a sus hijos. César estaba representando para ellos el mayor espectáculo del mundo y el escenario era la Galia: enemigos antiguos y bárbaros estaban siendo derrotados y ni los ríos ni los océanos podían detener el largo brazo del poder romano. A finales de 53 a.C., César pudo anunciar que toda la Galia estaba «pacificada». En consecuencia, no sólo recuperó la gloria, sino que la gloria se disparó.[16]

Pero César no se durmió en los laureles de sus hazañas extranjeras para extasiar al pueblo, sino que también desempeñó un papel activo. Cada invierno montaba el campamento tan cerca de la frontera de Italia como lo permitía la amplitud de su provincia. Desde allí hacía circular noticias sobre regalos y beneficios extraordinarios para el pueblo romano. El número central

fue el anuncio de que en el corazón de Roma iba a construirse un nuevo Foro, pagado con el botín de la Galia.[17] También entraban a raudales en Roma regalos de una naturaleza más personal. Gracias a los sobornos y a las cartas de recomendación, César influía en la elección de magistrados de ideas afines, dispuestos a ayudarle y a defender su nombre. La corriente también fluía en la dirección opuesta. Jóvenes ambiciosos que buscaban la oportunidad de hacerse ricos y el triunfo militar llegaban en número cada vez mayor al lugar donde estaba la auténtica acción: con César, en la Galia, en campaña. Pero aunque César supo atraerse a la facción más dinámica de la política, Catón y sus aliados constitucionalistas se consolaban pensando que al menos tenían bien fichados a aquellos oponentes. Llevaban décadas luchando contra los populista en el Foro y en el Senado. Pero para lo que no estaban preparados, y que era nuevo y mucho más amenazador para sus intereses, era para la base de poder que César tenía en el extranjero: el ejército.

A pesar de toda la lucha populista, el contencioso de los ciudadanos-soldados que tras servir en largas campañas descubrían que no tenían tierras a las que regresar no se había resuelto satisfactoriamente con la reforma agraria. Los veteranos desmovilizados de Pompeyo pudieron instalarse en parcelas durante el consulado de César, pero fueron la excepción y no la norma. Para colmo, las reformas del ejército habían empeorado el problema de los soldados desarraigados: en 107 a.C., el general Mario había aumentado el número de reclutas aboliendo el requisito de ser propietario, pero el resultado fue que las legiones se llenaron de hombres que no tenían interés alguno por la república. Su única esperanza de riqueza era el salario militar y la oportunidad de conseguir botines en campaña. En la Galia, César podía proveer de ambas cosas en grandes cantidades. El resultado fue la creación de una relación de nuevo cuño, interdependiente y muy peligrosa, entre el general y sus hombres. Los soldados ya no eran leales a la república y su vieja ideología de libertad. Sólo eran leales al benefactor que en aquel momento era responsable de sus intereses: el general. El historiador Salustio lo explica con concisión:

> Quien busque el poder no tendrá mejor ayuda que la del hombre más pobre, porque no se siente vinculado a su propiedad, dado que no tiene ninguna, y estima honorable todo aquello por lo que se le paga.[18]

Otro tanto y con más razón podía decirse de los germanos y los galos a los que César estaba reclutando. Estos reclutas nunca habían puesto el pie en una provincia romana y mucho menos en la capital. Con el tiempo, las legiones de César pasaron de las tres autorizadas para su proconsulado a diez, lo que supuso tener en la mano el arma más peligrosa que se había visto hasta entonces: un contingente de no menos de 50.000 soldados endurecidos en la batalla, y todos entusiastas de su jefe. No es de extrañar que Catón y sus aliados nobles trataran de poner fin a su poder. Pero César supo acabar con la primera intentona, incluso desde la lejana Galia.

En 56 a.C., un senador llamado Lucio Domicio Enobarbo anunció que se estaba preparando para presentarse al consulado con la idea de despojar a César de su mando en la Galia. Mientras tomaba el pulso a la política romana, César neutralizó rápidamente esta amenaza renovando su alianza con Pompeyo. En una reunión celebrada en Luca, en el norte de Italia, animó a éste y a su aliado Craso a presentarse a las elecciones y ganar a Enobarbo el consulado. Estarían entonces en posición de ayudar a César: con leyes propuestas por ellos en la asamblea popular podían conseguir que a César se le prorrogara el mando otros cinco años. A cambio, Pompeyo y Craso podrían consolidar su poder y su independencia del Senado con lucrativos gobiernos proconsulares en el extranjero. Todos consiguieron lo que querían.

Catón, en Roma, se percató rápidamente de las negociaciones de trastienda que había entre César y Pompeyo y animó a Enobarbo a que no se rindiera, sino que compitiera en las elecciones con uñas y dientes. «No estamos peleando por un simple cargo –dijo Catón–, sino para liberarnos de nuestros opresores.»[19] El día de la votación, los veteranos de Pompeyo volvieron a apalear a Enobarbo y a Catón, impidiéndoles entrar en el Campo de Marte, y pusieron en fuga a sus partidarios. Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules en 55 a.C. y César volvió a estar tranquilo. La amistad y la alianza de César con Pompeyo habían salvado la situación. Pero cuando Catón y sus aliados lanzaran otro ataque contra César, el general no tendría

tanta suerte.

En 52 a.C. hubo un giro inesperado en las relaciones de César y Pompeyo. Aquel año se manifestó el peor defecto del carácter de Pompeyo. El deterioro de la alianza había comenzado dos años antes. La esposa de Pompeyo e hija de César, Julia, había muerto al dar a luz y el hijo había seguido a la madre al cabo de unos días. Llenos de dolor, los dos se dieron cuenta de que se había roto el vínculo clave que había fortalecido su alianza con algo más que razón política. Mientras César recibía la triste noticia en la Galia, en Roma se llegó a comentar tanto la profundidad del desproporcionado amor de Pompeyo el Grande por Julia que incluso sus enemigos del Senado se apiadaron brevemente de él.[20]

Pero se necesitaba un cataclismo mayor para que los conservadores buscaran activamente el apoyo del hombre al que tanto tiempo habían temido y del que tanto tiempo habían recelado. Este suceso comenzó con el asesinato de Publio Clodio Pulcher, un aliado de César. Como tribuno de la plebe, Clodio se había afianzado como principal agitador y benefactor de la plebe urbana. En esta puja por el poder, el momento le fue oportuno: a mediados de los años cincuenta a.C., los senadores, anegados en un lodazal de acusaciones de soborno y corrupción, cada vez estaban más desacreditados. La brillante y polémica carrera de Clodio sugería que, después de todo, quizá el pueblo no quisiera la libertad, sino sólo amos justos y generosos.[21] Cuando fue apuñalado en una calle, en una trifulca con un grupo rival, su muerte produjo una explosión de furia en toda la ciudad. Sus partidarios, un variopinto ejército de tenderos, pícaros, comerciantes, y los pobres y necesitados de los barrios bajos, unidos por el dolor, salieron a millares a las calles de Roma. Bajaron desde el Foro y procedieron a construir una pira funeraria para su ídolo. ¿Lugar? El Senado. ¿Combustible? Los bancos de madera de los senadores. Nadie podía detenerlos. Mientras el Senado ardía hasta los cimientos, la revuelta se extendió por toda la ciudad.

En 107 a.C., a finales ya de la república, no había ningún cuerpo de policía. Para sofocar la situación de emergencia y restaurar el orden, los alarmados senadores buscaron la ayuda del único hombre capaz de reunir la autoridad y los recursos humanos necesarios. Aquel hombre era la persona a

quien la mayoría conservadora tanto había despreciado y del que tanto había recelado: Pompeyo el Grande. Con el Senado convertido en un esqueleto desolado y calcinado, los nobles se tragaron el orgullo y se reunieron en un edificio anexo al flamante anfiteatro de mármol que Pompeyo había construido. Era un lugar adecuado para la reunión. Allí, el senador Bíbulo propuso que se concediera un cargo nuevo a Pompeyo el Grande, el ciudadano más capaz de la república: el consulado individual, con poderes excepcionales para terminar con la anarquía que estaba destruyendo la ciudad. En una vuelta de tuerca aún más sorprendente, Catón, mordiéndose la lengua, se puso en pie y alentó a sus colegas a que accedieran a la propuesta. Aunque a regañadientes, el jefe de los constitucionalistas estaba dándole la mano a su viejo enemigo.[22]

Esta invitación fue, secretamente, del agrado de Pompeyo. Que fuera el héroe del pueblo, el general más grande de Roma y el agente en el poder tras el ascenso de César, no era suficiente. La realidad era que Pompeyo siempre había querido pertenecer a la institución senatorial. Pero quería que los senadores le aceptaran una condición: que reconocieran su extraordinaria habilidad, su preeminencia en la república, «su posición especial». Pero reconocerle todo esto iba contra el instinto y la fibra de todo senador noble. Era contrario a su firme creencia en la igualdad de la aristocracia romana, a su convicción de que el límite de todo poder eran las elecciones anuales. Sus antepasados habían fundado la república cuando expulsaron a los reyes. ¿Por qué iban a querer a otro? Pompeyo siempre había estado marginado, en la intemperie. Ahora, por fin, la puerta se había abierto parcialmente. ¿Qué haría el gran general?

Aunque Pompeyo parecía modesto y sin pretensiones, un inteligente contemporáneo ya había calado sus intenciones: «Es capaz de decir una cosa y pensar otra, pero no es lo bastante inteligente para mantener ocultos sus auténticos objetivos».[23] Pompeyo aceptó el mando y sus tropas entraron ordenadamente en Roma. Diez años después de su extraordinario y triunfal regreso del este, la estrella de Pompeyo el Grande brillaba de nuevo. ¿Eclipsaría a la de su viejo aliado? La respuesta no tardaría en llegar.

ALESIA

Mientras César esperaba noticias sobre Pompeyo en su base de invierno, cerca de la frontera con Italia, en el resto de la Galia la noticia sobre la anarquía que reinaba en Roma se extendió como un reguero de pólvora. Los cabecillas de las tribus galas se reunieron en un lugar secreto del bosque. Exagerando los rumores de que Roma estaba al borde del colapso, dieron con una posibilidad: aprovechar la ausencia de César de los campamentos del norte y rebelarse contra sus opresores romanos cuando más debilitados estaban.[24] No había tiempo que perder. Los carnutos juraron tomar la iniciativa y cumplieron su palabra. Cayeron sobre el poblado de Cenabum y mataron a sus ciudadanos romanos. En cuanto otras tribus se enteraron de la noticia, corrieron para ayudarles. Los arvernos tuvieron el honor de estar a las órdenes de un joven noble que se convertiría en jefe de la rebelión. Se llamaba Vercingetórix.

Por medio de embajadas, Vercingetórix pronto estableció alianzas con los senones, los parisios, los cadurcos, los turones, los aulercos, los lemovices, los andes y todos los pueblos galos de la costa atlántica. Se recaudó dinero y se organizaron ejércitos. Vercingetórix demostró rápidamente que tenía la disciplina y determinación que correspondían a sus dotes organizativas. Para escarmentar a los indecisos, cortó orejas, sacó ojos e incluso quemó en la hoguera. César observaba respetuosamente: «En las órdenes que da combina la atención extrema con la extrema severidad».[25] En pocas palabras, Vercingetórix ponía en práctica las virtudes que más admiraba César: las de un romano. Vercingetórix fue nombrado jefe de la liga de tribus galas y unas semanas más tarde casi todas las tribus del centro y el norte de la Galia se habían unido a la rebelión.

César respondió con la rapidez del rayo. Separado de sus legiones del norte, marchó hacia el sur por territorio enemigo, guarneció su provincia en previsión de un ataque inmediato y volvió al norte para reunirse con sus dos legiones en los cuarteles de invierno. Que consiguiera estabilizar la situación fue lo más extraordinario, porque corría lo más crudo del invierno y en la

Galia central tenían dos metros de nieve.[26] Los ríos se habían congelado, los bosques eran impenetrables barreras de hielo, y cuando subía la temperatura, bajaba tanta agua de las montañas que las vegas se convertían en lagos.[27] A pesar de estas desventajas, cuando César consiguió reunir a todo su ejército, comprendió que aquella rebelión general representaba una oportunidad única para él: aplastar la resistencia y pacificar la Galia de una vez para siempre.

Con esta idea en la cabeza, César infligió un revés tras otro a los aliados de Vercingetórix, que, en respuesta, cambió de táctica y decidió, no derrotar a César en la batalla, sino matar de hambre a los romanos destacados destruyendo la comida de las poblaciones cercanas a ellos. El encuentro decisivo en la guerra de voluntades de los dos hombres tuvo lugar finalmente en verano de 52 a.C., cuando Vercingetórix, derrotado en batalla abierta, retiró su ejército a la ciudad de Alesia.

Alesia estaba sobre una meseta, pero a pesar de sus eficaces defensas naturales, César no vaciló en sitiar la ciudad construyendo una enorme e impenetrable muralla a su alrededor. Medía 18 kilómetros y conectaba veintitrés plazas fuertes y ocho campamentos. En el lado oriental había además tres trincheras de unos seis metros de anchura y de profundidad cada una. César ordenó que llenaran de agua la trinchera más cercana al enemigo. A este fin desviaron los dos ríos que fluían a ambos lados de la ciudad. Después de seis años de campaña, preparar el terreno y construir las murallas y las torres de vigilancia eran labores rutinarias para los bien entrenados soldados de César, pero la escala y la concepción del asedio siguen impresionando incluso en nuestros días. Sin embargo, César aún no había terminado. Cuando supo por desertores galos que Vercingetórix estaba esperando refuerzos, ordenó que construyeran detrás de la primera otra muralla para proteger a los sitiadores romanos de los ataques por la retaguardia. Esta muralla exterior tenía unos 22 kilómetros de longitud.

Dentro de la ciudad, Vercingetórix decidió esperar a que llegaran los refuerzos antes de lanzarse al ataque. Pero sabía que el tiempo obraba en su contra. Los galos tenían provisiones para treinta días justos.[28] Conforme pasaban las semanas, las raciones eran menores. Cuando casi se habían

acabado y los refuerzos seguían sin aparecer, se convocó una reunión en la que algunos cabecillas propusieron una solución espeluznante: sobrevivir alimentándose de la carne de los demasiado viejos para luchar. Vercingetórix rechazó el plan y le presionaron para que encontrara una vía de escape. Y eso hizo. El resultado de aquella batalla decidiría el destino de la Galia para siempre, dijo. Rendirse sólo significaba una cosa: el fin de la libertad para los galos. Si querían ganar la batalla era vital ahorrar las raciones que quedaban para los que tenían que luchar. Al final decidió entregar las mujeres, los niños y los ancianos a los romanos. Sabía que César se vería obligado a hacerse cargo de los prisioneros y a alimentarlos, lo que reduciría las provisiones del enemigo.

Pero Vercingetórix no había contado con la implacable determinación de César. Mientras millares de galos salían a empujones por las puertas de la ciudad, suplicando a los romanos que los acogieran, César y Vercingetórix se vieron las caras. Ninguno de los dos parpadeó, y durante los días siguientes todos y cada uno de aquellos niños, mujeres y ancianos fueron muriendo de hambre y de frío, atrapados entre las murallas de la ciudad y las del sitio romano. Un autor de la antigüedad dijo que durante la conquista de la Galia murió más de un millón de galos y otro millón acabó en la esclavitud.[29] Casi todos los estudiosos actuales creen que estas cifras son exageraciones. A pesar de todo, en ellas se vislumbra la formidable y terrorífica frialdad de la decisión de César en Alesia, los extremos a los que estaba dispuesto a llegar en nombre de su dignidad y la del pueblo romano.

Los refuerzos galos llegaron por fin y se agruparon en las montañas que daban a la llanura. Eran más de 200.000 infantes y 8.000 jinetes. Y aquel caluroso día de verano de 52 a.C. los dos ejércitos galos se lanzaron en tromba para atrapar a los romanos: los aliados atacaron la muralla exterior mientras los hombres de Vercingetórix salían de la ciudad y atacaban las fortificaciones interiores. Los gritos de los aliados galos resonaban y se repetían dentro de Alesia. Los romanos se desplegaron a lo largo de sus murallas y soportaron bastante bien los primeros días de combate. Pero la caballería romana no salió tan bien parada y se salvó gracias a que la caballería germana auxiliar puso en fuga a los galos. Cuando caía la noche,

los galos bajaban de la montaña amparados en la oscuridad y llenaban las trincheras de tierra; al amanecer, intentaban de nuevo abrir una brecha en la muralla romana para reunirse con sus aliados. En una ocasión fueron recibidos por descargas de piedras lanzadas con hondas y catapultas y por estacas ocultas en el suelo. El tercer día los espías dijeron a los galos que habían descubierto un punto débil en el campamento romano que se alzaba en una ladera.

Los refuerzos de la caballería gala se reunieron inmediatamente en la cima de la montaña y atacaron desde arriba, mientras lo hombres de Vercingetórix volvían a atacar la muralla por abajo. Los romanos, aterrorizados por el ruido de ambos lados, se estaban quedando sin fuerzas, sin personal y sin armas. Fue el momento crítico de la batalla y ambos bandos lucharon con la máxima ferocidad. César recorría a caballo la muralla para animar personalmente a sus hombres, gritándoles y explicándoles que «todo el fruto de su labor dependía de aquel día y de aquella hora».[30] Finalmente, desplegó las reservas de caballería para atacar a los galos por la retaguardia y, poniéndose en cabeza, se lanzó a la frenética batalla.

Cuando el color escarlata de su capa anunció su llegada, brotó un rugido de las defensas romanas. Se había dado la vuelta a la tortilla y ahora eran los galos los que estaban atrapados entre los romanos. Cuando vieron llegar la caballería romana, dieron media vuelta y huyeron. El ejército de Vercingetórix, que aún estaba dentro de Alesia, vio cómo el gran ejército aliado era totalmente aplastado y se desvanecía «como un fantasma o un sueño».[31] La descripción del final de la batalla que da César es propia de su laconismo: «Luego hubo matanzas en masa».[32] Sólo el agotamiento impidió que los soldados romanos persiguieran y mataran a más personas.

Superado en número, César se había basado en su atrevido genio táctico, en la eficacia de aquel asedio sin precedentes y en la valentía de sus hombres para llevar a cabo una de las mayores victorias de la historia romana. Aunque quedaban algunas bolsas de resistencia por aplastar, la Galia era ya romana, una provincia más de un vasto imperio. Con el tiempo proveería a Roma con un tributo anual de 40 millones de sestercios.[33]

La conquista de la Galia también aportó al procónsul inmensas riquezas

personales, así como una gloria sin parangón a los ojos del pueblo romano y una fuerza casi privada de diez legiones dispuestas a hacer cualquier cosa que les pidiera. Catón lo sabía, sus aliados en el Senado lo sabían e incluso Pompeyo lo sabía. Este conocimiento sólo generaba inquietud, pues la cuestión que en aquellos momentos predominaba en la mente de César era cómo hacer algo que ningún otro romano, ni siquiera Pompeyo el Grande, había conseguido: traducir aquel poder en poder en Roma.

El día siguiente de la derrota de los galos en Alesia, presentaron a César setenta y cuatro estandartes galos. Vercingetórix en persona salió a caballo de la ciudad, resplandeciente con su broncíneo casco con repujados de figuras animales, la coraza de hierro y el cinturón de láminas de oro. Deteniéndose ante César, se desnudó, le entregó la lanza y la espada y se tendió boca abajo en el suelo, en señal de rendición total.[34] El gran adversario de César había sido derrotado. Pero incluso en aquellos momentos César sabía que la verdadera confrontación no se había producido aún.

EL RUBICÓN

Cuando los despachos de César llevaron a Roma la noticia de la victoria, el Senado decretó veinte días de celebraciones públicas, algo que no había sucedido nunca. César también contribuyó a los festejos: pagó unos combates de gladiadores, además de un fastuoso banquete público en memoria de su hija. Para dar la impresión de que era un regalo especial para el pueblo romano, hizo que parte de la comida se preparase en su casa. Y no dejó pasar ninguna oportunidad de ser generoso. Se repartió grano «sin límite ni medida» entre la plebe y se concedieron créditos a bajo interés a los necesitados de dinero. Los senadores y équites (categoría inferior a senador) que tenían deudas, así como los esclavos y libertos acusados de delitos, todos se aprovecharon de la generosidad de César.[35]

Más tarde habría banquetes de una especie más cerebral. Los ocho libros de sus *Comentarios a la guerra de las Galias* fueron publicados en 50 a.C. Esta obra glorificaba sus impresionantes hazañas, eclipsando la memoria

colectiva de las conquistas de Pompeyo en Oriente. Copiadas y distribuidas con facilidad, serían un golpe de relaciones públicas como ningún otro. También pusieron de manifiesto que César no era sólo un general inigualable, sino también un maestro de la técnica literaria. Escritas en un lenguaje claro como el cristal, fácil de citar y accesible a la mayoría, el escrito de César recordaba a todos los lectores las sutilezas de su mente. Incluso llegó a escribir un ensayo sobre gramática. Pero los *Comentarios a la guerra de las Galias* también eran una oportuna forma de recordar el principio político que defendía César: «Todos los hombres, por naturaleza, desean la libertad y detestan la condición de esclavo».[36] Y pensando en la libertad del pueblo, al menos en la del pueblo romano, hizo los preparativos para regresar a Roma y enfrentarse a sus enemigos del Senado.

Las líneas de batalla del viejo conflicto entre César y los conservadores de Catón se habían concentrado alrededor de una cuestión de palpitante actualidad: ¿cuándo dejaría César el mando? César sabía que en cuanto pasara a ser ciudadano particular, Catón se abalanzaría sobre él y lo procesaría por sus presuntos delitos como cónsul en Roma y como procónsul en la Galia. Pero la idea de que el hombre que había sudado sangre para conquistar la Galia a mayor gloria y beneficio de la república fuera tratado como un delincuente vulgar resultaba intolerable para el interesado. ¿Quién era el quejica de Catón para decirle a César lo que tenía que hacer? Semejante perspectiva estaba muy por debajo de la dignidad de César.

Sólo había una manera de eludir la trampa de Catón: presentarse de nuevo al consulado. No era costumbre ostentar el cargo más de una vez en diez años, pues chocaba con el principio republicano del poder compartido. Así, con la intención de presentarse al cargo para el año 49, César reunió a todos sus aliados de Roma para superar en número a los conservadores del Senado y propuso una ley especial dirigida al pueblo. La ley en cuestión prorrogaría su mandato en la Galia hasta 49 a.C. y le permitiría presentarse al cargo sin poner siquiera los pies en la ciudad. Aunque sus enemigos del Senado la abuchearon, era tal la popularidad de César en aquellos momentos que los diez tribunos de la plebe apoyaron la ley, que fue aprobada en 52 a.C. Pero la ley fue sólo el principio del debate.

Con el paso de los meses, el mandato de César sufrió un ataque tras otro. Cada vez que un senador trataba de revocar la ley y despojarle del mando, un tribuno vetaba la moción. «Ya conoces la rutina –escribía un observador contemporáneo–. Hay que tomar una decisión sobre la Galia. Uno dice que lo veta. Luego se levanta otro [...] Así tenemos asegurada la farsa durante un largo rato.»[37] Como empujados por una fuerza centrífuga, los miembros de la minoría aristocrática se vieron obligados a elegir un bando. La camarilla de cesaristas, jóvenes, ambiciosos y cada vez más numerosos, creían que César era el más fuerte, que la reforma de la república y de los corruptos y desacreditados senadores era primordial y, sobre todo, que con él habría recompensas políticas y financieras. Mientras tanto, Catón congregó a los senadores tradicionalistas bajo el lema de la defensa de la constitución. Llegaron en tropel. Las insólitas exigencias de César permitieron a Catón presentarlo como un posible tirano, como un hombre dispuesto a destruir la república, un hombre que estaba acaparando el poder movido por su grotesca codicia y su ambición. Pero en lo de elegir bando, había un hombre que todavía no había descubierto su juego.

Desde que era cónsul único, Pompeyo se había comportado con su viejo aliado con una gran ambivalencia. En 52, durante sus últimos meses de mandato, había utilizado su influencia para apoyar una propuesta de diez tribunos que garantizaba a César el privilegio especial de presentarse al consulado *in absentia*. Pero el cálido acercamiento de los constitucionalistas aristócratas y su nombramiento para el consulado individual le habían convencido de que el camino para obtener poder y respeto no dependía exclusivamente de César y sus formas poco convencionales. Por eso, cuando, tras la muerte de Julia, César le ofreció en matrimonio a su sobrina nieta Octavia, Pompeyo la rechazó de plano.

La esposa que finalmente eligió era bella, graciosa y cultivada en literatura, música, geometría y filosofía. El enlace causó un gran escándalo, porque la novia tenía la mitad de años que Pompeyo. Pero Cornelia no era sólo la mujer que quería Pompeyo, sino también la que le daba un lugar en la alta sociedad, pues la sangre que corría por sus venas no podía ser más azul. Era hija de Quinto Cecilio Metelo Escipión, descendiente de una de las

grandes familias patricias de Roma, una familia que podía presumir de tener entre sus antepasados a Publio Escipión, el ejecutor de Aníbal; una familia que estaba en el mismo corazón de la institución senatorial.

Así pues, mientras en teoría estaba restaurando el orden en las calles de Roma, Pompeyo se había puesto las guirnaldas nupciales y se había casado con Cornelia. Como para dejar bien claro lo cómodo que estaba entre los constitucionalistas, en agosto de 52, cuando la paz había vuelto a las calles de Roma, Pompeyo renunció voluntariamente al consulado individual antes de que acabara el mandato e invitó a su suegro, Metelo Escipión, a ser su colega en un consulado dual.[38] El antiguo gángster se estaba comportando ahora como una columna de la respetabilidad republicana. Catón supo que tenía a Pompeyo donde quería. Y se preparó para saltar sobre su presa.

En un intento por crear una brecha inequívoca entre Pompeyo y César, comenzó una intensa presión ofensiva. Mientras los cónsules de 51 a.C. atacaban a César públicamente en el Senado por aferrarse a su mandato, Catón se dedicaba en privado a Pompeyo y explotaba la inseguridad del general. César era entonces un hombre mucho más poderoso que Pompeyo, le decía. ¿Pompeyo el Grande iba a quedarse sentado, viendo como su viejo aliado volvía a Roma al frente de un ejército para decirle a todo el mundo lo que tenía que hacer? ¿Qué derecho tenía César a darles órdenes? No había dignidad humana mayor que la de la república. Las pedradas de Catón no tardaron en rendir frutos. En septiembre de 51 Pompeyo hizo una declaración. César, dijo, debía dimitir de su cargo en primavera del año siguiente y permitir que fuera nombrado un sucesor. Pompeyo sufrió presiones por este asunto: ¿y si uno de los tribunos de César vetaba la propuesta? «¿... y si mi hijo quiere golpearme con su cetro?.»[39] Con estas palabras, Pompeyo abandonó la tranquilidad de la barrera y rompió todos los vínculos con César.

Aunque los políticos conservadores tenían ya a su hombre fuerte, era necesaria una masiva demostración de amor y apoyo del pueblo para que Pompeyo se sintiera tal. Cuando se recobró de una seria enfermedad en Nápoles, los ciudadanos de toda Italia lo celebraron con sacrificios y banquetes. Mientras volvía a Roma, fue abordado por personas con

guirnaldas y antorchas y que le arrojaban flores. El efecto de esta enorme celebración pública resultó embriagador, incluso cegador: «Pompeyo comenzó a sentir una confianza en sí mismo que iba mucho más allá de lo que podía basarse en hechos».[40]

La falta de contacto de Pompeyo con la realidad empeoró. El Senado solicitó que tanto él como César cedieran una legión para sofocar los disturbios de la frontera con los partos. Como César se había adueñado de una legión de más, ambas legiones debían proceder del ejército de César. La solicitud del Senado le dio la oportunidad de presentarse como amigo de la paz, como hombre que quería conseguir la solución de la crisis. Y César cedió voluntariamente las dos legiones. Cuando llegaron a Italia, un oficial llamado Apio se burló del ejército de César y de sus logros en la Galia. Pompeyo no necesitaba más tropas que aquellas dos legiones, dijo. Eran suficientes para contrarrestar la amenaza que César suponía. La confianza de Pompeyo aumentó todavía más. Había fortalecido fácilmente a César y ahora podía fácilmente derrocarlo. Cuando un senador, alarmado por la falta de preparación de Pompeyo, le preguntó después con cuántas legiones defendería la república si César marchaba sobre Roma, Pompeyo replicó serenamente que no había nada por lo que preocuparse. «Sólo tengo que dar una patada en el suelo –dijo– y acudirán ejércitos de infantería y caballería.»[41]

A mediados de los años cincuenta, un aliado disoluto de César llamado Marco Celio Rufo declaró que el idilio de Pompeyo y César había terminado. [42] Sólo había dos palabras en los labios de todo romano, desde el esclavo hasta el recaudador de impuestos, desde el mendigo hasta el senador: guerra civil. Y mientras los dos bandos se aproximaban a la confrontación directa en la segunda mitad del año, la mayoría del Senado quería alejarse del precipicio. En noviembre, los senadores apoyaron la paz por 370 votos contra 22.[43] Pero eso sólo significaba una cosa: ceder ante los deseos de César. Para Catón era algo sencillamente impensable.

La debilidad del Senado sirvió para fortalecer la resolución de Catón y sus más cercanos aliados, moviendo incluso a los archiconstitucionalistas a emprender acciones sin autoridad legal. Tras la votación, el cónsul Cayo

Claudio Marcelo exclamó: «¡Adelante! ¡Sed esclavos de César!» y salió bruscamente del Senado. Él y el otro cónsul fueron entonces a casa de Pompeyo, en las afueras de la ciudad, y con grandes ceremonias pusieron una espada en su mano. Con ella le ordenaban tomar partido contra César en defensa de la república y le concedían tanto las dos legiones acuarteladas en Italia como el derecho a reclutar más. Pompeyo hizo lo que pudo para no parecer el agresor y replicó solemnemente: «Si no hay más remedio...». Pero la verdad es que por entonces ya quería la guerra.[44]

El primer día del año 49, César se presentó de nuevo como abogado de la paz, creyendo que tenía al Senado intimidado. El recién elegido tribuno Marco Antonio, portavoz de César en Roma, leyó una carta del procónsul: por sus muchos triunfos en la Galia, el pueblo romano le había concedido el derecho legal de presentarse a las elecciones *in absentia*. Aunque esperaba que este privilegio continuase, estaba dispuesto a deponer las armas con la condición de que Pompeyo también lo hiciera.

Uno de los nuevos cónsules, Lucio Cornelio Léntulo, se encargó de replicarle. No era el momento de ser débiles, dijo. Si los senadores cedían, a los cónsules no les quedaría más remedio que recurrir a Pompeyo y a su ejército. Él era la base de la seguridad de la república y si no obraban ya, no podrían confiar en la ayuda de Pompeyo más tarde. La mayoría quedó tan atónita por estas amenazas que cuando el suegro de Pompeyo, Metelo Escipión, se levantó y propuso que se fijara una fecha para que César depusiera las armas o fuera declarado enemigo del Estado, la mayoría del Senado estuvo de acuerdo. Cuando se presentó la moción en la asamblea popular, Marco Antonio la vetó y la situación siguió en punto muerto.[45]

César lo intentó de nuevo. Si el Senado no deponía las armas, él no iba a renunciar a su cargo para entregarse y que lo procesaran. Pero sí estaba dispuesto a hacer concesiones. Propuso renunciar a las dos provincias de la Galia y a las diez legiones apostadas allí a cambio de conservar la provincia de Iliria y su legión. La oferta tropezó de nuevo con la oposición de Catón y su grupo. Por ningún concepto iba César a dictar condiciones al Senado, exclamaron. Así, el proceso político llegó a un callejón sin salida y la guerra fue inevitable. Los cónsules aprobaron un «ultimate decree» en el Senado.

Ahora había que dar los pasos necesarios, dijo, para asegurar que la república no sufriera daño. Soltando amenazas e improperios a gritos, el cónsul Léntulo expulsó a Marco Antonio y sus seguidores de la Cámara del Senado.[46]

Las vidas de los partidarios de César en Roma estaban en peligro. A Marco Antonio, Celio y el antiguo tribuno Cayo Escribonio Curión les dieron seis días para abandonar la ciudad o si no los matarían. Ellos se disfrazaron de esclavos y escaparon escondidos en carros. Una salida tan poco decorosa fue un final apropiado para el punto muerto, pues dio a César la prueba final de la injusticia del Senado, una última pieza de propaganda. Los desdeñosos, corruptos y arrogantes senadores habían vuelto a insultar la libertad del pueblo romano amenazando a los tribunos y violando la santidad de sus personas. Para ilustrar el tema, César hizo que sus amigos humillados desfilaran ante el ejército, vestidos aún con el disfraz de esclavos.[47]

La acción se movió hacia el sur. El Rubicón es un pequeño río que en otro tiempo había señalado la frontera entre la Galia e Italia. Era contrario a la ley que los generales romanos destinados en provincias entraran con sus tropas en Italia, así que la decisión de cruzar el río con hombres de armas significaba una irrevocable declaración de guerra. Pero el 10 de enero de 49 a.C., tras oír las noticias de Roma, César envió al Rubicón un destacamento compuesto por sus soldados más audaces. Fue muy típico de él. Estaba en contra de concentrar a sus diez legiones al otro lado de los Alpes porque «pueden obtenerse mejores resultados con la sorpresa, arriesgándose y aprovechando la ventaja del momento».[48] La tarde antes de partir del campamento para unirse a la avanzadilla, César estuvo viendo unos ejercicios de gladiadores. Luego se bañó, se puso la toga de su rango y se sentó a conversar educadamente con sus amigos mientras cenaban. Era como si no tuviera miedo. Cuando llegó la noche, se despidió tranquilamente de sus invitados y se marchó discretamente.

No se sabe dónde estaba el Rubicón, ni siquiera si existe todavía. Para aumentar el misterio, el río ni siquiera se menciona en los escritos de César. Sin embargo, todos los historiadores griegos y latinos han centrado su respectiva versión en el momento anterior al paso del Rubicón. Que se fijaran en este hecho refleja el interés del mundo antiguo por descubrir qué pasaba

por la cabeza de César en aquel crítico momento. Algunos dicen que vaciló y casi perdió los ánimos, al pensar que iba a entrar en guerra con sus compatriotas.[49] Otros dicen que apareció un fantasma, le quitó la trompeta a un soldado y, soplándola con fuerza, cruzó al otro lado; César lo entendió como una señal e hizo lo mismo.[50] Pero todos están de acuerdo en que dijo: «La suerte está echada», y con estas palabras cruzó el río.

La república, con su antiguo sistema de elecciones libres, democracia y concordia entre las clases, estaba en manos de Pompeyo y César. Aunque no lo sabían aún, el objetivo por el que los dos bandos estaban luchando sería el mismo que acabarían destruyendo. La lucha por la libertad iba a resonar en todo el mundo romano.

LA LUCHA POR LA LIBERTAD

El avance de la decimotercera legión de César por Italia fue tan veloz y limpio como el del rayo. Pero igual de efectiva fue la inteligente campaña de César. Su lema era «clemencia». En menos de un día se plantó en Arímino (la actual Rímini); la ciudad abrió voluntariamente sus puertas y los ciudadanos se dirigieron a César sin la menor muestra de hostilidad. Otras ciudades, como Auximum, Asculum, Piceno y Corfinium, siguieron su ejemplo, aunque habían acuartelado tropas reclutadas en nombre de Pompeyo. Los enfrentamientos se desarrollaban siempre del mismo modo. Los oficiales pompeyanos hacían amago de resistir; una vez capturados, eran liberados inmediatamente y podían decidir en qué bando quedarse; casi todos los soldados se pasaban al ejército de César y éste mostraba su agradecimiento con las ciudades. El mismo general describió su ofensiva en una carta de la época: «he decidido mostrar toda la clemencia posible y reconciliarme con Pompeyo [...] Que éste sea un nuevo estilo de conquista, hacer de la compasión y la generosidad nuestro escudo».[51] Este estilo resultaría ser de lo más efectivo.

En Roma, los enemigos de César estaban muertos de miedo. Habían esperado que las clases respetables de las ciudades de Italia se levantaran

como un solo hombre en defensa de la república. Pero mientras César continuaba con su guerra relámpago, sin una oposición significativa, se dieron cuenta rápidamente de que habían malinterpretado el punto de vista de la mayoría. El senador Cicerón estaba atónito por la brusca inversión que había experimentado el equilibrio de fuerzas entre Pompeyo y César:

> ¿Comprendes qué clase de hombre es ese en cuyas manos ha caído el Estado, qué astuto es, qué alerta y bien preparado está? Creo sinceramente que si no ejecuta a nadie ni confisca ninguna propiedad, quienes le temían acabarán siendo sus admiradores más entusiastas. Hablo mucho con gente de los pueblos y del campo. Sólo piensan en sus tierras, sus pequeñas casas de labor y sus inversiones. ¡Y mira cómo han cambiado las tornas! Temen al hombre en el que confiaban y aman al que temían.[52]

También en el aspecto militar los constitucionalistas fueron pillados totalmente desprevenidos. Pompeyo no esperaba que César atacara tan rápidamente, pues creía que sus fuerzas no iban a llegar hasta la primavera.[53] Cegados por la arrogancia, los adversarios de César no habían terminado el reclutamiento de fuerzas en Italia, y las legiones hispanas de Pompeyo estaban muy lejos para llegar a tiempo. Las dos legiones que Pompeyo tenía dentro de las murallas de la ciudad no podían competir con las once de César.

En la facción senatorial estalló una epidemia de discusiones y recriminaciones rabiosas que acabó contagiando a su héroe. En realidad lo dejó paralizado. Un senador gritaba que la culpa de que César tuviera poder militar la tenía la vieja amistad de Pompeyo con su enemigo común. ¿Y dónde estaban aquellos ejércitos que iban a acudir al oír sus jactanciosas patadas en el suelo? ¿Cuántas patadas estaba dando Pompeyo ahora?[54] Hay una versión poética de la repercusión de la anarquía del Senado en las calles de Roma. Los magistrados se quitaban las túnicas, las gentes circulaban por las calles como almas en pena, con pesar y miedo, y los templos estaban llenos de mujeres quejumbrosas que se arrojaban al suelo y se tiraban de los cabellos.[55] Todos tenían miedo de ver a romanos luchando contra romanos, del imparable e implacable avance de César hacia Roma.

Finalmente, Pompeyo ideó un plan, aunque penoso y sorprendente para los oídos de los senadores. Para defender la república, dijo, era necesario

abandonar Roma, evacuar sus legiones y poner rumbo al este, donde con la ayuda de sus aliados de Grecia acabaría de organizar su ejército. Sólo con el apoyo de los amigos del pueblo romano podría plantearse la posibilidad de enfrentarse a César, antes imposible. Todo el que se quedara, añadió Pompeyo, sería considerado traidor y partidario de César.[56]

Aquella medida hundió aún más en la desesperación a los senadores. Aunque Pompeyo estaba proponiendo una retirada táctica, tenían la sensación de que estaba huyendo de un déspota. César les había obligado a aceptar aquel desdichado plan. Para colmo de humillaciones y frustraciones, sabían que tendrían que abandonar todo recuerdo físico de la querida república, los amados templos, morada de los dioses de la ciudad y, sobre todo, las propiedades de sus antepasados. ¿Qué era la república sino la ciudad de Roma?, decían a Pompeyo en son de queja. Catón iba y venía como en un velatorio, lamentándose y llorando por las pérdidas de los senadores y la suerte de Roma. Cicerón, que todavía no había decidido si quedarse o irse, se quejaba por la indignidad de tener que vagar «como un mendigo». Cualquier tratado de paz, escribió, era mejor que dejar la madre patria a merced de César y su banda de parias deshonrados y sin un sestercio.[57] A pesar de todo, se dieron cuenta de que estaban entre la espada y la pared, y no les quedaba más remedio que irse.

Así pues, casi todos los senadores, sus esclavos, sus amigos y sus empleados hicieron a toda prisa el equipaje en plena noche, llevándose todos lo que podían, «como si estuvieran robando a los vecinos», cerraron las casas a cal y canto, besaron el suelo, invocaron a los dioses y huyeron de Roma. Los cónsules ni siquiera tuvieron tiempo de hacer los habituales sacrificios. Los pobres se quedaron, muchos llorando, cariacontecidos y resignados a ser hechos prisioneros.[58] Daba la impresión de que César tenía razón: los ricos no se preocupaban por el pueblo, sólo por ellos mismos.

Pero pocos prestaban atención a los reproches del pueblo. Los pompeyanos formaban una inmensa columna de evacuados que avanzaba por las rectas carreteras que atravesaban el campo italiano. Su punto de destino era Brindisi; su objetivo, hacerse con la flota romana atracada allí y ponerse a salvo lo antes posible. El puerto de Brindisi estaba situado en el tacón de la

bota de Italia, y era el punto desde donde la distancia a Grecia era más corta. También pasó a ser objetivo de César. Cuando se enteró de la estrategia de Pompeyo, supo que lo único que tenía que hacer para llegar a un final rápido e incruento era cortarle la retirada en el puerto. La carrera había empezado.

Cuando César llegó a Brindisi con sus seis legiones, Pompeyo había requisado ya varios barcos y evacuado a la mitad de su ejército. La otra mitad se había quedado con su general. El problema al que se enfrentaban era inquietante: defenderse de las legiones de César hasta que los barcos regresaran. César hizo el primer movimiento. Con su típica ambición y determinación, bloqueó inmediatamente el puerto de Brindisi cerrando la bocana con un puente de balsas. Pompeyo contraatacó inmediatamente requisando todos los barcos que pudo y construyendo sobre sus cubiertas torres de asalto de tres pisos. Desde esta gran altura sus legionarios atacaban y bombardeaban las barricadas con flechas, bolas de fuego y otros proyectiles.[59]

Mientras la batalla del puerto se recrudecía, César consiguió una ligera ventaja y envió a uno de sus oficiales, Caninio Rebilo, a proponer negociaciones de paz. Pero si César esperaba que Pompeyo aceptase, no tardó en quedar decepcionado. El retirado general, que hacía más de diez años que no entraba en acción, prefirió jugársela. Creyendo que podía llevar a cabo una evacuación extraordinaria, despidió a Rebilo diciendo que sin la presencia de los cónsules no podía llegar a un acuerdo con el enemigo. César se dio cuenta de lo que había detrás de esta lamentable excusa. Su veredicto no fue precisamente sentimental: «César finalmente decidió abandonar estos repetidos y vanos esfuerzos para conseguir la paz, y librar la guerra en serio». [60]

Ante el alborozo de Pompeyo, los barcos que regresaban de Grecia aparecieron en el horizonte. Pronto llegarían al puerto. Mientras César organizaba a sus legionarios para lanzar un ataque frontal, Pompeyo hizo los preparativos para repelerlo y proteger la evacuación. Se parapetaron las puertas de la ciudad, cavó en las calles trincheras que llenó de estacas puntiagudas y apostó honderos y arqueros sobre las murallas. En la oscuridad de la noche, los soldados de Pompeyo subieron a los barcos y buscaron la

forma de escapar. Los habitantes de Brindisi, furiosos por el trato que les había dado Pompeyo, tenían otros planes. Desde las azoteas indicaron mediante señales a los hombres de César que Pompeyo estaba preparándose para soltar amarras. Luego les ayudaron a subir por las escalas y a saltar por encima de las defensas, les indicaron dónde estaban las trampas y les enseñaron atajos para dirigirse al puerto. Atravesando precipitadamente la ciudad, los legionarios de César consiguieron finalmente alcanzar algunos esquifes y pequeñas embarcaciones y hundieron dos barcos de Pompeyo que estaban atacando el puente de César. Pero al hacerse de día, los demás barcos habían desaparecido.[61]

Mientras las proas de sus naves cubrían de espuma el azul del mar Adriático, Pompeyo era consciente de que había escapado de las fauces del desastre y de que ya podía recurrir tranquilamente a los amigos y aliados, a los reyes, dinastías y potentados de Grecia y Asia, que le darían más hombres con que luchar contra César. Para Pompeyo era toda una sorpresa que el plan de abandonar Roma estuviera funcionando. Pero también César estaba en condiciones de reflexionar sobre lo que había conseguido hasta la fecha. En sesenta días y sin derramar una sola gota de sangre, se había convertido en el amo de toda Italia. Y si no hubiera sido por su falta de barcos, habría perseguido sin vacilar y atacado a Pompeyo y sus hombres, antes de que tuvieran tiempo de hacerse fuertes en el extranjero. Pero tras posteriores reflexiones, se dio cuenta de que no era el momento de perseguir a Pompeyo, pues de ese modo dejaría a la Galia y a Italia a merced de las cuatro legiones de Pompeyo que aún estaban en Hispania.[62] La verdad es que César se arriesgaba a perder todo lo que había ganado para la república si no se enfrentaba a esta amenaza inmediatamente. Y antes de reunir a todas sus legiones y marchar hacia el norte para derrotar al ejército hispano de Pompeyo, hizo un breve alto en el camino.

Cuando César entró en Roma, a finales de marzo de 49 a.C., no fue recibido por una multitud jubilosa que le vitoreaba y celebraba el regreso del héroe, sino por los rostros huraños de un población muda de terror. En esta guerra civil –se preguntaban–, ¿vería César a Roma como otra ciudad extranjera que tenía que capturar totalmente, para saquear sus riquezas y

ofender a sus dioses?[63] Durante los diez días siguientes, a pesar de la ausencia de cónsules y pretores y de que nadie los reemplazó, César hizo lo que pudo para mantener una fachada de gobierno legítimo. Convocó una reunión del Senado en un templo y aparecieron unos cuantos senadores descontentos. Pero cuando les pidió que cooperasen en las gestiones de gobierno, vacilaron, pues aún no estaban dispuestos a tomar partido. Después de tres días de discusión y excusas, César, despreciando la debilidad de aquellos hombrecillos, renunció a la carta legal y obró según su propia dignidad.[64]

Para enfrentarse a los ejércitos de Pompeyo y Catón, dijo César al Senado, necesitaba dinero del erario público. Un tribuno de la plebe llamado Metelo vetó la petición, aduciendo que iba contra la ley. César gruñó, abandonó precipitadamente la reunión y declaró que iba a llevarse el dinero de todas formas para librar la guerra contra los enemigos de la república. Como no encontrara las llaves del templo de Saturno, el general ordenó a sus soldados que las derribaran con un ariete. Pero el tribuno Metelo trató de detener a César poniéndose en medio. El político popular, el hombre cuya carrera había dependido por completo de los tribunos de la plebe y la defensa de sus sagrados derechos, obligó a Metelo a hacerse a un lado diciéndole: «Es más fácil matarte que discutir contigo».[65] Las reservas de oro de la ciudad pasaron a manos de César. Pero antes de abandonar Roma, tuvo tiempo de cometer otra ilegalidad. Como si fuera un rey, nombró a un pretor para que se hiciera cargo de Roma en su nombre. Tras esto, César y su ejército se dirigieron al oeste.

Tardó meses en derrotar a los tres ejércitos de Pompeyo que estaban en Hispania. Pero si César llevaba a sus legionarios al límite del agotamiento y la resistencia, no pudo decirse lo mismo de Pompeyo. En Grecia formó a su ejército con holgura. Tenía los cofres llenos, pues había obligado a las compañías que recaudaban los impuestos del este a darle su oro.[66] Aunque sabía que Pompeyo contaba con estas grandes ventajas, César volvió a Brindisi el invierno de 49-48 a.C. Allí Marco Antonio había reunido una flota y juntos se prepararon para lanzarse a la gran confrontación con Pompeyo. La república estaba en una encrucijada: ¿caería en manos de la vieja guardia

constitucionalista o en las del nuevo orden de César? ¿En manos de quienes protegían la libertad de la oligarquía o de los que defendían la libertad del pueblo?

Aunque se encontraban en lo más crudo del invierno y el Adriático estaba atestado de barcos de Pompeyo, la flota de César, desplazándose entre las costas de Italia y la actual Albania, burló el bloqueo enemigo y desembarcó siete legiones cerca de Dyrrachium (Durres). Al ver que el resto se retrasaba por culpa de la flota enemiga, César, decidido a agrupar a sus hombres, se puso un disfraz y obligó al capitán de un pesquero de doce remos a llevarle a la costa italiana en medio de una violenta tormenta.[67] A punto de naufragar, abandonó su plan y lo dejó en manos de su segundo, que estaba al otro lado del agua. Marco Antonio reaccionó debidamente y transportó con éxito las legiones de César.

Ya en el norte de Grecia, los dos bandos adoptaron una táctica dictada por una condición de la guerra: el aprovisionamiento. Pompeyo estaba en territorio amigo, se había asegurado varias líneas de avituallamiento y controlaba los mares. En cambio, César tenía menos soldados y vituallas, y estaba en territorio enemigo. El resultado fue que Pompeyo quiso librar una guerra de desgaste, es decir, rendir a los hombres de César eludiendo el combate y esperando que el hambre destruyera todo su vigor. Sí, los soldados de César tenían experiencia y estaban curtidos en la batalla, pero los años de guerra, de largas marchas, de construcción de campamentos y asedio de ciudades también se habían cobrado su parte. César trató una y otra vez de incitar a Pompeyo a presentar batalla para obtener una rápida victoria. Pompeyo resistió la tentación.

Se entabló pues una batalla psicológica en la que los soldados pompeyanos probaban la resistencia de los enérgicos y resueltos legionarios de César. Cuando César sitió el campamento de Pompeyo, cerca de Dyrrachium, Pompeyo sospechó que el ejército de César andaba escaso de provisiones. Pero los soldados, más animales que humanos, estaban dispuestos a mantener el bloqueo a pesar de las enfermedades, la fatiga y la privación extrema. Encontraron la solución en una raíz autóctona llamada *chara*, cuyas hojas cocinaban e ingerían. Cuando el ejército pompeyano

provocaba a sus enemigos recordándoles el hambre que pasaban, los cesaristas replicaban lanzando por encima de la muralla del campamento hogazas de pan, para poner nervioso al enemigo con su tenacidad, para demostrar que eran invencibles y su fuerza sobrehumana.[68] Sin embargo, el nerviosismo de los legionarios pompeyanos no duró mucho.

Cuando Pompeyo se enfrentó por fin a su enemigo en Dyrrachium, aplastó el ejército de César. La novena legión sufrió casi todas las bajas. Pero Pompeyo no aprovechó su ventaja, sino que dejó que el enemigo escapara y se pusiera a salvo. Consternado por su primera derrota después de tantos años, César llegó a una difícil conclusión. Necesitaba agotar a su enemigo, arrastrar a Pompeyo lejos del mar, a territorio montañoso donde los dos ejércitos estarían escasamente abastecidos. Así que César, corriendo aún un gran riesgo, apostó por una estrategia cercana al suicidio: llevar a sus legiones cansadas, hambrientas y enfermas tierra adentro, a un territorio hostil donde la oportunidad de encontrar comida era aún más remota. En agosto de 48, aunque la orden era contraria a todo lo aconsejable, los soldados de César se levantaron y avanzaron por las boscosas y pedregosas montañas de Tesalia. Por el camino tomaron las ciudades griegas de Gonfi y Metrópolis, y las saquearon en busca de vino y comida. Una vez recuperados la salud y el ánimo, los legionarios acamparon finalmente cerca de una población llamada Farsalia.

Creyendo que había hecho huir al enemigo y que ahora tenía todos los triunfos en la mano, Pompeyo siguió sin demora a César. Tras su primer éxito en la batalla estaba jubiloso, exultante y aturdido por la previsible victoria, pero cuando su ejército acampó cerca de Farsalia, Pompeyo había pasado por alto su único defecto crítico: el valor que daba a la opinión de la institución senatorial. Aquel talón de Aquiles quedó fatalmente al descubierto. Como los días pasaban y Pompeyo no hacía nada, Catón y sus partidarios perdieron la paciencia y empezaron a presionarle. Pompeyo tenía a César donde quería, le decían. ¿Por qué no se enfrentaba a él y le daba el golpe definitivo? ¿Era demasiado viejo? ¿Había perdido el juicio? ¿O estaba tan contento por ser general otra vez, tan embriagado de poder que ni siquiera quería ganar la guerra, sino seguir con el mando eternamente?[69]

Aunque cansado, Pompeyo resistió con firmeza. ¡Lo único que preocupaba a los senadores, replicó con acritud, era el dinero y si se perdería la cosecha del higo en Túsculo! Pero lo que él quería era reducir al mínimo las bajas romanas. La estrategia de la demora era la mejor manera de asegurarla. Además, ¿qué sabían ellos de la guerra, con sus modales elegantes y urbanos, y sus preocupaciones? ¡Nada! Pero mientras pasaba el tiempo y los improperios iban en aumento, Pompeyo dio señales de ceder.[70] Mientras tanto, proseguía el baile cotidiano: César y Pompeyo se ponían al frente de sus ejércitos formados, se hacía amago de presentar batalla, pero Pompeyo no mordía el anzuelo.

La luminosa mañana del 9 de agosto de 49 a.C., de nuevo con escasas provisiones y una estrategia que no funcionaba, César decidió levantar el campamento y marchar de nuevo hacia el interior. Pero cuando estaban desmantelando las tiendas y cargando los animales, llegaron exploradores diciendo que habían notado algo. Los soldados de Pompeyo se habían separado de las murallas más de lo habitual.[71] La señal era inconfundible. Por fin Pompeyo el Grande estaba listo para la batalla. Había mordido el anzuelo. César estaba desbordante de alegría y como señal de que se preparaba para la guerra, ordenó que desplegaran su túnica roja delante de la tienda.

La oleada de actividad que rodeaba a los dos generales no podía haber sido más diferente. Los políticos del campamento de Pompeyo gritaban «¡A Farsalia!» y se frotaban las manos ante la perspectiva de presenciar una gloriosa victoria. Discutían jovialmente sobre quién sería designado sacerdote al regresar triunfalmente a Roma, quién se presentaría a los cargos de pretor y cónsul, y quién alquilaría las villas del Palatino a quién. En cambio, César y sus oficiales estaban centrados en lo que tenían por delante. Animados, sabían que se les había tendido una cuerda de salvación. Una cuerda que estaban a punto de sujetar.[72]

Cuando las dos líneas de batalla estuvieron frente a frente, el paisaje resplandecía con el brillo de las lanzas, las espadas cortas, los arcos, las hondas y las aljabas llenas de flechas.[73] Los 22.000 infantes de César se enfrentaban a un ejército dos veces mayor que el suyo, mientras que sus

1.000 jinetes tenían delante un oponente siete veces superior. Pero aunque su ejército era más reducido, su estrategia era más astuta. Al ver que la caballería de Pompeyo estaba alineada en el flanco izquierdo de su general, César supo que el plan de su viejo aliado era cercar uno de los flancos de César. Para neutralizar esta amenaza, César apartó varias cohortes de cada una de las legiones y creó con ellas una cuarta línea de infantería. Situándolas detrás de las tres líneas existentes, les dio las siguientes instrucciones: a una señal de su bandera y no antes, avanzarían y se enfrentarían a la caballería de Pompeyo. Por encima de todo, tenían que utilizar las lanzas como picas y golpear con ellas la cara del enemigo. Aquel día, les dijo, la victoria dependía de su valor.

César animó a su ejército con un último discurso. A Crastino, un leal centurión de la décima legión que había servido con él en la Galia, Alesia e Hispania, le dijo: «Sólo queda esta batalla. Tras ella César recuperará su dignidad y nosotros nuestra libertad». Crastino replicó: «Hoy, general, me ganaré tu gratitud vivo o muerto».[74] Y con estas palabras, Crastino y ciento veinte soldados de primera, cargaron gritando con todas sus fuerzas. Con la iniciativa de la infantería de César, se enfrentaron romanos contra romanos, despedazándose con una brutalidad equiparable.

Al poco rato también Pompeyo desplegó la caballería, que no tardó en desestabilizar al enemigo. Su ataque fue tan entregado, tan convincente, que la caballería de César tuvo que ceder terreno. Pero cuando la caballería de Pompeyo formó en escuadrones y rodeó las líneas de César por el flanco que estaba al descubierto, César dio la señal para que atacara su destacamento secreto. Enarbolando los estandartes, la cuarta línea atacó la caballería de Pompeyo, golpeando con las lanzas la cara de los jinetes. Fue un momento de genio militar. César había supuesto, con razón, que la flor y nata de los jóvenes aristócratas romanos, los vástagos de los senadores, podían tener ansias de batalla, pero no experiencia ni estómago para librarla. Ante una acción tan decisiva les invadió el pánico, dieron media vuelta y huyeron a las montañas.

Entonces quedó al descubierto el flanco de Pompeyo. La cuarta línea aprovechó la ventaja y atacó la retaguardia. César, presintiendo la sangre,

descargó el golpe definitivo. Había mantenido la tercera línea en reserva e inactiva. En aquel momento, lanzados en tromba sobre la sangrienta refriega, los veteranos frescos y descansados, curtidos en multitud de campañas, sustituyeron a los agotados. Sin compasión, se abrieron paso a golpes y estocadas hasta las ensangrentadas y exhaustas filas pompeyanas. Finalmente, la gran coalición de Pompeyo, incapaz de resistir el nuevo ataque, cedió y fue vencida.

Al ver huir a sus fuerzas, Pompeyo se puso como loco, «como hombre al que un dios hubiera arrebatado el juicio».[75] Tras esperar silenciosamente en su tienda mientras fuera mataban a sus legionarios, se le ocurrió repentinamente que podía reagruparlos y contraatacar. Así, en compañía de treinta jinetes, Pompeyo el Grande también huyó de Farsalia. En realidad, había sido totalmente derrotado. César había ganado definitivamente la guerra civil. Pompeyo no lanzaría más ofensivas.

César ordenó a sus hombres que tomaran por asalto las fortificaciones del campamento enemigo. Las cohortes pompeyanas que lo custodiaban se unieron a la huida o se rindieron. Una vez en el campamento de Pompeyo, los soldados de César vieron la prueba del orgullo desmedido de la facción senatorial. Un banquete triunfal hermosamente preparado en bandejas de plata, esperando con arrogancia la celebración de la victoria. Las tiendas estaban decoradas con coronas de mirto, los triclinios sembrados de flores, y las vasijas llenas de vino hasta el borde.[76] Pero no fue la facción aristocrática, no fueron los padres e hijos de la rica oligarquía quienes se sentaron al festín. Ese privilegio recayó sobre César y sus hombres.

EPÍLOGO

Al día siguiente, 24.000 soldados de Pompeyo se rindieron a César, arrojándose a tierra, llorando y suplicando que les perdonara la vida. De los 15.000 muertos que se calcula que hubo, 6.000 eran ciudadanos de Roma. César fue clemente con los enemigos romanos que sobrevivieron, dando así un primer paso para curar aquella república enferma. También perdonó a los

nobles que habían luchado contra él.[77] Pero muchos habían huido para reorganizarse y resistir. Pompeyo se reunió con su esposa y embarcó en Chipre, buscando refugio en Egipto. Puede que pensara que allí podría reunir otro ejército para volver a enfrentarse a César. Éste le persiguió. Pero cuando Pompeyo pisó tierra en Alejandría, fue asesinado. Un influyente eunuco de la corte del faraón egipcio había llegado a la conclusión de que la mejor manera de hacerse amigo de César era matar a su adversario. Nada podía estar más lejos de la verdad. Cuando César vio la cabeza cortada de su viejo aliado y amigo, y luego su anillo de sello, en el que había grabado un león con una espada, rompió a llorar. No era una forma honorable y digna de morir para un gran romano.[78]

Aunque la batalla de Farsalia había decidido la guerra civil a favor de César, se necesitaron más campañas en el norte de África y en Hispania para limpiar las bolsas de resistencia senatorial. Al volver a Roma, en 46 a.C., César celebró cuatro magníficos desfiles triunfales; a sus veteranos les concedió un salario vitalicio y hubo un regalo en metálico para todos los ciudadanos romanos. Entre 49 y 44, Julio César obtuvo por votación cuatro consulados y cuatro dictaduras. Con el poder que estos cargos le conferían, cumplió sus promesas de reformar la república y restaurar la libertad del pueblo. Se aprobó una legislación que iba desde la suspensión de impuestos durante un año al alojamiento de veteranos y pobres urbanos de Italia y colonias extranjeras, pero no fue ni mucho menos la revisión revolucionaria y radical que los conservadores temían. La verdad es que César podía ser igualmente represivo. Para evitar que las masas adquirieran demasiado poder en el futuro, prohibió las tradicionales reuniones del pueblo en clubes y colegios a menos que tuvieran licencia.

El dictador también aumentó el número de senadores y équites, llenando los puestos vacantes con hombres nuevos de familias corrientes. Como debían a César su ascenso social, estos hombres le colmaban voluntariamente de crecientes honores. En enero de 44 César rechazó ostentosamente el título y la corona de rey, aunque un culto y las estatuas religiosas sugieren que sí aceptó la deificación. Al aceptar en febrero el cargo de dictador vitalicio, ya resultó difícil no darse cuenta de que César gobernaba como un autócrata,

como el primer emperador de Roma. Parecía que más que reformar la república forjando una relación con la nueva oligarquía senatorial y gobernando con ella en pro de una reforma genuina de la república, César se preocupaba más por su dignidad patricia y los honores que a ella correspondían que por la libertad del pueblo.

Así pues, el final de la guerra civil no significó el final del debate sobre la libertad, antes bien la dictadura perpetua de César avivó su fuego. A mediados de marzo de 44, Marco Antonio se encontraba conversando con un senador fuera del Senado construido por Pompeyo. Aquel hombre fuerte y físicamente imponente no se dio cuenta de que lo estaban entreteniendo adrede. Dentro, un grupo de senadores fingió hacer una petición a César. Se aproximaron a él y pronto lo tuvieron rodeado. Entonces, un hombre se abrió la ropa, desenvainó el puñal y se lo clavó al dictador. Los otros se apelotonaron, buscando frenéticamente las armas que llevaban escondidas en los pliegues de la toga. Asestaron a su enemigo político veintitrés puñaladas. Bruto, que era amigo íntimo de la familia de César aunque había luchado en el bando de Pompeyo en Farsalia, también descargó su arma. Luego abandonó el Senado en compañía de otros conspiradores. Con los cuchillos ensangrentados aún en la mano, marcharon hacia el Capitolio y convocaron al pueblo. «La libertad», gritaron, había sido «restaurada».[79]

El cuerpo exánime y ensangrentado de César yacía abandonado en el Senado, el mismo edificio que había pagado y legado a Roma su adversario. La verdad es que había caído a los pies de la estatua de Pompeyo. Podría pensarse que con su muerte Pompeyo se había vengado, pero lo cierto era que la república estaba muerta. Aunque Bruto y el resto de senadores patricios que querían el fin de la «tiranía» de César y restaurar la idealizada y antigua república aún no lo sabían, César había visto el futuro correctamente. Las elecciones populares y las votaciones en las asambleas ya no servían para gobernar con éxito un vasto imperio. Eso sólo podía hacerse con una sola cabeza, un solo gobernante: un emperador.

Convencer pacíficamente tanto a la oligarquía aristocrática como al pueblo romano de este punto de vista y convencer a ambos de que aceptaran que esa libertad había terminado para siempre era una tarea ciclópea que

requería una visión política inteligente y una determinación fría y glacial. Fue una feliz coincidencia que esa tarea recayera en Augusto. Es posible que el genio político de este hombre no tenga parangón en toda la historia romana. Pero tampoco su crueldad y su voluntad de hacer lo necesario para conservar el poder.

Augusto

El año 17 a.C., entre el 31 de mayo y el 3 de junio, la ciudad de Roma fue testigo del mayor espectáculo de la tierra. Los Juegos Seculares eran un festival de tal magnitud que ningún romano había visto nada parecido, ni lo volvería a ver. La expectación que los rodeó fue fruto de varias semanas. Heraldos vestidos a la usanza tradicional tomaron las calles de Roma y anunciaron por anticipado la extraordinaria escala del acontecimiento que se iba a celebrar: tres días de espectaculares sacrificios en santuarios y lugares de culto de toda la ciudad, seguidos por siete días de carreras de carros, representación de tragedias y comedias en latín y griego, además de sorprendentes exhibiciones de jinetes, caza de animales y batallas simuladas. Para la ocasión se había compuesto una oda especial, que sería cantada el último día por dos coros, uno de veintisiete chicos y otro de veintisiete chicas, todos vestidos de blanco. El ambiente era de celebración, euforia y optimismo ilimitado. Roma, se decía, estaba en paz, prosperaba y disfrutaba de una nueva edad de oro. Pero las preparaciones para los juegos escondían un fin más serio.

La víspera de las celebraciones, los sacerdotes se dirigieron a la cima del Aventino, una de las siete colinas de Roma, y allí recibieron de los ciudadanos los primeros frutos del año, que tenían que repartirse entre los miles de ciudadanos que asistían al festival. Pero los frutos no fueron las únicas dádivas. También se repartieron azufre, brea y antorchas, para que todos los ciudadanos celebrasen un ritual religioso privado y quedaran limpios antes del comienzo de las celebraciones. El ardid publicitario tan

cuidadosamente concebido tuvo su efecto. Pero tras la campaña de relaciones públicas había una poderosa idea política. El objetivo del festival, venían a decir estas actividades preliminares, era la regeneración colectiva, la revitalización de las masas y la purificación de todo el estado.

El director de escena, anfitrión y maestro de ceremonias era Augusto, el primer emperador de Roma. El tema de la expiación y la regeneración era para él el mensaje perfecto, la nota oportuna que pulsar, pues los juegos serían un hito en la historia romana. Fue el momento en que los romanos no sólo celebraron el advenimiento de un nuevo régimen de paz y estabilidad, sino que se purificaron de todo lo que había ocurrido antes: dos decenios de brutal guerra civil. Desde el momento en que Julio César había cruzado el Rubicón, en el año 49, hasta el año 31, Roma había sido devastada por un apocalíptico marasmo social y político, había sido una época en que toda la extensión del imperio había quedado cubierta por la sangre de las batallas continuas. Sangre derramada por romanos, pero no sangre de sus enemigos bárbaros, sino de amigos, primos, hermanos y padres romanos.

Pero Augusto se aseguró de que el festival, por detrás de la purificación, transmitiera otro mensaje político, más sutil. Los Juegos Seculares se celebraban cada 110 años y vinculaban el glorioso momento presente con el principio mismo de la república. Por una parte, la celebración fomentaba la idea de que la república había sido «restaurada», de que existía una continuidad armónica entre la apreciada historia antigua y la actual edad de oro de Augusto. Por otra había una realidad muy diferente, profundamente enterrada en este mensaje. La parte central y más destacada de los juegos era la protagonizada por Augusto. Él había dado el festival al pueblo. Fue él quien, por encima de todo, por la noche y ante un público multitudinario, representó el papel principal cuando sacrificó una cerda preñada a la Madre Tierra. Ser el protagonista de este espectáculo equivalía a comunicar al pueblo, a través de sus emociones y de su corazón, una realidad política completamente nueva. Los juegos fueron a la vez tradicionales y modernizadores de la tradición.

Porque la verdad era que Augusto no había restaurado la república, sino que había conseguido todo lo contrario: estar en proceso de terminar con las

libertades políticas de la república. Estaba reconstruyendo el estado romano poniéndose él con su poder en el centro. Estaba, con sutileza y gran habilidad política, forjando una nueva era, la era de los emperadores. Los Juegos Seculares del año 17 a.C. sólo fueron un número de prestidigitación entre otros. Celebraron la mayor revolución de toda la historia romana: la transformación de la república en una autocracia, en un régimen unipersonal.

Para conseguir esta proeza, utilizó una gama completa de recursos, unas veces la fuerza, otras la ley. Pero su instrumento preferido era la persuasión. La desplegó con tal efecto que el pueblo y la oligarquía de los senadores y équites renunciaron a sus queridas libertades voluntariamente para entregar el poder a un solo hombre. Fue una brillante maniobra política, la mayor jugada política de toda la historia romana.

ACCIO

El anestésico que amortiguó las crudas consecuencias de esta revolución subrepticia fue sencillamente la paz. En la consecución de esa paz después de tantos años de guerra, Augusto había desempeñado asimismo un papel primordial. Su participación en la guerra civil puso de manifiesto una agresividad que no tendría luego como emperador. A pesar de todo, fue un papel que representó con empeño y fuerza de voluntad desde el principio.

Cuando Augusto se enteró del asesinato de Julio César, era conocido simplemente como el feo Cayo Octavio. Tenía diecinueve años y una sorprendente figura para ser quien al final ganaría la guerra civil. Su cuerpo pequeño y débil tenía tendencia a contraer enfermedades, llevaba el cabello revuelto y le faltaban varios dientes.[1] Era hijo de un «hombre nuevo» sin distinción, pero esta conexión relativamente humilde con la oligarquía senatorial quedaba totalmente eclipsada por otro lazo familiar. Por parte de su madre Atia, Octaviano (como le llamamos) era sobrino nieto de Julio César y, más importante aún, también era hijo adoptivo y heredero de César. En un intento por conseguir el poder y vengar al mismo tiempo el asesinato de su padre adoptivo, Octaviano reanudó la guerra civil en 43 a.C.

Su primer movimiento fue audaz y calculado. Comenzó a llamarse a sí mismo «César». A los ojos del pueblo, el poderoso nombre de César había sido confirmado por un cometa que fue visto poco antes de la puesta de sol durante siete días seguidos en 44 a.C.[2] Para muchos fue la prueba de que el padre adoptivo de Octaviano era divino sin ningún género de dudas. Tras un período inicial de rivalidad, Octaviano unió sus fuerzas finalmente con el «heredero» político del dictador muerto, Marco Antonio, y juntos fueron a la guerra contra los asesinos de César. Como soldado, Octaviano dejaba mucho que desear al lado de la gigantesca y heroica figura de su nuevo aliado. Decía una anécdota que en una batalla de la guerra civil Octaviano desapareció y pasó escondido dos días en un pantano. Incluso se quitó la coraza y despidió a su caballo, quizá para no ser detectado. Luego volvió con su ejército, aunque mucho después de que la acción hubiera acabado.[3] Pero tras los modales sumisos del joven había un aguijón venenoso. La enclenque constitución del joven heredero de César ocultaba la crueldad y la sangre fría con que decidía llevar a cabo medidas violentas.

Durante la reanudada guerra civil, por ejemplo, Octaviano (junto con Marco Antonio) había decidido hacer una purga selectiva de sus enemigos en la oligarquía. Unos trescientos senadores y dos mil équites fueron incluidos en una lista de proscritos, detenidos y ejecutados.[4] No es más que una escueta estadística que traen las fuentes antiguas; en lo que se refiere a los restantes enemigos, sólo podemos imaginar la severidad del castigo que se les impuso. En el año 42 Octaviano y Marco Antonio derrotaron finalmente a los asesinos de César en la batalla de Filipos. La cabeza de Bruto fue enviada a Roma y arrojada a los pies de la estatua de César. Una vez aplastados los oponentes, los dos hombres se convirtieron en amos de Roma y su imperio. Pero sólo era cuestión de tiempo que los victoriosos aliados se enemistaran y lucharan entre sí para hacerse con el control del mundo romano.

En la actualidad, Accio está en la arbolada costa del noroeste de Grecia, al norte de la isla de Leukada. Hace más de dos mil años, el 2 de septiembre de 31 a.C., aquellas silenciosas y verdes montañas fueron testigos de uno de los momentos claves de la historia romana, la batalla de Accio, que enfrentó a la flota de Octaviano y la flota combinada de Marco Antonio y su aliada

Cleopatra, la reina de Egipto. Por entonces era la amante de Marco Antonio y su rica benefactora. Desde la época de su romance con César, Cleopatra se había dado cuenta de que la futura prosperidad de su país dependía de una alianza favorable con Roma. Tras la muerte de César, había ligado sus colores al mástil de Marco Antonio. En aquel momento estaba a punto de averiguar si su jugada había merecido la pena, pues el resultado de esta batalla no sólo significaría el final decisivo de la larga guerra civil. Accio también decidiría el destino del imperio romano.

La escala del enfrentamiento fue ciertamente enorme: 230 barcos de Marco Antonio estaban bloqueados en una bahía por una flota aún mayor a las órdenes del jefe militar de Octaviano, el almirante Agripa. Los noventa barcos más grandes de Marco Antonio estaban equipados con un arma que era lo último en tecnología: un espolón de bronce que pesaba tonelada y media y estaba montado en la quilla de proa. En la antigua Roma, los conflictos navales se ganaban o se perdían clavando estos artilugios en los cascos enemigos para hundirlos. A pesar de esta ventaja tecnológica, las fuerzas de Marco Antonio estaban debilitadas por la malaria y las deserciones: la masa política que le apoyaba en Roma estaba cediendo en favor de Octaviano, y los soldados de Marco Antonio lo sabían. El temple militar de Octaviano había mejorado considerablemente desde su primera batalla. También era el mejor estratega. Tras haber incitado pacientemente a la flota enemiga a entrar en acción, se aprovechó de su debilidad.

Octaviano y Agripa empezaron lanzando bolas de fuego con las catapultas. Luego rodearon los barcos de Antonio y Cleopatra dotados de espolón, los amarraron con garfios y aprovecharon su superioridad numérica para abordarlos y dominar a las fuerzas enemigas. La batalla pronto se convirtió en un decepcionante ataque unilateral. Es posible que la estrategia de Marco Antonio se limitara a romper el bloqueo de Octaviano. Lo que él quería era escapar a Egipto para crearse una posición más fuerte con la que ganar la guerra. Pero cuando Cleopatra huyó con una parte clave de la flota, Marco Antonio cargó en solitario contra la barrera enemiga y fue su perdición. No fue una lucha épica, sino una victoria deplorable y fácil.

Un romano de la época no se habría enterado de esto si hubiera juzgado

por el bombo que Octaviano dio al «titánico» enfrentamiento. En la *Eneida* de Virgilio, escrita en la época de Augusto, la fuga de Cleopatra se describe como un ataque de pánico, típico de un extranjero endeble. Pero eso sólo fue un detalle en la grandilocuente guerra de palabras. La batalla de Accio fue anunciada nada menos que como una lucha entre los valores de Oriente y Occidente, entre los vigorosos y piadosos romanos de Octaviano y la libertina inmoralidad de la unión de Antonio y Cleopatra. Pedía a los romanos que contestaran a una sencilla pregunta: ¿querían que el vasto imperio fuera salvado por un héroe militar romano, tradicional y firme, o que se convirtiera en juguete de un rey oriental castrado y encadenado a una reina exótica y depravada? Era nada menos que un choque mundial de civilizaciones. Al ganarlo, Octaviano obtuvo algo mucho más importante que una victoria militar. Ganó el privilegio del vencedor a explicar el significado de la guerra.

LOS DESPOJOS DE LA GUERRA

Octaviano explotó inmediatamente el rico filón político que había encontrado con su victoria. Fundó una nueva ciudad cerca del escenario de la batalla y la llamó Nicópolis, «ciudad de la Victoria». Donde había estado su campamento construyó un gran monumento a la victoria, entre cuyos restos se han encontrado más datos recientemente. Escenas hermosamente talladas describen la batalla y la entrada triunfal en Roma con que Octaviano celebró la victoria de 29 a.C. Parte del monumento era un muro de 6 metros con deslumbrantes «recuerdos» visuales. Treinta y seis broncíneos espolones de Marco Antonio estaban empotrados en la argamasa, fijos entre los bloques de piedra caliza que formaban el muro. Los «picos» de los barcos enemigos quedaban así inscritos en el paisaje de una montaña que dominaba el lugar de la victoria. Debió de ser un monumento impresionante, apropiado para un triunfo impresionante, de los que no se olvidan. Pues aunque la mustia victoria estuvo muy por debajo de la propaganda de Octaviano, sus consecuencias estuvieron a su altura.

Después de Accio, Octaviano tuvo bajo su mando todos los ejércitos de

Roma. La victoria le dejó el camino libre para conquistar Egipto, motivar los suicidios de Marco Antonio y Cleopatra (más tarde novelados por Plutarco y Shakespeare), y añadir a las provincias de Roma toda la extraordinaria riqueza de aquella civilización, mucho más antigua. Finalmente, dotó a Octaviano de la mayor fortuna personal de toda la historia romana, un dinero que no tardó en gastar. Su objetivo era cumplir las promesas que había hecho durante la guerra, y sobre todo, asegurarse la lealtad del ejército y del pueblo. Fue un objetivo que consiguió a base de generosidad.

Al regresar a Roma, celebró el final de la guerra civil con tres desfiles espectaculares, pagó a sus soldados generosas primas en efectivo y entregó pequeñas sumas a cada uno de los ciudadanos. Como si esto no fuera suficiente para ganarse el favor popular, los fértiles campos del valle del Nilo eran ahora el granero de Roma y una fuente segura y fiable de trigo para la ciudad. Octaviano se convirtió así en el hombre más poderoso del mundo romano. «En aquel momento –escribió el historiador Dión Casio– Octaviano tenía todo el poder del Estado, cosa que ocurría por primera vez.»[5] Pero había un problema. Lo único que no tenía Octaviano dentro del Estado era legitimidad.

Ganarla no sería fruto de una sola batalla, sino la ambición de toda su vida. El resultado, y la recompensa personal de Octaviano, sería un imperio gobernado por un solo emperador. Pero a propósito de esta legitimidad hubo una cuestión que acabó desconcertando al mundo antiguo tanto como ha desconcertado al nuestro. ¿Fue Octaviano un malvado tirano que artera y silenciosamente desmanteló la libertad política? ¿O fue por el contrario un benévolo estadista que, primero entre sus iguales, compartió el poder con los senadores y contó con el consentimiento del pueblo? En otras palabras, ¿fue un perverso autócrata en todo menos en el nombre o un emperador modelo que restauró, si no exactamente la república, sí al menos el gobierno constitucional? ¿Quién tenía realmente las riendas del poder?

Puede que fueran preguntas imposibles de responder en la antigüedad, como también lo serían en un estado moderno. En el caso de Octaviano, la respuesta se encuentra en fuentes históricas deficientes o muy parciales. Los testimonios que han quedado (a saber, la historia que escribió el propio

Octaviano sobre sus hazañas, más las inscripciones, monumentos y edificios que autorizó en Roma) nos ofrecen únicamente la representación ininterrumpida de una ingeniosa comedia política en la que rara vez se le caía la máscara. Adoptemos el punto de vista que adoptemos, es innegable que supo disfrazar su poder con el ropaje de los antiguos cargos republicanos. Esta estrategia se encuentra detrás de una reunión del Senado en los idus de enero de 27 a.C.

Antes de entrar en la cámara, Octaviano era consciente de la importante lección que se desprendía del asesinato de su padre adoptivo. La república se había fundado en el momento en que el último rey etrusco había sido expulsado por la nobleza. Aquel momento cristalizaba el odio de los nobles a la monarquía y su desconfianza ante cualquier individuo poderoso que dominara el estado. Quien ejerciera el poder supremo explícitamente, evocaría los acontecimientos de los idus de marzo de 44 y lo pagaría con la vida. Si Octaviano acaparaba realmente el poder supremo, tenía que disfrazarlo. Así que en la reunión del Senado, Octaviano renunció a todos sus poderes y territorios y los puso a disposición de los senadores y del pueblo. Pero este extraordinario gesto había sido cuidadosamente calculado. Así como él representó su papel, los senadores representaron el suyo. Concedieron a Octaviano el derecho a presentarse para el consulado, y dieron autorización para que se presentara otra candidatura para el otro consulado. En la superficie al menos, el poder había vuelto al Senado, a las elecciones anuales y a las asambleas del pueblo. La república, al parecer, había sido restaurada.

Pero desmintiendo estas apariencias estaba la realidad del poder. Al igual que en las últimas décadas de la república, el poder de un funcionario residía en los ejércitos que tenía bajo su mando y en la provincia en la que podía ejercerlo. En aquella misma reunión de enero, el Senado concedió a Octaviano una provincia «extensa»: Galia, Siria, Egipto y Chipre quedaron bajo su autoridad y así siguieron no menos de diez años. No fue una coincidencia que estos territorios estuvieran en las fronteras del imperio y por este motivo albergaran la mayoría de las legiones del ejército. Cierto que los senadores elegidos para el consulado por segunda vez acababan de

gobernadores provinciales, pero eran provincias pacíficas. Las importantes a nivel militar estaban controladas por Octaviano y gobernadas por lugartenientes nombrados por él. Por esta razón, Octaviano aventajó a todos sus colegas en el consulado.

No era fácil hacer equilibrios en la cuerda floja. El año 23 a.C., por ejemplo, que fuera cónsul año tras año empezaba a oler a poder supremo. Aunque carecemos de testimonios claros, iba adquiriendo impulso una crisis auténtica y algunos senadores planearon matar al nuevo «rey». Octaviano no tardó en responder. Neutralizó la amenaza renegociando su situación y cambiando la forma legal de las palabras que le daban el control de los ejércitos. Para ganar las negociaciones con la oligarquía senatorial, un factor influyó a su favor: su inigualada celebridad entre el pueblo. Después de todo, era el hombre que había llevado la estabilidad a un mundo en caos. Pero él sabía que el pueblo era voluble y que no podía confiar en la vaguedad de la opinión pública para siempre. Así que se centró en consolidar también su talla ante el pueblo.

Octaviano se inspiró una vez más en las figuras de la administración republicana e hizo al Senado una petición sorprendente. Quería ser tribuno de la plebe. En comparación con la autoridad que le daba el control del ejército, era un cargo relativamente modesto. Ciertamente, le daba autoridad para proponer y vetar leyes ante la asamblea del pueblo. Pero éste no era el principal atractivo del cargo. Octaviano había visto su verdadero potencial. Haciendo uso de las evocaciones emocionales de su origen republicano, ampliaría su jurisdicción y lo elevaría a una categoría completamente nueva. Con él no sería sólo un tribuno de la plebe a la antigua, sino el defensor, protector y adalid simbólico de los intereses de todos los ciudadanos, no sólo en Roma e Italia, sino en todo el imperio.

¿Fue el acto improvisado de un hombre que buscaba nuevas formas de asegurar la restauración del gobierno estable y constitucional? ¿O fue algo más siniestro? Desde luego, ser tribuno de la plebe sugería una estrategia que han seguido muchos dictadores a lo largo de la historia: Octaviano había saltado por encima de la oligarquía política y se había alineado directamente con el corazón y la razón del pueblo. Una vez más, el disfraz del viejo cargo

republicano fue clave para su eficaz desempeño. Los senadores observaron su salto y consintieron de principio a fin, aunque a regañadientes y con odio.

LA AUTOCRACIA

En 19 a.C. Octaviano tuvo lo único que su padre adoptivo Julio César había sido incapaz de conseguir: poder sin rivales y legitimidad política. Esta posición sin precedente y tan hábilmente creada se resumió en el solemne y sonoro título que le concedieron. Aunque un cambio de nombre podría parecer superficial, en la Roma de Octaviano, como en la política moderna, no se podía desestimar la capacidad de un logotipo nuevo.

Octaviano acarició la posibilidad de ponerse «Rómulo», que le presentaría limpiamente como nuevo fundador de Roma. Este nombre englobaba a un tiempo la tradición antigua y la idea de una nueva era. Pero tras diversas consideraciones, la rechazó. El recuerdo de un hombre que había matado a su hermano para fundar un estado dejaba mal sabor de boca. Entonces inventó un nombre. «Augusto» significa literalmente majestuoso, venerado, respetado, pero no llegaba a decir que era un dios, ya que entonces desmentiría el argumento de que era el principal ciudadano, «el primero entre los iguales» de la república. Pero en el nombre se encontraba la inconfundible insinuación de que había una relación con los dioses. Derivaba de la palabra latina que designaba la interpretación de las señales divinas: augurio. Sugería que Octaviano era en cierto modo un personaje religioso, sagrado y merecedor de un respeto especial y único. El cambio de nombre fue un síntoma de la revolución. Fue discreto pero potente. Mientras proseguía el reinado de Augusto, mientras seguía sujetando firmemente las riendas del poder, los estertores de la libertad política aumentaban de volumen.

Se oyeron, por ejemplo, en las reuniones del Senado. Durante la república había un orden específico en el que los oradores se ponían en pie y discutían los asuntos del día. Augusto mantuvo esta costumbre para que pareciera que todo el mundo tenía voz. Sus opiniones, al parecer, importaban. Para algunos debió de ser un alivio. Tras décadas de luchas de facciones y peleas de

personajes como Julio César y Pompeyo, la vida se presentaba mucho más optimista para los senadores jóvenes. Pero el juego acabó volviéndose aburrido. La mayoría de los senadores se dio cuenta de que su opinión apenas contaba frente a los deseos de Augusto. Para dar a los comentarios senatoriales una apariencia de debate, Augusto introdujo innovaciones: en lugar de oír sus opiniones en el orden preestablecido, pidió a los senadores que hablaran al azar. Esta innovación les dificultaba estar de acuerdo resignadamente con lo que había dicho el último orador. También recurrió a las multas por no asistencia y a limitar las reuniones obligatorias a dos mensuales.[6]

A pesar de estos esfuerzos, los viejos mecanismos de la república perdieron su fuerza y dieron paso a la autocracia. Augusto confiaba cada vez menos en el Senado a la hora de explicar su política. Ya al principio de su gobierno formó un cuerpo asesor de cónsules y senadores elegidos por sorteo, que se reunían en el palacio imperial y no en el Senado. Este cuerpo, al aumentar en importancia, también disparó el resentimiento de los que habían quedado al margen. Durante el reinado de los emperadores futuros, estos consejos serían el blanco de una acusación típica: el imperio no era gobernado al alimón por el Senado, sino por los compinches, amigos y libertos del emperador. A finales de la vida de Augusto, al Senado se le ocultaba información crítica. En su testamento, Augusto dejó una nota sobre dónde podía encontrarse documentación relacionada con la situación del imperio, la cantidad de soldados y su distribución territorial, y las cuentas del Estado. «Añadió el nombre de los libertos y esclavos de los que podían obtenerse más detalles.»[7] Al parecer, la mayoría de los senadores no sabía nada del funcionamiento del imperio. La información de alto nivel ya no pasaba por sus manos. Estos ejemplos dan a entender cómo se estaba disolviendo el espíritu de la república. Eso sí, las apariencias se guardaban cuidadosamente.

Los altos funcionarios, fueran tribunos o cónsules, seguían siendo elegidos, pero aunque fueran elegidos formalmente, al final eran nombrados por Augusto. En 5 d.C., las listas de candidatos que se presentaron al pueblo durante la jornada de elecciones sólo contenían nombres de lacayos de los

que Augusto estaba seguro de que no hundirían la nave. Cuando un candidato independiente se presentaba por su cuenta, la respuesta de Augusto era metódica, apropiada a la lógica tácita del nuevo régimen. Un joven senador llamado Ignatio Rufo, por ejemplo, ganó considerable popularidad por haber fundado un eficaz servicio de bomberos con sus propios esclavos. Como se negara a retirar su nombre de las listas de candidatos al consulado, sufrió las consecuencias. Fue juzgado por «conspiración» y ejecutado. El amado y fundamental derecho al voto del ciudadano quedó reducido a un gesto vacío.

También en el gobierno del imperio se advertían las señales de la revolución silenciosa. El poder compartido era otra comedia cuidadosamente ensayada. Los hombres con ambición y prestigio podían, al parecer, medrar sin problemas. Augusto respetaba escrupulosamente el derecho de los individuos a presentarse para cargos administrativos en elecciones controladas. Quería tener a raya a los rivales potenciales de la oligarquía senatorial. Y algo más importante aún, no podía gobernar el imperio solo. Necesitaba la experiencia y todos los recursos humanos de los senadores y los équites para celebrar audiencias y administrar justicia en la ciudad, para gobernar las provincias ultramarinas y para supervisar la recaudación de impuestos. También necesitaba mandos militares para librar guerras; durante su gobierno casi se duplicó el número de provincias del imperio. Pero había una delgada línea que ponía coto al poder de los altos funcionarios. Quienes la cruzaban, desafiando la autoridad de Augusto, lo pagaban. En realidad, las dotes que requerían los altos funcionarios estaban más cerca de las del burócrata o de las de un leal lugarteniente de Augusto. Aunque es posible que sus ambiciones quedaran satisfechas por la apariencia de autoridad, la oligarquía sabía que el poder real estaba en otra parte.

Fue un hecho al que los senadores y équites se fueron acostumbrando. Naturalmente, la estrella de los leales al nuevo régimen brillaba; con un cargo en la administración, aunque fuera de responsabilidad limitada, se ganaba su adhesión. Los que tenían inclinaciones más independientes, se retiraban y esperaban un momento más oportuno. Quizá se consolaban pensando que aquel desgraciado estado de cosas era temporal, sólo un síntoma del dominio personal de Augusto. En algún momento desaparecería y en ese momento

regresarían tanto la gloriosa república como la libertad política. Había que resistir hasta entonces. Pero Augusto tenía otras ideas.

La vieja e idealizada república, si es que había existido alguna vez, estaba muerta y enterrada para siempre. Muerta estaba también la rivalidad entre la oligarquía senatorial y el buscar gloria a los ojos del pueblo, que según muchos era lo que la definía. Por si acaso, en 6 d.C., Augusto puso en práctica la reforma más influyente de todo su mandato.

LA REFORMA DEL EJÉRCITO

La reforma del ejército fue clave para estabilizar la posición de Augusto y para el advenimiento de los emperadores. El ejército siempre había sido la fuente de la seguridad del imperio, pero en las últimas décadas de la república también había sido la principal fuente de conflictos. Esto se debía a que los legionarios deseaban ir a la guerra, aunque fuera contra otro ejército romano. Reclutados y preparados por generales ambiciosos que les prometían riquezas, botines y tierras, ya no eran leales al Estado romano sino fatalmente al mejor postor (como bajo Julio César). Augusto lo sabía mejor que nadie. En la guerra civil había recompensado a sus oficiales saqueando y expulsando por la fuerza a ciudadanos más humildes para que los soldados se instalaran en pequeñas fincas rurales.

Pero ahora la relación había cambiado y el cordón umbilical que unía a los mandos con la tropa se había roto. El ejército romano quedó fuera de la política y pasó a formar parte del Estado. Los ciudadanos podían ahora integrarse profesionalmente en el ejército, con un salario y oportunidades de ascender. Las legiones, por ejemplo, quedaron fijadas por ley en veintiocho unidades regulares, desplegadas a lo largo de las fronteras del imperio, mientras se apostaba en Italia y en Roma un ejército de nuevo cuño, el de los «pretorianos», compuesto por 9.000 soldados de élite. Se les pagaba tres veces más que a los soldados ordinarios y con el tiempo se convertirían en la guardia personal del emperador. Para los muchos que quisieron hacer carrera en el ejército regular, el servicio se fijó en veinte años y, desde el año 6 d.C.,

se decretó un salario de 900 sestercios, con la promesa de una pensión de 12.000 tras el retiro. (El mínimo para la subsistencia de una familia campesina se ha calculado en 500 sestercios al año.) Al principio, Augusto pagaba al ejército de su propio bolsillo; después de todo, el cargo proconsular le había dado el mando de la mayor parte del ejército, y esta señal de influencia subrayaba su posición suprema. Pero en 6 d.C. llevó la profesionalización del ejército a su conclusión lógica y creó una hacienda militar, primero con una abultada concesión y luego basándola en los impuestos.

Aunque Augusto había mejorado su posición, la reforma del ejército también fue una medida peligrosa. A finales de su gobierno, las legiones de la Galia y Panonia (la actual Hungría hasta el sur de los Balcanes) aprovecharon la oportunidad que les brindó la muerte del emperador para renegociar sus condiciones. Por supuesto, las quejas eran las habituales, bajos sueldos, superiores corruptos y para el final del servicio, si es que vivían para verlo, la triste perspectiva de una miserable parcela lejos de casa; las recompensas ya no eran tan apetitosas como con Julio César. Pero lo que hizo estallar motines fue sobre todo un abuso concreto. Los soldados eran retenidos después de completado el tiempo de servicio; las reformas eran tan caras que las autoridades trataban desesperadamente de ahorrar dinero retrasando los pagos de los pluses de licenciamiento.

La economía de las distintas épocas es muy difícil de comparar, pero un historiador moderno ha calculado el presupuesto mínimo anual del Estado en 800 millones de sestercios. Los gastos militares podían estar alrededor de 445 millones de sestercios. Esto significa que el ejército se llevaba casi la mitad del presupuesto anual del Estado.[8] La donación inicial de Augusto al tesoro fue generosa, pero los emperadores posteriores no siempre pudieron ser tan generosos. La capacidad de un emperador para financiar el ejército profesional sería un factor crítico para la futura seguridad de las fronteras. Augusto había destruido el venenoso aguijón del ejército acabando con su dependencia de generales ambiciosos que perseguían sus propios objetivos políticos. Pero al hacer esto, también había creado el talón de Aquiles del imperio, entonces y durante los cinco siglos siguientes.

Si la primera lección de la guerra civil había sido que el ejército necesitaba ser apartado de los generales ambiciosos, la segunda se infirió de sus consecuencias. Para que el emperador pudiera sufragar el nuevo ejército profesional necesitaba asegurarse los impuestos. El imperio ya no podía permitirse que la riqueza de las provincias quedase en manos de los generales que las gobernaban y se llenaban los bolsillos. Era esencial que los impuestos fluyeran mansamente desde las provincias al centro, a los cofres imperiales de Augusto. Entender esto era decisivo para el gobierno de un emperador.

Pero incluso con este sistema, veintiocho ejércitos era todo lo que Roma podía permitirse. Augusto aprendió también esta lección y la aprendió por experiencia. Durante la mayor parte de su gobierno, sus generales hicieron una dura campaña para someter a los germanos que habitaban entre el Rin y el Elba. Esta política pareció resultar. Pero en 9 d.C. se produjo el desastre. Cuando el general Quintilio Varo estaba concluyendo una campaña triunfal y volvía con su ejército a los cuarteles de invierno del Rin, tomó un camino que cruzaba la selva de Teotoburgo. Pero en aquel inquietante bosque acechaba una serpiente venenosa: los guerreros germanos aparecieron como duendes, de detrás de los árboles, cayeron sobre los romanos y pasaron a cuchillo a no menos de tres legiones. Se dice que Augusto se quedó tan horrorizado por la noticia que «durante varios meses se dejó crecer la barba y el cabello y se golpeaba la cabeza contra la puerta, gritando: “¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!”».[9]

Aunque estas legiones fueron reemplazadas, las ganancias potenciales no eran suficientes para arriesgarse a proseguir la conquista de Germania. Augusto se lo dijo así a su sucesor. Envió al emperador Tiberio una carta de su propio puño advirtiéndole con energía que conservara Roma con sus actuales fronteras: el océano Atlántico al oeste, Egipto y el norte de África al sur, el canal de la Mancha y los ríos Rin y Danubio al norte, y al este Siria, que lindaba con el reino de los partos. Aunque Tiberio hizo caso a su padre adoptivo, emperadores posteriores desoyeron el consejo. Pero, al menos de momento, Augusto se aseguró de que su ejército profesional mantuviera la seguridad del imperio romano a lo largo de estas fronteras. Fue una sólida plataforma crear su era de paz.

EL CULTO A LA PAZ

Un componente esencial de esta paz fue la creación de la ideología del emperador. Las provincias de habla griega del imperio hacía tiempo que estaban acostumbradas a adorar y glorificar a sus gobernadores romanos; era una herencia cultural de la relación entre los reyes helenísticos y sus súbditos orientales. Bajo Augusto, estas provincias continuaron con la práctica, pero transfiriendo el culto a la figura de Augusto. Era tratado como un dios. Se construían templos para él, y su nombre y el de los miembros de su familia eran glorificados con oraciones, festividades y sacrificios. Sorteada la primera oposición a su gobierno, concibió formas de hacer de su glorificación una tendencia general en todo el imperio. Fue una tarea que podía emprender con estilo.

El genio de Augusto para promoverse impresionaría incluso a los informadores partidistas de nuestros días. Su táctica favorita era servirse de la historia tradicional romana. Para dar publicidad a sus triunfos en política extranjera, por ejemplo, desempolvó una antigua costumbre. En épocas lejanas, las puertas del templo de Jano estaban cerradas en tiempos de paz y abiertas sólo cuando iba a librarse una guerra. Así, cuando Augusto entró en guerra con Hispania en 26 a.C., las puertas fueron abiertas con toda solemnidad. En aquella campaña, Augusto, como los modernos imperialistas, estaba decidido a hablar claro a los «amigos» remolones y cuando sus generales completaron la faena siete años después, llamó «pacificación» a la victoria.[10] Las puertas del pequeño templo del Foro se cerraron con toda ceremonia. Pero el mayor golpe publicitario de Augusto no fue la paz con Hispania, sino la paz con Partia.

El vecino imperio del este había infligido a la república una de las derrotas más innobles y vergonzosas. En 55 a.C. un ejército a las órdenes de un general de la república, Marco Licinio Craso, y de su hijo, fue totalmente aniquilado en el desierto de Arabia gracias a la superioridad táctica de los partos. El símbolo de aquel golpe fue la pérdida de los estandartes militares

de Craso, que se convirtieron en trofeo, un emblema del desafío parto y un tótem de museo que se exhibía en la capital de aquel imperio. En 19 a.C. Augusto quiso devolver la jugada. Pero no lo hizo entre el redoblar de los tambores de guerra, sino con la voz normal de quien formaliza un acuerdo diplomático, respaldado por las uñas y los dientes militares y el despliegue del poderío romano. Fue suficiente para aconsejar la firma de un nuevo tratado con Partia y, sobre todo, para recuperar los estandartes.

De nuevo en Roma, Augusto no tardó en ver y explotar el potencial del acontecimiento. Como por arte de magia, el acuerdo con los partos pasó de ser un tratado de paz a ser una victoria romana que rivalizaba con la conquista de la Galia por Julio César. Los estandartes entraron en Roma con mucha pompa y aparato, se les levantó un arco de triunfo y se guardaron. ¿Dónde? En el nuevo templo de Marte el Vengador. El tema de esta «victoria» se repitió en la famosa estatua de Augusto de «Prima Porta». En el centro de la coraza ricamente decorada del emperador se veía a un parto entregando humildemente los estandartes a un romano. Así se llevó a cabo la «venganza» romana, sin derramar ni una gota de sangre.

La historia romana antigua, políticamente reinterpretada, se utilizó en multitud de grandes edificios de mármol mandados construir por Augusto. En la Roma de finales de la república, el mármol se había usado escasamente, y sólo por los muy ricos, en la construcción de monumentos. Era caro porque tenía que transportarse desde Grecia. Pero bajo Augusto se encontró una fuente mucho más cercana y barata en Carrara, en la Toscana actual. Por esto principalmente alardearía Augusto de haber transformado la Roma de ladrillo en ciudad de mármol.[11] Él personalmente supervisó la extraordinaria transformación de aquella conejera sucia y caótica que era Roma al final de la república en una capital merecedora de un imperio que abarcaba todo el Mediterráneo. El Altar de la Paz, el Panteón, el primer anfiteatro de piedra y el nuevo templo de Apolo fueron sólo algunos de los frutos de su programa. Pero quizá fuese el nuevo Foro su mayor logro. En él puede detectarse el mismo talento para el efecto retórico.

A ambos lados del Foro se construyeron dos grandes pórticos que acogían un piadoso desfile de estatuas históricas. A un lado se pusieron las de

Rómulo, los primeros reyes de Roma y una serie de grandes republicanos. Enfrente estaban las de los antepasados de Augusto, una formidable colección de individuos de sangre azul. Comenzaba con Eneas, el legendario fundador de Roma, a continuación estaban sus descendientes, los reyes de la ciudad de Alba Longa, fundada por Iulo, el hijo de Eneas, luego sus descendientes, la familia de los Julios, y así hasta Julio César, padre adoptivo de Augusto. No se escatimaba ninguna oportunidad de explotar a los antepasados divinos. En un extremo de los pórticos se alzaba el gran templo de Marte el Vengador. Como se decía que Eneas era hijo de Venus, esta deidad ocupaba el lugar de honor dentro del templo y en el frontón. Dentro estaba acompañada por Julio César y Marte; fuera estaba al lado de Rómulo. No dejaba de ser significativo que todo aquel prolijo y complejo despliegue de historia romana girase alrededor de una figura. Es casi seguro que en el mismo centro se levantaba la estatua de Augusto.

Había allí un claro mensaje político. Augusto era la culminación, el compendio de la historia romana; era el favorito de los dioses, era el guardián de los antiguos valores romanos y la personificación de esos valores en el futuro. El nuevo Foro de Augusto se convirtió así en el precursor de monumentos imperialistas más recientes. Por ejemplo, los ingleses de la época victoriana levantaron monumentos que reflejaban la creencia de que su época era la cima de la civilización, y en los años veinte y treinta del siglo XX, cuando Mussolini quiso consolidar su imperio italiano, también se inspiró en el programa monumentalista de Augusto.

La vida de la ciudad que fluía alrededor de este sofisticado y elegante espacio servía sólo para subrayar el guión cuidadosamente elaborado de Augusto. Dondequiera que mirase un romano que se dirigiera a cumplir con sus obligaciones administrativas en el Foro vería imágenes, nombres y personificaciones de Augusto y sus gloriosos antepasados. El templo de Marte también tenía una función estatal específica. Augusto sugirió que siempre que se reuniera el Senado para decidir sobre la guerra y la paz, lo hiciera en los alrededores de este templo. Aunque las reuniones eran ostensiblemente asuntos internos, a los senadores no se les permitiría olvidar que aquel era el templo de Augusto, y que la gloria de las guerras declaradas

y de las paces acordadas era también de Augusto. Su nombre estaba esculpido en el dintel, por encima de las columnas, e incluso la concepción del edificio se remontaba a los comienzos de su trayectoria política. El primer ciudadano del país había prometido piadosamente construir aquel recinto religioso, o eso decía él, tras la batalla de Filipos, en 42 a.C., batalla que puso punto final a la guerra de venganza contra los asesinos de Julio César.[12] De la semilla de esta promesa había crecido un roble de ideología política. Sí, evocaba el pasado tradicional, las antiguas virtudes de la república. Pero también glorificaba a los reyes de Roma, una línea sucesoria responsable que englobó siglos de historia y tuvo su culminación en Augusto.

La manipulación de la historia por parte de Augusto podría compararse por su magnitud con su presunta restauración de la religión romana. Su padre adoptivo, Julio César, había reformado el calendario en las últimas décadas de la república, porque se había desviado tanto del tiempo astronómico que los meses de las estaciones ya no coincidían con las estaciones. César lo sustituyó por un calendario basado en el año solar, que prácticamente es el mismo que utilizamos hoy. En consecuencia, el hijo adoptivo de César quiso reactivar las festividades y acontecimientos religiosos. Se desempolvaron antiguos rituales de los primeros años de la república para celebrarlos en la ciudad e inyectarles nueva vida. Augusto introdujo de nuevo su persona y a su familia en esta resurrección del lado confortable del pasado. Entre las antiguas festividades había momentos menos «vetustos» para que los ciudadanos romanos los conmemorasen. La «restauración» de la república por Augusto en el año 27 a.C., por ejemplo, se vio en una ocasión. También la primera vez que cerró las puertas del templo de Jano. No menos merecedores de celebraciones eran los cumpleaños del primer ciudadano y los días más propicios de la vida de su familia. El toque final fue el cambio de nombre del mes anteriormente llamado sextilis, que pasó a llamarse augustus, agosto. Furtivamente, la nueva época calcaba la vieja.

El tiempo también fue víctima de la implacable ofensiva de Augusto. Lo que simbolizó este ataque no fue el calendario romano, sino el inmenso reloj de sol que construyó en el Campo de Marte, al norte de la ciudad, alrededor del año 10 a.C. El gnomon todavía puede verse en la plaza Montecitorio,

enfrente del actual parlamento italiano, pero en la época de Augusto y de los emperadores que le sucedieron era para los ciudadanos el centro de una magnífica exhibición astronómica. Una cuña de bronce empotrada en el suelo empedrado señalaba el meridiano que la sombra del gnomon alcanzaba al mediodía, y las rayas que salían del centro estaban graduadas con trazos cruzados que indicaban la paulatina prolongación y reducción de la sombra a lo largo del año. El sol que salía por el este del imperio y se ponía por el oeste decía la hora en su capital.

Pero Augusto lo convirtió en *su* reloj de sol. El gnomon era un obelisco de granito rojo procedente de la provincia que más gloriosamente se asociaba con él, Egipto, famosa por su riqueza y que entonces era la tahona del imperio romano. Era la joya del imperio, y el hombre que la había engastado en la corona era Augusto. Pero esta conexión no fue la única huella digital que dejó en el espectáculo astronómico. El cumpleaños de Augusto caía en el equinoccio de otoño (23 de septiembre), y se decía que ese día la sombra del gnomon señalaba el cercano Altar de la Paz de Augusto, otra piedra angular de su ideología. Era como si Augusto no sólo controlara el tiempo, sino también el movimiento de los planetas y los demás cuerpos celestes.

El punto culminante de la asociación de Augusto con los dioses y los cielos fue los Juegos Seculares del año 17 a.C. Su impacto tuvo poco que envidiar a otras medidas que había adoptado ya para reafirmar su piedad con los dioses y la misión de curar el Estado. En la mente de muchos, la guerra civil había tenido lugar porque los romanos habían descuidado a los dioses. Así que cuando la guerra terminó, Augusto volvió a relacionar el Estado con el favor divino restaurando los templos y santuarios de la ciudad. En el templo de Júpiter Capitolino decidió ir más lejos. En la cámara central depositó «dieciséis mil libras de oro, así como perlas y piedras preciosas por valor de cincuenta millones de sestercios».[13] El año anterior a los Juegos Seculares, la medicina de Augusto para el Estado adoptó la forma, no de regalos a los dioses, sino de reforma de la ley.

En 18 a.C. Augusto aprobó una serie de leyes morales y sociales rigurosas y conservadoras. Se trataba básicamente de una serie de castigos e incentivos para fomentar el matrimonio, la natalidad, la fidelidad sexual y la edificación de los jóvenes. Las nuevas leyes públicas sobre el adulterio, hasta entonces un asunto privado, fueron las más famosas. Se fundó un tribunal penal para juzgar delitos sexuales, y en ciertas circunstancias el castigo podía ser tan severo como la pérdida de las propiedades y el destierro. Las mujeres salieron perdiendo con la ley mucho más que los hombres. Mientras que a los hombres aún se les permitía tener relaciones sexuales adúlteras, siempre que fuera con una esclava o un ciudadano de mala reputación, como una prostituta, las ciudadanas respetables no podían tener relaciones sexuales con nadie fuera del matrimonio. La ley incluso sancionaba el derecho de un padre a matar a su hija y a su amante si los sorprendía en su casa copulando sin estar casados, y también autorizaba a un marido para matar al amante de su mujer si dicho amante era un conocido mujeriego. Si la ley era la amarga medicina que fortalecía la cohesión social, el año 17 a.C. la espolvoreó con azúcar.

Los Juegos Seculares se centraron en valores tradicionales romanos como la castidad y la piedad. Una vez más, la tradición fue un útil instrumento político. Los juegos se habían fundado, en teoría, siete siglos antes, al mismo tiempo que Roma, y se celebraban cada 110 años. Por tanto era imposible verlos dos veces en la vida. Por una vez, el aparato publicitario de un espectáculo que nadie había visto y nadie volvería a ver estaba justificado. [14] A causa del carácter cíclico del festival, su celebración prometía un emocionante viaje al pasado. Pero cuando los ciudadanos vieron los juegos del año 17 a.C. no vivía nadie que pudiera decir si eran auténticos. La paleta de Augusto era antigua, pero las pinturas que utilizó eran nuevas, llamativas y brillantes.

En los tres días de sacrificios desaparecieron las ofrendas a los dioses infernales que habían presidido los juegos anteriores. Ahora estaban de moda otros dioses. La diosa Diana (asociada con la fertilidad y los nacimientos) y la Madre Tierra (vegetación, regeneración y abundante producción), junto

con el dios Apolo (asociado con la paz y el arte) y el dios Júpiter (patrón de Roma) ocuparon el centro del escenario. Pero la estrella del espectáculo no fue un sacerdote ni un personaje puramente religioso, como podría haber esperado un romano. Fue el mismísimo jefe del Estado romano.

La primera noche, Augusto sacrificó nueve ovejas y nueve cabras a las Parcas. La celebración tuvo un ambiente sagrado y mágico. Recitó una larga oración para que estas deidades favorecieran el poder y la majestad del pueblo romano, su buena salud y prosperidad futuras, el engrandecimiento del imperio, y por último a él y la casa de su familia. La noche siguiente hubo una ceremonia aún más espectacular. El primer ciudadano sacrificó una cerda preñada a la Madre Tierra. Fue como si estuviera grabando a fuego en el corazón y la mente de los espectadores un momento cargado de leyenda. El momento respiraba el aire del remoto pasado, pero fue el momento que alumbró la nueva era de los Césares. El proyecto de una sociedad disciplinada y armónica compuesta por romanos nuevos y moralmente reformados saltó en pedazos.[15]

Es lícito imaginar que algunos miembros de la plebe, adaptados a la paz y la estabilidad, quedaron convencidos por la fuerza emocional del festival. Quizá también los senadores y équites favorecidos por Augusto, los leales al nuevo régimen. Su asociación con el pasado hacía que su posición en el gobierno quizá pareciera más firme de lo que era realmente. Como en toda campaña política de «regreso a lo básico», la gente que esperaba que se aceptase el régimen era la que más abiertamente lo criticaba. Casi todos los supervivientes de la antigua aristocracia lo detestaban. Las últimas décadas de la república, aquella época de libertad y lujo extraordinarios, eran todavía un recuerdo reciente. La vida del ingenioso y erudito poeta Ovidio es un complemento de la de Augusto. Ovidio era un équite rico de Italia. Con su prestigio e inteligencia podía esperar una carrera brillante en el círculo más próximo a Augusto. Pero en su lugar prefirió una vida diametralmente opuesta, dedicada al sexo, la diversión y el arte. Con el tiempo fue una celebridad, el poeta más destacado de Roma. Un poema en particular ponía de manifiesto su rebeldía. En él aconsejaba a los jóvenes sobre cómo encontrar una pareja, por ejemplo en el teatro o en los juegos. Incluso

revelaba sus trucos para conseguir a una mujer respetable. El poema, titulado *El arte de amar*, fue una bofetada al programa moral de Augusto e hizo que el emperador tomara serias medidas. En 8 d.C. Ovidio fue desterrado a una zona pobre del imperio, el puesto fronterizo de Tomis (la actual Constanza), a orillas del Mar Negro. Pero el poeta no fue el único personaje famoso que cayó en desgracia por culpa de las rígidas leyes de Augusto.

El año 2 a.C., el mismo año que se publicó *El arte de amar*, el escándalo que rodeaba a Julia, la hija de Augusto, ya no pudo ocultarse. Los rumores habían ido creciendo hasta que el dique había reventado. Julia se había prostituido por dinero, decían las malas lenguas; había tenido comercio sexual en el mismísimo lugar del Foro en el que su padre había propuesto sus leyes «morales»; y uno de sus muchos amantes del fastuoso círculo aristocrático era nada menos que el hijo del viejo enemigo de Augusto, Marco Antonio. Puede que las anécdotas que circularon no fueran más que rumores basados en la rebelión de una hija contra un padre que la había utilizado durante mucho tiempo como peón político, pero el caso es que pusieron a Augusto en una situación embarazosa. Amenazaban con destruir todo su trabajo. Había grietas en su puritano edificio imperial.

La reacción del primer ciudadano fue despiadada. Fue al Senado, denunció a su propia hija, maldijo su memoria haciendo que destruyeran todas sus estatuas y la desterró a Pandeteria, una isla al oeste de Italia, cerca de Campania. Aunque se le concedió permiso para mudarse a otro lugar mejor, pasó el resto de su vida en el destierro. Finalmente, al retenerle los ingresos, murió de desnutrición. Por cometer exactamente la misma clase de «crimen», la hija de Julia fue desterrada a perpetuidad en el año 8 d.C. La insensible coherencia con que trató a sus hijos biológicos como a «hijos» del Estado romano quizá fuera sólo otra comedia, destinada a poner a su familia por encima de toda sospecha. Es lo que sugería otro rumor que circulaba por las calles: se decía que Augusto, el recientemente nombrado «Padre de la Patria», tenía a disposición de sus placeres un suministro regular de muchachas jóvenes y respetables mujeres casadas. Las desnudaba y las «inspeccionaba como si fueran mercancía de Toriano, el tratante en esclavos». ¿Y quién le suministraba la mercancía? Su propia esposa, Livia

Drusila. Pero los rumores sólo eran rumores. La exhibición pública de rectitud tenía que proseguir.

Cuando murió Augusto, en 14 d.C., su número de prestidigitación había terminado. El pueblo y el Senado habían sido testigos del discreto reemplazo de la república por un sistema de gobierno individual. Cada vez que se tomaba una medida eran persuadidos, hipnotizados y, si era necesario, amenazados para que aceptaran que había una continuidad tranquilizadora y confortable entre las dos épocas. Si el objetivo de Augusto fue el siniestro engaño de un déspota o el sincero esfuerzo de un estadista por recuperar el gobierno de estilo tradicionalmente constitucional, depende del punto de vista de cada uno. Probablemente tenía un poco de ambas cosas. Lo que es seguro es que no había ningún gran plan preconcebido. Para establecer el nuevo régimen Augusto improvisó sobre la marcha, si bien es cierto que con inventiva, ingenio y cálculo frío y a veces cruel. Aunque algunos miembros de la oligarquía política fueron violentamente arrastrados a la nueva era pataleando y gritando, el pueblo sabía muy bien quién cuidaba de sus intereses con más eficacia. Cuando en 19 a.C. Roma fue arrasada por una epidemia y luego por la escasez de grano, el pueblo no fue el único que tomó las calles suplicando al salvador Augusto que acudiera en su ayuda y solucionara la crisis; lo mismo hizo el Senado, e incluso los miembros de la oligarquía política que odiaban a Augusto. En resumen, se había hecho indispensable.

En su lecho de muerte, Augusto pidió un espejo y dio instrucciones a sus asistentes para que «le peinaran y enderezaran sus rasgos caídos». Después preguntó a los amigos que había reunido si, en la comedia de la vida, había representado bien su papel. Antes de hacerles salir, citó los últimos versos de una comedia de Menandro:

> Si ha salido bien la comedia, aplaudid
> y despedidnos todos con alegría.[16]

Poco después de su muerte, Augusto fue divinizado. Su cadáver fue depositado en el que quizá fuera su edificio más asombroso, su propio

mausoleo. Situado en el Campo de Marte, había estado construyéndose durante los últimos veinte años; todavía se conserva una parte. De unos 40 metros de altura, el monumento original estaba coronado con una colosal estatua de bronce del primer emperador romano, su autoglorificación más explícita. El antiguo viajero y geógrafo Estrabón lo consideraba el monumento romano que más merecía la pena ver.[17]

Pero era una glorificación típicamente sutil. El diseño seguía la humilde forma circular de los túmulos etruscos, pero por su ejecución y su nombre, «mausoleo», podía rivalizar con una de las Siete Maravillas del Mundo, la tumba de Mausolo, el antiguo gobernante de Caria. Fue la última floritura, el último artificio inteligente, el saludo de despedida. La era de los emperadores había comenzado con estilo. Había sido creada por un actor consumado. Y bajo otro actor esa era conocería su mayor crisis.

III

NERÓN

La velada que se celebraba a mediados de marzo en el elegante balneario de Bayas transcurría entre la alegría y la diversión. Una dama aristocrática había llegado en silla de manos desde Anzio, en la costa norte, para unirse a un elegante círculo de invitados de la alta sociedad. El suceso que los reunía era la festividad de Minerva, la diosa del arte y la sabiduría. Tras ver los hermosos barcos anclados desde una mansión costera y disfrutar de una abundante cena, la señora se dispuso a volver a su casa. Como la noche estaba iluminada por las estrellas y el mar en calma, en lugar de volver en silla regresó en barca. Pero a pesar de las favorables condiciones, la decisión resultó casi fatal. Se había preparado una trampa en la vistosa embarcación. La cubierta se había sobrecargado con pesas de plomo para que se hundiera y aplastara a la pasajera que estaría recostada debajo. La mujer en cuestión era Agripina, la madre del emperador Nerón. El responsable de la trampa fue el propio emperador.

Agripina no sospechó nada. Después de todo, Nerón había pasado toda la velada en su compañía con un estudiado espíritu de reconciliación y amor filial. Cuando el emperador la despidió en la orilla, habló íntimamente con su madre, como un hijo. Prodigándole toda su atención, le dio un prolongado abrazo. Agripina subió a bordo, se situó bajo cubierta y la barca zarpó. Cuando ya se había adentrado lo suficiente en el mar, un miembro de la tripulación activó la trampa. Ante el horror de Agripina, la cubierta se resquebrajó violentamente y se vino abajo, aunque se detuvo a pocos

centímetros de ella: los laterales de su lecho eran elevados y resistentes y habían parado el golpe. Aturdida, se liberó como pudo y miró a su alrededor. Una doncella que dormía al lado había muerto al instante. Mientras Agripina recuperaba fuerzas, la tripulación atentó otra vez contra su vida volcando la barca. Pero otra doncella llegó en ayuda de Agripina. Al darse cuenta de lo que estaba pasando, la liberta imperial declaró que ella era la madre del emperador. Los tripulantes, incapaces de notar la diferencia en la oscuridad, se lanzaron al ataque y la mataron a golpes de remo. Mientras tanto, Agripina, procurando no hacer ruido, se arrojó al mar y escapó.

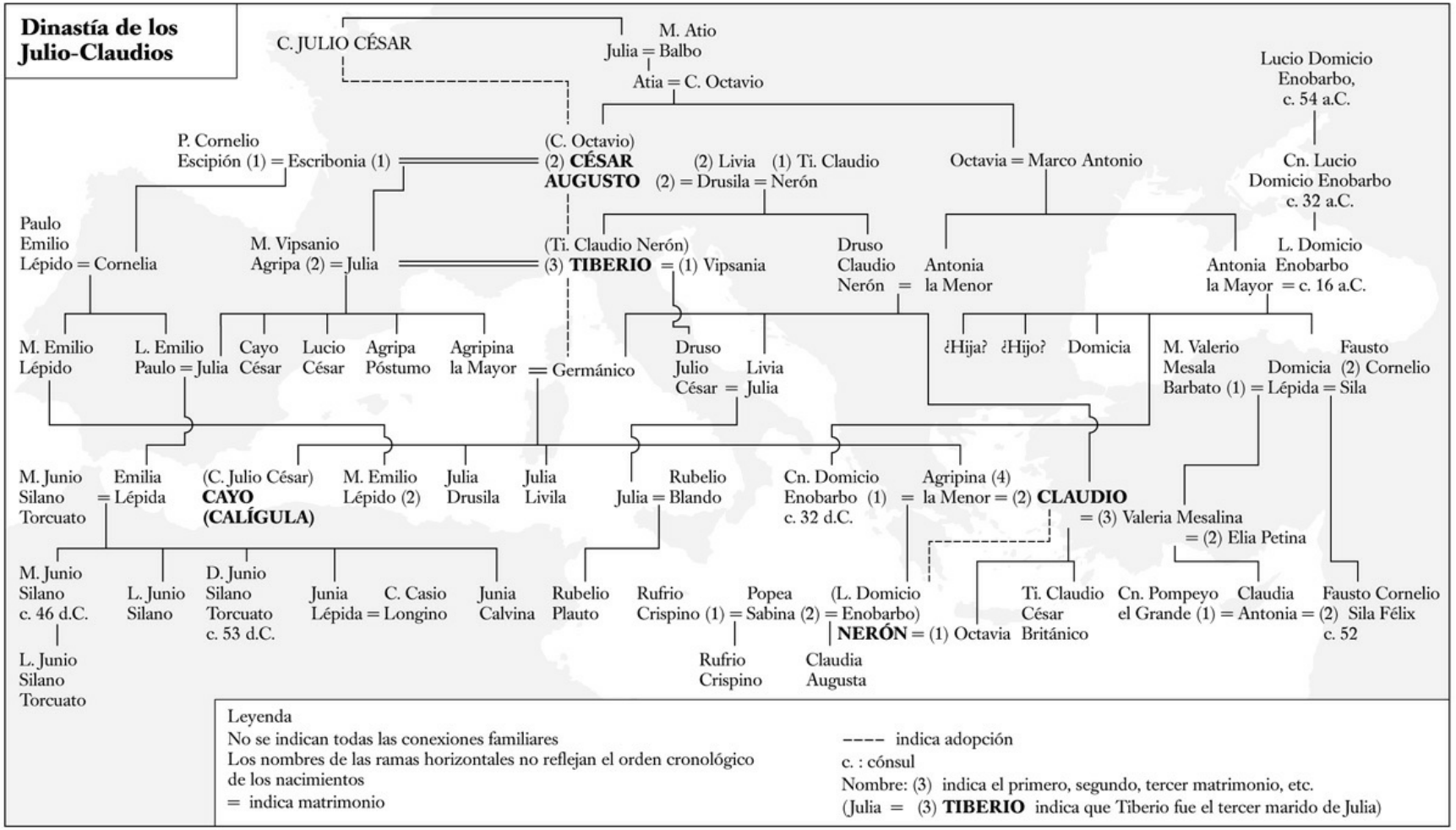
Cuando llegó a nado a la orilla, se dio cuenta de que toda la velada había sido una farsa. El hundimiento de la barca no era un accidente, sino una encerrona que había funcionado mal: el mar estaba en calma y no había rocas que pudieran haber causado un accidente auténtico. Sabía muy bien quién había intentado matarla. Pero antes de decidir lo que haría a continuación, se tomó su tiempo. Tras regresar a su casa de Anzio, decidió mantener el engaño de que había sido víctima de un accidente, enviando un mensaje a Nerón. En él decía que aunque sabía que estaría consternado por lo que le había ocurrido a su querida madre, necesitaba descansar y no debía ser molestada.

En cuanto Nerón se enteró de que su madre seguía viva, se dirigió a Aniceto, un jefe naval y el hombre que había ideado la trampa. Ahora, le dijo Nerón, tenía que ser él quien terminara lo que había comenzado. Aniceto irrumpió en casa de Agripina con una partida de soldados y rodeó su cama. Sus últimas palabras, según el historiador Tácito, fueron una trágica defensa de su hijo. Sabía, dijo, que no era Nerón quien les había enviado a matarla. Agripina se señaló el vientre y dijo a los soldados: «Golpead aquí». A pesar del temor y el resentimiento que habían enemistado a madre e hijo, puede que la primera quisiera asegurar con su postrer aliento que nada menguase el poder de Nerón. Eso era primordial. Su cadáver fue incinerado aquella misma noche en un triclinio, en un improvisado funeral más propio de un pobre que de una descendiente del dios Augusto.

La orden final de matar a su madre debió de parecer cruel y fría, pero en realidad Nerón era un manojo de nervios. En la sociedad romana, la piedad con las madres, y no digamos con la madre del emperador, era una antigua,

querida y sacrosanta virtud. Nerón era el quinto emperador de Roma, un miembro de la familia Julio-Claudia, el tataranieto de Augusto. Era el hombre que muchos creían, en el palacio imperial, en el Senado y entre el pueblo, que reviviría en el imperio las glorias conseguidas por sus antepasados cincuenta años antes. El año que murió su madre, Nerón era muy popular, pero si corría la noticia de que había cometido un abyecto matricidio, su popularidad caería en picado. Pero había otra razón más compleja por la que se sentía penosamente vulnerable.

Nerón había llegado a ser emperador, no porque fuera su destino, sino gracias a un plan frío y bien calculado. Agripina había sido la que le había convertido en emperador. Cierto que el imperio era, a pesar de las apariencias, una monarquía hereditaria: todos los emperadores de Roma hasta entonces procedían de la dinastía establecida por Augusto, la familia Julio-Claudia. También era cierto que, a través de Agripina, Nerón era descendiente del divino Augusto. Sin embargo, como el primer emperador no había legado ningún sistema definido de sucesión, el camino para convertirse en el hombre más poderoso del mundo antiguo estaba sembrado de escollos muy peligrosos. Agripina se ocupó de que su hijo los sorteara todos; después le recordó ese hecho para controlarle y lo pagó caro, pues había introducido una semilla de inseguridad en el joven emperador, un temor que reflejaba tanto las entrañas del sistema de gobierno que había heredado como las de su carácter. Afectaba a su derecho a ser emperador. Esta inseguridad sería decisiva en la caída del régimen de Nerón y en la crisis en la que cayó el imperio. Sí, Agripina, la creadora de aquella inseguridad, ya había desaparecido, pero quizá también fuera la única persona capaz de mitigarla.


Dinastía de los Julio-Claudios
C. JULIO CÉSAR
M. Atio Julia = Balbo
Atia = C. Octavio
Lucio Domicio Enobarbo, c. 54 a.C.
P. Cornelio Escipión (1) = Escribonia (1)
(C. Octavio) (2) CÉSAR AUGUSTO
(2) Livia = Drusila (1) Ti. Claudio Nerón
Octavia = Marco Antonio
Cn. Lucio Domicio Enobarbo c. 32 a.C.
Paulo Emilio Lépido = Cornelia
M. Vipsanio Agripa (2) = Julia
(Ti. Claudio Nerón) (3) TIBERIO = (1) Vipsania
Druso Claudio Nerón = Antonia la Menor
Antonia la Mayor = c. 16 a.C.
L. Domicio Enobarbo
M. Emilio Lépido
L. Emilio Paulo = Julia
Cayo César
Lucio César
Agripa Póstumo
Agripina la Mayor
= Germánico
Druso Julio César = Julia
Livia
¿Hija?
¿Hijo?
Domicia
M. Valerio Mesala Barbato (1) = Domicia Lépida = (2) Cornelio Sila
Fausto
M. Junio Silano Torcuato
Emilia = Lépida
(C. Julio César) CAYO (CALÍGULA)
M. Emilio Lépido (2)
Julia Drusila
Julia Livila
Julia = Rubelio Blando
Cn. Domicio Enobarbo (1) = Agripina (4) la Menor = (2) CLAUDIO
c. 32 d.C.
= (3) Valeria Mesalina
= (2) Elia Petina
M. Junio Silano c. 46 d.C.
L. Junio Silano Torcuato
L. Junio Silano
D. Junio Silano Torcuato c. 53 d.C.
Junia Lépida = C. Casio Longino
Junia Calvina
Rubelio Plauto
Rufrio Crispino (1) = Popea Sabina (2) = (L. Domicio Enobarbo)
NERÓN = (1) Octavia
Ti. Claudio César Británico
Cn. Pompeyo el Grande (1) = Claudia Antonia = (2) Sila Félix c. 52
Fausto Cornelio
Rufrio Crispino
Claudia Augusta
Leyenda
No se indican todas las conexiones familiares
Los nombres de las ramas horizontales no reflejan el orden cronológico de los nacimientos
= indica matrimonio
---- indica adopción
c. : cónsul
Nombre: (3) indica el primero, segundo, tercer matrimonio, etc.
(Julia = (3) TIBERIO indica que Tiberio fue el tercer marido de Julia)

Los últimos años del gobierno de Nerón dieron pie a una de las revoluciones más infames de toda la historia romana. Su caída desacreditaría fatalmente a la dinastía de emperadores fundada por Augusto y, para sorpresa de muchos romanos, acabaría con ella. Llevaría el sistema de gobierno unipersonal (ideado por Augusto) a la mayor crisis de su historia. Pero eso no fue todo. Entre todas las resquebrajaduras y líneas de falla de la monarquía hereditaria, la caída de Nerón fue tristemente famosa por dejar al descubierto su mayor defecto consustancial, un defecto que, hasta su gobierno, había estado oculto bajo la alfombra. ¿Y si el hombre que sucedía al emperador poseía un carácter tan inseguro y egocéntrico que era completamente inepto para gobernar el imperio? ¿Y si la única persona que podía hacerlo o tenía todo lo que quería, se alejaba de sus responsabilidades para perderse en un mundo de fantasía? ¿Y si el hombre más poderoso del mundo se volvía loco?

HEREDERO DE AUGUSTO, HIJO DE AGRIPINA

Durante los cuarenta largos años del gobierno de Augusto, la guerra civil se había convertido en un hecho del pasado, y los 20 millones de ciudadanos romanos que habitaban a lo largo y ancho del imperio habían disfrutado de un nuevo período de estabilidad. Al igual que Augusto, querían que esa estabilidad continuara y que Roma y su imperio siguieran prosperando después de su muerte. Tan grande era su dominio del gobierno, y tan identificado estaba con la imagen de Roma que la gente creía que el imperio dependía completamente de Augusto y de su familia para seguir con buena salud en el futuro. Augusto había preparado cuidadosamente el terreno para que arraigara esta idea a lo largo de su reinado. En la mejor poesía cortesana del momento, y en el Altar de la Paz, uno de los grandes monumentos al reinado de Augusto, no sólo se honraba al emperador, sino también a su familia. Lo mismo podía decirse del juramento de lealtad que formulaban los romanos en todos los rincones del imperio: «Seré leal a César Augusto –decía– y a sus hijos y descendientes durante toda mi vida, de palabra, obra y pensamiento».[1]

Pero había un problema: cómo legitimar la sucesión del poder de Augusto para mantener el nuevo régimen. Como el principado se basaba en la apariencia de que el Senado y el pueblo eran soberanos, y en que la autoridad del emperador procedía de ellos, no podía existir un reconocimiento explícito del principio hereditario, ni ninguna ley de sucesión.[2] Además, la paradoja de una monarquía hereditaria sin un sistema definido de sucesión estaba precisamente en la raíz de las dificultades. Bajo la propaganda del régimen de Augusto, el problema persistía: el gobierno individual del que Augusto era artífice era en el fondo más provisional e incierto de lo que sugería su imagen pública. El emperador se había limitado a innovar mientras gobernaba y probaba un artificio tras otro. La cuestión de la sucesión no era diferente y no estaba precisamente resuelta. Este estado de cosas sólo engendraba inseguridad, una inseguridad que arrojaría una larga y oscura sombra sobre todos los herederos de Augusto.

Augusto no tuvo hijos propios. Para superar este obstáculo, siguió la costumbre romana de la adopción, consagrada por el tiempo. En la antigua Roma, la primogenitura no tenía ningún derecho especial en lo que se refiere a la herencia, así que podía elegir entre una serie de personas. Durante su mandato adoptó a su sobrino Marcelo y a los hijos de su hija Julia, Cayo y Lucio, sugiriendo que el principio de sucesión era hereditario. Pero en este punto tropezó con la mala suerte. Su sobrino favorito y sus dos queridos nietos murieron prematuramente (véase el árbol familiar en la pág. 182). ¿Elegiría ahora heredero, no entre los miembros de su familia, sino entre los descendientes de los mejores senadores? Se comentó que meditó esta idea, pero en 4 d.C. ya la había desechado.[3] Aquel año adoptó a su hijastro Tiberio y lo nombró heredero en su testamento. Pero era imposible no tener la impresión de que fue una especie de último recurso.

Tiberio sucedió a Augusto en 14 d.C., pero el problema de legitimizar el traspaso de poder no desapareció. De hecho, no hizo sino agravarse. La cuestión de la sucesión legítima estaba de nuevo a merced del principio de competencia. ¿Qué era más importante, descender de Augusto o descender del emperador reinante? A falta de una respuesta clara, había varias personas con derecho a aspirar a la suprema posición del Estado. El clima de

inseguridad engendró rivalidad, intrigas y asesinatos.

Un sucesor potencial de Tiberio era Germánico. Era el sobrino nieto de Augusto, esposo de Agripina, sobrina nieta de Augusto, e hijo adoptivo de Tiberio. Su derecho al trono chocaba frontalmente con el del hijo natural de Tiberio, Druso. En 19 d.C. murió Germánico, general y héroe de las guerras de Germania, pero no cayó en el campo de batalla, sino ignominiosamente envenenado. Muchos sospecharon de Tiberio. Esta muerte dejó el camino despejado a Druso, pero él también fue envenenado en 23 d.C. Su asesino fue otro hombre que apostaba por el poder: Sejano, el jefe de la Guardia Pretoriana. Sus pretensiones se basaban en su relación con la hija de Tiberio, Livila, con quien esperaba casarse y así entrar en la lucha dinástica. El emperador se negó a casar a su hija con un simple équite, así que las aspiraciones de Sejano también se fueron a pique.

En 37 d.C., cuando murió Tiberio tras gobernar veinte años, todavía no había decidido quién sería su sucesor. En consecuencia, quienes decidían quién iba a gobernar el imperio no serían los emperadores, sino los oficiales de la Guardia Pretoriana, a quienes les interesaba que el sistema de sucesión dinástica continuara, así que desempeñaron su papel. El hombre que eligieron como tercer emperador de Roma tenía al menos uno de los requisitos para ser sucesor: era bisnieto de Augusto e hijo de Germánico. Se llamaba Calígula.

Durante el reinado de Calígula fue cuando salió a la luz la auténtica magnitud del problema que suponía la sucesión dinástica. En la historia romana había sido costumbre que las familias aristocráticas se casaran entre sí. Así era como las viejas familias de la república conservaban el poder, la posición política y la riqueza. Pero en el primer período del imperio, esta costumbre tuvo una nueva y potencialmente peligrosa consecuencia. Cuanto más se eternizaba en el poder la dinastía Julio-Claudia, mayor era el número de personas que podía alegar que descendía de Augusto. Así que cuando, a raíz de una enfermedad, el nuevo emperador se volvió excéntrico y tiránico, apareció una creciente tanda de aristócratas con aspiraciones legítimas al principado y listos para saltar.

En 41 d.C. Calígula murió a manos de sus hombres, y su esposa y su hija fueron acuchilladas. Una vez más, la Guardia Pretoriana se adelantó para

asegurar una sucesión tranquila, y una vez más se adoptó la fórmula de la monarquía hereditaria, a pesar de sus defectos. Con el respaldo del ejército, los pretorianos nombraron emperador a Claudio, tío de Calígula y su pariente vivo más cercano. El cuarto emperador romano gobernó trece años y llevó la estabilidad tras el corto y turbulento reinado de Calígula. Sin embargo, no desapareció el problema de los competidores y rivales dentro de los círculos Julio-Claudios. La culpa la tenía hasta cierto punto que el nuevo emperador hubiera vivido protegido antes de llegar al poder. Claudio no había crecido en medio del toma y daca de la vida política, sino en el palacio imperial, rodeado por una camarilla de libertos y esclavos dóciles, lo cual hizo que su miedo a los rivales creciera hasta límites insospechados. Se dijo que fue responsable de la muerte de treinta y cinco senadores y más de doscientos équites durante su época como emperador.[4] Pero su temor a los rivales venía en realidad de otra fuente: la descendencia directa de Augusto seguía teniéndose por la mejor garantía para el puesto de emperador. Otros aristócratas podían alardear de este parentesco, pero no Claudio. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Cuando se descubrió una conspiración en la que estaba implicada la esposa de Claudio, ella y su amante fueron ejecutados por traición y Claudio se convirtió en un viudo en busca de consorte. La opción más fuerte y persuasiva estaba representada por Julia Agripina, la hermosa y joven sobrina de Claudio y, algo más importante, la bisnieta de Augusto. Por medio de esta unión reviviría y se fortalecería el sueño de Augusto de que hubiera una familia real en el centro del gobierno y el imperio. Pero el enlace también sería crucial por otra razón. Agripina aportaría al matrimonio un hijo de su primer marido, un muchacho de once años llamado Lucio Domicio Enobarbo, el futuro emperador Nerón.

En 50 d.C. Claudio adoptó al joven como hijo propio. Lucio Domicio Enobarbo pasó a llamarse Tiberio Claudio Nerón César. El muchacho podía afirmar que descendía tanto del emperador reinante como de Augusto. Era una afirmación que potencialmente podía eclipsar al hijo auténtico de Claudio, Británico, y a todos los demás rivales. Incluso podía bastar para convertir a Nerón en el quinto emperador de Roma. Pero, dada la ausencia de

un criterio definido en la sucesión, Agripina sabía que del dicho al hecho había mucho trecho. Para que la posibilidad de que su hijo medrara necesitaba una gran determinación, cualidad que parecía tener en grandes cantidades.

Su primera víctima fue el aristócrata y senador Lucio Junio Silano. Era joven, popular y un triunfador en la vida pública. Pero Agripina solamente lo veía como un rival de Nerón. Silano suponía una significativa amenaza para el futuro de su hijo porque él también era descendiente de Augusto. Peor aún, estaba oficialmente prometido a la hija de Claudio, Octavia. Agripina fue rápida. Se aseguró de propalar un rumor que acusaba a Silano de cometer incesto con su hermana Junia Calvina, famosa por su promiscuidad. Aunque el rumor era totalmente falso, el nombre de Silano fue suprimido de la lista de senadores y él cayó bruscamente en desgracia. Claudio canceló el compromiso con su hija y Silano se suicidó el día de la boda de Agripina. La gente no pasó por alto las enseñanzas del acontecimiento.

A continuación, Agripina se ocupó de otro serio rival de Nerón, Británico, el hijo del primer matrimonio de Claudio. Lo único que necesitó para destruir sus planes fue establecer la preeminencia de Nerón sobre Británico en la vida pública. Nerón era tres años mayor que su hermanastro y este pequeño detalle permitió a Agripina hacer rápidos progresos. Entre 50 y 53 Nerón ocupó el lugar del fallecido Silano y se casó con la hija de Claudio, Octavia. Se le concedieron entonces diversos honores que reflejaban su rápido ascenso. En marzo de 51, a la edad de trece años, Nerón vistió la toga viril, un año antes de que le correspondiera, y aquel mismo año entró en la vida pública, con un discurso en el Senado en que agradecía a Claudio aquellas distinciones. A continuación pronunció varias peticiones al estilo de los estadistas, en latín y en griego, en nombre de distintos ciudadanos de las provincias. El discurso reveló la precoz inteligencia y la helenofilia del muchacho. Cuando en el año 53 apareció con la toga triunfal, en los juegos celebrados en su honor, al lado de Británico, que todavía vestía la toga juvenil, la supremacía de Nerón sobre su hermanastro quedó a la vista de todos.

Ya sólo quedaba un asunto para sellar el futuro de su hijo como próximo

gobernante del imperio: la muerte del emperador. En 54 Claudio tenía sesenta y cuatro años. Quizá como resultado de una parálisis cerebral en la infancia, siempre había sufrido de cojera, temblor constante y tartamudez. Ahora era un viejo chocho. Pero Agripina no podía esperar a que falleciera de muerte natural. El tiempo corría en su contra. Británico estaba a punto de cumplir los catorce años y de reunir los requisitos para recibir la toga viril de su padre. El hijo natural del emperador aún podía eclipsar a Nerón, así que Agripina tomó la iniciativa. Cuenta la leyenda que una noche, durante la cena, le sirvieron setas impregnadas de una sustancia mortal. Claudio las comió bajo la atenta mirada de Agripina, pero el veneno sólo le provocó un ataque de tos. En aquel momento entró el médico de Agripina. Haciendo como que ayudaba a Claudio a vomitar, le introdujo una pluma envenenada por la garganta y así completó la obra.

La mañana del 13 de octubre del año 54 el palacio bullía de actividad tensa y furtiva. Sólo Agripina y sus confidentes más íntimos, por supuesto, sabían que Claudio había fallecido. Mientras vestían y preparaban a su hijo para el nombramiento formal, Agripina se dedicó a retener taimadamente a los hijos de Claudio, Británico y Octavia, que estaban esperando noticias del estado de salud de su padre. Agripina fingió buscar consuelo en ellos durante aquel tenso rato; Británico, dijo acariciándole la mejilla, era la viva imagen de su padre. También entretuvo a la Guardia Pretoriana, engañándola con mensajes regulares sobre la salud cada vez más precaria del emperador. La verdad es que trataba de ganar tiempo como fuera, «esperando el momento propicio vaticinado por los astrólogos» para anunciar la sucesión.[5] Agripina había estado intrigando durante toda su vida adulta para llegar a este momento. Nada, ni siquiera un mal augurio, se lo iba a estropear.

A mediodía se abrieron las puertas de palacio. El emperador había muerto y ante la Guardia Pretoriana no estaba Británico, el hijo de Claudio, sino Tiberio Claudio Nerón César. Aunque la presencia del muchacho cogió a algunos soldados por sorpresa, las ceremonias preparadas para aquel día no dejaron tiempo para la vacilación ni la duda. Los soldados aclamaron a Nerón y rápidamente lo pusieron en una litera para llevarlo al campamento de los Jardines de Servilio, en la zona sudeste de Roma. Allí Nerón se dirigió a los

soldados y, tras prometerles las habituales donaciones de dinero, el muchacho de diecisiete años fue proclamado emperador. Los senadores no tardaron en imitarles aprobando un decreto en el Senado aquel mismo día. Nadie llegaría a saber en quién había pensado Claudio como sucesor, porque se hizo desaparecer su testamento inmediatamente.

Agripina había satisfecho su mayor ambición. Su hijo era el hombre más poderoso del mundo romano. Pero en aquel momento no podía imaginar que las mismas herramientas que había utilizado para asegurarle el poder iban a volverse contra ella. Poco tiempo después de que comenzara el gobierno del joven Nerón, se desató una enconada pelea por el poder entre madre e hijo. Públicamente, Agripina recibía un honor tras otro. Se le concedió una guardia privada; la nombraron sacerdotisa del divinizado Claudio; le permitían participar indirectamente en el gobierno sentándola discretamente tras una cortina en las reuniones que el consejo celebraba en palacio. Incluso las monedas de los primeros años del reinado de Nerón llevaban la efigie de ambos, el emperador y Agripina. Pero tras el barniz civilizado de estas relaciones entre madre e hijo, el adolescente empezó a perder la paciencia con su influyente y controladora artífice. Su habitual obediencia hacia ella se estaba convirtiendo en una carga.

La madre era difícil de complacer. Censuraba el interés de Nerón por las carreras de caballos, el atletismo, la música y el teatro. El segundo año de gobierno discutieron por su amante, una liberta llamada Acte. Impulsada quizá por los celos, el afán de posesión y el miedo a que otra mujer rivalizara con ella por el afecto de su hijo, Agripina le reprochó que tuviera relaciones con una mujer tan vulgar y de tan baja cuna. Nerón respondió, como cualquier adolescente, intensificando sus relaciones con Acte y llegando casi a hacerla su esposa legal.[6] Aunque su siguiente acción fue equivalente a una declaración de guerra. Cuando Nerón era todavía un niño, Agripina había llenado escrupulosamente la casa con personal leal a ella. Nerón atacó entonces aquella base de poder despidiendo a uno de los aliados principales de su madre, Antonio Pallas, un liberto que se encargaba de los asuntos financieros. Agripina contraatacó respondiendo al fuego con el fuego. Sabía cómo ganar poder en palacio. Más aún, sabía golpear al nuevo emperador de

Roma donde más le dolía.

Un día, en un ataque de ira, recorrió todo el palacio con los brazos en alto y gritando que daba su apoyo a Británico. El hijo del divino Claudio ya era adulto, decía, y era «el auténtico y merecido heredero de la suprema posición de su padre».[7] El frío filo de esta frase abrió una antigua herida, la inseguridad de Nerón acerca de su derecho a ser emperador. Pero incluso Agripina se habría sorprendido de la reacción que desencadenó en su hijo. Una noche, durante la cena, le llevaron una bebida a Británico, que estaba en la mesa juvenil, con los hijos de otros nobles. Si hubiera contenido veneno, lo habrían detectado los catadores imperiales, así que la bebida era inofensiva, pero se le sirvió demasiado caliente y el joven se negó a beberla. Se le sirvió entonces agua fría, envenenada en secreto. Una vez enfriada, volvieron a dar la bebida a Británico. Ante la mirada de Agripina y de su propia hermana, el muchacho de catorce años empezó a convulsionarse. Todo el mundo pensó que el responsable del asesinato era Nerón.

Con estudiada despreocupación, Nerón dijo que Británico estaba simplemente sufriendo otro ataque epiléptico; nada fuera de lo normal. Los demás comensales no le creyeron, pero tampoco hicieron nada. No había nada que pudieran hacer. Reprimiendo el horror que sentían tras la fachada de normalidad, estaban petrificados: haber protestado o negar que fuera un ataque habría sido sugerir que se había cometido un asesinato. Y decir en voz alta que sin duda era un ataque epiléptico también habría sugerido un crimen porque se habría notado mucho que era mentira. Mientras todos vacilaban, el adolescente murió. «Octavia, a pesar de su juventud, había aprendido a esconder el dolor, el afecto, todo sentimiento [...] tras un breve silencio, prosiguió el banquete.»[8]

La capacidad para el crimen que exigía la conservación del poder imperial había pasado de madre a hijo. A pesar de todo, Agripina, la decidida y avezada intrigante, no se rindió en la guerra encubierta que libraba contra Nerón por el control de palacio. La muerte de Británico la impulsó a apoyar a Octavia, tal vez pensando que podía hacer de ella una estadista prominente a cuyo alrededor danzaran los aristócratas con derecho al trono. Circuló el rumor de que Agripina también estaba promoviendo la causa del aristócrata

Rubelio Plauto, que podía garantizar que descendía de Augusto porque su madre era nieta de Tiberio, hijo adoptivo de Augusto. Por toda respuesta, Nerón expulsó a Agripina de palacio y despidió a su guardia personal. Pero no tardó en idear una solución definitiva al problema que suponía su madre.

La gota que colmó el vaso cayó de la vida amorosa de Nerón. No sentía nada por su esposa Octavia y quería casarse a toda costa con su amante, Popea Sabina, esposa de su amigo íntimo Marco Salvio Otón y la mujer que sería el gran amor de su vida. Nerón sabía que su madre nunca le permitiría divorciarse de la hija de Claudio para casarse con su amante. Popea también lo sabía. En privado, ella «le pinchaba y se burlaba de él incesantemente. Estaba dominado por su tutora, decía, y no era dueño ni del imperio ni de sí mismo».[9] La habilidad de Popea para provocar a Nerón se acompañaba «con lágrimas y todas las estratagemas de una amante». Instigado de esta forma, en la primavera del año 59 convocó a Aniceto y envió a su madre la fatal invitación de reunirse con él para celebrar la festividad de Minerva en Bayas.

Al morir Agripina, Nerón se sintió aliviado, libre por fin. La influencia dominante en su vida había desaparecido y ahora podía gobernar y comportarse como le viniera en gana. Y tenía muchas cosas que celebrar. A pesar de los conflictos de palacio, los primeros años de su gobierno estuvieron lejos de ser un desastre. De hecho, según todas las fuentes antiguas, el imperio prosperó durante los primeros años de Nerón. Los poetas contemporáneos dijeron que era una nueva edad de oro. Nerón rivalizaba en popularidad incluso con Augusto. El pueblo le quería por los juegos que organizaba y los senadores por el respeto que les manifestaba. También en el extranjero había triunfos que contar: Roma estaba reforzando su frontera oriental en una campaña victoriosa contra Partia. El imperio florecía.

Dada la juventud e inexperiencia de Nerón, ¿cómo pudo ocurrir algo así? ¿Funcionaba solo el imperio, administrado por senadores y équites? ¿Es que no hacía falta un emperador activo e industrioso, sino que bastaba con una figura célebre? Otra respuesta a la pregunta de quién estaba a cargo del imperio, si éste era el caso, nos conduce hasta dos hombres que, según Tácito, se habían ocupado del gobierno durante los primeros años de Nerón.

Eran Lucio Anneo Séneca y Sexto Afranio Burro, y habían sido los consejeros más próximos al novato emperador. Cuando el adolescente Nerón estaba creciendo, había buscado refugio en ellos y ellos le protegieron de su madre y satisficieron sus intereses. A cambio, él hacía caso de sus consejos. Pero estos dos hombres eran mucho más que aliados con buenos consejos. Eran astutos políticos de los que el emperador dependía completamente para su popularidad, para su nueva edad de oro.

Todo esto estaba a punto de cambiar. Mientras Agripina vivió, había sido una especie de tapadera de Séneca y Burro. Al morir, tuvieron que dar la cara. Ahora eran ellos y no ella quienes estropeaban las diversiones de Nerón. Libre Nerón del dogal de su madre, iban a aprender muy pronto que no podían hacer nada para controlarlo. El imperio estaba a punto de descubrir qué clase de hombre era realmente su emperador.

LOS NUEVOS AMIGOS DE NERÓN

Año 62 de Nuestra Era, octavo año del gobierno de Nerón. Según el historiador Tácito, «las fuerzas del bien estaban en declive». Por fuerzas se refería a las opiniones de Séneca y Burro. Hasta aquel momento, su control sobre el emperador había sido inteligente y brillante. Burro era un équite nacido en la Galia que había ascendido hasta ser jefe de la Guardia Pretoriana. De carácter serio y con una mano desfigurada, era el barómetro moral de Nerón. Agripina había sido protectora de Burro en otro tiempo y, a causa de su lealtad, éste se había opuesto vehementemente a los planes asesinos de Nerón, negándose a tomar parte en el matricidio. A pesar de todo, una vez cometido el crimen, se aseguró obedientemente de que la Guardia Pretoriana siguiera siendo leal al emperador. Este apoyo fue vital para el éxito del régimen de Nerón. Pero quizá fuera su preceptor el personaje que más influyó.

Séneca era un senador de una familia italiana que se había instalado en Córdoba. También fue uno de los más grandes filósofos de la historia romana. Educado, encantador y paternal, utilizó su inteligencia para guiar y

educar a su responsabilidad adolescente. Al hacerlo, se convirtió en uno de los personajes más influyentes del imperio. La importancia de Séneca para Nerón puede verse en la variedad de papeles que representó. Escribió el discurso inaugural de Nerón al Senado y el pueblo, que fue acogido con frenesí. Para las Saturnalias del año 54 deleitó al emperador con una sátira que arremetía contra el régimen del bufonesco Claudio. Jugando con la palabra «deificación», se titulaba *La calabacización del divino Claudio*, y la corte se desternilló de risa. Como amigo personal del emperador, Séneca también participaba en el consejo imperial, que reunía en palacio a los principales senadores. En consecuencia, estos senadores aprobaban sinceramente las sabias decisiones de Nerón.

Pero el mejor papel de Séneca quizá fuera limitar el alcance de los daños; sabía cómo ordenar el desorden de Nerón. Su mayor golpe fue controlar la reacción de los senadores ante el asesinato de Agripina. Su hábil manejo de la situación consiguió que creyeran a pies juntillas la versión oficial de los hechos: Agripina había estado planeando el asesinato de Nerón, se había descubierto la intriga y Agripina lo había pagado. Ahora el emperador estaba a salvo. Sus relaciones públicas fueron tan efectivas que, en lugar de horrorizarse del matricidio, Roma dio gracias a los dioses. Después de todo, el Estado se había salvado. Hay que suponer que Séneca era indispensable para el emperador. Pero había una misión, asumida por él mismo, que sería su perdición. La lección fundamental que quería enseñar a su joven pupilo era cómo ser buen emperador. Esta misión fue el mayor proyecto de su vida y también su mayor error.

Sabemos lo que Séneca enseñó a Nerón porque su gran obra de filosofía política, el diálogo *De la clemencia*, ha llegado hasta nosotros. La lección comenzaba con una sencilla declaración de hecho. Nerón tenía el poder supremo. Era «árbitro de la vida y la muerte para las naciones»; tenía capacidad para decidir «la suerte y posición de cada cual»; por mediación de sus labios la Fortuna anunciaba «qué dones daba a cada ser humano».[10] Pero la clave para ser buen emperador no consistía únicamente en reconocer ese poder, sino en ejercerlo con comedimiento. Si era capaz de mostrar clemencia, sería buen emperador, como Augusto; de lo contrario no sería sino

un tirano despreciable. Nerón haría bien en emular a Augusto llevando este argumento a sus últimas consecuencias: por encima de todo, decía Séneca, el emperador debe disfrazar su poder absoluto.

Al principio, Nerón fue un estudiante aplicado. Reactivó la tradicional relación con los senadores: a fin de cuentas, ellos y no los amiguetes de palacio eran los verdaderos pilares de la justicia, la sabiduría política y la experiencia administrativa. Juntos Nerón y el Senado, gobernarían Roma como iguales. La idea que Séneca había sembrado en el joven era la *civilitas*: la afabilidad y accesibilidad del emperador «que ayuda a disimular la realidad del poder autocrático».[11] Nerón representó bien su papel al principio, dando la impresión de que era un senador más, un ciudadano corriente. Y no obstante, a pesar del prometedor comienzo, en 62 empezó a olvidar lo ensayado. No estaba hecho para ser un político. Mantener la farsa, la ilusión teatral de que se preocupaba por lo que realmente pensaban los senadores acabó por ser otra carga. La verdad era que, a pesar de los esfuerzos de Séneca, las pasiones de Nerón estaban en otra parte.

Una de estas pasiones era pasar la noche al aire libre. Al joven emperador y a sus disolutos compadres de palacio les gustaba disfrazarse con un gorro de liberto o una peluca y zanganear por las calles de la ciudad, bebiendo y metiéndose en peleas. «Pues tenía la costumbre de atacar a la gente que volvía a casa después de cenar y agredía a cualquiera que le respondiese, tirándolo a la alcantarilla.»[12] Otra pasión que dominaba a Nerón desde su juventud eran los caballos. Seguía las carreras de carros y la competencia entre los diferentes equipos con gran entusiasmo. Prefería los Verdes a los Rojos, los Blancos o los Azules, de manera muy parecida a los hinchas actuales de los equipos de fútbol. Para asistir a las carreras salía de palacio en secreto, o eso se decía. Sin embargo, su mayor amor estaba reservado para las artes griegas: música, poesía, canto y tocar la lira.

Nerón no sólo era un entendido en estos temas, sino que estudiaba y practicaba con determinación. En cuanto fue emperador, contrató como profesor al más famoso y hábil tañedor de lira del momento, un hombre llamado Tepnus. Incluso, para fortalecer la voz, practicó los ejercicios de los cantantes profesionales: «... se tendía de espaldas, con una tablilla de plomo,

y se limpiaba por dentro con una jeringa y vómitos». La dieta también era importante para mejorar la calidad de la voz. Las manzanas estaban prohibidas, ya que se consideraban perniciosas para las cuerdas vocales, pero los higos secos eran beneficiosos; y todos los meses, durante unos días, se alimentaba únicamente de cebolletas conservadas en aceite.[13] El interés del emperador por estos asuntos griegos preocupaba a Séneca y a Burro. No era el interés en sí el problema, sino más bien que Nerón estaba peligrosamente cerca de hacerse actor profesional. En los círculos conservadores de la alta sociedad romana de la época, aquello era sencillamente impensable.

Por entonces hacía casi doscientos años que Roma era el gran centro de intercambio cultural, la bullente cosmópolis de todo el mundo Mediterráneo, y Grecia había quedado reducida a una provincia romana, pero muchos romanos de la oligarquía aún seguían creyendo en una ilusión. Según el mito que les interesaba creer, eran en el fondo gente de campo, soldados curtidos, tenaces e independientes que con agallas, determinación, fortaleza y disciplina habían forjado el imperio. El carácter y la virtud romanos se revelaban sobre todo en lo que se conseguía en el campo de batalla y en la vida pública. Sí, las artes griegas eran buenas para la educación, incluso quizá para la relajación, pero dedicarse a ellas descompondría la fibra moral de Roma, convertiría una nación de soldados en una nación de cobardes, gimnastas y homosexuales. Tonificar los aceitados músculos para hacer atletismo, brincar por ahí con vestimentas teatrales o cantar poesías acompañado de una lira no había evitado la caída de Grecia. Incluso es posible que la causaran estas aficiones.[14] Los conservadores sólo tenían que mirar las calles de la ciudad para demostrar su punto de vista: los actores profesionales no eran sino esclavos y prostitutas vulgares.

Los árbitros de la elegancia y la moda no estaban de acuerdo. Música, teatro, canto e interpretación al estilo griego eran lo exquisito, el colmo del refinamiento, el no va más de la civilización. En la antigua Grecia, los aristócratas y los ciudadanos habían competido en concursos artísticos para ganar honores y posición social; estos concursos aparecían glorificados en las obras de Homero y Píndaro, los fundadores de la poesía épica y lírica, respectivamente. ¿Por qué no podía suceder lo mismo en Roma? Para colmo

de bendiciones, los modernos tenían por fin un protector. Y era ni más ni menos que el emperador, que estaba dispuesto a ponerse al frente de todos. En 59 Nerón organizó los juegos llamados Juvenalia, celebrados para conmemorar el día que se había afeitado la barba e ingresado en la edad adulta. Fueron juegos privados para la oligarquía gubernamental, así que cuando el emperador decidió tocar la lira en el escenario, sus consejeros tuvieron que fingir que les gustaba. Burro, obligado a salir al escenario con un batallón de la Guardia Pretoriana, lloraba mientras aplaudía. Pero al año siguiente Nerón rompió los límites de la conducta tolerable en un emperador. Estaba dispuesto a llevar sus pasiones al pueblo.

Primero fundó una academia de artes griegas, luego pidió a los hijos de la aristocracia que asistieran, y más tarde animó a los graduados a actuar en un festival totalmente inventado por él. Toda Roma fue invitada. Los aristócratas tuvieron que salir al escenario con intérpretes profesionales griegos y bailaron, hicieron atletismo y participaron en concursos musicales. Para los conservadores de la oligarquía fue un escándalo nacional. Hijos de antiguas, grandes y virtuosas familias, «los Furios, los Horacios, los Fabios, los Porcios, los Valerios, obligados a deshonrarse a sí mismos».[15] Pero Nerón no pensaba lo mismo de sus novedosos juegos. Quería poner los cimientos de una nueva era, comenzando por el año cero. Estaba civilizando Roma, reeducando al público, desenganchándolo de los bárbaros espectáculos de gladiadores y reorientando toda la historia romana lejos de la guerra, la conquista y el imperio, hacia los ideales más refinados del Arte. Llamó Neronianos los juegos y decretó que se celebrarían cada cinco años. ¡Así era como quería gobernar a su pueblo! ¡Así quería ser un buen emperador!

Al público le encantaron los juegos. Si Séneca y Burro se desesperaban, al menos se consolaban pensando que, a pesar de la calurosa recepción, el emperador no había pisado las tablas... al menos por el momento. En 62 Nerón no daba señales de olvidar sus tendencias griegas, sus nuevos planes para Roma. Fue el año en que inauguró el gran gimnasio helenístico y repartió grandes cantidades de aceite gratis a senadores y équites para que dieran ejemplo al vulgo de que aceptaban las actividades antirromanas y poco viriles de la lucha y el atletismo. Séneca y Burro libraban una batalla perdida.

La antigua relación armoniosa entre Nerón y sus consejeros había llegado al final. Dos acontecimientos fueron responsables.

Como un senador llamado Antistio Sosiano escribiera unos versos satirizando al emperador y los leyera en una fiesta de la alta sociedad, fue juzgado por traición y declarado culpable. Aunque se libró de la ejecución por los pelos, su caso significó la vuelta de la ley sobre traición que tanto había desacreditado los regímenes de Calígula y Claudio. Según sus vagos términos, un individuo podía ser acusado de cualquier clase de «conspiración» contra el emperador. Para Séneca, la ley era una prueba de que el proyecto de toda su vida, hacer que Nerón se comportara y obrara como un buen emperador, estaba fracasando. Pero el auténtico punto muerto para Burro y Séneca llegó poco después. Nerón les dijo que había decidido, por fin, divorciarse de Octavia, la hija del divino Claudio, y casarse con Popea. Séneca y Burro opinaron en contra: puede que Nerón fuera descendiente de Augusto, pero divorciarse de Octavia era cortar su lazo principal con el divinizado Claudio, piedra angular de su derecho a ser emperador. Nerón discutió, pataleó e insistió, y Burro replicó tranquilamente refiriéndose al trono: «¡Bien, entonces devuélvele su dote!».[16] Tras esto, la ruptura fue definitiva.

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Burro cayó enfermo por culpa de un tumor y murió. Corrió el rumor de que Nerón había acelerado su muerte dando instrucciones de que lo envenenaran. Lo cierto es que el emperador no perdió el tiempo en reemplazar al prefecto de los pretorianos, que era de vital importancia. Nerón se dio cuenta de que para divorciarse no necesitaba opositores que le llevaran la contraria, gente pesada y fastidiosa que siempre tenía «la razón», gente que arruinaba su diversión y le llenaba la vida de responsabilidades. Necesitaba nuevos amigos. A este fin celebró una tensa reunión del consejo, con los principales senadores y los consejeros de palacio. ¿A quién iba a elegir Nerón ahora para el puesto que acababa de quedar vacante? El emperador no tardó en responderles. Su primer nombramiento recayó en una persona de integridad y experiencia, un hombre llamado Fenio Rufo, popular entre los oficiales pretorianos y con un buen historial por haber administrado el suministro de

cereal con eficacia y sin aprovecharse. El consejo dio un suspiro de alivio. Pero pronto quedarían defraudados por el siguiente nombramiento. El puesto de prefecto del pretorio, o jefe supremo de la Guardia Pretoriana, declaró Nerón, sería para el buen amigo del emperador Sofonio Tigelino.

El historial de Tigelino era poco ortodoxo, por no decir otra cosa. Aunque era cierto que había sido prefecto de la guardia (jefe del servicio de bomberos de Roma), su reputación se basaba en méritos totalmente diferentes. El emperador lo había conocido de niño en la finca de Calabria que pertenecía a la tía de Nerón. Se hicieron amigos inmediatamente, quizá porque ambos compartían el interés por las carreras y la cría de caballos. Más aún, Nerón estaba fascinado por el carácter de Tigelino, por su capacidad para el mal. Era atractivo, unos quince años mayor que Nerón y, aunque procedía de una familia pobre de Sicilia, tenía amigos en las altas esferas. Se había introducido en las casas de dos aristócratas, donde había adquirido fama de depravado. Se decía que había seducido primero a los hombres, luego a sus mujeres y, de esta forma, había subido a los más altos niveles de la alta sociedad romana. Ahora, en los círculos imperiales de orgías, juergas y borracheras, Tigelino era el compañero más libertino de Nerón, su compinche de confianza, su diabólico y amoral maestro de ceremonias.

Aquel nombramiento suponía problemas por otra razón. Con él se sacrificaba un principio básico de la idea senequista del buen emperador. Para administrar con éxito el imperio, el primer emperador, Augusto, había dado al menos la impresión de que se basaba en gente de espíritu independiente de la clase alta. El aristócrata Séneca había mantenido esta tradición con Nerón. Podía ser sincero con el emperador porque no tenía nada que temer por decir lo que pensaba. Su riqueza y posición en la sociedad romana no dependían de lo que el emperador pensara de él. Pero el nombramiento de Tigelino fue el indicio más claro de que Nerón se estaba rodeando de compinches serviles. Tigelino procedía de una familia vulgar y debía su posición totalmente al emperador. Séneca temía que, lejos de apoyar a Nerón, Tigelino le dijera servilmente lo que el emperador quería oír, en lugar de aconsejarle lo que estaba bien. Pero Tigelino no era el único temor de Séneca. Su mayor preocupación era su propia vida.

El catapultado Tigelino puso manos a la obra. Sabía cómo aprovecharse de las inseguridades de Nerón. Le torturaba diciendo que la riqueza y las propiedades de Séneca eran una afrenta a la preeminencia del emperador porque rivalizaban con las propiedades imperiales. En consecuencia, a Nerón le picó la envidia. El tiempo corría en contra de Séneca, que estaba maniatado, atrapado en un dilema claramente desagradable: podía seguir aconsejando al emperador aun a riesgo de ofenderle o comprometerse y consentir sus caprichos y antojos. Ninguna de las dos opciones suponía una perspectiva apetitosa. Finalmente, encontró una solución: pediría graciosamente al emperador permiso para retirarse. Séneca se reunió con Nerón en el palacio imperial. Con sus modales educados y encantadores, comenzó citando el ejemplo del divino Augusto. El primer emperador, dijo, había dado incluso a sus consejeros más cercanos permiso para retirarse. ¿No podía el emperador meditar la posibilidad de otorgarle la misma recompensa?

Nerón se negó educadamente. «Mi reinado sólo está comenzando –dijo–, si los resbaladizos caminos de la juventud me extravían, quédate cerca para recordármelo. Tú equipaste mi edad adulta; dedica un cuidado aún mayor a guiarla.»[17] Séneca dio las gracias al emperador y salió. Su amable ofensiva había fracasado. A pesar de todo, descubrió cómo quedarse fuera de la línea de fuego. Fingiendo mala salud y estudios filosóficos, Séneca pasaba cada vez más tiempo en sus fincas rurales. Puede que hubiera perdido su privilegiada posición de consejero, pero al menos seguía vivo... por el momento. El distanciamiento de Séneca dio a Nerón la oportunidad de decidir el tercer nombramiento. Iba a ser algo más peliagudo que reemplazar al jefe de la Guardia Pretoriana. Quería elevar a Popea de amante a esposa imperial.

Popea tenía seis años más que Nerón y era una belleza de una familia rica, aunque no exactamente aristocrática. Aunque su madre era noble, su padre era un équite que había caído en desgracia durante el gobierno de Tiberio. Reflejando su naturaleza ambiciosa, Popea repudió el apellido paterno, adoptó el de su abuelo materno y se dispuso a tomar por asalto la alta sociedad. Se casó con dos aristócratas seguidos y tuvo un hijo del primero. Su amor por el derroche y el lujo la convirtió en la comidilla de la

ciudad. Su lujosa casa familiar cerca de Pompeya, Villa Oplontis, se ha excavado en fecha reciente y da fe de esta reputación; los cascos de las mulas que tiraban de su litera tenían herraduras de oro y se bañaba diariamente en la leche de 500 asnas para conservar la tersura del cutis, según decían los rumores.[18] Nerón estaba locamente enamorado de ella y ahora, sin los consejos de su querido amigo Séneca, sin la conciencia del leal Burro a su lado, Nerón dio el siguiente paso en solitario.

El emperador sabía muy bien que si se divorciaba de Octavia corría el riesgo de quedar a merced de sus rivales. Otros miembros de la familia Julio-Claudia eran, como Nerón, descendientes de Augusto y podían aducir que pertenecían legítimamente al real y divino linaje. Nerón no corrió ningún riesgo. Había dos pretendientes potenciales de los que Tigelino, que buscaba consolidar su posición, le había advertido. Rubelio Plauto era tataranieto de Augusto por parte de Tiberio; Fausto Cornelio Sila Félix era bisnieto de la hermana de Augusto. Si Nerón se quedaba sin la conexión matrimonial con Claudio, argumentaba Tigelino alimentando la paranoia de su superior, cualquiera de los dos hombres podía disputarle el trono.

Nerón quedó convencido y rápidamente envió sicarios a Asia y la Galia. Cuando volvieron a Roma, llevaban consigo las cabezas de sus víctimas, Plauto y Sila. Su crimen, para variar, había sido la traición. Pero ¿cómo reaccionaría el Senado al enterarse de que dos de los hombres mejores y más virtuosos habían muerto de repente? La respuesta era sencilla: no con mucha sinceridad. Sin Séneca presente, los senadores sabían que toda asociación significativa entre el Senado y el emperador estaba más que muerta. Así que, por temor a ofender al emperador, acataron el hecho. En honor de la patraña de que Nerón había escapado de la muerte por los pelos, decretaron que había que dar las gracias a los dioses. Con sus dos principales rivales muertos, Nerón se centró entonces en su divorcio. Sólo necesitaba un pretexto.

La máquina imperial de rumores se puso a funcionar. ¿Su blanco? Octavia. Se inventó un adulterio con un flautista de Alejandría. Para dar verosimilitud a la acusación, Tigelino torturó a las doncellas de Octavia para que confesaran. Una desafió al torturador: «La boca de Tigelino –exclamó– era más sucia que ninguna parte de Octavia».[19] Al poco tiempo, la mujer

de Nerón fue desterrada a Campania bajo vigilancia militar. En Roma hubo un gran revuelo. Nerón había subestimado el afecto que se profesaba a la hija del divinizado Claudio. Las protestas pronto se convirtieron en revueltas. A Nerón le invadió el pánico. Ansiaba el amor del pueblo más que el respeto del Senado. No quería perderlo, así que hizo un anuncio sorprendente, anuló su divorcio de Octavia. La respuesta del pueblo fue igualmente salvaje. Dieron gracias en el Capitolio, destrozaron las estatuas de Popea y, en medio de la exaltación, incluso invadieron el palacio imperial. Pero la alegría duraría poco. Nerón volvió a cambiar de opinión: Popea sería su esposa al final. Cabe imaginar que Popea se sintió aliviada y encantada. Pero no fue así. Aunque Octavia estaba divorciada y en el exilio, todavía representaba un problema.

Fue el turno de Popea, de apretarle las clavijas a Nerón, de alimentar sus viejos temores. Octavia, le recordó, era de sangre azul, popular e hija de un emperador. Incluso en el destierro podía encabezar una rebelión y desafiar a Nerón. El emperador estaba de acuerdo. Necesitaba que alguien pusiera fin al problema. Había un hombre en el que podía confiar. Llamó a palacio a Aniceto, el asesino de su madre. Sobre la mesa, dijo Nerón, había una jubilación asegurada y confortable, pero con una condición: Aniceto debía confesar que había adulterado con Octavia. Con las manos todavía manchadas con la sangre de Agripina, a Aniceto no le quedó más remedio que acceder. Por fin encajaban todas las piezas del plan asesino.

Nerón convocó una reunión de senadores y consejeros a los que hizo un anuncio: Octavia había planeado un golpe de Estado y para llevarlo a cabo había tratado de seducir al jefe de la flota. Mientras pronunciaba estas palabras, una virtuosa muchacha de veinte años, desterrada en una isla a miles de kilómetros de Roma, era detenida por soldados romanos que le cortaron las venas. Ella, que había visto a su padre y hermano asesinados ante sus propios ojos, se enfrentaba ahora a su propia muerte. Pero la muerte tardó demasiado en llegar. Cuando a los pretorianos se les acabó la paciencia, la ahogaron en los baños. Le cortaron la cabeza y la llevaron a Roma para que Popea pudiera verla.

Nerón avanzaba hacia el abismo. Estaba a punto de poner al descubierto

lo que yacía bajo la pulida capa de barniz de la jefatura del Estado. La táctica, ideada por Augusto, de que el emperador pareciera subordinado a las instituciones cada vez flaqueaba más. En la realidad, Nerón estaba por encima de la ley; no tenía que responder ante nadie y siempre lo había sabido. Lo que estaba cambiando era que cada vez se preocupaba menos de disimularlo. Era una postura muy difícil y propensa a levantar un ejército de enemigos. A pesar de todo, la fortuna sonreía a Nerón. La suerte pronto daría al joven gobernante una oportunidad definitiva de demostrar que aún podía ser un buen emperador, que podía estar a la altura del nombre de Augusto.

LA CRISIS

Con los dos nuevos consejeros, Tigelino y Popea, firmemente instalados en puestos de influencia, llegaron los buenos tiempos. En el lago de Marco Agripa, lo mejor de la ingeniería romana se puso al servicio del placer de la manera más espectacular. Primero se desecó el lago para que Nerón pudiera celebrar una cacería pública de animales salvajes. Luego se volvió a llenar de agua y se representó una naumaquia sensacional. Tras desecarlo de nuevo, se convirtió en circo para gladiadores, pero tampoco ésta fue la última comedia que se representó allí.[20] Nerón encargó entonces a Tigelino que organizara el banquete más tristemente famoso de la época.

Volvieron a llenar el lago de agua y construyeron en el centro una plataforma gigante que flotaba sobre toneles. Allí se levantaron tabernas y lugares secretos de encuentros y citas. En medio, Nerón, Popea y Tigelino hacían de anfitriones de senadores, équites y público en general al estilo más exquisito. Pájaros y animales de miles de colores y de todos los rincones del imperio poblaban la isla de madera. Para más diversión, el teatro improvisado era, apropiadamente, la clave del entretenimiento; mujeres de alta cuna se comportaban como prostitutas y a ningún hombre, ya fuera un aristócrata o un humilde gladiador que había estado la cárcel, le negaban sus favores. En la fiesta estaban todos los amigos aristocráticos de Nerón y los senadores, que estaban acostumbrados a participar en tales acontecimientos y a

aprovecharlos. Sin embargo, Nerón y su corte estaban a punto de despertar con brusquedad de su sueño de placeres decadentes.

El fuego comenzó en una pequeña tienda el 19 de julio de 64, en la zona del Circo Máximo. Pronto creció hasta convertirse en el mayor incendio que conocería la antigua Roma. Se propagó como el rayo por las calles, las casas de viviendas, los pórticos y callejones del centro de Roma, entre el Palatino y el Capitolino. El incendio prosiguió durante seis días, y entonces, cuando se creía apagado, se reavivó y siguió otros tres días. Cuando consiguió sofocarse, sólo cuatro de los catorce barrios de Roma seguían intactos; tres estaban completamente destruidos y de los otros no quedaban más que los chamuscados esqueletos de unos cuantos edificios. Mucha gente murió y miles de viviendas quedaron inutilizadas, lo mismo las colmenas de los pobres que las mansiones urbanas de los senadores hacendados. Roma también perdió parte de su historia: templos y lugares de antiguos cultos asociados con los fundadores de la ciudad, Rómulo, Numa y Evandro.

Nerón estaba en Anzio, a 50 kilómetros de Roma, y pudo ver el incendio debido a la violenta intensidad de las llamas. Puede que dejara de tocar la lira mientras la ciudad ardía, pero también respondió efectivamente y con rapidez. Inmediatamente ordenó que se prestara ayuda a los que huían del fuego. Para los que se quedaron sin casa abrió el Campo de Marte, incluidos los edificios públicos de Agripa, así como los jardines privados de su propio palacio. A la Guardia Pretoriana, bajo el mando de Rufo, se le ordenó construir alojamientos temporales para los que lo habían perdido todo por culpa del incendio. Incluso Tigelino, que había sido jefe de bomberos de Roma, entró en acción a las órdenes de Nerón, respondiendo con efectividad a la crisis. Pero sólo cuando el Senado estuvo en condiciones de evaluar los daños se puso de manifiesto la capacidad de mando de Nerón.

Tras inspeccionar las ruinas, escuchar las recomendaciones de senadores y consejeros, y acceder a pagar personalmente la limpieza de los escombros, Nerón declaró que no quería que en Roma volviera s suceder una tragedia semejante. Propuso normas urbanísticas para limitar la altura de las casas y los bloques de viviendas, y que especificaban las clases de madera que se permitirían en las construcciones. Las calles deberían ser de determinada

anchura y tendrían que estar escrupulosamente diseñadas, siguiendo un plan. Los nuevos edificios tendrían que disponer de un patio interior para que hubiese espacios abiertos entre ellos. Supondrían un violento contraste con los bloques destartalados que tan reciente y trágicamente se habían hundido. Habría que poner pórticos y columnatas a lo largo de las calles y en la parte delantera de las casas. El emperador aseguró que los costearía personalmente. En el caso de que se declarara otro incendio, los romanos debían estar protegidos a toda costa de los escombros que cayeran. Pero estos pasos sólo fueron el principio. Mientras proponía estas medidas, Nerón se dio cuenta de que la terrible tragedia regalaba a Roma una oportunidad de oro. El emperador propuso a los senadores reunidos que no se limitaran simplemente a reconstruir Roma, sino a hacerla más impresionante de lo que había sido, aún mayor que la ciudad construida por Augusto. Tenía que ser la ciudad acorde con la nueva era de Nerón.

La iniciativa del emperador fue acogida con un aplauso jubiloso y enardecido. Nerón cumplió sus promesas: hubo generosos incentivos para que los inversores privados completaran sus edificios y, según describen las monedas del año 64, Nerón restauró con prontitud el templo de Vesta, el Mercado de Abastos y el popular Circo Máximo. Pero los senadores que le aplaudieron descubrirían pronto que los planes públicos de Nerón incluían un proyecto más personal y privado: un nuevo palacio imperial. Se trataba de un proyecto que simbolizaría tanto la inspiración como la tiranía del reinado de Nerón.

Nerón ya se había construido una elegante mansión en el monte Palatino, antigua residencia de Augusto y desde entonces asociado con las residencias imperiales. La mansión de Nerón pasó a ser una simple entrada, un recargado vestíbulo que conducía a un vasto complejo residencial. La Domus Aurea (Casa Dorada) consistía en varias villas y edificios lujosos alrededor de un lago. Los magníficos jardines tenían no solo césped, sino también «sembrados, viñedos, pastos y bosques, con multitud de animales domésticos y salvajes». Era una reconstrucción sintética de la naturaleza, un falso rusticismo con unas vistas exquisitas.[21] También había caprichos, extravagancias y fantasía: grutas, columnatas, pabellones y arcadas. El

complejo llenaba el valle que hay entre el Palatino, el Esquilino y el Celio, y se calcula que medía entre 50 y 120 hectáreas.

El edificio central era el palacio principal de Nerón, dos grandes alas de dos plantas, con habitaciones de complicado diseño, que flanqueaban un patio central. Parte del palacio aún sobrevive. Los arquitectos Severo y Celer utilizaron estilos atrevidos y técnicas nuevas que pueden observarse en un vestíbulo octogonal del ala este, techado por una cúpula que incorporaba lo último en bóvedas. Incluso la iluminación era revolucionaria: una serie de tragaluces abiertos en el tambor que se apoyaba en las ocho paredes del vestíbulo y sostenía la cúpula. Al nivel del suelo, las ocho paredes permitían otra sofisticación: las tres delanteras daban al parque, cuatro a habitaciones abovedadas, y la última, detrás, daba a una escalinata por la que bajaba el agua. Las secciones de palacio que son visibles actualmente revelan que Nerón también empleó a los más grandes pintores de la época, que aportaron exquisitas pinturas, elegantes frescos y decoración mural en los dormitorios y salones que daban al vestíbulo.

El palacio también era un escaparate de innovaciones técnicas y objetos novedosos. Los baños contaban con agua corriente salada del mar y agua sulfurosa de manantiales naturales. En el techo de los comedores, tablas móviles de marfil dejaban caer petalos de flores sobre los invitados, mientras cañerías disimuladas los rociaban con perfume. El plato fuerte era el techo de la sala de banquetes, que giraba constantemente, reproduciendo el cielo del día y de la noche.[22] La Domus Aurea fue el último grito de la moda y el buen gusto, exquisita en todos y cada uno de sus detalles. Todo el que entraba en ella quedaba seducido por su fascinante elegancia y ambición artística. Pero fuera había una realidad diferente: para muchos ciudadanos Nerón estaba convirtiendo el centro de la ciudad en una residencia privada dedicada a su placer.

La Domus Aurea despojó a la plebe de lugares para vivir; los grafitos urbanos y los versos satíricos decían que el palacio se estaba tragando a la misma Roma. Los conservadores denunciaron la ruptura con la tradición; el palacio del placer de Nerón incluso había engullido el lugar dedicado al templo de su padre adoptivo, el divino Claudio.[23] Esto demostraba, decían

los críticos de Nerón, que la piedad filial, una virtud romana tradicional, había desaparecido. La gente propaló rumores malintencionados que sugerían que el incendio había sido iniciado deliberadamente para despejar Roma y prepararla para la fantasía megalómana de Nerón. Esta acusación fue potenciada por otro rumor que decía que el segundo incendio había empezado en la finca de Tigelino. Fue tal el poder de los rumores que Nerón recurrió a medidas drásticas. Buscó chivos expiatorios y los encontró en la secta de los cristianos, que fueron detenidos y, para entretener a la plebe, ejecutados en los jardines imperiales y en el restaurado Circo Máximo. Los cristianos fueron vestidos con pieles de animales salvajes y devorados por perros, o crucificados y luego convertidos en antorchas que iluminaron el cielo nocturno.[24]

Un símbolo digno de los excesos de Nerón fue la escultura erigida en el vestíbulo del nuevo palacio: una estatua de bronce de 36 metros de altura que representaba al emperador, con una corona de rayos de sol rodeando su cabeza. Con estos despilfarros, Nerón, sus consejeros y el Senado no tardaron en comprender que la reconstrucción de Roma, y sobre todo aquel palacio de ensueño, iba a costar dinero, mucho dinero. Pero lo que no calcularon los senadores fue que Nerón aprobaría medios indignantes para obtenerlo:

> Italia fue saqueada en busca de fondos y las provincias arrasadas, tanto las comunidades privilegiadas como las que no tenían privilegios. Incluso los dioses fueron incluidos en el botín. Los templos de Roma fueron robados y vaciados del oro dedicado a los triunfos y los exvotos, las ambiciones y temores de generaciones de romanos.[25]

Para costear la nueva Roma, Nerón no sólo pasó por encima de todas las tradiciones antiguas. Parecía dispuesto a arruinar el imperio para inaugurar su nueva era. La crisis económica y política comenzó a minar la administración de Roma y sus provincias. ¿Por qué estaba haciendo esto Nerón? El simbolismo de la Domus Aurea era más profundo que la crisis económica producida por los crecientes costes de su construcción. Al mismo tiempo, da una idea de por qué se aceleró la oposición contra Nerón.

La Domus Aurea fue un empeño artístico para demostrar la supremacía de Nerón, su superioridad sobre los demás, su derecho a ser la persona más

poderosa del estado. Sentía la necesidad de hacer esto debido a la inseguridad creada por la monarquía hereditaria de Augusto y fomentada por Agripina. Nerón creía que había descubierto la forma de resolver este asunto de una vez para siempre. Cuando el palacio fue parcialmente habitable, se comentó que dijo: «¡Magnífico! Por fin podré vivir como un ser humano».[26] Sólo el mayor palacio que había conocido el mundo podía representar la vida normal para Nerón. Bajo esta actitud estaba la realidad y la expresión de la superioridad de Nerón sobre todos los demás habitantes del estado. Sí, había zonas de palacio que fueron abiertas a la plebe y es verdad que Nerón daba la impresión de abrir su casa a los ciudadanos de a pie. Pero la imagen que daban estas concesiones no era la de un palacio del pueblo, sino la de un monarca que generosamente hacía donativos desde su posición suprema.[27] El cambio en el estilo de gobierno desde Augusto hasta Nerón no podía expresarse con más claridad. El primer emperador había subrayado la modestia de su villa. Su casa del Palatino decía: «Soy como cualquier otro senador». La de Nerón decía: «No soy igual a nadie; soy mejor». ¿Por qué necesitaba subrayarlo?

Cuando Augusto terminó la guerra civil y fundó un nuevo estado desde su posición de emperador, era evidente que la parte del león estaba en sus manos: tenía la lealtad del ejército y había amasado una increíble fortuna personal conquistando las riquezas de Egipto. Este poder le situaba por encima del resto de romanos y le daba licencia para dominar el estado. Mientras Augusto se comportó con tacto y camufló su poder supremo tras una fachada constitucional, el resto de la oligarquía se lo toleró. Pero el derecho de Nerón a tener la misma posición no era tan evidente. No era muy respetado en el ejército, ya que no había tenido ocasión ni interés por ganárselo mediante conquistas militares. No tenía recursos económicos importantes. La posición se la debía únicamente a la herencia. Estaba allí por nacimiento, nada más.

Los asesinatos de su madre Agripina, de la bisnieta de Augusto y de su esposa Octavia habían debilitado aún más el derecho de Nerón a ocupar el trono y temía que otros descendientes de la familia Julio-Claudia pudieran también tenerlo y estuvieran esperando entre bastidores como rivales en

potencia. La gota que colmó el vaso fue Séneca. Cada vez más alejado, el viejo preceptor de Nerón ya no estaba a mano para aconsejarle cómo disimular su poder, manejar el Senado y gobernar afablemente, con tacto, transparencia y clemencia. Por todas estas razones, y para mitigar la inseguridad que sentía sobre su derecho a ser emperador, Nerón buscó un consuelo por encima de todo: perseguir un estilo de gobierno que confirmara explícita y agresivamente que era superior a sus rivales.

Mediante el esplendor inigualable de la Domus Aurea, mediante sus artísticas virtudes y ambiciones, Nerón hacía hincapié, no sólo en su excelencia, sino en su superioridad y eminencia sobre todos los demás. Era algo desagradable para los senadores y équites con ambición. Al año siguiente, un pequeño grupo de équites planeaban seriamente librarse de él.

LA CONSPIRACIÓN

Lo que convirtió las quejas y gruñidos de unos cuantos aristócratas desafectos que querían mejorar sus bienes en un intento serio de matar al emperador fue la participación del prefecto de la Guardia Pretoriana, Fenio Rufo. En 65 d.C. hacía ya tres años que el capaz y eficiente Rufo venía sufriendo ofensas y calumnias por parte de Tigelino, mientras éste aumentaba su poder como consejero personal del infinitamente sugestionable emperador. En el círculo de Rufo había otros hombres que eran personajes clave de la guardia de Nerón: coroneles, capitanes y oficiales inferiores. Su apoyo era de vital importancia.

Los conspiradores estaban dirigidos por el senador Flavio Escevino y su plan era sencillo: reemplazar a Nerón por uno de los suyos, Cayo Calpurnio Pisón. Pensaban que Pisón era el candidato ideal. Procedía de una familia ilustre y aristocrática de la república; también podía alardear de haberse emparentado con la dinastía Julio-Claudia en tiempos de Julio César y Augusto. Era popular entre la plebe como senador y abogado que a menudo había salido en su defensa. Afable, amable y brillante invitado en las fiestas de la alta sociedad, era un político que contaba incluso al mismo Nerón entre

sus amistades. Pero ahora estaba dispuesto a traicionar esa amistad, obligado, según él, por la necesidad de rescatar la libertad del estado de las garras de un emperador tiránico y codicioso que estaba hundiendo Roma. Otros decían que obraba por pura ambición.

Los conspiradores vacilaron y sus planes corrieron peligro de conocerse. Una liberta llamada Epicaris había intentado atraer a Próculo, un capitán de la flota, sin darse cuenta de que confundía sus discrepancias con el régimen de Nerón con el deseo de unirse a la conjura. Próculo, aunque no conocía el nombre de ningún conspirador, avisó a Nerón y Epicaris fue detenida y encerrada. La prisa por actuar se había desatado. Los conspiradores se reunieron discretamente para decidir cómo matar a Nerón. Uno sugirió invitar al emperador a la lujosa villa de Pisón en Bayas, pero Pisón se negó a profanar la sagrada relación entre anfitrión e invitado, aduciendo que estaría muy mal visto. En secreto temía que, si mataban a Nerón lejos de Roma, se hiciera con el poder otro aristócrata rival, Lucio Junio Silano Torcuato, descendiente de Augusto, y les robara los frutos de la conspiración. Finalmente, los conspiradores decidieron entrar en acción durante los juegos del Circo Máximo, un lugar en el que estaría Nerón obligatoriamente.

Antes de disolver la reunión, ensayaron cómo atacar al emperador. Los senadores más fuertes se le acercarían con una petición de ayuda económica. Entonces lo tirarían al suelo y lo sujetarían mientras los decepcionados pretorianos lo mataban a puñaladas. Dirigiría la sangrienta operación el senador Escevino, que llevaría una daga escondida en la toga como símbolo de sus intenciones. Escevino había cogido el arma en un templo consagrado a la diosa Seguridad. El crimen que iban a cometer en nombre del bienestar del Estado, pensaban los asesinos, tendría así más apoyo. La verdad es que el ensayo tuvo todos los ingredientes de una tragedia macabra, como una reposición rutinaria del asesinato de otro tirano, Julio César.

La noche anterior al crimen, Escevino estaba de un humor melancólico. Firmó su testamento y ordenó sus asuntos, incluso liberó a sus esclavos y les dio regalos. Un esclavo, Milico, recibió de su amo dos últimos encargos: afilar la daga y preparar vendas para las heridas. Milico sospechó inmediatamente, pero entonces llegaron algunos invitados a cenar y el

senador dio la impresión de estar tan cordial como siempre. Pero su animada conversación no pudo ocultar del todo su preocupación interior.

Milico también estaba preocupado aquella noche. Su mujer le instigaba para que revelase al emperador cualquier peligro que pudiera acecharle, con la esperanza de recibir una recompensa, y a él le escocía la posibilidad de no ser el primero en revelar el peligro, de modo que al día siguiente salió a escondidas de la casa para informar a Nerón de sus sospechas. Al principio los guardias de la puerta no le hicieron caso, pero al final triunfó su perseverancia. Acompañado por un liberto de Nerón, Epafrodito, obtuvo audiencia con el emperador.

Escevino fue arrestado inmediatamente y llevado a palacio, donde fue interrogado personalmente por Tigelino. El senador, un modelo de calma y tranquilidad, negó todas las acusaciones; la daga, dijo, era un recuerdo familiar que había robado un liberto ingrato y deshonesto. ¿Y el testamento? Bueno, dijo el otro, a menudo añado cláusulas y libero esclavos para marear a los acreedores. Estas respuestas minaron el testimonio de Milico y dieron credibilidad a Escevino. La investigación oficial de la presunta traición era ahora una escena incómoda y embarazosa. Pero en el preciso momento en que el penoso asunto tocaba a su fin y Escevino se disponía a irse, Milico hizo una última declaración. Tenía más información sospechosa. Había visto a Escevino hablando mucho con el équite Antonio Natalis.

Presintiendo la tragedia, Tigelino quiso comprobar si coincidían las versiones de Escevino y Natalis. El équite fue detenido inmediatamente y llevado a palacio. Los dos hombres fueron interrogados por separado y sus versiones difirieron. Para llegar a la verdad, Tigelino cambió la sutileza del interrogatorio por la afilada herramienta de la tortura. Y al poco tiempo, como era de esperar, lo supo casi todo. Al primer atisbo de dolor, Natalis fue el primero en venirse abajo, y en presencia de Nerón. Denunció a Pisón y luego, muerto de miedo, barbotó otro nombre: Séneca. Tigelino fue rápidamente a la otra sala de interrogatorios y puso ante Escevino la confesión de Natalis. Derrotado, el senador delató a todos los implicados. El descubrimiento de una conspiración tan amplia dio de lleno en el punto más débil de la inseguridad de Nerón: después de toda su magnánima generosidad

y de todo lo que había dado a los senadores, ¿así le expresaban su gratitud?

La posibilidad de que el régimen de Nerón no fuese una tiranía se desvaneció en el terror que siguió. El ejército ocupó las murallas que rodeaban Roma y sus arrabales y las bloqueó; en todas partes había indicios del estado de excepción. Todos y cada uno de los delatados sufrieron la ira de Nerón. Los soldados de Tigelino detuvieron a todos los que pudieron y los encadenaron a las puertas de palacio. Aunque al principio casi todos se negaron a confesar, finalmente cedieron ante la tortura o la promesa de inmunidad. En el proceso incriminaron a sus asociados e incluso a miembros de sus propias familias. Los juicios solían ser informales; se acusaba a la gente con indicios mínimos. Durante la campaña de terror de Nerón, haber estado relacionado con un conspirador conocido, o haber tenido «una conversación o reunión casual, o entrado juntos en una fiesta o en un espectáculo» equivalía a ser culpable.[28]

Sin embargo, nadie había denunciado todavía al prefecto del pretorio, Fenio Rufo. Para ocultar a Tigelino y a Nerón su implicación en la conjura, intimidó, torturó e interrogó con más ferocidad que los demás. Durante un violento «juicio», un oficial pretoriano que tampoco había sido delatado miró disimuladamente a Rufo; buscaba una señal de si debía seguir adelante y matar a Nerón. Pero cuando el oficial se disponía a desenvainar la espada, Rufo se echó atrás y se lo impidió. Perdida esta última oportunidad, las brasas de la conspiración se convirtieron en ceniza.

Mientras, la sangrienta purga entre la aristocracia se hizo más feroz. Durante los primeros días habían animado a Pisón a ir al campamento pretoriano, a ir al Foro, a ir a todas partes para levantar al ejército y al pueblo contra el emperador. Pero había decidido no hacerlo. En su lugar, se suicidó abriéndose las venas antes de que los soldados de Tigelino lo detuvieran. El espectacular fracaso de la conspiración quedó simbolizado en el testamento de Pisón: para proteger a su mujer de la venganza imperial, agasajaba a Nerón. Sin embargo, Séneca no se rindió tan rápidamente.

El preceptor de Nerón no había querido tomar parte en la conjura; Natalis lo había delatado porque quería complacer a Nerón. Aunque retirado, Séneca era una espina en la conciencia del emperador, y Natalis sabía que Nerón

hacía mucho tiempo que deseaba librarse de él. El cobarde intento de evitar la muerte congraciándose con el emperador funcionó, y Nerón aprovechó la oportunidad de silenciar a Séneca para siempre. Cuando llegaron los guardias y rodearon su casa, el viejo senador estaba cenando. No teniendo nada que ocultar, Séneca alegó con dignidad que era inocente. El oficial del destacamento, Gavio Silvano, informó a Nerón, pero el antiguo alumno de Séneca prefirió pasar por alto el pequeño detalle de la inocencia de su preceptor y volvió a enviar al oficial al campo, esta vez con una sentencia de muerte.

Pero Silvano guardaba un terrible secreto: él mismo había sido uno de los conspiradores. Ahora iba a prolongar los crímenes que había jurado vengar uniéndose a la conspiración. No pudo dar la orden directamente y envió a uno de sus subordinados. Al igual que Pisón y muchos otros, Séneca prefirió suicidarse abriéndose las venas. Empezó dándose los cortes en los nervudos brazos. Como el proceso era demasiado lento, se cortó las venas de los tobillos y de las corvas. Paulina, la mujer de Séneca, quiso morir con su esposo y habría hecho lo mismo, pero Séneca, temiendo que al verla a ella se debilitara su resolución y se intensificara su sufrimiento, le pidió que fuera a otra habitación. Nerón había previsto aquel pacto conyugal y, para vengarse del todo –¿o para hacer alarde de clemencia?–, había ordenado a sus soldados que no dejaran morir a la mujer de Séneca. Reanimaron a Paulina, le vendaron las heridas y sobrevivió: como un fantasma quejumbroso.

Era inevitable que Rufo fuera traicionado por los demás conspiradores; eran demasiados los que querían verlo en el fango por el papel que había desempeñado en su propia caída, y el senador Escevino era uno de ellos. Cuando, en un interrogatorio, Rufo presionó al senador para que diera más información, se sobrepasó. El jefe de la conspiración respondió fríamente: «Pregúntate a ti mismo. Nadie está mejor informado que tú».[29] El estupefacto silencio delató a Rufo y fue detenido. Puede que Tigelino saltara por dentro de alegría al ver la derrota definitiva de su colega.

Ayudado por Ninfidio Sabino y otro senador, el adulador Petronio Turpiliano, ambos leales aliados del emperador, Tigelino limpió de conspiradores la Guardia Pretoriana y el Senado. Para asegurarse la futura

lealtad de los pretorianos, Nerón dio a cada soldado una prima de 2.000 sestercios y cereal gratis. A Turpiliano y Tigelino se les concedieron triunfos honorarios, mientras que Sabino recibió un consulado y apoyo para suceder a Rufo como jefe de la Guardia Pretoriana. Por último se celebró la habitual ronda de felicitaciones, conmemoraciones y ofrendas a los dioses, con Nerón en cabeza. Acobardado, el Senado se integró servilmente en la ceremonia.

Con el Estado asegurado y el emperador invicto, Nerón manifestó un poco de equilibrio y circunspección perdonando a Natalis por haber confesado y salvando a algunos otros. Sin embargo, dio otro paso hacia la tiranía cuando declaró que quería satisfacer la mayor ambición de su vida. Actuar. En directo. En Roma.

LA CAÍDA

Por las columnatas de las calles de Roma, por las casas y baños de los principales estadistas corrían innumerables rumores. Los senadores estaban intentando desesperadamente evitar una nueva crisis. El emperador de Roma, el hombre más poderoso del mundo, estaba a punto de consagrarse oficial y muy seriamente como actor, una vil profesión despreciada con toda el alma por la oligarquía conservadora. ¿Dónde? En el teatro de Pompeyo el Grande. ¿Cuándo? En los segundos juegos Neronianos. En la república y durante los primeros días del imperio, los magistrados importantes celebraban juegos para consolidar el prestigio y la influencia de su familia en el Estado. Ahora Nerón consolidaba su supremacía costeando personalmente los Neronianos, los mayores juegos de la época. Todos los ciudadanos romanos de Italia y las provincias fueron invitados, y la humillación y el descrédito del emperador, según los rumores, iban a ser absolutos.

Los senadores idearon rápidamente un plan: en una reunión del consejo privado del emperador sugirieron concederle con antelación el trofeo al ganador en la categoría de canto; y también en la categoría de oratoria política, para restar méritos a la farandulera especialidad elegida por Nerón. El emperador les reprochó su hipocresía: iba a actuar en público, dijo, y

debían juzgarle en condiciones de igualdad con el resto de artistas que competían en el concurso. No recibiría un trato de favor.

Mientras el emperador ensayaba asiduamente, el oficial que presidía los juegos eligió un tema: la edad de oro. Esto se atribuyó al hecho de que los Neronianos tenían que coincidir con la búsqueda de un tesoro del que había dado noticia un cartaginés oportunista llamado Ceselio Basso. Basso consiguió convencer a Nerón de la existencia del tesoro con tanta firmeza que el emperador seguía gastando en juegos, en el palacio y en la reconstrucción de su nueva Roma, confiando en la aparición del tesoro. No apareció. En el ínterin, como el tema elegido sugería, los juegos iban a ser gloriosos y espléndidos. Habría sacrificios complejos y extravagantes y vistosos desfiles con imágenes de los dioses y del emperador. Las competiciones al estilo griego consistían en carreras de carros, pruebas de atletismo, certámenes de poesía, heráldica y lira, y representaciones de comedias y tragedias. Incluso había un elemento excitante y transgresor, ya que en las pruebas de atletismo los participantes iban desnudos; Augusto había prohibido entrar a las mujeres, pero ahora iban a estar presentes no sólo las mujeres nobles y de la plebe, sino también las vírgenes vestales. Estas sacras doncellas de la aristocracia consagraban treinta años de su vida al servicio de los dioses del hogar. Su participación también tenía origen helénico: los griegos invitaban a las sacerdotisas a acontecimientos similares, así que Nerón también quería hacerlo. Se le habían concedido todos los deseos, pero el desastre esperaba entre bastidores.

Cuando Nerón subió al escenario para participar en su certamen, recitar pasajes de tragedia, apareció con miembros de la Guardia Pretoriana; eran el espinazo militar de Roma, la policía de élite del emperador, y ahora se dedicaban a transportar el instrumento musical de Nerón. El emperador tenía un aspecto inseguro y grotesco con el atuendo de actor: llevaba la máscara apropiada, un inquietante rostro de ancha frente, coturnos, una túnica ampulosamente bordada y de muchos colores y, debajo, un relleno en el torso para realzar su presencia en el escenario. Después del recital declamó un pasaje de su poema sobre la caída de Troya. La plebe le aplaudió a rabiar. Deslumbrados y encantados porque el emperador en persona recitaba para

deleitarles, le pidieron que interpretara algo más.

Entre bastidores, un amigo aristócrata llamado Aulo Vitelio animaba al emperador a satisfacer los deseos del público. Sus ruegos dieron excusa a Nerón para acceder a las demandas de la gente y volver al escenario, esta vez para tocar la lira y cantar. Sinceramente temeroso del veredicto de los jueces, y convencido de que estaba compitiendo con otros intérpretes en igualdad de condiciones, Nerón se tomó muy en serio su papel y siguió las normas al pie de la letra: mantuvo la pose digna requerida, evitó limpiarse el sudor con un paño y no dejó ver que se aclaraba la garganta y la nariz. Cuando terminó de recitar, con una rodilla en tierra y los brazos tendidos hacia la multitud, Nerón esperó el veredicto. Los jueces representaron una buena comedia mientras hacían como que discutían sobre a quién entregaban el primer premio. El ganador fue Nerón.

Las masas estallaron en aplausos y vítores. Sin embargo, consta en las fuentes que muchos équites disgustados mostraron su descontento pataleando y yéndose. Con las prisas, algunos fueron aplastados. La verdad es que por debajo del júbilo se percibían siniestros indicios de tiranía. Los ciudadanos más conservadores de Italia y las provincias estaban horrorizados. A pesar de todo, aplaudieron con los demás. No tenían más remedio: les obligaban los miembros de la claque de Nerón, introducidos entre el público por el emperador. Estos jóvenes ambiciosos, llamados los augustanos, eran aspirantes a artistas y formaban una división especial de 5.000 équites nombrados por Nerón. Como fans oficiales del emperador, daban coscorrones o codazos, convencían y hostigaban a los espectadores aburridos u horrorizados. También hacían de policía secreta, pues espiaban entre la multitud y anotaban los nombres de los que no prestaban atención o de los que no tenían aspecto de estar disfrutando.[30]

No aplaudir al emperador equivalía a una traición. Pero éste fue sólo uno de los aspectos de los juegos que la oligarquía senatorial encontró difícil de tragar, pues Nerón no sólo les estaba obligando a ellos a aplaudirle; con los Neronianos, el emperador también buscaba el apoyo del pueblo para eliminar totalmente al Senado de la gestión política. Los magníficos juegos fueron una parodia, pues no había ninguna igualdad entre el primer ciudadano y el

Senado. Se trataba de una forma de decir sin ambages que Nerón estaba por encima de las instituciones: quería ganarse al pueblo apelando a sus emociones, inspirando reverencia y promoviendo su exaltación como individuo. Ningún otro, murmuraban los senadores con envidia, habría podido celebrar unos juegos que igualaran a éstos. Ninguno podía ganarse el favor del pueblo como Nerón.

Al año siguiente, se organizaron espectáculos aún más extravagantes y ofensivos, y en cada ocasión la imagen de Nerón era la misma: era un tirano que se retiraba a un mundo de fantasía, un tirano incapaz de distinguir lo real de la ilusión. El funeral de Popea fue uno de aquellos momentos. Poco después de los juegos, Nerón había matado de un puntapié a su esposa, que estaba embarazada; volvía de las carreras de carros y estaba furioso. Popea había dicho que quería morir en la flor de la juventud, así que consiguió lo que quería.[31] El funeral público, lleno de desfiles y ceremonias que reflejaban el dolor de Nerón, volvió a saltarse todas las tradiciones y el sentido del decoro: Popea no fue incinerada al estilo romano, sino embalsamada con especias, al estilo de los potentados orientales. Nerón subió a la tribuna, ensalzó las virtudes de su amor y anunció la divinización de una mujer a quien muchos aristócratas consideraban de baja cuna y ascendencia cuestionable. Nerón guardó la última afrenta para el final. Ordenó que su cuerpo descansara en el mausoleo del divino Augusto.

No es de sorprender que un senador considerara esto una profanación demasiado ofensiva para soportarla. Publio Clodio Trasea Peto era un senador rebelde y de principios que había osado enfrentarse a las decisiones de Nerón en el gobierno. Se había marchado durante la votación relativa a las falsas acusaciones presentadas contra la madre de Nerón y ahora volvía a dar la nota. Hizo patente su repugnancia no asistiendo al funeral de Popea. A partir de aquel día, Nerón buscó una excusa, la que fuera, para despachar a aquel digno aristócrata para siempre. Su oportunidad no tardó en presentarse.

A principios de 66 el yerno de Tigelino, Cossutiano Capito, presentó una acusación contra Trasea. El senador fue acusado de no honrar el bienestar del emperador: no había asistido a la ceremonia del juramento que recibía el nuevo año. El motivo privado de Capito fue una vieja rencilla con Trasea; el

senador había ayudado a una delegación de la provincia de Cilicia a presentar cargos contra él por extorsión mientras era gobernador. El juicio contra Trasea comenzó en mayo. Por los centenares de soldados que protegían nerviosamente las puertas del Senado, los tribunales y los templos cercanos, saltaba a la vista que lo que estaba en juego era mucho más que la inocencia de Trasea. En realidad, se estaban perfilando los órdenes de batalla de las dos facciones enfrentadas: en un bando el emperador, su camarilla y los senadores serviles; en el otro la espina dorsal del Senado, tratando de reafirmar su autoridad una vez más. La guerra encubierta estaba abriendo una grieta en la armoniosa superficie del supuesto gobierno conjunto entre el emperador y el Senado. Pero, como de costumbre, sólo hubo un vencedor. Tras una serie de maliciosas acusaciones, Trasea fue declarado culpable y eligió su propia muerte: el suicidio. La lucha contra la corrupción y la tiranía, y la batalla por la dignidad senatorial, el prestigio y la responsabilidad en el gobierno se había perdido a la vista de todo el pueblo.

Pero la plebe no parecía preocuparse. No prestó atención al feo asunto de Trasea porque estaba más interesada por otra costosa celebración de Estado que Nerón había programado intencionadamente: la coronación del rey Tirídates de Armenia. Iba a ser un desfile político con mucho aparato, para representar la victoriosa pacificación de la frontera oriental del imperio con Partia, el hostil imperio vecino. Tirídates, como rey-cliente de Roma, gobernaría el reino de Armenia, que se encontraba entre los dos. El general que había conseguido esta triunfal pacificación había sido el brillante y honorable Cneo Domicio Corbulón, aunque durante la ceremonia estaría en Oriente.

No se reparó en gastos para la recepción del rey. A Roma le costó 800.000 sestercios al día que Tirídates y su cortejo de familiares, sirvientes y 3.000 jinetes entraran en la capital tras un viaje de nueve meses. Cuando llegó la comitiva, fue recibida por una megalópolis vestida de guirnaldas, banderas de colores e iluminación de fantasía; los pretorianos vigilaban las calles con sus mejores corazas, y los ciudadanos llevaban sus ropas de gala mientras se aproximaban al Foro por millares, abarrotando las calles y los tejados para ver algo de la gran ocasión.[32]

La coronación tendría lugar en el Gran Teatro de Pompeyo, cuyo interior se había chapado con pan de oro para la ceremonia. El escenario donde Tirídates se arrodillaría ante Nerón se había techado con un inmenso toldo para protegerles del sol; en el toldo se había bordado la figura de Nerón conduciendo un carro y rodeado de constelaciones celestes. Cuando Tirídates comparó al emperador con el dios oriental Mitra, los frustrados senadores que contemplaban el espectáculo se quedaron consternados. El contraste entre el juicio y suicidio de dignos senadores y la teatral glorificación y sumisión del potentado extranjero, asunto en el que Nerón apenas había tenido parte, era realmente nauseabundo. Las cosas no podían ir peor. Pero fueron peor.

El coste conjunto de la Domus Aurea, los segundos Neronianos, el funeral de Popea y ahora la recepción de Tirídates hizo que las finanzas del imperio entraran en una espiral de descontrol. Para evitar la ruina económica, se devaluó la moneda, pero en 66 y 67 Nerón adoptó medidas más radicales. Por entonces temía ya a cualquier aristócrata que pudiera rivalizar con él en riquezas. Creía que sus casas, fincas y posesiones eran la base auténtica, la prueba de su eminencia en el Estado; los hombres con riquezas legendarias eran, por tanto, rivales que podían disminuir su importancia.[33] En consecuencia, se puso a matarlos por su dinero. Fue como la continuación de la purga que había llevado a cabo el año anterior, pero esta vez sin la excusa de una conspiración de asesinato que la justificara.

Tigelino desempeñó de nuevo un papel decisivo en la purga, y el proceso de eliminación fue sencillo. Un aristócrata cuya riqueza fuera deseada, era falsamente acusado de traición: siempre había a mano un esclavo, un compinche, un senador servil o un équite deseoso de medrar, de eliminar un enemigo o de saldar una cuenta pendiente, para que hiciera de informador y presentara la acusación. Los cargos eran muchos y variados. Casio Longino fue acusado de honrar a su antepasado Casio, el asesino de Julio César, fundador de la dinastía Julio-Claudia; la acusación contra Lucio Junio Silano Torcuato fue que había dado a sus esclavos y subalternos títulos que habitualmente llevaban los miembros de la casa imperial, como si él mismo aspirase a ser emperador; otros fueron acusados de incesto, de magia negra y de consultar a los astrólogos sobre la muerte de Nerón. Todas las

acusaciones, según Tácito, eran ridículas.

A menudo los acusados elegían la solución más honrosa y se suicidaban después de haber legado casi toda su riqueza al emperador con el fin de proteger una pequeña parte para la familia. Pero si se resistían a firmar el testamento, como en el caso de Anteius Rufo, Tigelino acudía con un abogado o un testigo que le hacía firmar a la fuerza y se aseguraba de que el dinero fuese a parar al emperador, o directamente a Tigelino, si la víctima no quería morir. Aunque muchos fueron asesinados de esta forma, otros escaparon de la muerte «comprando su vida» a Tigelino.[34]

Con esta serie de tiránicos asesinatos, muchos que estaban en los escalones inferiores de la oligarquía –familiares, aliados, asociados, amigos y dependientes de los senadores y équites perseguidos– se volvieron contra el emperador. La plebe seguía amando al emperador populista, maravillándose de sus lujosas exhibiciones y grandes espectáculos.[35] Pero los que tenían medios más sólidos adoptaron una actitud muy diferente. Ahora se consideraban robados, sin posibilidad de heredar nada y sin ninguna esperanza de prosperar en el futuro en la vida pública. Si hacían falta más pruebas, sólo tenían que mirar los templos de Roma e Italia. Éstos habían sido saqueados y se habían fundido las antiguas reliquias sagradas, las estatuas y tesoros ganados durante siglos de gloriosa república. Era como si se hubiera arrancado la raíz del carácter romano y de sus antiguas virtudes.

Nerón se tomó esta desilusión creciente como un rechazo personal. Se sintió herido por la ingratitud que se le mostraba después de todo lo que había hecho por el pueblo. Lejos de abordar de frente la creciente crisis, la respuesta de Nerón fue retirarse aún más a su mundo de fantasía. Dijo que quería escapar de Roma, que cada vez le gustaba menos, para ir a un lugar de almas afines que realmente le apreciaran y que fueran merecedoras de su talento. Así que en septiembre de 66, con un séquito de criados, libertos, senadores complacientes y équites, y algunos guardias pretorianos encabezados por Tigelino, Nerón partió hacia Grecia.

Antes de irse infligió una última afrenta a la oligarquía, la señal más clara de que no contaba para nada. La afrenta fue la persona que eligió para que le sustituyera en la gestión de los asuntos de Roma. No fue el cónsul del año, ni

siquiera un senador, sino un vicioso liberto de palacio: Helio. Se le dio autoridad total para desterrar, confiscar e incluso ejecutar a ciudadanos, équites y senadores. El historiador Dión Casio no pudo contener una sonrisa:

> Así el imperio fue en aquel tiempo esclavo de dos emperadores a la vez, Nerón y Helio; y soy incapaz de decir cuál de los dos era peor. En muchos aspectos se comportaban exactamente igual, siendo el único punto de diferencia que el descendiente de Augusto emulaba a los tañedores de lira y a los actores, mientras que el liberto de Claudio emulaba a los césares.[36]

Lejos de la capital, Nerón aprovechó su visita a los grandes juegos panhelénicos de Grecia para dar a conocer lo mejor de su trayectoria artística. Y por esta actitud las ciudades-Estado griegas lo acogieron con alegría. Aunque algunas celebraciones cuatrienales, como los Juegos Olímpicos, no tocaban aquel año, los griegos los adelantaron para que coincidieran con la visita de Nerón. Pero para Nerón, la participación en las competiciones significaba mucho más que libertad artística. Era una oportunidad de silenciar a sus críticos y derrotar a sus rivales de Roma. Para una sociedad militarizada que valoraba la virtud y la excelencia por encima de todo, Nerón reafirmaría de una vez para siempre su supremacía como emperador; el campo elegido para demostrar su excelencia no fue la guerra, como había hecho Augusto, sino el teatro.

En los Juegos Píticos, Nemeos, Délficos y Olímpicos, Nerón ganó un trofeo tras otro en las carreras de carros, el certamen de la lira y la declamación de pasajes trágicos. Además, los organizadores de los Juegos Olímpicos tuvieron que añadir concursos musicales a la competición porque tradicionalmente incluían sólo atletismo. Mediante estas victorias, Nerón continuó demostrando su superioridad sobre los senadores. Pero ni siquiera así le abandonó la inseguridad. Envió un mensaje ordenando a Helio asesinar a Sulpicio Camerino y a su hijo simplemente por apellidarse Píticos, ya que creía que disminuía la gloria que había conseguido en los juegos del mismo nombre. Pero Nerón se reservó el crimen más ofensivo para Grecia. Invitó al general Corbulón, el hombre al que debía todos los triunfos de la política extranjera romana en el este, a reunirse con él en Grecia. En su

correspondencia se dirigía a él como «padre» y «benefactor». Pero cuando Corbulón desembarcó en Corinto sin armas, no tuvo precisamente la bienvenida que un emperador dispensa a un héroe. Fue recibido por los esbirros de Nerón, que le obligaron a suicidarse. Según los rumores, Nerón se estaba preparando para subir al escenario y mientras estaba vestido con la túnica talar de actor, fue incapaz de saludar al hombre que había pacificado la frontera de Roma con Partia, el hombre que representaba todo lo que era virtuoso y excelente.[37]

Mientras duró la gran gira, en su cabeza no dejaron de agitarse, además del miedo a los rivales, otros demonios, ansiedades e inseguridades. Se negó a visitar el santuario de las Furias en Atenas por miedo a despertar la ira del espíritu de su madre. El espíritu de Popea también tenía una larga sombra, como si las máscaras de los personajes femeninos que representaba en el escenario se hubieran diseñado adrede para parecerse a ella. A Esporo, uno de sus libertos, le llamaba «Sabina» (otro nombre de Popea), por su parecido con ella. De hecho, Nerón incluso lo hizo castrar y celebró una ridícula ceremonia nupcial con él, en la que Tigelino hizo entrega de la «novia». Desde entonces, Nerón llamaba afectuosamente a Esporo su «reina» y su «señora», como si Popea estuviera viva y formara parte de la gira. «Después de esto, Nerón tuvo dos compañeros de cama al mismo tiempo: [el liberto] Pitágoras, que hacía el papel de marido, y Esporo, que hacía el papel de esposa.»[38]

Y prosiguieron las fiestas, los placeres y las artes. Nerón estaba en el viaje de su vida. Robó muchas obras de arte famosas con una actitud crudamente imperialista, y los atenienses inscribieron en bronce el nombre del emperador en el dintel de su más preciado y sagrado edificio, el Partenón.[39] Pero a principios del año 68 Nerón volvió bruscamente a la realidad: llegó un visitante de Roma con malas noticias.

Aunque Helio llevaba semanas enviando mensajes a Nerón para decirle que se estaba organizando una revuelta, tuvo que ir en persona para convencer al emperador de que regresara urgentemente a Roma y se enfrentara a la crisis. En ausencia de Nerón, Cayo Julio Víndice, gobernador de una provincia de la Galia, había estado recabando opiniones sobre Nerón

entre otros mandatarios provinciales. Helio se había enterado en Roma y ahora estaba allí, delante de Nerón, diciéndole que la revuelta de Víndice iba en serio. Nerón no le dio importancia. Víndice, un galo romanizado, no tenía un auténtico pedigrí aristocrático para suponer un problema serio; y en todo caso, no tenía ejército a su disposición. A pesar de todo, Nerón accedió a volver a Roma antes de tiempo. Fue un regreso que el pueblo tardaría en olvidar.

Así como había salido de Roma para vencer a sus rivales con el arte, volvió como si regresara de la guerra y organizó el típico desfile triunfal que se reservaba habitualmente a los grandes generales, pero con elementos casi grotescos. Su triunfo debía eclipsar a los concedidos a Pompeyo por la conquista del este y a César por la conquista de la Galia. En la lujosa comitiva iban las coronas que Nerón había ganado, y rótulos de madera con el nombre de la festividad y el certamen en los que había resultado victorioso. Mientras el heraldo anunciaba que Nerón había ganado 1.808 coronas durante su gira, la multitud que llenaba las calles exclamaba: «¡Ave, campeón de las Olimpiadas! ¡Ave, campeón de las Píticas!». El remate fue el vehículo especialmente elegido por Nerón: el carro triunfal de Augusto, el carro en el que el primer emperador había celebrado sus muchas victorias militares.

En medio de la excitación, un productor teatral ofreció a Nerón un millón de sestercios por actuar en público, pero no en los festivales estatales organizados por el emperador, sino en el teatro privado del productor. Nerón accedió a aparecer, pero rechazó el dinero alegando cuestión de principios; aunque Tigelino se llevó al productor aparte y le pidió el dinero «a cambio de no ejecutarle».[40] Sin embargo, a pesar de la cálida recepción que dispensaba al emperador, Roma, a medio construir y con los andamios vacíos, daba indicios de debilidad económica. Lo peor estaba por llegar. Aunque la plebe recibió a Nerón como a un salvador popular, éste no tardaría en manifestarse como otra cosa, pues su primera decisión tras llegar a la empobrecida Roma fue abandonarla e ir a divertirse a la ciudad más griega de Italia, Nápoles. Había llegado al límite.

Víndice se rebeló públicamente en la Galia. Acuñó monedas locales con las inscripciones «Abajo la Tiranía» y «Por la salvación de la raza humana».

Era evidente que no estaba promoviendo el nacionalismo galo ni el separatismo, sino la expulsión de Nerón. Por supuesto, Nerón ya estaba acostumbrado a estas cosas. El elemento decisivo y la diferencia clave respecto de otras intentonas era que, esta vez, Víndice contaba con apoyo a una escala masiva: un ejército de 100.000 galorromanos. Víndice estaba capitalizando todo el odio acumulado durante los cuatro años anteriores, en que Nerón había elevado los impuestos y expoliado a los miembros de las oligarquías provincianas. No lo había hecho como un rey consecuente que toma decisiones difíciles, sino como un tirano terco y caprichoso, más interesado por su carrera de intérprete. Ahora, en la Galia, lo estaba pagando con creces. Sin embargo, cuando la noticia de la rebelión llegó a sus oídos, no mostró preocupación alguna; de hecho, dijo que estaba complacido porque le daría la oportunidad, prevista por las leyes de la guerra, de expoliar aún más la provincia de Víndice. Nerón volvió a concentrarse en la competición deportiva que se estaba celebrando en aquellos momentos; estaba menos escocido por la noticia de la rebelión que por algo que había dicho Víndice: que era un pésimo tañedor de lira.[41] Pero una semana más tarde perdió la calma por primera vez.

Nerón cayó al suelo desmayado cuando se enteró de que otros cinco gobernadores provinciales se habían unido a la causa de Víndice. Entre los más destacados estaban su viejo amigo Otón, gobernador de Lusitania (hoy Portugal), y Servio Sulpicio Galba, gobernador de las provincias de Hispania y mascarón de proa de la rebelión. El viejo y artrítico Galba era un aristócrata de una antigua familia que hacía tiempo que se movía en los círculos más elevados de la sociedad romana. Aunque no era miembro de la dinastía Julio-Claudia, defendía los anticuados valores tradicionales y la conexión con el pasado y las tradiciones en una época de agitación, decadencia e inmoralidad como era la de Nerón. El ejército de Galba lo proclamó «legado del Senado y del pueblo de Roma» el 2 de abril de 68. La rebelión había encontrado un jefe.

Nerón entró en acción por fin. Organizó una expedición militar para que sofocara la rebelión, se nombró a sí mismo cónsul *sine collega* y, con el visto bueno del Senado, que en teoría le seguía siendo leal, declaró a Galba

enemigo del Estado. El emperador ordenó organizar una línea de defensa a lo largo del río Po y llamó unidades de Iliria, Germania y Britania, más una legión de Italia. Nerón puso todas estas tropas a las órdenes de Petronio Turpiliano, el senador que había ayudado a descubrir la conspiración de Pisón. Pero, crucialmente, Nerón no se hizo cargo de las fuerzas en persona.

Quizá a consecuencia de esta decisión se extendieron por Roma diversos rumores. Según uno, Nerón se estaba preparando para ir a la Galia sin armas, para que los ejércitos rebeldes vieran sus lágrimas y se echaran atrás. Otro rumor decía que bastaría con que cantase una oda a la victoria. Finalmente, para remediar la crisis, el emperador optó por una solución igualmente fantástica: una representación teatral a escala natural. Cabalgó en medio de un ejército de míticas amazonas (en realidad prostitutas y actrices disfrazadas y equipadas con arcos, flechas y hachas), y los vehículos que acompañaban la expedición no transportaban vituallas y pertrechos, sino tramoyas y decorados.[42] Aunque el Senado y la Guardia Pretoriana habían permanecido hasta entonces teóricamente leales, ahora estaban a la espera, preparados para saltar en el momento idóneo. Este momento llegó en mayo, cuando la crisis llegó a su apogeo tras una serie de duros reveses.

Primero, el gobernador del norte de África, Clodio Macrón, se unió a la rebelión cortando el suministro de grano a Roma. La ciudad ya sufría escasez de comida y el trigo era su principal alimento. Macrón estaba respaldado por su legión romana, una fuerza auxiliar y un Senado local alternativo. Puede que entre sus motivos estuviera el que Nerón había mandado matar a seis latifundistas locales que en total eran dueños de la mitad del suelo cultivable de la provincia.[43] El prefecto de Egipto, el otro granero del imperio, también empezó a mostrarse levantisco. Entonces llegó la noticia de que el ejército de la Galia, en tiempos leal a Nerón, que incluso había luchado contra los reclutas de Víndice, se había pasado a las fuerzas de Galba. El golpe final fue el descubrimiento de que Turpiliano, el jefe de los ejércitos que defendían Italia, también se había puesto de parte de Galba. Cuando Nerón se enteró estaba comiendo, «rompió las cartas que le habían llevado, volcó la mesa y tiró al suelo dos de sus copas favoritas, las llamaba "homéricas" porque estaban decoradas con motivos de los poemas de

Homero».[44]

Tigelino, enfermo a la sazón, hacía tiempo que se había dado cuenta de que Nerón estaba sentenciado. Estando en Grecia, el mando de la Guardia Pretoriana había pasado a su colega Ninfidio Sabino, y ahora, en secreto, quiso procurarse una salida limpia (incluida la seguridad física) congraciándose con el enviado de Galba a la ciudad.[45] El Senado esperó a que la Guardia Pretoriana aclarase su postura. Sabino sobornó a los oficiales con dinero entregado en nombre de Galba y dejaron de ser leales al emperador. La caída de éste fue como había sido su coronación: el Senado se movió cuando se movieron los demás, pero esta vez para declarar a Nerón enemigo del Estado.

Tras meditar varias formas de escapar, Nerón aplazó la decisión hasta el día siguiente. En las primeras horas del 9 de junio despertó y vio que estaba solo en palacio. No tardó en comprobar que los pretorianos habían desertado. Una inspección posterior de las habitaciones y pasillos puso en evidencia que todos sus amigos se habían ido, hasta los porteros habían desaparecido. Sólo se habían quedado cuatro libertos leales, entre ellos Esporo, Epafrodito y Faón. Cuando Nerón dijo que se escondería con gusto donde fuera, Faón sugirió su propia villa, a 6 kilómetros de la ciudad. El emperador, descalzo y vestido con una sencilla túnica y una capa oscura para no ser detectado por las partidas que le buscaban, montó a caballo y partió con los demás.

En cierto momento, el caballo de Nerón se encabritó. Había percibido el olor de un cadáver abandonado en el camino y se había asustado. «La cara de Nerón quedó al descubierto y fue reconocido y saludado por un hombre que había sido pretoriano.»[46]

Hicieron a pie la última parte del viaje. El emperador y su pequeño séquito llegaron a la villa de Faón por un sendero lleno de matojos y zarzas. Pusieron una túnica en el suelo para que Nerón no se dañara los pies. El sendero terminaba en la pared trasera de la casa. Mientras Nerón esperaba que hicieran un agujero, limpió de espinas su desgarrada capa; luego pasó por el agujero. Una vez dentro de la villa, los libertos le suplicaron que se suicidara para no caer en manos de sus enemigos. Era una oportunidad única para poner en escena su última interpretación, su propia muerte. Nerón dio

instrucciones sobre su tumba y sobre qué hacer con su cadáver; y todo el rato repetía: «Qué artista muere conmigo».[47]

A pesar de que se enteraron de que se acercaban sus perseguidores y de que sería castigado como un enemigo del Estado, Nerón lo dejó para más tarde. Indicó a Esporo cuándo y cómo llorar, y rogó a los demás que dieran ejemplo primero. Cuando ya oían los cascos de los caballos enemigos, Nerón, ayudado por Epafrodito, se cortó el cuello con una daga. Tenía treinta y un años. El último deseo, tener un funeral, le fue concedido y su abotargado cadáver fue incinerado. Sus niñeras y su antigua amante Acte enterraron los restos del último emperador de la dinastía Julio-Claudia en el panteón familiar de su padre natural, los Domicios.

EPÍLOGO

Nerón no dejó heredero ni sucesor, así que la jefatura del Estado quedó vacante. Entre el verano de 68 y diciembre de 69 Roma sufrió los estragos de una guerra civil por el derecho al imperio. Apoyados en sus ejércitos, tres generales provinciales, Galba, Otón y Vitelio, otro viejo amigo de Nerón, fueron emperadores en rápida sucesión, derrotados por un candidato más fuerte a los pocos meses. Lo más sorprendente es que, a pesar de la inestabilidad del gobierno del imperio, no se sugirió en ningún momento la vuelta a la república. Ahora, como en 31 a.C. y al final de la gran guerra civil, todo el mundo parecía estar de acuerdo en que, para tener paz y estabilidad, el poder debía estar en manos de un solo hombre. Pero ¿en qué hombre?

Ciertamente, no un aristócrata de la dinastía Julio-Claudia. Pocos quedaban de todos modos, pues Nerón había asesinado a la mayoría durante los últimos y sangrientos años de su régimen. En realidad, la mayoría ya no pensaba que el emperador debía ser por fuerza de linaje real. Aunque en parte subsistía aún el principio hereditario, la oligarquía pensaba que era algo secundario en la elección de los emperadores, que debían medirse por otro rasero: el mérito. En sus *Historias*, que comienzan con la guerra civil de 68-69, Tácito se refiere a este significativo cambio. Para elegir un sucesor, el

efímero emperador Galba propuso romper con la dependencia de una sola familia aristocrática: «... mi principio de libre elección traerá la libertad».[48] Tácito, que escribió menos de cuarenta años después, puso estas palabras en boca de Galba. Si Galba fue realmente capaz de expresar el problema tan claramente en aquella época, queda abierto a debate. Sin embargo, es revelador que, incluso visto retrospectivamente, el historiador fuera capaz de detectar el cambio de dirección de la corriente.

La disolución del criterio del linaje como virtud esencial para la elección también se reflejó en la realidad de la guerra civil. Galba, Otón y Vitelio podían apelar a antepasados de alta cuna, y esto habría complacido a algunos senadores conservadores, pero lo que la guerra civil estaba demostrando era que su opinión era cada vez más irrelevante: no eran los senadores los que nombraban candidatos a emperador, sino los ejércitos de las provincias. El factor decisivo en el tema de quién debía ser el siguiente emperador era la fuerza de las armas y el triunfo en el campo de batalla. El general que tuviera el apoyo mayor y más amplio en el ejército no sólo ganaría la guerra civil, sino que sería el emperador.

El Senado y el pueblo intervendrían como medios de conferir explícitamente el poder supremo. Donde Augusto y sus descendientes habían disfrazado ese poder de un modo u otro, ahora había que hacerlo público y explícito, como dice una inscripción de la época. Al nuevo emperador se le confería «el derecho y el poder [...] de emprender y llevar a cabo todas las cosas divinas, humanas, públicas y privadas que juzgue que sirven al beneficio y el interés del Estado».[49] Es posible que esta contundente declaración sirviera para suplir el prestigio y autoridad que la nueva dinastía, que había ascendido sólo por méritos, no tenía por ascendencia. Había una lección más importante que aprender de la vida de Nerón: la dinastía que sucediera a los Julio-Claudios necesitaría orientar su poder hacia un objetivo diferente; necesitaría crear una nueva imagen para el emperador.

Era de desear que el nuevo emperador de Roma no utilizara este poder para convertirse en un monarca dadivoso ni en un aristócrata que se envanecía de su generosidad con los súbditos y subrayaba que estaba por encima de ellos y de las instituciones del Estado. Incluso podía llegar a ser el

brazo ejecutivo del pueblo, el hombre que le devolviera lo que le correspondía por derecho.[50] En particular, tras las extravagancias de Nerón, el nuevo emperador tenía que ser un administrador eficiente, un organizador, un líder que pudiera controlar al ejército tras la guerra civil y un estadista capaz de cuadrar la contabilidad de la administración, recaudando dinero juiciosamente y gastándolo con prudencia. Una de sus primeras decisiones sería qué hacer con el desmedido capricho de Nerón, la Domus Aurea.

Galba vivió brevemente en el palacio de Nerón; Otón gastó dinero para darle los últimos retoques y Vitelio y su esposa se burlaron de su fastuosa decoración. Pero el último sucesor de Nerón hizo demoler el lugar, manteniendo sólo una pequeña parte en pie. El fundador de otra dinastía ordenó secar el lago de palacio y empezó la construcción de un edificio nuevo, mucho más público; un monumento, no para un rey privado, sino para el pueblo: el Coliseo. Quién era este nuevo emperador y cómo llegó al poder es inseparable de la siguiente gran revolución de la historia romana.

IV

REBELIÓN

En la zona sudeste del Foro de Roma hay en la actualidad un arco de triunfo dedicado a Tito, el décimo emperador romano. En cada esquina de los pedestales hay columnas jónicas con floridos capiteles corintios, y encima del arquitrabe bellamente esculpido se alza la masa del alto friso. Se cree que encima del friso hubo en otra época una gloriosa escultura de Tito en un carro tirado por elefantes. Desgastadas y majestuosas, las solemnes piedras que quedan del arco original recuerdan a los visitantes todo el clima de austeridad, nobleza y belleza del mundo clásico. Y sin embargo, el sombrío interior del arco sugiere una historia muy diferente. Los antiguos relieves que cubren la bóveda describen con detalle una de las atrocidades más violentas, brutales y ofensivas de la historia del imperio: el saqueo de Jerusalén en verano del año 70.

En los relieves vemos soldados romanos transportando triunfalmente el botín robado en el lugar más importante de la fe judía, el Templo de Jerusalén. En sus manos llevan algunos de los tesoros judíos más sagrados: la menorá de oro (el candelabro de siete brazos), trompetas de plata y la mesa de los doce panes. Estos objetos eran tan sagrados que durante siglos sólo los sacerdotes podían poner los ojos en ellos. No sólo vemos en el arco estos objetos robados y profanados por gentiles, sino que el robo se celebra como hazaña máxima de Tito. El arco ha permanecido hasta hoy como recuerdo del gran triunfo romano a través de los siglos, y también como testigo de aquel cruel acto de imperialismo.

La destrucción del Templo de Jerusalén fue el desenlace de uno de los más dramáticos y cruciales momentos de la historia de Roma. La revuelta de 66-70 en la provincia romana de Judea desencadenó la mayor operación individual que se emprendía contra una provincia en la historia del imperio. En 66 Roma controlaba un territorio que iba desde el Atlántico hasta el mar Caspio, y desde Britania hasta el Sáhara. Judea había caído bajo el control romano en el año 63. Y sin embargo, como descubriría el gobierno imperial con la rebelión de los judíos, la mayor dificultad no era conquistar y fundar provincias en el extranjero, sino gobernarlas. Para los romanos, como para muchas potencias imperiales posteriores, ganar la paz era mucho más complejo que ganar la guerra.

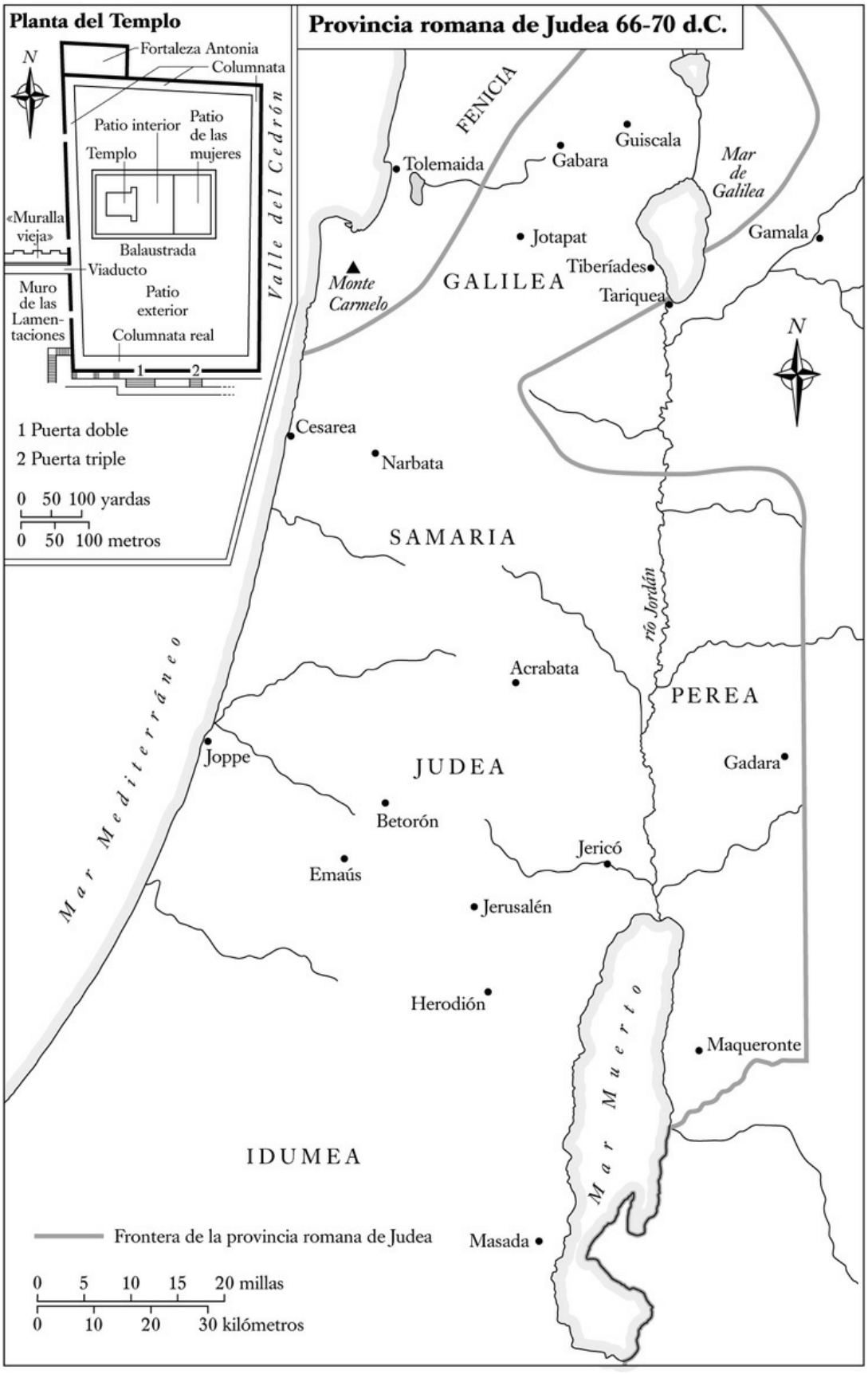
La rebelión de los judíos puso de manifiesto los principales problemas del imperialismo: el lugar, si lo tenía, del nacionalismo dentro del imperio; la coexistencia de dos religiones: el culto al emperador (parte vital del paganismo romano) y el judaísmo; y, por encima de todo, el asunto del dinero: quién pagaba impuestos a quién, quién se beneficiaba con el imperio y quién no. En realidad, fue esta última cuestión de quién se beneficiaba realmente de la famosa *pax romana*, del hecho de ser una provincia del imperio, lo que al final provocó la revuelta. La rebelión de Judea planteó todas estas cuestiones de la forma más gráfica y vívida, y por una simple razón: entre 66 y 70 se tradujo en una guerra que se convirtió en un asunto de vida o muerte para cientos de miles de personas. La cruda realidad del imperialismo romano era que, cuando se le plantaba cara y si hacía falta, el emperador no vacilaba en abrir el infierno. Para aplastar la revuelta, el imperio concentró la ferocidad y la potencia armada de casi la cuarta parte del ejército.

Pero en el centro del episodio hubo motivaciones y acciones altamente personales, y un extraordinario revés de la fortuna, pues el hombre designado para mandar las fuerzas romanas en Judea aprovecharía la oportunidad que le brindaba la guerra para justificar su deseo de hacerse con el poder absoluto. Su premio por aplastar la rebelión fue surgir de la oscuridad y la desgracia para ser emperador, o al menos así lo presentó él. Satisfecha su ambición, fundó una dinastía totalmente nueva y puso los cimientos de la gloriosa edad

de oro y la paz de Roma. Se llamaba Vespasiano. Pero no consiguió él solo la victoria sobre los judíos ni el poder. Vespasiano dependía de su hijo Tito, que le sucedería al principio como gobernador de Judea y más tarde como emperador. El legado de padre e hijo ha sobrevivido hasta nuestros días, no sólo en el triunfal arco de Tito, sino en uno de los mayores símbolos del poder romano, el Coliseo.

UNA PROVINCIA ROMANA

Unos 120 años antes de la revuelta, Judea era un pequeño estado monárquico gobernado por una dinastía de sumos sacerdotes, poblado principalmente por judíos y centrado en la ciudad santa de Jerusalén. Anteriormente había formado parte del imperio persa, y luego del reino helenístico de los Ptolomeos y, más tarde, del de los Seléucidas. Estos últimos se llamaron así por uno de los generales griegos de Alejandro Magno, Seleuco, que fundó la nueva monarquía y gobernó desde Antioquía, la capital de Siria. Con el tiempo, los Seléucidas llegaron a abarcar reinos más pequeños del sur, como Judea. Pero finalmente la autoridad de los Seléucidas, al igual que la de los persas, decayó y Judea quedó bajo la esfera de influencia romana. Entre 66 y 63 el general Pompeyo extendió el control de Roma hacia el este, sustituyendo a los sucesores de Alejandro Magno por reyes-clientes, leales a Roma. La expansión dio a Roma grandes oportunidades de explotación y heredó tanto extraordinarias riquezas como, mediante la apropiación de obras de arte griegas, el refinamiento cultural del viejo mundo helenístico. Pero aún le aguardaba un trofeo mayor. La colonización romana de Oriente creó una crítica zona de amortiguamiento entre el imperio romano y el otro gran imperio rival, Partia, que abarcaba lo que hoy es Irán-Irak.


Planta del Templo
N
Fortaleza Antonia
Columnata
Patio interior
Patio de las mujeres
Templo
«Muralla vieja»
Balaustrada
Viaducto
Muro de las Lamentaciones
Patio exterior
Columnata real
1
2
Valle del Cedrón
1 Puerta doble
2 Puerta triple
0 50 100 yardas
0 50 100 metros
Provincia romana de Judea 66-70 d.C.
FENICIA
Tolemaida
Gabara
Guiscala
Mar de Galilea
Jotapat
Gamala
Monte Carmelo
GALILEA
Tiberíades
Tariquea
N
Cesarea
Narbata
SAMARIA
río Jordán
Acrabata
PEREA
Mar Mediterráneo
Joppe
JUDEA
Gadara
Betorón
Jericó
Emaús
Jerusalén
Herodión
Maqueronte
Mar Muerto
IDUMEA
Masada
Frontera de la provincia romana de Judea
0 5 10 15 20 millas
0 10 20 30 kilómetros

Tras la aprobación de un decreto, Pompeyo hizo de Siria una provincia romana que sería gobernada directamente desde la capital, pero en Judea, en lugar de un gobierno directo, instaló un gobernador-cliente, leal a Roma. El más famoso de estos reyes fue Herodes el Grande. Pero bajo el mandato del primer emperador de Roma, Augusto, cambió el sistema de gobierno de las provincias. Algunas provincias siguieron siendo gobernadas como durante la república: los cónsules o los pretores, después de haber ejercido el cargo durante un año en Italia, recibían el mando de una provincia durante un período que oscilaba entre uno y tres años. El gran cambio fue que Augusto puso bajo su propio mando las provincias fronterizas. Todas estas «provincias imperiales» recibieron una guarnición de legiones y fueron gobernadas por un representante nombrado especialmente por el emperador. Siria se convirtió así en una provincia imperial, y en 6 d.C., tras la expulsión del gobernador-cliente Arquelao, Judea también. Y así permaneció, con un cambio de política, hasta los problemas del año 66.

Como Judea era una provincia más pequeña, el gobierno no estaba en manos de un legado, que solía ser un senador veterano, sino en las de un procurador.

El procurador de Judea procedía de la clase de los équites, que era más inexperta, y tanto él como su estado mayor residían en la grecorromana y costera Cesarea. Allí, rodeado más por gentiles que judíos, vivía en uno de los lujosos palacios construidos por Herodes el Grande. Al contrario que en la provincia de Siria, no había ninguna legión romana en Judea; en total había 3.000 soldados auxiliares, divididos en cinco unidades de infantería y otra de caballería, cada una de quinientos hombres que procedían en su mayor parte de la población local. Pero para gobernar Judea, los romanos se apoyaron en los habitantes locales también en otro sentido.[1]

Roma no gobernaba Judea entrometiéndose en todos sus asuntos públicos. Algunas ciudades y pueblos eran gobernados como lo habían sido tradicionalmente, por un pequeño grupo de ancianos; otros, al estilo griego, elegían consejos y magistrados. Roma dependía de ellos, no sólo para administrar fácilmente la provincia, sino también para la ejecución del contrato fundamental entre provincia y emperador. A cambio de una paz

relativa, protección y las libertades asociadas a la esfera política de Roma, la población de Judea, como la de todas las provincias, recaudaba y pagaba impuestos. Ésta era la piedra angular de la *pax romana*, la base fundamental para dirigir un imperio. Había un impuesto sobre los productos de la tierra y un impuesto comunitario indirecto. El procurador de Judea, como gobernador y responsable de la hacienda pública, tenía la obligación de recaudar los dos. Sin embargo, como la burocracia imperial era pequeña en comparación con el vasto territorio que abarcaba, los procuradores necesitaban ayuda para recaudar los impuestos. En Judea, como en muchas otras partes del imperio, la ayuda procedía de la oligarquía local.

Los impuestos directos, más abundantes, eran recaudados por los sumos sacerdotes y por un consejo de ciudadanos ricos de Jerusalén; los impuestos indirectos eran recaudados por prósperos comerciantes locales.[2] En la práctica, sólo los ricos podían ser recaudadores de impuestos. El derecho a recaudar impuestos se subastaba, y el que pujaba más alto abonaba al procurador una suma elevada por adelantado, consciente de que ganaría más dinero realizando concienzudamente su trabajo. Esta misma oligarquía aportaba los magistrados en muchas ciudades y consejos locales. En consecuencia, con poco personal burocrático, una pequeña guarnición y el apoyo de la oligarquía local para la recaudación de impuestos, el buen gobierno de Judea no dependía de la fuerza o el poder de Roma, sino del conformismo de los provincianos. La administración romana era, en realidad, un delicado ejercicio de equilibrismo. Sin embargo, fue un ejercicio que los romanos hicieron siempre mal.

Uno de los puntos críticos era la ciudadanía. Ser ciudadano romano comportaba cierta inmunidad ante los funcionarios. San Pablo, un judío grecohablante de Tarso, pueblo de la provincia romana de Cilicia, al sureste de la actual Turquía, estuvo a punto de ser azotado en público porque su llegada a Jerusalén, el año 58, causó una revuelta. En el último minuto se salvó del castigo porque era ciudadano romano y como tal tenía derecho a ser juzgado en Roma. Jesucristo causó una reacción similar en Jerusalén, pero como no era ciudadano romano, fue entregado para que lo crucificaran, aunque no había hecho nada. La realidad de la *pax romana* era que, para los

funcionarios romanos, a menudo era más fácil mantener el orden que impartir justicia y proteger al débil del poderoso. El lazo de la ciudadanía con la comunidad de la paz romana era pues un trofeo muy deseado del que muchos en Judea estaban excluidos.[3] Sin embargo, la administración romana estaba lejos de ser sensible a este hecho.

En 63, los judíos se reunieron en Cesarea para protestar en masa por la sistemática discriminación que sufrían, se enfrentaron a los ciudadanos griegos locales y se produjeron disturbios. El procurador romano Marco Antonio Félix respondió con gran dureza y envió el ejército. Para empeorar las cosas, Félix era griego, como muchos de los soldados. El resultado fue que quienes salieron perdiendo fueron los judíos. Muchos murieron y sus tierras fueron saqueadas. El altercado, que duró varios días, causó tal escándalo que en Roma se celebró un juicio presidido por Nerón. Pero como Nerón era helenófilo, se puso de parte de los griegos y el procurador fue declarado inocente. Los judíos se sintieron indignados por el veredicto.[4]

Una fuente aún mayor de tensión fue la religión. Para los judíos sólo había un señor en Judea y era Dios, Yaveh. A pesar de todo, los judíos adoptaron al divino emperador romano accediendo a hacer sacrificios dos veces al día, a él y al pueblo romano.[5] En los Evangelios, el mismo Jesús reconocía que Dios y el César podían coexistir. Pero una vez más los romanos cruzaron la línea de lo que podían tolerar los judíos. En 26, el prefecto romano de Judea, Poncio Pilatos, ordenó que se desplegaran estandartes militares en Jerusalén, para que los soldados romanos les ofrecieran sacrificios. Tal despliegue era contrario a la Torá, el antiguo libro de la ley judaica, que decretaba que no podía haber imágenes talladas de un dios pagano en la ciudad santa. Sólo tras cinco días de protestas cedió Pilatos y accedió a retirar los estandartes. El siguiente emperador estaría dispuesto a ir mucho más lejos para introducir en Judea el culto a su persona.

En 38 Calígula había ordenado a Publio Petronio, el legado de Siria, que marchara sobre Jerusalén y erigiera estatuas religiosas suyas no sólo en la ciudad, sino también una dentro del Templo. Si había protestas, rezaban las órdenes de Roma, los objetores serían ejecutados y los demás esclavizados. En Jerusalén, Galilea y Tiberíades se concentraron miles de objetores

intransigentes para enfrentarse a los soldados y a los carros que transportaban los mármoles imperiales. Semana tras semana le decían al comandante que antes moriría toda la raza judía que permitir que erigieran una estatua del emperador en Jerusalén. Petronio se enfrentó a un dilema: o mataba a todos los judíos que se oponían o arriesgaba su propia vida desobedeciendo las órdenes de Calígula. Escogió la última opción y regresó a Antioquía esperando una muerte temprana. Afortunadamente para Petronio, cuando la orden imperial de su ejecución llegó de Roma, Calígula ya había sido asesinado y Claudio, más conciliador, había sido proclamado emperador en su lugar. Desde entonces cedió el incendio, aunque estaba muy lejos de apagarse.

También la realidad económica de la ocupación romana mantuvo encendidos algunos rescoldos. Puede que la mayor fuente de tensión entre romanos y judíos fuera el dinero. En la república, gobernar una provincia equivalía a extorsionar, robar y explotar a los provincianos. «No puede explicarse con palabras con qué encono nos odian las naciones extranjeras debido a la licenciosa e indignante conducta de los hombres que hemos enviado a gobernar», escribió el senador Cicerón en 66 a.C.[6] Las leyes aprobadas por Julio César y Augusto para poner freno a los desmanes de los gobernadores y militares codiciosos redujeron un poco el problema de la corrupción, aunque ahora había muchos casos de los que no se informaba oficialmente. En Judea, según los Evangelios, Jesús defendió un principio de concordia. Cuando dijo a los fariseos de Jerusalén «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», estaba reconociendo la aceptabilidad de pagar impuestos a Roma y al templo judío. Igualmente, cuando los soldados romanos se acercaban a Juan el Bautista en busca de consejo, su respuesta no cuestionaba su presencia en Judea, sino que la aceptaba: «No saquéis dinero a la fuerza y no acuséis falsamente al pueblo [...] conformaos con vuestra paga».[7] A pesar de todo, su respuesta da por sentado que las fuerzas de ocupación solían encontrar formas de extorsionar.

En realidad, los impuestos romanos y otras exacciones resultaron irritantes desde el principio para la mayoría de los judíos de la provincia. Con el paso de los años, la idea promovida por Jesús, un gobierno romano

aceptable en Judea, cada vez era más difícil de soportar. La tierra cultivable era escasa. Tenerla o no tenerla dividía a las personas en clases radicalmente separadas, lo mismo que hoy. Mientras que en la llanura costera había un suelo fértil y ríos para regarlo, las tierras altas eran rocosas y secas, y su suelo pobre. Ya era suficientemente oneroso vivir en esta situación, encontrar tierra en condiciones, alimentar una familia y pagar impuestos al templo y diezmos a los sacerdotes para tener que trabajar encima para los recaudadores de impuestos del César.[8]

Pero los recaudadores no eran bien recibidos por otra razón. Los hombres que recorrían las poblaciones de Judea y se llevaban los ahorros de los pobres ni siquiera eran romanos. Los campesinos judíos pagaban a una oligarquía judía que prosperaba con protección romana y con los contratos fiscales. En consecuencia, el asunto de los impuestos dividió a la sociedad judía. La *Pax romana* enriquecía a unos y mataba lentamente a los demás.

Las semillas de estas tensiones políticas y económicas se habían sembrado cuando Roma había tomado el control de Judea, en 63 a.C. Desde entonces no habían dejado de florecer. En 66 d.C., Judea era una bomba de relojería. Para que estallara sólo hacía falta que alguien apretara el botón. En mayo de aquel mismo año, Jesio Floro, el procurador romano, lo apretó con mucho gusto.

EL ESTALLIDO

Los últimos años del voraz régimen de Nerón se caracterizaron por una monstruosa necesidad de dinero. El aumento de las cargas fiscales y las levas obligatorias afectaron a las provincias con dureza. La pobreza se enseñoreó de las Galias y Britania; en el norte de África ejecutaron a seis magnates que poseían la mitad de las tierras de la provincia; ahora también Judea iba a pasar estrecheces.[9] De una manera u otra, Judea tenía que ayudar a cuadrar el balance entre el haber de los ingresos y el debe de los derroches de Nerón. Floro dijo que el emperador había pedido 400.000 sestercios. Estaba dispuesto a sacarlos incluso del tesoro del Templo y anunció que irían los

soldados a buscarlos a Jerusalén. Como el tesoro consistía en las cuotas religiosas que daba el pueblo como ofrenda a Dios, la amenaza de Floro equivalía a un robo de lo más indignante. Los judíos de la ciudad santa estaban furiosos.

Jesio Floro era el arquetipo del gobernador codicioso. Se deleitaba empobreciendo a los judíos, se jactaba de sus atropellos y no desaprovechaba ninguna ocasión para sacar tajada mediante la extorsión y el robo. En realidad lo consideraba un deporte.[10] Al menos ésta era la opinión de José ben Matatías, testigo de los hechos. Josefo (su nombre romano) era un sacerdote y erudito de veintinueve años, descendiente de una aristocrática familia que podía remontar sus orígenes hasta una influyente dinastía de sacerdotes, los asmoneos, que gobernaban Judea cuando llegaron los romanos. Había estudiado las enseñanzas de las tres sectas judías más importantes, y como no supiera con cuál quedarse, luego afirmó que había pasado tres años con un eremita, meditando en el desierto. Tras unos años cumpliendo con sus deberes como sacerdote en Jerusalén, viajó a Roma en misión diplomática y allí permaneció durante dos años. En mayo de 66, quizá ya un poco romanizado, había vuelto a Jerusalén y se había encontrado con la crisis provocada por Floro. Era una crisis que podía complicarle y cambiar su vida para siempre. Desde aquel momento pasó a ser el historiador de primera mano de la revuelta de los judíos.

Fiel a su palabra, Floro ordenó a sus soldados de Cesarea que se llevaran diecisiete talentos (más de 400 kilos) de plata del tesoro del Templo. Este solo hecho hizo explotar la tensión entre romanos y judíos. Que se robara en el mismo lugar en que el rey David había fundado la ciudad santa, donde el rey Salomón había construido el primer templo, y donde los judíos que regresaron de la cautividad de Babilonia habían construido el segundo, fue la mayor ofensa que podía hacerse a su raza y a su historia. El Templo era el símbolo de la identidad judía. Pero a Floro no le importó. Deseoso de hacer valer el poder romano, ordenó a los soldados que se abrieran paso a la fuerza hasta el sanctasanctórum, rebuscaran entre los objetos sagrados, apartaran a los sacerdotes y opositores que se interponían en su camino, y cogieran el dinero.

Toda Jerusalén se levantó, incitada por los nacionalistas y radicales judíos. Cuando llegó a Cesarea la noticia de que la ciudad se había levantado en armas, Floro corrió a Jerusalén en persona con una unidad de infantería y otra de caballería, para restaurar el orden y llevarse el dinero. Cuando entró en la ciudad, unos bromistas iban de aquí para allá, fingiéndose mendigos y haciendo como que pedían para el pobre procurador romano. Esta vez fue Floro quien se enfadó. Levantó un estrado en un espacio público, formó un tribunal al aire libre y se dispuso a juzgar a todos los que le habían ofendido. Los cabecillas locales formaron una fila entre la autoridad romana y la multitud de manifestantes iracundos. Entre los sacerdotes moderados estaban Josefo y el sumo sacerdote Ananías. Disculpándose ante Floro en nombre del pueblo de Jerusalén, trataron desesperadamente de calmar a la multitud y restaurar el orden. Pero sus ruegos no tuvieron efecto. La realidad era que la oligarquía sacerdotal filorromana pisaba terreno resbaladizo. Por una parte, entregar a los culpables a Floro podía causar más revueltas; pero por otra, apoyar a los nacionalistas era arriesgarse a caer en desgracia ante los romanos y terminar con sus privilegios. Así, en aquella audiencia al aire libre, transigieron y rogaron a Floro que perdonara al grupúsculo de agitadores y extremistas por el bien de muchos súbditos inocentes y leales a Roma. Pero la reacción de Floro no hizo sino avivar las llamas: lanzó a la caballería.

La represión de los manifestantes del Mercado Alto se convirtió rápidamente en algo mucho peor. Se saquearon casas, se mató a cerca de 3.000 inocentes y los instigadores de la revuelta fueron crucificados para escarmiento de los demás. Cuando los judíos se atrevieron a protestar, esta vez por la matanza, tuvo lugar otro baño de sangre. Los moderados de la oligarquía judía volvieron a quedar en medio, de modo que realizaron los habituales gestos de súplica: se arrojaron a tierra, se cubrieron la cabeza con polvo, se rasgaron las vestiduras y suplicaron a los insurgentes que se detuvieran. Les dijeron que aquello sólo servía para que los romanos tuvieran un pretexto para saquear aún más sus pertenencias. El procurador volvió a recurrir a la fuerza. Reclutó otras dos cohortes en Cesarea y los soldados mataron a los insurrectos a bastonazos. A los que trataron de escapar, la caballería los persiguió hasta las puertas de la Fortaleza Antonia. Allí,

amontonados y desesperados, muchos murieron aplastados y otros apaleados y convertidos en una pulpa irreconocible.[11] Dada la diaria sucesión de catástrofes, la autoridad de los dirigentes y sacerdotes locales se vino abajo y la opinión popular se puso bruscamente a favor de los nacionalistas y de la resistencia armada.

Deseosos de entrar en combate, los nacionalistas organizaron represalias. Levantaban barricadas en las calles, aislaban y rodeaban a pequeños destacamentos de soldados; luego atacaron con lanzas, hondas, ladrillos y baldosas, y arrojaron de la ciudad a Floro y a la mayor parte de sus cohortes. Floro volvió cojeando a Cesarea mientras la solitaria cohorte romana que había quedado en la ciudad era pasada a cuchillo inmediatamente. Hacía falta una acción contundente, pero ninguna de las medidas romanas tuvo efecto. Llamaron al rey Agripa, gobernador-cliente de una parte de Galilea y del territorio situado al noreste del mar de Galilea. Puede que él tuviera más influencia sobre los indignados judíos de Jerusalén. Hacía más de un decenio que el emperador le había responsabilizado de supervisar la administración del Templo y del nombramiento del Sumo Sacerdote. Pero cuando Agripa entró en la ciudad santa y se dirigió a las masas hostiles, también fue expulsado a pedradas.[12]

La noticia de la resistencia jerosolimitana corrió por toda la provincia. Por toda Judea, en todas las plazas fuertes, se pasaba a cuchillo a la guarnición romana y los rebeldes judíos se hacían con el control. Para restaurar el orden, el emperador de Roma y sus consejeros del Senado recurrieron a Cayo Cestio Galo, recién nombrado legado de Siria. Quizá pensaran que una legión romana con otras unidades podía triunfar donde las magras fuerzas auxiliares de Judea habían fracasado. A mediados de octubre de 66, Galo marchó de Antioquía a Jerusalén con 30.000 soldados y el objetivo de aplastar a los rebeldes en una confrontación rápida y decisiva. Pero no era el hombre indicado para aquel trabajo. Era un político más acostumbrado a los placeres de la paz provinciana que a la realidad de la guerra. No sólo no consiguió tomar la ciudad, sino que al retirarse cayó en una emboscada. Fue el momento en que la rebelión que había estallado en una pequeña provincia del imperio pasó a ser una guerra con Roma la superpotencia.

Mientras la duodécima legión mordía el polvo y se retiraba desmoralizada a Cesarea, Galo olvidó una cosa: controlar las cumbres que bordeaban los parajes por los que los romanos tenían que pasar. En el punto más estrecho del desfiladero, cerca de Betorón, los judíos rebeldes le cortaron el paso, inmovilizaron por completo la serpeante columna de soldados y la rodearon por todas partes. Entonces, desde las rocosas laderas, atacaron las fuerzas de ocupación con una lluvia de flechas, lanzas y piedras. Incapaces de defenderse ni de mantener la formación en aquel angosto espacio, los romanos, invadidos por el pánico, se cubrieron con los escudos y soportaron horas de doloroso vapuleo. No tuvieron un momento de respiro hasta que se hizo de noche, y cuando llegó el nuevo día, Galo optó por huir ignominiosamente.

Los romanos habían sido derrotados de forma aplastante y unos 6.000 soldados habían muerto. Fue la mayor derrota que habían sufrido y sufrirían las fuerzas regulares romanas a manos de una provincia.[13]

Los judíos de toda la provincia saltaron de alegría. Muchos creían que la victoria era un milagro. Los profetas, que quizá colaboraban con los cabecillas revolucionarios, también desempeñaron su papel diciendo que era la mano de Dios. Con Su ayuda, quizá fuera posible que los desamparados derrotaran a la todopoderosa Roma. ¿Qué otra cosa podía explicar, si no, aquella victoria histórica y sin precedentes? Pero, según Josefo, también había muchos que veían consternados aquel triunfo, pues mientras los judíos debatían la importancia de su brillante e histórico triunfo, una cosa estaba clara. La puerta de las negociaciones se había cerrado a cal y canto. Los judíos, tanto si les gustaba como si no, estaban ahora obligados a ir a la guerra.

Los moderados habían recuperado el control de Jerusalén. Algunos cabecillas de la insurrección habían sido asesinados y, con sus muertes, la opinión popular entre la mayoría se inclinaba a favor de la oligarquía sacerdotal. El sumo sacerdote Ananías y otros moderados aprovecharon entonces su ventaja. Si Judea tenía que luchar contra Roma, dijeron a los jerosolimitanos con remozada autoridad, al menos dejad que dirijamos nosotros.[14] El pueblo accedió y permitió que los sacerdotes organizaran la

estrategia. Sin embargo, por haber tomado aquella iniciativa, es razonable imaginar que Ananías y la oligarquía tenían otras intenciones que callaban.

Pues aunque las esperanzas de muchos jerosolimitanos se habían multiplicado con la derrota romana, Ananías y sus moderados tenían un concepto más realista del futuro. En su opinión, el resultado más probable de la guerra no iba a ser la victoria de los judíos, sino importantes concesiones de Roma. Después de todo, habrían podido comentar entre sí, seis años antes, en Britania, los romanos habían pasado grandes apuros para aplastar la revuelta encabezada por Boudicca, reina de los icenios. Para evitar otro conflicto –un conflicto que sería largo y prolongado y en el que se perderían muchas vidas romanas–, cabía la posibilidad de que los romanos estuvieran dispuestos a renegociar la situación.[15] De lo que Ananías y sus sacerdotes estaban seguros era de que también ellos tendrían que ceder su parte en el contencioso de la rebelión. Su único consuelo era que el mando lo tenían ellos y no los tercos nacionalistas.

Había mucho que hacer. Antes de que los romanos reunieran el apoyo militar adecuado para responder a la catastrófica derrota de Galo, los judíos tenían que organizarse, y con rapidez. Ananías reclutó urgentemente a personas en las que podía confiar, para ponerlas a la cabeza de los rebeldes en general, y preparó a las ciudades para la resistencia. Para el puesto de comandante de Galilea conocía al hombre perfecto.

JOSEFO, COMANDANTE DE GALILEA

Cuando la noticia de la derrota de Galo llegó a Roma, Nerón y sus consejeros comprendieron el peligro. La rebelión en la pequeña provincia de Judea auguraba eventualidades mucho peores: la revuelta podía extenderse y desestabilizar toda la frontera oriental del imperio. Los judíos que vivían en Alejandría y Antioquía (las ciudades más grandes del imperio después de Roma) podían ser convencidos para la causa de sus compatriotas: las comunidades judías del Mediterráneo oriental podían llegar a ser una especie de quinta columna. Sin embargo, había una zona de peligro que los

consejeros imperiales posiblemente temían más: Partia. Allí vivía la mayor comunidad judía que había fuera de Judea. ¿Se aprovecharían los partos de la insurrección? ¿Verían en ella una invitación a entrometerse en el Mediterráneo? Para solucionar la crisis, el emperador recurrió a un personaje inesperado.

El senador Tito Flavio Vespasiano era un general caído en desgracia que vivía desterrado en Grecia. Hijo de un recaudador de impuestos y el primero de su familia en llegar al Senado, había formado parte de la comitiva que acompañó a Nerón en su visita a las celebraciones griegas, dando por hecho que aplaudiría dócilmente al emperador siempre que éste honrara el escenario con su presencia. Vespasiano correspondió a aquella deferencia quedándose dormido en el teatro, por lo que no fue capaz ni de dar una palmada. Los chistes vulgares y los juegos de pelota le aburrían. Sencillamente, no estaba hecho para promover el arte. Era un soldado. De físico musculoso y con una extraña expresión en el rostro, había llegado a formar parte del Senado gracias a una impecable carrera militar. Había luchado en Germania como tribuno militar, pero cuando su reputación se disparó fue durante la invasión y conquista de Britania. Durante el gobierno de Claudio combatió en no menos de treinta batallas y fue recompensado con honores triunfales y un consulado.[16] Además de su impecable carrera militar, también pudo haber pesado en su favor el que Vespasiano estuviera en Grecia: desde allí podía llegar a la zona conflictiva en la mitad de tiempo.

Otro factor decidió su nombramiento. Como a Nerón le obsesionaba la posibilidad de que sus rivales de la aristocracia ganaran gloria y ensombrecieran la suya, el hecho de que la familia de Vespasiano no pudiera presumir de antepasados distinguidos fue una ventaja única. Fue la razón definitiva por la que Nerón perdonó su conducta desatenta y desagradecida en la gira griega y dio al experto general la mayor oportunidad de su carrera: el mando de las fuerzas de Judea.[17] Pero al enterarse, Vespasiano no podía imaginar hasta qué punto transformaría el nombramiento su vida y la de su esposa y sus dos hijos.

Como necesitaba personas en las que confiar, Vespasiano llamó a su hijo mayor, Tito, para que se reuniera con él en Grecia, donde trazarían juntos un

plan de operaciones. Tito era encantador, amable y popular. Al igual que su padre, era un soldado fuerte, hábil con el caballo y las armas, pero también tenía otras dotes. Sobresalía en el canto y en la música, y era capaz de componer un discurso o un poema en griego o en latín en un santiamén.[18] Ahora que padre e hijo estaban juntos, se acordó que, aunque sólo era cuestor, a Tito se le diera el mando de la decimoquinta legión, con base en Alejandría, mientras Vespasiano se hacía cargo de la décima y la quinta, con base en Siria. El general decidió no utilizar la desgraciada legión duodécima, derrotada por los judíos en Betorón. Las tres legiones se reunirían en Tolemaida, ciudad costera de Galilea, antes de lanzarse al ataque contra los rebeldes.

Aunque podría parecer que estas legiones representaban una fuerza inmensa, se necesitaban todos y cada uno de los soldados que las componían. La misión a la que padre e hijo se enfrentaban era colosal. Había que restaurar el orden en muchos pueblos y aldeas de la provincia de Judea y, según las exageradas cifras de Josefo, cada población tenía más de 15.000 habitantes. Además, las legiones romanas no estaban bien equipadas ni entrenadas para la táctica de guerrillas adoptada por los judíos. Finalmente, si estos últimos se retiraban a fortalezas de las colinas, las fuerzas romanas tendrían que afrontar asedios largos y desmoralizadores. Mientras meditaban todos estos riesgos, la relación entre Vespasiano y Tito era más de compañeros que de padre e hijo. Los dos hombres sabían que el mando de las fuerzas de Judea era algo en lo que no podían permitirse el fracaso. Había mucho dinero que ganar entre los saqueos y las ventas de esclavos. Liquidar la rebelión también supondría gloria y honores para el nombre de la familia.

Mientras Vespasiano organizaba su ejército en Siria durante el invierno de 66-67, el jefe de la resistencia judía en Galilea también estaba haciendo preparativos. Josefo se encargó de construir defensas en las poblaciones de Galilea; además tuvo que cogerle el tranquillo al arte de equipar y entrenar a un ejército. Más tarde aseguraría haber seguido el modelo romano, para inculcar disciplina y obediencia en las tropas, instruirlas en la práctica de las armas y establecer una cadena de mando claramente organizada. Pero le resultaba muy deprimente y cuesta arriba. El joven y aristocrático estudioso

era responsable de un ejército de indigentes, campesinos enfadados y aldeanos que nunca habían visto la ciudad santa. Y allí estaban, escuchando a un aristócrata, un desconocido, que les decía que se unieran a él y libraran una guerra que era la de Jerusalén. Imponer su autoridad iba a ser toda una hazaña por derecho propio. A pesar de estas dificultades, la labor de Josefo en Galilea estaba a punto de complicarse mucho más.

Un radical llamado Juan ben Leví, también conocido como Juan de Guiscala, por su pueblo natal, llegó buscando a Josefo y le ofreció sus servicios y los de sus seguidores, que Josefo aceptó agradecido. Juan organizó la reconstrucción de las murallas de Guiscala y Josefo quedó impresionado por su energía. Pero esta buena impresión no duraría mucho. En su versión de los preparativos bélicos en Galilea, escrita con posterioridad, los elogios de Josefo se convierten en veneno. Juan era un «embustero», «el embaucador con menos escrúpulos y peor fama» y un chanchullero que se había rodeado de un ejército privado de cuatrocientos matones y bandidos dispuestos a matar por dinero.[19] Leyendo entre líneas la subjetiva opinión de Josefo, Juan era sencillamente un oportunista con instinto popular que en la guerra contra la opresión extranjera estaba dispuesto a llegar mucho más lejos que el acaudalado sacerdote. No había nada que Juan no estuviera dispuesto a hacer, ni dinero que no estuviera dispuesto a robar, con tal de adquirir poder y combatir a Roma. Su presencia en Galilea iba a convertir en un infierno la vida del sensible y moderado comandante. Más aún, las disputas entre radicales y moderados darían a los romanos una inesperada ventaja incluso antes de haber puesto los pies en Judea.

Por ejemplo, cuando Josefo dio a Juan permiso para dar a los judíos de Siria aceite *kosher* para que no tuvieran que romper su costumbre religiosa y utilizar un aceite de oliva refinado en el extranjero, Juan aprovechó la oportunidad para hacerse con el mercado de aceite de Galilea y organizar un negocio de extorsión. Revendiendo el producto por ocho veces su precio, hizo una fortuna para la guerra y, según Josefo, para sí mismo. Con los beneficios pagaba a sus secuaces para que asaltaran las casas de los ricos de Galilea. Al aumentar la confusión, también creció la hostilidad entre Josefo y

Juan. Las relaciones llegaron a tal punto que el comandante creyó que Juan intentaba matarle en secreto. En la mente de Josefo se repetía una y otra vez la misma escena: Juan llamaba a Josefo para que supervisara sus golpes de mano; en medio de la refriega, Josefo caía en una trampa y era asesinado, y Juan se hacía con el poder. Josefo tenía razón por estar paranoico. Juan no tardó mucho en hacer planes para matarle.

Fingiéndose enfermo, Juan obtuvo permiso de Josefo para ir a los baños de Tiberíades, con objeto de descansar y recuperarse. Pero su intención real era levantar una revuelta contra Josefo con engaños, mentiras y sobornos. Alertado del peligro por su delegado en Tiberíades, Josefo mostró el valor por el que quizá Ananías le había nombrado comandante. Sin vacilar, se dirigió a la ciudad, reunió al pueblo y habló con energía, reafirmando así su autoridad. Pero Juan no se rindió. Parte de su ejército privado se abrió paso entre la multitud y, desenvainando las espadas, se acercó a Josefo por detrás. La multitud alertó a Josefo, que, con una afilada hoja a pocos centímetros del cuello, escapó en el último instante. Saltó desde la tribuna en la que había estado hablando y, con ayuda de uno de sus hombres, escapó en una barca amarrada cerca de allí.[20]

El episodio bastó para inclinar la opinión popular a favor de Josefo y en contra de Juan. Los conspiradores fueron rodeados, pero Juan fue demasiado rápido. Había huido de la ciudad con la idea de reunir seguidores de otras zonas de Galilea. Pero ésta no sería la última vez que se cruzarían los caminos de los dos hombres. Su enfrentamiento era el símbolo de un conflicto que fermentaba por toda la provincia. En Judea y Galilea aumentaba sin cesar la tensión entre el liderazgo moderado de los sacerdotes de la capital y las partidas de revolucionarios en el campo. Durante los preparativos de la guerra contra Roma, otros con más conciencia ideológica que Juan estaban aprovechando el caos y la confusión. En la ciudad de Acrabata, un campesino llamado Simón ben Gioras había fundado su propia partida de revolucionarios y estaba operando al margen de la resistencia organizada en Jerusalén por Ananías y las autoridades del Templo. Cuanto más empeoraba la tensión entre las facciones judías, y más división había entre los que preparaban la guerra, más fácil les resultaría a los romanos su trabajo. Sin

embargo, en la primavera de 67 tanto revolucionarios como moderados supieron que había llegado el momento de olvidar sus rencillas por el poder. Los romanos se acercaban.

Las tres legiones de Vespasiano se habían reunido en Tolemaida y fueron reforzadas por una mezcla de cohortes auxiliares y regulares de Cesarea y Siria, y también con tropas aliadas de los reyes pro romanos de la región: Agripa, Antíoco y Soemus. Con un ejército no inferior a 60.000 soldados, Vespasiano y Tito decidieron la estrategia. Algunos oficiales aconsejaron que la manera más limpia y sencilla de terminar con la rebelión era ir directamente a la yugular y aplastar la resistencia en Jerusalén. Vespasiano no estuvo de acuerdo. Sabía que había una razón fundamental por la que Cestio Galo no había sido capaz de tomar la ciudad santa: Jerusalén era prácticamente inexpugnable.

Construida sobre una meseta rocosa con abruptos barrancos al sur, este y oeste, la ciudad era una fortaleza natural. Además, tenía tres poderosas murallas concéntricas. Aunque se hubiera construido en una llanura, habría seguido siendo imbatible.[21] Intentar tomarla, según la lógica de Vespasiano, suponía un peligro inmenso y su conclusión podía ser, no la desmoralización de los soldados, sino el fin de muchos. La única forma segura de aplastar la rebelión centrada en Jerusalén era hacerse con los territorios que la rodeaban. Primero debían someter a los rebeldes de los pueblos y las aldeas, y las fortalezas de la guerrilla de Judea y Galilea. Pero Vespasiano también sabía que los métodos que utilizase Roma para recuperar aquellos territorios iban a ser de vital importancia.

Para ganar una ventaja psicológica sobre los rebeldes, Vespasiano y Tito optaron por una guerra de terror, habitual en la táctica romana. El principio básico era no tener compasión: matar a todo el que pudiera llevar armas y esclavizar a los que no opusieran resistencia; saquear y arrasar todo lo que se pusiera por delante. El plan, en pocas palabras, era que Jerusalén, aterrorizada, claudicase.[22] Bastaba ver la columna militar para echarse a temblar. Detrás de los auxiliares con armas ligeras y arcos iban infantes totalmente pertrechados, algunos con la responsabilidad de organizar los campamentos. Detrás avanzaban los constructores de carreteras, con

herramientas para nivelar superficies y enderezar curvas que entorpecieran el camino. Un pelotón de jinetes y lanceros protegía el equipaje personal del alto mando. Tras ellos se veía una reata de mulas que transportaban proyectiles, arietes y catapultas. Luego iba el grupo de Vespasiano, Tito y los oficiales superiores con sus escoltas. Los estandartes militares, formados alrededor del símbolo del águila («la reina de las aves y la más valiente»), separaban a los generales de la tropa, mientras que los criados y los proveedores de campamento cerraban la retaguardia.

Vespasiano entró en Galilea por el oeste y tomó Gabara, donde Juan de Guiscala estaba al frente de la rebelión. Juan escapó de nuevo y se reagrupó en otra parte, pero la ciudad no fue tan afortunada: cayó al primer asalto. Vespasiano tomó el control de la ciudad y ejecutó su plan. No mostró clemencia, pasó por la espada a todos los habitantes salvo a los niños y luego quemó la ciudad y los pueblos circundantes. Pero cuando supo que el comandante de Galilea había reunido el grueso de la resistencia judía en Jotapat, hizo de esta ciudad su siguiente objetivo. Jotapat se convertiría también en escenario de un duro enfrentamiento. Vespasiano tenía intención de continuar como había comenzado.

Construida junto a un precipicio, Jotapat era una fortaleza montañosa natural, protegida por profundos barrancos por todas partes menos por el norte. En la ciudad, esperando a que se acercaran los romanos, estaba Josefo. Aunque con su sola presencia el comandante de Galilea había elevado la moral de los rebeldes, Josefo tenía sentimientos encontrados. Racionalmente sabía que era inútil enfrentarse al poder romano. Incluso aseguró haber hecho una profecía al respecto: la ciudad caería a los cuarenta y siete días. La única esperanza de salvación era entregarla de inmediato. Josefo incluso se consoló pensando que si se pasaba a los romanos, sería perdonado; así pues, ¿qué sentido tenía luchar? Pero el otro sentimiento era más fuerte. Prefería morir a traicionar a su patria y defraudar la confianza que su ejército provisional y campesino había depositado en él.[23] Al menos éste es el cuadro que pintó Josefo en su libro sobre *La guerra de los judíos*. Es un indicio de que su historia se escribió después del suceso para presentarse ante el lector romano, hasta cierto punto, bajo una luz propicia. Una cosa era cierta. Josefo,

simpatizante romano y comandante inverosímil, estaba a punto de enfrentarse a la fuerza bruta que había creado el imperio y que ahora aplastaba cruentamente toda oposición.

Tardaron exactamente cinco días en despejar un camino lo bastante ancho para que las fuerzas romanas se acercaran a Jotapat por el norte. Una vez en posición, Vespasiano comenzó el asalto. Durante los cinco primeros días, los judíos mostraron una falta de respeto total por su enemigo, inmensamente superior. Protegidos por las flechas y piedras que lanzaban desde las murallas, Josefo y sus hombres hicieron varias incursiones osadas contra el enemigo, mientras Vespasiano trataba de subir la pendiente y llegar a la ciudad. Tras cinco días de valerosa defensa, el ánimo de los sitiados estaba lleno de confianza, pero entonces Vespasiano cambió de táctica. Para proteger a las unidades de asalto, ordenó que erigieran torres de asedio contra el muro norte. Pero una y otra vez la determinación judía frustraba las operaciones.

Cuando los romanos trataban de proteger la construcción de las torres con obstáculos, los judíos les arrojaban piedras desde las murallas. Cuando los romanos hicieron más altas las torres de asedio, Josefo ordenó que aumentaran la altura del muro norte, protegiendo a los obreros con toldos de pellejo de buey. Acto seguido, protegidos por toldos y proyectiles lanzados por ciento sesenta máquinas en semicírculo, entraron en acción los arietarios o encargados del ariete (llamado así porque el tope de hierro del extremo parecía una cabeza de carnero). Cuando finalmente llegaron a la muralla y comenzaron a martillearla, los judíos tiraron grandes sacos llenos de ropa para amortiguar los golpes.

Pero los romanos también mejoraron su juego. Cuando, en una refriega, Vespasiano recibió un flechazo en el pie, utilizó la ocasión para inspirar a sus hombres. Se levantó reprimiendo el dolor y animó a sus soldados a combatir más bravamente. Josefo vio a un hombre decapitado por el proyectil de una catapulta, «la cabeza salió disparada a más de doscientos metros, como un guijarro lanzado con honda».[24] De igual forma, una mujer encinta fue arrastrada cien metros por el impacto de otra piedra. Alrededor y por encima de la extraordinaria resistencia judía silbaban las piedras que se acercaban,

sonaba el estampido del choque y luego el golpeteo sordo de los cuerpos que caían de las murallas.

Finalmente, el ataque romano obtuvo una pequeña recompensa: un agujero en la muralla. Pero cuando los romanos ampliaron la brecha y entraron en la ciudad, los judíos les reservaban una última sorpresa. Para protegerse de la lluvia de proyectiles, la infantería romana se acercaba formada en *testudo* (tortuga): veintisiete hombres en cuatro filas con los escudos protegiendo el frente, los laterales y las cabezas de la unidad y formando una especie de caja metálica. La unidad se movía lentamente hacia el muro norte. Pero Josefo encontró la forma de neutralizar incluso esta argucia. Cuando los romanos se acercaron, los judíos les vertieron aceite hirviendo desde arriba. El ardiente líquido se coló por todas las ranuras del *testudo* y sembró quemaduras, dolor y pánico en la unidad romana. A pesar de todo, algunos soldados se las arreglaron para escapar y pusieron una tabla para salir por el agujero de la muralla. Los judíos también habían previsto aquello. Echaron en la tabla una sustancia grasienta en la que resbalaron los romanos. A pesar de estas tretas, era imposible contener a los romanos eternamente.

Poco antes del alba del cuadragésimo segundo día de asedio, Tito se puso al frente de un escuadrón de la muerte que se acercó en silencio al agujero. Tan exhaustos estaban los judíos que los hombres de Tito consiguieron llegar hasta los centinelas dormidos, cortarles el cuello e infiltrarse en Jotapat. Pronto se dio la voz de alarma, pero era demasiado tarde para que los judíos impidieran que las legiones entraran como hormigas en la ciudad. Aterrorizados, los rebeldes se dispersaron por las estrechas callejas. Unos se rindieron, otros opusieron una débil resistencia y otros intentaron huir desesperadamente para refugiarse en pozos y cuevas. Los demás fueron rápida y fácilmente conquistados y dominados. Pero a los soldados que se hicieron con el control de la ciudad les costaba distinguir a los insurgentes de los civiles rendidos. Cuando un judío pidió a un centurión romano que le ayudara a salir de una cueva, el romano le dio la mano de buen grado. Se lo agradecieron con una rápida estocada que lo mató al instante. Los romanos siguieron removiendo cielo y tierra en busca de insurgentes, y de un hombre

en particular al que todavía no le habían visto la cara.

El hombre que había profetizado acertadamente que la ciudad caería a los cuarenta y dos días también se había escondido en un pozo. Allí estuvo con otros cuarenta rebeldes. Durante dos días consiguieron sobrevivir, pero el tercero, un miembro del grupo que salía por las noches para buscar provisiones, fue capturado y confesó el paradero de Josefo. Inmediatamente, Vespasiano envió dos tribunos militares para hacer salir al comandante con la promesa de recibir un salvoconducto. Josefo y sus hombres se negaron. Los soldados congregados en la entrada del pozo estaban deseosos de cortarle el cuello. Pero otro oficial, llamado Nicanor, entró en escena y consiguió contenerlos.

Nicanor era amigo de Josefo, a quien probablemente conoció en Jerusalén. Y le juró por su amistad que Vespasiano quería salvar la vida del comandante que había llevado a cabo una defensa tan extraordinaria de la ciudad. Pero en el fondo del pozo la oferta desencadenó una furiosa discusión. Josefo quería rendirse. De acuerdo con los últimos sueños que había tenido, creía que Dios estaba enfadado con los judíos y que era Su voluntad que los romanos prosperasen. Pero los demás, coléricos porque osaba hablar de rendición, llamaron a Josefo cobarde y traidor. Repitieron que el suicidio era el único camino honorable para ellos. Si Josefo se negaba a imitarles, dijeron, lo matarían de todas formas.

Atrapado en un serio conflicto, Josefo arguyó al principio que el suicidio era un pecado contra Dios. El argumento suscitó más violencia entre su público de rebeldes. Se acercaron a él con las espadas levantadas, gritando y amenazándole. Josefo, «revolviéndose como un animal acorralado para enfrentarse a los atacantes», intentó convencerles por todos los medios: «... llamó a uno por su nombre, miró a otro como un general, estrechó la mano a un tercero, suplicó a un cuarto hasta que se sintió avergonzado».[25] No sirvió de nada. Finalmente, Josefo accedió al suicidio colectivo. Pero sugirió un método muy particular.

Para no ofender a Dios se echaría a suertes. Comenzando por la persona que sacara la paja más corta, cada tercer hombre debía ser muerto por el que tenía al lado. Así comenzó la horrible escena en que los judíos cortaban el

cuello de sus compañeros judíos. Los cuerpos sin vida de los rebeldes iban cayendo al suelo, aunque había un hombre que se libraba sistemáticamente y permanecía en pie. Josefo era persona culta y quizá versada en matemáticas y, según parece, había ideado la cuenta de tal manera que siempre era uno de los dos supervivientes. Aunque el episodio inspiró más tarde un problema matemático conocido como «cuenta de Josefo», nunca sabremos si Josefo se sirvió de la suerte o del cálculo. Lo que está claro es que aprovechó la oportunidad. Se volvió al otro superviviente y trató desesperadamente de convencerle de que abandonara el pacto de suicidio. Sin duda empleó a fondo sus dotes persuasivas para no ser asesinado por retractarse después de haber muerto tantos, pero ambos hombres se rindieron.

Josefo atribuyó más tarde su supervivencia a la voluntad de Dios. Sin embargo, sus problemas no habían acabado. El comandante de Galilea, el joven nombrado por Ananías y las autoridades del Templo de Jerusalén, no había sabido resistirse a Roma y era prisionero de Vespasiano. Galilea estaba perdida y al mismo Josefo le esperaban la cárcel, un largo y lastimoso viaje a Roma y la posible ejecución. Pero el destino de Vespasiano, de Tito e incluso de Josefo estaba a punto de transformarse. Con este cambio de circunstancias, las apuestas a favor de la guerra en Judea estaban a punto de subir.

MUDANZAS DE LA FORTUNA

Josefo fue sacado a rastras de su escondite y conducido a la fuerza al campamento de Vespasiano por las calles de Jotapat, que estaban llenas de prisioneros judíos que le abucheaban, le insultaban, le daban codazos y gritaban a los soldados romanos que lo mataran. Según Josefo, fue su noble conducta lo que hizo que el hijo del general, Tito, se apiadara de él. Aseguró que gracias a él el romano reflexionó sobre el extraordinario cambio que había sufrido la fortuna del cautivo y pidió a su padre que le perdonara la vida. Puede que la realidad fuera más prosaica. Josefo no iba a recibir un tratamiento especial por su noble comportamiento. La suerte que le esperaba era la que ya habían corrido antes que él centenares de cabecillas enemigos

vencidos por Roma: sería trasladado a la metrópolis, desfilaría cargado de cadenas en una marcha triunfal y luego quizá fuera ritualmente ejecutado en el Foro. Pero antes de que ocurriera todo esto, hizo una de las mayores apuestas de toda su vida.

Josefo pidió una audiencia privada con Vespasiano y Tito. Tras serle concedida la petición, se armó de valor y pronunció las palabras que podían salvarle o perderle. Les dijo que iba como mensajero de Dios. No tenía sentido llevarle ante Nerón, dijo, porque ese hombre no sería emperador durante mucho tiempo. Los futuros emperadores de Roma, profetizó, estaban ante él en aquel momento. Vespasiano debió de soltar la carcajada ante una sugerencia tan absurda; era sabido que los emperadores de Roma procedían de una misma dinastía aristocrática. Quizá incluso se enfadara, pensando que Josefo se estaba burlando de Roma y de él, un romano corriente que había ascendido en el ejército. Sin duda era consciente de que el sabio sacerdote diría lo que fuera con tal de salvar el pellejo.[26]

En realidad, Josefo había sacado la profecía del Pentateuco, del libro de los Números, que decía que en Israel aparecería un salvador, pero no la había aplicado a un judío, sino a un romano. Cuando un oficial que estaba presente preguntó por qué, si Josefo era tan dado a las profecías, no había previsto que la ciudad caería y él sería capturado, Josefo replicó que lo había previsto. Vespasiano se sintió tan intrigado por el curso de esta extraordinaria conversación que comprobó la veracidad de la profecía de Josefo. Al poco rato llegó un mensajero confirmándola: Jotapat había caído a los cuarenta y dos días, tal y como Josefo había predicho. Es razonable imaginar que Tito y su padre vieran allí una oportunidad. Puede que aquel hombre les fuera útil después de todo. En lo que concernía a Josefo, la apuesta había funcionado. No estaba totalmente a salvo, pero su suerte había vuelto a cambiar. Le dieron regalos, ropas y tuvieron con él toda clase de amabilidades. Aunque todavía era un prisionero, ahora era un valioso talismán.

En cuanto a Vespasiano y Tito, no tardaron en concentrarse otra vez en los asuntos, más pragmáticos, de la guerra. La campaña de terror en Judea y Galilea sólo acababa de comenzar. En Tariquea, ciudad del reino de Agripa, rey-cliente de Roma, murieron 6.000 judíos cuando Tito lanzó un

espectacular ataque anfibio desde un lago contra el sector sin fortificar. Una vez sometida, Vespasiano separó a los civiles de los insurgentes para no ofender a la población local con ejecuciones masivas y para facilitar a Agripa el mantenimiento de la paz en el futuro. Pero rompió su promesa por consejo de su estado mayor, que temía una sublevación más adelante. «La conveniencia ha de prevalecer sobre la moral convencional», vino a decir. [27] Los judíos liberados fueron reunidos más tarde en un teatro; exterminaron a 1.200 ancianos y enfermos. Los 6.000 más robustos fueron enviados a Grecia, para trabajar como esclavos en el canal ideado por Nerón para cruzar el istmo de Corinto. A Agripa le devolvieron unos 8.500 súbditos y los 30.400 restantes fueron vendidos como esclavos. Los romanos también castigaron la resistencia judía de Gamala pasando a 4.000 habitantes por la espada; los 5.000 insurgentes restantes ya habían encontrado la muerte arrojándose a un barranco.

Mientras Vespasiano invadía el sur, «liberando» las ciudades costeras mientras avanzaba hacia Judea, Tito se dedicó a limpiar las bolsas de resistencia que quedaban en Galilea. En el último conflicto de la campaña del año 67 había una sorpresa esperando al general romano. Juan de Guiscala había estado reuniendo y entrenando ejércitos de campesinos en los Altos del Golán y en su ciudad natal. Tito aplastó fácilmente a la mayoría, pero cuando se disponía a marchar sobre Guiscala, Juan le suplicó que no atacara la ciudad en sábado y que esperase un día. Tras concederle el breve respiro, Tito sometió la ciudad y descubrió que Juan había desaparecido. Una vez más, el cabecilla rebelde había conseguido escapar en el último momento. Pero esta vez su destino era más previsible: Jerusalén.

De hecho, la ciudad santa era el refugio de todo resistente que escapaba a la muerte o a la esclavitud a manos de las legiones romanas. Su llegada a Jerusalén puso en crisis la dirección de la guerra. La mayoría sólo llevaba consigo malas noticias. Galilea se había perdido, decían, y ahora los romanos se dirigían lenta pero implacablemente hacia el sur. Otros, sin embargo, disentían violentamente. Cuando Juan y su grupo de seguidores llegaron a Jerusalén, difundieron la idea de que se podía derrotar fácilmente a los romanos, de que los judíos aún podían aplastarles.[28] Mientras el choque de

opiniones se intensificaba y enfrentaba cada vez más a las facciones judías, un grupo quedó atrapado en el ojo del huracán.

Ananías y las autoridades del Templo, gritaban los líderes nacionalistas en tono de acusación, sólo habían conseguido un fracaso tras otro. ¿Acaso la resistencia judía había sido tan débil y tan inefectiva porque los sacerdotes moderados querían desde el principio rendir la ciudad y toda Judea a Roma? Con el tiempo, la opinión de las facciones extremistas cobró ímpetu; a finales de año se les acabó la paciencia. Los seguidores de Juan encarcelaron primero y mataron después a los moderados. Luego volvieron las armas contra Ananías y la oligarquía religiosa. La facción de Juan los acusó de traidores, los expulsó del Templo y tomó el control de éste y de sus fondos. El recinto religioso no tardó en convertirse en un campo de batalla y en diciembre habían muerto Ananías y otros tres jefes de la oligarquía sacerdotal. Con sus muertes, escribió Josefo, comenzó la caída de Jerusalén. [29]

Con el vacío de poder que dejó la muerte de los líderes moderados, la ciudad cayó en manos de facciones nacionalistas rivales que luchaban por la supremacía. Durante el año siguiente se incrementó el número. En 68, mientras el ejército de Vespasiano recorría Judea, Perea e Idumea, el líder campesino Simón ben Gioras y su ejército también huyeron a Jerusalén. Su llegada provocó más conflictos. Informado por desertores de las luchas internas judías, los consejeros de guerra de Vespasiano animaron a su general a avanzar. Dijeron que era el momento de atacar Jerusalén. Una vez más Vespasiano disintió y prefirió evitar un ataque directo a la ciudad santa. Que los judíos se destruyan entre sí, opinaba; con los rebeldes matándose unos a otros y pasándose a Roma, los judíos de Jerusalén estaban haciendo el trabajo de los romanos. Sin embargo, ésta no fue la razón de que en julio de 68 las operaciones romanas en Judea se paralizaran repentinamente.

El suicidio de Nerón puso el gobierno del imperio en la mayor crisis de su historia. Vespasiano sabía que, según la ley, para proseguir la guerra necesitaba ser confirmado en el cargo por el nuevo emperador. Por tanto, mientras elegían al sucesor, suspendió temporalmente la campaña.[30] Pero el cambio que se tramaba era mucho mayor que una simple sustitución de

personal. Había en marcha una revolución que empujaría al imperio romano a una salvaje guerra civil. Había dos cuestiones en juego: qué emperador gobernaría y en qué se basarían para nombrarlo. Bajo la primera dinastía del imperio, la Julio-Claudia, la sucesión era hereditaria en la práctica, aunque en principio sólo podía ser confirmada por el Senado y el pueblo. Una extraordinaria revelación ponía en duda este sistema en aquel momento: el poder de nombrar nuevos emperadores no sólo pertenecía a Roma, sino a los ejércitos de las provincias, que abogaban por sus propios generales. «Se había puesto al descubierto un bien guardado secreto del imperio: que al parecer era posible elegir un emperador fuera de Roma».[31]

Desde las fronteras del este, Vespasiano y Tito fueron testigos de una serie de sorprendentes cambios de la fortuna. Como el primer sucesor de Nerón, Servio Sulpicio Galba, se negara a pagar las tradicionales primas a los militares, los ejércitos que lo habían elevado al poder le retiraron el apoyo, y su breve gobierno llegó a su fin. Galba fue decapitado y la Guardia Pretoriana de Roma declaró a Marco Salvio Otón sucesor suyo. Pero la base del poder del nuevo emperador no iba más allá de la metrópoli, y el ejército del Rin no tardó en proclamar a su general Aulo Vitelio. Cuando los ejércitos de Vitelio derrotaron a los de Otón en la batalla de Cremona, Otón se suicidó y Vitelio se convirtió en emperador, pero el gobierno de este aristócrata, como el de los dos hombres que le precedieron, sería de corta duración. Y es que estaba a punto de entrar en la competición un hombre que no era de alta cuna, sino de experiencia militar, un hombre que contaba con un amplio apoyo entre los ejércitos de las provincias orientales.

El 9 de julio de 69 los ejércitos de Judea proclamaron a Vespasiano emperador de Roma. Pronto se les unieron los ejércitos del Danubio. Mientras Vespasiano se hacía con el control de la provincia de Egipto, de vital importancia, dos ejércitos se dirigían a Italia para apoyarle. Uno estaba compuesto por las legiones orientales y encabezado por el gobernador de Siria, Cayo Licinio Muciano; las legiones del Danubio, a las órdenes de Marco Antonio Primo, formaban el otro. Las legiones danubianas llegaron antes a Italia y se dispusieron a enfrentarse a las fuerzas de Vitelio. Una vez más, dos ejércitos romanos se encontraban en Cremona. El enfrentamiento

fue horrible y sangriento; vencieron los partidarios de Vespasiano. Pero la matanza de romanos por romanos estaba lejos de haber terminado.

Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, encabezó en la capital una insurrección contra las fuerzas de Vitelio antes de que los ejércitos de Antonio y Muciano pudieran unirse a él. El golpe fracasó y Sabino y su facción se refugiaron en el Capitolio. En el ataque subsiguiente, el viejo templo de Júpiter se incendió. El humo hizo salir a Sabino y su facción: Vitelio, que los estaba esperando, los ejecutó rápidamente. La venganza no tardó en llegar. Ya en las puertas de Roma, las legiones que apoyaban a Vespasiano se abrieron paso brutalmente hasta la ciudad y derrotaron al ejército de Vitelio. Grupos de búsqueda removieron cielo y tierra en busca del emperador y lo descubrieron escondido en la casa del guarda de palacio, con la puerta ridículamente atrancada con una cama y un colchón. Lo llevaron a rastras y medio desnudo hasta el Foro, lo torturaron en público, lo decapitaron y lo arrojaron al Tíber.[32]

Vespasiano estaba en Egipto cuando recibió la noticia de su victoria, en diciembre de 69. Pero las celebraciones no fueron del todo jubilosas. Su ascenso había sido un despiadado baño de sangre en el que miles de romanos habían perdido la vida. Difícilmente se trataba del glorioso comienzo del principado que quería Vespasiano. Para justificar la toma del poder por la fuerza y unificar a los ciudadanos del imperio bajo su régimen, Vespasiano necesitaba una gran victoria militar y en seguida. Pensó en Judea. Nombró a Tito jefe de los ejércitos y le advirtió que el nombramiento llevaba adjunta una nueva estrategia: la victoria inmediata sobre los judíos, costara lo que costase. El futuro de la nueva dinastía Flavia dependía totalmente de la victoria en Judea.[33]

El encargo fue el botón que coronaba la singular trayectoria de Tito. El joven general había ascendido súbitamente de legado de las legiones a hijo y heredero del emperador. Y ahora le daban luz verde para que emprendiera una misión acorde con su nueva posición: atacar Jerusalén, la ciudad que Vespasiano y él habían evitado deliberadamente durante casi tres años. Pero Tito no era el único que reflexionaba sobre su radical cambio de posición. Como Josefo había acertado con su profecía, Vespasiano mandó llamar al

prisionero, le soltó las cadenas y lo liberó.

No obstante, aunque recuperó sus derechos, Josefo no tardó en darse cuenta de que seguía estando en la línea de fuego. Para la mentalidad del joven erudito, el ascenso de Vespasiano bien podía ser una prueba de que Dios estaba de parte de los romanos y de que la victoria sobre los judíos estaba cantada, pero Tito no pensaba lo mismo. El nuevo jefe de las fuerzas romanas en Judea necesitaba la ayuda de Josefo para enfrentarse al mayor desafío de su vida.

JERUSALÉN

Tito llegó con su ejército ante las murallas de la ciudad santa en marzo del año 70. Además de las fuerzas auxiliares y las legiones quinta, décima y decimoquinta, Tito había movilizado la legión duodécima, la misma que tan vergonzosamente había sido derrotada por los judíos bajo el mando de Cestio Galo. Ahora los soldados de aquella legión querían venganza. Pero a pesar del despliegue de fuerza que se realizó ante la ciudad, en su interior los grupos rebeldes de Juan de Guiscala, Simón ben Gioras y Eleazar ben Simón (cabecilla de los zelotes) estaban deseosos de lucha y tenían grandes esperanzas. Después de todo, era la primera vez que se veían romanos cerca de la ciudad en casi cuatro años. Galo, se decían, no había podido tomar la ciudad en 66 y, por lo que sabían los jerosolimitanos, los romanos no habían tenido muchas ganas de volver a intentarlo.

De hecho, muchos ciudadanos creían que Jerusalén era imposible de sitiar. Los judíos tenían comida y agua para muchos años, mientras que los romanos no encontrarían provisiones en las colinas de los desiertos y bosques de los alrededores. La gran roca del Templo de Jerusalén también era una fortaleza natural rodeada por una estructura defensiva adicional: tres gigantescas murallas que los habitantes habían reforzado mientras habían durado las vacilaciones romanas. A pesar de haber perdido mucho tiempo en guerras de facciones antes de la llegada de Tito, los judíos habían terminado parte de la muralla norte, aumentando su altura a diez metros.

Pero su máxima esperanza de victoria se basaba en la misma concentración de tropas romanas. Casi la cuarta parte de las fuerzas armadas romanas estaban en Judea, ¿no hipotecaba aquello la seguridad de Roma? ¿No se aprovecharían los enemigos del imperio de la guerra de Judea? ¿No preferirían un tratado de paz para no empeñarse en un conflicto interminable y dejar desprotegidas otras zonas del imperio? Seguro que se veían obligados a conceder a Judea la independencia. Los judíos eran muy conscientes de sus ventajas y cuando Tito envió a Josefo a las murallas para que negociara una propuesta de paz, proclamaron su confianza con una sucinta declaración de intenciones.

Algunos centinelas de las murallas conocían bien a Josefo. Cuando estuvo cerca, no se dirigieron al odiado traidor con palabras, sino con hechos. Una flecha surcó el aire, pasó rozando a Josefo y le dio en el hombro a su viejo amigo Nicanor. Tito respondió montando los campamentos romanos a 400 metros de la primera muralla. Después, tras hacer un reconocimiento del perímetro de la ciudad, localizó los puntos débiles que podían darle acceso a la parte superior de la ciudad, la Fortaleza Antonia y el recinto del Templo. Luego ordenó que recogieran madera y construyeran tres máquinas de asedio. Acercadas a la muralla norte, las torres rodantes, de veintiún metros de altura, protegerían a los soldados de los arietes. Así comenzó el gran asedio de Jerusalén. La detallada historia de Josefo, testigo presencial, la describe minuciosamente.[34]

Aunque el ejército de Simón ben Gioras tenía a su disposición la maquinaria romana capturada a Galo, los hombres aún no sabían utilizarla eficazmente. En consecuencia, las unidades romanas pudieron acercarse a las murallas y atacarlas con los arietes. A pesar de los ataques sorpresa de la guerrilla judía, el ariete mayor, al que llamaban Víctor, consiguió abrir un agujero en la muralla. El destacamento romano pasó por él, llegó luchando hasta las puertas, las abrió y obligó a los judíos a abandonar la primera muralla. Cuatro días después, los romanos habían tomado la segunda muralla. Esta vez, sin embargo, Tito cometió un error garrafal.

Los soldados habían avanzado tan aprisa que dejaron prácticamente intacto el sector de la muralla que acababan de agujerear. Cuando los judíos

contraatacaron, atraparon a los romanos contra la segunda muralla. Aprovechando la ventaja, los judíos comenzaron a matar a los romanos que querían huir por el estrecho agujero. Los jefes de los rebeldes, Juan y Simón, estaban eufóricos, animados por aquel primer triunfo y deseosos de matar romanos. Pero la alegría no tardó en desaparecer de sus rostros. Tito desplegó rápidamente a sus arqueros en los dos extremos de la calle donde la lucha era más encarnizada. De esta manera contuvo al enemigo mientras los romanos se ponían a salvo. Simón y Juan se preocuparon tan poco por los judíos muertos que durante un tiempo taparon con los cadáveres la brecha de la segunda muralla. A pesar de este truculento obstáculo, la muralla cayó finalmente y los ejércitos de Simón y Juan tuvieron que retirarse una vez más.

Tito se detuvo entonces. Sabía que para trasladar las máquinas de asedio a la tercera muralla y atacar la Fortaleza Antonia y el Templo necesitaba construir grandes plataformas para estabilizarlas. Puede que pensara que el respiro también daría tiempo a los insurgentes para que meditaran sobre la oferta de paz romana y las ventajas de la rendición. Mientras los soldados recogían más madera en lugares cada vez más distantes, la campaña física de las semanas anteriores fue sustituida por una batalla psicológica entre romanos y judíos. Resultó ser igual de feroz.

Tito empezó el juego con una estratagema. Quiso enseñar a Juan y a Simón la aterradora potencia de la maquinaria de guerra romana. Durante cuatro días, el ejército de Tito dio vueltas alrededor de la ciudad y los soldados, armados de punta en blanco, recibieron su paga. Dentro de la ciudad, los judíos estaban cada vez más desmoralizados. El desfile no hacía más que recordarles su debilidad. El hecho era que las raciones de comida se habían despilfarrado con el paso de los años. Las provisiones escaseaban y miles de hombres, mujeres y niños se morían de hambre. Juan y Simón respondieron con el terror a la exhibición de poder de Tito. Las casas de los ricos fueron saqueadas en busca de grano o pan, y los judíos sospechosos de querer huir eran amenazados y ejecutados.

Desesperados por encontrar comida, algunos judíos huyeron secretamente de la ciudad por la noche. Cuando fueron capturados por los romanos, Tito

dio un escarmiento con ellos: fueron torturados y crucificados a la vista de los que quedaban en la ciudad. Los soldados, embrutecidos por la guerra, se divirtieron crucificando a los prisioneros en posturas groseras y antinaturales. [35] Como algunos judíos se deprimieran ante semejante espectáculo, Juan y Simón respondieron aumentando la presión psicológica. Obligaron a los que flaqueaban a mirar los cuerpos crucificados y les dijeron que las víctimas brutalmente mutiladas por los romanos no eran prisioneros de guerra, sino suplicantes que habían recurrido a ellos en busca de paz. La guerra para ganarse la voluntad de los atrapados en la ciudad se intensificó. Entonces Tito enseñó su arma secreta.

Josefo fue enviado otra vez a dar vueltas alrededor de la ciudad, gritando propuestas de paz a los centinelas y pidiendo su rendición. Salvad vuestras vidas y las de vuestro pueblo; salvad vuestro país y vuestro templo, gritaba. ¿No estaba claro que Dios no vivía ya en Judea, sino en Italia? Los romanos eran invencibles. Eran los amos del mundo y someter grandes naciones era algo habitual para ellos. Ahora que Judea era una provincia oficial de Roma, era demasiado tarde para luchar: «... tratar de liberarse del yugo no era demostrar amor por la libertad, sino un enfermizo deseo de morir».[36] Sus llamadas, sin embargo, sólo encontraron una respuesta: abucheos, insultos y piedras.

Diecisiete días después de la suspensión del asedio, las plataformas estaban terminadas. Toda la maquinaria de guerra romana estaba a punto de caer sobre la tercera muralla. ¿Quién podía dudar de la victoria romana? Juan de Guiscala tenía dudas. Durante el alto el fuego había ideado un plan y lo había puesto en marcha. Él y sus seguidores habían trabajado día y noche y abierto un túnel para llegar donde estaban las inmensas plataformas. Mientras cavaban, apuntalaban el túnel con maderos. Convencidos de que el ingenio judío podía vencer a la potencia romana, Juan consiguió llegar debajo de una plataforma y vació completamente el subsuelo. Amontonó astillas, las roció con brea y betún, les prendió fuego y huyó.

Al arder los puntales del túnel, el terreno cedió de repente. La inmensa plataforma, con los hombres y máquinas situados encima, se hundió aparatosamente y con ella varias semanas de trabajo intensivo. Inspirado por

el ejemplo de Juan, Simón organizó un ataque suicida contra las otras plataformas. Con antorchas en la mano, los judíos «salieron corriendo como si fueran al encuentro de amigos, no de enemigos» y trataron de incendiar las otras máquinas y los arietes. Mientras los romanos corrían para salvar las preciadas plataformas y apagar el fuego, muchos judíos, con desprecio de su propia vida, se lanzaron a la lucha y se sacrificaron para avivar las llamas. [37]

Tras evaluar los daños, los romanos tuvieron un momento de desaliento. Tito sabía que cuanto más lentos fueran sus progresos menos gloriosa sería la victoria. La reputación se ganaba con la rapidez tanto como con el triunfo. Bajo aquella presión convocó una junta de generales. Algunos pidieron un ataque completo y el despliegue de todas las fuerzas, pero Tito se negó. Claro que reconstruir las plataformas tampoco era una opción. La escasez de madera en la región requería desplazamientos de quince kilómetros y era imposible prever los ataques de la guerrilla judía. Había llegado el momento de adoptar una táctica diferente, que fuera segura para sus hombres y rápida: matar de hambre a los judíos hasta que rindieran la ciudad.

Con la grandiosidad propia de los caudillos romanos del mundo antiguo, Tito ordenó que construyeran una muralla alrededor de Jerusalén. Era una forma de cerrarla herméticamente, para que nadie pudiera salir a buscar alimentos. Las estadísticas de la operación son asombrosas: en tres días las legiones construyeron una muralla circular de siete kilómetros, articulada por trece plazas fuertes. Las cosas pequeñas, dijo Tito, estaban por debajo de la dignidad romana. Las legiones y las cohortes competían por la excelencia y rapidez de ejecución de esta obra colosal. Cuando Tito inspeccionaba las obras a caballo, veía que «el soldado raso trataba de complacer a su decurión, el decurión a su centurión, el centurión a su tribuno; los tribunos buscaban las alabanzas de los generales; y de la rivalidad entre los generales, el propio Tito fue juez».[38] El plan era que, cuando el asedio hubiera debilitado lo bastante a la resistencia judía, se reconstruirían las plataformas y se iniciaría de nuevo el ataque. Según la truculenta versión de Josefo, el caudillo romano cosechó su sombrío fruto muy pronto.

Se decía que una mujer hambrienta se había comido a su propio hijo, las

calles de Jerusalén estaban llenas de muertos y los tejados de las casas, a la vista de los romanos, estaban sembrados de hombres y mujeres, demasiado débiles incluso para tenerse en pie. Cuando los romanos tentaron a los judíos enseñándoles comida, Simón y Juan se mostraron tan convencidos de que había que seguir luchando que algunos de sus subordinados más cercanos se apartaron de ellos. Cuando el jefe de una torre, llamado Judas, reunió a diez personas y gritó a los romanos que querían desertar, Simón irrumpió en la torre antes de que pudieran hacer nada y ejecutó a todos. Otros, fingiendo que se lanzaban a la batalla, escapaban a centenares y se entregaban a los romanos; entonces descubrían que la comida era más mortal que el hambre que habían pasado. En lugar de comer poco a poco, para acostumbrar el aparato digestivo, comieron hasta reventar, literalmente.

Entre las personas atrapadas en el horror del asedio, había dos por quienes Josefo estaba preocupado: su madre y su padre. Se había enterado de que estaban vivos, pero prisioneros. Quizá pensando en ellos, Josefo se acercó a las murallas para suplicar de nuevo a los judíos que se rindieran. Esta vez los rebeldes dieron en el blanco. Josefo recibió una pedrada en la cabeza y cayó inconsciente. Se celebró una carrera para ver quién se hacía con el cuerpo más deseado por los judíos. Los romanos llegaron antes y rescataron a su negociador.

Tardaron veinte días en reunir más madera para reconstruir las plataformas. El terreno que les rodeaba reflejaba la desoladora obra: no había más que polvo, hierba y los tristes tocones de los árboles talados. Mientras los romanos hacían acopio de todas sus energías, los ejércitos de Juan y Simón sacaban fuerzas de flaqueza. Parecían levantarse como fantasmas, rabiando de hambre y fatiga, peleándose entre sí, organizando un ataque tras otro para desbaratar los preparativos romanos. Aunque las operaciones guerrilleras fracasaban a menudo, el hecho de que persistieran daba a los judíos una victoria moral.

Los romanos no tardaron en atacar la tercera muralla. Protegidos por escudos del diluvio de piedras y flechas, los soldados seguían adelante con arietes, manos y palancas para aflojar los sillares de la muralla y abrir un boquete. Pero lo que les permitió entrar no fue su esfuerzo, sino el túnel

abierto por Juan. Así como había permitido a los judíos salir para destruir las plataformas, ahora permitió entrar a los romanos: el túnel se hundió y con él la muralla, cuyos sillares se vinieron abajo. Tito ordenó a sus legionarios más fuertes que aprovecharan inmediatamente la ventaja. A las dos de la madrugada, una unidad avanzó por el túnel inutilizado y se encontró con los ejércitos de Juan y Simón, que les esperaban. En aquel pequeño espacio, los romanos atacaban mecánicamente con sus cortas espadas, sin apenas saber si mataban a romanos o judíos ni si avanzaban o retrocedían. El suelo estaba sembrado de cadáveres y los gritos y gemidos resonaban en el pequeño y fétido espacio. Finalmente, la infantería romana se abrió camino, obligando a los judíos a retirarse a la parte más sagrada de la ciudad, el recinto del Templo.

Tito ya era dueño de la Fortaleza Antonia, que sostenía la columnata del complejo, y ordenó que la destruyeran hasta los cimientos, para abrir una puerta amplia y allanar la subida de las cuatro legiones romanas. Pero antes de dar la señal, Tito hizo una última oferta a los rebeldes. Recurrió de nuevo a Josefo, que se puso a la vista de los judíos guarnecidos en el Templo y, hablando en arameo, se dirigió a Juan. Ríndete, salva al pueblo y a la ciudad, le dijo, y Roma te perdonará. Era su última oportunidad. Si insistía en luchar y profanar el Templo, Dios le castigaría. Juan lanzó un torrente de insultos sobre el renegado Josefo. Picado, el joven sacerdote y erudito desistió. Ahogado por la emoción, gritó: «Es Dios, el mismo Dios el que trae con los romanos el fuego para purgar el Templo y limpiar una ciudad que nunca había estado tan llena de corrupción».[39] Con estas palabras, se abrió el infierno.

El Templo era la parte de la ciudad mejor construida. Los romanos habían martilleado los muros del palacio exterior durante seis días, pero no habían conseguido nada. Finalmente prendieron fuego a las puertas de plata y, mientras el metal se derretía, los romanos incendiaron la columnata poco a poco y consiguieron entrar. Cuando se acercaban al patio interior y al santuario, se desató una acalorada discusión entre Tito y sus oficiales: ¿qué hacían con el templo? Unos decían que había que destruirlo. Si seguía en pie, nunca habría paz en la provincia romana de Judea. El Templo sería un

símbolo en el que se reunirían todos los judíos del mundo. Otros disentían. Debían conservarlo, decían, pero sólo si los judíos no intentaban defenderse en su interior, pues en tal caso dejaría de ser un lugar sagrado para convertirse en fortaleza militar. Tito escuchó todas las opiniones, pero quizá fuese Josefo el que más influyó en su decisión final. Tito dijo que el Templo era una obra de arte. Perdonándola legaría un glorioso ornamento al emperador y al pueblo romano.[40]

A mediados de julio de 70, unos tres meses después del comienzo de la campaña de Tito, la batalla por el patio exterior del Templo estaba en su momento más difícil. La infantería pesada de ambos ejércitos se acometía y peleaba bajo una lluvia de flechas, lanzas y proyectiles de todo tipo. Poco a poco, las filas romanas, de ocho en fondo, empujaron a los judíos al patio interior. Al cabo de unos días, el ejército judío se desintegró y dispersó, y los romanos irrumpieron en el patio interior. Estaban furiosos y deseosos de venganza. Llevaban casi cuatro penosos años de campaña y desfogaron el odio salvaje que albergaban contra el enemigo. Se colaban por todos los vanos y ya no diferenciaban entre soldados y civiles. Todos eran ejecutados indiscriminadamente. La escalinata del Templo chorreaba sangre. Los cadáveres se amontonaron delante de ella y cerca del altar, y los que estaban arriba resbalaban a veces hasta el fondo. Pero la matanza no había terminado.

En medio del caos, un soldado romano cogió una antorcha y la lanzó por un ventanuco del Templo. No tardó en arder el edificio. Un mensajero llevó la noticia a Tito. El general se levantó de un salto y, con su guardia jadeando tras él, se dirigió hacia el santuario. Una vez dentro, vio que el fuego podía apagarse. Gritó a los soldados que lo apagaran, pero nadie le hacía caso. Estaban demasiado sedientos de botín, deseosos de recibir lo que merecían. La matanza de judíos había dejado paso al saqueo masivo. Corriendo entre las llamas, los soldados cogían los tesoros del Templo y se llevaban todo lo que caía en sus manos. Copas y aguamaniles antiguos de oro puro, cortinas y ornamentos enjoyados y, lo más precioso de todo, el santo candelabro de los siete brazos, la mesa de los doce panes y las trompetas rituales, todo cayó en las sucias manos de los soldados romanos. El sanctasanctórum del Templo, el eje simbólico de la fe judía, fue saqueado y pasto de las llamas.

El saqueo no se limitó al Templo. En una parte de la columnata del patio exterior estaba la cámara donde los judíos habían guardado todo su oro y sus posesiones preciosas durante el asedio. Los romanos limpiaron el lugar antes de incendiarlo. Casualmente, se había reunido allí una multitud de 6.000 civiles, hombres, mujeres y niños, creyendo que Dios los salvaría. Según Josefo, los falsos profetas que habían propalado el rumor obedecían instrucciones de Juan y Simón, que les habían dicho que difundieran esta profecía porque querían evitar deserciones y así elevar la moral durante la lucha por el Templo. Todos los civiles estaban indefensos, atrapados por las llamas, y se enfrentaban a una muerte segura.

La rebelión había sido aplastada. Los insurgentes que habían luchado en el patio interior cruzaron el cerco y huyeron a la zona alta de la ciudad. Las unidades de soldados romanos saltaron torpemente sobre los cadáveres que cubrían el suelo del patio exterior y les persiguieron tratando de cazarlos. Pero Juan y Simón se las arreglaron para escapar. Como prueba de la supremacía romana, llevaron estandartes imperiales al Templo y los plantaron delante de la puerta oriental. Se ofrecieron sacrificios al emperador y Tito fue saludado con un grito unánime. Mientras la ciudad ardía, se oía exclamar: «¡Vencedor! ¡Vencedor!». Los soldados iban tan cargados de botín que cuando más tarde cambiaron el oro por dinero, saturaron el mercado y el valor del oro en Siria bajó a la mitad.[41]

En la parte alta de la ciudad Juan, Simón y los judíos supervivientes quedaron atrapados por el cerco romano. Incapaces de escapar de Jerusalén, no les quedó más remedio que negociar con Tito. Muchos de sus seguidores, desanimados ya, confiaban en ser perdonados. Los más extremistas preferían abandonar la ciudad a los romanos y vivir pacíficamente en el desierto, con el resto de supervivientes. Tito se puso furioso. Habían sido derrotados y allí estaban, pidiendo la paz con el mayor descaro, como si hubieran resultado vencedores. Situándose en un muro que unía el Templo con la parte alta de la ciudad, Tito mantuvo la compostura mientras hablaba con Juan y Simón. Reprendió a los judíos por su ingratitud hacia Roma, hacia la autoridad que gobernaba Judea.

> Os levantasteis contra Roma por culpa de la bondad romana. Primero os dimos la tierra para que tuvierais reyes de vuestra propia raza; luego mantuvimos las leyes de vuestros padres y os permitimos conservar el control de vuestros asuntos internos y externos; os permitimos recaudar impuestos para Dios y recoger ofrendas, y no desanimamos ni estorbamos a quienes las hacían, ¡os enriquecisteis a nuestra costa para hacernos la guerra! A pesar de gozar de tales ventajas, arrojasteis vuestra abundancia a la cabeza de quien os las había proporcionado, y semejantes a animales, mordisteis la mano que os daba de comer [...] [Vespasiano] saqueó Galilea y los territorios adyacentes, dándoos tiempo para que recuperarais el sentido común. Pero tomasteis la generosidad por debilidad y nuestra amabilidad sólo sirvió para aumentar vuestra audacia [...] Muy a mi pesar, traje máquinas para romper vuestras murallas. Contuve a mis soldados, siempre sedientos de vuestra sangre. Tras cada victoria, como si fuera una derrota, os convoqué para firmar un armisticio. ¿Y después de todo esto, vosotros, gente despreciable, me invitáis ahora a conferenciar?[42]

Los judíos habían roto la *pax romana*. A pesar de todo, Tito hizo una oferta final: si los supervivientes se rendían ahora, al menos salvarían la vida. Cuando Juan y Simón reiteraron desafiantes sus deseos, Tito entregó la ciudad a sus soldados. La orden fue saquear, quemar y arrasar.

EPÍLOGO

Durante los días siguientes, los principales edificios de Jerusalén, incluida la Cámara del Consejo, fueron destruidos, los tesoros repartidos y los supervivientes del terror romano acorralados en una parte del Templo conocida como Patio de las Mujeres. Los viejos y enfermos fueron exterminados, y miles de insurgentes ejecutados, llegando a sumar el total de muertos durante el asedio un millón cien mil personas, según Josefo. El resto, unas 97.000, fueron vendidas en los mercados de esclavos. Los jóvenes fueron enviados a trabajos forzados en Egipto, o convertidos en pasto de gladiadores y animales de los circos de todo el imperio. Pero los rebeldes más altos y apuestos se reservaron para el desfile triunfal en Roma. Tras esconderse en las cloacas durante semanas, Juan y Simón finalmente se rindieron y fueron a parar a este grupo.

En la capital del imperio, el emperador Vespasiano recibió a Tito, ante la desbordante alegría de las multitudes romanas, que salieron a la calle para ver

al victorioso general. En la comitiva imperial iba Josefo. Pronto sería recompensado con la ciudadanía romana, una bonita pensión y alojamiento en la casa en la que Vespasiano había vivido antes de ser emperador. Allí se pondría a escribir su historia de la guerra judía. Pocos días después de la llegada de Tito, padre e hijo también tuvieron su recompensa: un magnífico desfile triunfal.

Coronados de laurel y con la túnica púrpura con estrellas de plata de los vencedores, marcharon en el centro de un cortejo espectacular. Primero se detuvieron en el pórtico de la hermana de Augusto, Octavia, donde los senadores y équites les esperaban y donde se había levantado un estrado. Vespasiano subió a él y acalló los estruendosos gritos de los soldados y miembros del pueblo, todos vestidos con sus mejores galas. Con la toga en la cabeza, a la manera de los sacerdotes, ofreció plegarias a los dioses.

El desfile continuó. Además de los miles de esclavos cautivos, había grandes carrozas de oro y marfil, algunas de dos y tres pisos de altura, con representaciones de escenas de la guerra de Judea, para que toda Roma las conociera, como si el pueblo hubiera estado allí personalmente y participara con todo derecho de la victoria romana. Las multitudes se quedaron boquiabiertas al ver los despojos. Era como si un exquisito río de oro y plata fluyera por Roma. En un lugar más destacado iban los tesoros del Templo y un rollo de la Torá, la ley judía.

El desfile se dirigió entonces al Capitolio, el templo de Júpiter en el Capitolino. Probablemente estaría en ruinas desde el año anterior, a consecuencia de la violencia desatada antes de que las fuerzas de Vespasiano entraran en Roma y acabaran con la guerra civil. El desfile se detuvo y esperó noticias del Foro. Allí, según la costumbre romana, sacaron a Simón ben Gioras de la prisión Mamertina, que estaba en el ángulo noroeste, y fue apaleado y ejecutado. La sentencia de Juan de Guiscala había sido menos severa. Fue condenado a trabajos forzados y cautividad durante el resto de su vida. Vespasiano se enteró de la muerte de Simón en el Capitolio, se ofrecieron sacrificios y se celebró un banquete popular, con abundancia de todo.

La máquina imperial de relaciones públicas no se detuvo aquí. La nueva

dinastía de los Flavios tenía que fundarse y legitimizarse también en piedra. Los beneficios de la guerra de Judea se invirtieron en la construcción del Coliseo. Erigido en parte con dinero conseguido por la venta de esclavos judíos, fue terminado por Tito, tras la muerte de Vespasiano, en el año 80, y es uno de los más duraderos símbolos del poder romano. Vespasiano, además, reconstruyó la zona que rodeaba el Capitolino con un glorioso templo y un foro. El mensaje que se lanzaba a los judíos, y, por supuesto, a todos los rebeldes del imperio, no podía ser más claro: destruimos vuestros lugares más sagrados, decía, y ahora podéis pagar para la reconstrucción de los nuestros. El emperador dedicó su templo a la paz. Finalmente, cuando Tito también falleció tras un breve y popular reinado de dos años, su hermano, el emperador Domiciano, construyó el Arco de Tito en su honor. El recuerdo de la afrenta romana a la independencia judía ha permanecido vivo hasta la actualidad.

En Judea, las operaciones romanas de limpieza siguieron hasta más o menos el año 74. Ninguna de las fortalezas rebeldes que seguían en pie suponía una amenaza real para Roma, pero aun así Vespasiano ordenó que fueran arrasadas. El conflicto más dramático fue el de Masada. Allí, un grupo de judíos conocidos como «sicarios», encabezados por Eleazar ben Yair, se refugió en la fortaleza, construida sobre una espectacular mesa rocosa. Resistieron durante años, hasta que los romanos construyeron una inmensa rampa de asedio que les daba acceso por la empinada ladera hasta la cima. Pero cuando los soldados llegaron a la fortaleza, descubrieron que los 966 rebeldes habían preferido suicidarse en masa a ser esclavos de Roma. Sólo vivieron para contarlo una mujer y sus cinco hijos. La determinación de Vespasiano de acabar totalmente con la resistencia judía ha vuelto a la actualidad gracias al descubrimiento de los extraordinarios restos arqueológicos de las operaciones romanas en Masada.

Cuando por fin terminó la guerra, se elevó la categoría del gobierno romano de Judea. Se estableció una guarnición permanente y la arrasada provincia pasó a ser responsabilidad de un legado del emperador. Jerusalén no volvió a ser ciudad civil durante sesenta años. Con el tiempo, los rabinos establecieron nuevas formas de culto sin el Templo. La situación empeoró

más si cabe con el emperador Adriano. Planeó fundar una colonia romana, Aelia Capitolina, en el área de Jerusalén, y tuvo que reprimir una segunda rebelión, y en 135, según fuentes cristianas, los judíos fueron expulsados permanentemente de la ciudad santa.

Pero por entonces el imperio romano florecía en una gloriosa y pacífica edad de oro.

Adriano

Publio Elio Adriano nació en Roma en 76 d.C., séptimo año del gobierno de Vespasiano. Aunque no tenía conexión con la dinastía Flavia, durante cuyo gobierno llegó al mundo, cuarenta años después fue el decimocuarto emperador de Roma. También fue el primer emperador barbudo de la historia romana. Era una pelusa cuidadosamente recortada, pero barba al fin y al cabo. Aunque se dijo que se la había dejado crecer para ocultar las manchas de la cara, la barba de Adriano se convertiría en un símbolo definido de la época. De una manera microscópica, describía otra revolución, otra transformación básica en la larga vida del imperio. Llegaba, como veremos, la época de los «buenos emperadores», el momento culminante de la civilización romana, una era de paz que duró, exceptuando un período de crisis, cerca de 140 años. Las semillas del cambio que anunciaron esta «edad de oro» se sembraron en el reinado del predecesor de Adriano, su afeitado primo Trajano.

EL ÚLTIMO CONQUISTADOR

Plinio el Joven, senador y gobernador provincial que se carteaba regularmente con el emperador, describía a Trajano como «de espléndido porte y alta estatura», con una «elegante cabeza y semblante noble». Incluso las entradas de su cabello realzaban «su aspecto majestuoso».[1] Era una descripción que encajaba con la imagen. Trajano era de la vieja escuela. Era

un jefe militar excepcional y heroico, un *imperator* (el título adoptado por primera vez por Augusto), lo que significaba que tenía la suprema autoridad militar con que los emperadores gobernaban el mundo conocido. Además, cuando ascendió en 98, Trajano tenía mucho a lo que hacer honor. Su padre se había distinguido bajo Vespasiano y Tito como jefe de la décima legión en la guerra judía y había sido gobernador de Siria, provincia de vital importancia estratégica. Como era de esperar, Trajano trató de estar a la altura de su padre con los expedientes de la expansión y la conquista, ya pasados de moda. El territorio más apto para ser explotado y caer en sus garras era el reino de Dacia.

Situada en el este de Europa, al norte del Danubio, Dacia tenía todos los números para ser premiada con el abrazo de acero de la *pax romana*. Era un reino independiente gobernado por Decebalo, aunque Roma, por supuesto, interpretó aquella independencia como una amenaza. Era civilizado y rico gracias a sus productivas minas de oro y plata, que se veían con envidia en el extranjero. Finalmente, había cometido un error básico al ofrecer a Roma una excusa para la guerra. Durante el reinado de Domiciano, el último emperador Flavio, Decebalo se había comportado descaradamente, cruzando el Danubio y atacando territorio romano. En la breve guerra que siguió, perecieron dos generales romanos y Domiciano pactó una paz deshonrosa e insatisfactoria. Trajano quiso rectificar esto. Roma quería venganza, «justicia» a la fuerza, recuperar lo que era suyo.

Entre 101 y 106 Trajano declaró dos guerras a los dacios. Cuando se puso en marcha, no contaba con ningún triunfo militar a sus espaldas; cuando regresó todo había cambiado. La guerra que libró fue la mayor que se veía desde la conquista de Britania por Claudio. Pero nadie habría podido imaginar la ferocidad de aquellas campañas. A pesar de tener muchos competidores en este campo, su brutalidad sin límites difícilmente podría igualarse en toda la historia romana. Excedieron con mucho el teórico objetivo de «cambiar el régimen» derrocando Decebalo. Las guerras dacias no tuvieron otra finalidad que el genocidio, la erradicación de la antigua cultura «bárbara», la fundación de auténticas, leales y civilizadas colonias de ciudadanos romanos y el saqueo de las riquezas de la región para la mejora

del imperio. La historia completa se resume en el nombre actual de Dacia: Rumania («Romania» en rumano).

Sólo los romanos podían celebrar la «victoria» con tanto derroche, orgullo y magnificencia. Las riquezas cosechadas por Trajano en la guerra se invirtieron en la construcción de un nuevo puerto en Ostia, la salida al mar de Roma. Se abrió espacio para diques y rampas de hormigón, almacenes y muelles, oficinas administrativas para las provincias (cada una, quizá, con un mosaico que indicara la naturaleza u origen del producto que despachaban), lonjas de pescado, vino y aceite. Se amplió el aforo del viejo Circo Máximo, esta vez hasta 150.000 personas. En el corazón de la ciudad, se empezó a construir un magnífico centro comercial. Se construyó una inmensa plaza de mármol para contener varias filas de puestos temporales y en la falda de la colina se levantaron elegantes calzadas escalonadas con tiendas y despachos. Pero no fue éste el monumento más llamativo a la victoria sobre Dacia.

La columna de Trajano, que sigue en pie en Roma, tiene 30 metros de altura, está construida con veinte bloques de mármol de Carrara y labrada con una estela espiral de 155 escenas que ilustran la campaña de Dacia. La atención por el detalle es exquisita; ninguna viñeta deja indiferente. Aquí Trajano arenga a sus tropas, allí los soldados sacrifican un jabalí, un carnero y un toro para purificarse antes de la batalla. En otra parte, el ejército recibe un barco de pertrechos y construye una fortificación, y en muchas otras escenas los soldados machacan al enemigo con sus máquinas de proyectiles y hunden la espada en el cuerpo de los dacios. Los romanos son metódicos; los dacios, como el mensajero que parece caerse del caballo, desorganizados. Es una macabra celebración de un genocidio, pero también un documento histórico muy útil. Revela la magnitud, organización y ambición que articulaban una conquista romana. Dentro de la columna aún se puede admirar más artesanía: una escalera de caracol sube hasta la cima y la cámara de la base sería más tarde la tumba del conquistador de Dacia.

Pero antes de morir, Trajano concibió una campaña militar más ambiciosa, con otro personaje con el que medirse. Tras haber superado espectacularmente la carrera de su padre, ahora quería emular nada menos que a Alejandro Magno. Para hacerlo, volvió la vista a Oriente. El territorio

del rico estado parto se extendía desde Turquía y la frontera de la Siria romana hasta Irak (Mesopotamia) y se adentraba en Irán y Afganistán. Una guerra contra la gran rival de Roma permitiría a Trajano llevar la conquista al límite que había alcanzado Alejandro: la India. La excusa para justificar la guerra era ya familiar. El gobernador de Partia estaba entrometiéndose una vez más en Armenia, el estado-colchón y reino-cliente leal a Roma. El equilibrio de poder en la frontera oriental estaba de nuevo en peligro. Se requería urgentemente pasar a la acción.

Trajano y su ejército marcharon en 114 hacia Oriente. El rey de Armenia capituló rápidamente y su reino se convirtió en provincia romana; lo mismo sucedió en el norte de Mesopotamia, que atravesaron para entrar en Media (el norte del actual Irán). En 116 Trajano seguía ampliando el dominio romano y despejando nuevas tierras. Aquel año llegó al recodo occidental del golfo Pérsico, se detuvo en la costa y miró al otro lado del mar. Estaba mirando hacia una tierra mítica que hasta entonces sólo había imaginado. Si fuera más joven, dijo con desánimo, seguiría los pasos de Alejandro hasta la India.[2] En aquellos momentos, agotado por dos años de campaña bajo el sol implacable de los desiertos arábigos, tenía que reconocer que el conquistador griego era el mejor. A pesar de todo, se había anotado grandes hazañas. En los despachos que enviaba al Senado era tan larga la lista de pueblos con nombres incomprensibles que había conquistado por el camino que en Roma perdieron la cuenta de los desfiles triunfales que habría que concederle. Pero Trajano no vivió para celebrar ni siquiera uno.

El malogro del victorioso avance de Trajano fue más rápido que su consecución. Cuanto más hacia el este se aventuraba, más difíciles de conservar eran los lugares que había sometido. En 117 cayó enfermo. Su comitiva y una columna de soldados se retiraron pesarosos a Italia. En agosto, el postrado emperador había llegado a Selino, en la costa sur de Turquía. Allí sufrió un ataque y murió. Tenía setenta años y pico, y no dejó descendencia. Pero sí un heredero.

Tal fue al menos el rumor que hicieron circular inmediatamente los que habían estado junto al lecho de muerte de Trajano, su mujer Plotina y su sobrina Matidia; aún no se había secado la tinta de sus firmas en el

documento oficial. El hijo adoptivo de Trajano y presunto sucesor era el gobernador de Siria. Era primo de Trajano, amigo íntimo de Plotina y esposo de la hija de Matidia, Sabina.

UNA NUEVA DIRECCIÓN

Cuando el ejército reconoció al elegido de Trajano y lo proclamó emperador, el derecho de Adriano al trono, aunque no era exactamente impecable e indiscutible, fue muy sólido. Pero para que no hubiera dudas, se recurrió a una pragmática medida de seguridad. Aunque Adriano negó toda implicación hasta el fin de sus días, cuatro hombres de Roma, todos influyentes, senadores y ex cónsules capaces, fueron asesinados a los pocos días de la proclamación del nuevo emperador. Circuló el rumor de que habían estado conspirando para derrocar a Adriano, pero según Dión Casio, el peligro que suponían su riqueza y su influencia fue su perdición.[3] La investidura de Adriano tuvo lugar en la capital de Siria, Antioquía, el 11 de agosto de 117.

Asegurada su posición como jefe supremo del mundo romano, Adriano se tomó su tiempo para viajar desde Siria hasta la capital. El hombre que viajó rodeado de esplendor imperial tenía cincuenta y un años, era alto y tenía un aspecto un poco extraño para ser emperador. La genealogía de Adriano no era la habitual, como tampoco lo había sido la de Trajano. No era de Roma, ni siquiera de Italia, sino de una antigua y adinerada familia italiana que vivía en el sur de Hispania, cerca de Sevilla. Sus antepasados eran colonos que se habían afincado allí durante la conquista de Hispania, entre los siglos III y II a.C. Habían invertido en agricultura y en las minas locales de plata y la fortuna que ganaron los colocó entre la oligarquía romana local. El origen provinciano de Adriano se notaba en el acento con que pronunciaba el latín, un hecho del que se avergonzaba. Había empezado preparándole los discursos a Trajano y cada vez que abría la boca se reían de él. También estaba la cuestión de la barba.

Trajano, el primer emperador hispano, era el clásico héroe militar. Al igual que Julio César, Augusto y todos los emperadores romanos anteriores a él, iba bien afeitado y peinado hacia delante, como si se cubriera con un casquete. En cambio, el cabello de Adriano era suave y ondulado, y su estilo era más informal que el de sus predecesores. Pero era el vello facial lo que sugería una ruptura con el régimen anterior. Algunos podrían haber insinuado que era una falta de disciplina, herencia de un soldado pobre, pero no era el caso. En Dacia había sobresalido como estratega y había sido condecorado dos veces con los más altos honores militares. Era de conversación fluida y se mezclaba con soldados de todos los rangos. Sus modales relajados y abiertos eran una cualidad que conservaría durante su mandato, aunque se decía que tras ella ocultaba «un temperamento duro, celoso y libidinoso».[4] Incluso siendo emperador comía como un militar, queso y tocino, le disgustaban los colchones blandos y podía beber cantidades ingentes de alcohol, una habilidad que había mejorado en campaña con su círculo íntimo.

De todos modos, la barba podría haber sido un indicio del complejo carácter de este hombre, de la dirección por la que iba a llevar al imperio romano. En vez de emprender guerras y conquistas, fomentó la cultura, el saber y la vida intelectual y reflexiva de los antiguos griegos. La educación aristocrática de Adriano allanó el camino de las grandes ambiciones de su vida. Escribió poesía y estaba orgulloso de su habilidad para tocar la lira y la flauta, pero por encima de todo, le gustaban la geometría y la escultura. Siendo joven, había estudiado en Atenas, donde le llamaban «el pequeño griego». Pero, al igual que en el caso de Nerón, su interés por el mundo helenístico fue mucho más allá de lo que se consideraba normal en un aristócrata culto, y no digamos en un emperador.

Gracias a su deseo de excelencia y a su mente inquisitiva fue, por ejemplo, un arquitecto consumado y experimentado. La construcción de un templo para Venus sería la primera huella que dejaría en la ciudad, la primera impronta de su mandato. Él mismo trazó los planos. Cuando Apolodoro, el arquitecto más famoso de la época, criticó las proporciones de las columnas en los proyectos que el emperador había tenido la deferencia de enviarle para que los aprobara, el temperamental e implacable Adriano no tardó en ordenar

que lo mataran. La crítica no le paró los pies, antes bien le animó. El edificio más innovador que patrocinó fue el Panteón, una ambiciosa reconstrucción de la estructura erigida por Agripa durante el mandato de Augusto. La idea de levantar un templo dedicado no sólo a un dios sino a todos los dioses del imperio no se le había ocurrido a nadie hasta entonces. Este mismo espíritu se reflejaba en la espectacular arquitectura del edificio, posible gracias a la invención del hormigón, que permitió a Adriano abrir nuevos caminos y experimentar con formas nuevas y nada clásicas. Al supervisar la creación de la cúpula del templo, mayor aún que la de San Pedro del Vaticano, le tomó la delantera al fundador del imperio. Incluso hoy, el Panteón es el edificio más completo de la antigua Roma que ha sobrevivido. Como veremos, todo el imperio iba a beneficiarse de la inventiva y del amor de Adriano por la arquitectura.

También en su vida personal vivía Adriano imitando a los antiguos griegos. Las normas sexuales del mundo antiguo no eran las mismas que las del nuestro. Por ejemplo, había una arraigada tradición griega según la cual era aceptable la relación entre un hombre maduro y un muchacho en el umbral de la virilidad (el colmo del atractivo era el momento en que aparecía el vello en las mejillas). En cambio, la relación sexual entre hombres de la misma edad y clase no se consideraba aceptable. El helenófilo Adriano se tomaba en serio el papel de amante maduro. Mientras estuvo en el círculo personal de Trajano, se sabía que a Adriano le atraían mucho los jóvenes del séquito imperial. El séptimo año de su mandato, Adriano viajaba con su mujer por Turquía cuando conoció al joven y atractivo Antínoo. El emperador estaba loco por él. Antínoo se integró en su séquito y durante los siete años siguientes, para vergüenza de muchos romanos, no se separó de su amante. (El problema no era el sexo, sino más bien el hecho de que el emperador pareciera dedicado completamente al muchacho.) Aunque treinta años más joven, Antínoo compartía los gustos helénicos de Adriano; debatían en el Museo de Alejandría y, mientras estuvieron juntos, visitaron las tumbas de Alejandro Magno y de Pompeyo el Grande.

En realidad, el mundo sobre el que mandaba Adriano era en gran parte griego. La cultura de los romanos había surgido en parte de la antigua cultura

griega, en parte de una reflexión sobre la cultura griega y en parte por oposición a la cultura griega. La *Eneida* de Virgilio no habría podido existir sin la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero. Sin los estoicos griegos, el espíritu filosófico de Cicerón y Séneca no habría tenido de qué nutrirse. Sin Epicuro (el filósofo favorito de Adriano) no habría existido Lucrecio. Además, la mitad del mundo romano (la mitad oriental) tenía por lengua principal el griego, no el latín. Al frente de este imperio grecorromano había ahora un hombre de otra clase. Era un caudillo victorioso, un soldado entre soldados y muy popular en el ejército. Poseía un legítimo e indiscutible derecho al trono, y se tomaba sus inclinaciones helenófilas muy en serio. Además, tenía el deseo obsesivo de ser el mejor. Durante el mandato de este hombre desapareció la vieja idea de que el mundo romano se forjaba sólo con la guerra y la conquista.

El cambio fue patente desde el principio. Adriano abandonó las campañas orientales de Trajano. Su fracaso había desacreditado la política de expansión y cambiar de rumbo encajaba con la voluntad del Senado. La prioridad no era ya la conquista, sino mantener las fronteras existentes y reforzarlas. En 121 Adriano salió de Italia y fue a la frontera del Rin. Su importancia estratégica se reflejaba en las legiones que la vigilaban, ocho, y eso sólo en Germania. Tras llegar a la frontera, Adriano pasó el resto del año vigilando el perfeccionamiento de las fortificaciones, plazas fuertes y torres de vigilancia y comprobando el adiestramiento y la disciplina de las legiones de esta frontera y la del Danubio. La determinación de aplicar la misma estrategia en la frontera más septentrional condujo a Adriano a Britania en el año 122. Es posible que iniciara la construcción del impresionante Puente Elio, llamado así por su nombre de pila, que cruzaba el ancho estuario del Tyne a la altura de Newcastle. En la orilla norte estuvo donde estaría luego uno de los conjuntos históricos del Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, el gran símbolo de la política romana de contención que lleva su nombre en la actualidad: la Muralla de Adriano.

LAS FRONTERAS

La sola escala de la ambición de Adriano aún nos deja estupefactos. Con sus 118 kilómetros de longitud, entre el Mar del Norte y el de Irlanda, la muralla fronteriza tardó diez años en construirse. Supervisó las obras el nuevo gobernador de la Britania romana, Aulo Platorio Nepote. Aunque dos terceras partes de la muralla fueron de piedra, la tercera (la más oriental) se construyó al principio con tierra y madera. Las proporciones eran tan impresionantes como su longitud. La parte de piedra tenía 3 metros de anchura y 4,2 de altura; la parte de tierra igualaba en altura a la de piedra, pero tenía 6 metros de espesor. A unos veinte pasos al norte de la muralla, y en sentido paralelo a ella, había un foso de 8 metros de anchura y 3 de profundidad. Sobre la muralla había una calzada protegida por un parapeto con almenas. Un soldado que la hubiese recorrido andando habría pasado por una puerta fortificada cada milla romana (aproximadamente kilómetro y medio), y cada tercio de milla (medio kilómetro) junto a una torreta de vigilancia. Para abastecer y proteger la muralla había dieciséis fortalezas.

Un resumen histórico del gobierno de Adriano dice simplemente que la muralla separaba «a los romanos de los bárbaros».[5] Si la recorremos hoy, tienta verla como una estructura poderosa y totalmente defensiva frente a un amorfo enemigo bárbaro. Pero ésta no fue la intención de Adriano, como han averiguado recientemente los historiadores. Resulta revelador compararla con otra proeza de la ingeniería romana. Trajano, el predecesor de Adriano, había construido una presa en el río Danubio y luego un puente espectacular para cruzarlo, y ese puente fue la puerta por la que entró en Dacia. (En Mesopotamia intentó construir un canal entre el Tigris y el Éufrates para navegar con su flota entre los dos ríos.) Como el puente de Julio César en el Rin, la estructura de Trajano en Dacia imponía la voluntad romana en el paisaje y prestaba un servicio al imperio. En el metódico y majestuoso lenguaje de la arquitectura y la ingeniería, proclamaba en voz alta el poder romano.

Quizá debería verse así la Muralla de Adriano, como un intento de transmitir un mensaje de esa naturaleza.[6] Otras pruebas sugieren también que es engañoso considerar la muralla como una estructura puramente

defensiva. Por ejemplo, podía utilizarse para el ataque; aparte de ser un complejo y poderoso baluarte, también podía ser un punto de partida para hacer incursiones en el norte. La muralla no era sólo una barrera, sino también un camino, una importante línea de comunicación conectada con una amplia red de vías y puntos de paso que cruzaba todo el imperio. El gobierno y dominio del mundo romano dependía de estas líneas de comunicación. Testimonios posteriores desmienten la impresión de que fuera la última frontera, ya que durante el mandato de Adriano se construyeron muchas fortificaciones más al norte. En la época de la construcción de la muralla, el ejército romano estaba en términos relativamente pacíficos con los britanos nativos de ambos lados. No se sabía bien si la gente que vivía al norte y al sur era «bárbara» o «romana»; como en muchas regiones fronterizas de la actualidad, existía una mezcla cultural más real de lo que estos términos sugieren. Por tanto, la idea de defensa era sólo uno de los aspectos de un proyecto que de hecho era orgulloso, versátil y dinámico.

La muralla aumentó el poder romano sobre todo en un aspecto. Dio a las guarniciones el poder de la observación, del que surgía a su vez el control de quién entraba o salía del mundo romano, la capacidad de inspeccionar quién comerciaba en él, hablaba su lengua y llevaba sus ropas, y los medios de regular quién pagaba los impuestos y cómo se gastaban. En resumen, aumentaba el control romano sobre su propio mundo. Sólo más tarde, en una época menos próspera y más inestable, cambiaría el significado de la muralla, como le ha ocurrido a todas las murallas a lo largo de la historia. Sólo entonces se convertiría en un símbolo de contención, un sello hermético, vestigios de la avanzada de una entidad antaño esplendorosa.

Así pues, aunque la muralla se puede ver como un símbolo del nuevo rumbo que imprimía Adriano a la nave del imperio, este rumbo no significó una marcha atrás. No se construyó con espíritu de vulnerabilidad o repliegue, sino todo lo contrario.

LA MECÁNICA DEL IMPERIO

¿Qué próspero imperio internacional limitaba al norte con la muralla de Adriano? Una breve descripción de aquel imperio en paz podría comenzar por los soldados que vivían en los cuarteles próximos a ella. Los acentos latinos y las lenguas secundarias que se oirían compondrían un cuadro de extraordinaria fluidez. Los soldados no solamente procedían de Britania, sino de Bélgica, Hispania, la Galia y Dacia. En Arbeia (la plaza fuerte de lo que hoy es South Shields) había incluso una unidad naval auxiliar de Mesopotamia.[7] La bella tumba de la britana Regina, esposa de un hombre llamado Barates, cuenta una historia igualmente fascinante. Dice que este hombre, posiblemente un soldado o un proveedor de campamentos, llegó procedente de la siria Palmira, se enamoró de esta esclava de Hertfordshire, la liberó y se quedó a vivir con ella en Britania. La inscripción con que se despide de su difunta esposa está en arameo, su lengua materna. El nombre de un tal Arterio Nepote también es revelador. Aparece en registros tanto de Armenia como de Egipto, antes de verse en el norte de Britania.

El tema de la fluidez es importante. Los ejércitos romanos de las fronteras no eran guarniciones fijas. Las legiones y las unidades auxiliares se reclutaban y distribuían con gran flexibilidad a nivel local y provincial; estaban constantemente en movimiento. La visibilidad y presencia que esta movilidad les daba era un factor clave para que el ejército romano controlara con eficacia una zona mucho mayor de la que podía ocupar.

En 1970-1980 se produjo en Vindolanda, una plaza fuerte cercana a la muralla, un descubrimiento sin precedentes, varios centenares de tablillas de madera escritas, y todas en el mismo sitio. Muchas registran asuntos administrativos, como cuentas económicas y peticiones de permiso. Otras son más entretenidas de leer. Por ejemplo, la mujer del jefe de una guarnición invita afectuosamente a la de otro a una fiesta de cumpleaños, y un soldado firma un recibo a cambio de calcetines, sandalias y ropa interior para combatir el frío invernal. Estas notas llegarían a las plazas fuertes desde cualquier punto del imperio gracias al servicio postal imperial. Por una red viaria de unos 90.000 kilómetros que enlazaba Carlisle con Asuán, las cartas llegaban a la muralla de Adriano por cortesía del *cursus publicus* (el correo para asuntos oficiales). Las respuestas se despachaban exactamente de la

misma forma. Los correos que recogían y entregaban estas cartas se alojaban en posadas, las carreteras por las que viajaban se habían construido expresamente para que la lluvia no las encharcara y estaban señalizadas con mojones.

La correspondencia que circulaba por los canales del correo oficial también pone de manifiesto cómo se gobernaba el imperio de Adriano. Es extraordinario pensar que cualquiera de los 70 millones de ciudadanos del imperio podía pedir ayuda al emperador, al menos teóricamente. Él era el árbitro definitivo. No es menos sorprendente que los ciudadanos esperaran una respuesta. Como veremos, a los emperadores como Adriano les gustaba cultivar la imagen de la accesibilidad. Por supuesto, la realidad era muy diferente. La cantidad de peticiones y solicitudes de favor de esta comunidad o aquella, para tomar decisiones en cuestiones legales sobre este o aquel individuo, debió de ser espeluznante. No se conoce la cifra exacta, pero en esta edad de oro, el gobernador de Egipto, según una fuente, respondió a 1.208 peticiones en un solo día. Cuesta imaginar cuántas recibiría el emperador en Roma.

Es innegable que para atender todas las solicitudes, el emperador y sus gobernadores provinciales disponían de una inmensa burocracia de consejeros administrativos con amplia jurisdicción sobre asuntos concretos. La correspondencia entre Plinio el Joven, gobernador de Bitinia-Ponto, y Trajano, refleja la vitalidad de esa relación y dónde estaba el límite de la responsabilidad. Las cartas de Plinio a Trajano y a otras personas son monumentos literarios. Y eso que no había espacio para las elegancias creativas en el grueso de la correspondencia funcional y administrativa. En una carta, Plinio se queja porque una de las obligaciones de ser funcionario público era escribir una tremenda cantidad de «cartas incultas».[8]

Aunque podemos imaginar al emperador, al gobernador o al general correspondiente firmando de manera mecánica las respuestas a la masa de solicitudes mundanas que o ellos o sus subordinados tenían que atender, una cosa es cierta. La respuesta y la solución a los problemas presentados, fuera una disputa por tierras, un divorcio o la ciudadanía, transformaba la vida de los solicitantes. Por tanto la buena marcha del imperio y la felicidad de los

ciudadanos dependía en gran medida de la delegación de responsabilidades.

¿Cómo podían estar seguros el emperador, el gobernador o el general de que los que nombraban para ocupar puestos en la administración imperial eran personas decentes y dignas, capaces de cumplir sus obligaciones con eficacia? Como revelan las tablillas de madera descubiertas en Vindolanda, el correo imperial también entregaba las cartas de recomendación, que eran de la máxima importancia. Entre ellas hay una en que un amigo defiende ante otro las virtudes y cualidades de un tercero. Tales referencias eran vitales para la selección de individuos que ocupaban puestos en la pirámide de la administración. En resumen, lo que determinaba la reputación y la honradez era lo que los amigos decían de uno. La lógica de este sistema era simple y eficaz. Cuanto más quería alguien proteger su reputación, menos probable era que recomendara a un mal sujeto y arriesgara así su propio prestigio en el futuro.

En las manos de funcionarios nombrados por este sistema de contratación tan personal, casi todos los asuntos se resolvían a nivel local. Sólo cuando un asunto se volvía crítico merecía la atención y la decisión del emperador. Adriano también encontró una forma de acercar el gobierno a los ciudadanos, al margen de esta fórmula básica de administración. Durante su mandato, su presencia y su visibilidad fueron mayores que bajo sus predecesores, por una sencilla razón: le gustaba viajar.

Adriano pasó en el extranjero más de la mitad de sus veintiún años de gobierno. Entre 121 y 125 viajó del norte de Britania al sur de Hispania, y luego por el norte de África, Siria, el Mar Negro y Asia Menor. Entre 128 y 132 estuvo en Grecia, Judea y Egipto. Se encontrara en York, en Sevilla, en Cartago, en Luxor, en Palmira, en Trebisonda o en Éfeso, Adriano siempre estaba dentro de una misma entidad política en la que el griego y el latín eran las lenguas principales y de la que era el gobernante supremo. Siempre viajaba con su esposa, Sabina, y con su comitiva imperial de amigos, porteadores, guardias, esclavos y secretarios, y se alojaba en el palacio del gobernador local o de algún personaje prominente de la oligarquía local. A veces se planeaba y ejecutaba cuidadosamente el itinerario y la comunidad imperial montaba un campamento.

En consecuencia, y a diferencia de Nerón, que sólo abandonó Italia una vez (para ir a Grecia), Adriano fue visto y tratado personalmente por muchos más súbditos que la mayoría de los emperadores. Esto contribuyó a su popularidad y a su imagen de emperador accesible y asequible. Una anécdota revela lo importante que era esta visibilidad. Se contaba que una anciana había visto el séquito del emperador en un camino. Avanzando discretamente, trató de detener a Adriano para hacerle una pregunta. Pero la comitiva no se detuvo y la mujer se quedó hablando al viento. Sin acobardarse, volvió a avanzar, llegó a la altura de Adriano y le dijo que si no tenía tiempo de pararse para escuchar la pregunta, tampoco tenía tiempo de ser emperador. Adriano se detuvo obedientemente y escuchó. Su prestigio y popularidad, como la de todos los emperadores en el apogeo del imperio, dependía de la opinión pública. Pero ser muy «visible» no le hacía «buen emperador» a los ojos de nadie. Estar lejos de Roma durante tanto tiempo también era una negligente característica de los «malos emperadores».

Adriano sentía una gran predilección por Atenas, aquel antiguo centro del saber, y la visitó tres veces. «En casi todas las ciudades construyó algún edificio y celebró juegos públicos», dice una historia de su gobierno.[9] El plan urbanístico de Atenas da fe de su favoritismo y de su helenofilia. Dio a la ciudad una gran biblioteca, un foro totalmente nuevo y una gloriosa puerta de mármol. El antiguo casco urbano se remodeló y pasó a ser romano. Pero Adriano dejó una huella indeleble en otros aspectos. El santuario más famoso, por ejemplo, estaba dedicado a Zeus, el mayor de los dioses griegos, y el equivalente del romano Júpiter. Este templo había sido comenzado al principio del período clásico, en el siglo VI a.C.; fue terminado en 132 d.C. y consagrado en persona por el hombre cuyo gobierno concluye esta época. Los progresos de las dos culturas, la antigua y la del presente imperial, se fusionaron y celebraron como una sola.

En los templos, edificios y monumentos clásicos que inauguró (no sólo en Atenas, sino en lugares tan alejados como Esmirna, en la actual Turquía, y en la hispana Itálica, patria de su familia) se puso el nombre del emperador y una inscripción. En respuesta, los principales consejeros municipales de las ciudades favorecidas por Adriano le devolvían el cumplido erigiendo

estatuas, santuarios y bustos. Se veían en las casas, los templos y los mercados. En su amada Atenas había una estatua suya en el Teatro de Dioniso. Los ciudadanos honraban el culto al dios emperador incluso en lugares que no recibieron el favor de Adriano. Era una manera de expresar su lealtad, de mejorar el prestigio de la comunidad a los ojos del emperador, y de obligar al emperador a ayudarles. En estos símbolos del culto imperial se apoyaba su elevado prestigio incluso en lugares donde no estuvo. Lo mismo puede decirse de las monedas, acuñadas con su efigie y que circulaban por todo el imperio.

CIVILIZACIÓN Y ESCLAVITUD

Así pues, la muralla de Adriano era el límite norte de un imperio que tenía en común no sólo la moneda, sino también la lengua y la civilización grecorromana clásica. Dentro de las fronteras los romanos hablaban latín y griego; fuera estaba el «bar-bar-bar» de los bárbaros. (Hacía mucho que los griegos habían dado ese nombre a todos los que quedaban fuera de su civilización debido a su forma incomprensible de hablar, y los romanos les imitaron rápidamente.) Los 270.773 ciudadanos varones adultos que había en Roma en 234 a.C., momento de la primera gran revolución de la historia romana con la que comenzó este libro, en la época de Adriano se habían multiplicado por 3,2. Con una esperanza de vida breve y poco crecimiento demográfico, la vida del imperio dependía de la sangre nueva y de la predisposición del Estado a absorber otras poblaciones.

Por ejemplo, Tácito describe con algo de desparpajo cómo su suegro Agrícola había «romanizado» a los hijos de la oligarquía británica. Durante su enérgico gobierno, los britanos aprendieron a hablar la lengua de los romanos y a vestir la toga «frecuentemente», y se dejaron seducir por los «vicios» romanos: bañarse, relajarse bajo los pórticos y asistir a fiestas nocturnas. La cultura romana no era en realidad otra cosa que esclavitud con otro nombre, decía Tácito. La nueva «civilización» tenía un precio.[10] En cambio, en oriente, la «romanización» era en realidad «helenización»:

hombres de la oligarquía oriental utilizaban su educación y el legado filosófico, oratorio, epistolar y artístico de Grecia para conseguir ascendiente político en Roma. Pero esta civilización grecorromana ocultaba un mundo de bárbara crueldad y fuertes contrastes.

El civilizado y culto Adriano, por ejemplo, era también un ávido cazador. Su gusto por el antiguo deporte aristocrático se tradujo al lenguaje popular en los espectaculares y sangrientos juegos que celebró durante su mandato. Con motivo de su cumpleaños, en enero del año 119, los ciudadanos lo celebraron siendo testigos de la muerte de cien leones y cien leonas. En el apogeo del imperio, el listón para entusiasmar al público en los juegos estaba cada vez más alto, y era una continua competición por superarse. Para ello, toda la variada geografía de las provincias contribuía con exóticos animales salvajes para entretener a los ciudadanos de la metrópoli.

Por ejemplo, los leones y los tigres procedían de Siria y del Oriente romano, los jabalíes de Alemania y la Galia, los toros de Grecia, los caballos de Hispania, los camellos, los rinocerontes, los leopardos, los asnos salvajes, las jirafas y las gacelas del norte de África. Trajano estaba encariñado con los cocodrilos de Egipto y en una ocasión inundó el Coliseo para que los gladiadores lucharan con ellos. No había límite para estas extravagancias: con Adriano, el imperio tuvo más fiestas que en ninguna otra época de su historia. Al final de los juegos celebrados por su cumpleaños hubo un broche final para rematar el sangriento espectáculo: organizó una lotería en el teatro y en el Circo Máximo. Los participantes, llenos de esperanza, se fueron a casa con el boleto, que era una pequeña bola de madera.[11]

Otros contrastes de la época eran de una naturaleza mucho más sobria. El próspero y pacífico imperio de Adriano era, por encima de todo, de una desigualdad extrema. Por ejemplo, los esclavos superaban en número a los ciudadanos, y este simple hecho ponía nerviosos a los últimos. Si los esclavos se organizaban, podían convertirse en una poderosa fuerza colectiva. Otra cuestión defectuosa era la propiedad. El gobierno servía y protegía principalmente los intereses de los terratenientes y no los de los campesinos que trabajaban la tierra. Mientras los ricos apenas explotaban las trilladas rutas comerciales del Mediterráneo y sorprendían a sus amistades con cenas a

base de pavo de Arabia, la mayoría de los pobres vivía miserablemente de lo que podía producir. Los derechos civiles no eran iguales para los que tenían que para los que no tenían; los que no tenían la ciudadanía podían conseguirla, pero para la mayoría esto equivalía a pasarse la vida en el ejército.

Puede que el imperio disfrutara de un largo período de paz, pero también seguía siendo un mundo peligroso y precario. Aparte de las grandes ciudades y de los pueblos, había muchas zonas habitadas en las que no había seguridad ni podía haberla. La mecánica de la justicia no ayudaba. El sistema favorecía a los que tenían dinero; las indemnizaciones eran principalmente para los privilegiados que tenían la capacidad, el tiempo y los recursos para presentar una demanda. Esta realidad quedó plasmada en derecho romano. Con Adriano comenzó a desarrollarse un inquietante sistema de justicia de dos niveles, que distinguía entre dos clases de personas. Los castigos legales, por ejemplo la flagelación, la tortura, la decapitación, la crucifixión y la deportación estaban reservados a los ciudadanos «humildes», sin propiedades; en cambio, los ciudadanos más «respetables», es decir, los veteranos del ejército, los consejeros municipales, los équites y los senadores estaban protegidos del lado negro de la ley.[12] Esta división se agudizaría con el tiempo.

La edad de oro de Adriano no se había liberado ni mucho menos de la rigurosa jerarquía social característica de la república de doscientos años antes. A pesar de la homogeneidad de la lengua, casi todos los habitantes del imperio eran analfabetos. Aunque muchos tenían los conocimientos imprescindibles para llevar registros del ejército o las cuentas de un taller de artesanía, y la gente que vivía en la ciudad tenía evidentemente conocimientos suficientes para escribir grafitos en las paredes y encontrarlos graciosos, la capacidad de la minoría para escribir y comunicarse por carta le daba una importante ventaja sobre los demás. Sin embargo, un estudio más atento de la jerarquía social podría deparar sorpresas. La oligarquía rica se enorgullecía de sus bibliotecas privadas. Para sacarles partido, a menudo necesitaban esclavos que copiaran textos y trabajaran de secretarios. En consecuencia, los no libres a veces estaban mucho mejor educados y

cualificados que los millones de ciudadanos pobres pero libres. Tirón, el secretario de Cicerón, era uno de éstos; se convirtió en amigo íntimo del senador, tenía una posición influyente en su casa y con el tiempo fue liberado. Durante el gobierno de Adriano, unos 150 años después, había muchos más Cicerones ricos, no «hombres nuevos» de las provincias italianas, sino de todo el imperio. Seguro que cada uno tenía un pequeño círculo de Tirones con estudios.

El final del gobierno de Adriano estuvo caracterizado por la tristeza. Mientras viajaba por Egipto con Antínoo, en 130, su joven amante se ahogó en el Nilo en un misterioso accidente de navegación. Para mitigar el dolor, Adriano distinguió la muerte del amor de su vida fundando allí una ciudad llamada Antinópolis y anunciando la deificación del joven. Desde entonces Antínoo fue adorado como un dios en todo el imperio. Los viajes de Adriano llegaron a su fin en 132. Después se retiró a su suntuosa villa de Tívoli, a 25 kilómetros de Roma. Era un lugar adecuado para despedirse. Con sentido de la elegancia, la desenvoltura y el arte, su planta era como un mapa de los lugares que había visitado. En una parte había unos edificios llamados la Academia, por la escuela de Platón en Atenas; en otra, para pasar el rato, un lugar llamado Canopo, por un santuario de Alejandría. La otra vida, que fascinaba a Adriano, también estaba representada en lugares a los que puso nombre según los reinos del más allá: los «Campos Elíseos» y el «Hades». Además, había un estanque de peces con vistosos y nuevos especímenes de todo el imperio, un teatro griego, un pórtico, baños y una biblioteca privada lujosamente abastecida. No se reparó en gastos para su construcción y este retiro de unas 100 hectáreas había tardado en construirse tanto como su muralla de Britania.

La rica y compleja edad de oro de que gozó el imperio protegido por esta muralla continuó mucho después de la muerte de Adriano, en 138. Con el emperador Antonino Pío hubo más paz y estabilidad, pero en el gobierno de Marco Aurelio, otro emperador-filósofo con barba, la *pax romana* corrió serio peligro por culpa de las oleadas de invasores germanos. La historia de Marco Aurelio está llena de amargas ironías: el hombre de paz descubrió que para salvar su imperio tenía que estar casi continuamente en guerra con los

ejércitos bárbaros que lo atacaban por el norte. Su hijo Cómodo, un emperador perezoso y frívolo, más interesado por los juegos y los gladiadores que por la seguridad romana, vio hundirse el triunfo de su padre en las guerras germanas. La dinastía fundada en 193 por Septimio Severo, el primer emperador africano de Roma, consiguió resucitar la edad de oro de Adriano. Pero no fue suficiente para detener la inevitable pendiente hacia la decadencia. A mediados del siglo III Roma entró en un nuevo período de crisis total y estuvo a punto de hundirse.

Para alejar al imperio del precipicio, el hombre responsable de la siguiente gran revolución de Roma necesitaba, sobre todo, valor militar y capacidad para mandar ejércitos. Cuando subió al poder, una moda imperial murió bruscamente. Las barbas desaparecieron. Había vuelto el estilo del soldado-emperador con el pelo corto y bien afeitado.

V

CONSTANTINO

En la lejana provincia de Bitinia-Ponto se estaba celebrando un juicio que daba dolor de cabeza al gobernador romano. Plinio el Joven era un senador rico, hombre de letras refinado y jardinero entusiasta. Allá en Italia tenía tres hermosas villas en un paisaje ideal (dos cerca del lago Como y otra en Umbría), y era considerado un amo ilustrado de no menos de quinientos esclavos. Sin embargo, en el año 111, en la atrasada Asia Menor, las dulzuras del hogar debieron de parecerle a una vida de distancia. El peliagudo caso que le habían presentado estaba resultando un fastidio.

Mientras Plinio viajaba por la provincia celebrando audiencias de carácter jurídico, le llevaron a unas personas denunciadas por algunos habitantes locales. ¿Su delito? Ser cristianos. Plinio les dio todas las oportunidades que pudo para que demostraran su inocencia. Pero cuando los interrogaba, algunos confesaban que eran seguidores de Cristo. Así que les dio otra oportunidad, después de recordarles que el castigo por su crimen era la muerte. Tras el segundo y el tercer interrogatorio tampoco mostraron arrepentimiento, sino «tozudez» y una «inflexible obstinación». Su fe, concluyó, era «locura».[1] Al gobernador no le quedó más remedio que enviar a los culpables que eran ciudadanos romanos a Roma, para que los juzgara un tribunal oficial, mientras que los que no eran ciudadanos romanos fueron ejecutados allí mismo. Si Plinio el Joven creía que iba a ser el final del asunto, no podía estar más equivocado.

El caso circuló por toda la provincia. Al poco tiempo, Plinio recibió una

carta anónima con los nombres de cientos de personas al parecer culpables del mismo delito. Para empeorar las cosas, cuando comparecieron ante él, lo negaron. Pero no iban a derrotar al gobernador en lo que se refería a administrar justicia. Para diferenciar a los culpables de los inocentes se le ocurrió una ingeniosa solución. Dictó una plegaria invocando a los dioses paganos e indicó a los acusados que la repitieran, y que ofrecieran vino e incienso al emperador. La parte final de la prueba era maldecir a Cristo. Algunos que habían negado ser cristianos siguieron las órdenes de Plinio al pie de la letra. Otros que habían sido cristianos en el pasado pero ya no lo eran también accedieron a hacer lo que Plinio les dijo. A pesar de todo, de la prueba no se infirió un veredicto concluyente. Aunque algunos decían que ya no eran cristianos, ¿era delito haberlo sido? Para llegar al fondo de los delitos que habían cometido en el pasado, el siguiente movimiento de Plinio fue torturar a dos mujeres oficiantes de la primitiva Iglesia cristiana, dos diaconisas. Pero no encontró historias de libertinaje ni de canibalismo, como quizá sus prejuicios le habían hecho creer, sino sólo «perversa y excesiva superstición».[2] ¿Qué hacer con aquellas personas? ¿Eran culpables o no? Al no conseguir nada, Plinio escribió al emperador Trajano pidiendo consejo.

El emperador contestó que aunque hubiera sospechas sobre su pasado, debían ser perdonados. Además, ordenó a Plinio que no organizara cazas de brujas, que no buscara cristianos deliberadamente. Esta decisión sentaría un precedente legal para los emperadores «buenos» que siguieron a Trajano. Sin embargo, el extraordinario intercambio de cartas entre el emperador y el gobernador revela mucho más. Revela que en el año 111 los juicios y ejecuciones de cristianos eran un trámite aceptado, aunque legalmente conflictivo.

Las persecuciones de cristianos habían comenzado aproximadamente cincuenta años antes, con el juicio en Roma de san Pablo, el primer gran misionero que había llevado el mensaje cristiano al oriente romano. No mucho después, el emperador Nerón había convertido en cabeza de turco a la creciente comunidad de cristianos afincada en la capital. Para acallar la acusación de que había sido él quien había iniciado el gran incendio para construirse un palacio nuevo, Nerón los había hecho crucificar o quemar en

los jardines de su residencia. El emperador Domiciano fue acusado de dar un tratamiento similar a los cristianos. Aunque Trajano fue indulgente con el caso de Plinio, persistía el hecho de que los cristianos suponían un problema para los romanos. Hacer causa común y adorar al Dios cristiano a costa de la exclusión de los tradicionales dioses romanos era sencillamente intolerable. Se celebraron juicios contra ellos y, si los declaraban culpables, los infortunados creyentes de aquella religión extraña eran tratados como criminales o prisioneros de guerra, además de encontrar a menudo el mismo final: una muerte horrible en el circo.

A pesar de la hostilidad y de los castigos a que daba lugar, el cristianismo no dejó de crecer. A principios del siglo IV era un fenómeno en todo el imperio. Se estima que, en aquella época, quizá un diez por ciento del mundo romano era cristiano; había un creciente número de iglesias en todo el imperio; se estaba desarrollando una jerarquía de obispos, presbíteros y diáconos; y una notable variedad de individuos, desde esclavos y pobres hasta patricios, se había convertido a la fe cristiana.[3] Por ser una organización cada vez más fuerte, en 303 los cristianos sufrieron su mayor persecución. El emperador Diocleciano emitió un edicto ordenando destruir las iglesias, quemar sus escritos y que unos cristianos fueran despedidos de sus empleos y otros esclavizados.

Pero veinte años después todo esto cambió. La posición del cristianismo sufrió una transformación revolucionaria; de ser la religión más despreciada, pasó a ser la más favorecida. Y en 324 era la religión oficial del imperio. La devoción a los tradicionales dioses romanos no había desaparecido pero, aunque a la gente de entonces le hubiera parecido increíble, esta religión ya no era parte integral del ser romano.[4]

El hombre que inició este cambio fue el emperador Constantino, el primer emperador cristiano y el primer emperador que apoyó públicamente a la Iglesia Cristiana. Esta decisión fue quizá el punto de inflexión más influyente de la historia de Roma, por no decir de la historia del mundo. Gracias a Constantino, el cristianismo prosperó por todo el imperio y se transformó en la religión internacional que es actualmente. La clave de esta revolución fue el exclusivismo del cristianismo, la idea de que sólo se podía adorar a un

dios. Paradójicamente, la característica que había desencadenado las persecuciones seculares se convertiría para Constantino en su cualidad más útil y apreciada. Aprovechando la fe cristiana, Constantino hizo que el imperio floreciera una vez más, y su régimen acabó por ser considerado el final de la edad de oro de Roma.

Pero el hombre responsable de esta revolución religiosa no fue precisamente un cristiano ejemplar. Flavio Valerio Constantino era un hombre de grandes contradicciones: pasó de soldado a brillante general y después a político astuto y taimado. Pero ¿era también un hombre de fe sincera? ¿Un auténtico convertido al Dios cristiano? ¿O era en realidad un oportunista egoísta y un genio del mal? Para entender su carácter son imprescindibles las fuentes antiguas: los autores paganos son muy críticos con él, mientras que los autores cristianos, en especial Eusebio, obispo de Cesarea, y Lactancio, escriben hagiografías muy parciales, casi himnos de alabanza. A pesar de la naturaleza conflictiva de las fuentes, surge un retrato claro de las acciones del emperador.

Para conservar el poder y al mismo tiempo establecer la eminencia de la religión cristiana, no necesitaba tanto las virtudes cristianas de sumisión, paz y confianza, como las romanas de crueldad, ambición y firmeza. Quienes al final fallarían en la aplicación de estas características no serían los enemigos políticos de Constantino, sino los parientes más cercanos de su propia familia.

CUATRO EMPERADORES

En el siglo III el mundo romano estaba en crisis. En cincuenta años (235-285) hubo no menos de veinte emperadores, y todos cayeron en rápida sucesión o asesinados o en el campo de batalla. Pero no sólo el gobierno era inestable, también la seguridad del imperio estaba en su peor momento. En 251 los godos, procedentes del norte del Mar Negro, penetraron en las fortalezas, torres de vigilancia y fortificaciones de toda la frontera del

Danubio; derrotaron al emperador Decio y saquearon Atenas. En 259, dos tribus germanas, los alamanes y los jutos, se abrieron paso a través de la misma frontera e invadieron Italia. El peor año quizá fuera 260: los francos abrieron una brecha en la frontera del Rin, recorrieron la Galia saqueando todo lo que encontraban a su paso y arrasaron Tarraco. Pero hubo acontecimientos peores en la frontera oriental. El emperador Valeriano fue capturado por los persas, esclavizado y obligado a vivir inclinado el resto de su vida, para que el rey Sapor pudiera apoyarse en su espalda cuando montaba a caballo. Aunque Valeriano murió en cautividad, en cierto sentido siguió viviendo: como si fuera una macabra inversión de la deificación, su cadáver fue disecado y colocado en un templo persa como advertencia para futuros embajadores romanos. Por espeluznantes que fueran estos hechos, los romanos descubrirían que les esperaba algo peor.

Las provincias romanas de Britania, la Galia e Hispania se independizaron del imperio durante casi quince años y en 272 los romanos abandonaron permanentemente la provincia de Dacia (la actual Rumania). Puede que la ofensiva más extraordinaria que se lanzó contra Roma fuese la de Palmira, una ciudad rica y semiindependiente de la frontera de la Siria romana. Cuando murió su rey, Septimio Odenato, tomó el poder su esposa, la reina Zenobia. Famosa por su extraordinaria belleza, intelecto y castidad, organizó y dirigió la conquista del oriente romano: Egipto, Palestina, Siria, Mesopotamia y muchas provincias de Asia Menor cayeron bajo su dominio; luego proclamó emperador a su hijo y ella adoptó el título de Augusta.

Los romanos combatieron en todos los frentes. El emperador con más éxito fue Aureliano (gobernó de 270 a 275). En sólo cinco brillantes años recuperó el Mediterráneo oriental, derrotó a Zenobia y la llevó a Roma como trofeo de su desfile triunfal. Pero la restauración del oriente romano sólo fue uno de los muchos logros extraordinarios del corto gobierno de Aureliano. También expulsó a los invasores germanos de Italia, les obligó a pasar al otro lado de las fronteras septentrionales y firmó la paz con ellos. Luego se dedicó a recuperar las provincias escindidas de Britania, la Galia e Hispania.

Pero a pesar de toda su gloria, estas hazañas no podían ocultar lo que tan evidente era en el siglo III: la vulnerabilidad de Roma. La ambivalencia de la

situación quedó muy bien resumida en el gran edificio legado por Aureliano. Por primera vez en la historia del imperio, el emperador creyó necesario rodear y proteger Roma con una inmensa muralla, que fue terminada tras su muerte por el emperador Probo (otro emperador victorioso de este período) y aún se conserva en parte. Pero en 285 llegó al poder un hombre que devolvió la seguridad a todo el imperio.

Como muchos emperadores del siglo III, Cayo Aurelio Valerio Diocleciano no procedía de la oligarquía senatorial y política, sino que era un soldado de baja cuna de una familia de provincias que había ascendido en las jerarquías militares. Había pasado la mayor parte de su vida, no en la metrópoli, sino en las fronteras; de hecho, sólo fue a la capital imperial una vez en toda su vida. Quizá fueran sus experiencias en el Danubio lo que le convenció de la importancia de la necesidad de reformar el imperio si quería superar las últimas décadas de crisis. Lo cierto es que se dedicó a la reorganización con extraordinaria energía. Sus reformas se centraron en la economía y en el ejército.

La nómina oficial del ejército, la *notitia dignitatum*, muestra que reforzó las fronteras creando nuevas legiones. Puso al ejército bajo una autoridad centralizada y mejoró la paga y los pertrechos de los soldados. Para asegurar la financiación del ejército, la economía del imperio necesitaba también una revisión completa. Durante el siglo III se había depreciado tanto la moneda romana que el imperio había vuelto al intercambio de productos. Diocleciano aumentó el peso y el valor de las monedas de oro y plata y las hizo uniformes. También afrontó el problema de la inflación y promulgó una legislación social rígida para que los ingresos fiscales aumentaran satisfactoria y sistemáticamente. En el ínterin estableció la costumbre de calcular un presupuesto para el funcionamiento de todo el imperio.[5]

Finalmente, reorganizó las provincias. Para mejorar la administración, las dividió en pequeñas regiones, que a su vez fueron agrupadas en doce grandes unidades administrativas, llamadas diócesis. El nuevo sistema permitió una supervisión más minuciosa y la reactivación de la ley y la economía por mediación de los gobernadores locales y de su estado mayor. Sin embargo, estas impresionantes e innovadoras medidas no fueron su hazaña más

celebrada. La gran idea por la que Diocleciano pasaría a la historia fue que el primero de marzo de 293 creó una asamblea de cuatro emperadores para gobernar el mundo romano. Diocleciano fue el primer emperador que admitió que gobernar el imperio era un trabajo demasiado grande para un solo hombre.

La tetrarquía funcionaba como sigue: los dos emperadores más antiguos recibían el título de Augusto; Diocleciano gobernaba la mitad oriental del imperio y su colega Marco Aurelio Valerio Maximiano la mitad occidental. Cada Augusto nombraba a un colega más joven y estos dos últimos recibían el título de César. Cayo Galerio Valerio Máximo estuvo con Diocleciano en el este y Flavio Valerio Constancio, el padre de Constantino, ayudaba a Maximiano en el oeste. Los cuatro residían en centros imperiales significativamente cerca de las fronteras de Roma (véase el mapa de la pág. 322). La residencia de Diocleciano estaba en Nicomedia (hoy Izmit, en Turquía), y la de Galerio en Tesalónica (Grecia), mientras que Maximiano vivía en Sirmio (hoy Mitrovitz, en Croacia), y Constantino en Tréveris (Alemania). De esta manera, la presencia del emperador de Roma era perceptible en varias zonas al mismo tiempo.

Para aumentar el prestigio y la dignidad de los cuatro emperadores, la clave era la uniformidad. Cada ciudad tenía un palacio imperial, una sala de audiencias y un hipódromo; cada emperador tenía su estado mayor, su corte y su guardia militar. La corte de Diocleciano en Nicomedia reflejaba el estilo de las cortes de los gobernadores orientales. Los súbditos rendían homenaje llamando «señor» al emperador y postrándose ante él. Durante el gobierno de los cuatro emperadores los indicios de despotismo fueron mucho más manifiestos.[6] Pero aún hubo otro ejemplo clave de la severa naturaleza del sistema tetrárquico. Tenemos una pista en los nombres que adoptaban los emperadores para subrayar la base casi divina de su autoridad: Diocleciano fue Jove (es decir, Júpiter), y Maximiano Herculio (por el de los Doce Trabajos). El andamio que sostenía el nuevo régimen era ostentosamente antiguo, tradicional y pagano. Pero en el empeño de Diocleciano por la uniformidad había un problema.

La única política de reorganización por la que Diocleciano tiene mala

fama fue la represión de los cristianos. ¿Por qué suponían una amenaza? Durante toda la historia del imperio, el favor de los dioses fue primordial para su creación y supervivencia. Con la expansión de las conquistas habían entrado nuevos cultos y religiones. La Roma cosmopolita no sólo toleraba las nuevas religiones, sino que les daba la bienvenida: conforme aumentaban los ciudadanos romanos, sus creencias se incorporaban al panteón local. Cibeles de Asia Menor, Mitra de Persia, Isis y Serapis de Egipto, Tanit de Cartago: estos dioses y sus cultos llegaron a Roma y allí fueron adorados y adoptaron formas romanas. Además, su aceptación por Roma significaba que la religión en cuestión crecía. El mensaje que su incorporación enviaba estaba claro: incluso los dioses de los antiguos enemigos de Roma la favorecían ahora. El proceso sirvió para consolidar la lealtad al imperio.

Claro que había un límite para este espíritu de tolerancia a las nuevas religiones, una línea que nunca debía cruzarse. Unos cuantos cultos menores e individuales no suponían ninguna amenaza para el control estatal de la religión, sino que más bien parecían enriquecerlo. Pero la formación de una comunidad organizada alternativa sí suponía una amenaza.[7] Los romanos detestaban el cristianismo porque pensaban que adorar a un solo dios era peligrosamente exclusivista. Era un rechazo de todo lo que significaba ser romano. Al negarse a adorar a los dioses romanos, los cristianos repudiaban la raza y el orden romanos. Pero el cristianismo suponía una amenaza aún mayor. Tras décadas de crisis, la «paz de los dioses», el contrato tácito por el que los dioses romanos presidían con benevolencia el imperio a cambio de recibir culto, era algo más que un trofeo bien guardado. De él dependía la estabilidad de todo el imperio. Era fundamental para reconstruir la seguridad. La lealtad al Dios cristiano ponía en peligro esta seguridad. Las épocas de mayores crisis acarreaban las mayores represiones.

La primera persecución contra los cristianos a escala imperial tuvo lugar en 250. Con las fronteras septentrionales del imperio amenazadas por los godos, el emperador Decio ordenó un sacrificio general en su honor. Quería asegurarse la protección de los dioses. Se expidieron certificados de sacrificio a todos los ciudadanos para que demostraran que habían participado. Los cristianos que se negaron fueron castigados con la tortura y la ejecución. Las

persecuciones terminaron, pero el problema no. Cuarenta años después, bajo el régimen uniforme de los cuatro emperadores, el control romano de la fe fue aún mayor. La tradición, la disciplina y el respeto por los antiguos dioses fueron las auténticas piedras angulares de las reformas de Diocleciano y de la renovación del imperio. No había sitio para los disidentes. No es de extrañar que sólo fuera cuestión de tiempo que saltara la chispa y el problema de los cristianos estallara violentamente de nuevo.

En 299 Diocleciano supo que los sacerdotes habían intentado descubrir signos favorables de los dioses. Como fueran incapaces de encontrar buenos augurios, culparon de su fracaso a unos soldados cristianos que habían hecho la señal de la cruz. La reacción resultante fue contundente. Diocleciano ordenó una purga del ejército. Tras intentar erradicar el cristianismo, cambió de táctica y trató de prohibir su práctica. Ordenó a la Guardia Pretoriana de Nicomedia que quemara la iglesia local y luego, cuando las llamas se apagaron, ordenó a sus soldados que cogieran hachas y palancas y la destruyeran hasta los cimientos.

A continuación promulgó un edicto de validez imperial: los lugares de reunión de los cristianos debían ser destruidos, sus libros sagrados quemados y los cristianos que desempeñaran algún cargo público, despedidos. Al despojar a los cristianos de su posición social, les despojaban de su legitimidad. Por tanto podían ser condenados a una ejecución sumaria y a la tortura. Los cristianos libertos podían ser esclavizados de nuevo. Finalmente, el obispo de Nicomedia fue decapitado y muchos otros encarcelados y torturados. Al acabar con el cristianismo, los perseguidores trataban de fomentar su religión tradicional. Pero en realidad esta política no tuvo apoyo popular. Sólo sirvió para confirmar la extensión y organización del cristianismo. La campaña había sido un sangriento y violento fracaso de un régimen por lo demás eficiente.[8] Diocleciano dio por finalizadas las persecuciones en 305, dos años después de su comienzo.

Aquel mismo año Diocleciano se retiró a su magnífico palacio costero de Spalatum (hoy Split, en Croacia), cuya estructura se conserva en la actualidad en forma de ciudad medieval. Fue el primero y único emperador romano que abdicó voluntariamente. Su severa y autoritaria reforma estaba concluida y

ahora podía disfrutar de los placeres de la costa dálmata sin preocupaciones. Al menos eso esperaba. Pero con su retiro, la eficacia de la tetrarquía que había inventado empezó a decaer.

Diocleciano quería que el sistema no sólo se ocupara del tema de la seguridad, sino que consiguiera terminar con los rápidos y desestabilizadores cambios de emperador. El nombramiento de dos Césares subordinados a dos Augustos había dejado claros y en orden los medios de sucesión, y así esperaba disuadir a los usurpadores. Aunque las demás reformas fueron innovadoras y satisfactorias, el sistema fue un completo fracaso. Lo único que creó fue más disputas por el poder, un maremágnum de rivalidades y competición. Pronto se vio que lo único que mantenía unidos a los cuatro emperadores era el consentimiento de los otros. En cuanto éste se disolvió, la tetrarquía se desplomó como un castillo de naipes.[9]

El primero de mayo de 305, en las ceremonias de sucesión, aparecieron las grietas. Cuando los Césares anteriores, Constancio y Galerio, pasaron a ser Augustos y ocuparon el lugar de Maximiano y Diocleciano, había un joven en la ceremonia de oriente que abrigaba grandes esperanzas de ser nombrado César. Pero no fue el nombre de Constantino, el hijo de Constancio, el que Diocleciano leyó en voz alta, sino el de Maximino Daya, un militar de Iliria, curtido y vehementemente anticristiano. El desengañado Constantino tenía motivos para ponerse furioso. No sólo era el hijo de un césar, sino también un hombre de considerables méritos. Había demostrado su valía en el campo de batalla contra los persas en la frontera oriental y en el norte contra los sármatas. Cuando su padre fue enviado a la Galia y Britania, se había quedado en la corte de Diocleciano. Era un militar de alta graduación, pero sus merecimientos daban para mucho más. En el nido de víboras de la política y la vida cortesana había aprendido también a disimular con inteligencia. Esta habilidad desde luego le sería útil en la ceremonia de sucesión. Pero no fue el único candidato que se vio injustamente relegado.

En la corte occidental de Milán, el mismo día, se estaba celebrando la misma ceremonia para nombrar al nuevo César de occidente. Marco Aurelio Valerio Magencio, hijo de Maximiano, el Augusto de occidente, fue relegado en beneficio de otro capacitado general llamado Flavio Valerio Severo.

Magencio tenía razones para estar más que resentido por no haber conseguido el cargo. El nombramiento de Daya en oriente podía ser comprensible: tenía conexiones allí y era un general de confianza y amigo de Galerio. Pero ¿no tenía Magencio, como hijo de Maximiano, el anterior Augusto, más derecho que Severo a ser César en occidente? La decepción dio paso a la sospecha. Severo, como Daya, era amigo de Galerio. ¿No reflejarían estos nombramientos algo más siniestro? ¿Acaso el Augusto oriental tenía planes para controlar también occidente? El nuevo nombramiento sólo planteaba preguntas sin respuesta. Aunque los ambiciosos Constantino y Magencio todavía no lo sabían aún, se les presentarían oportunidades para resarcirse del desaire, y no tardarían mucho en llegar. La tetrarquía acabaría disolviéndose.

Según algunas fuentes, la primera escisión se produjo entre los dos nuevos Augustos. Puede que Constancio temiera que su hijo se convirtiera en un rehén político en la corte del Augusto occidental. Lo cierto es que envió un despacho a Galerio solicitando que permitiera a Constantino unirse a sus tropas para restablecer el orden en la Galia y Britania. Galerio era reacio a hacerlo. Puede que también supiera que podría manejar al otro Augusto mientras su hijo estuviera en la corte oriental. Tras varias peticiones, Galerio transigió, manteniendo la apariencia de armonía entre los dos gobernantes principales. Pero por detrás de la pantomima de cooperación, o eso cuenta la leyenda, había comenzado a planear la caída de Constantino. Galerio había ordenado a Severo que interceptara al joven Constantino y lo matara. La trampa estaba preparada.

Constantino se enteró del plan en seguida. Una noche esperó hasta que Galerio se retiró a sus aposentos y huyó de madrugada. Durante el largo viaje hacia occidente, burló a sus perseguidores mutilando los caballos del servicio imperial que encontraba por el camino. Constantino despistó así a los sicarios. Era un hombre alto, fuerte y atlético; cabalgando día y noche se reunió con su padre en Boulogne, en la Galia, y llegó a tiempo de ayudarle en la última campaña, una expedición a Britania cruzando el canal de la Mancha. [10]

La guerra contra los pictos resultó una gran victoria y el papel de Constantino en ella fue fundamental. Por su valor le fue concedido el título

de Británico Máximo. La popularidad que consiguió entre el ejército en Britania le resultaría de gran ayuda en el futuro. Aunque quizá igual de influyente fuera lo que vio allí. Su padre era un emperador muy diferente de los gobernantes orientales, Diocleciano y Galerio. Había cumplido el edicto de Diocleciano relativo a perseguir a los cristianos, pero sólo sobre el papel; había ordenado la destrucción de algunas iglesias, pero su reputación no se basó en esta acción; por el contrario, fue recordado por proteger a los cristianos de la brutalidad que había presenciado en oriente. Esta actitud no se debía a su bondad de corazón; Constancio era un general ilírico, avezado e insensible. Su decisión procedía de un sencillo juicio político: entendió que perseguir a los cristianos no le ayudaría a gobernar el oeste de Europa.

Por desgracia para su hijo, el tiempo que pasaron juntos fue breve. El 25 de julio de 306 murió Constancio prematuramente en Eboracum (actualmente York). La causa de la muerte quizá fuese la leucemia y un posible indicio podría ser el sobrenombre que se le dio a título póstumo: «el Pálido». Antes de morir llevó a cabo una última y primordial acción. Según Constantino, su padre le nombró Augusto de Occidente. Fue una decisión polémica, ya que Constancio ni siquiera había consultado al otro emperador, y menos a Galerio. A pesar de todo, el ejército, sin pensárselo dos veces, proclamó nuevo Augusto de Occidente al popular Constantino, con lo que la tetrarquía de Diocleciano naufragó. Constantino había asomado la oreja.

Aunque Galerio, el Augusto del imperio de Oriente, se vio obligado a aceptar el ascenso de Constantino, le envió una túnica púrpura reconociéndole, no nuevo Augusto, sino César. Para Augusto de Occidente nombró a Severo. Pero la degradación de Constantino no podía esconder la nueva realidad del imperio. La tetrarquía sólo era un barniz temporal. Los cuatro emperadores en realidad estaban enzarzados en una guerra encubierta para conseguir más poder individual. Durante los seis años siguientes, esta guerra oculta se convirtió ocasionalmente en guerra civil abierta. El relegado Magencio fue el primero en hacer un movimiento. Sacó del retiro a su padre Maximiano, se ganó a la Guardia Pretoriana de Roma y en 307 se proclamó Augusto con autoridad sobre Roma, Italia, Córcega, Cerdeña, Sicilia y el norte de África. Galerio envió a Severo para sofocar la revuelta, pero Severo

fue incapaz de vencer a las fuerzas combinadas de Magencio y Maximiano. Las tropas que pudo reunir desertaron a las puertas de Roma y Severo fue capturado, obligado a abdicar y luego ejecutado en Tres Tabernas, en las afueras de Roma, el año 307.

Desde su palacio imperial de Tréveris, Constantino había observado de cerca estos sucesos. Para mantener su posición en el inestable equilibrio del poder, incluso se había aliado con Magencio y su padre. Esta alianza se selló con el casamiento de Constantino con Fausta, la hermana de Magencio. Pero esta alianza entre los tres hombres se rompió demasiado pronto de la manera más espectacular. Primero, Magencio fue declarado tirano y usurpador (Constantino, Daya, Galerio y el recién nombrado Licinio estuvieron de acuerdo en tanto que titulares legítimos). Maximiano se separó de su hijo, pero no tardó en volver a jugarse la suerte y se volvió también contra su yerno, para hacerse con el trono del imperio de Occidente. Esta rebelión obligó a Constantino a entrar en la guerra civil. En Arles derrotó a Maximiano, que se ahorcó al poco tiempo. La respuesta de Magencio al enterarse de la muerte de su padre fue inequívoca. Primero ordenó la deificación de Maximiano, luego destruyó las estatuas e imágenes de Constantino, los símbolos por los que era reconocido como emperador legítimo, y después declaró la guerra a su antiguo aliado. Dijo que quería vengar la muerte de su padre.[11]

En 311 murió Galerio y con él los últimos vestigios de la tetrarquía. El final de este famoso perseguidor de cristianos fue celebrado con truculencia por el historiador Eusebio. Los genitales del obeso emperador estaban cubiertos de inflamaciones y llagas supurantes. Su cuerpo enfermo y de baja estofa apestaba. Los médicos que no supieron curarle fueron ejecutados sumariamente.[12] ¿Lo estaban castigando por sus pecados contra los cristianos? Quizá fuera ésta la conclusión aportada por el mismo Galerio: en su último edicto, redactado en los últimos días de su vida, renunció a la política de persecución cristiana. Las tornas estaban cambiando. Pero poco recelaba que aquel cambio representaría una de las más importantes revoluciones de la historia.

La muerte de Galerio dejó a Daya y a Licinio solos en la disputa por el

control de Oriente. En Occidente también había dos protagonistas en escena: el usurpador Magencio y su cuñado Constantino. Este último estaba dispuesto a quedarse en solitario con el gobierno de la mitad occidental del imperio. Pero quería luchar en el bando de la legitimidad y el derecho. Su objetivo público era «vengar al Estado a costa del tirano y toda su facción». De hecho, su biógrafo y panegirista cristiano, Eusebio, describió la guerra de Constantino como «una empresa de liberación».[13]

En realidad, Constantino sólo quería eliminar a sus rivales. Entre los escombros de la tetrarquía pujaría por el poder en solitario. Pero de las semillas de aquella ambición surgiría uno de los momentos más significativos de la historia europea. Las consecuencias de la guerra en el oeste no sólo decidirían la suerte del imperio, sino que alterarían la del mundo.

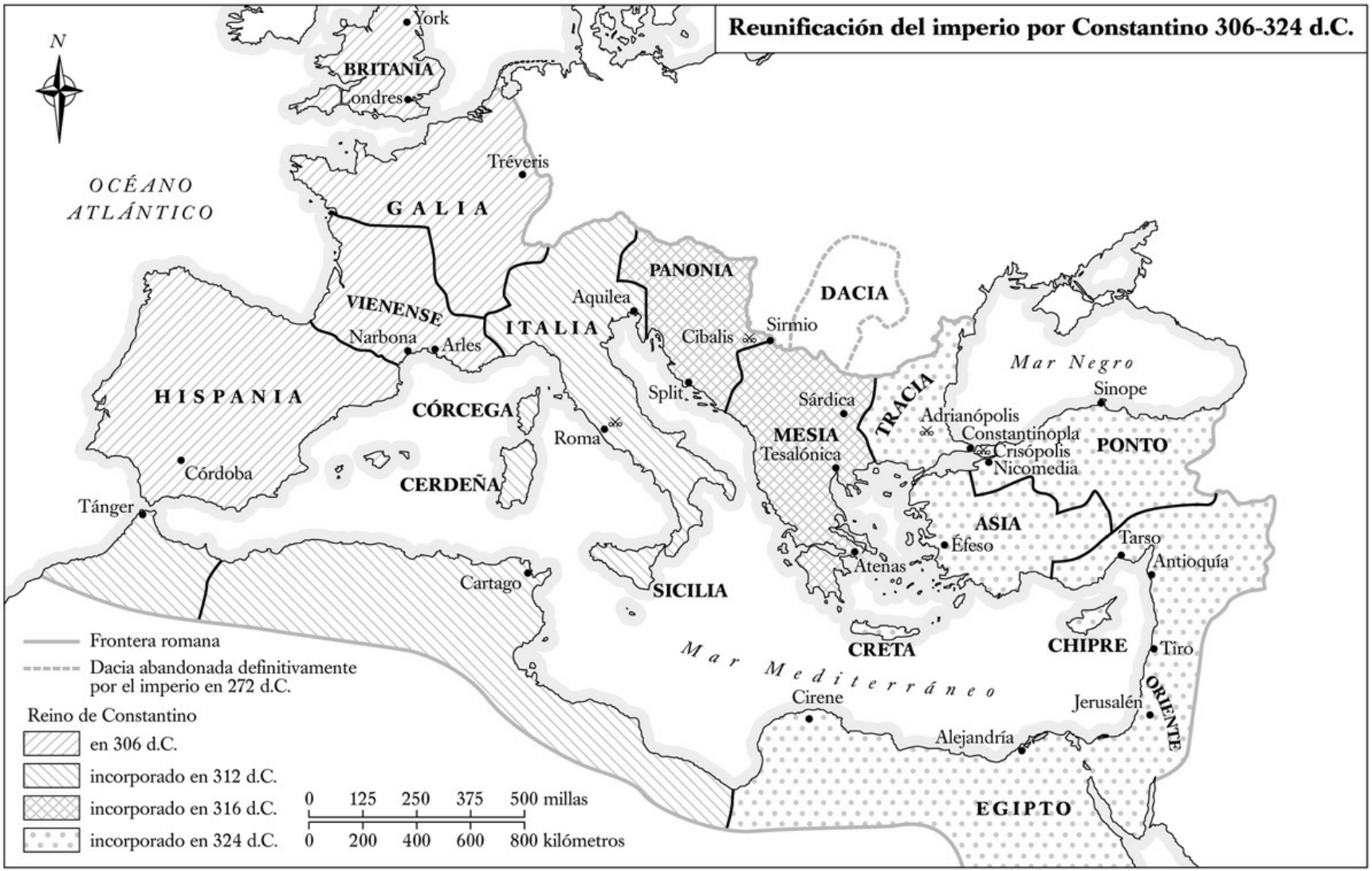
EL PUENTE MILVIO

Los rumores se filtraban en Roma y llegaban a oídos de Constantino. El tirano y usurpador Magencio era la encarnación del mal, practicaba la hechicería y hacía sacrificios humanos. Le gustaba secuestrar y violar a las mujeres casadas. En una ocasión, el prefecto de la ciudad fue amenazado por oficiales pretorianos para que le permitieran secuestrar a su esposa y llevarla ante Magencio. Pero cuando los guardias echaron la puerta abajo, descubrieron que había preferido apuñalarse a entregar su virtud al sedicente emperador. Magencio era igual de brutal con los ciudadanos de Roma en general: cuando organizaban protestas, no se molestaba en responder, sino que enviaba a los pretorianos a matarlos. Al menos éste es el retrato que nos ha legado Eusebio.[14] Su obra, tendenciosa e impregnada de cristianismo y escrita más de veinticinco años después de estos sucesos para exaltar a Constantino frente a sus enemigos, no debe tomarse al pie de la letra. El hecho es que en el preludio de la guerra de 312, Magencio llevaba ya seis años gobernando. Algo debió de hacer bien.

Magencio sabía qué medidas tomar para que los romanos volvieran a sentirse orgullosos de sí mismos. En 306 Roma estaba en decadencia, era una

sombra de lo que había sido. Los cuatro emperadores apenas pisaban la ciudad. Mientras ellos recorrían las nuevas ciudades imperiales de las fronteras, Roma yacía olvidada porque estaba lejos de los caminos habituales. En realidad, Roma e Italia podían quejarse de ser tratadas como cualquier otra provincia. El año anterior a la entronización de Magencio, los italianos habían perdido el privilegio que les eximía de pagar impuestos, del que habían disfrutado durante casi quinientos años. Los senadores también habían tenido que adaptarse mentalmente a los nuevos tiempos: el Senado y el emperador se habían separado; los senadores habían sido eclipsados por el ejército. Ahora los emperadores se forjaban en los campos de batalla de las fronteras y no en el Senado. Los romanos se sentían cada vez más como si estuvieran viviendo, no en la gran capital de un brillante imperio, sino en un lugar atrasado, en una antigua ciudad para turistas, y a la que decididamente le faltaba vitalidad.[15] Hasta que Magencio comenzó su campaña. Él no tenía reparos en admitir que era filorromano.

Las monedas de su ilegítimo gobierno muestran cómo quería restaurar la gloria de Roma. Su lema político era la *Romanitas*, la Romanidad. Como pagano, apeló al pasado religioso de Roma. Después de todo, era sede de todos los dioses que los romanos habían recogido en todos los rincones del imperio. Por todas partes había pruebas abundantes de esta extraordinaria herencia: además de los templos, estatuas, altares y mausoleos imperiales que tenían siglos de antigüedad, había santuarios dedicados a deidades locales en todas las esquinas de todos los barrios. Magencio no sólo reivindicó la dignidad de la historia antigua de Roma, sino que la impulsó dando a la ciudad un nuevo aspecto. Era un constructor prolífico y autorizó un nuevo palacio cerca de la Vía Apia, un enorme hipódromo con capacidad para 15.000 espectadores sentados y su mayor hazaña arquitectónica, la Basílica Nueva. Decorada con mármol y con delicadas molduras de yeso, esta sala de gobierno podía presumir de tener la mayor bóveda de la ciudad. Al dejar de esta manera su huella en Roma, Magencio trataba de asegurar su legitimidad como emperador de Occidente. Pero su atractivo estaba ya muy menguado en 312.


Reunificación del imperio por Constantino 306-324 d.C.
N
York
BRITANIA
Londres
Tréveris
OCÉANO ATLÁNTICO
GALIA
VIENENSE
Narbona
Arles
ITALIA
PANONIA
Aquilea
Cibalis
Sirmio
DACIA
HISPANIA
CÓRCEGA
Roma
Split
Sárdica
TRACIA
Adrianópolis
Constantinopla
Crisópolis
Nicomedia
MESIA
Tesalónica
PONTO
Mar Negro
Sinope
Córdoba
CERDEÑA
Tánger
ASIA
Éfeso
Atenas
Tarso
Antioquía
Cartago
SICILIA
CRETA
CHIPRE
Tiro
Mar Mediterráneo
Cirene
Jerusalén
ORIENTE
Alejandría
EGIPTO
Frontera romana
Dacia abandonada definitivamente por el imperio en 272 d.C.
Reino de Constantino
en 306 d.C.
incorporado en 312 d.C.
incorporado en 316 d.C.
incorporado en 324 d.C.
0 125 250 375 500 millas
0 200 400 600 800 kilómetros

Los edificios que levantó costaron una fortuna. Además, tenía que buscar dinero para mantener a los ejércitos que le protegían de los emperadores legítimos. Y lo que Roma no tenía era dinero. La ciudad, gobernada por un usurpador, estaba aislada de los recursos del resto del imperio. En consecuencia, los romanos se vieron obligados a vivir por sus propios medios; los ingresos de las provincias se agotaron. Para poder pagarlo todo, Magencio gravó fiscalmente a toda la población y obligó a los senadores y terratenientes a contribuir al tesoro público con donaciones de dinero. Para empeorar las cosas, otro usurpador, Domicio Alejandro, se había apoderado del norte de África, eliminando así la principal fuente de cereal de Roma. La escasez de alimentos provocó revueltas y toda la cólera de los que protestaban iba contra Magencio. Para mantener el control de la ciudad, Magencio recurrió a la represión y Roma empezó a parecerse más a un estado policíaco que a una gloriosa reencarnación de la Ciudad Eterna. Pero el creciente caos de Roma era música celestial para un hombre. Se trataba del hombre al que Magencio llamaba «hijo de puta»; el hombre cuyas efigies había destruido por celos; el hombre al que detestaba por haber sido causante de la muerte de su padre. Era el hombre que en aquel momento estaba atravesando los Alpes con un ejército para «liberar» y «rescatar» a la afligida Roma.

A los consejeros de Constantino no les había sentado muy bien la campaña de su general. Influidos por sacerdotes paganos, estaban temerosos y vacilantes, y advirtieron a Constantino que la invasión de Italia no presagiaba nada bueno. Tenían sus razones: podían señalar que Constantino había dejado tres cuartas partes de su ejército para proteger de los francos la frontera del Rin, y que iba a enfrentarse al ejército de 100.000 soldados de Magencio (más tropas auxiliares de Sicilia y África) con sólo 40.000 hombres, según nuestra fuente más antigua.[16]

Constantino no opinaba como ellos. Puede que sus soldados fueran inferiores en número, pero habían combatido en la Galia y en Britania, y tenían la ventaja de estar curtidos en la batalla y listos para la guerra, ventaja que resultaría altamente efectiva. Tras sortear el paso del monte Cenis, Constantino y su ejército entraron en Italia y pronto derrotaron a los tres

ejércitos que habían enviado para frenarles. En octubre, Constantino había bajado por la Vía Flaminia y llegado con sus tropas a Saxa Rubra, a 15 kilómetros al norte de Roma. Pero la composición del ejército que acampó era ligeramente inusual.

Además de los oficiales y consejeros militares, el círculo íntimo de Constantino incluía también cristianos. Aunque Magencio, a pesar de lo que dice Eusebio en su *Vida de Constantino*, no era un fanático perseguidor de cristianos, éstos tenían sus razones para odiarle. Había desterrado de Roma a tres obispos y no había devuelto las propiedades confiscadas durante las persecuciones de Diocleciano, en 303-305. Sin embargo, Constantino era un gobernante mucho más solidario, al menos superficialmente. No era cristiano, pero en Britania y la Galia anuló en 306 el edicto de Diocleciano sobre la destrucción de las iglesias y devolvió a los cristianos la libertad de culto.[17] Su actitud tolerante mereció las simpatías de algunos cristianos de buena familia, que habían ido a Tréveris para leerle sus obras y ahora formaban un pequeño grupo que viajaba con él en campaña. Se cree que uno de ellos era Ossio, el obispo de Córdoba. Es posible que otro fuera un influyente hombre de setenta años llamado Lactancio.

Norteafricano de nacimiento, Lucio Cecilio Firmiano Lactancio había sentido en sus carnes las persecuciones anticristianas. De joven había viajado a Nicomedia, donde se convirtió al cristianismo, y fue llamado a la corte de Diocleciano por el emperador como profesor de retórica. Pero durante la violencia de 303-305 perdió su puesto y para salvar la vida huyó a Tréveris, a la corte occidental de Constantino. Conoció al emperador, compuso entre 308 y 309 una obra cristiana titulada *Divine institutes* (la dedicó a Constantino) y más tarde fue preceptor del hijo de Constantino, Flavio Julio Crispo, a quien el emperador había engendrado con una amante antes de casarse con Fausta. Si se encontraba entonces en el campamento de Constantino, estaría probablemente aguardando el momento oportuno. Los cristianos del séquito del emperador sin duda se sentían contentos de estar a su lado, pero también trataban de mejorar el apoyo y la influencia que habían conseguido con los años. Lo único que necesitaban era una oportunidad. Llegara cuando llegara y como llegara, al menos estarían en condiciones de saltar.

Al sur del campamento de Constantino, también Magencio estaba rodeado de sacerdotes. Pero a diferencia de los del campamento enemigo, eran sacerdotes paganos y, a diferencia de los cristianos, acaparaban la atención del emperador. El 27 de octubre de 312, víspera de la batalla, Magencio estaba aterrorizado. Estaba tan ansioso por saber si tendría suficiente apoyo del pueblo romano para asegurar la victoria que se volvió a sus sacerdotes y les pidió que consultaran los augurios. Necesitaba desesperadamente su confianza para sostenerse; sólo una señal de los dioses tradicionales de Roma podía conseguirlo. Los sacerdotes abrieron el vientre de un animal joven, hurgaron dentro de su cuerpo y palparon los intestinos. Las noticias no eran buenas.

Los augurios, según cuentan, indicaban que el enemigo de Roma sería derrotado.[18] En el templo, el ambiente estaba tenso. Es razonable imaginar que un senador o un cortesano del grupo reunido, desesperado por evitar el hundimiento total de la moral del emperador, rompiera el hielo con mucho tacto. Seguro que el enemigo de Roma era Constantino. Seguro que *él* sería el derrotado. Al menos fue así como Magencio prefirió interpretar el anuncio de los sacerdotes. La corte imperial dejó escapar un suspiro de alivio. Sin duda tenían motivos para sentir confianza en su proyecto. Además de contar con más soldados, habían ideado un astuto plan para hacer fracasar el ataque de Constantino a la ciudad.

Para tomar Roma por el norte, Constantino y su ejército tenían que cruzar el Tíber por el puente Milvio (una versión actual señala el lugar donde se encontraba el original). Magencio y sus consejeros militares lo convirtieron en el puntal de su defensa de la ciudad. Magencio ordenó que destruyeran parte del puente para que el enemigo no lo pudiera cruzar fácilmente, al mismo tiempo que ordenaba construir un puente flotante provisional. Crucialmente, se hizo con dos secciones unidas por el centro por clavijas de hierro. Las fuerzas de Magencio podrían utilizar este puente para enfrentarse a Constantino. Pero si el ejército de Constantino obligaba a Magencio a retirarse, los defensores de Roma volverían a cruzar el río y contraatacarían con fuerza demoledora: quitarían las clavijas, el puente se hundiría y así impedirían que Constantino les persiguiera. Desde la orilla sur del Tíber

verían caer al río a los enemigos de Roma.[19]

A pesar de lo potencialmente brillante que era esta arma secreta, Constantino y su ejército estaban a punto de ganar una gran ventaja psicológica. Esta ventaja transformaría espectacularmente la suerte del impaciente Constantino, aunque sus tropas fueran inferiores en número. Sería uno de los momentos fundamentales de la historia, pero también uno de los más polémicos.

Antes de que comenzara la batalla, Constantino tuvo una visión. Según Eusebio, a mediodía, bajo un brillante cielo azul, el general vio una cruz resplandeciente con una inscripción encima: «Con este signo vencerás». Otra versión cuenta que el mismo Cristo apareció con la cruz y que la promesa fue cantada por ángeles.[20]

Los historiadores modernos, recelosos de que Eusebio describiera este extraordinario momento con gran detalle en su *Vida de Constantino*, pero ni siquiera lo mencionara en su *Historia eclesiástica*, han sugerido explicaciones más racionales. Puede que la visión fuera un hecho astronómico natural que produjo un halo; quizá Constantino viera un meteorito (hay indicios de que aterrizó uno en esa zona de Italia en aquella misma época). Pero lo que vio exactamente quizá sea menos importante que su interpretación. Buscando desesperadamente una explicación, Constantino apeló a los sacerdotes cristianos de su séquito. El que estuviera presente, Ossio o Lactancio, vio la oportunidad y la aprovechó al máximo. Era una señal de Dios, dijo. La señal de que Él había elegido a Constantino para derrotar al tirano Magencio.[21]

Según Eusebio, Constantino estaba convencido de que le decían la verdad. Quizá sencillamente estaba predispuesto y con ganas de convertirse. Con toda su experiencia militar, sabía que ahora se enfrentaba a una de las batallas más decisivas de su vida. Estaba lanzando a sus soldados contra una fuerza muy superior y arriesgándolo todo para conquistar la única ciudad que ningún invasor extranjero, ni siquiera Aníbal, había conquistado. Necesitaba depositar su confianza en alguien o en algo. Necesitaba creer que a cambio de su devoción habría un dios protegiéndoles a él y a su ejército. Apolo y el culto monoteísta del Sol Invicto habían desempeñado ese papel en otra

ocasión: dos años antes Constantino había tenido otra visión en un santuario de Apolo de la Galia o de Britania.[22] En consecuencia, desde el año 310 Constantino hizo que en sus monedas se grabara la leyenda *Sol Invictus*. Pero ahora esa deidad pagana iba a ser reemplazada en su pensamiento por el Dios cristiano. Pues cuando preguntó a sus consejeros por lo sucedido, descubrió que las explicaciones cristianas le resultaban más convincentes. Constantino se había convertido.

Es probable que los sacerdotes cristianos ni siquiera imaginasen la suerte que habían tenido. Unidos al séquito de alguien propenso a convertirse, habían estado en el momento y en el lugar oportunos. Por fin iba a haber un emperador que además de escucharles les obedeciera.

Constantino no perdió el tiempo. Poco antes de la batalla cambió radicalmente de planes. Ordenó a todos los soldados que escribieran en sus escudos con pintura blanca dos letras griegas superpuestas, la ji (X) y la ro (P): el crismón o monograma de Jesucristo. (Según escribió Lactancio cuatro años después del suceso, Constantino había recibido estas instrucciones en un sueño, antes de la batalla.) Aunque puede que algunos de los hombres fueran cristianos, es probable que la mayoría no lo fuera, así que a muchos debió de resultarles sorprendente que su jefe les pidiera que abandonaran a sus dioses tradicionales. En el momento crítico que precede al combate, cuando el temor es más violento y las supersticiones están a flor de piel, la orden del emperador debió de amedrentarles aún más. Es posible que Constantino llegara incluso a ordenar a los herreros que adaptaran los viejos estandartes romanos. Es posible que incluso el símbolo del ejército se modificara para que pareciera una cruz.[23] El general estaba dispuesto a hacer la mayor apuesta de su vida: librar una batalla bajo el signo y la protección de Dios.

El 28 de octubre de 312, las fuerzas de Constantino y de Magencio se enfrentaron en una extensa llanura situada delante del puente Milvio. Magencio había optado al principio por quedarse en la ciudad, pero animado por el buen augurio de sus sacerdotes, cruzó el Tíber con sus hombres por el puente de madera provisional. Su frágil moral sufrió un duro golpe cuando vio una bandada de búhos posándose sobre las murallas de la ciudad.[24] Este augurio fue todo un símbolo de los sucesos que siguieron. La amplia y

espaciosa llanura favorecía a la caballería de Constantino. Rodeando sus flancos, sembraron la confusión en el ejército enemigo. La verdad es que nunca habían estado muy convencidos de que debieran combatir por Magencio. Los soldados que combatieron cayeron bajo los cascos de los caballos o aplastados por la infantería que les seguía. Lentamente pero sin titubeos, el ejército de Constantino obligó a los defensores de Roma a retirarse al otro lado del Tíber.

Total y repentinamente desmoralizados, los soldados de Magencio dieron media vuelta y huyeron, aunque no corrieron tanto como su propio general. Puede que se consolaran pensando que al menos podrían llegar al puente provisional y refugiarse en la ciudad. Pero Magencio y sus generales habían calculado mal la efectividad de su plan B. El puente provisional no podía soportar el peso de los soldados en retirada y a los ingenieros encargados de quitar las clavijas les entró el pánico. Espoleados por el miedo o por simple incompetencia, quitaron las clavijas demasiado pronto.

Toda la estructura se derrumbó espectacularmente. Unos soldados cayeron en confuso montón al río y se ahogaron. Otros, desesperados por salvarse, trataron de cruzar por el otro puente, pero el camino era demasiado estrecho y murieron aplastados. Cuando menguó el caos de la derrota, las orillas del Tíber estaban sembradas de miles de cadáveres anónimos. Uno era reconocible por el uniforme de alto rango. Era Magencio.

El general Constantino había conseguido su mayor victoria militar. Ahora era el único gobernante del imperio occidental y había conseguido el golpe de gracia con el favor, la protección y el patrocinio del Dios cristiano. Al parecer, le debía a Él el triunfo. Pero la conversión personal de Constantino, si realmente se había convertido ya, había sido la parte fácil. Cosa muy distinta era trasvasar la nueva religión al mundo de la política, a los emperadores de Oriente y a la mayoría pagana de todo el imperio. El caso es que Constantino sólo había rascado la superficie al invocar la protección de Dios. Aunque todavía no lo sabía, el potencial completo de su nueva aliada aún estaba por aprovechar.

LICINIO, COMPAÑERO DE ARMAS

Cuando Constantino el libertador entró en Roma, cruzó una plácida llovizna de incienso, flores y los brillantes rostros de hombres, mujeres y niños que gritaban su nombre. Habían salido a la calle a millares para recibirle y unirse a la celebración, «como si los hubieran soltado de una jaula».[25] Constantino iba en carro y en la comitiva que le seguía podía verse la cabeza de Magencio ensartada en una lanza. El pueblo recibió al tirano muerto con insultos violentos. En cambio, el dinero que repartían los soldados entre los hambrientos era recibido con vítores. Pero a pesar del júbilo de la victoriosa entrada de Constantino, el general sabía que aquello no era el desfile triunfal de costumbre.

En realidad, no sólo estaba entrando en Roma, estaba andando por la cuerda floja. Debía su victoria al Dios cristiano y los seguidores de este Dios esperarían que encontrara la forma de reconocer adecuadamente este hecho. Y al mismo tiempo el emperador estaba entrando en la antigua ciudad de los tradicionales dioses paganos, la sede de los senadores que sostenían estas creencias tradicionales. Para ellos y para la mayoría de los romanos, los cristianos no eran más que gente extraña cuya conducta era altamente sospechosa. Abominaban de la esclavitud, llevaban una existencia humilde, ascética y carente de placeres, creían en un paraíso después de la muerte y, por alguna extraña razón, consideraban la castidad una virtud. Complacer a los dos públicos no iba a ser fácil para el nuevo emperador de Occidente. Tanto los paganos como los cristianos iban a observar de cerca todas y cada una de las acciones de Constantino.

Para los tradicionalistas, el asunto no empezaba bien. Muchos senadores, con gran repugnancia y horror, se dieron cuenta de que los estandartes militares transportados hasta el Foro en el desfile no eran ciertamente los que esperaban ver. Llevaban el signo de Cristo. Pero ésta no fue la sorpresa más desagradable que les aguardaba. Cuando Constantino hubo cambiado la coraza y la espada por la toga púrpura, los bastones de mando y la corona de laurel, la multitud esperaba expectante que realizara los acostumbrados sacrificios a Júpiter. Los sacerdotes prepararon el animal para el sacrificio,

pero Constantino vacilaba. Tenía miedo de la respuesta de sus soldados si se negaba, pero sabía que no era a este dios al que debía dar las gracias. Finalmente, se negó a subir al Capitolio a presidir el sacrificio. Tampoco puso una corona de laurel en el templo de Júpiter ni rindió tributo a la deidad pagana.[26] Tras estas afrentas al pasado tradicional, necesitaría todo el sentido político del mundo para enfrentarse a su siguiente obstáculo: la reunión del Senado.

Constantino rompió el hielo describiendo a su antecesor como un monstruo. El régimen de Magencio, comenzó diciendo con diplomacia, era culpa del tirano y de unos cuantos compinches. No era responsabilidad de toda Roma. De esta manera, exculpó a los senadores que habían colaborado con Magencio. El emperador fue igualmente hábil al referirse al ejército de Magencio. La comprometida Guardia Pretoriana sería repartida por las fronteras. Vérselas con enemigos bárbaros sería un método infalible para que reencontraran su lealtad al emperador. Pero Constantino hizo algo más que exculpar a los senadores y al ejército: declaró que quería restaurar su prestigio. En su nuevo régimen restauraría la autoridad y la responsabilidad del Senado. Los senadores ya no se dormirían en los laureles del rango y el privilegio. Ellos, y no sólo los que habían ascendido en el ejército, volverían a tener un papel activo en el gobierno, como gobernadores provinciales, como prefectos de Roma, como jueces y como altos funcionarios.[27] Aunque este proceso se desarrollaría gradualmente durante los años siguientes, Constantino había pulsado la tecla justa.

Había borrado de un plumazo la memoria de Magencio y estimulado la unidad proponiendo hacer socios de la empresa a los aristocráticos terratenientes de Occidente. A cambio, los senadores le dieron su confianza. Constantino fue proclamado emperador de Occidente en solitario. Recibió un escudo y una corona de oro como libertador de Italia, y se consagró en su honor una estatua de la Victoria en el Senado. Como homenaje final, la gran Basílica Nueva del Foro, cuya construcción había comenzado Magencio, se terminó y se consagró a Constantino. Con este último honor, expresó claramente su reconocimiento a los cristianos. En el sector occidental del edificio iba a levantarse una colosal estatua suya y en la mano llevaría el

estandarte militar con el símbolo de Cristo.

Durante los meses siguientes, Constantino permaneció en Roma. Fueron meses críticos y muy influyentes. Quizá fuera durante este tiempo cuando empezó a pensar en lo que había ocurrido en la batalla del puente Milvio y en qué consecuencias podía tener que Dios le hubiera ayudado. Quizá se tomara un interés activo por saber más cosas de los cristianos. Quizá visitara sus comunidades y descubriera cómo vivían. Sabemos que durante aquella época invitó a cenar a ministros y obispos cristianos. Quizá estuvieran presentes Lactancio y Ossio. Lo cierto es que los cristianos que habían ido extraoficialmente en su séquito durante la campaña, en el invierno de 312-313 fueron ascendidos a consejeros de corte para la política y práctica de la iglesia. Hablaran lo que hablasen en privado Constantino y estos consejeros, no pasó mucho tiempo antes de que los frutos de sus deliberaciones se conocieran públicamente.

Mientras Constantino se preparaba para viajar a Milán a mediados de enero de 313, podía recordar con orgullo los meses pasados en la antigua capital imperial. El inteligente equilibrio entre paganos y cristianos había sido hasta el momento experta y delicadamente manejado. Con Roma rejuvenecida y reconciliada, el emperador había consolidado su poder en la mitad occidental del imperio. Ahora se disponía a llevar la paz y la unidad al este. A este fin envió una carta al emperador oriental. Era un disparo de advertencia para Maximino Daya. Le informaba del título que el Senado había conferido a Constantino en Occidente. También le comunicaba la nueva religión del emperador occidental, advirtiéndole que dejara de perseguir a los cristianos en sus dominios. Pero para hacerle entrar en razón, Constantino necesitaba ayuda. Había pensado en una nueva alianza, cimentada a la manera tradicional. El emperador y su comitiva se pusieron en marcha hacia Milán: Constantino tenía que asistir a una boda.

La ceremonia nupcial tuvo lugar en febrero en el palacio imperial y fue cuidadosamente organizada y supervisada por el mismo Constantino. La novia, de dieciocho años, era la hermana del emperador, Constancia. Como muchas mujeres de la oligarquía de principios del siglo IV, era cristiana. Su fe era importante para ella, una parte importante de su personalidad, una

personalidad poco dispuesta a lo que su hermano le había pedido que hiciera: casarse con un hombre mucho mayor que ella, a quien no conocía, no amaba y con quien iba a desposarse por conveniencia política. Llevar a cabo algo semejante requería un estómago más fuerte del que quizá tuviera Constancia. Pero no le dejaron otra opción. Constantino insistió en que se casara con un hombre que sería de vital importancia para sus planes en Oriente. El novio era Valerio Liciniano Licinio. También era emperador.

Hijo de unos campesinos de Dacia, Licinio tenía casi cincuenta años cuando se casó con Constancia. Al igual que otros tetrarcas, había ascendido en el ejército por su capacidad y eficacia. De campaña en las fronteras del Danubio se había hecho amigo íntimo de Galerio. Gracias a él, cuando el sistema de cuatro emperadores se estaba derrumbando, Licinio encontró su mayor oportunidad: el año 308, en una conferencia celebrada en Carnuntum, fue nombrado coemperador de Occidente con Constantino, para reemplazar al fallecido Severo. Cuando murió Galerio, el emperador del este, Licinio negoció la paz con Daya y tomó el control parcial de los territorios del emperador muerto. Pero la fragilidad del acuerdo entre Daya y Licinio había quedado al descubierto. La alianza entre Constantino y Licinio, sellada por los áridos y diplomáticos esponsales celebrados en Milán, reflejaba la nueva alineación que había en el terreno de juego político. El imperio iba a ser compartido sólo por dos hombres. No había sitio para Daya.

Acabada la ceremonia nupcial, se concluyó la alianza a puerta cerrada. Sólo podemos imaginar qué se dijo, pero a grandes rasgos estaba claro. Licinio gobernaría Oriente y Constantino Occidente. Ambos se ayudarían militarmente. Todo resultó como se esperaba entre dos emperadores que estaban modificando el mapa del imperio. Pero Constantino introdujo una nueva y polémica condición para refrendar la alianza: la aplicación de una política de tolerancia para todas las religiones del mundo romano. Aunque Licinio no era especialmente anticristiano, era de creencias paganas. Pero lo que le pedían era que diese su consentimiento a una política radicalmente nueva en la que todo romano era libre de adorar al dios que quisiera. Debió de pillarle totalmente por sorpresa. Pero si Licinio era reacio a esta política, Constantino sabía cómo convencerle.

Daya era enemigo de los cristianos. La política de tolerancia, habría podido sugerir Constantino, podía ser la clave para ganarse el apoyo popular contra él. Es fácil imaginar que, animado por sus nuevos consejeros cristianos, Constantino insistiera en la importancia de esta nueva política ante su pagano cuñado. El cristianismo de Constantino era aparentemente sincero, pero también muy útil y oportuno. Licinio accedió.

Poco después proclamaron el Edicto de Milán, como llegaría a ser conocido. Fue el primer documento oficial de la historia de Occidente que reconocía la libertad de culto. Desde entonces, la persecución de cristianos fue repudiada por injusta. Pero el principal beneficio del edicto fue más inmediato y tangible. Decretaba que todas las propiedades de la Iglesia confiscadas a los cristianos tenían que ser devueltas. Fue de crucial importancia que no favoreciera a los cristianos sobre los paganos, sino que recalcara la igualdad de derechos religiosos, reconociendo a ambos grupos la licitud de «practicar la religión que quisieran». Como Licinio no compartía las creencias religiosas de su cuñado, quizá insistiera en este detalle. Puede que también procurase que el edicto no le comprometiera personalmente con la fe cristiana; la fórmula «sea cual fuere la divinidad que more en el cielo» resolvía limpiamente esta cuestión.[28] Por encima de todo, el edicto unificaba el nuevo imperio; también daba al gobierno de Constantino y Licinio una voz común con mayor fuerza.

El acuerdo vinculó a dos hombres muy diferentes. Constantino era de alta cuna, más joven que Licinio y, según Eusebio, carismático, elegante y atractivo. Conquistando Occidente había demostrado ser un militar de talento y un astuto político. Licinio, a pesar de todos sus triunfos militares, quedaba algo eclipsado por el brillo del emperador occidental. Además, tenía buenas razones para estar celoso del joven aspirante: Licinio había sido nombrado antes emperador de Occidente, pero fue Constantino quien, tras derrotar a Magencio, se había quedado con el cargo. Pero no había tiempo para lamentarse por el pasado. Había que derrotar a un enemigo. Antes de que la conferencia de Milán terminase, llegaron noticias del este. Daya había hecho el primer movimiento contra los aliados: había cruzado el Bósforo, invadido territorios de Licinio en Asia Menor y sitiado Bizancio. Se había declarado la

guerra.

En cosa de unos meses, Licinio reunió un ejército, persiguió a las fuerzas de Daya y las empujó hasta una llanura cercana a Adrianópolis (hoy Edirne, en Turquía). El 30 de abril de 313, antes de la batalla, Licinio demostró que se había tomado en serio el mensaje de Constantino en Milán: ordenó a los soldados que recitaran, si no una oración cristiana, sí al menos algo monoteísta.[29] Al parecer cobró dividendos inmediatamente. Aunque Licinio y sus 30.000 hombres se enfrentaban a 70.000 enemigos, consiguieron una victoria total. Daya huyó a las montañas de Tarso (en la actual Turquía), donde, para evitar la humillación de la rendición, se suicidó con veneno. Estimulado por su extraordinaria victoria, Licinio cumplió su acuerdo con Constantino y envió cartas a los gobernadores provinciales de Oriente para comunicarles la nueva política del régimen.

Pero si había dado la impresión de que su comportamiento obedecía a una inesperada simpatía por la fe cristiana, su siguiente movimiento aclaró su posición. Para asegurarse de que nadie pudiera disputarle el derecho a ser gobernante de Oriente, Licinio ordenó un baño de sangre. Todos los simpatizantes de Daya, consejeros de la corte y familiares, fueron ejecutados. Las esposas e hijos de los viejos tetrarcas Diocleciano, Severo y Galerio fueron perseguidos por todo el Oriente romano y eliminados igualmente. Aunque algunos autores cristianos de la época aprobaron con entusiasmo la eliminación de los anticristianos, es posible que incluso ellos se quedaran atónitos al advertir la calculada naturaleza de la purga. Concluida ésta, Licinio, el hombre que se había vuelto tolerante con el cristianismo por conveniencia política, se quedó sin rivales en Oriente y se dispuso a gobernarlo desde su capital, Nicomedia, con su joven esposa. El imperio tenía un nuevo régimen y una cohesión que antes no tenía. Pero mientras que la fría tolerancia religiosa de Licinio empezó y terminó con la promulgación y aplicación del Edicto de Milán, la obra de Constantino sólo estaba comenzando.

De puertas para fuera, Constantino prosiguió astutamente con su política aconfesional. Aunque se negaba a participar en sacrificios paganos, seguía ostentando el mayor cargo de la religión pagana oficial, como todos los

emperadores desde Augusto, el de Pontífice Máximo o Sumo Sacerdote. Las monedas acuñadas en su nombre tardaron en llevar algún símbolo cristiano; en su lugar llevaban el nombre del Sol Invicto, el dios monoteísta pagano, y lo llevarían durante muchos años. Se conserva un discurso que pronunció en Tréveris el año 313: es una obra maestra de ambigüedad, que subraya la devoción de Constantino, pero sin concretar la religión. A pesar de toda su cautela, la realidad era muy diferente. Constantino había encontrado la idea básica para unificar el imperio. Y comenzó a aplicarla industriosamente al gobierno y dirección del imperio.

Una carta del 313 da cuenta de su primera acción: los cristianos, decía, estaban exentos de las obligaciones públicos, como ser jurados, supervisar recaudaciones de impuestos y organizar obras públicas, festividades y juegos. Anteriormente, estas exenciones se habían concedido a aquellos cuya profesión beneficiaba al Estado por otros medios, como los médicos y los pedagogos. Constantino declaró entonces que los cristianos entraban en esta categoría. Dedicar más tiempo al culto del Dios cristiano, dijo, «contribuía grandemente al bienestar de todos».[30] El mensaje imperial dejaba claro que el cristianismo era esencial para el bien del imperio. Además, concedió recompensas al clero y eximió de pagar al fisco a los cristianos de clase privilegiada y propietaria. Por supuesto, los obispos podían aspirar a puestos administrativos no sólo en la corte, sino en todo el imperio: a los cristianos complicados en pleitos civiles se les concedió el derecho de llevar el caso ante un obispo. Pero estos cambios sin precedentes no se limitaron a adoptar la forma de beneficios en categoría y privilegios. También tuvieron expresión física.

Constantino hizo generosas donaciones del tesoro imperial para construir o mejorar iglesias por todo el imperio, o para decorarlas suntuosamente. El legado de su munificencia aún puede verse en Roma, donde sufragó al menos cinco o seis iglesias. La mayor fue la enorme basílica de San Juan de Letrán. Aunque la catedral que se alza hoy en su solar es una construcción posterior, se conocen las proporciones del edificio original: medía más de 100 metros de longitud por 54 de anchura. El diseño de esta y otras iglesias fue innovador. Aunque la palabra «basílica» se utiliza en nuestros días para

designar edificios religiosos, en la época de Constantino una basílica era sencillamente un edificio laico y público, por lo general ideado para ser un tribunal, mercado o lugar de reuniones públicas. Bajo Constantino, este diseño de planta rectangular se aplicó a la principal iglesia de Roma y fue el modelo de las iglesias cristianas del futuro.[31]

Normalmente, las iglesias de Roma se construían fuera de las murallas, en lugares asociados a la veneración de los apóstoles y los mártires. La basílica de San Juan de Letrán, en el centro urbano, era una excepción porque estaba en un solar adyacente a un viejo palacio imperial, una residencia que Constantino donó debidamente al obispo de Roma (el Papa). La basílica de San Pedro, otra iglesia financiada por Constantino, honraba los comienzos del cristianismo en la ciudad. En la ladera del monte Vaticano, donde estaba el centro del culto a san Pedro, se construyó una gran explanada. Al despejar el terreno, se encontró un antiguo cementerio pagano y cristiano, encima del cual se había construido la primera basílica de San Pedro. La moderna basílica, que data del siglo XVI, se levantó en el mismo solar que la original de Constantino; aún se puede ver el cementerio que hay debajo.

Las nuevas iglesias no sólo tenían un aspecto diferente del de los templos paganos, sino que tenían una función diferente. Los templos se limitaban a albergar al dios; las iglesias cristianas, en cambio, no sólo eran la casa de Dios, sino lugares en los que sus seguidores podían reunirse. El domingo, día que Constantino declararía santo (en 321), podían verse soldados en ellas, pues el emperador les había dado permiso para asistir. En la casa de Dios se concedía a los esclavos un derecho radicalmente nuevo: eran libres mientras estuvieran allí. El solo aspecto físico y la majestuosidad de estos edificios anunciaba una revolución: el cristianismo era importante y los cristianos eran especiales.[32]

Por entonces ocurrió un hecho que reveló por encima de todo la importancia que tenía para Constantino el cristianismo como aglutinante de ambos imperios. En 313 se enteró de que había estallado una polémica en la Iglesia del norte de África, centrada en quién era el obispo legítimo de la provincia, Ceciliano o Donato. La disputa había surgido porque un grupo opinaba que Ceciliano no debía ser reconocido. Había sido ordenado por un

obispo que durante las persecuciones de Diocleciano había entregado las sagradas escrituras a las autoridades romanas. En consecuencia fue consagrado el obispo rival, Donato. Para los emperadores anteriores, esta disputa habría sido un asunto regional sin importancia. Pero no para Constantino.

> Considero absolutamente contrario a la ley divina que pasemos por alto tales disputas y discusiones, ya que el Supremo Dios podría lanzar su cólera contra la especie humana e incluso contra mí, el hombre a cuyo cuidado Él y Su voluntad celestial han puesto el gobierno de todas las cosas terrenales.[33]

El mensaje estaba claro: mientras que en el pasado los emperadores acostumbraban a arbitrar peticiones o casos de naturaleza civil o penal que les presentaban los provincianos, la autoridad de Constantino como gobernante del imperio se definía igualmente por su capacidad para dirimir disputas en el seno de la Iglesia.[34] Las disensiones entre cristianos eran disensiones contra la unidad del imperio, algo que en el nuevo régimen no estaba permitido. Desde las persecuciones de Diocleciano, Constantino siempre había sabido que adorar al único Dios cristiano, con exclusión de todos los demás, haría imposible la unidad imperial. Si ahora descorría la tapadera para unirse a los cristianos, no habría ventajas políticas si él y los cristianos no estaban unidos. Cuando estalló la disputa del norte de África, en el invierno de 315-316, el emperador escribió a los involucrados. Amenazó con visitarles en persona y romperles la crisma. Pero en aquella época había otros asuntos mucho más urgentes en la mente de Constantino.

En verano de 315 estaba a punto de celebrarse en Roma una gran fiesta. El emperador había salido de Tréveris y, acompañado por un largo séquito de familiares, obispos y funcionarios de la corte, había viajado en persona a la ciudad que había liberado tres años antes. A manera de entretenimiento, hubo carreras en el circo y juegos públicos. El festival era para celebrar los *decennalia* de Constantino, su décimo año como emperador, y en aquel momento, si se miraba atrás, había mucho que celebrar. Había luchado contra los germanos y asegurado la frontera del Rin. Había restaurado la paz y la estabilidad en un imperio que se estaba agrietando y que ahora prosperaba. El

Senado estaba otra vez en marcha, era un socio en el gobierno. Sin embargo, Constantino tuvo que despejar el temor de los senadores, que pensaban que ya no eran importantes, y Roma en consecuencia tampoco: aumentó su número, otorgando el rango de senador a personas que no necesitaban vivir en Roma ni asistir a las sesiones. De esta manera, ser senador pasó a ser un papel de alcance imperial y no sólo local.[35]

La nueva oligarquía cristiana también tenía motivos para estar contenta. Ahora podía presumir de tener una posición privilegiada en la corte de Constantino, y es posible que el mismo emperador, conversando o estudiando con Lactancio y el obispo Ossio, estuviera informándose acerca de su divino protector. Su fe era, al menos en la superficie, algo confirmado. El alcance de la influencia cristiana en Constantino quizá podría evaluarse por los medallones conmemorativos acuñados especialmente aquel mismo año. Constantino está representado con el crismón de Cristo y fueron entregados ceremoniosamente a destacados funcionarios de la corte. No se excluyó de esta prosperidad a los sacerdotes, los creyentes y los partidarios de las religiones tradicionales romanas. Bajo el nuevo espíritu de tolerancia, sus organizaciones religiosas también estaban floreciendo. En el festival, de hecho, se hizo público el homenaje con que se quería honrar la discreción del emperador.

El Arco de Constantino todavía se mantiene en pie en el Foro. Este gran monumento señala la transición del estilo clásico al «tardoantiguo». Los relieves esculpidos representan la liberación de Italia por Constantino: aquí vemos una escena que describe la derrota de Magencio, allí los soldados del tirano ahogándose, y allá la entrada de Constantino en Roma. Pero no hay ni un solo símbolo cristiano en todo el monumento, sino más bien lo contrario. Algunas esculturas que databan del mandato de Adriano fueron aprovechadas y remodeladas para representar a Constantino y a Licinio cazando y haciendo sacrificios a los dioses romanos. Sería la última vez que un emperador fuera representado realizando estas prácticas paganas. Aunque, a pesar de todos los pasos dados para favorecer el cristianismo, la realidad era que el emperador occidental aún no podía enseñar sus cartas.

Constantino ambicionaba la unidad del imperio y había descubierto el

medio de conseguirla. Pero de momento tenía que permanecer en la sombra. Sabía que si apoyaba abiertamente el cristianismo, dejaría al descubierto un flanco político. Los partidarios de los dioses tradicionales que había entre los senadores, gobernadores y administradores del imperio aún podían atacarle, alegando estratégicamente que el emperador acosaba a los paganos. Favorecer abiertamente a los cristianos, entendía Constantino, no sólo ofendería a quienes apoyaban a los dioses tradicionales, sino que además dejaría al descubierto la debilidad de aquéllos, y su desventaja en el nuevo imperio. Y siendo pagana la mayoría de los ciudadanos, los rivales podían encontrar mucho apoyo. Pero no eran los senadores paganos lo que más temía Constantino, sino un emperador pagano.

El mismo mes que tuvo lugar la celebración en Roma (julio de 315), Constancia, la esposa de Licinio, dio a luz un hijo. Un año después, el 7 de agosto de 316, la mujer de Constantino, Fausta, dio a luz a otro. Pero el nacimiento de estos niños no fue exactamente causa de júbilo, porque se estaban formando dos nuevas cadenas de legitimidad. En la cabeza de Constantino y de Licinio se planteó un problema que no habían tenido en cuenta: ¿a quién pertenecía realmente el imperio? Desde que habían sellado la alianza, la respuesta parecía señalar cada vez más a Constantino.

Motivado quizá por una fe sincera, quizá por interés propio, las diligentes reformas de Constantino en favor de los cristianos no sólo estaban unificando el imperio con un criterio nuevo, sino que le estaban consiguiendo un apoyo vital en el territorio de Licinio, donde residía la mayoría de cristianos del imperio. Mientras Constantino miraba su arco conmemorativo, podía ver que Licinio y él aparecían retratados como dos emperadores en armonía. Que los dos fueran cónsules y que las cabezas de ambos aparecieran en las monedas del período apoyan esta impresión. Pero el nuevo estilo de gobierno de Constantino no coincidía con la fachada. La conclusión lógica de un solo Dios era que un imperio significaba un solo emperador.

No pasaría mucho tiempo antes de que Licinio y Constantino enseñaran sus cartas. Cuando ocurrió, los dos hombres se convertieron en rivales y precipitaron una nueva guerra. Sería una guerra de los partidarios de Constantino y de la religión nueva que había adoptado contra los que querían

mantener las tradiciones romanas. Al menos eso aseguraban los estandartes de ambos bandos. En realidad, aunque disfrazado de guerra santa, el conflicto estaba dirigido a conseguir un objetivo largo tiempo acariciado: el control del imperio.

GUERRA DE RELIGIONES

Los pasos que convirtieron una alianza de emperadores en una feroz rivalidad son difíciles de recomponer. Ciertamente, Licinio tenía razón al estar resentido, incluso celoso.[36] Constantino se había hecho con el control de la parte del imperio que Licinio creía que le correspondía por derecho. Para empeorar las cosas, el emperador oriental no tenía más que echar un vistazo a su propio territorio para ver que Constantino disfrutaba de mucha más popularidad que él. Los cristianos del este ofrecían plegarias por Constantino; esperaban que la misma generosidad que desplegaba con sus correligionarios de Occidente cayera también sobre ellos en algún momento; además, como estaban dispuestos a morir por su fe, también estaban preparados para morir por él. Sabían que Licinio no era ni su salvador ni su portavoz. De hecho, es posible que la intención de Constantino hubiera sido desde siempre tener a Licinio atrapado por el gaznate: utilizarlo para estabilizar el imperio oriental al principio y, una vez conseguido esto, desestabilizarlo utilizando como instrumento el cristianismo. A pesar de envidiar la popularidad de Constantino, Licinio escondía una fuente mayor de resentimiento, algo que le empujaría definitivamente al abismo.

Lo que más irritó al emperador oriental fue la serie de pasos que dio Constantino para impedir que el hijo de Licinio sucediera al padre. En 315 dio a su hermanastra Anastasia en matrimonio al prominente senador Basiano. Luego envió un delegado a Licinio para proponerle que Basiano fuera subemperador de Occidente. Licinio se sintió ofendido. Puede que se le ocurriera que sólo faltaba ya que Constantino nombrara a su adolescente hijo Crispo subemperador de Oriente para tener todo el imperio bajo el control de su propia dinastía. Quizá fuera ésta la razón por la que Licinio decidió poner

fin a la amistad con Constantino de una forma decisiva: planeando su muerte.

Para llevar a cabo semejante acción, Licinio necesitaba conseguir un pretexto y aliados. Afortunadamente, ambas cosas eran fáciles de encontrar. Podía justificar el derrocamiento de su homólogo con la excusa de que Constantino había incumplido el Edicto de Milán; había comenzado a favorecer a los cristianos por encima de los paganos. Si no era excusa suficiente, entonces le vino muy bien, según un historiador pagano, que Constantino invadiera el territorio de Licinio en otoño de 315.[37] En cuanto a la ayuda para perpetrar el magnicidio, Licinio no tuvo necesidad de salir del Senado de Roma.

En 316 algunos senadores paganos hervían de indignación y se mostraban desafectos, a pesar de todo el favor que Constantino les había prometido. No aprobaban que despilfarrase el tesoro imperial para construir iglesias cristianas. Les parecía que sólo los obispos recibían la atención del emperador y eran sus invitados favoritos en las cenas de palacio. Era absurdo tener ambiciones, se quejaban, pues ahora sólo era posible salir adelante en el nuevo régimen si eras cristiano.

Licinio supo que había llegado el momento de pasar a la acción. Ordenó a Senecio, funcionario de la corte de Nicomedia, que buscara en Roma un conspirador convencido. El ejecutor ideal tenía que pertenecer a la clase alta, poder acercarse al emperador y estar por encima de toda sospecha. Senecio sólo podía pensar en un candidato posible: el senador Basiano, que era su hermano y cuñado de Constantino. Pero al poner en marcha el plan, Licinio no tuvo en cuenta su propia debilidad. Había olvidado que, así como él había sido capaz de encontrar un aliado en la corte de Constantino, también el emperador occidental tenía una devota aliada en Oriente. Es posible que fuera ella quien diera la alarma subrepticiamente.

Puede que Constancia oyera por casualidad algún rumor que corriera por los pasillos del palacio de Nicomedia, o que hubiera oído sin querer la conversación de Licinio y Senecio. Incluso es posible que, al descubrir que se intrigaba contra la vida de su hermano, escribiera inmediatamente una carta avisándole y la enviara por un canal cristiano de confianza. Lo cierto es que cuando Basiano intentó llevar a cabo el magnicidio, lo cogieron con las

manos en la masa. Constantino estaba esperándole. El asesinado aquella noche no fue el emperador amado de Dios, sino el otro. Cuando Licinio se enteró, ordenó destruir las estatuas y bustos de Constantino en Nicomedia. Era la guerra.

Los primeros encontronazos entre los dos ejércitos tuvieron lugar en 316, en las balcánicas Cibalis y Sárdica. Aunque Constantino dominó en ambas batallas, no consiguió dar el golpe de gracia definitivo. En consecuencia, se firmó otra alianza. Los territorios de los Balcanes y Grecia fueron cedidos a Constantino, mientras que Licinio se quedó con Tracia, Asia Menor, Egipto y el Oriente romano. También se pusieron de acuerdo en el espinoso asunto de la sucesión: el 1 de marzo de 317, Constantino anunció desde su nueva sede de Sárdica (hoy Sofía, la capital de Bulgaria) que sus dos hijos (el que tuvo con Fausta y Flavio Julio Crispo) y el hijo de Licinio y Constancia serían nombrados Césares, en espera de convertirse en emperadores. También acordaron seguir compartiendo el consulado durante el año 317 y después alternar cada año el consulado de cada mitad del imperio entre padre e hijo. Pero bajo esta pantomima de armonía había profundas fisuras. En realidad, la paz era en el mejor de los casos inestable y en el peor un invento cínico de Constantino. La guerra sencillamente se había pospuesto.

Entre 317 y 321 Licinio toleró a los cristianos. Puede que lo contuviera su mujer, o el obispo de Nicomedia, que tenía la sede en su corte. Pero era un papel que el viejo «libertador» de Oriente, el antaño salvador de los cristianos, cada vez detestaba más. Había accedido a la tolerancia religiosa sin creer en ella esperando un beneficio a corto plazo, y ya se había visto. En cambio, Constantino el cristiano era cada vez más autoritario. Le gustaba quedarse despierto hasta muy entrada la noche y redactar sus propios y vehementes discursos. Luego los pronunciaba a sus cortesanos, sermones laicos que expresaban sus celestialmente inspirados proyectos futuros para el imperio. Era un espectáculo bien interpretado. Cada vez que mencionaba el juicio de Dios, tensaba el rostro, bajaba la voz y señalaba el cielo. Al oírle, algunos cortesanos inclinaban la cabeza como si estuviera «realmente azotándoles con sus razonamientos». Otros aplaudían, aunque su fervor no igualaba el del emperador. A la larga dejaron de interesarles las clases de

cristianismo.[38]

Pero mientras daba fe del temor de Dios, el emperador podía ser represivo, incluso violento. En 317 no se había resuelto aún la disputa donatista en África. Constantino perdió la paciencia y trató de finalizarla autorizando destierros y ejecuciones. A los pocos años se cerraron algunos templos paganos: fue la primera señal de la lenta erradicación del pluralismo religioso occidental. Y prueba de una nueva identidad común en desarrollo.

Mediante la donación de propiedades, el alto nivel de los obispos y las caritativas entregas de ropas y grano a los pobres, huérfanos, viudas indigentes y divorciadas, las iglesias pronto se convirtieron en centros de poder y organización local en las provincias del imperio de Occidente.[39] Hacia 321 se amplió la autoridad judicial de los obispos y se legalizó el dejar herencias a las iglesias. Para las oligarquías provincianas era fácil aceptar la nueva religión. Las clases altas de todo el imperio cada vez eran más ricas y se sentían más seguras; la arqueología revela que el crismón de Cristo empezó a aparecer en objetos que pertenecían a los ricos de aquella época y que en todo el imperio se levantaban nuevas y exquisitas villas.[40] La conversión religiosa tenía sus ventajas: daba una nueva majestad al imperio, un nuevo patriotismo, y la convicción de que continuaría floreciendo mientras Constantino recibiera, no la vieja y romana «paz de los dioses», sino la divina protección de Dios.

En un curioso discurso que se conserva, conocido como «Oración a los Santos», y que se pronunció ante un público cristiano un Viernes Santo entre 321 y 324, Constantino aclaraba su postura. Dios era causante de su triunfo. Este triunfo le creaba una gran responsabilidad: convencer a sus súbditos de que adorasen a Dios, reformar a los malvados y a los ateos, y liberar a los perseguidos. Era una postura religiosa que tuvo grandes consecuencias políticas. Puso a Licinio contra las cuerdas y le apretó las tuercas lenta pero implacablemente. No tardó mucho tiempo en mandar un regalo a Constantino, algo que el emperador de Occidente quizá hubiera estado esperando durante todo este tiempo, algo que armonizaba limpiamente con su fe: una justificación para proseguir la guerra. El emperador de Oriente cada vez estaba más receloso, casi paranoico. Se preguntaba si los funcionarios de

su corte serían agentes o espías de Constantino. Los llevó aparte y los interrogó, pero no pudo obtener ninguna prueba de culpabilidad. Según dicen, inventó una forma de probar la lealtad de uno en concreto. Ordenó a Augencio, un empleado jurídico, que le acompañara a un patio de palacio donde había una fuente, una estatua de Dioniso y una parra abundante. Licinio le ordenó que cortara el racimo de uvas más grande que encontrara. Cuando lo hizo, el emperador le indicó que dedicara la fruta a Dioniso. Augencio se negó. Licinio le dio un ultimátum: pon las uvas a los pies de la estatua o abandona esta corte para siempre. Augencio escogió lo segundo; luego fue obispo de Mopsuestia, en la actual Turquía.[41] Fue la primera de las muchas pruebas que hizo pasar Licinio. El miedo le movió a tomar a medidas mucho más extremas.

En 323 obligó a todos los miembros del gobierno a hacer sacrificios so pena de perder el empleo. Sometió a la misma prueba de conformidad al ejército. Por consejo de funcionarios fanáticos, impuso la prueba a los civiles y el 24 de diciembre de aquel año Constantino supo que sus obispos tendrían la obligación de hacer sacrificios en la festividad que celebraba los quince años de Licinio como emperador. Todo el que se negara sería castigado. Los consejos y asambleas de obispos fueron prohibidos: Licinio no quería que se organizaran, se unieran y lo rodearan, así que les obligó a quedarse en sus ciudades. Las reuniones religiosas de cristianos sólo podían celebrarse al aire libre, y se abolieron las exenciones fiscales del clero cristiano. Puede que la influencia de su devota esposa, y su amor por ella, impidieran que fuese más lejos. Otros miembros de su gobierno tuvieron menos escrúpulos. En resumen, Licinio estimuló una nueva forma de permisividad en Oriente, un duro revés de la reacción pagana. Los gobernadores eran libres de castigar a los disidentes cristianos, de clausurar unas iglesias, demoler otras y, en el caso de los obispos de la provincia de Bitinia-Ponto, en la costa meridional del Mar Negro, de matar a los personajes más relevantes del clero. Según Eusebio, se trocearon sus cadáveres y se arrojaron al mar para que se los comieran los peces.[42]

En el palacio imperial de Sárdica, Lactancio, consejero de Constantino y preceptor de su hijo, instaba al emperador a socorrer a «la justicia en otras

partes del mundo». Cuando Constantino, quizá deliberadamente, invadió los territorios tracios de Licinio con el pretexto de repeler una invasión goda, ambos bandos aprovecharon la oportunidad de librar una guerra. La denuncia de Constantino por hostilidades contra su cuñado y antiguo aliado tenía más alcance de lo que el incidente diplomático sugería. Fue una guerra por la defensa de los oprimidos, una guerra de liberación, una guerra contra el perseguidor.[43]

El escenario estaba listo para una de las últimas confrontaciones épicas de la historia romana. Ambos bandos se apresuraron a movilizar sus fuerzas, una extraordinaria hazaña militar por sí sola. Cada bando tenía más de 100.000 soldados de infantería y 100.000 de caballería. Incluso teniendo en cuenta la propensión de las fuentes antiguas a exagerar, está claro que habían reunido importantes contingentes. Egipcios, fenicios, carios, griegos de Asia Menor, bitinios y africanos engrosaban las fuerzas de Licinio, mientras Constantino, cuyo imperio era mayor, se basaba menos en tropas auxiliares que en las unidades regulares de legionarios. Eusebio, al comparar los dos ejércitos, se lució a nivel literario. Las tropas de Constantino eran, por supuesto, soldados cristianos de Dios. Las de Licinio, en cambio, eran secuaces variopintos de dioses tradicionales y misteriosos cultos orientales: magos, adivinos, apotecarios, videntes y aficionados a las malignas artes de la hechicería.[44]

Poco antes de que las fuerzas se enfrentaran, Licinio indicó a sus sacerdotes que consultaran los augurios. Los augures observaron el vuelo de pájaros e inspeccionaron entrañas en busca de señales. ¿Su veredicto? Los augurios prometían que Licinio saldría victorioso. Las ceremonias continuaron cuando Licinio condujo a sus generales a un bosquecillo sagrado. Las estatuas paganas les observaban a través de las ramas de los árboles y desde los manantiales rodeados de musgo y rocas. Se hicieron los habituales sacrificios y a continuación Licinio se dirigió a sus hombres. Su florida retórica es típica de la forma en que las fuentes cristianas gustaban de presentar el conflicto.

> Amigos y compañeros, éstos son nuestros dioses ancestrales, a los que honramos porque los hemos recibido de nuestros antepasados más antiguos para rendirles culto. El caudillo de los que vienen contra nosotros ya no cree en nuestra religión ancestral y

> ha adoptado una fe impía, adoptando erróneamente a un dios extranjero de no se sabe dónde; incluso pone en evidencia a su propio ejército con el vergonzoso emblema de ese dios. Confiando en él, avanza con las armas preparadas, pero no contra nosotros, sino principalmente contra los dioses a los que ha ofendido. Ha llegado el momento en que se demostrará quién está equivocado, el momento que decidirá entre los dioses honrados por nosotros y los dioses honrados por el otro bando.[45]

El 3 de julio de 324 se produjo el primer encontronazo en Adrianópolis, en Tracia, y las esperanzas de Licinio se desvanecieron.

Los dos ejércitos habían tomado posiciones en orillas opuestas del río Hebro. Durante días se observaron con hostilidad. Cada vez que los hombres de Licinio veían el lábaro de Constantino, es decir, la bandera con el monograma de Cristo, rompían el silencio con abucheos e insultos. Pero durante este extraño paréntesis, Constantino tomó la iniciativa. Engañó al enemigo haciéndole creer que estaba construyendo un puente. Incluso hizo como que ordenaba a sus soldados que subieran a una montaña a buscar madera. Pero en secreto había preparado un paso alternativo, más corto. Cuando su caballería cargó por él, pilló al ejército de Licinio completamente desprevenido. En medio de la confusión, muchos soldados de las sorprendidas tropas fueron brutalmente perseguidos y muertos. Unos se rindieron y otros pusieron pies en polvorosa. Licinio estaba entre estos últimos.[46]

Licinio y los restos de sus fuerzas marcharon rápidamente hacia la costa, subieron a sus barcos y trataron de llegar al otro lado del Bósforo. Pero Constantino se había preparado para este momento. Ordenó a su hijo mayor que les diera caza; con diecisiete años y a cargo de una flota naval de doscientas embarcaciones, Crispo siguió las instrucciones de su padre. El almirante de Licinio, mientras tanto, recibió instrucciones de bloquear la persecución. Las dos flotas se encontraron en el paso de los Dardanelos. En una jugada maestra, Crispo decidió separarse del grueso de su flota y atacar con sus ocho barcos más rápidos. Fue un golpe genial. El ataque fue calculado y frío. La flota de Licinio, aunque mayor, se limitó a abarrotar las estrechas aguas y no tuvo espacio para maniobrar. El bosque de velas y remos rompiéndose y crujiendo sólo produjo confusión. Tras perder Licinio

algunos barcos, la caída de la noche puso punto final a la batalla. Al día siguiente, un fuerte viento del sur remató el trabajo de Crispo: la flota de Licinio fue arrastrada contra las rocas y sometida a otro fracaso aplastante. A pesar de todo, al cabo de unas semanas, el emperador oriental reagrupó a sus fuerzas. Había reclutado otro ejército en Asia. Volvió a enfrentarse con su enemigo en Crisópolis. Todavía no estaba vencido.

El enfrentamiento final entre Licinio y Constantino tuvo lugar el 18 de septiembre de 324. Los dos emperadores condujeron a sus inmensos ejércitos hasta una llanura situada a medio camino entre Crisópolis (hoy un barrio periférico de Estambul) y Calcedonia. El ejército de Constantino se distinguió una vez más por enarbolar el lábaro, el vistoso estandarte cristiano. En el rico tapiz que colgaba del palo horizontal se había bordado el monograma de Cristo (las letras griegas ji-ro) con piedras preciosas e hilo de oro. El emperador sabía que era vital no subestimar la importancia de este emblema. Designó una guardia especial para que se responsabilizara de él, un grupo de hombres que habían sido elegidos por su valor y su fuerza física. Ahora ondeaba orgullosamente sobre los soldados concentrados que esperaban lanzarse al ataque. Constantino se tomó su tiempo antes de romper las hostilidades. Quizá estuviera en su tienda, como era su costumbre, rezando en silencio, esperando y buscando una revelación. Cuando creyó que la voluntad de Dios se había expresado, o eso se dijo, salió presuroso de la tienda, enardeció a sus soldados y les ordenó que desenvainaran las espadas.[47]

Cargó primero el ejército de Licinio. Quizá esta vez, cuando viera ondear el lábaro, lo observara con un mal presentimiento y guardara silencio. Según Eusebio, Licinio ordenó a sus hombres que no se acercaran a él, que ni siquiera lo mirasen. La verdad es que, cuando las tropas de Constantino avanzaron hacia el enemigo y entraron en la línea de fuego, recibió un diluvio de lanzas que derribó a muchos. Milagrosamente, según asegura Eusebio, los portadores del lábaro se salvaron.[48] Quizá fueran contagiosos el ánimo y el poder que daba a los hombres, pues la confianza en la victoria se extendió como el eco entre las filas de Constantino. Cuando chocaron los colosales ejércitos, el viento, el impulso y el ímpetu belicoso estaban con los legionarios de Constantino.

Ante aquel contundente ataque, los hombres de Licinio se desmoronaron. La batalla de Crisópolis fue una matanza a gran escala. Se dice que murieron más de 100.000 soldados de Licinio. La victoria de Constantino, del cristianismo, fue decisiva. Sin embargo, había un hombre que había escapado al baño de sangre. Licinio huyó del campo de batalla a uña de caballo en compañía de algunos jinetes; mientras Constantino inspeccionaba el lugar de la catastrófica derrota, su enemigo, exhausto y destrozado, se dirigía al este, al palacio imperial de Nicomedia, con su leal esposa y su hijo de nueve años. Constantino lo persiguió y puso sitio a la ciudad.

Si Licinio había pensado en salvar el honor a la manera tradicional, clavándose la espada, puede que ver a su familia cuando se desplomó en su palacio le convenciera de lo contrario. Una fuente antigua dice que la noche de su vuelta, Constancia le persuadió de que era preferible rendirse a morir. Cuando se ganó la voluntad de Licinio, Constancia salió sigilosamente de palacio y corrió al campamento de su hermano.

Constantino volvió a ver a su hermana después de casi diez años. Aquélla era la mujer a la que había entregado a su enemigo en matrimonio con dieciocho años, la esposa del hombre al que mientras tanto había intentado eliminar una y otra vez, para poder ser el único emperador y unificar el imperio. Ahora se encontraba allí, en medio de los soldados sucios y agotados, entre prisioneros de guerra ensangrentados que iban a ser castigados «según las leyes de la guerra». En aquellos momentos tenían retenido al comandante en jefe de Licinio antes de la ejecución; los soldados capturados eran obligados a arrepentirse y a proclamar al Dios de Constantino «único Dios verdadero».[49] En unas circunstancias tan lúgubres, a los dos hermanos debió de costarles mirarse a los ojos. A pesar de todo, Constancia se armó de valor y se postró ante su hermano pidiendo clemencia. Apelando al valor cristiano del perdón, le rogó que salvara la vida de Licinio. Constantino accedió.

El esplendor imperial de las comparecencias contrastaba vivamente con la desdichada ceremonia que tuvo lugar al día siguiente. Constantino, vestido con una túnica magnífica y único gobernante de todo el mundo romano, se sentó en el estrado de su campamento, a las afueras de la ciudad. Estaba

rodeado de obispos y funcionarios de la corte. Quizá Lactancio y Ossio estuvieran también presentes, exaltando la victoria de su Dios. Licinio avanzó despacio hacia Constantino, flanqueado por sus antiguos enemigos, que formaban un largo y humillante pasillo desde el palacio hasta el campamento del ejército victorioso. Es posible que Constancia y su hijo tuvieran que enfrentarse a la ignominia de acompañar al caudillo vencido. Cuando llegó ante Constantino, Licinio se arrodilló con actitud de súplica. Había llevado con él la túnica púrpura de su cargo y, con la cabeza inclinada, se la ofreció a Constantino. Puede que Constantino echara sal en la herida exigiendo al ex emperador que se convirtiera a la fe cristiana. De lo que sí tenemos noticia es de la humillación de Licinio: llamó a Constantino «señor y amo, y pidió perdón por los pasados acontecimientos».[50] Licinio y su familia fueron oficial y pacíficamente desterrados de por vida a Tesalónica.

Pero es fácil imaginar que, a pesar de toda la pompa y ceremonia y de todos los educados elogios, ambos hombres sabían que nada había cambiado en realidad. Al cabo de un año de la rendición y abdicación de Licinio, un destacamento de soldados imperiales fue a buscarlo a Grecia. Cuando Licinio vio acercarse a los guardias, es posible que comprendiera que Constantino no cumpliría su palabra, que el emperador nunca permitiría dejar con vida a rivales potenciales ni a sus herederos, que nunca perdonaría. Los soldados llevaron aparte a Licinio y a su hijo y los estrangularon.[51]

EPÍLOGO

Constancia sobrevivió a la muerte de su marido y de su hijo. El emperador le dio el título de «Nobilísima» y ella se quedó en la corte de su hermano como una figura importante. Su presencia allí debió de producir tensión y recriminaciones glaciales. Murió en 330, quizá antes de cumplir los treinta y cinco años. Pero Constancia no era el único pariente que tuvo problemas con la autoridad imperial de su hermano.

El año 326, Constantino ordenó la muerte de su esposa Fausta, que le había dado tres hijos, y de su hijo mayor Crispo (al que había nombrado para

el cargo de César). El motivo está envuelto en el misterio. En la corte se sospechaba que Crispo tenía una aventura con su madrastra; otro rumor decía que era Fausta quien se había enamorado de Crispo, pero había sido rechazada. Fuera como fuese, no se podía permitir que una conducta tan inmoral contaminara el corazón de la familia imperial cristiana, lo prohibía la legislación absolutista del emperador en materia sexual. La corta y brillante carrera de Crispo terminó con su ejecución. La causa oficial de la muerte de Fausta es que se asfixió en un baño de vapor demasiado caliente.

La insensible obcecación del emperador, que sólo atendía a sus fines, también se advierte en la política religiosa de sus últimos años. Poco después de la victoria sobre Licinio, el emperador publicó varios edictos en Oriente. Los cristianos perseguidos saldrían de prisión, recuperarían sus propiedades y tendrían los mismos privilegios que los cristianos de Occidente. Animó a los obispos a reparar unas iglesias y a construir otras. Pero el tono de sermón de estos edictos iba mucho más lejos que en el Edicto de Milán. En las cartas que los acompañaban, Constantino no obligaba a sus súbditos a abandonar el paganismo y hacerse cristianos, pero les animaba a hacerlo. El Dios cristiano, escribió, era moralmente supremo. Era Dios quien había acabado con los perseguidores, Dios quien había establecido la correcta observancia de la religión. Constantino sólo había sido su instrumento.[52] El mensaje saltaba a la vista: el cristianismo era ya la religión oficial del Estado romano, pero ¿y el paganismo?

Los edictos dan a entender que Constantino estaba haciendo una activa campaña contra el paganismo: algunos templos tradicionales fueron clausurados y se prohibieron los sacrificios y las consultas a los oráculos, sobre todo por gobernadores y prefectos provinciales.[53] Pero el cuadro que describe Eusebio es engañoso. Está claro que Constantino quería erradicar la magia y la superstición: declaró ilegal el uso privado de adivinadores y la magia destinada a potenciar la sexualidad o a atentar contra vidas ajenas. Pero la devoción a los dioses tradicionales era otra cuestión. Esta forma de paganismo tardaría en extinguirse; hasta el momento no había habido conversiones en masa al cristianismo.

La prohibición imperial sobre los sacrificios paganos no se aplicó en

ningún momento. Siguieron celebrándose en Italia y en Grecia, y el emperador incluso llegó a levantar la prohibición para que no afectara a un culto llamado Misterios de Eleusis. Constantino también permitió, al final de su mandato, que se construyera en Italia un nuevo templo pagano dedicado a la familia imperial. Los templos de Roma tenían garantizada la protección del emperador y durante los siglos IV y V siguió siendo responsabilidad del prefecto de la ciudad restaurar y mantener los edificios, estatuas y centros de los antiguos cultos tradicionales. A pesar de todo, los emperadores posteriores aplicaron medidas mucho más drásticas contra las prácticas paganas. La fosilización del pasado pagano de Roma había comenzado.

Puede que la Iglesia se hubiera convertido en la institución unificadora del imperio cristiano de Constantino, pero la cuestión de la doctrina estaba estropeando el cuadro. Cuando Constantino «liberó» Oriente expulsando a Licinio, descubrió que la Iglesia de allí estaba aún más dividida que la de África. La polémica fundamental no era un simple debate sobre la legitimidad de un obispo, sino una cuestión filosófica sobre la relación entre Dios y Jesucristo: ¿era Dios Padre el mismo que Dios Hijo, o era inferior? Un sacerdote llamado Arrio opinaba que si Dios Padre era eterno e indivisible, Dios Hijo tuvo que ser creado por el Padre como instrumento de salvación del hombre. Aunque era perfecto, Dios Hijo no era eterno y no podía ser llamado Dios. La opinión de Arrio suscitó una polémica tan violenta que amenazó con romper la unidad de la Iglesia. Constantino intervino.

En 325 convocó y asistió personalmente a la primera reunión universal de la Iglesia, el Concilio de Nicea. Debió de ser un espectáculo extraordinario. Por primera vez, unos trescientos obispos de todos los rincones del mundo romano se reunieron para llegar a un acuerdo sobre el punto doctrinal que discutía Arrio. La mañana del primer día, vestido esplendorosamente con su brillante túnica púrpura, bordada con oro y piedras preciosas, Constantino entró en el enorme y silencioso salón del palacio de Nicea. Andaba con paso elegante y modesto. Una pequeña silla de oro le esperaba en el centro, frente a las filas de obispos. La emoción llegó a su cota más alta cuando el emperador tuvo la deferencia de esperar a que se sentaran los obispos antes que él. Los obispos, sin embargo, le hicieron una indicación y entonces el

emperador se sentó primero; a continuación le imitaron todos los reunidos. [54] Pero desde su asiento, Constantino hizo mucho más que cuidar el procedimiento. Participó de forma activa y contundente.

Por ejemplo, se le atribuye el hallazgo de la fórmula que resolvió la disputa. Según ella, Dios Hijo era «de la misma sustancia» que Dios Padre. La fórmula implicaba que Arrio estaba equivocado. Pero a pesar de su intervención, Constantino, el gran soldado, el general que había ganado la guerra civil, estaba menos preocupado por los intríngulis del debate doctrinal. El emperador sólo quería apagar el fuego de la controversia y terminar la disputa. Halagando, acosando y pasando del latín al griego para persuadir a los obispos recalcitrantes, Constantino obligó a la mayoría a que refrendaran la fórmula propuesta y designada para concluir la reyerta. Todos obedecieron, menos Arrio y dos partidarios suyos, y los tres fueron desterrados. Había habido algunas disidencias, pero la unidad había prevalecido. El Concilio había sido un triunfo. O eso parecía.

Ciertamente, hubo victorias sorprendentes. Por primera vez, el emperador de Roma, el hombre más poderoso del mundo, había utilizado su poder para fijar la ortodoxia cristiana. En muchos asuntos había conseguido el acuerdo de la vasta mayoría de asistentes que se reunían por primera vez. Aunque Constantino hizo como que guardaba mucho respeto a los obispos, éstos se habían reunido bajo su autoridad y las decisiones que habían alcanzado eran universalmente vinculantes. Además, al desterrar a Arrio y a los arrianos por «herejes», los había quitado de las manos de los obispos para someterlos a la ley penal del emperador.[55] El poder religioso y el imperial eran uno solo.

En realidad, las disensiones no habían desaparecido. La versión que da Eusebio del Concilio de Nicea disimula las auténticas diferencias de opinión expresadas allí. Más tarde, Arrio volvió del destierro y siguió pronunciando sermones en su influyente ciudad de Nicomedia. Antes de morir, el propio Constantino se retractó de la doctrina que había obligado a aceptar a los obispos. Sólo con el tiempo se conseguiría en Nicea la unidad que Constantino deseaba. Además, el concilio preparó el «Credo niceno», que es el resumen oficial de la fe cristiana y que comienza: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...»; en la actualidad lo siguen

rezando los cristianos todos los domingos y la fórmula de Constantino sigue siendo el elemento unificador de la Iglesia.

Gracias al cristianismo, Constantino inyectó nueva vida en su imperio de otras maneras. Ayudó a fundar Jerusalén como ciudad santa de los cristianos y de los judíos, pero ambicionaba conseguir mucho más. Cuando el 8 de noviembre de 324, lanza en mano, trazó el perímetro de una nueva ciudad alrededor de la antigua Bizancio (hoy Estambul), fundó lo que él mismo llamaba «la Nueva Roma». Si la intención de Constantino era organizar un nuevo imperio cristiano, ¿qué mejor medio que fundar una nueva capital imperial en el lugar de su victoria contra Licinio? ¿Y qué mejor sitio que el punto estratégico donde se unían Europa y Asia? Con su habitual agudeza para la autopropaganda, dio su nombre a la nueva ciudad. Constantinopla se consagró oficialmente el 11 de mayo de 330.

Mientras que Roma estaba definida por su antiguo pasado, sus antiguos emperadores y sus dioses tradicionales, Constantinopla señalaba el comienzo de una nueva era. Se llevó a cabo un programa urbanístico colosal: en el plazo de seis años hubo nuevas murallas, nuevos foros, un nuevo hipódromo y un nuevo palacio imperial. También hubo una nueva Curia del Senado para los recién nombrados senadores cristianos. En cuanto a edificios cristianos, la ciudad podía presumir del mausoleo de Constantino, y es posible que la famosa iglesia de Santa Sofía comenzara a tomar cuerpo bajo el emperador, aunque, contrariamente a la descripción de Eusebio, la ciudad que llevaba el nombre de Constantino no era exclusivamente cristiana. El emperador llenó su nueva ciudad con tesoros artísticos del mundo clásico, convirtiéndola en el escaparate de su nuevo imperio. Fue crucial que no trasladara la capital del imperio a Constantinopla, ya que habría degradado a Roma. La Ciudad Eterna siguió suministrando senadores para gobernar el imperio. Constantinopla era más bien otro centro imperial, junto con Tréveris y Milán, aunque, eso sí, una ciudad a la que el emperador se sentía muy ligado. Pasó en ella la mayor parte de sus últimos siete años.[56]

Constantino murió el 22 de mayo de 337. Su mandato había sido el más largo de todos. Poco antes de su muerte fue bautizado, una señal de la sinceridad de su fe. Después del bautismo abandonó las túnicas púrpuras

imperiales y desde entonces vistió exclusivamente de blanco, como los cristianos iniciados. El hombre que le asistió en su lecho de muerte era precisamente un hombre al que había liberado al derrotar a Licinio unos trece años antes, un hombre en cuya compañía había estado a menudo desde entonces, el obispo de Nicomedia.

El cristianismo continuó prosperando sobre el modelo imperial que Constantino había trazado. Después de él sólo hubo un emperador pagano. Los esfuerzos de Juliano el Apóstata por volver atrás entre 360 y 363, aunque vigorosos, fracasaron. A finales del siglo IV había en Roma setenta sacerdotes y veinticinco iglesias. La espléndida construcción de San Pedro reflejaba la protección de la oligarquía romana, la jerarquía eclesiástica y el mismo emperador, y Roma se convertiría en una importante meta de peregrinos. Pero si el cristianismo cosechó triunfos, no puede decirse lo mismo del nuevo, unificado y restaurado imperio romano.

Los sucesores de Constantino fueron sus tres hijos. A la muerte de aquél acordaron compartir el poder, pero casi inmediatamente comenzaron a discutir y a matarse entre ellos. Las grietas del imperio romano que la obra de Constantino había sellado temporalmente reaparecieron. Al cabo de cincuenta años eran abismos. En 364 se fundó otra dinastía con Valentiniano I, que optó por volver a dividir el imperio en Occidental y Oriental. Pero la fuerza definitiva que empujaría al imperio hacia la muerte no vendría de la debilidad de la jefatura interior, sino de las fronteras. Llegaban los bárbaros.

VI

CAÍDA

El año 476 es la fecha oficial que designa el final del imperio de Occidente. No cayó con aparatosas ceremonias, ni bajo el resplandor de un incendio, ni por culpa de los iconoclastas, ni a causa de una guerra o una revolución, sino al son del suave y rítmico golpeteo de los cascos de un caballo y quizá el chirrido de las ruedas de un carro imperial. Estos ruidos los producía un mensajero que se dirigía a Constantinopla, por las carreteras del imperio; llevaba consigo la indumentaria imperial, la corona y el manto púrpura del emperador de Occidente. Lo enviaba Odoacro, rey germano afincado en Italia, y tenía orden de entregar aquellos símbolos al emperador de Oriente. Odoacro estaba decidido: ya no hacían falta.

Odoacro era de la tribu germana de los esciros. Había sido un eficacísimo general del ejército romano a mediados del siglo V. En 476 tenía tanto apoyo entre los soldados y terratenientes de Italia que dio un golpe de Estado y se convirtió en gobernante efectivo de toda la península. Pero había un problema para conseguir el poder absoluto de Italia: todavía había un emperador occidental. Sin embargo, era un emperador sólo de nombre, un muchacho de dieciséis años, hijo de un usurpador que, como no controlaba nada fuera de Italia, no suponía ninguna amenaza para Odoacro. A pesar de todo, era el momento de cortar por lo sano, la oportunidad de dejarlo todo atado y bien atado.

Odoacro escribió a Zenón, el emperador de Oriente, comunicándole que iba a deponer al emperador de Occidente. Pero esta decisión quizá fuera

menos significativa que la siguiente. Odoacro también dejó claro que no tenía intención de nombrar otro emperador. El antiguo cargo, forjado por Augusto unos quinientos años antes, estaba ya tan vacío de significado y poder que no compensaba. La respuesta de Zenón dio a entender que estaba de acuerdo. Aunque el emperador oriental hizo hincapié en que respetaba la legalidad constitucional diciéndole al rey que necesitaba ser reconocido por su predecesor occidental, no se ocultaba la realidad: Zenón reconoció la toma del poder por Odoacro. Cuando recibió la noticia, el rey Odoacro, ceremoniosamente, envió al emperador oriental las vestimentas, la corona y el manto del difunto cargo occidental.

Las fuentes antiguas no dicen mucho sobre el carácter de Odoacro. Nos dejan con preguntas, una de ellas es si tenía sentido de la ironía. El emperador que acababa de deponer se llamaba Rómulo Augústulo. Los nombres, el uno del mítico fundador de Roma y el otro diminutivo de Augusto, reflejan cómo la historia de Roma había completado el círculo desde el primer gobernante hasta el más reciente; desde el primer emperador, que había creado la era de los césares, hasta el último, un niño depuesto y sin poder. El imperio occidental había gobernado el mundo mediterráneo durante más de setecientos años y ahora había caído, fragmentado en reinos gobernados por «bárbaros». Mientras el imperio de Oriente, gobernado desde Constantinopla, sobrevivía otros mil años con la designación de imperio bizantino, el de Occidente –Roma, Italia y Europa occidental– entró en la «oscuridad» de la Alta Edad Media. ¿Cómo había llegado a esto el mayor y más influyente imperio del mundo antiguo? ¿Cómo había caído?

Desde hace siglos vienen dándose respuestas a estas preguntas, las más persistentes de la historia antigua. Sugieren de todo: paludismo, saturnismo, tumores producidos por baños de vapor demasiado calientes, erosión del suelo, cambio climático, reducción de la población infantil, despoblación, gobierno ineficaz, bancarrota, decepción de las oligarquías provinciales, hundimiento de los valores morales, desmoronamiento de las religiones tradicionales, desintegración de la disciplina en el ejército. En el siglo XVIII, Edward Gibbon dedicó tres volúmenes de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* a responder a estas mismas preguntas. Reflejando

las ideas de su época, Gibbon describió casi trescientos años de historia del Occidente romano (desde 180 a 476) y dijo que el cristianismo había sido el principal culpable. Creer en la otra vida, sugirió, socavó profundamente la férrea resolución y disciplina necesarias para sufrir privaciones por el bien del imperio. La opinión de Gibbon sobre un proceso a todas luces inevitable, complejo y desarrollado con lentitud fue muy influyente en los siglos posteriores. Pero los últimos estudios sostienen un punto de vista diferente. El imperio romano se hundió de manera sincopada; no cayó inevitablemente, sino bajo el impacto de espectaculares y potentes ondas expansivas que se dejaron sentir en el último siglo; y los causantes de estas crisis fueron los invasores bárbaros.[1]

En este capítulo me concentraré en uno de estos momentos decisivos: el saqueo de Roma en agosto de 410. Contaré cómo la mayor ciudad del mundo antiguo, la ciudad-Estado que gobernó un imperio inmenso durante más de setecientos años, cayó ante los bárbaros y fue ritualmente saqueada. La destrucción de la vieja ciudad es un momento ilustrador de vital importancia, porque las fuerzas que llevaron a cabo el saqueo personificaron las ondas expansivas que destartalaron el imperio de Occidente entre 378 y 476. Quizá la mayor de estas fuerzas fuese la motivación de los bárbaros. Sus invasiones procedían de una simple idea: el imperio romano era un El Dorado que ofrecía la oportunidad de una vida mejor. No fueron a destruir Roma, sino a formar parte de ella. Sin embargo, por tratar de conquistar un lugar dentro del imperio, de conseguir un tratado de paz y una tajada de esa prosperidad, lo destruyeron.

El hombre que dirigió el saqueo fue un godo llamado Alarico. Casi todo lo que se sabe de él y de su vasto número de seguidores subvierte el concepto romano de «bárbaro». No era un tarugo salvaje e irracional, sino un cristiano y un hombre de palabra. Sus tropas no eran una horda de maleantes, sino un ejército organizado y eficiente que no sitió Roma para robar un botín inmediato de oro y joyas, sino con previsión, con idea de ejecutar un plan a largo plazo. En pocas palabras, Alarico el godo, el bárbaro, el saqueador de Roma, tenía mucho de romano. Había luchado y aprendido en el ejército y revelaba una forma de pensar estratégica y una mente preparada y

calculadora que no se parecía a la de un invasor bárbaro, sino a la de un excelente general romano: un César, un Augusto, un Vespasiano o un Constantino. Pero en un aspecto era muy poco romano. No consideró el saqueo de una ciudad extranjera como una victoria, sino como un completo fracaso.

Ésta es la historia de cómo la ambición, la traición y los conflictos internos acabaron con la mayor ciudad del mundo antiguo. Los principios con los que Rómulo había fundado Roma unos mil doscientos años antes reaparecieron y obsesionaron a la ciudad en el momento preciso de su destrucción.

EL IMPERIO SE RESQUEBRAJA

Año 376. El imperio llevaba más de una década dividido oficiosamente en dos mitades. El emperador Valente gobernaba el este desde Constantinopla y el emperador Graciano desde Milán, la capital imperial. Pero aquel año Valente no se encontraría en su sede de gobierno, sino más cerca de la frontera romana oriental, en Antioquía, tratando de apagar un fuego: el rey Sapor, caudillo del renaciente imperio persa, amenazaba la frontera oriental romana. Valente estaba canalizando todos los recursos que podía para afrontar la amenaza. Desplegó un gran número de soldados y para alimentarlos Valente utilizaba gran parte de los impuestos agrícolas. A mediados del siglo IV, la economía y los recursos del imperio eran lo bastante robustos para resistir tales demandas. Pero para lo que no estaba preparado era para la espectacular cadena de acontecimientos que se produjo en la frontera nororiental. Junto al Danubio, en algún punto entre las actuales Bulgaria y Rumania, el imperio estaba a punto de presenciar la mayor crisis de refugiados del mundo antiguo. Y se encontraría fatalmente indefenso.

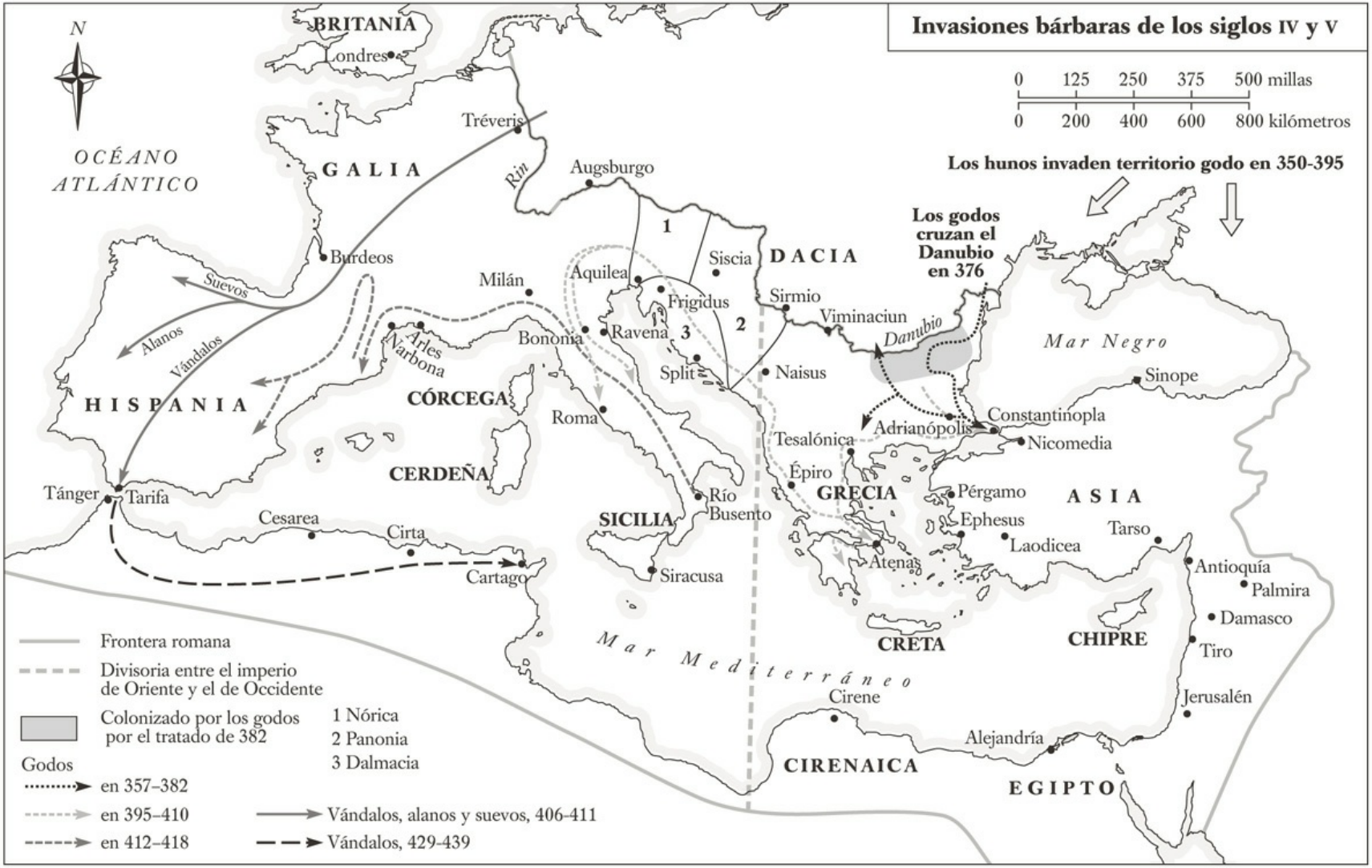
Allí, cerca del Danubio, en la frontera norte, se habían congregado unos 200.000 godos. No eran un ejército invasor, sino una nación de familias, hombres, mujeres y niños, que buscaban cobijo en masa. Habían llegado con

sus carros y animales, con arados y todas las posesiones que podían transportar: sillas, pieles, cacharros, vasijas de plata y utensilios de hierro y bronce. Al llegar a la frontera, habían acampado en la orilla norte del ancho río, y su jefe había mandado un enviado a solicitar humildemente permiso del emperador Valente para cruzar la frontera y vivir en sus dominios.[2] Habían llegado hasta allí obligados: la vida se había vuelto demasiado peligrosa al otro lado de las fronteras. Habían huido de sus tierras, situadas entre las costas noroccidentales del Mar Negro y el sur de los Cárpatos (véase el mapa de la pág. 366). Habían ocupado aquellas tierras porque allí podían instalarse, fundar casas de labor y beneficiarse de la economía de los estados-clientes de Roma, es decir, las comunidades de las regiones fronterizas que comerciaban con los romanos. Pero en 376, la riqueza de las tierras godas había llamado la envidiosa atención de otros que querían sacar tajada.

Quienes habían puesto en marcha la crisis del Danubio, el «semillero y origen» de la crisis, eran los hunos. El mejor historiador romano de este período, Amiano Marcelino, los describe como anormalmente «salvajes», «de constitución chaparra, con fuertes extremidades y cuello ancho», unos sujetos «tan asombrosamente feos y encorvados que parecían animales de dos patas».[3] Pero una versión menos partidista y más moderna revela que eran un pueblo nómada, experto en el uso del arco, que procedían de las estepas que se extendían entre Mongolia y los márgenes orientales de Europa. La pobreza de la tierra y las desagradables condiciones climáticas dictaban el modo de vida errante de este pueblo. Quizá al ver la riqueza de la región del Mar Negro, los hunos se movieron hacia el oeste, creando confusión, saqueando y desestabilizando los territorios godos que encontraban en su camino. Fue el momento de la diáspora, el momento que obligó a los godos a salir de sus tierras y llegar a las fronteras del imperio romano.

Pero al acercarse a Roma, los godos, que eran básicamente agricultores, estaban apostando muy fuerte. Buscar asilo era una decisión que habían meditado durante mucho tiempo. Es cierto que el imperio representaba una economía estable y desarrollada, y que la vida dentro de sus fronteras ofrecía la oportunidad de tener un futuro mejor y más protegido que la vida del otro lado. La antigua vida había estado caracterizada por la constante amenaza de

los hunos. Pero, por otro lado, al cruzar la frontera estaban poniendo a toda su nación a merced de Roma; se exponían a una nueva amenaza en potencia: la esclavitud o la muerte. Los jefes godos habían tomado por fin una decisión: la vida bajo Roma sería el menor de los males. Prudentemente, enviaron una petición al emperador Valente. Qué poco sabían que no eran los únicos que afrontaban la crisis con cautela.


Invasiones bárbaras de los siglos IV y V
0 125 250 375 500 millas
0 200 400 600 800 kilómetros
N
OCÉANO ATLÁNTICO
BRITANIA
Londres
Tréveris
GALIA
Rin
Augsburgo
Los hunos invaden territorio godo en 350-395
Los godos cruzan el Danubio en 376
Burdeos
Suevos
Alanos
Vándalos
Milán
Aquilea
1
Siscia
DACIA
Frigidus
Sirmio
Viminaciun
Danubio
Mar Negro
Arles
Narbona
Bononia
Ravena
3
2
Split
Naisus
Sinope
HISPANIA
CÓRCEGA
Roma
Constantinopla
Adrianópolis
Nicomedia
Tesalónica
Épiro
CERDEÑA
GRECIA
Pérgamo
ASIA
Tánger
Tarifa
Río Busento
SICILIA
Ephesus
Tarso
Cesarea
Cirta
Laodicea
Atenas
Antioquía
Palmira
Cartago
Siracusa
Damasco
Mar Mediterráneo
CRETA
CHIPRE
Tiro
Cirene
Jerusalén
Alejandría
CIRENAICA
EGIPTO
Frontera romana
Divisoria entre el imperio de Oriente y el de Occidente
Colonizado por los godos por el tratado de 382
1 Nórica
2 Panonia
3 Dalmacia
Godos
en 357–382
en 395–410
en 412–418
Vándalos, alanos y suevos, 406-411
Vándalos, 429-439

Valente debería haber saltado de alegría al conocer la llegada de los godos, ya que eran una cantera potencial de reclutas para el ejército. Con ellos, decían los aduladores de la corte de Valente, se podría sacar más dinero a las provincias. En lugar de las levas habituales, la corte oriental podía pedir a las provincias que contribuyeran con oro. La verdad fue muy diferente. Es más probable que Valente y sus consejeros temblaran de miedo al ver la situación del Danubio. Con el grueso del ejército romano en la frontera oriental, las tropas del oeste tenían poca presencia en las fronteras septentrionales. La escasez de soldados significaba que, lejos de controlar la situación, los romanos no estaban en condiciones de solucionar la crisis de los refugiados. A pesar de todo, Valente autorizó a una de las tribus godas para que cruzara el Danubio. Transportados en barcos romanos día y noche, los tervingios recorrieron los peligrosos rápidos del río, y cruzaron la frontera como «lava del monte Etna». Mientras, las fuerzas romanas disponibles patrullaban el río para contener a la tribu de lo greutungos. Pero los que cruzaron la frontera pronto se darían cuenta de lo poco preparados que estaban los romanos para su llegada.[4]

Durante el invierno de 376-377, mientras los generales de la frontera esperaban que Valente enviara tropas del extremo oriental para ayudarles a colocar a los refugiados, los godos sufrieron una demora larga y dolorosa. El mar de tiendas y cabañas de la orilla romana del Danubio ocultaba las horribles condiciones que soportaron aquel crudo y frío invierno. La deficiente situación sanitaria y la escasez de comida convirtió su vida en un infierno. Los generales romanos no tenían intención de hacer nada al respecto. De hecho, estaban más preparados para empeorarlo. Transformados en estraperlistas, aprovecharon la ocasión para sacar un rápido beneficio de los pobres «bárbaros». Los generales daban comida a los hambrientos refugiados a cambio de esclavos, incluso se quedaban con los hijos de los godos más pobres. Los godos que comerciaron debieron de sentirse doblemente asqueados al descubrir que habían cambiado niños por carne de perro.[5]

Las tensiones entre romanos y bárbaros pronto estuvieron al rojo vivo. Para evitar la crisis que cada vez se descontrolaba más, el principal general

romano ordenó a los godos que se dirigieran al cuartel regional de Marcianópolis. Pero no tenía suficientes soldados para vigilar la frontera y acompañar a los godos tervingios al mismo tiempo. Los godos greutungos, al darse cuenta de que la frontera no estaba vigilada, cruzaron en secreto el río en balsas de madera y canoas construidas con troncos de árbol, y se introdujeron silenciosamente en territorio romano. Con los greutungos siguiéndoles a una distancia prudencial, los tervingios llegaron a Marcianópolis. Pero allí les esperaba otra desagradable sorpresa.

La mayoría de los godos quedó retenida por los soldados fuera de las murallas de la ciudad. Dentro, los generales invitaron a los jefes «bárbaros» a una suntuosa comida. Quizá para sembrar la confusión entre los godos y tomar el control de la situación, los romanos hicieron un chapucero intento de asesinar a los cabecillas. Para los godos, después de meses de sufrimiento, fue la gota que colmó el vaso. Cuando la tribu que estaba esperando en el campamento extramuros se enteró del intento de asesinato, estalló de cólera. Al oír el alboroto, los jefes godos pensaron con rapidez y dijeron a los romanos que si se empeñaban en matarles, habría guerra. Sólo si los liberaban podría evitarse.

Dada la escasez de tropas, los romanos se vieron obligados a liberar a los caudillos godos. Pero resultó ser una decisión desastrosa. Las masas de refugiados no sólo estaban hambrientas, sino enajenadas y furiosas. Cuando se reunieron con sus airados y desengañados jefes, los godos dominaron rápidamente a los soldados que los vigilaban y saquearon Marcianópolis. Se había declarado la guerra.

Ésta tuvo lugar entre 377 y 382 y el teatro de operaciones fueron los Balcanes. Valente se apresuró a firmar la paz con el rey persa, reclutó todas las fuerzas que pudo en la frontera oriental y corrió a enfrentarse a los godos. Aunque el conflicto se estaba desarrollando en su mitad del imperio, Valente pidió ayuda al emperador de Occidente. Graciano accedió, pero no pudo reunir inmediatamente a su ejército; estaba preocupado por taponar la brecha de la parte central del Danubio por la que había entrado la tribu germana de los alamanes. Aprovechando esta demora, los godos saqueaban lo justo para sobrevivir y la población de Tracia fue la más afectada por la inactividad

romana. Pero pronto estarían los godos otra vez bajo control. No pasaría mucho tiempo antes de que se enfrentaran al ejército romano en pleno.

El gran conflicto entre los godos y las tropas de Valente giró alrededor de los sucesos del 9 de agosto de 378. La batalla se libró en Adrianópolis (hoy Edirne, en Turquía) y estuvo cuajada de errores desde el principio. Pasaban las semanas estivales y como el ejército de Graciano seguía sin aparecer, las tropas de Valente se desmoralizaban. Y cuando los romanos creyeron que tenían a los godos en posición favorable para la batalla, se convocó un funesto consejo de estado mayor. Los generales de Valente le dijeron que el ejército enemigo era mucho menor de lo que realmente era. Unos oficiales aconsejaron cautela, pero otros no. Estos últimos estaban de un humor beligerante, y para salirse con la suya sabían cómo presionar al emperador. Valente estaba celoso de los triunfos militares de Graciano. Era su oportunidad, le dijeron, de demostrar de qué pasta estaba hecho el imperio de Oriente. Ya hacía tiempo que Valente había perdido la paciencia esperando la llegada de Graciano. Ahora, picado y empujado por sus generales de la línea dura, decidió ir solo y presentar batalla a los godos de una vez para siempre. Sus consejeros tenían razón, pensaba: en realidad no necesitaba a Graciano. [6]

Tras una marcha forzada de ocho horas por terreno abrupto y bajo el sol abrasador de agosto, el ejército de Valente no recibió ni comida ni descanso. Lo único que los soldados recibieron fue la orden de avanzar. Cuando los dos bandos se encontraron, Valente y sus hombres descubrieron horrorizados que los godos no eran una horda bárbara desaliñada. Eran un ejército organizado, bien equipado y disciplinado de 20.000 hombres. Los flancos de la caballería goda inmediatamente aniquilaron el flanco izquierdo romano. Luego los godos cargaron con toda su potencia contra el centro del enemigo. Agrupados y con los escudos levantados, los romanos estaban demasiado apiñados para desenvainar las espadas y utilizarlas eficazmente. Además, la nube de polvo que envolvía el campo de batalla ocultaba las lanzas y flechas que llovían sobre los romanos. El fuego enemigo los estaba aniquilando uno por uno.

Agotados y confusos, los romanos desenvainaban las espadas como podían sin propósito ni plan alguno. Algunos mataban a sus propios

compañeros. Finalmente, las líneas romanas se rompieron y la matanza llegó a su punto álgido. Cuando cayó la noche, incluso la guardia del emperador había sido aniquilada, y el mismo Valente estaba herido de muerte. Había tenido lugar algo impensable para los romanos: una fuerza bárbara había extirpado el corazón del ejército romano oriental, infinitamente menos numeroso. El general principal, no menos de treinta y cinco tribunos militares y cerca de 13.000 soldados habían muerto. La batalla de Adrianópolis fue la mayor derrota que sufrió el ejército romano ante un enemigo extranjero desde la batalla de Cannas, frente a Aníbal, hacía casi seiscientos años. Cuando Graciano llegó al escenario, no había nada que ver salvo un campo encharcado de sangre y cubierto de cadáveres romanos.

La derrota conmocionó a todo el mundo romano. Adrianópolis había borrado la idea de un imperio romano invencible. Su integridad se había fragmentado y Roma ya no se recuperaría nunca. Los godos eran los conquistadores de los Balcanes, libres para deambular si les placía, libres para quedarse. Se había perdido una región del imperio, pero la realidad de una nación goda campando a sus anchas por territorio romano representaba una situación más amenazadora. Los godos siguieron guerreando contra los romanos durante seis años y el resultado fue el saqueo del campo, la aniquilación de los productos agrícolas y la erosión del sistema tributario del imperio. Un sistema tributario disminuido significaba la reducción de los presupuestos militares, mala noticia cuando dos tercios del dinero recaudado por el erario imperial se dedicaba al ejército. El balance final revelaba una situación realmente débil: los emperadores necesitaban con más urgencia el ejército precisamente en el momento en que su capacidad para costearlo estaba amenazada. Había que hacer algo.

El sucesor de Valente en el trono oriental fue Teodosio I, que reunió otro ejército, pero también fue derrotado. Tras haber fracasado estrepitosamente frente a los godos, el 3 de octubre de 382 se vio obligado a hablar de paz. Las condiciones del tratado firmado con los jefes godos permitían a los tervingios y a los greutungos establecerse en los Balcanes, no como ciudadanos romanos, sino como aliados de Roma, prácticamente autónomos. En Constantinopla, un portavoz del régimen de Teodosio dio un giro positivo a

la paz, convirtiéndola en victoria. Los godos, decía, habían cambiado la guerra por la agricultura. La realidad era muy diferente. Durante toda la historia romana, siempre habían sido los romanos quienes decidían si aceptar inmigrantes o no. Si lo hacían, era porque los bárbaros se habían postrado ante ellos y les habían suplicado formar parte del imperio, y los romanos les habían concedido graciosa y condescendientemente la admisión.[7] Pero el año 382 fueron los godos inmigrantes los que dictaron la mayoría de las condiciones del tratado a los romanos. El equilibrio de poder había cambiado, pero pronto volvería a cambiar.

A pesar de los intentos romanos de tratar a los godos con justicia e igualdad, los godos sospechaban que su mejorada condición era sólo una medida temporal a ojos de los romanos. En realidad creían que los romanos estaban buscando en secreto alguna excusa para romper el acuerdo de paz. Sus sospechas se centraban en una cláusula que hacía la paz muy precaria: si el emperador los convocaba, buena parte del ejército godo tenía la obligación de servir en el ejército romano. ¿No utilizarían esto los romanos para debilitar a los aliados bárbaros? En la mente de muchos godos, no iban a tardar en confirmarse estas sospechas.

A principios de septiembre de 394 Teodosio I había reunido un inmenso ejército a orillas del río Frigidus, en la actual Eslovenia. Los soldados se desplegaron frente a las fuerzas rebeldes de Eugenio, un usurpador del trono occidental. Antes de atacar, Teodosio situó al contingente godo, de varios miles de hombres, en la vanguardia del ataque. Cuando estalló la batalla, los godos inevitablemente sufrieron la mayor parte de las bajas en una jornada que resultó calamitosa. Aunque al final venció Teodosio, para los godos fue una victoria pírrica: murieron cerca de 3.000. ¿Qué más pruebas necesitaban, pensaron los godos, para convencerse de que los romanos les consideraban simplemente ciudadanos prescindibles y de segunda categoría?

Uno de los jefes godos que puso en palabras el creciente descontento era sólo un niño cuando los godos cruzaron por primera vez el Danubio, en 376. En 394, en la batalla de Frigidus, era el joven general que acaudillaba a los aliados godos. Al año siguiente, cuando murió Teodosio I, fue nombrado jefe de los tervingios y los greutungos. Se llamaba Alarico y su mensaje estaba

claro. Los godos tenían que vengarse de sus catastróficas pérdidas en Frigidus; lucharían hasta que se modificara el tratado de 382; lucharían por un futuro mejor y más seguro.

Las mismas fuerzas que habían estado al servicio de Roma y que habían asegurado las victorias más importantes de finales del siglo IV estaban a punto de volverse contra ella. Pero había un hombre que se interponía en el camino de Alarico. Era un general romano que también había luchado en la batalla de Frigidus, como colega de Alarico. Lo curioso fue, sin embargo, que Flavio Estilicón sería no sólo el peor enemigo de Alarico, sino también su cuerda de salvamento y, finalmente, su aliado.

ALIANZA DE ENEMIGOS

Antes de morir, a principios de 395, el emperador Teodosio I quiso establecer una nueva dinastía imperial y nombró a sus dos hijos, Arcadio y Honorio, emperadores de Oriente y de Occidente. Arcadio tenía diecisiete años y Honorio, emperador de Occidente, diez. El hombre al que recurrió Teodosio en su lecho de muerte para que fuera tutor de los muchachos fue su general más victorioso y distinguido, Flavio Estilicón. Pero Estilicón no era un romano típico.

Mientras que su madre era romana, su padre, un general de caballería, era vándalo. Los vándalos eran germanos que procedían seguramente de la cultura Przeworska, en la actual Polonia. Mediante sus extraordinarios logros en el campo de batalla durante el gobierno de Teodosio, Estilicón había escalado los puestos más altos de la política, era el principal consejero del emperador y se había casado con su sobrina. Su título oficial era *magister militum*, jefe supremo del ejército romano. A finales del siglo IV, las personas que habían accedido a los puestos más altos del ejército eran también los políticos más importantes y los personajes más influyentes de la corte imperial. Cuando Teodosio murió, Flavio Estilicón pasó a ser el hombre más poderoso de todo el mundo romano. Era el que de verdad tenía el mando del

imperio, tanto en Oriente como en Occidente.

Aunque no sabemos mucho de su carácter, un incidente sugiere que era un hombre de considerable tenacidad y ambición. Aunque se aceptó que fuera regente de Occidente, Estilicón también quiso serlo de la otra mitad del imperio. Si fue ésta realmente la voluntad de Teodosio, sólo tenemos la palabra de Estilicón, porque sólo él estaba presente en el lecho de muerte del viejo emperador.[8] Es posible que Estilicón se lo inventara para mantener la unidad del imperio que Teodosio había resucitado brillante pero brevemente. Si la ambición de Estilicón iba por aquí, duró poco tiempo. En cuanto Arcadio se instaló en Constantinopla, los funcionarios de la corte oriental se negaron a ser sustituidos por un simple vándalo de Occidente y se dedicaron a intrigar para controlar al joven. Estilicón se vio obligado a aparcar sus ambiciones en Oriente y a centrarse por el momento en educar a Honorio y gobernar Occidente. Al poco tiempo casó a Honorio con su propia hija. Durante los trece años siguientes, Estilicón sería como un padre para el joven emperador. La verdad es que el joven que se sentaba en el trono iba a necesitar la firmeza de Estilicón para conservarlo. El rumor de la guerra se hacía cada vez más ruidoso. Alarico había comenzado su rebelión.

Bajo el mando de Alarico, el primer objetivo de los godos fue obligar al imperio oriental a firmar un nuevo tratado. Para animar a la corte de Arcadio a acudir a la mesa de negociaciones, Alarico decidió aplicar cierta presión. Partiendo de su base de Bulgaria, los godos saquearon todo lo que encontraron por el camino en los Balcanes, Grecia y la costa del Adriático. El despliegue de violencia funcionó y pronto se llegó a un nuevo acuerdo, aunque no duró. Cuando el funcionario responsable de pactar con Alarico fue derribado por sus ambiciosos colegas, el acuerdo se rompió. Alarico, ahora en un callejón sin salida, decidió explotar la división del imperio, enfrentando a una mitad con la otra. Lanzó a todo su ejército hacia el oeste y en 402 invadió Italia. Quizá la fuerza diese más frutos allí.

Las exigencias de Alarico eran sencillas: reconocimiento legal de su pueblo a largo plazo. Quería conseguir esto de dos formas. El primer paso era que lo nombraran *magister militum*, porque esperaba que este alto cargo militar le ayudaría a que los aliados godos tuvieran la misma categoría que

los demás soldados del ejército romano. El segundo paso era una cuota de alimentos. Quería que Estilicón, su antiguo compañero de armas, concediera a los godos parte del producto agrícola de la región en que se habían instalado. Tendría que recogerse como un impuesto para los godos. Pero Estilicón tenía otras ideas. No iba a ceder ante aquellas exigencias; no estaba dispuesto a jugarse toda su carrera política en una paz con los godos, sólo porque estuvieran dispuestos a cortarle el cuello al imperio occidental. Era una apuesta política que no quería hacer.

En consecuencia, los ejércitos de Estilicón y Alarico se enfrentaron en dos ocasiones, pero ninguna de las dos batallas tuvo un resultado decisivo. La situación bélica parecía estar en empate. Sin posibilidad de conseguir alimentos, Alarico se vio obligado a emprender una retirada frustrante y dolorosa hacia la base del sur del Danubio, en la actual Bulgaria. Su política de conseguir un tratado mejor con Roma no parecía que fuera a llegar más lejos. En aquel momento no habría podido imaginar que a los pocos años iba a cambiar todo. En 406 Estilicón ya estaba dispuesto a hacer un pacto con el diablo.

Estilicón envió a su negociador, Jovio, a hablar con Alarico: el regente occidental tenía un mensaje para él. Decía que, lejos de pensar que los godos eran una espina clavada, Estilicón los veía ahora como la clave para llevar a cabo sus planes. Quería matar tres pájaros de un tiro. Primero, quería conceder a los godos el derecho legal a la tierra que ocupaban. Al hacerlo, conseguiría su segundo objetivo, que era utilizar el ejército godo para asegurar la frontera noreste de posibles invasiones. Pero había un problema. Las tierras donde se habían establecieron Alarico y los godos, Dacia y Macedonia (al este de Iliria), no pertenecían al imperio occidental, sino al oriental. Si Estilicón conseguía arrebatar esa provincia a la corte oriental mediante un despliegue de fuerzas, ganaría una tercera ventaja, un terreno excelente que venía muy bien para reclutar soldados. Y así, en nombre de Estilicón, Jovio propuso lo siguiente: a cambio de acceder a las demandas de Alarico, los godos unirían sus fuerzas a las de Estilicón para marchar juntos contra el imperio oriental. Alarico accedió.[9] Pero en el preciso momento en que la paz entre romanos y godos estaba por fin a la vista, el proyecto se fue

al traste.

Alarico esperó al ejército de Estilicón, pero éste no apareció. Al cabo de un año seguía sin haber rastro de él. Estilicón no podía marchar por motivos que quedaban fuera de su control. Una segunda conmoción había sacudido el imperio, dejando sólo caos a su paso. Los años 406 y 407 se acababan de convertir en el segundo momento crítico de la caída del imperio romano.

En el período aproximado de doce meses, Estilicón tuvo que enfrentarse, no a una, sino a tres crisis en Occidente. Los tres sucesos fueron provocados por una segunda oleada de invasores hunos que arrasaron las tierras del noreste del imperio. Antes, otro rey godo, Radagaiso, había cruzado el Danubio e invadido Italia con su ejército. Llegó nada menos que hasta Florencia, donde Estilicón se enfrentó a él con el mayor ejército romano que pudo reunir, derrotó a Radagaiso, que fue ejecutado, y miles de godos se pasaron a las filas de Estilicón. Pero la segunda crisis que le tocó afrontar a Estilicón fue mucho más dañina: la ruptura de la frontera norte por otra oleada de invasores bárbaros.

Este grupo estaba compuesto por vándalos, alanos (pueblo nómada del Mar Negro) y suevos (pueblo de habla germana que tiempo atrás se había establecido en la llanura de Hungría). Juntos cruzaron el Rin cerca de la ciudad de Worms, saquearon la vieja capital imperial de Tréveris, atravesaron la Galia arrasando a su paso y finalmente cruzaron los Pirineos y entraron en Hispania. Así pues, otro gigantesco grupo de bárbaros se había colado por la frontera, había arrasado territorio romano y no tenía intención de dar marcha atrás.

La tercera crisis se originó en el ejército de Britania. En aquella época, el ejército occidental consistía en guarniciones situadas a lo largo de las fronteras, grandes campamentos en Galia e Italia y unidades menores en África del Norte y Britania. En 407 el ejército de Britania proclamó emperador de Occidente a Constantino III. Cuando éste pasó a la Galia y trató de detener el aluvión de vándalos, alanos y suevos que se dirigía hacia el oeste, su popularidad creció y se ganó al ejército de la Galia. Las provincias de Britania, Galia e Hispania cayeron así bajo su dominio. Era una potente base de poder desde la que lanzar un ataque contra Italia.

Zarandeado por estos tres golpes, el imperio occidental estaba al borde del abismo. Estilicón aún tenía el control del gran ejército de Italia, la misma fuerza que había neutralizado la invasión de Radagaiso. Pero aunque este ejército podía haber bastado para defender el país del ejército de Radagaiso, no fue lo bastante fuerte para atacar a Constantino el usurpador ni a las masas de vándalos, alanos y suevos. Y en cuanto a la propuesta presentada en los Balcanes por los godos de Alarico, en aquellos momentos era ya inconcebible. De súbito, el generalísimo de Occidente se encontró con las manos atadas. Y eso que los efectos de la crisis sólo estaban empezando a sentirse.

Encontrar nuevas fuerzas para repeler las agresiones requería dinero. Pero a principios del siglo V escaseaba en el imperio occidental. En 406-407, con el imperio occidental convulsionado por la llegada de docenas de miles de invasores y tras haberse quedado el usurpador Constantino con Britania, la Galia e Hispania, no había que contar por el momento con los ingresos fiscales de estas provincias. El dinero era más escaso que nunca: sólo Italia, Sicilia y el norte de África contribuían al erario público. Y la crisis iba a empeorar. Los godos, tentados por la perspectiva de la paz de Estilicón, estaban empezando a ponerse nerviosos.

Después de esperar más de un año para iniciar el ataque contra Oriente planeado por Estilicón, Alarico sabía muy bien que la alianza con el imperio occidental se estaba deshaciendo de nuevo. A pesar de todo, esperaba un pago por haber mantenido a su ejército durante todo ese tiempo a petición de Estilicón. Por tanto envió un mensaje solicitando 4.000 libras de oro. Era un gasto que occidente mal podía permitirse. Para dar efectividad a su petición, Alarico avanzó con su ejército hacia Italia y acampó en Nórica (en la actual Austria). Cuando Estilicón recibió la solicitud, viajó a Roma para consultar al emperador Honorio y al Senado sobre qué debía hacer. El asunto desató una tempestuosa discusión.

La mayor parte de los senadores dio una respuesta sucinta y brutal al documento de Alarico. Lo único que se merecía, dijeron, era una declaración de guerra, una guerra que acabara con la amenaza de aquellos malditos godos de una vez para siempre. Pero Estilicón era partidario de la moderación:

hemos de pagar, dijo, y mantener la paz con los godos. Esta controvertida postura sólo causó más indignación. ¿Por qué debía sufrir Roma el deshonor y la vergüenza de pagar semejante cantidad a aquellos miserables? La respuesta de Estilicón fue breve: era el resultado de su alianza con los godos. La habían acordado pensando en ganar para Honorio la estratégica provincia de Iliria. Otro objetivo era, recordó a los muy honorables senadores, instalar a los godos, reforzar la frontera noreste y revitalizar el menguado ejército con más reclutas.[10]

Tal era la política por la que Estilicón se había jugado la influencia que tenía en 406. Ahora, en medio de la crisis que atenazaba al imperio occidental, tenía que continuar con ella. Roma no tenía elección. Bajo el debate acechaba un obstáculo. Aunque la mayoría senatorial apoyaba la guerra, Estilicón sabía muy bien que el imperio no tenía fuerzas para luchar contra los godos. Empezaba a estar claro que Estilicón tenía razón al defender que se pagara a Alarico. Uno del bando belicoso, llamado Lampadio, cedió ante Estilicón, pero aceptó la derrota con mal talante. «¡Esto no es una paz –exclamó–, sino un pacto de servidumbre!»[11] Pero había otro senador que tenía una perspectiva más amplia.

Olimpio era un sujeto insidioso, un cortesano con ambiciones y el cabecilla extraoficial de los halcones del gobierno de Honorio. Al observar que el debate se inclinaba hacia Estilicón, se consoló pensando que en cuanto hubieran terminado con la amenaza de Constantino III, todo el ejército de Britania, la Galia e Italia podría reagruparse para enfrentarse a los godos otro día. Desde luego, es fácil imaginar por qué Olimpio estaba pensando en el futuro. El emperador Honorio aún era joven, sugestionable y débil. Sólo había conocido los placeres de la vida cortesana y desconocía por completo el mundo real. La influencia de Estilicón sobre él disminuiría con el tiempo. Sí, era cierto que el gran general había ganado el debate del Senado, pero al precio de gastar todas sus reservas de capital político. Para Olimpio, las acrobacias políticas de Estilicón con los godos eran decididamente peligrosas. Sólo era cuestión de tiempo que perdiera el equilibrio y cayera. Pronto se demostraría que Olimpio tenía razón.

Cuando Arcadio, el hermano de Honorio y emperador de Oriente, murió

el año 408, Estilicón se peleó con el adolescente que tenía a su cargo. Honorio dijo que, como emperador occidental, quería ir a Constantinopla y prepararlo todo para traspasar el poder sin asperezas. Estilicón dijo que no. Quizá creyera que Honorio era demasiado inexperto para acumular tanta responsabilidad. También es posible que no quisiera renunciar al poder al que, como tutor del joven emperador, se había acostumbrado. No, insistió el general, quien debía ir a Constantinopla era él. ¿La razón? No había dinero para pagar el viaje de todo el séquito imperial. Más aún, la situación en el oeste era demasiado precaria. Estando Constantino III tan cerca, en Arles, Italia necesitaba a Honorio. Dolido, resentido y malhumorado, Honorio cedió. En cuanto partió Estilicón, Olimpio vio la oportunidad de empezar a repartir golpes mortales.

Con una fachada de modestia y rectitud cristiana para disimular su lengua viperina, Olimpio se acercó a Honorio mientras iban juntos a supervisar el ejército de los cuarteles de Ticino (hoy Pavía). Quizá recordara al emperador la crisis en la que estaba inmerso Occidente. Constantino, en la Galia, estaba prácticamente a las puertas de Italia; los vándalos, alanos y suevos se estaban haciendo los amos de Hispania; y Alarico y su ejército estaban todavía en Nórica, merodeando amenazadoramente. La culpa, habría podido decir, era de un hombre y sólo de uno: Estilicón. Y para colmo, este mismo hombre estaba tratando otra vez de controlar Oriente además de Occidente, como venía haciendo desde el principio del gobierno de Honorio. Estilicón no había ido al este para poner orden en la situación, sino para aprovechar «la oportunidad de derrocar al joven Teodosio [el sucesor de Arcadio] y poner el imperio en manos de su propio hijo, Euquerio».[12]

Estilicón había sido como un padre para Honorio, el único que éste había conocido. Además, estaba casado con su hija. A pesar de todo, Olimpio parecía estar ganándose el ánimo del joven. Si conservaba algún sentimiento por su antiguo tutor, el inseguro e irritado Honorio no lo demostró. Olimpio debía de tener un argumento definitivo en la manga, una última daga que clavar. Es probable que le sugiriera: no olvidemos que el mismo Estilicón es uno de «ellos»... un bárbaro.

Habría sido del todo normal que alguien como Olimpio utilizara una

táctica semejante para injuriar a un hombre. El arraigado prejuicio de los romanos era una adaptación de la idea aristotélica de la naturaleza humana y decía lo siguiente. Todos los seres humanos estaban hechos de elementos racionales y animales. En los romanos, el elemento racional era dominante y en la guerra y en la política les permitía prever acontecimientos, mantenerse fuertes bajo presión y perseverar para conseguir el objetivo propuesto a pesar de los fallos a corto plazo encontrados en el camino. En cambio, el elemento dominante de los bárbaros era el animal. Eran impetuosos, asustadizos y desorganizados. Tendían a dejarse vencer por el pánico y a perder la cabeza frente a la adversidad, víctimas de los más nimios vaivenes de la fortuna.[13] Y sobre todo, como sin duda señalaría Olimpio, no se podía confiar en ellos.

Honorio se quedó cuatro días en Ticino, reuniendo y animando a los soldados a luchar contra el rebelde Constantino. Mientras inspeccionaba las tropas, Olimpio mantuvo su fachada de piedad cristiana visitando a los enfermos y a los que habían resultado heridos en los últimos enfrentamientos con el usurpador. En realidad, estaba haciendo otra cosa. Entre los oficiales en los que podía confiar deslizaba las mismas insinuaciones que había hecho a Honorio: los romanos necesitaban librarse de los bárbaros de una vez para siempre, ¿y con quién empezar mejor que con Estilicón? Todo formaba parte de un oculto plan cuidadosamente organizado para acabar con la política de pragmática tolerancia hacia los bárbaros y terminar con la influencia de Estilicón. Aunque la sutileza con que Olimpio sembró esta idea en el ejército disimulaba la inmensa brutalidad del efecto que deseaba.

El último día que pasó Honorio en Ticino, Olimpio dio la señal. Los soldados que tomaban parte en el plan se volvieron contra los aliados de Estilicón en el ejército y en la corte y empezaron a matar. Para sorpresa y horror de muchos, se estaba produciendo un sangriento golpe militar sin que nadie supiera de dónde venía, y se estaba desarrollando con auténtica saña. Capitanes de caballería y de infantería libres de toda sospecha, prefectos de la corte, magistrados, tesoreros, heraldos y mayordomos del emperador fueron asesinados por su asociación con Estilicón. Si trataban de escapar, eran perseguidos y cazados. Honorio no pudo hacer nada. Salió precipitadamente de palacio en ropa interior y una capa corta, corrió al centro de la ciudad y

ordenó a gritos que se detuvieran, pero nadie le hizo caso. En Ticino reinaba el caos. Y esto sólo era el principio.[14]

En el proyectado viaje a Oriente, Estilicón no había pasado de Bononia (la actual Bolonia), a 160 kilómetros al sur de Ticino. Quizá, por motivos que no están claros, nunca tuviera la intención de ir a Constantinopla.[15] Cuando se enteró del motín de Ticino, se sintió consternado. Convocó inmediatamente una reunión con algunos de los soldados que le habían acompañado. Estos soldados eran los godos que habían desertado del ejército de Radagaiso. Es revelador que estos «bárbaros» fueran ahora los que estaban dispuestos a poner su lealtad al servicio de Estilicón y del emperador. Se decidió que si el emperador había sido asesinado en el motín, los 12.000 godos de Estilicón marcharían sobre Ticino y castigarían a los que habían llevado a cabo aquella atrocidad. Pero al llegar la noticia de que el emperador estaba vivo, abandonaron estos planes. El general sabía que ocasionar pérdidas masivas en el ejército del norte de Italia equivaldría a abrir las puertas a Alarico o a Constantino III. La verdad es que el concienzudo Estilicón, fiel al sistema establecido y a la integridad del imperio occidental, no tenía intención de romper el equilibrio entre romanos y bárbaros lanzando a éstos contra aquéllos. Sencillamente, no era honorable. Había dedicado toda su vida a conseguir exactamente lo contrario y no iba a cambiar en aquel momento.

Finalmente, decidió volver a Ravena, la capital imperial preferida por Honorio, y afrontar la nueva situación.[16] Mientras se dirigía hacia allí, es posible que ya supusiera que nunca más podría confiar en la amistad de Honorio. Pero no esperaba una recepción tan fría. Olimpio, ya «dueño del favor del emperador», había ordenado a los soldados de Ravena que arrestaran a Estilicón a la primera oportunidad. Estilicón se enteró de las órdenes la noche de su llegada y se refugió en una iglesia. Sabía que allí nadie podría tocarle, es más, el santuario le proporcionaría un tiempo muy valioso para hablar con los aliados y amigos que le habían acompañado para decidir qué había que hacer.

A la mañana siguiente, los soldados de Olimpio llamaron a la puerta de la iglesia y entregaron al obispo una carta de Honorio que les autorizaba a poner

a Estilicón bajo su custodia. Juraron al obispo que no matarían a Estilicón y éste accedió a salir de la iglesia, en contra de los deseos de sus aliados, pero en cuanto cruzó el umbral, enseñaron otra carta diciendo que había sido condenado a muerte por sus crímenes contra el imperio. El grupo de partidarios de Estilicón se enfureció y prometió que encontraría la forma de rescatarle. Con un tono de voz airado y amenazador, Estilicón les dijo que no hablaran así, que sólo empeoraría la situación. Con estas palabras, se entregó serenamente a los soldados, se descubrió el cuello y fue decapitado el 22 de agosto de 408.[17]

Las violentas secuelas que ocasionó la muerte de Estilicón fueron tan devastadoras como lógicas. Olimpio condenó la memoria de su predecesor consiguiendo falsas acusaciones contra él bajo tortura. Su método preferido era apalear a las víctimas. Así consiguió pruebas falsas de que Estilicón «codiciaba el trono».[18] El hijo de Estilicón, algunos parientes suyos y todos los aliados que le quedaban en el ejército y en el gobierno fueron asesinados. Su hija, la esposa del emperador, tuvo suerte; fue apartada sin ceremonias del lado de Honorio y enviada a vivir con su madre. Los tentáculos de la purga llegaron incluso a Roma. Olimpio ordenó la confiscación de todas las propiedades de los que habían ostentado algún cargo con Estilicón. Los soldados de Roma lo interpretaron como una indicación, más aún, como una autorización para desfogar la cólera contenida; y saquearon casas tanto en Roma como en ciudades de toda Italia, y cayeron sobre todos los hombres, mujeres y niños de origen bárbaro, matándolos a millares. La purga se había convertido en una matanza, en un pogromo al viejo estilo romano.

El epitafio que dedicó un historiador contemporáneo al general muerto lo describe como «el más moderado y justo de cuantos hombres poseyeron autoridad en su tiempo».[19] Quizá había codiciado el poder demasiado, pero su ambición se centraba en la conservación del imperio occidental. La gran virtud de Estilicón fue su lealtad, tanto al emperador como a Roma. Además de ser el mayor general de Roma a fines del imperio, Estilicón fue el eje principal de las relaciones entre romanos y bárbaros. Se había dado cuenta de que integrar y romanizar a los godos era la clave para mantener el futuro y, sobre todo, la seguridad militar en el imperio occidental. Con su

desaparición, también se desvaneció esta política. Los halcones de Olimpio pedían la guerra a gritos.

Pero la matanza no había acabado con todos. Unos 10.000 soldados godos de Radagaiso habían escapado al pogromo y se habían dirigido a la única persona que podía ofrecerles refugio, Alarico, que estaba acampado en las montañas y colinas de Nórica. Cuando le explicaron lo sucedido en Italia, Alarico supo que la suerte volvía a estar contra él. Comprendió que con la muerte de Estilicón había perdido no sólo a su gran adversario de otros tiempos, sino a su mayor aliado. Y comprendió asimismo que, al cambiar todo el personal de la corte occidental, había perdido su mayor esperanza de paz. Cuando sus iniciales ofertas de paz fueron rechazadas por el nuevo régimen, la saña de Honorio al rechazarlas debió de echar sal a la herida.

Enfrentado a un nuevo punto muerto, a Alarico sólo le dejaron una opción, y era la que menos quería: utilizar la fuerza, coger a su ejército godo, que se elevaba a 30.000 soldados, como si de una daga se tratara, y ponerla en el cuello del imperio de Occidente. A finales del calamitoso año de 408, Alarico invadió Italia. Esta vez no iba a irse sin conseguir lo que quería.

LA PAZ DE ALARICO

En rápida sucesión, las ciudades italianas de Aquilea, Concordia, Altino, Cremona, Bononia, Arímino y Piceno se rindieron al furioso ataque que lanzó Alarico en otoño de 408. Pero hubo una ciudad que el caudillo godo evitó: la sede imperial de Ravena. Se trataba de una fortaleza militar a la que se había retirado Honorio, aunque la capital del imperio occidental era Milán. Por la misma razón, Alarico decidió que ni siquiera con su gran ejército podría luchar directamente contra el emperador. Roma, la querida capital del viejo imperio, era un objetivo mucho más fácil y una presa mucho más atractiva. En noviembre, el ejército de Alarico había rodeado la ciudad. Se apostaron destacamentos en las trece puertas y bloquearon el Tíber para impedir el acceso al puerto de Ostia, cortando así el suministro de grano del norte de África. Un asedio limpio y hermético del viejo tesoro del imperio sería,

pensaba Alarico, la mejor manera de herir a Honorio.

Al cabo de unas semanas, la ciudad-Estado que había gobernado el mundo conocido, patria de los antiguos dioses, del Dios de los cristianos y del Senado, se convirtió en una tumba, en una desolada y malsana ciudad fantasma. Las embarcaciones godas patrullaban el río y los centinelas tenían controlado cada palmo de la muralla. Dentro de ésta, las raciones diarias de comida se redujeron dos tercios y la población moría por millares. Al no poder sacar los cadáveres de la ciudad, alfombraban las calles, y el hedor que despedían era como una nube miasmática que cubriera la ciudad. Con la proximidad del invierno, algunos practicaron el canibalismo. Sólo los más ricos disponían de reservas secretas de comida. Mientras unos acumulaban provisiones desesperadamente, la mujer y la suegra de Graciano, el anterior emperador de Occidente, destacaron por su conducta filantrópica.[20] Entre las buenas familias atrapadas por la tenaza de Alarico había una persona en concreto cuya presencia en Roma sin duda aumentó la conmoción que el asedio causó a Honorio, que seguía en Ravena. Gala Placidia era nada menos que la hermana del emperador. A pesar de esto, el obstinado Honorio no movió ni un dedo para ayudar a Roma. La verdad es que la primera delegación que recibió el caudillo godo no procedía de Ravena, sino de dos destacados senadores de la ciudad que, lejos de mostrarse humildes por el asedio, adoptaban un talante bravucón.

Los dos hombres tenían un mensaje muy simple para Alarico: Roma estaba armada y dispuesta a la lucha. «¡Cuánto más espesa es la hierba –replicó Alarico–, más fácil es cortarla!» Y lanzó una sonora carcajada. No fue el único que encontró divertida la ridícula y pomposa postura de los senadores. Al avistar Roma, Alarico había buscado refuerzos y, como era de esperar, su cuñado Ataúlfo había llegado con tropas adicionales de godos y hunos. Puede que Ataúlfo también se echara a reír.

Al darse cuenta de que su diplomacia había tenido un comienzo desastroso, los enviados romanos cambiaron de táctica y adoptaron un tono más modesto para tratar de encontrar una forma de terminar con el atroz asedio. Los hermanos godos conferenciaron. Sí, podía hacerse algo para aliviar aquella situación: el oro, la plata, los bienes muebles y los esclavos

bárbaros residentes en la ciudad podrían servir. «Pero si te llevas todo eso, ¿qué les quedará a los habitantes de la ciudad?» La respuesta de Alarico fue fría y lacónica: «La vida».[21]

A los pocos días salió de Roma un convoy de carros sin precedentes. Transportaban 2.250 kilos de oro, 135.000 de plata, 4.000 túnicas de seda, 3.000 vellones teñidos de escarlata y 1.350 kilos de pimienta. Como el tesoro imperial estaba totalmente vacío, los senadores tuvieron que pulsar todas las cuerdas y utilizar todas las formas de coacción para recaudar aquellos bienes. Incluso fundieron valiosas estatuas de los antiguos templos.[22] A cambio, Alarico y Ataúlfo accedieron a levantar el sitio durante tres días. Los puertos y mercados abrieron de nuevo, la comida entró en la ciudad y Roma suspiró de alivio.

Pero aunque es posible que Ataúlfo se alegrase al recibir el tesoro y al ver a los godos dando a Roma su merecido, el oro y las demás riquezas no eran lo que Alarico quería. La verdad es que sabía que a corto plazo estarían necesitados urgentemente: tenía nuevos reclutas, más el contingente inicial de 20.000 hombres, y debía mantener contentos y leales a todos. Necesitaba recompensarles para confirmar su prestigio. Pero a largo plazo, Alarico quería que el prestigio godo adquiriera una forma totalmente diferente, una forma mucho más duradera que el transitorio relumbrón del vil metal. A este fin volvió a dirigirse a los senadores romanos. Tenía un trabajito para ellos.

Mientras el asedio estaba temporalmente suspendido, Alarico urgió a los senadores a utilizar el tiempo con inteligencia. Tenían que ir a Ravena como embajadores suyos y llevar al emperador Honorio a la mesa de negociaciones. Alarico quería hablar de paz por lo único que realmente deseaba, la única razón por la que estaba sitiando la ciudad: una paz permanente y una alianza con Roma. Los senadores se pusieron en camino obedientemente.

En el palacio imperial de Ravena, los senadores encontraron una corte descontenta y dominada por Olimpio. Honorio se había divorciado de su esposa (la hija de Estilicón), cortando así el último lazo con el viejo régimen de su difunto suegro. Aunque dado que Estilicón había desaparecido para siempre, el emperador quizá estuviera dándose cuenta de lo valioso que había

sido. La verdad es que lo que necesitaba exactamente en aquellos momentos era la habilidad militar y política de un Estilicón al servicio del imperio. Sin ella, los problemas de Occidente no parecían mejorar; de hecho, se habían estancado y habían empeorado. En consecuencia, al llegar los senadores al palacio imperial, el emperador ya no estaba dispuesto a rechazar de plano la propuesta de negociación de Alarico.

Honorio accedió en principio a una alianza militar con Alarico. Los detalles sobre asentamientos y fuentes seguras de ingresos no estuvieron de momento sobre la mesa de negociaciones. A pesar de todo, la oferta fue un importante paso en la dirección adecuada. O eso parecía. Pero vista más de cerca, la respuesta de Honorio revelaba las huellas de la influencia de Olimpio. Quizá el principal consejero del emperador le hubiera recordado que la concesión de tierra habitable sólo le traería más problemas. Los ingresos fiscales de Roma e Italia ya se habían diezmado por culpa del saqueo de la península por Alarico. Conceder más tierras a los godos sólo empeoraría las cosas: sin tierras no habría ingresos tributarios; sin ingresos no habría ejército; y sin ejército (quizá sugiriese Olimpio, yendo al fondo de la cuestión) no habría imperio. En última instancia, la mayor ventaja de aquel acuerdo no vinculante era que daba más tiempo al emperador. Y podía aprovechar ese precioso tiempo en reunir tropas para enfrentarse a Alarico en igualdad de condiciones; así no tendría que respetar el acuerdo. Así pues, aunque prometía mucho, la oferta realmente no regalaba nada. Devolviendo la pelota a la corte de Alarico, Honorio envió los senadores a Roma.

El godo quedó encantado con la noticia. La paz, eso creyó, estaba a la vista. Como su plan de sitiar Roma parecía producir dividendos, su ejército y él acordaron retirarse hacia el norte. Pero Alarico había pasado por alto una lección que debía haber aprendido mucho tiempo atrás. Estaba tratando de forjar una alianza con gente que creía que él no era más que un patán al frente de una chusma sin civilizar. Lo cierto era que Honorio no tenía intención de establecer ninguna alianza. Mientras Alarico esperaba pacientemente en el norte de Italia a que se llegara a un acuerdo, el engaño de la corte occidental se hizo patente en seguida.

Honorio había utilizado la pausa para reforzar las defensas de Roma y

había despachado a la ciudad un cuerpo de élite de 6.000 soldados, la flor y nata del ejército romano de Italia. Pero antes incluso de que llegaran a Roma, los vieron los hombres de Alarico. Inmediatamente, Alarico reunió a la totalidad del ejército godo, lo lanzó al ataque y acabó con los 6.000 romanos en un santiamén. Más tarde, las fuerzas imperiales tendrían que soportar mayores humillaciones. Cuando Ataúlfo y un destacamento godo acampó cerca de Pisa, fueron atacados por un ejército a las órdenes del propio Olimpio, que los pilló totalmente por sorpresa. Los godos perdieron cerca de mil hombres en el conflicto, pero en cuanto se reorganizaron, hicieron sentir a los romanos todo el peso de su número y de su furia. El desdichado ejército de Olimpio se retiró a Ravena cubierto de deshonor.[23]

Mientras los soldados romanos ilesos se retiraban apresurada e ignominiosamente y entraban por la Puerta Dorada de Ravena, quizá Honorio estuviera mirando desde una ventana de su palacio. El penoso cuadro mostraba el contraste entre Olimpio y Estilicón en todo su relieve. Poco después, algunos eunucos de la corte del emperador vieron la oportunidad de llevar a cabo la orgía de sangre común a los regímenes autocráticos de toda la historia. Ante el emperador, acusaron a Olimpio de acumular más desastres sobre el Estado. El emperador no vio ninguna razón para no estar de acuerdo. Y la desilusión se convirtió rápidamente en furia. Como si despertara de un estupor inducido por drogas, Honorio quizá viera por fin las cosas con claridad; o quizá estuviera simplemente pasando de una mala estrategia a otra. Las fuentes no lo dicen. En cualquier caso, el joven Honorio tomó por fin una decisión. Con la rapidez con que había sido zalamero consejero principal, Olimpio fue expulsado sin ceremonias.[24]

Las señales de que el imperio occidental había tocado fondo iban a hacerse patentes en tres puntos de Italia al mismo tiempo, una oscura noche invernal de principios del año 409. En un inútil intento por salvar la vida, el depuesto y cruel cortesano Olimpio huía por el norte de Ravena hacia Dalmacia (actualmente Croacia) y hacia el anonimato. Más al sur, Alarico daba rienda suelta a su furia. Tal vez jurando no volver a dejarse engañar, deshonrar ni ofender por los romanos, dio a su ejército instrucciones claras de volver a Roma, sitiarla de nuevo y castigarla. Mientras, en el palacio imperial

de Ravena, el desamparado Honorio estaba desesperado. Su odiado enemigo Alarico pronto estaría asfixiando lentamente la vida de Roma, y mientras el ejército romano de Italia se esforzaba inútilmente por contener a los godos, el usurpador y autoproclamado Constantino III aumentaba su importancia y su poder en la Galia cada día que pasaba. Honorio se sentía tan derrotado que por estas fechas envió la púrpura imperial a su rival y reconoció formalmente el derecho de Constantino al trono. El legítimo gobernante de Occidente había llegado a la deprimente conclusión de que, después de todo, podía necesitar los ejércitos de Britania y la Galia que estaban a las órdenes del usurpador. Sin embargo, a pesar del sombrío panorama, Honorio tuvo un atisbo de esperanza.

Apareció bajo la forma de Jovio, prefecto del pretorio, y de Saro, su general más antiguo. Este último era un soldado de considerable experiencia, que había demostrado su habilidad con Estilicón y con Olimpio. La verdad es que el ejército italiano aún disponía de 30.000 soldados, y Honorio podía confiar en que Saro los dirigiría. Pero el general tenía otra cualidad importante: era de origen godo, un noble, un hombre con los mismos valores que Alarico. Los dos hombres procedían de familias rivales y es muy posible que Alarico hubiera vencido a Saro en 395 para hacerse con el liderazgo de los godos. Esta competición no tenía nada que ver con las elecciones de la política moderna, sino que era algo más parecido a una reyerta sangrienta, donde el vencido no solía perder sólo la oportunidad de gobernar, sino también a su familia, ya que el vencedor mataba a todos sus enemigos potenciales. Saro, repudiado por los suyos, había puesto su capacidad militar en manos del emperador y al servicio de Roma.[25] Un godo resentido y con una vieja deuda que saldar con el enemigo del emperador: ¿qué mejor ayuda podía tener Honorio para vencer a Alarico? Sin embargo, Jovio sería aún más importante para el futuro del emperador.

Jovio había sido el principal funcionario del gobierno de Estilicón en Dalmacia. Como tal, su responsabilidad había sido proporcionar soldados a los godos de Alarico y organizarlos para el planeado ataque conjunto contra Oriente en 406. Jovio era el hombre que había negociado aquel viejo acuerdo entre Alarico y Estilicón, el hombre que había pasado varios días en

compañía del godo en Epiro (hoy Albania), el hombre que casi podía llamar amigo a Alarico. Honorio recurrió a Jovio y le ascendió a primer consejero. Quizá hubiera una forma de salir de aquel embrollo, pensó el joven emperador.

EL SAQUEO DE ROMA

El historiador Zósimo nos cuenta que Jovio se hacía notar por su «educación».[26] En aquella circunstancia utilizó su sabiduría, su tacto y su diplomacia para defender ante Honorio la única solución viable a la crisis en aumento. La paz con Alarico.

Jovio sabía que Alarico tenía al imperio occidental exactamente donde quería. El ejército godo, engrosado recientemente con esclavos fugitivos, contaba con 40.000 hombres. Este poderoso contingente estaba cercando Roma y Honorio no podía hacer nada al respecto. Cierto que podía desplegar el ejército romano de Italia, pero como tenían el mismo número de soldados, la lucha se parecería mucho a una apuesta que los romanos no tenían garantías de ganar. Cierto que el hecho de que Honorio hubiera reconocido a Constantino III había frenado de momento la peligrosidad de su rival, pero ni él ni Jovio estaban dispuestos a ceder todo el imperio occidental al usurpador. En la primavera de 409, Constantino III había concedido a sus hijos la dignidad de emperadores, fundando así una nueva dinastía, y además había establecido su sede «imperial» en Arles, al sur de la Galia. Tenía los pies firmemente plantados en el umbral de Italia. Si Alarico diezmaba las fuerzas de Honorio, Constantino estaría listo para saltar: cruzaría los Alpes y añadiría los restos del imperio occidental a su botín de dominios imperiales.[27] Definitivamente, Honorio se había quedado sin baza en las negociaciones.

Alarico también lo sabía. Cuando Jovio envió una delegación a Roma para informarle del cambio de postura romano e invitarlo a él y a Ataúlfo a ir a Arímino (Rímini) para negociar un acuerdo, es muy probable que Alarico lo encontrase lógico.[28] Aunque la palabra del emperador y el significado del honor y la justicia romanos eran ya artículos seriamente devaluados, Alarico

le creyó.

Tenía a Roma sitiada y había vuelto a punzar una arteria del imperio occidental, pero no tenía intención de cumplir su amenaza y saquearla, ya que sería infantil y sólo podía acabar en fracaso: sería cambiar la oportunidad de conseguir a largo plazo una paz permanente por ganancias a corto plazo que sólo traerían más rivalidades, más miradas por encima del hombro, más inseguridad para su pueblo. Tendría el mismo efecto político que golpearse la cabeza contra la pared. Se repuso lentamente, rogó a su tibio cuñado que le diera apoyo y los dos descontentos personajes se dirigieron al norte para reunirse con Jovio. Por fin iba a exprimir a los romanos hasta donde pudiera.

Alarico puso sus condiciones sobre la mesa. Quería un pago anual en oro, un suministro anual de grano y un acuerdo que permitiera a los godos instalarse en las provincias de las dos Venecias (el Véneto), Nórica y Dalmacia. Su última condición –un generalato para él en el ejército romano– era para asegurar su influencia en la corte y que su pueblo tuviera un representante que protegiera sus intereses. Las condiciones fueron enviadas a Honorio, y Jovio, Alarico y Ataúlfo esperaron la respuesta del emperador. Cuando llegó la carta, se leyó en voz alta. Al principio pareció prometedora. Honorio accedía a los suministros de grano y oro, pero no mencionaba la cuestión de la tierra. Y en cuanto al generalato... ¿permitir a un bárbaro desempeñar un papel importante en su gobierno? ¡Eso era inconcebible![29]

Alarico estalló en cólera. Golpeando la mesa con el puño, amenazó con incendiar, saquear y destruir Roma, y se fue. Jovio también se fue, aunque a Ravena, y más por temor de que el trato le estallase en la cara. Alarico tardó unos días en recuperar la calma. Finalmente, pidió a unos obispos que hicieran de embajadores y envió al emperador otra oferta radicalmente revisada. No quería el dinero ni el cargo, ni siquiera Venecia o Dalmacia. Lo único que quería era la mísera provincia de Nórica para su pueblo, una provincia que estaba «en el otro extremo del Danubio, sujeta a continuas invasiones y aportaba pocos ingresos fiscales al erario».[30]

Fue un momento extraordinario. Allí había un hombre que podía haber destruido todo el imperio occidental con un movimiento de la cabeza, que tenía todo el poder y todos los ases. Pero estaba dispuesto a sacrificar ese

poder a cambio de una paz duradera, una patria estable y el final definitivo de los sufrimientos de su pueblo. En última instancia, quería que el imperio sobreviviese mientras su pueblo tuviera un lugar en él. Incluso Honorio se quedó atóninto. Cuando los obispos leyeron la oferta de Alarico, «todos a un tiempo se sorprendieron de la modestia de aquel hombre».[31] Pero por increíble que parezca, el inexperto y caprichoso emperador rechazó la petición de Alarico. Las fuentes no aclaran el porqué. Quizá al final prefiriese sacrificar Roma a firmar la paz con su enemigo. Estaba dispuesto a permitir que fuera destruida la ciudad en la que su propia hermana estaba retenida para no sufrir la humillación de convertir a los godos en socios romanos sobre suelo romano.

Alarico marchó sobre Roma por tercera vez. Ataúlfo y sus generales, barbotando improperios contra Honorio y el imperio occidental, debieron de exigir a su jefe que cumpliera su amenaza. Pero Alarico no iba a atacar todavía. Es evidente que había roto toda relación con el emperador occidental, pero no estaba dispuesto a romper con el imperio. En verano de 409 ideó una ingeniosa solución al problema de presionar sin recurrir a la violencia. Reclutó en Roma la ayuda de un ambicioso senador patricio de tendencias tradicionalistas y con delirios de grandeza. El godo refrendó el nombramiento imperial de este hombre por el Senado y estableció un nuevo centro de poder en la antigua capital para rivalizar con la de Honorio en Ravena. En consecuencia, en verano de 409 hubo tres emperadores en Occidente. Honorio, Constantino III y ahora Atalo. Por fin tuvo Alarico un lugar temporal en el imperio de Occidente: general en jefe de Atalo.

Aquel atrevimiento ofendió a Honorio. Cuando el ejército de Alarico conquistó el norte de Italia para la causa de Atalo, a Honorio le invadió el pánico. Incluso consideró abandonar el imperio occidental, y tenía algunos barcos preparados para ir a Constantinopla. Su resolución de enfrentarse al enemigo recibió una pequeña recompensa cuando 4.000 soldados de refuerzo del imperio oriental llegaron a tiempo de defender Ravena. Pero, quizá impulsado por Jovio, Honorio encontró pronto la forma de neutralizar la rebelión.

La provincia de África del Norte, de cuyo cereal dependía la comida de

Roma, era todavía leal a Honorio, así que el emperador legítimo de Occidente ordenó cortar este suministro. El insustancial y breve régimen de Atalo rápidamente quedó desacreditado. Incluso Alarico, que lo había elevado a emperador, se decepcionó y se cansó de este irritante y ridículo emperador de pacotilla. Lo despojó de sus ropas imperiales y se las envió a Honorio, para demostrar que una vez más cambiaba de estrategia. Al final, Alarico tomó como rehén a Gala Placidia, la hermana de Honorio. Escondido en Ravena, el insensible Honorio se desentendió de la antigua capital postrada de rodillas. Sin embargo, el godo siguió sin atacar Roma.

La resolución de Alarico, su previsión, su determinación de realizar su sueño son tanto más sorprendentes por cuanto en aquel momento apostaba más alto que nunca. Tenía en curso una nueva batalla, esta vez con su propio gobierno. No castigar violentamente a Roma por el trato dado por Honorio a la nación goda acampada en suelo italiano era una política muy poco popular. Ataúlfo y otros debieron de haber dejado muy clara su postura: un acuerdo con los romanos no era más que humo en el cielo. ¡No se podía confiar en que los romanos cumplieran su palabra! Ataúlfo y los inquietos gobernantes tenían la razón de su parte. La verdad es que en aquel momento era tan difícil defender la negociación en vez de la fuerza que la jefatura de Alarico estaba en entredicho. A pesar de todo, con todas las probabilidades en contra, estaba dispuesto a apostar su decreciente peso político en la última mano.

Cuando envió otra delegación a Ravena no lo sabía, pero Honorio probablemente estaba dispuesto por fin a firmar la paz. Había un acuerdo sobre la mesa. Pero si Honorio y Alarico esperaban resolver el gran problema de los godos con la negociación, sus esperanzas se harían añicos de la manera más inesperada y trágica. Cuando Alarico, Ataúlfo y su destacamento se dirigían hacia el norte, a doce kilómetros de Ravena cayeron en una emboscada preparada por el general Saro. Alarico se quedó atónito.

Sin el conocimiento del emperador, Saro había decidido actuar por su cuenta. Sabía que un acuerdo entre Alarico y los romanos pondría en peligro su posición tan trabajosamente alcanzada en la jerarquía romana. Si tenía que haber un acuerdo, tenía que implicarle a él. Si no, perdería su puesto y probablemente la vida. El ataque, por otro lado, le permitió saldar una vieja

cuenta con su rival. En el preciso momento en que había una oportunidad real de paz entre romanos y godos, este individuo la torpedeaba. Fue un godo revanchista y resentido, y no un romano, quien dio al traste con toda posibilidad de negociación.

Cuando Honorio se enteró de la emboscada, quizá pensara que todo aquel penoso episodio daba la razón a su viejo prejuicio: ningún bárbaro, ni siquiera uno romanizado como Saro, era digno de confianza. Camino del sur, y tras haber escapado por los pelos, Alarico y Ataúlfo también daban vueltas a un prejuicio que creían que había sido dolorosamente confirmado. Honorio había demostrado ser la cobarde personificación del engaño que siempre había sido. Habían sido traicionados por última vez. Bajo el sol abrasador de mediados de agosto de 410, los caudillos godos volvieron a Roma por última vez.

Ordenado en limpias columnas alrededor de las murallas de la ciudad había un espectáculo extraordinario: un ejército de 40.000 hombres, equivalentes a ocho legiones antiguas. La última vez que la ciudad había sufrido un saqueo había sido en 390 a.C., a manos de los celtas. Ahora, ochocientos años después, se concentraba fuera otra horda de soldados. Los generales más antiguos y los nobles llevarían casco, coraza y una capa corta de piel de lobo o de cordero. En sus espadas había dibujos en forma de espiga, cuidadosamente grabados, las vainas eran de madera o de cuero y estaban ribeteadas de pellejo animal. Los soldados rasos sólo tenían la protección de las cortas túnicas y los pantalones, además de los escudos, las lanzas, los arcos y las hachas arrojadizas.

El alto y apuesto Ataúlfo sentía justificada su actitud. Con la razonadora política de su cuñado por los suelos, estaba de humor beligerante, y animaba a los soldados a golpear los escudos con las armas. El estruendo que saludó a Alarico cuando éste salió de su tienda para ponerse al frente de las tropas aumentó hasta hacerse ensordecedor e incontenible. Roma estaba atada de pies y manos, humillada. Hacía casi dos años que Alarico había levantado la espada sobre el cuello de la ciudad. Ahora iba a abatirla. Pero cuando dio la orden de atacar, el 24 de agosto de 410, el orgulloso y ambicioso Alarico supo que había fracasado.[32]

Fue fácil apoderarse de la ciudad. La noche del ataque alguien les abrió la Puerta Salaria. Según una anécdota posterior, había sido una patricia movida por el desesperado deseo de acabar con la prolongada agonía de la ciudad. Pero es más probable que fuera un personaje sobornado.[33] Dentro encontraron poca resistencia: Roma no tenía ejército, sólo una pequeña y maltrecha guardia ceremonial. No tenemos ninguna descripción detallada de lo que sucedió durante los tres días siguientes. Lo que está claro es que en medio del caos hubo un sorprendente nivel de orden y contención. No se trató del irracional acto de salvajismo perpetrado por una horda de bárbaros, como habría cabido esperar.

Alarico no sólo era cristiano, sino que había sido auxiliado por obispos durante los dos años anteriores. Por respeto a ellos y a su fe, las basílicas de San Pedro y San Pablo se convirtieron en refugios. Con excepción de un cáliz eucarístico de plata maciza donado por Constantino, los tesoros y las iglesias cristianas que los albergaban fueron respetados y conservados.[34] A diferencia de los infames saqueos romanos de Cartago y Corinto en 146 a.C., en los que la destrucción total, el asesinato en masa, la esclavización y el pillaje fueron la norma, el saqueo de Roma fue muy poco romano. A pesar de todo, aunque Alarico y sus godos fueran cristianos, no eran santos. Habían ido a saquear, a vengarse.

Conducidos quizá por los esclavos que se habían pasado a Alarico, las unidades godas registraron las calles en busca de las casas de los ricos. Cuando las encontraron, pusieron el filo del hacha en la cabeza de sus moradores y les exigieron el oro, la plata y los tesoros. Los templos paganos se quedaron sin estatuas ni objetos preciosos, y los tesoros del Templo de Jerusalén, víctimas del saqueo romano de hacía 350 años, fueron robados de nuevo. Algunos romanos escaparon en busca de refugio, pero los muchos que se resistieron o no pudieron huir fueron exterminados, torturados o apaleados. Las anécdotas de mujeres heroicas que se resistieron a la violación o que fueron apaleadas pero reunieron valor para proteger a otras (según los escritos de Orosio, Sozomeno y Jerónimo) dan a entender que lo que ocurrió con viudas, casadas y vírgenes fue más bien lo contrario.[35]

Al tercer día, el ejército godo, tras completar su eficaz y horrible tarea, se

reagrupó. Algunas grandes casas y edificios públicos (en particular la mansión de Salustio, la basílica Emilia y la antigua Curia del Senado) habían sido incendiados. Con las espesas columnas de humo negro elevándose por encima de la Puerta Salaria, los godos abandonaron el campo de su «victoria» sobre los romanos. El ejército iba cargado de botín, pero Alarico, sin patria y sin paz, se fue con las manos vacías.

EPÍLOGO

El impacto del desastre resonó en todo el mundo romano. San Jerónimo, que estaba en Jerusalén, comentó que «con una ciudad perece el mundo entero».[36] Paganos y cristianos a un tiempo aprovecharon la destrucción de la Ciudad Eterna para arrimar el ascua a su sardina. Para los paganos, el saqueo era la prueba de que los repudiados dioses tradicionales habían abandonado la ciudad y su protección. Sin embargo, para san Agustín, que vivía en África del Norte, la lección fue muy diferente. Se reunió con testigos que habían huido a su provincia de los godos y lo que le contaron confirmaba una sola cosa: Roma se deslizaba por una pendiente de decadencia moral desde el saqueo de Cartago, en 146 a.C. Sin aquella potencia mediterránea en escena para pararle los pies, Roma dio rienda suelta a las pasiones egoístas de la codicia y el dominio. Ahora, con el saqueo, el proceso había llegado a su lógica y revolucionaria conclusión. Todas las ciudades humanas, incluso la nueva Roma cristiana de Constantino, eran transitorias y efímeras, concluía san Agustín.[37] Sólo la Ciudad de Dios, en el cielo, era eterna y superior a todas. El orden natural del mundo, la concepción antigua de las cosas, unida a la ciudad que había dominado el mundo mediterráneo durante cientos de años, había quedado patas arriba.

La invasión goda de Italia, su culminación en el saqueo de Roma y la total incapacidad del emperador para encontrar una solución a la crisis había asestado al imperio de Occidente un golpe mortal. Pero todavía no estaba muerto. Cierto que los hechos pintaban un cuadro muy negro. El grupo bárbaro de vándalos, alanos y suevos aún ocupaba territorios en Hispania;

Constantino III seguía teniendo sus ambiciones y controlaba Britania, la Galia y el resto de Hispania; y los godos de Alarico seguían en Italia. Sin embargo, el imperio de Occidente no había caído, ni mucho menos.

La verdad es que, en contra de todas las probabilidades, el imperio occidental volvió a levantar cabeza. El artífice de este extraordinario resurgimiento fue un brillante general y político que adoptó el doble papel de *magister militum* ideado por Estilicón; era el general en jefe de las fuerzas occidentales y, por encima del débil emperador Honorio, el auténtico gobernante del imperio de Occidente. La verdad es que Flavio Constancio, un soldado de trayectoria despiadada y nacido en Naisus (hoy Nis, en Serbia), fue uno de los últimos grandes dirigentes del mundo romano, un individuo al estilo de Julio César, un hombre que, por el solo hecho de existir, podía cambiar el curso de la historia.

En primer lugar, Constancio quedó con las manos bastante libres cuando los godos salieron finalmente de Italia. Tras el fracaso de la negociación con Honorio, Alarico planeaba fundar la patria goda en el norte de África. Pero antes de que esto ocurriera, el hombre que tanto había prometido encontró un final decepcionante. Atacado por una violenta fiebre, Alarico murió en 410, quizá sin haber llegado a cumplir los cuarenta años. Recibió un entierro digno de un rey: el río Busento fue desviado a la altura de Cosenza (en la actual Calabria) y en el lecho del río se cavó una fosa. Una vez enterrado Alarico, rompieron el dique y las aguas corrieron sobre la sepultura. Los cautivos romanos que habían llevado a cabo el entierro fueron ejecutados después para mantener su localización exacta en secreto. Ataúlfo sucedió a su hermano, abandonó el plan de ir a África y, saqueando Italia por el camino, condujo a los godos al sur de la Galia en 412. Con la esperanza de llegar a una alianza con la corte occidental, Ataúlfo había llevado consigo una baza para negociar. La princesa Gala Placidia seguía siendo rehén de los godos y pronto se convertiría en la esposa de Ataúlfo y en la madre de su hijo. Si Ataúlfo conseguía un lugar en la corte imperial, aquel niño sería un emperador en potencia.

Con espacio para maniobrar estratégicamente, Flavio Constancio lanzó al ejército romano de Italia contra Constantino III y lo derrotó. El usurpador fue

capturado, ejecutado y su cabeza llevada a Ravena ante Honorio. Con los ejércitos de Britania, la Galia, Hispania e Italia reunidos de nuevo, Constancio tenía apoyo militar suficiente para llegar a un acuerdo permanente con los godos, pero con sus condiciones. En particular, Constancio se negó a convertir a Ataúlfo en socio igualitario en el gobierno. Para Ataúlfo esto significaba romper el pacto. Su obstinación resultó muy impopular cuando Constancio aplicó la fuerza y, para obligarles a llegar a un acuerdo, bloqueó a los godos en Narbona (al suroeste de Francia) para hacerles pasar hambre. Los godos finalmente derrocaron a su cabecilla y el sucesor, más moderado, llegó a un acuerdo con Constancio. En 418 se cumplió el sueño de Alarico: los godos tenían una patria. Se establecieron en Aquitania, en el valle del Garona, al suroeste de la Francia actual. Con la ventaja otra vez de parte de Roma, Gala Placidia fue entregada a Honorio y casada contra su voluntad con Flavio Constancio. El hijo que había tenido con Ataúlfo murió prematuramente y ella, a su debido tiempo, dio a su nuevo esposo dos descendientes.

Las piezas finales del rompecabezas fueron los vándalos, los alanos y los suevos. Constancio utilizó la paz con los godos en su provecho. Reforzando el ejército romano con aliados godos, fue al sur de Hispania, derrotó a los vándalos, alanos y suevos y volvió a someter al control romano las provincias iberas. En sólo diez años, Constancio sacó al imperio occidental de una crisis que había estado a punto de acabar con él. Juntó de nuevo los hilos de los dominios occidentales que una década antes parecían definitivamente enredados y los sujetó con firmeza. Pero había habido que pagar un precio muy alto por esta brillante hazaña.

Los años de saqueo y destrucción redujeron los productos agrícolas en Occidente y por tanto los ingresos. Con los godos asentados en la Galia, el territorio provincial que pagaba impuestos al erario público era mucho menor. La isla de Britania, por ejemplo, descuidada por Constancio al estar su ejército centrado en apagar los focos rebeldes de la Galia e Hispania, se había separado del imperio y perdido para siempre. Desde entonces ya no confiaría en la protección de las fuerzas del imperio. Como resultado de tales cambios, en Occidente había pocos recursos para reorganizar un ejército que

había quedado reducido casi a la mitad en las guerras contra los bárbaros durante los críticos años del reinado de Honorio (395-423). Aunque el emperador remedió las tremendas bajas del ejército proporcionándole más unidades, pocas fueron de campaña y abundaron las auxiliares de bajo nivel que habían sido mejoradas y reclasificadas. El dinero no dio más que para un *lifting* militar.[38]

La consecuencia final de los años de las invasiones fue el crecimiento del separatismo entre los terratenientes de provincias. Estas oligarquías eran los centros locales de poder autonómico que organizaban las recaudaciones de impuestos y de quienes dependía la capital de Occidente para la eficacia del gobierno. No estaban contentos y su desafección se centraba en un único hecho. El emperador Honorio no había sido capaz de cumplir su parte del trato: asegurar la protección militar de sus propiedades a cambio de la recaudación de impuestos. Tras años de convulsiones y falta de seguridad, era obvio que el viejo pacto entre el emperador y la oligarquía local se estaba deshaciendo lentamente.[39]

La desafección podía convertirse fácilmente en desafío directo. La argumentación tal vez fuera la siguiente: si la vida bajo un rey godo o vándalo resultaba más segura, si ofrecía protección ante la guerra y si resultaba mejor para mantener su estilo de vida, ¿por qué molestarse en formar parte del imperio? A principios del siglo V, los casos de oligarquías locales que se separaban del centro todavía eran aislados, pero podían dar lugar a una tendencia. El cinco por ciento de los ciudadanos de Occidente acaparaba el 80 por ciento de las tierras, de modo que la pérdida de esta vieja piedra angular del imperio fue un efecto crítico de las invasiones bárbaras, otro martillazo que contribuía a la caída del imperio de Occidente.

En consecuencia, a pesar del éxito de Constancio, las mismas fuerzas que habían asustado a Italia con la llegada de los godos de Alarico habían reaparecido para causar estragos durante los años en que Constancio volvía a tener el control. Como el convaleciente de una importante operación quirúrgica, el imperio occidental estaba sano de nuevo, pero era una pálida sombra de lo que había sido. Pronto tendría que encontrar fuerzas para encajar más golpes. La peor de todas tuvo lugar en la rica provincia de

África, el granero del imperio occidental.

En 421 Constancio, ahora nombrado coemperador, cayó enfermo y murió inesperadamente. Cuando Honorio falleció, dos años después, se desencadenó una lucha por el poder durante la que los gobiernos subían y caían exterminados por los siguientes. Al final fue nombrado emperador Valentiniano III, de seis años de edad, hijo de Constancio y de Gala Placidia. El auténtico gobernante, el hombre que venció realmente en la lucha por el poder en 431, fue un digno sucesor de Constancio. Conocido como el último gran general romano, Flavio Aecio tenía las manos llenas cuando fue general en jefe de las fuerzas romanas. Durante la lucha por la sucesión, los vándalos, reorganizados y revitalizados, habían pasado de Tarifa a África en mayo de 429 y se dirigieron hacia el este. Con ataques o con tratados, fueron apoderándose gradualmente de lo que hoy es Marruecos y Argelia. En 439 habían capturado la tercera ciudad más grande del imperio, Cartago. Al tomar esta provincia, los vándalos pusieron las manos en la yugular de Occidente.

A principios del siglo V, África era la principal fuente de trigo y de ingresos de Roma y la península itálica. Con Julio César se embarcaban 50 toneladas de cereal al año desde Cartago, y desde entonces habían seguido zarpando los cargueros desde los grandes puertos que Roma tenía allí. Por esta razón, África era la cuerda de salvamento del imperio occidental. Aecio se propuso devolverla a la vida. Durante 430-440 no había podido entrar en acción contra los vándalos por culpa de otra oleada de invasiones y rebeliones bárbaras en las provincias occidentales. En 440 las tenía ya bajo control, había conseguido ayuda (gracias a una brillante diplomacia) del imperio oriental y había reunido una extraordinaria flota aliada en Sicilia. El objetivo de las fuerzas unidas de los dos imperios era la reconquista de la esencialísima provincia de África. Pero en el momento en que Aecio tendría que haber dado la orden de zarpar a la flota de 1.100 embarcaciones, la misión fue abandonada repentinamente. Las fuerzas orientales, dijo el emperador del este, tenían que volver urgentemente a su mitad del imperio porque Constantinopla se enfrentaba a una invasión sin precedentes. La decisión de abandonar el ataque contra el norte de África sería el último punto crítico de la caída de Occidente. El responsable era del mismo pueblo

que en 376 había causado la primera invasión de las fronteras de Roma. Era Atila el huno.

Los hunos comenzaron la historia de la caída del imperio romano de Occidente y los hunos la terminaron. Durante las campañas de 430-440, Aecio había reclutado temporalmente los servicios de las fuerzas hunas. Pero en 440, con la jefatura en manos de Atila y su creciente imperio extendiéndose desde el Mar Negro hasta el Báltico y entre Germania y las estepas del centro de Asia, los hunos querían mucho más que un lucrativo compañerismo militar. En dos devastadoras incursiones en los Balcanes en 441 y 447, Atila invadió el imperio oriental y venció la resistencia del ejército romano. La efectividad de sus fuerzas no sólo se basaba en el uso del arco. Los hunos fueron los primeros bárbaros que consiguieron irrumpir en ciudades bien fortificadas. El secreto radicaba en su habilidad para utilizar máquinas de asedio, arietes y escalas de asalto, habilidad que habían copiado de los romanos. Arrasando el imperio oriental de esta forma, Atila arrancó increíbles cantidades de oro a Constantinopla. Pero en 451 fue invitado a poner las manos sobre nuevas riquezas. Según se dice, atraído por una propuesta medio de súplica, medio de matrimonio, de la rebelde hermana del emperador Valentiniano, Atila volvió su atención a Occidente.

En el que sería quizá el último gran encuentro militar en la historia del imperio occidental, Aecio se las arregló para reunir un ejército de romanos, godos, francos, burgundios y celtas, y con él derrotó definitivamente a su enemigo en la batalla de los Campos Cataláunicos (hoy Châlons), en la Galia. Pero cuando se produjo el segundo ataque de los hunos, en 452, Aecio pudo oponer poca resistencia. Atila invadió Italia y saqueó varias ciudades del norte. Su mayor triunfo fue el sitio de Milán, y con una victoria moral también obligó a Valentiniano III a huir aterrorizado a Roma. Pero en el río Po, las enfermedades y la falta de provisiones llevaron la campaña de los hunos a un punto muerto y finalmente se retiraron. Atila murió aquel mismo año. Según una fuente, no encontró su fin luchando, sino, por extraño que parezca, en su noche de bodas. Había dispuesto un banquete para celebrar su matrimonio con una hermosa princesa goda llamada Hildico, y tras retirarse a su cámara nupcial, el gran caudillo huno sufrió una hemorragia nasal y se

ahogó con su propia sangre.

El imperio de Atila se desintegró tras su muerte con la misma rapidez con que se había extendido. Pero para entonces Occidente ya había recibido el golpe mortal. Aunque Aecio se había deshecho de Atila, le faltaba la potencia militar imprescindible para recuperar el norte de África, en manos de los vándalos. No vivió para verlo. Por haber defendido brillantemente el imperio occidental del sangriento ataque de Atila, Valentiniano III recompensó a Aecio («el último romano») ordenando su muerte en 454. El emperador temía y envidiaba el poder de su general. Más de una década después de la muerte de Aecio, en 468, el imperio oriental hizo un último intento de recuperar el norte de África. En una batalla naval, en la costa de lo que hoy es Libia, la flota bizantina fue derrotada por la flota de los vándalos.

Después de la pérdida de África, los únicos ingresos en los que podía confiar el imperio occidental eran los de Italia y Sicilia, y no eran suficientes para pagar un ejército lo bastante grande para imponer condiciones a la multitud de bárbaros establecidos en Occidente: los visigodos, burgundios y francos de la Galia, los visigodos y suevos de Hispania y los vándalos del norte de África. El equilibrio de poder entre el ejército romano y las fuerzas bárbaras, entre los emperadores occidentales y los reyes bárbaros, había cambiado mortal y definitivamente. Dónde radicaba el poder quedó claro con la entronización del emperador Avito en 455. Lo único que aseguró su subida al «poder» fue una alianza militar con Teodorico II, un rey bárbaro. A su debido tiempo, se firmaron más tratados entre el gobierno de Ravena y los godos y los vándalos, a quienes el gobierno reconocía, en efecto, como poseedores legítimos, herederos y socios de Occidente. Poco a poco, los territorios romanos que quedaban se separaron del control central. El último suspiro del imperio occidental, sin embargo, se exhaló en Italia.

En 476, el poder económico y militar de las autoridades centrales de Italia era tan escaso y estaba tan mermado que ya no podían subsistir solas, y mucho menos tener a raya a los intrusos. Las fronteras que separaban a los romanos de los bárbaros eran cada vez más tenues y la historia de los ciudadanos y la del invasor se fundían. Pero aún eran visibles algunas diferencias, aún importaban. Tomemos por ejemplo a Odoacro. Este general

romano se convirtió pacíficamente en rey germano cuando instaló a sus soldados romanos en Italia. Estos restos del ejército romano de Italia tampoco eran auténticos romanos. Eran mercenarios germanos que, como su superior, procedían del pueblo de los esciros. Odoacro no tenía dinero para pagarles, así que les pagó con tierras, posiblemente un tercio de Italia, después de haber expulsado a los propietarios romanos. No podía haber una confirmación más clara de quiénes eran ahora los sucesores del viejo imperio occidental.

Odoacro pasó a ser así el único gobernante efectivo de Italia. Con la lealtad de los esciros ya instalados, también había asegurado su base de poder personal. Sólo quedaba una extraña distinción por resolver, la pequeña anomalía de Rómulo Augústulo. Hacía tiempo que ser emperador en Occidente era una tradición rara y en proceso de fosilización, el simple nombramiento ceremonial de un general o rey bárbaro. Pero el pequeño Rómulo llevó esta tendencia hasta un nuevo extremo. Era un muchacho de dieciséis años, hijo de un general del ejército usurpador recientemente vencido por Odoacro. No controlaba nada fuera de Italia, Odoacro lo controlaba todo dentro. La legitimidad, si es que existía, estaba realmente de parte del hombre a quien Rómulo y su padre se la habían quitado, Julio Nepote, el último emperador reconocido formalmente por el emperador oriental. Entonces, ¿por qué molestarse en mantener a Rómulo? Es más, ¿por qué molestarse en encontrarle un sustituto? Sin duda era preferible enviarle con su familia de Campania, darle una pensión decente y dejarle vivir en paz.

Tomando partido por la cautela, Odoacro envió una embajada a Zenón, el emperador oriental. ¿Por qué no se hacía cargo de la soberanía de las dos mitades del imperio –proponía Odoacro–, mientras el rey germano gobernaba los asuntos cotidianos en Italia? La sugerencia suponía un difícil dilema. Para Zenón, deponer a Rómulo no era un problema, ya que Constantinopla no lo había reconocido oficialmente. El problema era Nepote, a quien sí había reconocido. Pero aunque se daba cuenta de que Nepote ya no sería soberano de nada, el emperador oriental no quería sancionar el traspaso del poder al rey germano, el que terminó formalmente con el estado occidental. Pero la suerte le ofreció una solución.

Casualmente, Zenón tenía en su poder una carta de Nepote. El emperador occidental derrocado había escrito a Zenón pidiéndole ayuda en un último esfuerzo por mantener el poder, un último esfuerzo por recuperar el estado de Occidente. Tras reflexionar, Zenón escribió dos respuestas hábiles y esquivas. A Odoacro le dijo que el rey necesitaba proponer la alianza a Nepote porque el último emperador occidental formalmente reconocido era la única persona que podía reconocer legítimamente la condición de Odoacro. Y con Nepote se disculpó: no podía ofrecerle una ayuda práctica para recuperar Occidente. Esta conducta, venía a decir, era totalmente pueril. Y Zenón había aceptado, sin tener que decirlo claramente, que el imperio occidental estaba perdido y Odoacro se había quedado con el poder.

Con Rómulo depuesto, Odoacro hizo un último ejercicio de limpieza en Italia. ¿Qué hacer con las vestiduras ceremoniales del emperador occidental? Por supuesto que no se las iba a poner. No era un Augusto; no era su papel ni la base de su poder. Se contentaba con llamarse rey. No, quizá el mejor lugar para ellas fuera Oriente, con el emperador Zenón. Llamó a un mensajero y las vestiduras imperiales, la corona y el manto púrpura se enviaron a Constantinopla.

Si Odoacro tuvo la tentación de ver aquel momento como algo trascendental o en cierta manera como un presagio, quizá se reafirmara en la idea de que bien podía haber otro emperador en algún momento futuro. Bien podía ser que llegara la ocasión de que hubiera un dirigente semejante, pero la verdad es que por el momento no hacía ninguna falta, al menos en Italia. La antigua autoridad de un Augusto, el poder que había creado y gobernado un imperio durante siglos y que estaba encarnado en aquellos símbolos imperiales, había abandonado Occidente, al menos por el momento.

Lecturas recomendadas

PREFACIO

Woolf, G. (ed), *The Cambridge Illustrated History of the Roman World* (Cambridge, 2003).

Cornell, T.J., *Beginnings of Rome: Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars* (Londres, 1995). (Traducción castellana en Crítica, Barcelona, 1999.)

Woolf, G., *Et Tu Brute? The Murder of Caesar and Political Assassination* (Londres, 2006).

Wyke, M., *Projecting the Past: Ancient Rome, Cinema and History* (Nueva York; Londres, 1997).

Hopkins, Keith y Beard, Mary, *The Colosseum* (Londres, 2005).

Bowman, A.K., *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda and its People* (Londres, 2003).

Fuentes clásicas

Obras traducidas:[*]

Cieero's Letters to Atticus (Londres, 1978).

Cieero's Letters to his Friends (Londres, 1978).

Tácito, *The Annals of Imperial Rome* (Londres, 1989).

Petronio y Séneca, *The Satyricon, The Apocolocyntosis (The Pumpkinification of the Divine Claudius)* (Londres, 1977).

Suetonio, *Lives of the Caesars* (Oxford, 2000).

Plutarco, *Fall of the Roman Republic* (Londres, 1972).
César, *The Civil War* (Londres, 1967).
Josefo, *The Jewish War* (Londres, 1981).

LAS SIETE COLINAS DE ROMA

Jones, Peter y Sidwell, Keith (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997).
Woolf, G. (ed.), *The Cambridge Illustrated History of the Roman World* (Cambridge, 2003).
Hopkins, Keith, *Conquerors and Slaves* (Cambridge, 1978). (Hay trad. cast. en Eds. 62, Barcelona, 1981.)
Griffin, Jasper, *Virgil* (Londres, 2001).
Jenkyns, Richard, *Virgil's Experience: Nature and History, Times, Names and Places* (Oxford, 1998).

Fuentes clásicas

Para la conquista romana del Mediterráneo, véase:
Polibio, *Histories: The Rise of the Roman Empire* (Londres, 1979).
Livio, *The Early History of Rome* (libros 1-5) (Londres, 2002).
Livio, *The Early History of Rome* (libros 6-10) (Londres, 1982).
Para Virgilio, véase:
Georgics (Oxford, 2006) y *The Aeneid* (Londres, 1990).

I. REVOLUCIÓN

El relato más accesible sobre la vida de Tiberio Graco se puede hallar en:
Richardson, Keith: *Daggers in the Forum: The Revolutionary Lives and Violent Deaths of the Gracchus Brothers* (Londres, 1976).
Otros trabajos fundamentales son:
Astin, A.E., *Scipio Aemilianus* (Oxford, 1967).

Slockton, David, *The Graeehi* (Oxford, 1979).
Astin. A.E.; Walbank, F.W.; Frederiksen, M.W.; Ogilvie, R.M. (eds.), *Cambridge Ancient History, Volume 8: Rome and the Mediterranean to 133 BC* (Cambridge, 1989).
Beard, Mary y Crawford, Michael, *Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations* (Londres, 1999).
Brunt, P. A, *Italian Manpower* (Oxford, 1971).

Fuentes clásicas

Para la conquista romana del Mediterráneo, véase:
Polibio, *Histories: the Rise of the Roman Empire* (Londres, 1979, fragmentos seleccionados).
Livio, *The War with Hannibal* (libros 21-30) (Londres, 1970).
Livio, *Rome and the Mediterranean* (libros 31-45) (Londres, 1976).
En la Loeb Classical Library, véase:
Polibio, *The Histories* (Cambridge, Mass., 1922-1927).
Apiano, *Roman History* (Cambridge, Mass., 1912-1913). Ambos ofrecen el texto griego y la traducción.
Para información sobre la vida de Tiberio Graco y Gayo Graco, véase:
Plutarco, *Makers of Rome* (Londres, 1965).
Apiano, *The Civil Wars* (Londres, 1996).
Todas las fuentes originales relativas a los hermanos de Graco han sido recopiladas en:
Stockton, David, *From the Gracchi to Sulla: Sources for Roman History, 133-180 BC* (Londres, 1981).

II. CÉSAR

La narrativa más accesible, documentada y apasionante sobre la caída del imperio romano puede encontrarse en:
Holland, Tom, *Rubicon: The Triumph and Tragedy of the Roman Republic* (Londres, 2003).

Dos biografías autorizadas sobre César son:

Gelzer, Matthias, *Caesar, Politician and Statesman* (Oxford, 1968).

Meier, Christian, *Caesar* (Londres, 1996).

Otros trabajos fundamentales para el final del imperio son:

Beard, Mary y Crawford, Michael, *Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations* (Londres, 1999).

Weinstock, Stefan, *Divus Julius* (Oxford, 1971).

Crook, J.A.; Lintott, Andrew; Rawson, Elizabeth (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. 9: «The Last Age of the Roman Republic, 146-43 BC» (Cambridge, 1989).

Fuentes clásicas

Hay una gran cantidad de fuentes para este período de la historia romana. Para los escritos de César, véase:

César, *The Gallic War* (Oxford, 1996).

César, *The Civil War* (Londres, 1967).

Para consultar las cartas de Cicerón y sus contemporáneos, véase:

Cicero's Letters to Atticus (Londres, 1978).

Cicero's Letters to his Friends (Londres, 1978).

Cicerón, *Selected Letters* (Londres, 1990).

Para las biografías antiguas de Pompeyo y César, véase:

Plutarch, Fall of the Roman Republic (Londres, 1972).

Suetonio, *Lives of the Caesars* (Oxford, 2000) (Julio César).

Otras obras antiguas sobre las últimas décadas de la República son:

Apiano, *The Civil Wars* (Londres, 1996).

Lucano, *Civil War* (Oxford, 1999) (obra poética).

AUGUSTO

Wallace-Hadrill, Andrew, *Augustan Rome* (Bristol, 1993).

Zanker, Paul, *The Power of Images in the Age of Augustus* (Ann Arbor, 1998). (Hay trad. cast. en Alianza, Madrid, 1992.)

Beard, Mary; North, John; Price, Simon, *Religions of Rome*, vol. 1: «A History» (Cambridge, 1998).
Galinsky, Karl (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Augustus* (Cambridge, 2005).
Bowman, A.K.; Champlin, Edward; Lintott, Andrew (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. 10: «The Augustan Empire, 43 BC-AD 69» (Cambridge, 1996).
Syme, Ronald, *The Roman Revolution* (Oxford, 1939). (Hay trad. cast. en Taurus, Madrid, 1989.)
Price, S. R. F., *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor* (Cambridge, 1984).
Jones, Peter y Sidwell, Keith (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997).
Barchiesi, Alessandro, *The Poet and the Prince: Ovid and Augustan Discourse* (Berkeley, 1997).

Fuentes clásicas

Los textos clave para la vida y el mandato de Augusto son:
Suetonio, *Lives of the Caesars* (Oxford, 2000).
Dión Casio, *The Roman History: The Reign of Augustus* (Londres, 1987).
Para conocer las memorias de Augusto, véase:
Res Gestae Divi Augusti, The Achievements of the Divine Augustus, (ed.), P. A. Brunt y J. M. Moore (Oxford, 1967). Contiene el texto original, la traducción al inglés y comentarios.
Las fuentes originales sobre todos los aspectos de la era de Augusto han sido recopiladas en:
K. Chisolm y J. Ferguson (eds.), *Rome*: *The Augustan Age, A Source Book* (Oxford, 1981).

III. NERÓN

Un relato excelente y autorizado sobre la crisis del mandato de Nerón es:

Griffin, Miriam T., *Nero, The End of a Dynasty* (Londres, 1984).
Dos pequeñas introducciones al gobierno de Nerón se pueden encontrar en:
Shotter, David, *Nero* (Londres, 2005).
Malitz, Jürgen, *Nero* (Oxford, 2005). (Hay trad. cast. en Acento, Madrid, 2001.)
Otros trabajos fundamentales son:
Grant, Michael, *Nero* (Londres, 1970).
Champlin, Edward, *Nero* (Cambridge, Mass.; Londres, 2003). (Hay trad. cast. en Turner, Madrid, 2006.)
Beacham, Richard C., *The Roman Theatre and its Audience* (Londres, 1991).
Beacham, Richard C., *Spectacle Entertainments of the Early Imperial Rome* (New Haven; Londres, 1999).

Fuentes clásicas

Para los trabajos de Tácito sobre este período véanse las siguientes obras:
Tácito, *The Annals of Imperial Rome* (Londres, 1989).
Tácito, *The Histories* (Londres, 1972).
Para las obras de Suetonio sobre Nerón, véase:
Suetonio, *Lives of the Caesars* (Oxford, 2000).
Para el relato de Dión Casio, sobre el mandato de Nerón véase Loeb Classical Library:
Dión Casio, *Roman History*, vol. 8 (Cambridge, Mass., 1925).
The Pumpkinification of the Divine Claudius de Séneca puede encontrarse en:
Petronius y Séneca, The Satyricon. The Apolocyntosis (The Pumpkinification of the Divine Claudius) (Londres, 1977).

IV. REBELIÓN

Los relatos más autorizados sobre los orígenes y el contexto de la guerra de Roma contra los judíos en los años 66-70 a.C. son:
Goodman, Martin, *The Ruling Class of Judaea: The Origins of the Jewish Revolt Against Rome*, AD 66-70 (Cambridge, 1987).

Goodman, Martin, *The Roman World 44 BC-AD 180* (Londres, 1997).

Una nueva historia de los romanos y los judíos entre los siglos I y IV para el público general fue publicada en enero de 2007:

Goodman, Martin, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (Londres, 2007).

Otros trabajos fundamentales son:

Millar, Fergus, *The Roman Near East, 31 BC-AD 337* (Cambridge, Mass.; Londres, 1993).

Levick, Barbara, *Vespasian* (Londres, 1999).

Sanders, E. P., *Judaism: Practice and Beliefs* (S.C.M.P., 1992).

Faulkner, Neil, *Apocalypse: The Great Jewish Revolt Against Rome* AD 66-73 (Stroud, 2002).

Woolf, G. (ed.), *The Cambridge Ilustrated History of the Roman World* (Cambridge, 2003).

Para los aspectos militares de la revuelta judía (y sobre el ejército romano en general), véase:

Peddie, John, *The Roman War Machine* (Stroud, 1994).

Gulliver, Catherine, *The Roman Art of War* (Stroud, 1999).

Goldsworthy, Adrian, *The Complete Roman Army* (Londres, 2003).

Connolly, Peter, *Greece and Rome At War* (Londres, 1998).

Fuentes clásicas

Para las fuentes originarias, véase:

Josefo, *The Jewish War* (Londres, 1981).

Para el relato de la vida de Josefo véase Loeb Classical Library:

Josefo, *The Life and Against Apion* (Cambridge, Mass., 1926).

Para un relato sobre la guerra civil romana entre los años 68-69 a.C. (y «el año de los emperadores»), véase:

Tácito, *The Histories* (Londres, 1972).

Para las biografías de Suetonio sobre Vespasiano y Tito, así como de los emperadores de los años 68-69 a.C. Galba, Oto y Vitelio, véase:

Suetonio, *Lives of the Caesars* (Oxford, 2000).

ADRIANO

Una nueva y autorizada historia del mandato de Adriano es:

Danziger, Danny y Purcell, Nicholas, Hadrian's Empire, *When Rome Ruled the World* (Londres, 2005).

Otras obras fundamentales sobre este período son:

Birley, Anthony, *Hadrian*: *The Restless Emperor* (Londres, 1997). (Hay trad. cast. en Península, Barcelona, 2003.)

Salway, Peter, *A History of Roman Britain* (Oxford, 2001).

Bowman, A. K., *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda and its People* (Londres, 2003).

Lane Fox, Robin, *The Classical World: An Epic History from Homer to Hadrian* (Londres, 2005). (Hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, 2007.)

Scarre, Christopher, *The Penguin Historical Atlas of Ancient Rome* (Londres, 1995).

Jones, Peter y Sidwell, Keith (eds.), *The World of Rome: An introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997).

Las tablas de Vindolanda se pueden consultar también en:
http://vindolanda.csad.ox.ac.uk.

Fuentes clásicas

Para las cartas de Plinio, véase Loeb Classical Library Edition:

The Letters of the Younger Pliny (Londres, 1963).

Plinio, *Letters and Panegyricus* (Cambridge, Mass., 1969).

Para el relato de Casio sobre el gobierno de Adriano véase Loeb Classical Library Edition:

Dión Casio, *Roman History*, vol. 8 (Cambridge Mass., 1925).

Para la historia imperial, *Vida de Adriano*, véase:

Lives of the Later Caesars (Londres, 1976).

Para el relato de Tácito sobre la Inglaterra romana, véase:

Tácito, *The Agricola and The Germania* (Londres, 2003).

V. CONSTANTINO

Una buena y autorizada introducción a este período de la historia romana es:

Cameron, Averil, *The Later Roman Empire, AD 284-430* (Londres, 1993). (Hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, 1998.)

Otras obras fundamentales son:

Brown, Peter, *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity AD 200-1000* (Oxford, 2002).

Brown, Peter, *Power and Persuasion in Late Antiquity: Towards a Christian Empire* (Madison, Wis.; Londres, 2004).

Odahl, Charles, *Constantine and the Christian Empire* (Londres, 2004).

Barnes, Timothy, *Constantine and Eusebius* (Cambridge, Mass.; Londres, 1981).

Drake, H. A., *Constantine and the Bishops: The Politics of Intolerance* (Baltimore, Md.; Londres, 2000).

Digeser, Elizabeth De Palma, *The Making of a Christian Empire: Lanctantius and Rome* (Ithaca, N.Y.; Londres, 1999).

Southern, Pat, *The Roman Empire from Severus to Constantine* (Londres, 2001).

Beard, Mary; North, John; Price, Simon, *Religions of Rome: Volume 1: A History* (Cambridge, 1998).

Lenski, Noel (ed.), *The Cambridge Companion of the Age of Constantine* (Cambridge, 2006).

Cambridge Ancient History, vol., 12: «The Crisis of Empire, AD 193-337», ed. Alan Bowman, Averil Cameron, Peter Garnsey (Cambridge, 2005).

Fuentes clásicas

Para los trabajos de Eusebio, véase:

Eusebio, *Life of Constantine*, ed. Averil Cameron y Stuart G. Hall (Oxford, 1999), que contiene una introducción, una traducción y comentarios.

Eusebio, *The History of the Church from Christ to Constantine* (Londres,

1989).

Para los trabajos de Lactantio, véase:

On the Deaths of the Pesecutors, Lactantius, De Mortibus Persecutorum (On the Deaths of the Persecutors), ed. J. L. Creed (Oxford, 1984), que contiene el texto en latín y en inglés.

Lactantius, Divine institutes, ed., Anthony Bowen y Peter Garnsey (Liverpool, 2003), que contiene el texto original, la traducción y comentarios.

Para la *Nueva Historia* de Zosimo, véase:

Zosimo, *Historia Nova, The Decline of Rome* (San Antonio, 1967).

VI. CAÍDA

La bibliografía más actualizada, accesible y autorizada sobre el declive romano es:

Heather, Peter, *The Fall of the Roman Empire* (Londres, 2005). (Hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, 2006.)

Otros trabajos fundamentales son:

Heather, Peter, *Goths and Romans* 332-489 (Oxford, 1991).

Heather, Peter, *The Goths* (Oxford, 1996).

Matthews, John, *Western Aristocracies and Imperial Court, AD 364-425* (Oxford, 1975).

Ward-Perkins, Bryan, *The Fall of Rome and the End of Civilization* (Oxford, 2005).

Cambridge Ancient History, vol. 13; *The Late Empire, AD 337-425,* ed. Averil Cameron y Peter Garnsey (Cambridge, 1997).

Fuentes clásicas

Para la historia de Amiano Marcelino ver:

Amiano Marcelino, *The Later Roman Empire: AD 354-378* (Londres, 1986).

Para la *Historia Nueva* de Zosimo ver:

Zosimo, *Historia Nova, The Decline of Rome* (San Antonio, 1967).

Para los fragmentos de las *Historias* del Olimpiodoro véase:

Blockley, R. C. (ed.), *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire, Eunapius, Olympiadorus, Priscus and Malchus*, Vol. 2 (Liverpool, 1983), que contiene el texto griego, la traducción al inglés y notas.

Agradecimientos

La confección de este libro ha sido un trabajo en equipo. Entre el equipo de producción de la serie de la BBC, quiero dar las gracias al productor ejecutivo, Matthew Barrett, y al productor de la serie, Mark Hedgecoe, por su consejo y por haber sido un placer trabajar y aprender con ellos; a los directores de la serie Chris Spencer, Nick Green, Nick Murphy, Andrew Grieve, Tim Dunn y Arif Nurmohamed, cuyos guiones han ayudado mucho a dar forma a los principales capítulos; a Christabelle Dilks, la correctora de guiones; y a las investigadoras Rebecca Snow, Sarah Jobling y Annelise Freisenbruch por su brillante labor, reflejada en este libro. Me gustaría agradecer también a Annelise su amabilidad por haber leído la segunda mitad del manuscrito y por investigar lo correspondiente al capítulo de Augusto. También me gustaría dar las gracias a Ann Cattini y Anna Mishcon por haberme dado todo el tiempo que necesitaba para escribir el libro, y especialmente a Laurence Rees, cuyo apoyo ha sido una fuente de ánimo constante y muy apreciada.

De BBC Books, mi sincero agradecimiento a Martin Redfern, el editor que encargó el libro, por su confianza, paciencia y guía durante su redacción; a Eleanor Maxfield por dirigir el proyecto tan amistosa e incansablemente; a Trish Burgess por corregir y mejorar siempre el texto; a Sarah Hopper por encontrar tan maravillosas ilustraciones; y a Martin Hendry por trabajar día y noche en el diseño.

Este libro no habría sido posible sin el generoso consejo de los académicos que fueron asesores del programa. Mis más sinceras gracias a

Martin Goodman y Averil Cameron por sus respuestas y correcciones a los capítulos IV y V, respectivamente. También estoy en deuda con Peter Heather, de cuyo consejo y último libro, *La caída del imperio romano*, se beneficia considerablemente el capítulo VI. Pero mi mayor deuda de gratitud es para Mary Beard, que ha tenido la amabilidad de compartir ideas, leer el manuscrito, responder correos electrónicos en un tiempo récord y hacer incontables correcciones. Trabajar con ella ha sido una inspiración y su experiencia también forma parte de esta obra.

Como nota personal, quiero dar las gracias a mis profesores Simon Price, Laetitia Edwards, Peta Fowler, James Morwood y Bruce McCrae; a mi hermano, Matthew, por su estimulante compañía mientras paseábamos por las ruinas romanas del Mediterráneo; y finalmente, por su cariñoso apoyo durante la redacción de este libro, a mi madre Patsy, a Martyn y Kate, y a mis amigos, sobre todo a Kari Lia, Sam Sim, Paula Trybuchowska, Mark Williams, Helen Rumbelow, Tony Pritchard, Carl Siewertz y Helen Weinstein.

Notas

[1] Virgilio, *Geórgicas*, libro IV, 8 ss.

[2] *Ibid.* 73-74.

[3] Peter Jones y Keith Sidwell (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997), p. 7.

[4] Polibio, *Historias*, libro VI, 52

[5] Livio, libro 1, 32.

[1] Polibio, *Historias*, libro VI, 54.

[2] *Ibid.*, 53.

[3] Polibio, *Historias*, libro I, 1.

[4] *Ibid.*, 20 y 59.

[5] Livio, libro 21, 35.

[6] Livio, libro 26, 11.

[7] Peter Jones y Keith Sidwell (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997), pp. 20-21.

[8] Apio, *Historia romana*, libro 8, 116.

[9] Polibio, *Historias*, libro 36, 9.

[10] Salustio, *La conjuración de Catilina*, 10.

[11] Apio, *Historia romana*, libro 8, 69; W.V. Harris, «Roman Expansion in the West» en A.E. Astin, F.W. Walbank, M.W. Frederiksen y R.M. Ogilvie (eds.), *Cambridge Ancient History* (Cambridge, 1989) vol. 8, p. 154.

[12] Livio, *Periochae*, 47; W.V. Harris, «Roman Expansion in the West» en A.E. Astin, F.W. Walbank, M.W. Frederiksen y R. M. Ogilvie (eds.), *Cambridge Ancient History* (Cambridge, 1989) vol. 8, p. 149.

[13] Apio, *Historia romana*, libro 8, 81-83.

[14] Polibio, *Historias*, libro 36, 2.

[15] *Ibid.*

[16] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 2.

[17] Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, 2, 21, 4; Jones y Sidwell, *World of Rome*, p. 106.

[18] Apio, *Historia romana*, libro 8, 128.

[19] *Ibid.*, 129-130.

[20] *Ibid.*, 130-131.

[21] Homero, *Ilíada*, VI, 448-449.

[22] Apio, *Historia romana*, libro 8, 132.

[23] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 4; Apio, *Historia Romana*, libro 8, 133.

[24] Apio, *Historia Romana*, libro 8, 134.

[25] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 8; Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations* (Londres, 1999), p. 55.

[26] Beard y Crawford, *Rome in the Late Republic*, p. 14.

[27] Salustio, *La conjuración de Catilina*, prefacio, pássim.

[28] Apio, *Las guerras civiles*, libro 1, 7.

[29] Beard y Crawford, *Rome in the Late Republic*, p. 68.

[30] Livio, *Periochae*, 55.

[31] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 8.

[32] *Ibid.*, 5.

[33] *Ibid.*; Apio, *Historia Romana*, libro 6, 80.

[34] Dión Casio, libro 24, 83; Cicerón, *De haruspicum responsis*, 43.

[35] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 8.

[36] *Ibid.*, 9.

[37] Apio, *Las guerras civiles*, libro 1, 11.

[38] Cicerón, *Pro Sestio,* 103; Apio, *Las guerras civiles*, libro 1, 10.

[39] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco*, 12.

[40] *Ibid.*, 14.

[41] *Ibid.*

[42] *Ibid.*, 16.

[43] *Ibid.*, 17.

[44] *Ibid.*, 18-19.

[45] *Ibid.*, 19.

[1] Dión Casio, libro 43, 44.

[2] Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations* (Londres, 1999), p. 5.

[3] Valerio Maximo, libro 6, 2.

[4] Plutarco, *Vida de César*, 4; Suetonio, *Vida de Julio César*, 45.

[5] Plutarco, *César*, 4.

[6] Suetonio, *Julio César*, 10.

[7] Cicerón, *A Ático*, 2, 19.

[8] Plutarco, *César*, 13.

[9] Suetonio, *Julio César*, 18.

[10] *Ibid.*, 22.

[11] Cicerón, *A Ático*, 2, 19.

[12] Cicerón, *Sobre las provincias consulares*, 33.

[13] César, *Comentarios a la guerra de las Galias*, libro 1, 14.

[14] *Ibid.*, 1.

[15] César, *Guerra de las Galias*, libro 4, 17.

[16] César, *Guerra de las Galias*, libro 7, 1; Dión Casio, libro 39, 53.

[17] Suetonio, *Julio César*, 26.

[18] Salustio, *La guerra de Yugurta*, 86.

[19] Plutarco, *Vida de Pompeyo*, 52.

[20] *Ibid.*, 53.

[21] Salustio, *Historias*, libro 4, 69, 18: «Sólo unos pocos prefieren la libertad, la mayoría sólo busca amos justos».

[22] Plutarco, *Pompeyo*, 54.

[23] Carta de Celio a Cicerón, en Cicerón, *Cartas a los amigos*, 8, 1.

[24] César, *Guerra de las Galias*, libro 7, 1.

[25] *Ibid.*, 4.

[26] *Ibid.*, 8.

[27] Plutarco, *César*, 25.

[28] César, *Guerra de las Galias*, libro 7, 71.

[29] Plutarco, *César*, 15.

[30] César, *Guerra de las Galias*, libro 7, 86.

[31] Plutarco, *César*, 27.

[32] César, *Guerra de las Galias*, libro 7, 88.

[33] Suetonio, *Julio César*, 25.

[34] Plutarco, *César*, 27.

[35] Suetonio, *Julio César*, 26.

[36] César, *Guerra de las Galias*, libro 3, 10.

[37] Carta de Celio a Cicerón en Cicerón, *A los amigos*, 8, 5.

[38] Plutarco, *Pompeyo*, 57.

[39] Carta de Celio a Cicerón en Cicerón, *A los amigos*, 8, 8.

[40] Plutarco, *Pompeyo*, 57.

[41] *Ibid.*

[42] Carta de Celio a Cicerón en Cicerón, *A los amigos*, 8, 14.

[43] Apio, *Las guerras civiles*, libro 2, 30.

[44] *Ibid.*; Cicerón, *A Ático*, 7, 8.

[45] César, *Guerra civil*, libro 1, 1.

[46] Apio, *Las guerras civiles*, libro 2, 32.

[47] *Ibid.*, 33.

[48] Plutarco, *César*, 32.

[49] *Ibid.*, 32; Apio, *Las guerras civiles*, libro 2, 35.

[50] Suetonio, *Julio César*, 32.

[51] Carta de César a Cicerón en Cicerón, *A Ático*, 9, 7.

[52] Cicerón, *A Ático*, 8. 13.

[53] Dión Casio, libro 41, 5.

[54] Plutarco, *César*, 33.

[55] Lucano, *Farsalia*, libro II, 22 ss.

[56] Plutarco, *Pompeyo*, 61.

[57] Cicerón, *A Ático*, 8, 2; 9, 18.

[58] Plutarco, *César*, 34; Cicerón, *A los amigos*, 14, 8; Dión Casio, libro 41, 9.

[59] César, *Guerra civil*, libro 1, 26.

[60] *Ibid.*, 26.

[61] *Ibid.*, 26-28.

[62] *Ibid.*, 29; Plutarco, *César*, 35.

[63] Lucano, *Farsalia*, libro III, 110 ss.

[64] César, *Guerra civil*, libro 1, 32-33.

[65] Plutarco, *César*, 35.

[66] César, *Guerra civil*, libro 3, 10.

[67] Suetonio, *Julio César*, 58.

[68] César, *Guerra civil*, libro 3, 48.

[69] Plutarco, *César*, 41.

[70] *Ibid.*, 41.

[71] César, *Guerra civil*, libro 3, 85; Plutarco, *Pompeyo*, 68.

[72] Lucano, *Farsalia*, libro VII, 257 ss.; Plutarco, *César*, 42.

[73] Lucano, *Farsalia*, libro VII, 319 ss.

[74] César, *Guerra civil*, libro 3, 91.

[75] Plutarco, *César*, 45.

[76] Plutarco, *Pompeyo*, 72.

[77] César, *Guerra civil*, libro 3, 99; Plutarco, *César*, 46; Suetonio, *Julio César*, 75.

[78] Plutarco, *Pompeyo*, 80; Plutarco, *César*, 48.

[79] Plutarco, *César*, 67.

[1] Suetonio, *Vida de Augusto*, 79.

[2] Suetonio, *Vida de Julio César*, 88.

[3] Suetonio, *Augusto*, 10.

[4] Dión Casio, libro 47, 3; Apio, *Las guerras civiles*, libro 4, 5. Para otros actos de salvajismo de Augusto, véase también Suetonio, *Vida de Augusto*, 15.

[5] Dión Casio, libro 54, 18.

[6] Suetonio, *Augusto*, 35; Dión Casio, libro 54, 18.

[7] Suetonio, *Augusto*, 101.

[8] Keith Hopkins, «Taxes and Trade in the Roman Empire (200 a.C. a 400 d.C.), *Journal of Roman Studies* 70 (1980), pp. 101-125.

[9] Suetonio, *Augusto*, 23.

[10] Augusto, *Gestas del divino Augusto*, 26.

[11] Suetonio, *Augusto*, 28.

[12] *Ibid.*, 29.

[13] *Ibid.*, 30.

[14] Suetonio, *Vida de Claudio*, 21.

[15] Suetonio, *Augusto*, 69.

[16] *Ibid.*, 99.

[17] Estrabón, *Geografía*, libro 5, 3, 9.

[1] Peter Jones y Keith Sidwell (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997), p. 6.

[2] Miriam Griffin, *Nero: the end of a dynasty* (Londres, 1984), pp. 189 ss.

[3] David Shotter, *Nero* (Londres, 2005), p. 5.

[4] Séneca, *Apocolocynthosis*.

[5] Tácito, *Anales*, XII, 68.

[6] Suetonio, *Vida de Nerón*, 28.

[7] Tácito, *Anales*, XIII, 14.

[8] *Ibid.*, 16.

[9] Tácito, *Anales*, XIV, 1.

[10] Séneca, *Sobre la clemencia*, 1, 1, 2.

[11] Griffin, *Nero*, p. 66.

[12] Suetonio, *Nerón*, 26.

[13] *Ibid.*, 20; Plinio el Viejo, *Historia Natural*, XIX, 108; XXVIII, 237.

[14] Cornelio Nepote, *Vidas*, prefacio; Tácito, *Anales*, XIV, 20; Griffin, *Nero*, p. 41.

[15] Dión Casio, libro 61, 17.

[16] Dión Casio, libro 62, 13.

[17] Tácito, *Anales*, XIV, 56.

[18] Dión Casio, libro 62, 68.

[19] Tácito, *Anales*, XIV, 60.

[20] Dión Casio, libro 62, 15.

[21] Suetonio, *Nerón*, 31; Tácito, *Anales*, XV, 42.

[22] Suetonio, *Nerón*, 31.

[23] Marcial, *Libro de los espectáculos*; Suetonio, *Nerón*, 39; Suetonio, *Vida de Vespasiano*, 9.

[24] Tácito, *Anales*, XV, 44.

[25] *Ibid.*, 45.

[26] Suetonio, *Nerón*, 31.

[27] Griffin, *Nero*, pp. 205 ss.

[28] Tácito, *Anales*, XV, 28.

[29] *Ibid.*, 66.

[30] Tácito, *Anales*, XVI, 5.

[31] Dión Casio, libro 62, 28.

[32] Dión Casio, libro 63, 1.

[33] Griffin, *Nero*, p. 205.

[34] Dión Casio, libro 62, 28.

[35] Tácito, *Historias*, II, 8. Aquí dice que Nerón siguió siendo popular entre los ciudadanos corrientes del imperio después de su muerte; personas que aseguraban ser el emperador muerto eran recibidas con emoción.

[36] Dión Casio, libro 63, 12.

[37] *Ibid.*, 18.

[38] *Ibid.*, 13; Suetonio, *Nerón*, 28.

[39] Mary Beard, *The Parthenon* (Londres, 2002), p. 108.

[40] Dión Casio, libro 63, 21.

[41] Suetonio, *Nerón*, 41.

[42] *Ibid.*, 44.

[43] Plinio el Viejo, *Historia Natural*, libro 18, 35.

[44] Suetonio, *Nerón*, 47.

[45] Tácito, *Historias*, I, 72.

[46] Suetonio, *Nerón*, 48.

[47] *Ibid.*, 49.

[48] Tácito, *Historias*, I, 16.

[49] *Leyes de Vespasiano*, en Hermann Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* (Berlín, 1892-1916). N.º 244, 69/70 d.C.

[50] Griffin, *Nerón*, p. 207.

[1] E. Mary Smallwood (ed.), *The Jewish War* (Londres, 1981), p. 463.

[2] Martin Goodman, *The Ruling Class of Judaea: The Origins of the Jewish Revolt Against Rome, A.D. 66-70* (Cambridge, 1987), p. 115.

[3] Hechos de los apóstoles, 25, 22 ss.; G. Woolf (ed.), *The Cambridge Illustrated History of the Roman World*, (Cambridge, 2003), p. 350.

[4] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 2, 266.

[5] Barbara Levick, *Vespasian* (Londres, 1999), p. 25; Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 2, 197.

[6] Cicerón, *Sobre la ley Manilia*.

[7] Woolf, *Illustrated History of the Roman World*, p. 350.

[8] Neil Faulkner, *Apocalypse: The Great Jewish Revolt Against Rome, AD 66-73* (Stroud, 2002), pp. 47-50. Faulkner estima que los campesinos judíos pagaban al menos un 15 por ciento de sus ingresos anuales a los romanos (p. 61).

[9] Dión Casio, libro 63, 22; Plinio el Viejo, *Historia Natural*, libro 18, 35.

[10] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 2, 277.

[11] *Ibid.*, 326.

[12] *Ibid.*, 342 ss.

[13] *Ibid.*, 546 ss. Fergus Millar, *The Roman Near East, 31 BC – AD 337* (Cambridge, Mass.; Londres, 1993), p. 71.

[14] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 2, 562.

[15] Goodman, *Ruling Class of Judaea*, p. 177.

[16] Suetonio, *Vida de Vespasiano*, 10 y 4.

[17] *Ibid.*, 1 y 4; Tácito, *Historias*, II, 76.

[18] Suetonio, *Vida de Tito*, 3 y 8.

[19] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 2, 585.

[20] *Ibid.*, 614.

[21] Tácito, *Historias*, V, 11.

[22] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 3, 62.

[23] *Ibid.*, 406 y 135.

[24] *Ibid.*, 245.

[25] *Ibid.*, 383.

[26] *Ibid.*, 403.

[27] *Ibid.*, 536.

[28] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 4, 121 ss.

[29] *Ibid.*, 318.

[30] Goodman, *Ruling Class of Judaea*, p. 180.

[31] Tácito, *Historias*, I, 4.

[32] Suetonio, *Vida de Vitelio*, 16-17.

[33] Goodman, *Ruling Class of Judaea*, p. 231 ss.

[34] Josefo, *Guerra de los judíos*, libros 5-7. En ellos da una descripción completa del sitio de Jerusalén, que tuvo lugar entre marzo y septiembre del año 70 d.C.

[35] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 5, 451.

[36] *Ibid.*, 365.

[37] *Ibid.*, 466 ss.

[38] *Ibid.*, 503.

[39] Josefo, *Guerra de los judíos*, libro 6, 110.

[40] *Ibid.*, 241.

[41] *Ibid.*, 316.

[42] *Ibid.*, 333 ss.

[1] Plinio el Joven, *Panegírico*, 4.

[2] Dión Casio, libro 68, 29.

[3] Dión Casio, libro 69, 2.

[4] Danny Dazinger y Nicholas Purcell, *Hadrian's Empire: When Rome Ruled the World* (Londres, 2005) p. 15. Descripción contemporánea del personaje de Adriano.

[5] Historia imperial, *Vida de Adriano*, 11.

[6] Danziger y Purcell, *Hadrian's Empire*, p. 178.

[7] *Ibid.*, p. 177.

[8] Plinio el Joven, *Cartas*, 1, 10, 9.

[9] Historia imperial, *Vida de Adriano*, 19.

[10] Tácito, *Agrícola*, 21.

[11] Dión Casio, libro 69, 8.

[12] Robin Lane Fox, *The Classical World: An Epic History from Homer to Hadrian* (Londres, 2005), p. 595.

[1] Plinio el Joven, *Cartas*, 10, 96.

[2] *Ibid.*

[3] Peter Brown, *The Rise of Western Christendom* (Oxford, 2002), pp. 18 ss.; Keith Hopkins, *Journal of Early Christian Studies 6* (1998), pp. 185-226.

[4] Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome* (Cambridge, 1998), vol. 1, p. 365.

[5] Averil Cameron, *The Later Roman Empire* (Londres, 1993), pp. 33-37.

[6] *Ibid.*, 42.

[7] Peter Jones y Keith Sidwell (eds.), *The World of Rome: An Introduction to Roman Culture* (Cambridge, 1997), pp. 172-174.

[8] Eusebio, *Historia Eclesiástica*, libro 8, 2; Cameron, *Later Roman Empire*, p. 44.

[9] Cameron, *Later Roman Empire*, p. 32.

[10] Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 24; Zósimo, *Nueva Historia*, libro 2, 8. Para la apariencia física véase Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 19.

[11] Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 44; Zósimo *Nueva Historia*, libro 2, 14.

[12] Eusebio, *Historia Eclesiástica*, libro 8, 16.

[13] Inscripción del Arco de Constantino en Roma; Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 27.

[14] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 34-36.

[15] Cameron, *Later Roman Empire*, p. 7; Beard, North y Price, *Religions of Rome*, vol. 1, p. 364.

[16] *Panegíricos latinos*, 9 (12), 3, 3 y 5, 1-2. Zósimo (*Nueva Historia*, libro 2, 15) da cifras aún más hinchadas de la batalla: 170.000 de infantería y 18.000 de caballería para Magencio y 90.000 de infantería y 8.000 de caballería para Constantino.

[17] Lactancio, *Instituciones divinas*, 1.

[18] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 37. Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 44.

[19] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 2, 15; Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 38.

[20] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 28; Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, libro 1, 3.

[21] Para algunas interpretaciones modernas de la señal, véase Averil Cameron y Stuart G. Hall, *Eusebius: Life of Constantine* (Oxford, 1999), pp. 207-210.

[22] *Panegíricos latinos*, 7 (6), 21.

[23] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 30.

[24] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 2, 16.

[25] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 39. El reparto de dinero entre el pueblo de Roma por parte de los soldados aparece en los relieves del Arco de Constantino.

[26] *Panegíricos latinos*, 12 (9), 19; Zósimo, *Nueva Historia*, libro 1, 48, dice que el año que Constantino no hizo sacrificios en Roma fue 315 (año de su regreso a Roma para celebrar su décimo aniversario como emperador) y no 312.

[27] Timothy Barnes, *Constantine and Eusebius* (Cambridge, Mass.; Londres, 1981), pp. 44 ss.

[28] Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 48.

[29] *Ibid.*, 46.

[30] Eusebio, *Historia Eclesiástica*, libro 10, 7.

[31] Beard, North and Price, *Religions of Rome*, vol. 1, p. 369.

[32] *Ibid.*, pp. 368-369.

[33] *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (CSEL)*, vol. 26, N.º 206.

[34] Beard, North and Price, *Religions of Rome*, vol. 1, p. 370.

[35] Cameron, *Later Roman Empire*, p. 8.

[36] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 1, 49-50.

[37] Zósimo, *Nueva Historia*, libro II, 18-20.

[38] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 4, 29; Cameron, *Later Roman Empire*, p. 57.

[39] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 4, 28.

[40] Peter Heather, «Senators and Senates» en Averil Cameron and Peter Garnsey (eds.), *Cambridge Ancient History*, (Cambridge, 1997), vol. 13, pp. 184-210.

[41] Filostorgio, *Historia eclesiástica*, libro 5, 2.

[42] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 2, 2.

[43] Lactancio, *Instituciones divinas*, 1; Eusebio, *Vida de Constantino*, 2, 3.

[44] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 2, 4.

[45] *Ibid.*, 5.

[46] *Ibid.*, 4; Zósimo, *Nueva Historia*, libro 2, 22.

[47] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 2, 12.

[48] *Ibid.*, 16.

[49] *Ibid.*, 18.

[50] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 2, 28.

[51] *Ibid.*

[52] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 2, 24-42.

[53] Beard, North and Price, *Religions of Rome*, vol. 1, pp. 372-375, 382; Naphtali Lewis and Meyer Reinhold (eds.), *Roman Civilization: Selected Readings* (Nueva York, 1990), vol. 2, N.º 180; Cameron, *Later Roman Empire*, p. 57.

[54] Eusebio, *Vida de Constantino*, libro 3, 10.

[55] Beard, North and Price, *Religions of Rome*, vol. 1, p. 371.

[56] Cameron, *Later Roman Empire*, pp. 63-64.

[1] Véase la última y muy persuasiva defensa de esta opinión en Peter Heather, *The Fall of the Roman Empire* (Londres, 2005).

[2] La principal fuente sobre estos godos que buscaron refugio en el imperio romano el año 376 es Amiano Marcelino, libro 31: es la descripción más detallada y vívida de los años 354-376 d.C.

[3] Amiano Marcelino, libro 31, 2.

[4] *Ibid.*, 4; Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 158.

[5] Amiano Marcelino, libro 31, 4.

[6] *Ibid.*, 12.

[7] Heather, *Fall of the Roman Empire*, pp. 72-73.

[8] Claudiano, *Contra Rufino*, 2, 4-6; Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 217.

[9] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 5, 29; Heather, *Fall of the Roman Empire*, pp. 215-216.

[10] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 5, 29. Zósimo fue un historiador del siglo VI, del imperio romano de Oriente, y los libros 5 y 6 de su *Nueva Historia* dan, relativamente, la versión más exhaustiva de los sucesos que llevaron al saqueo de Roma en 410; más importante aún, utilizó las historias contemporáneas de Eunapio y Olimpiodoro, de las que hoy sólo quedan fragmentos.

[11] *Ibid.*

[12] *Ibid.*, 32.

[13] Heather, *Fall of the Roman Empire*, pp. 67-72.

[14] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 5, 14.

[15] *Ibid.*, 33.

[16] *Ibid.*, 34.

[17] *Ibid.*

[18] *Ibid.*, 35.

[19] *Ibid.*, 34 (según Olimpiodoro, *Historias*, fragmento 17).

[20] *Ibid.*, 39.

[21] *Ibid.*, 40.

[22] *Ibid.*, 41.

[23] *Ibid.*, 45.

[24] *Ibid.*, 46.

[25] Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 227.

[26] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 6, 1.

[27] Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 222.

[28] Zósimo, *Nueva Historia*, libro 5, 48.

[29] *Ibid.*, 48-49.

[30] *Ibid.*, 50.

[31] *Ibid.*, 51.

[32] Heather, *Fall of the Roman Empire*, pp. 228-229.

[33] Sozomeno, *Historia Eclesiástica*, libro 9, 9; una versión alternativa en Procopio, *Historia de las guerras*, libro 3, 2, 7-39.

[34] Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 227.

[35] Las fuentes para conocer el saqueo de Roma por Alarico se recopilan en Pierre Courcelle, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques* (París, 1964), pp. 45-55.

[36] Jerónimo, *Comentarios sobre Ezequiel*, libro 1, prefacio.

[37] San Agustín, *Ciudad de Dios*, libro 2, 29; Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 229-232.

[38] Heather, *Fall of the Roman Empire*, p. 246-248.

[39] *Ibid.*, pp. 138-140.

[*] El autor cita en estos apartados obras que cuentan con traducción inglesa. El lector hallará distintas versiones de estos títulos también en castellano.